

# Tácito leído.

**Prácticas lectoras y fundamentos intelectuales de la recepción de Tácito en la edad moderna.**

Tesis doctoral realizada por **Saúl Martínez Bermejo**,  
bajo la dirección de Pablo Fernández Albaladejo.



Universidad Autónoma de Madrid,  
Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Historia Moderna



A mis padres y mi hermano, de este lado  
A mis abuelos y a Lorenzo





# Índice

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>11</b>
<b>1. LECTURAS DEL CLÁSICO</b>	<b>33</b>
1.1 ¿Leer?	33
1.2 Testimonios de lectura	42
<b>2. EN CUADERNO APARTE</b>	<b>83</b>
2.1 Cuadernos, cartapacios, apuntes de lectura	83
2.2 La preceptiva de la lectura anotada	111
2.3 Invención. La generación de una obra en los siglos XVI y XVII	125
<b>3. CONDICIONES DE RECEPCIÓN</b>	<b>133</b>
3.1 Edición	135
3.2 Imitación y polémica sobre el estilo de Tácito	152
3.3 Popularización	163
<b>4. LA TRADUCCIÓN COMO RECEPCIÓN</b>	<b>177</b>
4.1 Tiempo de la traducción	183
4.2 La traducción en su tiempo: horizonte y contexto	201
4.3 El traductor y la ocasión	210
<b>5. TÁCITO EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO ESPAÑOL: MODO DE EMPLEO</b>	<b>223</b>
5.1 Historia y política a fines del reinado de Felipe II	228
5.2 El huerto de la política en el reinado de Felipe III	239
5.3 Libros de historia y política, libros de aforismos	269
<b>6. LIBROS QUE VENÍAN DE FRANCIA</b>	<b>283</b>
6.1 Un método para la historia	287
6.2 Tácito absolutista	307
<b>7. TÁCITO EN INGLATERRA</b>	<b>337</b>
7.1 La historia aplicada a la realidad del siglo XVI	339
7.2 Contrapesos y apunte de una ruptura	370
<b>8. EL LUGAR DE LA POLÍTICA</b>	<b>397</b>
8.1 Bibliotecas y fronteras disciplinarias	398
8.2 Imágenes de la disciplina y del practicante	407
8.3 Política y racionalidad	429
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>437</b>
<b>FIGURAS</b>	<b>447</b>
Índice de figuras	473
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>475</b>



## **Agradecimientos**

A Pablo Fernández Albaladejo tengo que agradecerle sus consejos y sugerencias para la realización de esta tesis, y muy especialmente la fascinación que despertó en mí como alumno de la licenciatura y el modo en que reconoció y discutió, de igual a igual, algunos de los trabajos que le presentamos en aquellos tiempos. James Amelang ha hecho posible esta tesis en casi todos los sentidos, por su atención personal, por su disponibilidad inmediata, por su lectura sabia, atenta y detallada de algunas versiones preliminares de este trabajo y por el flujo incesante de comentarios, puntualizaciones y referencias bibliográficas, que ha dado solidez y amplitud de miras a mi trabajo. En las notas al pie he decidido no darle las gracias por cada referencia que me pasó porque parecería que ha sido él quien la ha hecho. En el capítulo de los oradores y encantadores de serpientes quiero agradecer a Julio A. Pardos todo aquello que me ha enseñado, y todos esos libros que he leído por su culpa, que no aparecerán jamás en ninguna bibliografía pero que amueblan parte de mi cabeza.

La otra parte se la debo a un seminario, comunidad por encima de muchos individuos: Jesús Izquierdo Martín, Pablo Sánchez León y Leopoldo Moscoso, como abuelos y hermanos mayores. Pablo López Calle, David Corominas, Gregorio Alonso, Manrique García, Nacho Vidal Liy, Hector Gutiérrez, María Gómez, Juan Pimentel, Héctor Gutiérrez, Javier Castro y Rafael Ibañez Rojo como núcleo duro, Lidia García-Merás, Javier de Diego, Francisco Bellosillo, Patricia Calderón, Sandra Chaparro, Darina Martykánova y algunos otros como segunda generación. La nueva versión de esta comunidad se llama asociación Contratiempo (historia y memoria): Pablo Sánchez León, Nuria Valverde, Esther Pascua, Jesús Izquierdo, Carlos Agüero, Patricia Calderón, Noelia González Adanez y María Gómez. A Juan Pan-Montojo, por sus ánimos para que acabase. Quiero dar también las gracias a María José del Río y a María Cruz de Carlos por sus sugerencias con los grabados e imágenes y otros comentarios, académicos y no académicos. A mis padres y mi hermano, nuevamente, y a toda mi familia. Mis amigos se merecen estar aquí cada uno de ellos: Álvaro, Marta, Victoria, Eugenio, Arantxa, Irene, Pili, Paco, Jacobo, Víctor, Almudena, Teresa, Diego, Jorge, Pedro, Jose Antonio, Eduardo, Tamara, Jose, Cristina, Alberto, Alberto, Raquel, Jean-Paul, Javier, Paula, Jorge, Antonio, Rebeca, Mar, Alex, Enrique, Fernando, Maitina, Elena, Ángela, Jaime, Mario, Marga. Gracias y espero que no recordéis todo lo que he prometido hacer cuando acabase la tesis. A Solène, por aparecer.

## **Siglas empleadas**

BL: British Library, Londres

BNM: Biblioteca Nacional de España, Madrid

BNF: Biblioteca Nacional de Francia, París

BPR: Biblioteca del Palacio Real, Madrid

CCPBE: Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español:

<http://www.mcu.es/bibliotecas/MC/CCPB/index.html>

CUL: Cambridge University Library

RAH: Real Academia de la Historia, Madrid



## Introducción

Desde su redescubrimiento, completado al comenzar el siglo XVI<sup>1</sup>, las obras de Tácito fueron ganando en popularidad hasta llegar a convertirse en un auténtico *best-seller* histórico en la primera mitad del siglo XVII<sup>2</sup>. Durante algunos años todo el mundo pareció hablar de aquellos textos: fueron repetidamente editados, traducidos y comentados, se dedicaron a los más diversos patronos, se imitó su estilo en latín y en las lenguas vernáculas y su uso se recomendó o desaconsejó para las más variadas cuestiones. Esta abultada presencia de Tácito entre el último cuarto del XVI y mediados del siglo XVII ha dado en la creación y empleo, por parte de historiadores y otros estudiosos contemporáneos, del término «tacitismo», con el que supuestamente se define una parcela del pensamiento político de aquella época.

¿Qué es, no obstante, el tacitismo? La realidad es que el panorama que ofrecen los trabajos publicados sobre la cuestión no permite ofrecer una definición «de diccionario» de tacitismo. Las abundantes obras acerca de este asunto suelen dar acomodo bajo esta etiqueta a un conjunto supuestamente unitario de fenómenos relacionados con un cierto racionalismo político. Es conveniente aclarar, sin embargo, que en las obras de Tácito escasean las ocasiones en los que éste se pronuncia políticamente sobre los hechos que narra. Los pasajes en los que se plantean las posibilidades de actuación de un hombre virtuoso bajo el dominio de un tirano<sup>3</sup>, son la excepción a la regla de la narrativa histórica de Cornelio Tácito, en la que los excursos, cuando aparecen, no suelen expresar la opinión o la visión personal del autor. A la

---

<sup>1</sup> Los libros XI- XVI de los *Anales* y los cinco que se han conservado de las *Historias* fueron redescubiertos en el siglo XIV por Giovanni Bocaccio. La *Germania*, la *Vida de Agrícola* y el *Diálogo de los Oradores* llegaron a Roma provenientes del monasterio de Hersfeld en 1455. Los seis primeros libros de los *Anales* no se descubrieron hasta comienzos del XVI en el monasterio de Corvey, Westfalia. Una buena narrativa de este redescubrimiento en Kenneth C. Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*. Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1976, pp. 5-13; Jürgen von Stackelberg, *Tacitus in der Romania. Studien zur literarischen Rezeption des Tacitus in Italien und Frankreich*. Tübinga: Max Niemeyer, 1960, pp. 44-55; y Beatriz Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII en España: el proceso de receptio*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1991, pp. 37-46. La historia de las principales ediciones del texto, en útil clave bibliográfica, está en Clarence M. Mendell, *Tacitus. The man and his work*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1957, cap. 19.

<sup>2</sup> Peter Burke, «A survey in the popularity of ancient historians, 1450-1700»; en *History and Theory*, vol. 5 (1966), p. 137. Para el periodo 1600-1649 *Anales* e *Historias* ocupan el primer lugar por número de ediciones, la *Germania* el segundo.

<sup>3</sup> Me refiero al discurso de Lépido en el senado que se recoge en *Annales* IV, 20 y también a la caracterización que Tácito hace de Agrícola en su retiro. También al comienzo de esta obra, la primera que compuso, Tácito opone claramente la situación bajo Domiciano a la recobrada libertad con Nerva (*Agr.* 1-3). Ronald Syme señala este pasaje como un ejemplo del ideal del *middle path* que parece proponer Tácito, Ronald Syme, *Tacitus*. 2 vols. Oxford: Oxford University Press, 1958, vol. 2, p. 548. Esta misma cuestión la retoma Beatriz Antón Martínez en Cayo Cornelio Tácito, *Anales*. Madrid: Akal, 2007, pp. 57-61. [Edición de Beatriz Antón Martínez.]

escasez de pasajes que pudiéramos considerar explícitamente políticos hay que sumar que, como ha señalado Peter Burke, «las opiniones políticas de Tácito no son fáciles de discernir»<sup>4</sup>: su narrativa resulta ambigua hasta el punto de poder ser empleado tanto por los defensores como por los oponentes al gobierno monárquico. Debe admitirse, en definitiva, que cuando se habla de tacitismo no puede pretenderse que la etiqueta haga referencia a las opiniones políticas de Cayo Cornelio Tácito en sentido estricto<sup>5</sup>.

Dada la indefinición del pensamiento político del autor latino, es lógico avanzar hacia la solución contraria, que consiste en entender que Tácito tiene parte en el tacitismo, pero no equivale a él. Esta manera de ver ha generado en ocasiones definiciones demasiado laxas, como la que propone que «el Tacitismo entendido, de un modo general y sin matices, como corriente universal de pensamiento político tiene su base en el autor de los *Anales*, pero hay que contar con otros ingredientes: Maquiavelo y el Maquiavelismo, Séneca y el Neostoicismo, por no hablar del Cristianismo y del Erasmismo»<sup>6</sup>. Otra versión más sutil de esta definición ampliada consiste en afirmar que «el tacitismo no estaba aislado, sino era parte de movimientos más amplios» y que «Tácito fue importante en el siglo XVII, pero más como catalizador que como un elemento nuevo»<sup>7</sup>. Si la parquedad de Tácito en la expresión de sus opiniones políticas hacía difícil definir el tacitismo, esta segunda opción tiende hacia el holismo, al que se suma la imprecisión derivada de las infinitas posibilidades de combinación de los componentes enumerados<sup>8</sup>.

---

<sup>4</sup> Peter Burke, «Tacitism, scepticism, and reason of state», en J. H. Burns y Mark Goldie (eds.), *The Cambridge history of political thought 1450-1700*, Cambridge: Cambridge University Press, 1996, p. 484. Burke bebe de Ronald Syme Syme, *Tacitus*, vol. 2, pp. 521 y 547. Charles Davis consideraba que la materia de la que trata Tácito era «inherentemente política», pero tiene bien presente que, «en la medida en que el propio Tácito expresa un posicionamiento político, lo hace de una manera elusiva e indirecta», Charles Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos and the nature of Spanish Tacitism», en Nigel Griffin, et al. (eds.), *Culture and society in Habsburg Spain: studies presented to R. W. Truman by his pupils and colleagues on the occasion of his retirement*, Londres: Tamesis, 2001, p. 57.

<sup>5</sup> Algo que notó Étienne Thuau, *Raison d'État et pensée politique à l'époque de Richelieu*. París: Armand Colin, 1966, p. 53: «Parece no obstante dudoso que la interpretación absolutista de Tácito descansa sobre un comentario muy fiel del autor latino. Los sentimientos políticos de Tácito parecen haber sido diferentes de los que se le prestaron en el siglo XVII».

<sup>6</sup> Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, p. 10. La autora insiste en señalar que en el siglo XVII «Tácito no se puede entender al margen del Tacitismo, si bien —insistamos en ello— el Tacitismo no es sólo Tácito», p. 11, cursiva en el original.

<sup>7</sup> Peter Burke, «Tacitism», en T. A. Dorey (ed.), *Tacitus*, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1969, p. 167.

<sup>8</sup> Añadiendo a esta confusión Debora Shuger, «Castigating Livy: the rape of Lucretia and the old Arcadia», en *Renaissance Quarterly*, vol. 51, nº. 2, (1998), p. 538, considera que etiquetas como «tacitismo (*taciteanism*)» o «neostoicismo» son demasiado estrechas para definir a una corriente que ella opta por denominar como «teoría principescas»; «una construcción del siglo XVI que amalgama las corrientes no republicanas del pensamiento político de la antigüedad, principalmente Platón, Séneca y Tácito».

La propia etiqueta ha ido acompañada desde sus comienzos de importantes subdivisiones y matices. Giuseppe Toffanin dividió el tacitismo, para mayor complejidad, en dos clases opuestas: tacitismo rojo, que definía a un republicanismo disfrazado y tacitismo negro, propiamente el maquiavelismo disfrazado<sup>9</sup>. Enrique Tierno Galván distinguió entre tacitistas mayores y menores en función del mayor o menor volumen de trabajo sobre el clásico<sup>10</sup>. María Teresa Cid Vázquez ha caracterizado el de Juan Alfonso de Lancina como «tacitismo moderado»<sup>11</sup>. Esta investigación no pretende plantear la validez o propiedad de estas apreciaciones o su adecuación a los muchos usos y muy diversos contextos del tacitismo. El problema que encierra el término tacitismo consiste más bien en que, debido a un uso más o menos «habitual», se ha dado por supuesta la existencia de cierto consenso al respecto de su significado, aunque en realidad se emplea de manera tan cambiante como los casos concretos que pretende clasificar<sup>12</sup>.

El término tacitismo, según se ha venido utilizando, no designa las características generales de las múltiples recepciones y usos de Tácito en la edad moderna, sino que tiene un sentido fuertemente interpretativo. En primer lugar, se identifica el tacitismo como un sucedáneo o una tapadera del maquiavelismo (dejando aparte los problemas propios del segundo término de la comparación). Esto es así desde 1921, cuando fue acuñado por Giuseppe Toffanin en una obra titulada *Machiavelli e il "Tacitismo". La "Politica storica" al tempo della controriforma*<sup>13</sup>. Para Toffanin, los nombres de Maquiavelo y Tácito estaban estrechamente vinculados, siendo el tacitismo «todo un esfuerzo de contrarreformar el pensamiento de Maquiavelo, pues, siguiendo la historia desde sus comienzos, vemos claramente al maquiavelismo resolverse en aquél [tacitismo] y comprendemos todo el valor de la vieja frase “el secretario florentino

---

<sup>9</sup> Giuseppe Toffanin, *Machiavelli e il "Tacitismo". La "politica storica" al tempo della controriforma*. 2ª ed. Nápoles: Guida, 1972. Aunque no la emplee consistentemente, Peter Burke se ha hecho eco de esta distinción en Burke, «Tacitism», p. 163.

<sup>10</sup> Además, según Enrique Tierno Galván, «El tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro español», *Escritos (1950-1960)*, Madrid: Tecnos, 1971, p. 24, «de los muchos comentaristas y traductores del clásico hay bastantes que no pertenecen a lo que propiamente llamamos tacitismo español».

<sup>11</sup> María Teresa Cid Vázquez, *Tacitismo y razón de Estado en los comentarios políticos de Juan Alfonso de Lancina*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2002, conclusión VII, p. 367.

<sup>12</sup> Los matices en el uso de un término como «maquiaveliano» no suelen aplicarse para el de «tacitista», como puede verse en Richard Tuck, *Philosophy and government, 1572-1651*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993, pp. 42-43: «La existencia de un “Maquiavelismo” (aunque, como hemos visto, este término debe ser matizado) y Tacitismo extremos y declarados en la corte de Enrique III [...]». Por otra parte, la introducción de Cid Vázquez a su *Tacitismo y razón de Estado*. es un buen ejemplo de una utilización del término que da por supuesto su significado.

<sup>13</sup> Además de en italiano, el término existe por lo menos en inglés, español, francés y alemán. En todos los casos su uso parece originarse en la acuñación original de Toffanin.

empezó a vivir después de su muerte”»<sup>14</sup>. Esta vinculación ha tenido un enorme impacto en los trabajos posteriores, siendo aceptada por numerosos autores. José Antonio Maravall decía en 1944 que, al contrario de lo que ocurría con Maquiavelo, de Tácito «se tomará lo necesario y no más, y se estará en condiciones de entender los fenómenos políticos naturales y en óptima situación, por consiguiente, para rechazar el error y la malignidad de Maquiavelo»<sup>15</sup>. Esta definición del tacitismo como un remedo del maquiavelismo ha sido repetida a lo largo del tiempo. Aparece por ejemplo en Charles Davis, para quien estaba clara «la reputación de Tácito en España como una especie de Maquiavelo *avant la lettre*»<sup>16</sup> y se sigue encontrando en los trabajos más recientes: «el tacitismo reside precisamente en negar a Maquiavelo por superación, es decir serlo pero no parecerlo»<sup>17</sup>.

No han faltado sin embargo autores contrarios a la idea de que el uso de Tácito servía para encubrir ideas de origen maquiaveliano. En primer lugar porque, como ha señalado Jürgen von Stackelberg, Giuseppe Toffanin dista bastante de ser claro a la hora de definir las influencias entre ambos autores. Los juegos de palabras de Toffanin, tales como «así como los tacitistas fueron maquiavelistas antimachiavélicos, Maquiavelo fue el primer tacitista antitacitiano» además de ejemplo de indefinición han sido el blanco de muchas críticas<sup>18</sup>. En cuanto a la tesis de fondo, Enrique Tierno Galván dudó de su validez para el caso español: «Parece, a juzgar por lo que dice Toffanin, que el tacitismo italiano es un maquiavelismo borroso, un maquiavelismo disfrazado. Quizá sea esto exacto respecto de Italia, pero en España, país del barroco, el tacitismo español no me parece disfraz de Maquiavelo; lejos de eso, creo que es una actitud peculiar y quizá la

---

<sup>14</sup> Toffanin, *Machiavelli e il "Tacitismo"*, p. 10. Esta identificación se repite en otros términos a lo largo de la obra: «Para la mayoría, sin embargo, Tácito era un Aristóteles sin teología en cuyas fórmulas no se hacía sino reencontrar, reconciliado con la Iglesia, el pensamiento del árido Maquiavelo» (Ibid, p. 129).

<sup>15</sup> José Antonio Maravall, *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*. 2ª ed. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1997, p. 381.

<sup>16</sup> Charles Davis, «El tacitismo político español y la metáfora del cuerpo», en Agustín Redondo (ed.), *Le corps comme métaphore dans l'Espagne des XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles*, París: Publications de la Sorbonne, 1992, p. 33. Davis también señala que «esta noción está en la base de la importante corriente anti-tacitista que también se produce en esta época». En Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 57, repite la identificación pero elimina el componente de «ocultación del maquiavelismo»: «el término tacitismo generalmente refiere a un conjunto de pensamiento político; usualmente, en la práctica, a uno más o menos semejante al maquiavelismo».

<sup>17</sup> José Luis Sánchez Lora, *Arias Montano y el pensamiento político en la corte de Felipe II*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2008, p. 14. Esta referencia se la debo a James Amelang.

<sup>18</sup> Toffanin, *Machiavelli e il "Tacitismo"*, p. 56. Criticado por Stackelberg, *Tacitus in der Romania*, p. 66, quien también muestra su sorpresa cuando Toffanin (p. 65) habla de un «Maquiavelo pagano» y un «Tácito cristiano» «frente al imperio». Criticado igualmente en Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. x.



más original, políticamente, de su época»<sup>19</sup>. En lo que toca a Francia en la década de 1570, Richard Tuck ha mostrado que los autores de origen italiano que empleaban a Tácito en la corte de Enrique III no escondían su uso de Maquiavelo: «tres escritores captaron especialmente su atención: Tácito, Maquiavelo y Guicciardini (no hay pruebas, dicho sea de paso, de que se volvieran hacia Tácito como una manera encubierta de abordar a Maquiavelo; los tres escritores eran tratados abiertamente y por igual)»<sup>20</sup>.

En lo referente al empleo y la presencia de Tácito en Maquiavelo, las tesis de Giuseppe Toffanin también han sido fuertemente criticadas<sup>21</sup>. Kenneth C. Schellhase puso en duda la existencia de una «abrumadora influencia de Tácito en el pensamiento político de Maquiavelo», considerando que esta era una «*idée fixe*» no suficientemente demostrada<sup>22</sup>. En un artículo dedicado a analizar esta supuesta influencia Schellhase no sólo indicó la escasísima presencia de Tácito en *El príncipe* (dos citas, una de ellas muy dudosa)<sup>23</sup>, sino que ofreció una visión totalmente contraria a la de Toffanin al centrarse en el uso real de Tácito en los *Discursos*. De acuerdo con Schellhase, Maquiavelo utilizaba a Tácito para apoyar pasajes fundamentalmente antimonárquicos, siguiendo nada menos que la estela del Tácito redescubierto por Bruni en su *Laudatio florentina urbis*<sup>24</sup>. Schellhase también mostró que los otros lugares en los que Maquiavelo empleaba a Tácito, notablemente en la *Historia de Florencia*, lo hacía como fuente de datos históricos, sin ninguna «eficacia política en mente»<sup>25</sup>. Este estudioso tampoco perdió la oportunidad de señalar que Livio, Plutarco y (especialmente) Polibio fueron los «mentores principales» de Maquiavelo, frente a un Tácito «bajo ningún concepto tan influyente en su pensamiento como los anteriores»<sup>26</sup>.

J. H. Whitfield criticó con igual pericia los pasajes en los que se ha visto a Tácito en Maquiavelo. Respecto a la escasísima presencia de Tácito en *El príncipe*,

---

<sup>19</sup> Tierno Galván, «El tacitismo», p. 33.

<sup>20</sup> Tuck, *Philosophy and government*, pp. 40-41. Poco antes Tuck había precisado que el tacitismo «tenía vínculos innegables con la tradición maquiaveliana, pero también rompió con ella en varios aspectos cruciales, y su elección de Tácito es indicativa de esta ruptura, puesto que Tácito nunca había sido un modelo para Maquiavelo», p. 39.

<sup>21</sup> En defensa de Toffanin cabe decir que, en ocasiones, es consciente de que el vínculo sólo funciona y sólo puede proponerse en una dirección: «Es necesario sin embargo recordar que, por lo que respecta al tacitismo y a su “política histórica”, la disposición de Maquiavelo (cuyo cuerpo ya estaba bien enterrado en la tumba) no tiene importancia, porque el tacitismo es ciertamente la reducción a Tácito de su obra monárquica», Toffanin, *Machiavelli e il “Tacitismo”*, p. 10.

<sup>22</sup> Kenneth C. Schellhase, «Tacitus in the political thought of Machiavelli»; en *Il Pensiero Politico*, vol. 4, nº. 3, (1971), p. 381. Como bien señala Schellhase la otra obra que analiza en detalle las apariciones de Tácito en Maquiavelo es Stackelberg, *Tacitus in der Romania*.

<sup>23</sup> Schellhase, «Tacitus in the political thought of Machiavelli», pp. 382-383.

<sup>24</sup> *Ibid*, p. 384.

<sup>25</sup> *Ibid*, p. 390.

<sup>26</sup> *Ibid*, p. 391.

Whitfield subrayó (como ya había indicado Schellhase) que los seis primeros libros de los *Anales* fueron publicados dos años después de la aparición de *El príncipe* y argumentó que otra dudosa cita de Tácito en esta obra provendría en realidad de la *Eneida* de Virgilio<sup>27</sup>. En cuanto al empleo de Tácito en los *Discursos*, Whitfield esgrime un rotundo argumento numérico (aproximadamente 1 frente al 99 por ciento) para demostrar la evidente predominancia de Livio frente a Tácito<sup>28</sup>. La crítica de Whitfield no se detiene en estas precisiones, sino que cuestiona hasta qué punto puede identificarse a Maquiavelo con el triunfante principio monárquico que suponía la restauración de los Medici en el gobierno de Florencia en 1512 (algo que, según Whitfield, Toffanin «daba por supuesto»), y hasta qué punto Maquiavelo «se sentía cómodo o incómodo en un entorno republicano»<sup>29</sup>. Estas críticas dejan claro que la conexión entre ambos autores y sus intérpretes —en la medida en que pudiera existir— no puede considerarse *el* rasgo distintivo del tacitismo. De hecho, ya de partida la propia división que Toffanin hacía del tacitismo en rojo y negro impide hablar en términos estrictos de un tacitismo con rasgos uniformes. Se trata más bien de distintos aprovechamientos del autor latino<sup>30</sup>.

El tacitismo también recibía un significado más general en la obra de Giuseppe Toffanin, que lo vinculaba al surgimiento de una política diferente a la del primer renacimiento: tacitismo sería así una versión condensada del concepto de «política histórica»<sup>31</sup>. La crisis del renacimiento en la época de la contrarreforma se expresaba mediante «la imprevista sucesión de Tito Livio por Tácito como modelo histórico;

---

<sup>27</sup> J. H. Whitfield, «Livy > Tacitus», en Robert R. Bolgar (ed.), *Classical influences on European culture, A. D. 1500-1700*, Cambridge: Cambridge University Press, 1976, pp. 286-287.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 286.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 285-286. Whitfield comenzaba por criticar el vínculo entre Maquiavelo y Tácito a partir de la versión de Douglas Bush: «aunque en su obra principal Maquiavelo obtuvo lecciones políticas para su propio tiempo de la obra de Livio, tenía mucha menos afinidad con ese suave *laudator temporis acti* que con el perspicazmente analítico y cínico Tácito», pero no dejaba lugar a dudas respecto al blanco final de la crítica «lo que Douglas dijo suavemente, otros los han dicho estridentemente; y, puesto que es difícil mantener oculto un libro malo, el lugar en donde esto fue proclamado más ruidosa y ridículamente, *Machiavelli e il Tacitismo*, escrito por Toffanin en 1921, está reapareciendo hoy día en una nueva edición», p. 285.

<sup>30</sup> En este sentido, Donald Kelley ha señalado que «el “Tacitismo” renacentista no sólo contribuyó a la cara siniestra —“ateísta” y “tiránica”— de Maquiavelo, sino también a la tradición que estos últimos años viene siendo festejada, explotada e inflada bajo la etiqueta de “humanismo cívico”», Donald R. Kelley, «*Tacitus noster: The Germania in the Renaissance and Reformation*», en T. J. Luce y A. J. Woodman (eds.), *Tacitus and the tacitean tradition*, Princeton: Princeton University Press, 1993, p. 159. El intento más concienzudo de ofrecer una definición unitaria lo ha planteado André Stegmann, «Le Tacitisme: programme pour un nouvel essai de définition», *Machiavellismo e antimachiavellismi nel cinquecento*, Florencia: Leo S. Olschki, 1969.

<sup>31</sup> El subtítulo de la obra de Toffanin —*La “política histórica” en la época de la contrarreforma*— es revelador de esta tesis.

como asertor de la nueva “política histórica” en conflicto con aquella “a la filosófica”; como maestro del “cesarismo” en contraste con el republicanismo del renacimiento<sup>32</sup>.

De acuerdo con esta significación extendida, el tacitismo se habría convertido así en un fenómeno característico dentro de una «segunda fase» en el pensamiento político europeo; una «etapa» distinta, o incluso opuesta al primer renacimiento. El problema es que las características atribuidas al nuevo periodo son tan variables que nuevamente impiden obtener una definición clara de lo que se entiende por tacitismo. A pesar de todo, esta manera de definir el tacitismo ha generado un consenso mucho mayor, pues entre los autores que han estudiado esta cuestión Kenneth Schellhase resulta el único que confina el uso político de Tácito al renacimiento en sentido estricto, haciendo coincidir la creciente «popularidad» de Tácito en el siglo XVII con el final de su aplicación política<sup>33</sup>. Exceptuando, como digo, la perspectiva de Schellhase, la gran mayoría de estudios acerca del tacitismo lo sitúan en o identifican con ese «nuevo periodo» en el pensamiento europeo.

Según Richard Tuck, esta segunda fase se caracterizó por la sustitución del ciceronianismo, que hasta mediados del siglo XVI había sido la «aproximación dominante a la política», expresada fundamentalmente en el género de los «avisos de príncipes» y que mostraba frente al poder del príncipe una actitud «liberal y moderadamente constitucional»<sup>34</sup>. Durante la década de 1570 «un nuevo tipo de humanismo se convirtió en un rasgo central y familiar del paisaje intelectual», eligiendo la «estilística y moralmente cuestionable figura de *Tácito*»<sup>35</sup>. Una de las características fundamentales de este nuevo tipo de humanismo sería su preocupación por el escepticismo mucho más allá de lo que había estado Maquiavelo, razón para el nuevo sobresalir de Tácito: «ningún otro escritor romano era un comentarista tan escéptico y desencantado de los acontecimientos políticos»<sup>36</sup>. Otro gran número de autores ha

---

<sup>32</sup> Toffanin, *Machiavelli e il “Tacitismo”*, p. 9. Este es el segundo de los dos rasgos que según Toffanin expresan esa crisis del renacimiento. El primero era «el vasto esfuerzo de someter la herencia humanística al tamiz aristotélico».

<sup>33</sup> «Así, en torno a principios del siglo XVII, Tácito se encontraba fácilmente disponible en numerosas ediciones vernáculas además de las latinas. No obstante, por entonces estaba comenzando a ser apartado en las estanterías como guía de acción potencial y como estimulante de nuevas ideas», Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 16. Esta idea se enfatiza en la p. 150: «La tradición de aplicación de Tácito a la realidad política, que había comenzado con Bruni en 1403, no sobrevivió a la muerte de Boccacini en 1613. A partir de entonces, los antitacitistas sólo necesitaron mostrar que, para empezar, Tácito nunca había sido realmente práctico».

<sup>34</sup> Tuck, *Philosophy and government*, p. 33.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>36</sup> *Ibid.* Tuck consideraba que el tacitismo «tenía vínculos innegables con la tradición maquiaveliana, pero también rompió con ella en varios aspectos cruciales, y su elección de Tácito es indicativa de esta ruptura,

constatado la coincidencia temporal entre el auge de Tácito y lo que se ha denominado literatura de la razón de estado. En ciertas ocasiones se ha propuesto que se trata de dos fenómenos coetáneos, sin abordar la naturaleza de las conexiones entre ambos: «En esta época, Tácito era contemplado como un maestro de la razón de estado y los comentarios sobre él eran en efecto un género paralelo al de la literatura de la razón de estado y florecieron aproximadamente al mismo tiempo, c.1580-c.1680»<sup>37</sup>. Normalmente, sin embargo, la muy discutida naturaleza de la literatura de razón de estado, arrastra al tacitismo en las «polémicas» sobre su interpretación.

Al caracterizar este nuevo periodo, estudios como los de Morris W. Croll sobre la sustitución del estilo ciceroniano por otro nuevo vinculan además el tacitismo con el auge del positivismo y el racionalismo<sup>38</sup>. Buena parte de las discusiones que guían los principales estudios sobre el tacitismo en España caminan sobre esta línea y tiene en ellos un papel prominente la asociación entre tacitismo y política científica o el paralelo con «razón de estado». La relación entre el tacitismo y el surgimiento de una política racional o empirista (y la relación de ésta con la ciencia moderna) es, de hecho, una característica propia de los trabajos centrados en el ámbito hispano<sup>39</sup>.

---

puesto que Tácito nunca había sido un modelo para Maquiavelo». Tuck también considera que «Al liberarse claramente del modelo de Cicerón, [el tacitismo] también se liberó de algunos de los problemas que Maquiavelo había encontrado», aunque no explica demasiado en qué consistían esos problemas.

<sup>37</sup> Burke, «Tacitism, scepticism, and reason of state», p. 485. Un tercer fenómeno, el estoicismo, sería también coincidente con los dos primeros. Esta tesis había sido desarrollada originalmente por Tuck, *Philosophy and government*, especialmente en el cap. 2 «Scepticism, Stoicism and “raison d'état”».

<sup>38</sup> Esta oposición fue señalada en primer lugar y analizada por Morris W. Croll, «Attic prose: Lipsius, Montaigne, Bacon», en J. Max Patrick, Robert O. Evans y John M. Wallace (eds.), *“Attic” and Baroque prose style. Essays by Morris W. Croll*, Princeton: Princeton University Press, 1969; Morris W. Croll, «“Attic prose” in the seventeenth century», en J. Max Patrick, Robert O. Evans y John M. Wallace (eds.), *“Attic” and Baroque prose style. Essays by Morris W. Croll*, Princeton: Princeton University Press, 1969; Morris W. Croll, «Muret and the history of “Attic prose”», en J. Max Patrick, Robert O. Evans y John M. Wallace (eds.), *“Attic” and Baroque prose style. Essays by Morris W. Croll*, Princeton: Princeton University Press, 1969. La tesis de Croll si vinculó la oposición entre ciceronianos y anticiceronianos al surgimiento del racionalismo y el positivismo, pero en general no ha sido aplicada por los estudiosos del tacitismo en este sentido. En el capítulo 3 ofrezco una discusión de la tesis de Croll más en profundidad.

<sup>39</sup> Un ejemplo destacado de esta postura es Manuel F. Escalante, *El pensamiento político de Álamos de Barrientos*. Sevilla: Publicaciones de la Facultad de Derecho, 1967, p. 6: «El empirismo político está directamente relacionado con las grandes corrientes intelectuales que cruzan Europa a principios del siglo XVII. En el terreno de las ciencias naturales, particularmente de la mecánica y la astronomía, se han conseguido positivos adelantos y se ha confirmado el valor del concepto de ley como regulador de fenómenos y como posibilidad de intervenirlos; y ello tiene dos importantes consecuencias; primera, el admirar y considerar al tipo preciso de conocimiento que ha dado tan sorprendentes resultados; segunda, la tendencia natural de las otras ramas del saber a buscar la proximidad al tipo de conocimiento físico triunfante». También se encuentra en Modesto Santos (ed.), *Álamos de Barrientos. Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado (Textos y Documentos. Clásicos del Pensamiento y de las Ideas)*. Madrid, Barcelona: Ministerio de Educación y Ciencia y Anthropos, 1990, p. xxii: «La originalidad de Álamos de Barrientos está en el intento por llevar a la política a la categoría de ciencia en sentido pleno». Los matices que siguen a esta afirmación generan una cierta confusión sobre la naturaleza del fenómeno estudiado: «El arte de gobernar deja de ser una cuestión de ejemplaridad por parte del príncipe para

En su estudio pionero, Tierno Galván ya propuso que la característica que definía al tacitismo español con «fisonomía propia» era la problemática «sobre si política es arte o ciencia», construida «a partir de la lectura del clásico romano»<sup>40</sup>. Ahondando en esta dirección, Tierno acabó dando una definición bastante precisa de los autores tacitistas como aquellos, «de muy escaso número, que intentan la construcción de una rigurosa ciencia política, descubren el método y reducen las cuestiones éticas al fuero interno, al problema individual, en cuanto determinantes de una actitud política, separándolos de los asuntos de Estado que son de otra índole y pertenecen a otra esfera con una técnica propia»<sup>41</sup>. El problema de esta definición es que deja de lado a toda una serie de comentaristas y traductores del clásico, cuya relación con el tacitismo quedaría sin explicar<sup>42</sup>.

En lo que respecta al tacitismo la anterior perspectiva de Tierno ha sido seguramente más influyente en posteriores estudios que la de José Antonio Maravall, quien también abordó la cuestión del tacitismo español en la década de 1940. Maravall, además de hacer suya la tesis de Toffanin, insertó el fenómeno del tacitismo en la «pugna» entre «razón» y «fe» que en su opinión definía el desarrollo del pensamiento político español del XVII<sup>43</sup>. En sus palabras «Tácito es, sencillamente la razón natural, inquiriendo con aguda inteligencia en la realidad política. No está en él la revelación, pero sí la razón con tal precisión en sí, que puede recogerse de él, como Santo Tomás la recogió de Aristóteles, para ser anudada con la fe. Y de esta manera, la asimilación de Tácito va a hacer un gran servicio a los antimaquiavelistas. Porque de él se tomará lo necesario y no más, y se estará en condiciones de entender los fenómenos políticos

---

convertirse en una técnica que tiene mucho de arte. El intento de fusionar este descubrimiento con la doctrina tradicional, de subordinar la política a la esfera de la ética, dará como resultado el tacitismo».

<sup>40</sup> Las razones que según Tierno explican el surgimiento de esta problemática nos remiten a una nueva manera de ver la política propia de una segunda contrarreforma y vinculada tanto a la tradición científica como al intento de buscar la autonomía de lo político frente a la ética: «A) Había una tradición científica adecuada, gravitante sobre el contexto experiencia, ya discutido en otras disciplinas. B) Fue un escape para concebir la autonomía de lo político, que se impone en el renacimiento con la tradición medieval importantísima en España, que somete, sin concesiones, la política a la ética. C) Fue obra de la segunda Contrarreforma, más política que religiosa, que sigue a Felipe II. D) Se elaboró sobre Tácito por razones intrínsecas, su psicologismo experimentalista, y extrínsecas, su carácter de clásico, no manchado originariamente por las rivalidades políticas modernas», Tierno Galván, «El tacitismo», p. 24.

<sup>41</sup> Ibid, p. 39.

<sup>42</sup> Si, como afirmaba Tierno en Ibid, p. 24. «de los muchos comentadores y traductores del clásico hay bastantes que no pertenecen a lo que propiamente llamamos tacitismo español», la definición de tacitismo se tambalea, puesto que Tácito deja de ser el elemento fundamental de la definición. Por otra parte, la definición de Tierno viene a exponer lo que se supone que son las nuevas características del pensamiento político moderno y en ese sentido podría aplicarse a Maquiavelo lo mismo que a Hobbes o a Tácito. Es una definición generalista.

<sup>43</sup> Maravall, *Teoría del Estado*. Aunque esta tesis se avanza en la introducción, su confirmación llega con el peso central que tiene el análisis del «político cristiano», cap. 6, pp. 229-272.

naturales y en óptima situación, por consiguiente, para rechazar el error y la malignidad de Maquiavelo»<sup>44</sup>. Esta interpretación ayuda a definir el esquema epistemológico con el que se podía describir el campo de lo político en la España del XVII, pero no conlleva grandes precisiones en torno al tacitismo, que queda incluido en la tesis más general.

En la obra de José Antonio Fernández Santamaría reaparece con fuerza la polémica, iniciada por Tierno Galván, sobre el carácter científico de la política. Desde 1980 este autor ha analizado el pensamiento político español a través de dos categorías fundamentales: la de los autores «eticistas» o tradicionales y la de los «realistas» (implícitamente modernos)<sup>45</sup>. Este último grupo de realistas políticos se dividiría a su vez entre «científicos» y «empíricos»<sup>46</sup>. Entre las características más importantes del pensamiento realista destacaría un particular concepto de experiencia, que «surgió de modo gradual, ligado estrechamente a la emergencia del Tacitismo»: se trata de experiencia considerada «como un cuerpo de conocimiento sistemático que deriva de las experiencias individuales de los estadistas del pasado» y que está «registrado en la historia»<sup>47</sup>. La argumentación puede ser más o menos correcta, pero lo que importa aquí es destacar que a pesar de que Fernández Santamaría menciona con cierta regularidad el tacitismo (incluyéndolo en el fenómeno del realismo político) nunca define exactamente sus características. Lo mismo que ocurría con Maravall, el tacitismo queda sometido a una tesis más general sobre el conjunto del pensamiento político español del barroco.

En definidas cuentas, un repaso al «estado de la cuestión» deja la impresión confusa de que Tácito tiene un gran papel en un fenómeno que apenas entendemos. Al igual que ocurría con la identificación entre Tácito y Maquiavelo, la vinculación entre tacitismo y surgimiento de una nueva política o de un nuevo modelo de pensamiento político da como resultado más sombras que luces respecto a las características propias

---

<sup>44</sup> Ibid, pp. 380-381. Esta definición la vuelve a emplear en José Antonio Maravall, «La corriente doctrinal del tacitismo político en España»; en *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. 238-240 (1969), pp. 646-647.

<sup>45</sup> En 1980 proponía tres escuelas de pensamiento político estaban definidas por las diferencias entre una «razón de estado ética (eticistas), razón de estado pragmática (arbitristas) y razón de estado como ciencia [*statecraft*] (realistas doctrinarios)» José Antonio Fernández Santamaría, «Reason of State and Statecraft in Spain (1595-1640)»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 41, n.º. 3, (1980), p. 355.

<sup>46</sup> Ibid, p. 367. «dos actitudes opuestas frente al saber político emergen con el florecer del realismo político español: los empíricos y los científicos». Aunque no los analiza en este artículo Santamaría también habla de «middle-grounders» entre ambas posturas, p. 372.

<sup>47</sup> Ibid, p. 366. Esta experiencia supone un segundo nivel frente a la experiencia personal del estadista, adquirida en el desempeño de sus funciones. Esta «tipología» de experiencias se reelabora en la introducción de José Antonio Fernández Santamaría (ed.), *Baltasar Álamos de Barrientos. Aforismos al Tácito español*. 2 vols. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1987.

del tacitismo. No resulta fácil ofrecer una definición de unas pocas líneas, posiblemente porque no existe<sup>48</sup>.

En realidad, lo que han tratado de explicar los estudios precedentes más comprensivos ha sido la popularidad y el interés que despertó Tácito en aquella época; explicar qué aportaba y por qué se eligió a este autor. Ante estas preguntas Enrique Tierno Galván, José Antonio Maravall y Peter Burke elaboraron una «tipología» de razones que incluye: motivos estilísticos; el aprecio de Tácito como historiador (su explicación de causas y motivos); razones de tipo ético (psicologismo, interés en los motivos internos de sus personajes y juicios morales de sus acciones); y la admiración de los aportes en el campo político (ciencia política)<sup>49</sup>.

Para Burke el interés por Tácito, en especial en la última de estas vertientes, tenía una explicación intrínseca y otra extrínseca. La primera de ellas venía dada por que «en los siglos XVI y XVII algunos hombres soñaron con una ciencia de la política. Hubo «una búsqueda de reglas o leyes no en sentido moral, sino en sentido científico» y para estos hombres, «Tácito proporcionaba tales generalizaciones»<sup>50</sup>. Existe en segundo lugar una explicación extrínseca para el tacitismo: «El entusiasmo por Tácito coincide aproximadamente con la época de las guerras de religión en Europa, 1559-1648, y con el surgimiento a plazo más largo de las cortes y de la monarquía absoluta. Tácito describía un periodo de guerra civil y emperadores con poder ilimitado; también estaba interesado en la disimulación, una habilidad necesaria para aquellos que querían

---

<sup>48</sup> Stegmann, en «Le Tacitisme», señala la necesidad de atender a los distintos contextos en los que se genera cada una de las obras calificadas de tacitistas, así como a las fuentes, la posición filosófica, la actitud respecto al poder y el concepto de estado de cada autor, pero no reniega de ofrecer una definición general para el tacitismo (pp. 121-122), si bien extremadamente compleja: «De este modo, diferente según los aspectos particulares que cada autor quiera subrayar, pero homogéneo en los principios, las perspectivas y los medios, el tacitismo aparece como un método de exploración histórica fundado sobre la visión augustiniana de la relatividad de los sistemas (“regna, magna latrocinia”) y de un pesimismo fundamental en lo que respecta a la posibilidad de hacer efectivo el orden y la justicia, aunque tiende a ello por una oposición a la Fuerza y la predominancia otorgadas a la Ley; rechazando privilegiar a ningún miembro del cuerpo social, ni aún al Príncipe, examina los problemas a la luz del doble fin del hombre y de la sociedad, por una parte su función natural y racional y por otra los imperativos de una conciencia exigente vuelta hacia el Bien; si bien las estructuras políticas están aseguradas al tiempo para evitar lo peor y para promover el armonioso bienestar, la última palabra no queda por ello menos en la voluntad individual de cada ciudadano; asimismo los tacitistas insisten menos sobre la razón de Estado que sobre el conocimiento de uno mismo en todos los miembros del cuerpo social, y sobre las nociones de *bien público* y de *virtud activa* sin las cuales todo sistema, y el propio maquiavelismo, cae en la inanidad del idealismo» (p. 130).

<sup>49</sup> Burke, «Tacitism», pp. 150-151. «El lector bien puede preguntarse qué tenía Tácito para provocar el entusiasmo de tan numerosos escritores y lectores en el siglo XVII. El tacitismo puede de hecho separarse en varios segmentos: existe admiración por Tácito como estilista, como historiador, como moralista y, por encima de todo, como un maestro de la política». Para la admiración estilística p. 152, como historiador p. 154, ética p. 156 y política pp. 162-167.

<sup>50</sup> Ibid, pp. 167-168.

sobrevivir, y cuánto más prosperar, en la corte o en estados gobernados bajo el principio *cuius regio eius religio*»<sup>51</sup>. En un trabajo posterior Burke volvió a recordar la importancia del contexto europeo (guerras internacionales y civiles, vistas como guerras religiosas, entre la revuelta de los Países Bajos y la paz de Westfalia) y señala que «la razón de estado y el tacitismo ofrecían a los gobernantes y a sus consejeros ayuda para tratar con los extraordinarios problemas de la época»<sup>52</sup>.

Para Tierno Galván, la polémica sobre el carácter de la política «se elaboró sobre Tácito por razones intrínsecas, su psicologismo experimentalista, y extrínsecas, su carácter de clásico, no manchado originariamente por las rivalidades políticas modernas»<sup>53</sup>. En su artículo de 1969 sobre el tacitismo, José Antonio Maravall insistió en este psicologismo, señalando que una de las razones del interés por el historiador latino fue que éste «hacía de la historia un campo de experimentación y comprobación de la psicología, en lugar de un terreno de ejercicios de retórica (al modo como unas décadas antes entendieron su labor historiográfica, en favor de un ejemplarismo moral sin fuerza de atracción, los ya pasados humanistas)»<sup>54</sup>. También para Richard Tuck el mundo del tacitismo «estaba compuesto por hombres que estaban afiladamente advertidos de los poderes de la manipulación psicológica y retórica, tanto para bien como para mal», pero consideraba sin embargo que estos hombres «estaban lejos de confiar en la existencia de principios morales evidentes con los que guiar el uso de esos poderes, aparte de las necesidades básicas de supervivencia física o política»<sup>55</sup>. Maravall, por su parte, destaca que el interés por Tácito se explica porque el autor latino se atiene al «plano natural de la experiencia», porque desarrolla una «inteligente técnica de observación» y por su «empleo frecuente del método inductivo»<sup>56</sup>. Junto a estas razones, coincidentes en su mayoría con las expresadas por Burke, aparece una última de tipo «extrínseco», que explicaba la particular vigencia de Tácito en el particular contexto en el que se encontraba la monarquía hispánica en el siglo XVII; «una razón pertinente a la situación política real del siglo XVII: la adecuación a los problemas de

---

<sup>51</sup> Ibid, p. 168.

<sup>52</sup> Burke, «Tacitism, scepticism, and reason of state», pp. 497-498.

<sup>53</sup> Tierno Galván, «El tacitismo», p. 24.

<sup>54</sup> Maravall, «La corriente doctrinal», p. 646. Maravall también tenía en cuenta que Tácito «poseía por añadidura una serie de buenas condiciones literarias y conservaba el prestigio de la antigüedad latina» (p. 646). En la p. 666 se vuelve a insistir en su «fina matización psicológica en la materia política».

<sup>55</sup> Richard Tuck, «Hobbes and Tacitus», en G. A. J. Rogers y Tom Sorell (eds.), *Hobbes and history*, Londres y Nueva York: Routledge, 2000, p. 110. También señala que «estos humanistas tardíos eran críticos con el humanismo anterior por su inocencia ética y política, incluyendo incluso a Maquiavelo».

<sup>56</sup> Maravall, «La corriente doctrinal», p. 666.



una monarquía, rodeada de dificultades»<sup>57</sup>. Punto este en el que vuelve a coincidir Richard Tuck, que también sugería que Tácito fue empleado porque sus textos ofrecían muchas posibilidades para su aplicación al contexto político contemporáneo<sup>58</sup>.

Todas estas apreciaciones son correctas, pero están planteadas desde una perspectiva que deja un gran espacio inexplorado a la hora de tratar la recepción de Tácito en la edad moderna. El punto de partida de todos los estudios a los que me he referido hasta ahora es qué aporta el texto, qué dice Tácito. La efectiva lectura de los textos de Cayo Cornelio Tácito se ha tomado como un hecho, igualándola implícitamente a la lectura e interpretación del historiador<sup>59</sup>. El tratamiento que se dio a sus textos en la edad moderna, las herramientas que se aplicaron para procesar y almacenar la información que contenían y los métodos de búsqueda y recuperación de esa información han sido pasados por alto por la práctica totalidad de los estudios acerca del tacitismo. Queda pendiente explicar cómo fue posible que los textos de Tácito fuesen consistentemente empleados en un sentido no previsto por el autor y tal vez sólo parcialmente indicado por el texto<sup>60</sup>. Resulta crucial preguntarse qué aportaron los lectores de la edad moderna a un texto compuesto quince siglos antes y de qué manera interpretaron lo que el autor latino decía nuevamente.

Analícese, por ejemplo, la naturaleza de la conexión entre la historia narrada por Tácito y los acontecimientos presentes, la situación real de Europa en los años en los que se recibieron con mayor ahínco los textos del latino. ¿Cómo es posible que un texto clásico resultase tan útil en situaciones tan distintas? De acuerdo con Maravall los textos de Tácito eran particularmente apropiados para la crítica situación de la monarquía hispánica en el XVII. Sin embargo, Peter Burke había señalado que los eventos narrados por Tácito (guerras civiles y emperadores con poder absoluto) eran apropiados para su utilización en un contexto a nivel europeo y más amplio cronológicamente. Añadamos a esto la perspectiva de Richard Tuck, que explicaba la adecuación de Tácito a la política francesa en la década de 1570<sup>61</sup>. Aunque a primera vista puede parecer que la historia

---

<sup>57</sup> Ibid.

<sup>58</sup> Tuck, *Philosophy and government*, p. 41.

<sup>59</sup> Hans Robert Jauss recordaba, en este sentido, que jamás se ha redactado ningún texto para ser leído e interpretado históricamente por historiadores, Hans Robert Jauss, *La historia de la literatura como provocación*. Barcelona: Península, 2000, p. 158.

<sup>60</sup> Aquí, lo mismo que en el párrafo anterior, distingo entre la *intentio auctoris, operis y lectoris* tal y como hace Umberto Eco, *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen, 1992. aunque otorgándoles un distinto peso.

<sup>61</sup> Tuck, *Philosophy and government*, p. 41. Schellhase, además de situar la cima del uso político de Tácito en la primera mitad del XVI italiano, consideraba imprescindible atender al contexto concreto de cada recepción, pues para él resultaba evidente que entre los muchos autores que usaron a Tácito como

imperial de Tácito tiene, en sí misma, unas especiales conexiones con la realidad de finales del siglo XVI y la primera mitad del XVII, la variedad de contextos en los que Tácito podía ser y fue empleado indica que dicha aplicación depende de un lector con la capacidad de «generar» la adecuación entre el texto y el momento histórico concreto<sup>62</sup>. Lo realmente relevante es que esa posibilidad de adecuación a la realidad histórica de la edad moderna no la porta sólo el texto, a la espera de un lector que la reciba pasivamente. Es por el contrario un fruto del proceso de recepción de los textos de Tácito, activamente intervenidos por unos lectores históricamente determinados.

Algo muy similar ocurre si contemplamos la cuestión de la racionalidad en los textos de Tácito (el hecho de que contuvieran o no reglas políticas) o su relación con una política de corte científico. Para Baltasar Álamos de Barrientos, que escribía en 1614, el «intento» de Tácito en todos sus escritos fue «repartir los preceptos y avisos de estado, debaxo de la sombra de la historia». ¿Por qué? «Para que no todos, sino los cuidadosos, y que ponen asistencia y estudio en ella, conozcan y aprendan las reglas con que se conserva; y los consejos, y resoluciones con que se corrompe y destruye el gobierno político»<sup>63</sup>. La interpretación del tacitismo de José Sanmartí Boncompte en el siglo XX va justo en el sentido contrario al de Álamos, y clarifica implícitamente el papel que debe concederse al receptor en la construcción del sentido. Para Sanmartí, aquellos que tomaron a Tácito «como un oráculo en política no han podido ser exactos de ninguna manera, porque lo han contemplado bajo un punto de vista totalmente desenfocado». De su punto de vista Tácito es ante todo artista, después historiador y «porque así lo han querido, político»; las ideas del autor latino han sido desvirtuadas por esa voluntad arbitraria y su pensamiento ha sido doblegado para adoptar los contornos que exige su adaptación al asunto político<sup>64</sup>. Sanmartí es rotundo, y afirma que «analizando a Tácito desde un punto de vista objetivo, es muy poco lo que constituye una aportación positiva para la ciencia política». Su crítica concluye del modo más interesante: si la intención de Tácito hubiera sido escribir un tratado sobre materia

---

guía política, «lo que cada uno de ellos encontró fue a menudo muy diferente de lo que encontraron otros», Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 120.

<sup>62</sup> Kelley, en «Tacitus noster», explora el uso de la *Germania* en el contexto específico de los territorios imperiales y propone otro «subtexto político» más, en este caso, el modo en que Tácito dejaba claro que la realeza alemana eran electa y no hereditaria y que gobernaba a través del consejo y el acuerdo (p. 159). Ver capítulo 6.

<sup>63</sup> Baltasar Álamos de Barrientos, *Tacito español ilustrado con aforismos*. Madrid: Luis Sanchez, 1614, «Dedicatoria a Lerma».

<sup>64</sup> Francisco Sanmartí Boncompte, *Tácito en España*. Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1951, p. 116.

política, en lugar de hacer historia dramática «hubiera elegido un género literario que le permitiera expresar su pensamiento con mayor claridad y exactitud»<sup>65</sup>.

Puede que a Sanmartí no le falte razón: si Tácito quiso escribir un tratado empirista de ciencia política, ¿por qué iba a escribir entonces la historia del pasado reciente del imperio? Pero le falta la razón aducida por Álamos, que sólo podemos comprender en el contexto preciso de la recepción de Tácito en la edad moderna. Estas divergencias en la utilización de Tácito no son exclusivas del siglo XX, sino que empiezan a aparecer hacia finales del siglo XVIII. En 1794 Cayetano Sixto y Joaquín Ezquerro hablaron de un vicioso «espíritu aforístico-político» del siglo XVII. Éste había nacido en Italia y se traspasó a los comentaristas de otras naciones europeas, teniendo por consecuencia que «entre todos abrumaron á Tacito de observaciones, reflexiones y comentarios, y le hicieron decir cosas que él nunca habia pensado»<sup>66</sup>. En la edad moderna, la intención del autor y la intención del texto se combinaron con las intenciones de los lectores que lo recuperaron quince siglos después, pero como ponen de manifiesto las críticas de Sanmartí, Sixto y Ezquerro, el resultado de esa mezcla fue un sentido propio de la edad moderna y en absoluto la única manera posible de leer a Tácito.

Los historiadores hemos privilegiado una interpretación según la cual las lecturas de Tácito en los siglos XVI y XVII vienen dadas por el «carácter» (cuando no por el contenido) de sus textos, pero puede que sea más intrigante tratar de comprender cómo fue posible leerlos en una clave de actualidad (la clave que lo hacía tan extremadamente llamativo para sus lectores de aquella época). Fino psicologismo, apreciación estilística y calidad de la narrativa histórica son características que requieren de un sujeto que sea capaz de apreciarlas y ponerlas en valor<sup>67</sup>. Charles Davis —en el que posiblemente sea el mejor trabajo, y uno de los menos conocidos, sobre Baltasar Álamos de Barrientos y el tacitismo español— apuntaba en este sentido al afirmar que para entender el pensamiento político tacitista resulta imprescindible colocar en el centro de atención el *proceso* de derivación de proposiciones políticas de

---

<sup>65</sup> Ibid, p. 117.

<sup>66</sup> Cayetano Sixto y Joaquín Ezquerro (eds.), *Las obras completas de Cayo Cornelio Tacito*. 4 vols. Madrid: Imprenta Real, 1794, tomo I, p. 22. Esta parte de la introducción a su edición de las obras completas de Tácito en español es una «Breve historia de las traducciones de Cornelio Tacito». Sanmartí Boncompte hace un extenso uso de ella, en ocasiones extremadamente literal.

<sup>67</sup> La apreciación del estilo de Tácito la abordo más detalladamente en el capítulo 3.2.

la narrativa histórica<sup>68</sup>. Davis, insistiendo en que «Tácito no era en sí mismo un teórico político sino un historiador, y además uno muy particular»<sup>69</sup>, definió el tacitismo de una manera muy sugerente, considerándolo un «compromiso con Tácito como autoridad» y vinculándolo con «la defensa y diseminación de sus ideas o, al menos, lo que la gente creía que eran sus ideas»<sup>70</sup>. Compromiso y creencia pueden parecer palabras demasiado rígidas para definir la recepción del autor clásico, pero abren la puerta hacia la comprensión de las conexiones entre los textos de Tácito y su utilización en un momento histórico determinado. Puesto que, como exclamaba Sanmartí Boncompte, no existe una relación *necesaria* entre la aplicación política de Tácito en la edad moderna y aquello que dejó escrito en sus obras, entender como surgió y se estructuró esa relación puede ofrecer claves relevantes para comprender el funcionamiento del pensamiento político de la edad moderna.

El término «recepción», crucial para mi trabajo, parte de las orientaciones de Hans Robert Jauss y otros proponentes de la *Rezeptionsästhetisch*<sup>71</sup>. Remite, en sentido completamente activo, al papel que tiene el «polo» del lector en el proceso por el que se genera el sentido de un texto (primordialmente un texto literario). Preguntándome por aquello que condiciona o interviene en la creación del sentido de un texto, empleo el término recepción para aludir no sólo a los lectores, sino también a los objetos materiales en los que se hicieron presentes los textos de Tácito en la edad moderna. Las ediciones y comentarios del autor latino, contempladas como episodios de recepción, intervienen en gran medida sobre el sentido de un texto y plantean contextos y posibilidades de uso anteriormente inexistentes. Puede ser útil aclarar que en un trabajo anterior, Beatriz Antón Martín habló de la «*receptio*» del tacitismo en un sentido fundamentalmente pasivo y bien distinto al aquí propuesto. Esta autora entendía necesario hablar de recepción (empleando el término latino) en tanto que partía «del supuesto de que éste [el Tacitismo] no tuvo origen español, sino que nació fuera de nuestras fronteras»<sup>72</sup>. Recepción, en mi investigación, no significa «llegada», sino el

---

<sup>68</sup> Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 57: «Esto significa que la derivación de proposiciones políticas de sus narrativas históricas es un proceso inherentemente complejo y problemático y que a fin de entender la naturaleza del pensamiento político tacitista es necesario examinar ese proceso».

<sup>69</sup> Ibid.

<sup>70</sup> Ibid.

<sup>71</sup> El texto fundamental, en mi opinión, es Jauss, *La historia de la literatura como provocación*. También Wolfgang Iser, *El acto de leer. Teoría del efecto estético*. Madrid: Taurus, 1987; José Antonio Mayoral (ed.), *Estética de la recepción*. Madrid: Arco Libros, 1987; Rainer Warning (ed.), *Estética de la recepción*. Madrid: Visor, 1989.

<sup>72</sup> Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, pp. 10-11. cursiva en el original.

conjunto de actividades que «actualizaban» o «mediaban» el sentido de los textos de Tácito, siendo su conversión en manuales de política un aspecto singular de un proceso mucho más amplio, que sólo se entiende cuando comprendemos las prácticas lectoras y los fundamentos epistemológicos que le dan cuerpo.

Tres son los objetivos fundamentales de esta investigación: describir la recepción de Tácito partiendo de su lectura, entendida ésta como el conjunto de condiciones materiales e intelectuales que intervinieron en el encuentro con aquellos textos; analizar los procedimientos empleados en la generación de las obras de pensamiento político que hicieron uso de Tácito y la relación entre las características de estas obras y los métodos de lectura; y explorar, en tercer lugar, el modo en que los usos de los textos de Tácito afectaron a la configuración del campo disciplinar de la política, teniendo especialmente en cuenta el papel práctico de los participantes en dicho campo en la construcción, modificación y defensa del mismo. También quiero proponer un motivo de reflexión: ¿hasta qué punto puede modificar esta aproximación nuestro entendimiento de la racionalización en la política moderna?

Los límites cronológicos de esta tesis son deliberadamente flexibles. Uno de los puntos de arranque podría situarse en 1574, fecha en que salió a la luz la primera edición lipsiana de las obras de Tácito. La publicación del texto enmendado y editado por Justo Lipsio es un hito que marca una frontera entre las ediciones e interpretaciones del texto en siglo XVI y la expansión de la fama de Tácito, su renovada recepción a nivel europeo<sup>73</sup>. El límite «por arriba» está situado vagamente en el cambio al siglo XVIII porque considero que establecer unos límites más sólidos, aún siendo plenamente significativos, distorsionaría la óptica que he adoptado en esta investigación. Las indicaciones cronológicas —y esto es algo repetidamente advertido por historiadores de muy diversas tradiciones— generan barreras narrativas que no harían justicia al proceso continuado de lectura, recepción, traducción y comentario de los textos de Tácito. Una de las propuestas que quiero desarrollar en este trabajo es que los distintos estratos en la tradición interpretativa de esos textos se superponen en un flujo constante, en el que cada lectura afecta a la siguiente. La flexibilidad en los límites cronológicos no alberga, por otra parte, pretensiones de describir una época como el «barroco» o el «siglo

---

<sup>73</sup> Apoyarían esta fecha de inicio los estudios de Maravall, «La corriente doctrinal», p. 653: «entre las fechas de la primera edición lipsiana y de la última [1574-1607], se colocan los años de maduración del tacitismo político propiamente tal». Tuck, *Philosophy and government*, p. 39, sitúa el surgimiento de un «nuevo humanismo» vinculado con la recepción de Tácito entre las décadas de 1570 y 1580. Ya he mencionado que Burke proponía el arco temporal *c.*1580- *c.*1680 para el auge de los comentarios sobre Tácito y de las obras sobre razón de estado en Burke, «Tacitism, scepticism, and reason of state», p. 485.

XVII»<sup>74</sup> y aunque presume una relativa unidad en los modos intelectuales disponibles por entonces para leer los textos de Tácito, no pretende sugerir que sea posible describir todas las recepciones particulares de los mismos.

Mi investigación otorga un peso destacado al estudio de la recepción de Tácito en España, pero también afirma la imposibilidad de comprender esa recepción sin tener en cuenta un contexto europeo más amplio. La recepción de Tácito en España en las últimas décadas del siglo XVI y las primeras del XVII es un fenómeno mucho más complejo del que hasta ahora se conoce, pues los estudios existentes han tendido a concentrarse en los elementos más destacados de esta recepción: las tres traducciones de la década de 1610 y, muy en concreto, la obra de Baltasar Álamos de Barrientos. Espero modificar un poco esta visión y aportar una serie de elementos que permitan enjuiciar mejor la recepción de Tácito en España desde las últimas décadas del siglo XVI. Esta tarea ocupa el capítulo 5 y permitirá además una mejor comparación del «caso» hispano con la recepción de los textos de Cayo Cornelio Tácito en otros ámbitos territoriales.

La dimensión europea de la recepción de Tácito es un hecho innegable, como demuestra con creces el papel de Justo Lipsio en la propagación de un texto estandarizado de Tácito y de una determinada interpretación del latino y aunque en esta investigación no se aborda la recepción de Tácito en Flandes y los Países Bajos, estoy seguro de haber analizado con mucho mayor detalle del habitual, en el capítulo 3, el retrato transmitido a toda Europa a través de las ediciones lipsianas. La perspectiva comparada es útil en tanto que permite descubrir particularidades y rasgos compartidos al tiempo que subraya la idea de distintos ritmos y diferentes contextos de recepción. La comprobación se hallará, espero, en los capítulos 6 y 7, que abordan de modo específico la comparación del caso español con Inglaterra y Francia, incorporando el tipo de análisis realizado en las partes anteriores (traducciones, ediciones y puesta en contexto de la recepción de Tácito). El resto de las muchas posibilidades de comparación no han sido abordadas en este trabajo, con la excepción parcial del caso italiano, que aparece ocasionalmente, aquí y allá, a lo largo de estas páginas.

Cada uno de los libros que contienen las obras de Tácito ha sido considerado individualmente como una fuente potencial en esta investigación. En algunas ocasiones se trata de documentos únicos que portan las anotaciones manuscritas de lectores de la

---

<sup>74</sup> Para barroco como significación de época José Antonio Maravall, *La cultura del Barroco*. Barcelona: Ariel, 2000, pp. 23-51. Maravall había empleado también «siglo XVII» «en su significación de «época», más que como indicación cronológica» en Maravall, *Teoría del Estado*, p. 13.

época, un material excepcional sin el que no podría abordarse el estudio de la recepción de esos textos. En otras, los ejemplares de la edad moderna ofrecen información sobre determinados contextos de uso de esas obras, sobre su circulación o sobre el fenómeno del patronazgo. Las páginas de estos libros contienen la imagen del trabajo intelectual y material al que se sometieron los textos que portan; son, en suma, los testimonios de la presencia histórica de los textos de Tácito en el periodo estudiado.

La discusión particularizada sobre la naturaleza de las fuentes impresas empleadas en esta tesis se aborda en los lugares correspondientes de los capítulos 1 y 4, pero está presente en toda ella. Las fuentes no son independientes del uso que se hace de ellas o de las preguntas que se pretende que respondan, y por ello he preferido abordar esta cuestión en los momentos exactos en los que interfería con los fundamentos de mi argumentación. En el capítulo 8 analizo las imágenes (frontispicios y retratos) que acompañan la recepción de Tácito pero que nunca han sido analizados junto a las obras que los portan. También analizo catálogos de bibliotecas y otras fuentes que ofrecen una representación de las parcelas disciplinares presentes en la edad moderna. El empleo de este tipo de fuentes es un esfuerzo por fundamentar lo que podría considerarse una especie de historia cultural del pensamiento político.

En lo que respecta a la estructura de esta tesis, la primera parte (y especialmente los dos primeros capítulos) constituye una historia de la lectura de Tácito, pero al contrario de lo que suele ocurrir en la historia de la lectura, no abordo exclusivamente una lectura concreta, sino que aspiro a trasladar la pregunta sobre cómo se leyó a Tácito a un contexto más amplio. Esto conlleva una inevitable pérdida de precisión, pero permite replantear la historia de la recepción de Tácito desde una base nueva. Si desconocemos cómo se leyó a Tácito es difícil que alcancemos a comprender los usos que se dieron a sus textos y el modo en que se postuló su potencial de aplicación a la realidad de la edad moderna. El capítulo 3 trata de comprender los «condicionantes» que intervinieron a la hora de dotar de sentido los textos de Tácito. Aparentemente esto equivale a desplazar el texto del foco de atención y poner en un primer plano otros textos aparentemente marginales, tales como anotaciones de lectores, traducciones, comentarios (filológicos o de otro tipo), prólogos, dedicatorias, etc. En realidad la gran mayoría de los estudios sobre el tacitismo ha prestado escasísima atención a los libros de Tácito (tanto en sus aspectos materiales como en los de contenido) contemplados en un sentido histórico. Una de las «mediaciones» más llamativas en la recepción de Tácito es naturalmente su traducción al vernáculo, una actividad que puede considerarse como

el fruto cristalizado de una lectura personal, lectura que con su publicación se convierte en vehículo público del texto y se establece como punto de referencia a partir del cual se pueden desarrollar futuras lecturas. Como analizo en el capítulo 4, se trata de un acto de interpretación activa, en el que se toman constantemente decisiones sobre el sentido que debe darse al texto original.

La segunda parte de esta tesis (capítulos 5 al 8) es un estudio de historia del pensamiento político. A estas alturas no habrá sido difícil advertir que en mi investigación sobre la recepción de Tácito (de sus textos) he abandonado la etiqueta tacitismo. En lo que respecta a la definición del pensamiento político de la edad moderna, este término, cuya naturaleza confusa e interpretativa ya he señalado, tiende a identificar el uso de los textos de Tácito exclusivamente con un ejercicio de elaboración de una doctrina política unitaria. De acuerdo con esa visión, los textos del latino incorporarían o provocarían una serie de ideas fundamentales para la definición del estado, la sociedad o el poder. Desde mi punto de vista, con ello se tiende a dar por supuesta la existencia de una «ideología» construida a partir de Tácito, atribuyéndole ciertas características de sistematicidad o coherencia. Esto tiene el efecto de integrar aquellos escritos en la forma de tratados doctrinales, algo que, seguramente sea apropiado para la ciencia política tal y como hoy la conocemos, pero que hace menor justicia a las realidades pasadas. No debe olvidarse, por ejemplo, que una pieza de pensamiento político como el *Tácito español ilustrado con aforismos* de Baltasar Álamos de Barrientos es simple y extrañamente una traducción comentada y anotada de las obras de Tácito. Para explicar el modo en que Tácito se convirtió en parte integrante del pensamiento político europeo hay que atender a una serie de elementos formales y estructurales (si se prefiere, de género literario) que han sido olvidados por buena parte de los estudios del pensamiento político<sup>75</sup>. Comprender el camino que lleva de la lectura de Tácito a su incorporación al pensamiento político puede ayudar a entender mejor la naturaleza peculiar e histórica de los textos que son considerados como pensamiento político. Establecer un diálogo entre dos campos como la historia de la lectura y la historia del pensamiento político, que si bien se han demostrado considerablemente fructíferos en las últimas décadas por lo general se han mantenido estancos puede servir, finalmente, para entender los fundamentos epistemológicos y las condiciones prácticas

---

<sup>75</sup> Por seguir con el mismo ejemplo, puede plantearse hasta qué punto hace justicia al *Tácito español* original la edición de Fernández Santamaría (ed.), *Baltasar Álamos de Barrientos. Aforismos al Tácito español*, en la que se suprimen el texto de la traducción y el resto de las notas.



que dieron vida a la política como disciplina. Con la esperanza de haber logrado al menos reconsiderar algunas «certezas» y plantear ciertas «nuevas» preguntas sólo me queda ahora confiar en que mi investigación sea bien recibida.



La primer hazaña del nuevo Imperio fue el homicidio de Agripa Postumo  
Cornelio Tácito, *Anales* 1, 6. Traducción de Emanuel Sueyro

Neçesaria cosa fue matar a agripa postumo, por asigurar la suçesion y evitar las gerras  
civiles pero el modo fue ynconsiderado pudiendo matalle con veneno que aunque se  
sospechara su muerte no se supiera de çierto

Lector anónimo, anotación sobre la edición de 1614 de la traducción de Emanuel Sueyro

## 1. Lecturas del clásico

### 1.1 ¿Leer?

Leer es un encuentro entre el lector y el texto que intenta entender o interpretar; un encuentro del que apenas suelen quedar rastros. Quienes han tratado de estudiar la lectura del pasado han destacado repetidamente su inconcreción física y su pertenencia al orden de lo efímero; han señalado que leer resulta un misterio a pesar de que leemos cada día y han caracterizado la lectura como una actividad que tiende a esfumarse<sup>1</sup>. Curiosamente, y pese a que esta inmaterialidad parece dificultar la tarea, sobre leer ha sido mucho lo que se ha escrito. Existen aparentemente tantas definiciones de la lectura como respuestas a la pregunta ¿qué significa leer?

Hay respuestas personales y emotivas, como la de Alberto Manguel, cuando observa «leer, casi tanto como respirar, es nuestra función esencial»<sup>2</sup>; y respuestas de escritores, como aquella que dice «leer es algo activo, creativo, voluntarista» u otra, que señala «leer es ir al encuentro de algo que está a punto de ser y aún nadie sabe qué será»<sup>3</sup>. Existen otras respuestas, formales y más estructuradas, de lingüistas, de teóricos de la literatura y de filósofos y desde hace varias décadas también los historiadores han ofrecido sus propias respuestas. La lectura constituye el objeto de estudio de la denominada «historia de la lectura», que ha establecido con cierta fortuna una parcela propia dentro del ámbito de los estudios históricos. Originariamente la historia de la

---

<sup>1</sup> José Manuel Prieto Bernabé, *Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)*. 2 vols. Mérida: Editora Regional de Extremadura (Junta de Extremadura, Consejería de Cultura), 2004, vol. 1, p. 68: «La lectura considerada como apropiación intelectual de un texto escrito siempre lleva como rémora su inconcreción física»; Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998, p. 11; «siempre en un orden de lo efímero, de lo plural, de la invención» Robert Darnton, «Readers respond to Rousseau: the fabrication of romantic sensitivity», *The great cat massacre and other episodes in French cultural history*, Nueva York: Basic Books, 1984, p. 215: «La lectura sigue siendo un misterio, aunque lo hagamos cada día»; Edward Baker, *La biblioteca de don Quijote*. Madrid: Marcial Pons, 1997, p. 14: «los escritores y las obras dejan huellas que podrán ser más o menos visibles, mientras que la lectura es una actividad que tiende a esfumarse».

<sup>2</sup> Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza, 2002, p. 21.

<sup>3</sup> Francisco Umbral, *Mortal y rosa*. Madrid: Cátedra; Destino, 2007, p. 108. Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*, citado en *Ibid*, p. 47.

lectura se propuso investigar acerca de los distintos modos de leer que han existido a lo largo del tiempo, pero ese proyecto convivió desde siempre con otros muchos, que han ido desarrollándose en líneas paralelas hasta formar un universo de trabajos relacionados con la lectura. Sobre este sustrato se coloca esta primera parte de mi investigación.

La historia de la lectura se ha ido nutriendo de diversas influencias y ha alterado su orientación y objetivos con el paso del tiempo. No pretendo aquí describir una metodología ni defender su carácter innovador, sino más bien reconstruir la historia de un «campo» para aclarar el lugar del que arranca mi investigación. El punto de partida de la historia de la lectura puede situarse, con las obvias precauciones, en septiembre de 1983, fecha en la que tuvo lugar la reunión de un grupo de investigadores que daría a la luz un libro titulado *Pratiques de la lecture*. El interés de los participantes en aquel congreso — según Roger Chartier, firmante del prefacio— era «esclarecer los modelos y los efectos, la historia y el presente de una práctica cultural tan inmediata que parece no haber podido ser jamás otra cosa que lo que es para nosotros hoy día»<sup>4</sup>. La fórmula, uno de cuyos objetivos es marcar las fronteras de la «alteridad» histórica de esta práctica, la repetía poco después Robert Darnton (también participante en el encuentro del convento de Saint-Maximin de París), quien señalaba que la experiencia de la lectura es «tan familiar que parece perfectamente comprensible»<sup>5</sup>.

Es posible sin duda mencionar trabajos que con anterioridad a esa fecha giran en torno a la lectura o se preocupan por cuestiones relacionadas con este fenómeno<sup>6</sup>. Maxime Chevalier, trabajando sobre obras literarias, apuntaba en 1976 que nuestros antepasados lectores «no entendían estas obras lo mismo que nosotros, ni las podían

---

<sup>4</sup> Roger Chartier (ed.), *Pratiques de la lecture*. París: Payot & Rivages, 2003, p. 7. El punto de partida posiblemente no sea fijo, pero este congreso marca al menos una fecha *después de la cual* es innegable la existencia de una historia de la lectura.

<sup>5</sup> Darnton, «Readers respond to Rousseau», p. 215. Darnton destaca, al tiempo que critica la pionera distinción entre lectura intensiva (hasta mediados del siglo XVIII) y extensiva que introdujo Rolf Engelsing, *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800*. Stuttgart: J.B. Metzlersche, 1974.

<sup>6</sup> Evidentemente cuestiones de índole sociocultural, como el analfabetismo; económicas, como el precio de los libros o el comercio librario; o puramente culturales, como el impacto de la imprenta habían sido objeto de atención desde mucho antes. Habitualmente se considera uno de los puntos de arranque del interés historiográfico por el mundo del libro *L'Apparition du Livre* (París: Albin Michel, 1958) de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin. El hito es importante tanto por la resonancia que alcanzará la escuela en la que aparece como por la orientación de la temática hacia los lugares más queridos por los *Annales*. En España un interés pionero en el tema está en Agustín González de Amezúa y Mayo, «Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro», en *Opúsculos históricos-literarios*, Madrid: Estades, 1951, Vol. 1.

entender lo mismo que nosotros»<sup>7</sup>. En ese mismo año de 1976 se publicó también el libro de Carlo Ginzburg *El queso y los gusanos*, obra que ha llegado a ser considerada parte integrante, e incluso un clásico, de la historia de la lectura<sup>8</sup>. Con el objetivo de «reconstruir un fragmento de lo que se ha dado en llamar “cultura de las clases subalternas” o “cultura popular”»<sup>9</sup>, Ginzburg dedicó buena parte de las páginas de su obra a analizar cuáles fueron las lecturas y cómo leía el molinero Domenico Scandela. No obstante, a pesar de que Ginzburg planteaba la pregunta fundamental de una historia de la lectura —«¿cómo lo leía el público de entonces?»<sup>10</sup>— esta cuestión iba historiográficamente dirigida contra el dominio y las carencias de la historia serial o cuantitativa. El objetivo de su búsqueda no era tanto la lectura como la «cultura popular»; lo que interesaba era saber «¿En qué medida la cultura primordialmente oral de aquellos lectores interfería con el disfrute del texto, modificándolo, reconfigurándolo hasta casi desnaturalizarlo?»<sup>11</sup>.

En 1993, diez años después de aquel «primer» congreso parisino, era posible ya pensar en efectuar un balance de las investigaciones en un campo que, al menos así lo proponían sus practicantes, «se había afirmado como uno de los dominios principales de la historia cultural»<sup>12</sup>. Esta declaración trasluce que la historia de la lectura contaba ya con una nutrida serie de trabajos, encadenados y enfrentados, que la configuraban como un campo particular de la práctica historiográfica. A efectos de este balance no bastaba ya con dar cuenta de esta consolidación, sino que también era preciso trazar fronteras y señalar algunas diferencias entre la historia que había adoptado la lectura como objeto y

---

<sup>7</sup> Maxime Chevalier, *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Turner, 1976, pp. 57-58. Esta afirmación se refiere a los poemas históricos. Chevalier subraya la importancia de los comentarios a esos poemas para comprender cómo se leía en el pasado.

<sup>8</sup> Por ejemplo en Lisa Jardine y Anthony Grafton, «'Studied for action': How Gabriel Harvey read his Livy»; en *Past and Present*, vol. 129 (1990), pp. 32, n35. en el que se califica *El queso y los gusanos* como «Un estudio clásico de la lectura por alguien no identificado primordialmente como estudioso de este campo [*field*]». En mi opinión, si bien Ginzburg merece el apelativo de pionero, el campo sin embargo aún no estaba plenamente definido como tal. Lodovica Braidà «Quelques considérations sur l'histoire de la lecture en Italie. Usages et pratiques du livre sous l'Ancien Régime», en Roger Chartier (ed.), *Histoires de la lecture, un bilan des recherches, actes du colloque des 29 et 30 janvier 1993, Paris*. Paris: IMEC; Maison des sciences de l'homme, 1997, pp. 23- 49, cita el libro de Ginzburg como una obra de historia de la lectura aunque señala que «El ejemplo estudiado por Ginzburg ha puesto el acento sobre la debilidad de la oposición “cultura erudita/cultura popular” y su vínculo con una concepción que considera la cultura escrita como un patrimonio cerrado», p. 25.

<sup>9</sup> Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik, 1981, p. 14.

<sup>10</sup> Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1994, p. 18. sitúa acertadamente la obra de Ginzburg como parte de la crítica al «proyecto reductor» de la historia serial o cuantitativa de los objetos culturales.

<sup>11</sup> Ginzburg, *El queso y los gusanos*, p. 24.

<sup>12</sup> Chartier (ed.), *Histoires de la lecture*, p. 13.

otras historias de la producción, el comercio y la posesión de los libros. De igual manera, en 1993 era necesario distinguir entre los trabajos sucesores de esta segunda perspectiva (esforzados en una «historia social de los usos del escrito») y una historia de la lectura que aspiraba a «desplazar o superar la historia literaria tradicional»; «a “sacar” la lectura de la obra para construirla como una interpretación del texto que no está ordenada por entero por las disposiciones lingüísticas y discursivas»<sup>13</sup>.

La década que separa estos dos congresos es la de la consolidación de la historia de la lectura y aproximadamente entre esas mismas fechas se enmarca el nacimiento y desarrollo de toda una serie de trabajos interesados por comprender la lectura en el pasado. Entre las declaraciones «programáticas» de 1983 y las de 1993 se aprecia sin embargo una diferencia muy notable, que muestra el papel importante que otras disciplinas han tenido en la delineación de las fronteras y los intereses disciplinares de la historia de la lectura. Ese cruce disciplinar ha sido hecho explícito en diversas ocasiones, y valorado siempre como un enriquecimiento de la práctica histórica. En 1988, Cathy Davidson decía al respecto que «la influencia de la teoría literaria postestructuralista y la teoría de la recepción de inspiración alemana está comenzando hoy a ser incorporada a la historia del libro y también aquí existe un nuevo y fértil campo para valorar las relaciones de poder inherentes a la estructura de la comunicación»<sup>14</sup>. Algo antes, Robert Darnton reconocía tales incorporaciones al hacer explícito su «intento de combinar la historia tradicional, basada en la investigación de archivo, con una interpretación textual del tipo que han desarrollado críticos literarios tales como Wolfgang Iser, Hans Robert Jauss, Wayne Booth, Stanley Fish, Walter Ong, Jonathan Culler, Louis Marin, y otros»<sup>15</sup>. Bastante similares son las fuentes de inspiración que desgranaba Robert Chartier en su introducción al citado congreso de 1993: «estética de la recepción a la alemana, la *reader-response theory*, los trabajos fundados sobre el formalismo ruso, más historiador que los estructuralismos

---

<sup>13</sup> Ibid, p. 15. En Chartier, *Libros, lecturas y lectores*, p. 9. se concibe esta diferencia por desbordamiento de las prácticas anteriores: «la historia del libro, ampliando su objeto y su definición, se ha convertido en una disciplina central para quien desee comprender la producción, la transmisión y la recepción de los textos».

<sup>14</sup> Cathy N. Davidson, «Towards a history of books and readers»; en *American Quarterly*, vol. 40, n°. 1, (1988), p. 9, introducción al número monográfico titulado *Reading America*.

<sup>15</sup> Darnton, «Readers respond to Rousseau», pp. 216, n211. En la introducción a esta obra queda clara además la importancia que Darnton otorga a los trabajos y a la perspectiva antropológica desarrollada por Clifford Geertz.

occidentales»<sup>16</sup>. En otra obra del mismo año Chartier añadiría además el *new historicism* y una renovada serie de tradiciones originariamente más técnicas, esto es una «*bibliography* definida como una “sociología de los textos”, tal como la propone D. F. McKenzie»<sup>17</sup>.

Todas esas aportaciones a la historia de la lectura provenían de trabajos cuyo denominador común, si es que algo así existe, era la reinterpretación de la lectura en un sentido activo: como el momento imprescindible en el que surge o se construye el sentido de un texto que necesita ser activado por el lector<sup>18</sup>. Así, según Hans Robert Jauss, «en el triángulo formado por autor, obra y público, este último no constituye sólo la parte pasiva, un mero conjunto de reacciones, sino una fuerza histórica, creadora a su vez»<sup>19</sup>. El lector es investido nuevamente en su labor constructora de sentido y ello implica no sólo que «términos como lector o audiencia hayan dejado de estar relegados a la categoría de lo obvio y no problemático para acceder a un papel protagonista»<sup>20</sup>, sino también una profunda modificación en el modo en que se concibe el texto<sup>21</sup>. El texto, tal y como se entendía en esos trabajos, dejó de ser caracterizado como fijo, estable y dotado de un sentido *per se* y comenzó a concebirse cada vez más como un artefacto abierto, como parte de una colaboración o de un proceso en el que se construía el sentido de dicho texto.

Umberto Eco ha explicado los cambios a los que condujeron las teorías postestructuralistas en los modos de concebir un texto como la superposición de dos debates. El primero o «clásico» se preguntaba si «debe buscarse en el texto lo que el autor quería decir» o si por el contrario «debe buscarse en el texto lo que éste dice, independientemente de las intenciones de su autor». El debate que surgió posteriormente pasaba por aceptar el segundo de los presupuestos de la oposición

---

<sup>16</sup> Chartier (ed.), *Histoires de la lecture*, p. 15. Todas estas perspectivas son consideradas como «tentativas para “sacar” la lectura de la obra, por construirla como una interpretación del texto que no es enteramente dictada por las disposiciones lingüísticas y discursivas».

<sup>17</sup> Chartier, *Libros, lecturas y lectores*, pp. 60-61. Como señala Chartier en este mismo lugar, es cierto que con este tipo de enfoques «la crítica literaria ha querido reinscribir las obras en su historia», pero no debe olvidarse que la historia de la lectura, como campo, nace de ese impulso y no al contrario.

<sup>18</sup> Para una descripción en mayor profundidad de los matices que distancian a los distintos críticos literarios y «tendencias» interpretativas hasta aquí mencionadas puede consultarse, por ejemplo Susan R. Suleiman y Inge Crosman (eds.), *The reader in the text: essays on audience and interpretation*. Princeton: Princeton University Press, 1980 o Mayoral (ed.), *Estética de la recepción*.

<sup>19</sup> Jauss, *La historia de la literatura como provocación*, p. 158.

<sup>20</sup> Suleiman y Crosman (eds.), *The reader in the text*, p. 3. La introducción de la obra se llama, significativamente, «Varieties of audience-oriented criticism».

<sup>21</sup> Un breve pero muy completo resumen de la «teoría moderna» sobre la lectura, que completa el que aquí ofrezco en William Howard Sherman, *John Dee: the politics of reading and writing in the English Renaissance*. Amherst (Massachusetts): University of Massachusetts Press, 1995, pp. 51-56.

anterior y trataba de decidir si es «necesario buscar en el texto lo que dice con referencia a su misma coherencia contextual y a la situación de los sistemas de significación a los que remite» o si por el contrario «es necesario buscar en el texto lo que el destinatario encuentra con referencia a sus propios sistemas de significación y/o con referencia a sus deseos, pulsiones, arbitrios»<sup>22</sup>. En el segundo de los debates identificados por Eco (el que se incorporó predominantemente a la historia de la lectura) se hace uso implícito de una noción temporal (variación contextual, variación del destinatario). Las teorías lingüísticas y literarias, al embarcarse en este debate, abrieron una puerta a la historia puesto que descubrieron la necesidad de comprender las complejidades del contexto del destinatario.

La historia de la lectura se apropió, por lo tanto, de toda esta serie de problemas inicialmente planteados y valorados por críticos literarios, estudiosos de la literatura y, en otra vertiente menos evidente y menos reconocida, por algunos filósofos del lenguaje. Sin embargo, esta apropiación teórica, esencial para la configuración de este campo histórico, implicaba notables modificaciones y adaptaciones de los planteamientos originales, en especial de aquellos provenientes de la crítica y teoría literaria.

De modo esquemático puede afirmarse que allí donde los críticos literarios se preguntan qué se puede decir del texto<sup>23</sup>, los historiadores se preguntan en qué medida permite la lectura dar una descripción del pasado (qué se puede decir del pasado)<sup>24</sup>. La lectura fascina al pensamiento histórico por la posibilidad difícil de investigar la brecha entre tiempos pasados (y por tanto distintos) y los objetos presentes que son los textos. Para la historia de la lectura, la interacción entre texto y lector no tiene por objeto el estudio más apropiado o más completo de un texto determinado, sino que es una especie de llave que da acceso a una mejor comprensión del contexto que lo rodeaba. Las

---

<sup>22</sup> Eco, *Los límites de la interpretación*, p. 29.

<sup>23</sup> Ibid, p. 22: «En cualquier caso, especulaciones diferentes como la estética de la recepción, la hermenéutica, las teorías semióticas del lector ideal o modelo, el llamado “*reader oriented criticism*” y la deconstrucción han elegido como objeto de investigación no tanto los acontecimientos empíricos de lectura (objeto de una sociología de la recepción) cuanto la función de construcción del texto —o de deconstrucción— que desempeña al acto de la lectura, visto como condición eficiente y necesaria de la misma actuación del texto como tal». Puede sustituirse, para los «acontecimientos empíricos de lectura» en el pasado, sociología por historia de la lectura.

<sup>24</sup> Esta diferente orientación no debe entenderse, sin embargo, en clave de enfrentamiento inevitable. Así lo demuestra la noción de *poetics of culture* entendida como «la suma de los discursos escritos a través de los cuales aprehendemos y actuamos sobre el mundo y, más particularmente, los discursos a través de los cuales distinguimos entre lo imaginario y lo real», Stephen J. Greenblatt, «What is the history of literature»; en *Critical Inquiry*, vol. 23, n.º. 3, (1997), p. 471. Ver también Stephen J. Greenblatt, «Towards a poetics of culture», en Murray Krieger (ed.), *The aims of representation: subject [text] history*, Nueva York: Columbia University Press, 1987.



diferencias entre las distintas lecturas históricas son por lo tanto indicios para reconstruir un pasado perdido, desplazándose el foco de interés de los textos y las lecturas a la descripción general del pasado en que se producían<sup>25</sup>. En palabras de Darnton: «Una historia de la lectura, si pudiera ser escrita alguna vez, delinearía el elemento de *extrañeza* en la manera del hombre de dar sentido al mundo»<sup>26</sup>. La lectura es, para el historiador, un pasadizo por el que se gana acceso al mundo pasado de los lectores y que permite interpretar el modo en que actuaron en el seno de la sociedad en que vivieron y comprender las obras, comentarios, cartas y consideraciones que escribieron a partir de su experiencia como lectores.

Los historiadores han construido una definición de la lectura que busca describir «la distante rareza de prácticas antiguamente comunes» pero también «el estatuto primero y específico de textos que fueron compuestos para lecturas que ya no son las de sus lectores de hoy»<sup>27</sup>. No sólo se trata de comprender formas de leer hoy desaparecidas sino descubrir que también hubo libros, formas textuales<sup>28</sup>, e incluso géneros, que eran comprensibles para unos lectores distintos del lector (o historiador) actual. Cuando investigamos la historia del leer no se trata solamente de ampliar y redefinir los temas sobre los que es posible escribir historia<sup>29</sup>. El objeto elegido conlleva un intento por redefinir el entendimiento que el historiador tiene del pasado, tal y como expresa con rotundidad Kevin Sharpe: «Hasta que los historiadores refiguren —en todos los sentidos de la palabra, de redibujar, reimaginar, de abrir el estudio del tropo y la imagen— los textos de política, el entendimiento de la cultura política de la edad moderna continuará eludiéndonos»<sup>30</sup>.

---

<sup>25</sup> En este sentido hay que interpretar la «acusación» de Sherman respecto a la ausencia del lector real e histórico en las obras de la *Reader-Response*. Sherman, *John Dee*, p. 55: «Las páginas de las obras de la *Reader-Response* están pobladas con todo tipo de lectores, excepto el real e histórico: Freund enumera el *mock reader* (Gibson), el lector implícito (Booth e Iser), el lector modelo (Eco), el *super-reader* (Rifaterre), el *inscribed* o *encoded reader* (Brooke-Rose) y el lector ideal (Culler)».

<sup>26</sup> Darnton, «Readers respond to Rousseau», p. 216.

<sup>27</sup> Cavallo y Chartier (eds.), *Historia de la lectura*, p. 15.

<sup>28</sup> El estudio del modo en que las disposiciones formales y la materialidad de los objetos que portan los textos ejerce su efecto sobre el significado, fue también incorporado a la historia de la lectura, si bien ha sido paulatinamente dejado a un lado por los historiadores. Raquel Sánchez García, «Morfología del texto y producción de sentido en la lectura»; en *Ayer*, vol. 58, n.º. 2, (2005), ofrece un buen panorama sobre la cuestión en el que se aprecia, por lo demás, la escasa aplicación de este programa.

<sup>29</sup> Una reflexión crítica sobre este efecto de ampliación de la explicación histórica en Frank R. Ankersmit, «The reality effect in the writing of history; the dynamics of historiographical topology»; en *Mededelingen van de Afdeling Letterkunde (Nieuwe Reeks)*, vol. 52, n.º. 1, (1989).

<sup>30</sup> Kevin M. Sharpe, *Reading revolutions. The politics of reading in early modern England*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2000, p. 5. En cierta medida, Jardine y Grafton, «Studied for action», p. 56, ya habían sugerido esa posibilidad al titular un apartado de su artículo «If this is reading, what was political thought?».

En la historia de la lectura no se cuenta con «archivos movilizables de manera inmediata» y tampoco existe un «procedimiento aceptado unánimemente»<sup>31</sup>. Por tanto, más allá de formulaciones teóricas, los investigadores han tenido que adaptarse a los contornos de la época tratada, a los testimonios disponibles y a las particularidades del lector y las lecturas estudiadas. Han sido pocos los intentos de elaborar una narrativa general, una verdadera historia de la lectura como la dirigida por Roger Chartier y Guglielmo Cavallo<sup>32</sup>. Diversos trabajos particulares han ido dando forma a ciertos modos históricos de leer, a los espacios de lectura, a las técnicas intelectuales empleadas. En un artículo pionero, Lisa Jardine y Anthony Grafton (estudiando la lectura de Livio por parte de Gabriel Harvey) caracterizaron la lectura como una actividad que se produce en un contexto social, cultural y temporal preciso, que permite «ver» al lector del pasado rodeado de esa historicidad que, como es de suponer, se infiltraba en su actividad lectora<sup>33</sup>. Al definir la lectura como actividad, Jardine y Grafton iban más allá de la concepción de lector activo propuesta por críticos y teóricos de la literatura. Estos autores subrayaban que la lectura de Harvey, como estudioso y erudito, debía entenderse como una actividad no sólo porque los lectores modernos reinterpretasen ampliamente los textos que leyeron, sino también en un sentido fuerte, activo: la lectura estaba orientada a unos fines concretos y tenía lugar «para dar lugar a otra cosa»<sup>34</sup>.

William Sherman, en un proyecto que discurría paralelo al de Jardine y Grafton<sup>35</sup>, reclamaba en primer lugar la importancia del lector histórico real frente a otros lectores teóricos para pasar seguidamente a caracterizar a ese lector a partir de su

---

<sup>31</sup> Chartier (ed.), *Histoires de la lecture*, p. 13.

<sup>32</sup> Cavallo y Chartier (eds.), *Historia de la lectura*.

<sup>33</sup> Jardine y Grafton, «Studied for action». En el prólogo del artículo, titulado «The activity of reading». Un planteamiento más general del proyecto en Anthony Grafton, «El lector humanista», en Roger Chartier y Guglielmo Cavallo (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 1998, pp. 295-296.

<sup>34</sup> Jardine y Grafton, «Studied for action», p. 30: «Todos los historiadores de la cultura de la edad moderna reconocen hoy día, y nosotros también lo hacemos, que los lectores de la edad moderna no recibían pasivamente los textos sino que los reinterpretaban de manera activa. No obstante, nosotros tratamos de tomar esa noción de *actividad* en un sentido fuerte: no sólo referimos a la energía que debe percibirse acompañando la intervención del estudioso/lector con su texto, ni el esfuerzo cerebral para hacer el texto propiedad del lector, sino a la lectura dirigida a *dar lugar a algo más*. Argumentamos que la lectura erudita (el tipo de lectura que aquí tratamos) estaba siempre dirigida a unos fines [*goal oriented*]: no era una búsqueda pasiva, sino activa». En el caso estudiado esos fines eran el consejo político, la obtención de una guía para la actividad política.

<sup>35</sup> Supuestamente, iba a formar parte de una historia de la lectura en la que tomarían parte Jardine y Grafton. El artículo de Grafton sobre Kepler como lector también era parte de ese proyecto inconcluso; Anthony Grafton, «Kepler as a reader»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 53, nº. 4, (1992), retocado en Anthony Grafton, *Commerce with the classics: ancient books and renaissance readers*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1997.

estudio de John Dee: «como muchos de sus contemporáneos, no recibía pasivamente información sino que la “modificaba, organizaba e interpretaba” de modo activo. No leía textos simplemente para aprender de ellos en un proceso desinteresado de educarse a sí mismo: los leía para usarlos»<sup>36</sup>. Sherman muestra además que este modo de usar los textos no era exclusivo de Dee, sino fruto de una educación humanista: de unos métodos de lectura que enseñaban a usar los textos. Jacob Soll, por su parte, ha analizado el peculiar modo en que Nicolas Abraham Amelot de la Houssaye anotó a Tácito en torno a 1680. En la misma línea que Jardine, Grafton y Sherman ha señalado el papel activo del lector, abundando en la necesidad de comprender las técnicas humanistas para entender el modo en que funcionaba el uso político de Tácito<sup>37</sup>. Soll analiza la manera en que de la Houssaye usaba su copia del texto de Tácito para componer, editar y comentar otras obras (en especial *El príncipe* de Maquiavelo) y también señala la importancia de la educación humanista en la adquisición de determinados hábitos de lectura y anotación de textos.

El estudio de estos distintos casos ha permitido caracterizar una peculiar lectura histórica, la de los estudiosos formados en técnicas humanistas, una lectura que trocea, interpreta y utiliza los textos activamente para ponerlos al servicio del lector en una serie de empeños profesionales, filológicos y políticos. Esta caracterización, si bien depende en cierta medida de las peculiaridades de los personajes estudiados — posiblemente únicos en varios aspectos— es una base estable a la hora de comprender algunas de las lecturas de los textos de Tácito en la edad moderna.

La recepción de los textos de Tácito comienza por esta actividad del leer. Sus textos no se recibieron de un modo aleatorio, bajo unas formas materiales cualquiera, con unas expectativas indeterminadas... y no se leyeron, tampoco, empleando unos recursos elegidos al azar, con unas técnicas indiferentes o en espacios indeterminados. ¿Qué hacía, entonces, un lector de finales del siglo XVI o comienzos del XVII cuando leía a Tácito? ¿En qué se diferenciaba su lectura de la que puede llevarse a cabo hoy día? Y, finalmente ¿qué nos dice ese modo de leer acerca del mundo pasado del lector? Todas estas son preguntas fundamentales. Estudiar el modo en que se leyó a Tácito no es simplemente el fruto de una inspiración teórica, sino que permite investigar acerca de las condiciones de posibilidad en que efectivamente se activaron sus textos en ese

---

<sup>36</sup> Sherman, *John Dee*, p. 60.

<sup>37</sup> Jacob Soll, «Amelot de la Houssaye (1634-1706) Annotates Tacitus»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 61, nº. 2, (2000), p. 169: «Si la erudición humanista formó la base de la teoría política Tacitiana, es asimismo la clave para entender como funcionaba».

mundo pasado que los recibió. Se ha considerado la fama de Cayo Cornelio Tácito en la Europa moderna, se ha tratado de definir su influencia en la fabricación de cierto pensamiento político, se ha investigado sobre el modo en que se recuperaron, editaron y difundieron sus textos tras ser salvados de un olvido secular... pero no se ha descrito cómo fueron leídos esos textos<sup>38</sup>.

¿Leer? Cada vez que se pronuncia la pregunta resuena irremediablemente el eco de la ausencia material de restos. El historiador, de acuerdo con una vieja metáfora, ha de llamar a algún testigo para poder contestar a la pregunta. Para saber qué significa leer no es necesario únicamente saber dónde mirar y qué buscar, se necesita también algún testimonio del pasado, alguna arcilla con la que levantar nuestros muros.

## 1.2 Testimonios de lectura

El testimonio más significativo que deja la lectura son las anotaciones hechas por los lectores: restos de pequeños subrayados, llaves, marcas de atención, y, sobre todo, apuntes más o menos extensos en los márgenes y anotaciones sobre, entre o al lado del texto. Estas anotaciones (que, no olvidemos, no equivalen a la lectura) se caracterizan por su espontaneidad, por ser las muestras más inmediatas del diálogo entre texto y lector (fig. 1). En lo tocante a las fuentes para una historia de la lectura, un segundo orden de testimonios lo proporcionan las impresiones en torno a la lectura de determinada obra, los comentarios sobre ésta, las valoraciones acerca del autor, las traducciones, las citas (con diversos fines) a la obra original, los usos de aquélla para dar forma al escenario de una obra de ficción, etc: todo aquello, en definitiva, que se origina tras la lectura. Un último lugar lo ocupan las definiciones sobre la lectura generadas en distintas épocas históricas, que aportan descripciones más o menos teóricas y detalladas sobre qué significa y para qué se debe leer<sup>39</sup>.

---

<sup>38</sup> La excepción la constituye probablemente Soll, *Ibid.*

<sup>39</sup> Trevor J. Dadson, *Libros, lecturas y lectores. Estudios sobre las bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*. Madrid: Arco Libros, 1998, pp. 14-28. enumera como potenciales fuentes para una historia del libro en términos generales las tipobibliografías, inventarios *post-mortem* (de lectores y libreros), testamentos, tasaciones y ventas. También más variado es el panorama para una historia cultural más atenta a la configuración intelectual de mundos pasados: Fernando Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta edad moderna (siglos XV-XVII)*. Madrid: Síntesis, 1992, pp. 125-126, propone emplear la «literatura de época en la que se teoriza sobre la necesidad de la fundación de bibliotecas, su disposición física y el orden que debe darse a sus fondos»; «la práctica ordenación que se ejecutó en algunas librerías existentes entonces»; «esa suerte de bibliotecas *portátiles* que son los repertorios generales por autores, títulos y disciplinas» y toda una serie de «fuentes heteróclitas que mantienen una relación con el mundo del libros (catálogos de libreros, índices, tablas de disciplinas, *rationes studiorum*, etc, etc.)»

En todo caso, es importante tener presente que la lectura se inserta siempre en un proceso interpretativo que no admite una jerarquización a partir de criterios de orden temporal. Las diversas fuentes disponibles son fragmentos producidos en alguna parte de un continuo, resultando imposible decidir cuál de esos fragmentos debería tener prioridad sobre otro. Hay, en otras palabras, un «antes» y un «después de leer» permanentes, de tal modo que un método teórico o técnico de lectura o un comentario respecto a una obra pueden ser decisivos a la hora de encaminar a un lector en su primer encuentro con un texto. Hay un antes y un después indiscernibles en el que una lectura modifica constantemente el modo en que se aborda la siguiente.

En lo que respecta específicamente a las anotaciones marginales no cabe duda de que este tipo de materiales ha sido un objeto de estudio privilegiado en la historia de la lectura. Es muy significativo, de hecho, que fuese conocido y valorado ya en la misma edad moderna: la colección de los hermanos Dupuy es un buen ejemplo del aprecio que los eruditos del XVII tenían por las anotaciones marginales de sus colegas<sup>40</sup>, y en el mismo sentido apuntan los inventarios o listas de compraventa de libros en los que se señala que estos están anotados por algún personaje concreto<sup>41</sup>. Estas anotaciones no eran valoradas únicamente por terceros, sino que a veces los propios autores de las mismas reclamaban la importancia de lo anotado: Amelot de la Houssaie, por ejemplo, plantea en algún momento la posibilidad de que se imprimieran sus anotaciones al margen sobre un libro de máximas del duque de la Rochefoucauld<sup>42</sup>. Más recientemente algunas bibliotecas han reconocido el valor que se ha venido otorgando a este tipo de ejemplares. La reclasificación, a mediados del siglo XIX, de los impresos con anotaciones marginales de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge bajo una misma signatura<sup>43</sup> y, más recientemente, la compra por parte de la British Library de un ejemplar de Galileo por las anotaciones de lectores coetáneos que contenía, son buenos ejemplos de ello<sup>44</sup>.

---

<sup>40</sup> Conservada en la Biblioteca Nacional de Francia, con su propia signatura Ms. Dupuy. Una historia de esta colección en Léon Dorez, *Catalogue de la collection Dupuy*. 3 vols. París: Ernest Leroux, 1928, pp. i-xxiv, vol. 3.

<sup>41</sup> Soll, «Amelot de la Houssaye (1634-1706) Annotates Tacitus», p. 187. Steven N. Zwicker, «Reading the margins: politics and the habits of appropriation», en Kevin M. Sharpe y Steven N. Zwicker (eds.), *Refiguring revolutions aesthetics and politics from the English revolution to the Romantic revolution*, Berkeley: University of California Press, 1998, p. 111.

<sup>42</sup> Abraham-Nicolas Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite. De la flaterie*. París: Vve E. Martin y J. Boudot, 1686, sin paginar, sign. e i r.

<sup>43</sup> Sherman, *John Dee*, p. 66.

<sup>44</sup> H. J. Jackson, *Marginalia: readers writing in books*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2001, pp. 1-2. y para una historia de las anotaciones hasta la época contemporánea, pp. 44-80. La British

Las anotaciones marginales son en definitiva un material excepcional y que proporciona una información muy vívida sobre la relación de los lectores con el texto. Excepcional, sin embargo, significa igualmente escaso. Esta escasez se explica por la pérdida de anotaciones que efectivamente debieron de existir, pero también porque no todas las lecturas se acompañaban de anotaciones. Seguramente hubo textos que fueron más anotados que otros, géneros más propicios a generar notas de lectura y textos que fueron leídos sobre libros que no eran propiedad del lector (y por tanto no debían ser anotados)<sup>45</sup>. Debido a esta escasez puede llegar a plantearse el problema de la mayor o menor representatividad de esta fuente<sup>46</sup>. En mi análisis esta cuestión de la representatividad de una lectura concreta trato de resolverla (al menos parcialmente) recurriendo a otros materiales, en especial fuentes teóricas acerca de la lectura insertas en el seno de obras de orientación didáctica (bien didáctica de la lectura o formativas en general), o en obras sobre retórica. Estas otras fuentes permiten valorar hasta qué punto una u otra anotación puede atribuirse a la idiosincrasia de un lector concreto o, por el contrario, relacionarse con concepciones compartidas acerca de la lectura, la anotación y el uso de los textos propias de aquel momento histórico.

Mi comentario de varios conjuntos de anotaciones marginales sobre textos de Tácito tiene como objetivo acercarse lo máximo posible a la efectiva recepción del historiador latino en España, al contacto material entre el lector y el texto, recibido en un formato concreto. Trato en primer lugar de no pasar por alto la diferencia —señalada por Helena Puigdomènech— que existe entre la recepción del pensamiento de un autor y la recepción (física) de sus obras (en objetos materiales): «es sabido que las ideas flotan en el aire y casi como el aire viajan sin rumbo fijo, sin que nadie ni nada pueda ponerles barreras. Las obras, en cambio, son objetos visibles y tangibles, y como tales posible objeto de censura, secuestro e incluso quema»<sup>47</sup>. Busco, en segundo lugar, reconstruir eficazmente algunos aspectos del intercambio que se produjo entre quienes

---

Library cuenta además con un catálogo de libros anotados, R. C. Alston, *Books with manuscript. A short title catalogue of books with manuscript notes in the British Library*. Londres: British Library, 1994. En la Biblioteca Nacional de Francia el catálogo recoge ocasionalmente el nombre de los anotadores. De acuerdo con Grafton, *Commerce with the classics*, p. 143, hay catálogos manuscritos de libros anotados de las bibliotecas de Oxford (Bodleiana) y Leiden, disponibles «para aquél suficientemente inteligente como para preguntar por la información adecuada».

<sup>45</sup> Los incunables, con sus generosísimos márgenes en blanco, estaban prácticamente diseñados para ser anotados, tal y como señala Alston, *Books with manuscript*, p. xii.

<sup>46</sup> Jackson, *Marginalia*, pp. 252-258. Discute la representatividad de esta fuente, así como informa de las principales posturas que han tomado al respecto los historiadores del libro.

<sup>47</sup> Helena Puigdomènech, *Maquiavelo en España. Presencia de sus obras en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1988, p. 8.

dispusieron de esos libros y el texto que leyeron. Para ello, este apartado lo he dividido en dos secciones, que se corresponden aproximadamente con dos «propósitos» diferentes para la anotación de un libro. La primera sección se centra sobre un modo de anotación más general, y que puede considerarse como la expresión, en lo que se refiere a la lectura, de las técnicas y la educación de origen humanista. En segundo lugar se analizan algunos ejemplos de anotaciones de corte marcadamente político. Como mostraré, este tipo de anotaciones no estaba excluido de una concepción de la lectura de corte humanista, pero sí supone una especialización lectora en busca de un tipo de provecho particular.

### 1.2.1 Lectura universitaria

El año de 1603 se publicó en Salamanca, en octavo, el texto latino de los seis primeros libros de los *Anales*<sup>48</sup>. De acuerdo con la indicación «*Ad exemplar quod Iustus Lipsius ultimò recensuit*» que aparece en la portada de este libro, el texto impreso se basa en la última edición lipsiana disponible, si bien ésta resulta difícil de identificar<sup>49</sup>. Es seguro que no se siguió la edición más reciente disponible, la de 1598, pues ésta incorporaba correcciones que el impreso salmantino no recoge<sup>50</sup>. El hecho de que no se incluya el sumario de los libros, que aparece desde la edición lipsiana de 1585<sup>51</sup>, sugiere que el texto salmantino se estableció a partir de la edición de 1581<sup>52</sup>, pero puesto que en este ejemplar de 1603 tampoco aparece ninguna apostilla marginal impresa ni notas o

---

<sup>48</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu augusti libri sex*. Salamanca: Artus Taberniel, 1603. [BNM 2/55533.] Ninguno de los estudios acerca de la recepción de Tácito o sobre el tacitismo había dado anteriormente con esta edición que aquí presento y de la que presumiblemente sólo se conserva este ejemplar [Consulta al CCPBE del 27 de mayo de 2009].

<sup>49</sup> Ni siquiera contamos con una lista definitiva de las ediciones lipsianas. Según C. O. Brink, «Justus Lipsius and the text of Tacitus»; en *The Journal of Roman Studies*, vol. 41, n.º. 1-2, (1951), pp. 32, n32, «Su Tácito [el de Lipsio] pasó por ocho o más ediciones, y numerosos cambios, entre 1574 y el folio póstumo de 1607 (el número real no es fácil de conseguir puesto que las dos listas más completas no concuerdan: ver Ruyschaert XI f, y H. Goelzer en su extensa edición de las Historias 1920, I, p. xviii, n. 3».

<sup>50</sup> Este es el caso del fol. 27r (*An. I, 70*) en la que el texto «*sapiens à prudenti*» se corrige en el margen «*ab imprudenti*» («no había diferencia entre el prudente y el insensato»). Esta errata no está corregida en Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera omnia qua exstant. I. Lipsius denuo castigavit, & recensuit*. Amberes: Christophorus Plantinus, 1581, p. 35, que lee «*sapiens à prudenti*», pero sí en Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit Seorsim excusi Comentariorum meliores pleniorisque, cum Curis Secundis*. Lugduni Batavorum [Leiden]: Ex officina Plantiniana apud Franciscum Raphelengium, 1598.

<sup>51</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti opera quae exstant, Ex Iusti Lipsi editione ultima: & cum eiusdem ad ea omnia Commentariis aut Notis. Scripta & addita ab eodem singulis libris Breviaria valde ad memoria, & Historia lucem*. Amberes: Christophorum Plantinum, 1585. Es significativo que en el título de la obra se señale la inclusión de los resúmenes de cada libro, «para la memorización y la aclaración de la historia».

<sup>52</sup> La edición Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), es por tanto la más apropiada para comparar el texto latino con el del ejemplar salmantino de 1603.

comentario alguno no es posible afirmarlo con absoluta seguridad. La disposición de las páginas de este librito destaca por su sencillez: no se incluyen los sumarios de los libros, y el texto (como ocurre en todas las ediciones lipsianas) aparece corrido sin división de capítulos. Tipográficamente esta edición puede calificarse de correcta: emplea uno de los caracteres especiales que se utilizan en la impresión de textos latinos (la *cu truncada* para abreviar «que») así como marcas diacríticas («<sup>^</sup>» y «<sup>`</sup>»), pero no hace uso, en cambio, de la cursiva o de las comillas al inicio de renglón para marcar los discursos directos. El impresor de la obra, Artus Taberniel, era natural de Amberes y aparece documentado por primera vez en Salamanca en 1589, fecha en la que hizo de padrino de un hijo del también impresor Juan del Campo. Su actividad en Salamanca se desarrolló entre 1602 y 1610, siendo este aparentemente el único texto clásico que saldrá de sus prensas<sup>53</sup>.

La tasa del libro es muy clara acerca de la ocasión concreta de la publicación, pues en ella se indica que este texto es el que «al presente lee el Maestro Céspedes Catedrático de Prima de Latinidad, en la Universidad de Salamanca». Dicha tasa está fechada el 23 de diciembre de 1602 y el 28 de septiembre de ese mismo año lo está la licencia<sup>54</sup>. Todos estos datos concuerdan con la información que proporciona Gregorio de Andrés, según el cual en ese curso (entre 1602 y 1603) el catedrático salmantino Baltasar de Céspedes leía un texto de Tácito<sup>55</sup>. Sabemos además que, de acuerdo con el

---

<sup>53</sup> Juan Delgado Casado, *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*. 2 vols. Madrid: Arco Libros, 1996. vol. 2, pp. 663-664, nº 861 reconstruye los datos conocidos de la biografía de este personaje. Luisa Cuesta Gutiérrez, *La imprenta en Salamanca: avance al estudio de la tipografía Salmantina (1480-1944)*. Salamanca: Diputación Provincial, 1981, pp. 53-55. propone 1609 como fecha del fallecimiento de Taberniel. Frente a lo que dice Delgado Casado (quien sitúa el comienzo de su actividad en 1603) Taberniel ya imprimió dos obras en 1602, año en que compró una prensa y letras de imprenta a Cristóbal de Contreras. Esas obras fueron: Felipe Diez, *Quinze tratados en los cuales se contienen muchas y muy excelentes consideraciones para los actos generales que se celebran en la Sancta Iglesia de Dios compuesto por el ... P.F. Philippe Diez ... del Convento de S. Francisco*. Salamanca: en la imprenta de Artus Taberniel, 1602 y Fray Manuel Rodríguez, *Explicacion de la Bulla de la Sancta Cruzada y de las clausulas de los iubileos y confessionarios que ordinariamente suele co[n]ceder su Sanctidad...*. Salamanca: por Artus Taberniel, 1602. La impresión de libros de temática religiosa predomina en el conjunto de la labor de Artus Taberniel [Consulta al CCPBE del 25 de enero de 2008].

<sup>54</sup> La licencia no se le concedió directamente a Artus Taberniel, sino a un desconocido «Pedro Gonçalez librero vecino de Salamanca» que no aparece referido en Cuesta Gutiérrez, *La imprenta en Salamanca*, ni en Lorenzo Ruiz Fidalgo, *La imprenta en Salamanca (1501-1600)*. 3 vols. Madrid: Arco Libros, 1994, ni en Delgado Casado, *Diccionario de impresores*.

<sup>55</sup> Gregorio de Andrés, *El Maestro Baltasar de Céspedes humanista salmantino y su Discurso de las letras humanas*. El Escorial: La ciudad de Dios, 1965, p. 104: «En el curso siguiente [1603], de dos a tres de la tarde, se entregaba Céspedes a la interpretación difícil de Tácito, pero no se especifica cuál obra; tal vez la de mejor estilo, los *Anales*». Como puede verse, se trataba en efecto de los *Anales* y para ello contaba con una edición impresa a tal efecto en la misma Salamanca.



testimonio dejado por un oyente en el Libro de Claustros de 1603, Céspedes exponía «todo lo necesario, declarándolo muy bien y provecho»<sup>56</sup>.

El ejemplar que he consultado, posiblemente el único que ha sobrevivido<sup>57</sup>, muestra indicios de haber sido expuesto al fuego (hay pequeñas quemaduras en el lomo y el pergamino de las tapas está endurecido) y al agua (el papel presenta marcas de humedad en el quinto superior de las páginas). El volumen conserva la encuadernación original en pergamino y algunos pequeñísimos restos de cordeles de cierre en cinta verde brillante. A la hora de encuadernar los pliegos impresos —una tarea que en el siglo XVII corría por cuenta del propietario del libro— se incluyeron seis páginas antes de la portada. No parece que su finalidad sea proteger el impreso (al modo de las hojas de guardas), ya que al final de la obra no aparecen otras iguales. Se trata de hojas insertas para añadir posibles anotaciones<sup>58</sup>. Tales son las condiciones históricas concretas en las que se materializa el texto para poder ser leído. A partir de este soporte material, con las variantes del texto propias de ese volumen, su disposición tipográfica, y otras particularidades se hizo posible el encuentro entre el lector y el texto de Tácito.

Ese encuentro ha dejado un testimonio que constituye la característica más sobresaliente de este ejemplar: toda una serie de anotaciones manuscritas en los márgenes y en una de las primeras hojas insertas con la encuadernación. No he logrado identificar al autor de las anotaciones, a pesar de que en el libro aparecen dos ex libris manuscritos<sup>59</sup>. Sin embargo, las claras indicaciones del destinatario de esta edición, así como las particularidades del contexto en que fue editada la obra y las propias

---

<sup>56</sup> Ibid, p. 105.

<sup>57</sup> Ver nota 48.

<sup>58</sup> Parecido juicio respecto a supuestas guardas que en realidad son cuadernos cosidos ex profeso en Luisa López Griguera, *Anotaciones de Quevedo a la “Retórica” de Aristóteles: estudio preliminar, edición de las anotaciones de Quevedo a la “Retórica” de Aristóteles en versión paleográfica y moderna con notas*. Salamanca: Gráficas Cervantes, 1998, p. 25. Francisco de Quevedo, el propietario de los libros así encuadernados, utilizaba las hojas iniciales para escribir poemas.

<sup>59</sup> El primero, en una de las hojas en blanco insertas antes de la portada dice: «Del P[adre?] Dean Martel». El segundo aparece en la portada y añade una indicación del precio del libro: «4 Re. Es de Don Pedro de Oloriz». En Emilio Castillejo Cambra, José Fermín Garralda Arizcun y Susana Herreros Lopetegui, «Inventario de los libros de tablas del Archivo General de Navarra», en *Príncipe de Viana*, Año nº 47, Nº 179, 1986, pp. 741-760 aparece, en 1614, un Tablagero llamado Pedro de Olóriz para el Libro de Tabla de Carcastillo (p. 744). Este mismo ex libris aparece en los dos volúmenes de la obra de Antonio de Herrera, *Primera parte de la historia general del mundo y Segunda parte de la historia general del mundo*, publicados en Valladolid: Juan Godinez de Millis, 1606 (2ª ed.) [Biblioteca Municipal de San Sebastián, signaturas M 1-1 10 y M 1-1 11] y de un ejemplar de Luis de Mur, *Tiberio ilustrado con morales y políticos discursos*. Zaragoza: Diego Dormer a costa de Pedro y Tomas Alfay, 1645. [BNM 3/35214]. Hay un tercer ex libris (un grabado calcográfico pegado al vuelto de la portada) de Fernando José de Velasco, camarista de Castilla y gran coleccionista de libros del siglo XVIII cuya colección se conserva en gran parte en la BNM.

características de las anotaciones, permiten sugerir con solvencia que fue un estudiante quien anotó los márgenes de este libro.

Las anotaciones manuscritas revelan distintos objetivos y gestos de lectura que he ordenado de acuerdo a la mayor o menor complejidad interpretativa que suponen. Analizo en primer lugar la corrección de erratas sobre el impreso, seguidas de un segundo tipo destinado a permitir una comprensión básica del texto en el que también incluyo las anotaciones que se corresponden con la enmendación (corrección de los pasajes corruptos) del texto. En tercer lugar explico el sistema de referencias internas empleado para señalar los lugares en que Tácito expone un mismo tema en distintos puntos del texto. Estos tres tipos de anotaciones pueden considerarse semejantes entre sí por cuanto todas ellas van destinadas a mejorar la comprensión elemental del texto, tanto del tenor literal del mismo como de los contenidos que aborda. En cuarto lugar analizaré las anotaciones que hacen referencia a otras obras y autores distintos de Tácito y por último exploraré las anotaciones en las que el lector ha marcado, con la indicación «*nota*», aquellos pasajes que le resultaron de particular interés o las frases que consideró dignas de calificar con el término de «*máximas*».

Estos tipos cubren prácticamente todos los modos disponibles de anotación existentes en la edad moderna. William Sherman, señalando que corresponden con técnicas y categorías generales comunes a cualquier lector erudito del siglo XVI, clasifica las anotaciones de John Dee en: marcas no verbales (desde subrayados a cruces, incluyendo manos con el índice extendido); puntos destacados con «*nota bene*»; encabezamientos por materias que dan la clave acerca del contenido de un pasaje; correcciones; traducciones; referencias internas y notas personales (exclusivas de un lector concreto en su relación con un determinado texto)<sup>60</sup>. Jacob Soll, por su parte, nos muestra que el repertorio de técnicas de anotación no ha cambiado demasiado a fines del siglo XVII, pues clasifica las anotaciones de Amelot de la Houssaye en «*numéricas*» (para referencias cruzadas al interior del texto, que se combinan en ocasiones con letras, cruces o marcas similares a un signo de exclamación, y para el trabajo sobre el índice de contenidos) y «*anotaciones no numéricas*». Estas segundas incluyen correcciones y enmendaciones al texto latino; traducciones; clarificaciones históricas; referencias a otros autores, clásicos y coetáneos y, finalmente, *máximas* escritas por el propio de la Houssaye<sup>61</sup>. Las anotaciones sobre el ejemplar de los *Anales* de 1603 son por tanto una

---

<sup>60</sup> Sherman, *John Dee*, pp. 81-82.

<sup>61</sup> Soll, «Amelot de la Houssaye (1634-1706) Annotates Tacitus», pp. 176-182.

excelente guía para comprender cómo fue leído y trabajado el texto de Tácito de acuerdo a los presupuestos de una lectura de bases humanistas e iluminan por sí mismas una parcela hasta ahora ignota de la recepción de Tácito en territorio hispánico.

El primer tipo de marcas de lectura en el texto salmantino de 1603 lo componen las correcciones de los errores generados en aquella impresión en particular. El libro contiene una corrección de erratas propia, firmada por Manuel Correa de Montenegro, pero que no ha sido tomada en cuenta por el lector de este volumen. Todas las correcciones que se introdujeron manualmente sobre el impreso se efectuaron, en cambio, a partir del texto de alguna de las ediciones de Justo Lipsio, seguramente a partir de la tercera edición lipsiana de 1585<sup>62</sup>.

En algunos casos, estas correcciones se realizan directamente sobre el texto, como por ejemplo en el fol. 2r, donde la letra del impreso dice «*I. Caesarem*» y el lector ha tachado la «I» y la ha sustituido por una «L». Con ello se aclara que el personaje mencionado en la frase anterior es Lucio, hijo de Tiberio y nieto de Augusto, adoptado por Augusto como hijo con vistas a su posible sucesión y muerto (tal como narra este pasaje) dirigiéndose hacia las legiones de Hispania. En otros casos se tacha la palabra impresa incorrectamente y se indica en el margen cuál hubiera debido de ser el texto impreso. Así, en el fol. 9r encontramos subrayado el término «*reddidit*» con dos letras («id») tachadas junto con una anotación al margen en la que se ha escrito como debe leerse el texto tras la corrección de esta errata: «*redit*»<sup>63</sup>.

El segundo tipo de anotaciones marginales está destinado, lo mismo que las correcciones anteriores, a permitir una comprensión elemental del texto. Se trata de breves indicaciones al margen que explican el sentido del texto latino, como la del fol. 20r, en la que el lector señaló que los Cayo y Lucio que vuelve a mencionar el texto son «*agrippae filii*», los hijos de Agripa, la mujer de Tiberio. Otro de estos apuntes, en los márgenes del fol. 31r, tenía por objetivo situar cronológicamente los hechos que narra el texto de Tácito al comienzo del segundo libro de los Anales. La nota que se encuentra en este punto dice: «*ANN A.V.C [ab urbe condita] DCCLXIX*», y sirve así para aclarar la datación por años consulares del texto latino. En este caso el lector trata de simplificar la comprensión del texto reproduciendo una práctica relativamente

---

<sup>62</sup> Si bien el texto latino impreso era seguramente el de la edición de 1581, las correcciones debieron de hacerse con la de 1585, que además era la que seguramente consultó Baltasar de Céspedes, como señalo más abajo en esta misma sección. Otra errata corregida de similar modo en fol. 26v (*An. I, 69*): «*socius*» aparece subrayado por el lector en el texto y al margen se escribe «*saucius*»).

<sup>63</sup> En el fol. 10r se emplea el mismo procedimiento: «*latae*» aparece subrayado el texto, y añadida una «e» tras la primera «a» y al margen se ha completado la aclaración escribiendo «*laetae*».

habitual, que aparece en las apostillas marginales impresas de bastantes ediciones de los textos de Tácito<sup>64</sup>. También busca aclarar la comprensión básica del texto la anotación del fol. 42r, que traduce una indicación monetaria latina «*decies sestertium*» en la cantidad castellana «26666 y m[edi]o mrs. [maravedíes]». Más allá de esta comprensión de base, el conocimiento de la numismática antigua también era una «materia» a la que prestar atención en los siglos XVI o XVII, y cuyo comentario formaba parte de la *eruditio*. Evidentemente, aquí no hay posibilidad de una edición previa que indique esta equivalencia con la moneda castellana: la anotación es fruto de la conjunción entre el texto y una lectura efectuada en un contexto castellano. Otro punto en el que la anotación marginal sirve para explicar un número del texto, aparece junto al pasaje en el que se menciona la cantidad efectiva de lo donado por Augusto al pueblo en su testamento. En este caso, la anotación en el fol. 4r, «*quadrige[n]ties tricies quinq[ue]*», explica la cifra CCCXXXV que aparece en números romanos en el texto latino, pero no incluye una traducción a moneda castellana.

Algunas otras anotaciones marginales se asemejan a primera vista a este tipo de aclaración sencilla, pero incorporan un trabajo mucho más especializado en la fijación del texto latino. En el fol. 2v, al margen del texto impreso en que sólo se indicaba «*duobusque* [ambos]», se ha añadido a mano la explicación «*Druso et Germanico*» (fig. 2.A)<sup>65</sup>. Esta indicación no es tan sencilla como parece, puesto que en los manuscritos que se conservan el texto está corrupto. Este es un ejemplo, por tanto, de un tipo específico de notas marginales: las destinadas a la enmendación o corrección de lugares corruptos en los textos clásicos. La labor era altamente estimada por la cultura humanista, tal y como señala Anthony Grafton cuando dice que «[Entre 1450 y 1600] los humanistas empezaron a proponer que el arte de corregir y explicar (*emendatio* y *enarratio*) los textos debía convertirse en una disciplina universitaria, tan sólidamente establecida y bien pagada como el resto»<sup>66</sup>. El propio Justo Lipsio elaboró parte de sus correcciones al texto de Tácito, así como sus notas y comentarios a partir de un ejemplar impreso que iba anotando en los márgenes<sup>67</sup>.

---

<sup>64</sup> Ese mismo tipo de indicaciones, que «traducen» las menciones a los consulados en años de la fundación de Roma aparece, entre otras muchas, en la segunda edición lipsiana del texto de los *Anales*; Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581).

<sup>65</sup> *An.* I, 4.

<sup>66</sup> Anthony Grafton, *Joseph Scalinger. A study in the history of classical scholarship*. 2 vols. Oxford: Clarendon Press, 1983, vol. 1, Textual criticism and exegesis, p. 3.

<sup>67</sup> Lipsio utilizó un ejemplar de la edición impresa por Sebastien Gryphius en 1542 en Lyon que se conserva, parcialmente mutilado, en Leiden. Para las anotaciones de Lipsio sobre este ejemplar ver José

Originariamente el esfuerzo interpretativo que exige la labor de enmendación de un texto va más allá de una simple lectura. No obstante, las anotaciones de este ejemplar en las que se enmienda el texto latino, no son fruto de un trabajo original por parte del lector y deben de comprenderse simplemente como destinadas a la mejora de la comprensión básica del texto. Al igual que ocurría en el caso de la corrección de erratas, el autor de las anotaciones aprovechó el trabajo de Lipsio como un apoyo para leer y simplificar la comprensión del texto de los *Anales*<sup>68</sup>. En algunos casos estas anotaciones se acompañan de un comentario en el que se alaba la labor filológica de Lipsio, como en el pasaje corrupto de *Anales* I, 28. Este punto apenas tenía sentido en las ediciones anteriores y al margen el lector anotó: «Justo Lipsio enmienda de esta manera *repentinamente en el cielo brillante [claro]*, y ciertamente de modo agudo, e ingenioso»<sup>69</sup>. Hay sin embargo otros puntos en que nuestro lector no parece dispuesto a aceptar las enmendaciones propuestas por Lipsio, tal y como ocurre en el fol. 3r (*An.* I, 5). El texto impreso (mi subrayado señala el subrayado a mano sobre este ejemplar) dice «*C. Navum id Caesari*» y al margen se ha colocado una señal de llamada en forma de cruz y el texto «*gnarum Lipsius emendavit ita C. Navum sed n[on] recte*», que considera que la corrección lipsiana de «*C. Navum*» por «*gnarum*» no es adecuada (fig. 2.B)<sup>70</sup>.

Las enmendaciones y correcciones del texto latino procedentes de Lipsio suponen una buena parte de las anotaciones marginales de este ejemplar, pero también destacan algunas notas que dicen «otros libros» u «otros», simplemente. A primera vista

---

Ruysschaert, *Juste Lipse et les Annales de Tacite. Une méthode de critique textuelle au XVI<sup>e</sup> siècle*. Lovaina: Universidad de Lovaina (Bureaux du Recueil), 1949, pp. 18-19 y ss.

<sup>68</sup> La explicación de ese «*duobusque*» que se encuentra en el ejemplar salmantino había sido apuntada originalmente por Lipsio en sus comentarios al texto de los *Anales*, Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), p. 8.

<sup>69</sup> La nota marginal esta en el fol. 11v (*An.* I, 28). Esta corrección, que permanece en las ediciones actuales, se basa en la especulación modificando sólo unas pocas letras (esto es, no cuenta con ningún apoyo manuscrito). Es una muestra, en efecto, de ingenio por parte de Lipsio que corrige: *clariore paene* > *clario repaene* > *claro repente*. El texto anterior a la corrección, el de la edición de Beroaldo, apenas tenía sentido. La corrección aparece en una apostilla marginal impresa en las ediciones lipsianas, posiblemente para destacar el brillante trabajo de Lipsio con este lugar corrupto, que hubiera pasado más desapercibido en las notas. Para los distintos métodos de corrección (especulativa o crítica) que existieron en el Renacimiento, ver Grafton, *Joseph Scalinger. A study in the history of classical scholarship*, capítulo 2, pp. 45 y ss. Una discusión del trabajo de Lipsio sobre los *Anales* y de esta corrección en concreto en Brink, «Justus Lipsius», p. 43.

<sup>70</sup> El texto corregido por Lipsio, que es el admitido hoy en día, dice: «ello había llegado a oídos del Cesar», refiriéndose al rumor de que Augusto reincorporara a Agripa, desterrado en la isla de Planasia, a su familia. Justo Lipsio, *Iusti Lipsi ad Annales Corn. Taciti liber commentarius sive notae*. Amberes: Christophorus Plantinus, 1581, p. 9, se afirma decididamente en esta corrección, aunque da otras posibles sin indicar quienes son sus autores. Lipsio se basa en especial en que no existe ningún personaje llamado Cayo Navo que tome parte en las acciones narradas en este punto del texto. En el fol. 35v (*An.* II, 15) de este ejemplar se vuelve a alabar a Lipsio: el texto latino dice «*adversis odiis*» y la nota marginal «*Lip. magno eum iudicio eme[n]dat Aversis [sic] Dijs*».

las variantes del texto latino que acompañan a esas notas parecen hacer referencia a otros textos distintos del establecido por Lipsio. En este grupo hay, por ejemplo, notas marginales con correcciones del texto por parte de Marc-Antoine Muret, como la del fol. 2v que dice «*Muretus legit exul*» (fig. 2.B). Sin embargo, lo más probable es que estemos ante una cita indirecta de Mureto, sacada del comentario de Lipsio en el que dicha lectura aparece junto a un elogio, quizás irónico, de las obras de Muret: «*M. Antonio tamen Mureto, cuius scripta Venus inhabitat pariter cum Musis, leg. videtur, exul egerit*»<sup>71</sup>. Lo mismo debe concluirse para otras como las de los fols. 7r y el 14r que con seguridad deben de provenir de los comentarios lipsianos, y que hacen referencia a lecturas procedentes de Ferreto sobre el códice Mediceo, pese a que en las anotaciones marginales se han singularizado como no propias de Lipsio<sup>72</sup>.

La mayor originalidad desde el punto de vista filológico la aportan las anotaciones marcadas con el término «*glossema*», que indica los supuestos «vulgarismos» introducidos en el texto de Tácito, presuntamente, por copistas posteriores<sup>73</sup>. Estas enmendaciones demuestran la existencia de una recepción propiamente humanista de los textos de Tácito en la Salamanca de fines del siglo XVI y principios del XVII y se le debieron transmitir al lector en el curso de una lección de retórica. Seguramente fue ya Francisco Sánchez de las Brozas, antecesor de Céspedes en la cátedra de retórica de la universidad salmantina, quien llamó la atención sobre algunos de estos pasajes de los *Anales* en los que se habrían introducido «barbarismos» posteriores. Esta sugerencia, propia de la estimada labor de enmendación de los textos clásicos, fue retomada por otro catedrático en Salamanca, esta vez de teología, y

<sup>71</sup> Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), p. 8. La relación entre el trabajo de Lipsio y el de Muret, se discute muy ampliamente en Ruyschaert, *Juste Lipse et les Annales de Tacite*. Una visión mucho más favorable a Muret, a quien se concedía un protagonismo principal en la recepción de Tácito, la había ofrecido Croll, «Muret and the history of “Attic prose”», pp. 302-304. Para una crítica de la obra de Ruyschaert unida a un distinto juicio de la importancia de Muret puede verse Brink, «Justus Lipsius», y muy especialmente el apéndice (que no aparecía en la primera versión del artículo, de 1947) de Arnaldo Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», en Arnaldo Momigliano (ed.), *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1955, Vol. 47.

<sup>72</sup> La lectura propuesta en el fol. 7r (*An. I, 13*) Lipsio la atribuye a Ferreto (quien dice provenir del códice Mediceo). En otra del fol. 14r (*An. I, 35*) junto al texto «*fuere etiam qui legatam a divo Augusto pecuniam reposcerent, faustis in Germanicum omnibus*» nuestro lector ha incluido al margen: «*alii reponu[n]t nominibus et non male*» en referencia a la edición de Beroaldo. Lipsio, sin embargo, critica con buen criterio la lectura de Beroaldo, se trataba de «buenos augurios» para Germánico y no de «nombres». Lipsio, *Ad Annales Corn. Taciti liber commentarius sive notae* (Amberes, 1581), pp. 25-26 y 50-51.

<sup>73</sup> Las tres anotaciones se encuentran en el fol. 3v «*cuncta ad senatus vocando*», en cuyo margen se ha escrito «*n[on] haec Taciti sed glossema*»; en el fol. 6r, donde el texto «*regendi cuncta*» se acompaña de la nota marginal «*glosemma*»; y en el fol. 17r «*Quirites vocando, qui sacramentum eius detractabant*», en cuyo margen aparece la nota siguiente «*Glosemma ur[signo de abreviación] repugnat tn[signo de abreviación] Lipsi.*».

comunicada al propio Lipsio en 1600. En 1603, Céspedes sin duda se hizo eco de tales precisiones filológicas, que debía conocer de primera mano, y decidió incluirlas en sus comentarios sobre Cornelio Tácito, que fueron copiados por un estudiante<sup>74</sup>.

Una vez analizadas las anotaciones destinadas a la fijación lo más perfecta y limpia posible del texto latino, debe prestarse atención a un tercer tipo de anotaciones. El objetivo ahora ya no es simplemente clarificar el texto de errores sino aprovechar mejor la lectura; se busca indicar los distintos puntos en que Tácito aborda una misma cuestión en su relato para así obtener una idea más completa y sistemática de los contenidos de la obra. Para ello, el lector empleó un sistema de referencias cruzadas al interior del propio texto: en aras de la precisión se incorporó al impreso en el margen interior de los primeros folios del libro una numeración que señala la décima y vigésima líneas de cada plana, facilitando así la localización de los pasajes de acuerdo con el sistema de referencias mencionado (fig. 2.C).

Un ejemplo de estas referencias cruzadas se encuentra junto al pasaje en que Tiberio ha de decidir si debe dar prioridad al sofoco de la rebelión de los ejércitos de Germania o de Panonia (*An. I, 47*). Al margen del fol. 18v el lector anota «*suprà pag. 13. l. 16*» en referencia al pasaje en que Tácito señala que en las legiones de Germania las reclamaciones estaban más generalizadas que en Panonia, donde únicamente Percennio alzaba una voz de crítica (*An. I, 31*). De este modo el lector señala dos pasajes en los que se manifiesta la superioridad (en el texto impreso está precisamente subrayado a mano el adjetivo *validior* [más poderosas]) de las legiones de Germania y la mayor generalidad de las críticas en esas mismas legiones, en comparación con los problemas con las legiones de Panonia (fig. 3.A). También corresponden a este tipo de anotaciones las que encontramos cuando Tácito relata el estado ocioso de las legiones romanas tras la muerte de Augusto (*An. I, 16*). En el momento en que esta cuestión aparece en el texto latino por segunda vez (*An. I, 50*), el lector subraya el vocablo *iustitio* (descanso) sobre el texto, y al margen del fol. 19r

---

<sup>74</sup> Sarmiento de Mendoza escribió, en una carta a Lipsio del 11 de enero de 1600, lo siguiente «De esta manera de expresarse, impuesta a Tácito, te darás buena cuenta por las notas que te envío: *Cuncta ad senatum referendo; regendi cuncta; arma vitandi*. Nadie dirá que estas frases son latinas. Enseñárome Sánchez y su *Minerva* que *referendo, regendi, vitandi*, son pasivos (o gerundios, como los llaman), y que no se les puede añadir el acusativo por su mismo carácter de pasivos». Céspedes, además de conocer a Sarmiento de Mendoza era yerno de Francisco Sánchez de las Brozas, el Brocense, que fue quien indujo a Mendoza a buscar esos barbarismos en la obra de Tácito. Puede comprobarse que dos de las tres sugerencias de Sarmiento de Mendoza coinciden con las anotaciones mencionadas en la nota anterior. La carta original latina y la traducción aquí citada se encuentran en Alejandro Ramírez, *El epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*. Madrid, Castalia, 1967, p. 289.

escribe «à bello exssatione [hartazgo de la guerra] ut supra pag 8 l. 7», para indicar el punto en que Tácito había tratado este mismo asunto (fig. 3.A)<sup>75</sup>.

En una ocasión se encuentra una anotación marginal que prepara una referencia cruzada, pero que no llega a materializarse: fol. 33r «lib I pag li ». Esta anotación fallida tal vez está indicando la incapacidad del estudiante para anotar adecuadamente la referencia en el curso de la lección. En todo caso, lo importante es que esta afinidad temática, puesta de manifiesto gracias al sistema de referencias cruzadas, permitiría al lector profundizar en la comprensión del texto, al ayudar a agrupar las distintas informaciones que se ofrecen sobre un mismo acontecimiento o fenómeno. Constituiría además la base de un sistema de recuperación de información en los textos que llevaba a marcar el texto y a generar relaciones internas no previstas por el autor, que había ordenado su material de modo distinto.

El cuarto tipo de anotaciones que pueblan los márgenes de la edición salmantina de 1603 son las referencias a autores y obras en las que se encuentra información complementaria sobre algunos de los temas que Tácito aborda en los *Anales*. Estas notas muestran la comunicación que un lector del siglo XVII era capaz de establecer — por sí mismo o con la ayuda de algún tipo de guía— en el interior del corpus de autores clásicos (y, en otro plano, entre ese corpus y las publicaciones de sus contemporáneos). Estas referencias van acompañadas en ocasiones de la mención «*fusius*» (más extensamente) o «*latius*» (más ampliamente), pues su objetivo primordial es señalar el lugar en el que una determinada cuestión o temática es tratada con mayor profundidad (fig. 2.D).

Esta manera de leer, en la que la mención de determinado suceso o el tratamiento de una temática concreta llevan al lector a la búsqueda, a través de los libros a su alcance, de toda la información disponible sobre esos asuntos es propia de una cultura humanista y se encuentra descrita con viveza en la *Primera parte de la Retórica* de Juan de Guzmán. Al inicio del sexto convite, el licenciado Boan, uno de los personajes del diálogo, pregunta a su interlocutor, don Luis, la razón de la multitud de libros que éste tiene abiertos en torno de sí, a lo que éste responde: «No sé como tomé a Luciano, y abriendo en la Apología llamada *Zeuxis* ley la historia del rey Antiocho quando venció a los Gálathas por causa de los elephantes, y tomóme codicia de querer

---

<sup>75</sup> El lector también destacó el pasaje de la delegación de Cayo César para arreglar las cosas de Armenia (*An.* II, 4,1). Anteriormente, tal y como muestra su anotación marginal del fol. 32r «lib. 1 pag 2 li 9», ya Tácito había indicado (*An.* I, 3,3) que la prematura muerte de Cayo César, debida precisamente a las heridas recibidas en esa expedición, había dejado el paso libre para el ascenso de Tiberio al poder.



saber lo que toca a la propiedad deste animal, y a esta causa abrí los libros que aquí veys»<sup>76</sup>. Esa «codicia de saber» le lleva a disponer simultáneamente de quince libros, que incluyen a autores tales como Plinio, Suetonio, Tito Livio, Cicerón, Horacio, Virgilio, Apuleyo, Varrón o Turnebo, si bien no se limita a ellos, pues prosigue don Luis diciendo: «Ley otros que están por aquí que passo por alto por no enfadaros, y cierto ví cosas admirables; de unos colegí unas cosas y de otros otras»<sup>77</sup>. Es conocido que esta disposición simultánea de numerosos libros pudo incluso conducir a la creación de una serie de instrumental técnico (máquinas como «la rueda de libros») que ayudaba a mantener a disposición del lector una cierta cantidad de volúmenes abiertos simultáneamente<sup>78</sup>.

La primera obra a la que se remite en las anotaciones manuscritas son las *Vidas de los doce Césares* de Suetonio, y más concretamente las vidas de Augusto y de Tiberio, con indicaciones concretas de los capítulos en los que se abordan los mismos puntos tratados por Tácito en su texto. No resulta sorprendente que se emplee a Suetonio, de acuerdo con lo anotado por el lector salmantino, para complementar la información ofrecida en Tácito sobre la grave y humillante derrota del ejército de Quintilio Varo contra los germanos y la victoria de Accio en la que Augusto venció a Marco Antonio (fig. 2.D)<sup>79</sup>. Lo que resulta más significativo es que en estos dos casos Suetonio se está empleando independientemente de Lipsio, quien, tal vez por considerarlo demasiado evidente, no indicaba la correspondencia entre ambos textos en este punto. Las otras dos ocasiones en que nuestro lector utiliza a Suetonio si que parece aprovecharse, una vez más, de los comentarios de Lipsio<sup>80</sup>. Hay también tres referencias a «Dio.», esto es, a la *Historia romana* de Dión Casio y en una de ellas se indica el libro concreto al que se alude. Como ocurría con Suetonio, dos de estas referencias se han

---

<sup>76</sup> Juan de Guzmán, *Primera parte de la Retórica*. 2 vols. Pisa: Giardini, 1993 [1589], p. 199. [Edición e introducción de Blanca Perrián.]

<sup>77</sup> Ibid.

<sup>78</sup> Jardine y Grafton, «Studied for action», p. 46.

<sup>79</sup> Fol. 2r (*An. I*, 3) se ha subrayado el nombre de «*Quintilio Varo exercitum*» en el texto y al margen se indica: «*Suetonius in vita Aug. [tachado] Tib. Cap 17 et in Aug. C 23*». En el fol. 2v (*An. I*, se ha marcado «*Actiacam victoriam*» y al margen se añadió: «*Sueto. In vita Aug. Cap [tachón ilegible] 17*»; el tachón tal vez oculte una referencia a otros puntos en los que Suetonio habla de Accio.

<sup>80</sup> En el fol 4r (*An. I*, 8) el texto de Cayo Cornelio Tácito trata del testamento de Augusto «*Legata non ultra civilem modum, nisi quòd populo & plebi CCCCXXXV*» y al margen aparece la anotación: «*quadrige[n]ties tricies quinq[ue] Suet. in vi Aug cap. ulti*». Tal y como señala Lipsio la cantidad es distinta en Suetonio II, 101 y en Tácito. Fol 6r (*An. I*, 11): «*ad effigiem Augusti, ad genua ipsius manus tendere, cum proferri libellu[m] recitarique iussit*» y al margen se apunta: «*Sueto. C. 28 rationalis cap. ult breviarium*», esto es los lugares en que Suetonio habla del memorial sobre el estado del Imperio escrito por Augusto. Ambas citas las discute Lipsio, *Ad Annales Corn. Taciti liber commentarius sive notae* (Amberes, 1581), pp. 15-16 y 23-24.

obtenido de modo indirecto, a través de los omnipresentes comentarios de Lipsio, mientras que la tercera, en la que se indica la procedencia, es fruto de un esfuerzo más personal<sup>81</sup>.

Con las referencias a estos dos autores, los hechos históricos narrados por Tácito se someten a un proceso de comprobación o comparación con lo que transmiten otros textos históricos. En ocasiones, esta labor se efectúa a partir de lugares menos evidentes que las historias de Dión o Suetonio. Por ejemplo, el pasaje en que se narra la licencia desatada en el Teatro (fol. 29r. *An. I*, 77) se acompaña de la siguiente anotación: «*Hinc originem sum sit Callistrati respo[n]sum in L. Capitalim 28 § sole[n]t D. de poe.*», que hace referencia al libro 48.19 del *Digesto* justiniano, que se titula *De poenis* (concretamente 48.19.28, pero con un sistema de referencias que no es el actual). Tanto el *Digesto* como Lipsio en sus comentarios incluyen el texto completo de la ley. Sin embargo, el hecho de que en la anotación marginal aparezca Calístrato (una información que no aporta Lipsio) indica que nuestro lector conoce la referencia directamente del *Digesto*, un texto seguramente fácil de consultar en un ambiente universitario<sup>82</sup>.

En la apretada letra manuscrita que coloniza los márgenes aparecen también dos referencias a Estrabón<sup>83</sup>, una a Flavio Josefo<sup>84</sup>, y otra al *De garrulitate* de Plutarco<sup>85</sup>.

---

<sup>81</sup> En el fol. 6r, (*An. I*, 11) el lector ha marcado con una llave el pasaje de Tácito: «Las palabras de Tiberio, incluso en cosas que no trataba de ocultar, ya por naturaleza, ya por costumbre, eran siempre vagas y oscuras, y en aquella ocasión, dado que se esforzaba por esconder celosamente sus pensamientos, quedaban envueltas en incertidumbre y ambigüedad aún mayores». La anotación marginal «*Dio lib 57 haec fusius*» indica que, efectivamente, Dión Casio da comienzo a su libro 57 con una larga descripción del modo en que Tiberio solía ocultar lo que apetecía y hacía parecer que deseaba lo que no quería en absoluto.

<sup>82</sup> Este pasaje sobre los tumultos en el teatro debió de gozar de especial atención por parte del lector. Poco antes, en el mismo fol. 29 r (*An. I*, 70) se había incluido al margen una anotación en la que se explicaba que en dichos altercados habían muerto un tribuno pretoriano y resultado heridos soldados y un centurión porque estos asistían al teatro como espectadores, entre la plebe.

<sup>83</sup> Fol. 31r (*An. II*, 1) se subraya la frase «*Is fuit Vonones, obses Augusto datus à Phrahate*» y al margen se señala «*Strabo haec latius*». Vonones era el hijo mayor de Fraates IV y había sido dado como rehén a Augusto junto con tres de sus hermanos. Hay más información del suceso, en efecto, en dos puntos de la *Geografía* de Estrabón (VI, 4, 2 y XVI, 1, 28). La otra referencia a Estrabón se encuentra también en el fol. 31 r (*An. II*, 2). Junto al texto «*Post finem Phrahatis & sequentium regnum*» se aclara que esos reyes que siguieron a Fraates fueron cuatro contando a Vonones, «*cum Vonone quattuor fuere. Strabo.*». Al igual que en el caso anterior, esta información proviene de los comentarios de Lipsio, quien en este caso incluye una tabla genealógica de los reyes partos, Lipsio, *Ad Annales Corn. Taciti liber commentarius sive notae* (Amberes, 1581), pp. 75-77.

<sup>84</sup> En el fol. 31v (*An. II*, 3) se marca el pasaje «Asesinado Artaxias por una traición de sus allegados, César dio como rey a los armenios a Tigranes» con subrayados y una línea vertical en el margen. Esta referencia también proviene de Lipsio quien, además, introduce una nota mucho más erudita sobre la información histórica que Flavio Josefo, Suetonio y Dión Casio respecto a la designación, por parte de Augusto de Tigranes II como rey, *Ibid*, pp. 79-80.

<sup>85</sup> En el fol. 3r. (*An. I*, 5). Plutarco, según había señalado Lipsio en su comentario a los *Anales* narra toda la historia acerca de cómo la charlatanería de Livia le valió una condena a su marido.

Junto a ellas aparece también otra al *De beneficiis* de Séneca<sup>86</sup> que no proviene de los comentarios lipsianos. Las citas a Estrabón y Flavio Josefo son de claro carácter histórico. La referencia a Plutarco podría entenderse como un deseo por parte del lector salmantino por ampliar la información histórica proporcionada, pero el pasaje tiene un matiz claramente moral, en tanto que el episodio ilustra los efectos adversos del vicio de la charlatanería. En el caso de la anotación que refiere a Séneca se trata de completar un pasaje con implicaciones éticas, o al menos con un juicio pormenorizado y personal de unas circunstancias históricas. En el texto impreso se ha subrayado el «afán de severidad» de Tiberio, que hacía que (como se discute pormenorizadamente en los capítulos 7 y 8 del segundo libro de *De beneficiis*) no concediese beneficios a pesar de hacer mercedes, pues todas iban acompañadas de muy severas reprehensiones<sup>87</sup>.

En cualquier lugar, las direcciones diversas en las que apunta esta serie de referencias añadidas en los márgenes pone de manifiesto la profundidad e intensidad con que fue abordada esta lectura y como se van desbordando los propios límites del texto latino bajo los efectos de la acción lectora. Paso a paso, las anotaciones marginales de este ejemplar van tejiendo una tupida red de indicaciones y aclaraciones que no sólo facilitan, sino que también amplían la comprensión del texto y la expanden en direcciones que el mero texto impreso no es siempre capaz de anunciar o prever.

Baltasar de Céspedes fue autor de un texto titulado *El uso y ejercicio de la Rhetorica* en el que se informa de manera sistemática sobre algunos de los pormenores del proceso de lectura. Este texto, escrito en torno a 1607, puede considerarse como una especie de «manual de lectura» en el que es posible ir reconociendo algunos de los gestos concretos de anotación que he venido describiendo. En este escrito la lectura aparece tratada de manera sistemática pero ello no quiere decir sin embargo que se trate de una teoría absolutamente abstracta y de hecho en muchos puntos la exposición está fundada en ejemplos concretos de textos clásicos, entre ellos alguno de Tácito<sup>88</sup>.

---

<sup>86</sup> En el fol. 29r (*An. I, 75*) aparece subrayado «*cupidine severitatis*» y al margen la nota siguiente: «v[id]e senecam lib 2 de benefi. c. 7 et 8».

<sup>87</sup> Lucio Anneo Séneca, *Los libros de beneficiis de Lucio Aeneo Seneca a Aebuçio Liberal traducidos por P. Fernández Navarrete*. Madrid: Imprenta del reino, 1629, fols. 26r- 27v.

<sup>88</sup> Este texto es la parte final de un *Ars rhetorica* manuscrita de Baltasar de Céspedes. El manuscrito tiene un colofón que lo fecha en 1607 [BNM Mss. 8075, fols. 75r-88v]. La referencia a Tácito es: «El qual artificio de enumeracion puede servir elegante mente de exordio en las narraciones largas, como en las historias, haciendo al principio una breve summa, o periocha de toda la historia, como hace Cornelio Tacito al principio del primer libro de las historias». Para las citas utilizo aquí la transcripción siguiente: Baltasar de Céspedes, «Del uso y ejercicio de la rhetorica (1607)», en José Rico Verdú (ed.), *La retórica española de los siglos XVI y XVII*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1973, pp. 357-364, la cita está en la p. 358.

Las anotaciones marginales del ejemplar salmantino de 1603 se corresponden con lo que en 1607 Baltasar de Céspedes denomina «*resolutio*», que se define como un «examen, y como una anatomía de la obra»<sup>89</sup>. Este modo de lectura comienza por el primer tipo de análisis al que puede someterse un texto, «la *analysis grammatica*, que es la declaración de la letra quanto a los vocablos, phrases, historias, fábulas, antigüedades, allusiones, y imitaciones de que aquel autor [a quien se está analizando] y de otros a él comparándolos. Y lo que más se estima la enmendación y corrección de la letra»<sup>90</sup>. Es fácil comprobar que las anotaciones que he comentado buscan cumplir con estos objetivos: en ellas se explicaba el vocabulario y las posibles lecturas del texto, enmendándolo en ocasiones (ya fuera a partir de Lipsio o fruto de un trabajo más o menos personal). Esta manera de lectura también exigía explicar las cifras y la cronología y buscar aquellos pasajes de otras obras que refieran a cuestiones similares a las tratadas en el texto que se está leyendo.

Para Céspedes la lectura es una actividad acumulativa, en la que se presuponen varias lecturas del mismo texto, cada una de ellas con un objetivo diferenciado: «Entendida la letra se ha de passar la *licción* que llaman histórica, que sirve de tener noticia de toda la materia del discurso confusamente. Y esta *licción* se puede hazer dos, o más veces, las que pareciere à cada uno que son menester para tener la dicha noticia»<sup>91</sup>. El objetivo que se persigue en esta segunda lectura o lecturas es según Céspedes obtener una noticia general y confusa —en tanto que no es dialéctica— de la totalidad del texto. Este trabajo, que puede ocupar ya por sí solo varias lecturas, ha quedado plasmado en las anotaciones marginales que establecen referencias cruzadas en el texto. Las anotaciones que refieren a otras obras y autores pueden entenderse tanto como parte de esa primera lectura básica como propias de esta segunda lectura histórica. Céspedes aclara que este trabajo es previo a otro tipo de análisis más profundo como pudiera ser el dialéctico (reducción del discurso estudiado a silogismos), pero poco más abajo este autor indica que ya en este momento puede hacerse necesario recurrir a otro tipo de anotaciones: «[...] si en esta *licción* histórica se nos ofreciere alguna cosa muy notable, que pertenezca a alguna de las *analysis* [dialéctica, retórica o ética], que

---

<sup>89</sup> Ibid, p. 357. Este concepto se opone al de «*generatio*», la composición de una obra nueva, que es «como una generación o parto del entendimiento» (p. 359).

<sup>90</sup> Ibid, p. 359.

<sup>91</sup> Ibid, p. 360.

temiéramos que se nos pueda olvidar, no será malo notarlo en un papel à parte para ponerlo después en su lugar»<sup>92</sup>.

Tal y como señalaba Baltasar de Céspedes, éstas pueden hacerse en un papel aparte, pero también pueden aprovecharse, como en el caso del lector que estoy analizando, los mismos márgenes del libro (lo que permite recuperarlas junto al texto que las motivó). Las anotaciones retóricas de este ejemplar son pocas y poco importantes. El lector marcó el refrán «Se valoraban cuerpo y alma en diez denarios por vida»<sup>93</sup> y dos fórmulas, la de «*Principes iuventutis*» y otra militar «*factum esse quod imperasset*»<sup>94</sup>. Junto a ello se encontrará la frase «*an Augustum fessa aetate, toties in Germanias commeare potuisse*» con la anotación marginal «*Arg. a minori*»<sup>95</sup>. Como acertadamente indica el lector, si en Roma se consideraba que Tiberio debía haber ido en persona a solventar la rebelión en las legiones de Germania, la frase «¿Acaso no había podido Augusto viajar tantas veces a Germania ya decrépito por la edad?» es un ejemplo de *argumentatio a minori ad maius* (de menor a mayor): mucho más podía haber ido Tiberio, en la plenitud de la vida.

Más allá de estas anotaciones retóricas, aparece un quinto y último tipo de anotaciones marginales, que consiste en la mención «nota», o γνώμη —*gnome*: «sentencia», «máxima»— junto a toda una serie de pasajes que el lector quiso remarcar (fig. 3.B). Llegado este punto la relación entre el impreso y las anotaciones manuscritas, entre el texto y el lector, cobra mayor amplitud y desborda de manera definitiva los límites un tanto estrechos de los procedimientos de anotación que he descrito hasta ahora. A través de este último tipo anotaciones es posible asistir al modo en que cristaliza el diálogo —en ocasiones explícito— entre el lector y el texto o su autor.

La mayor parte de estas anotaciones (al igual que ocurre con los cuatro tipos anteriormente analizados) corresponden al primer libro de los *Anales*. En el segundo se siguen haciendo profusas referencias cruzadas a otros pasajes y apuntándose dificultades de vocabulario y de lectura del texto latino. En cambio, disminuye considerablemente el número de anotaciones que refieren a otras obras, así como los

---

<sup>92</sup> Ibid.

<sup>93</sup> La anotación marginal al lado de este pasaje, en el fol. 8v dice «*paremia*»: esto es, «adagio», «refrán».

<sup>94</sup> Fol. 2r, en referencia a la denominación como «Principes de la juventud» que recibieron Gayo y Lucio, hijos de Agripa y nietos de Augusto, adoptados por este en previsión de su sucesión (*An.* I, 3); y fol. 3v, en cuyo margen se lee «*formula militaris post confectum imperium*», en referencia a la respuesta convencional «estaba hecho lo que había ordenado» por parte del centurión encargado de matar a Agripa Póstumo (*An.* I, 6). Estas anotaciones también pueden considerarse integrantes de la explicación de «historias» y «antigüedades» que se recomendaba en un primer lugar.

<sup>95</sup> Fol. 18r (*An.* I, 46).

pasajes acompañados al margen por la mención «nota», aún cuando hay dos pasajes subrayados o marcados con una llave al margen (fols. 40r y 41v). A partir del tercer libro desaparecen casi por completo las anotaciones marginales (sólo aparece una en fol. 89v que dice «nota»), y cambia la pluma con la cual se marcan las páginas del libro. Se trata de una pluma más gruesa, que únicamente subraya ciertos puntos del texto — como el fin de la venganza por la muerte de Germánico (fol. 65v)— y que podría atribuirse a otra lectura del mismo lector o a un lector distinto. El hecho de que los últimos libros no sean tan profusos en anotaciones eruditas tal vez pueda achacarse a que nuestro lector continuase la tarea en solitario, ya sin la ayuda de un «guía» académico. Estos subrayados acaban en el cuarto libro de los *Anales*, el fragmento del quinto y el sexto están limpios de toda marca.

Los puntos marcados con el término «*gnome*» (máxima, sentencia) implican una relación con el texto de Tácito distinta a la que generan otras anotaciones. El objetivo de estas anotaciones no apunta tanto a la comprensión del texto como a su aprovechamiento en estado puro:

-«Con la propensión a la superstición que tienen tales mentes [las de los soldados que asisten a un eclipse de luna] una vez que están impresionadas» (fol. 11v).

-«todo es poco para la masa [*vulgo*]; aterroriza si no se le causa terror» (fol. 12r).

-«cuyas causas resultaban aún más enérgicas por injustas» [el pasaje hace referencia a las causas de los resentimientos de Tiberio y Livia contra Germánico] (fol. 13v).

-«Y según es costumbre del vulgo buscar un culpable aunque la imputación sea falsa» (fol. 15v).

-«[la majestad], cuyo respeto aumenta con la distancia» (fol. 18v).

-«En efecto, en situación de paz hay consideración para causas y méritos; cuando se desencadena la guerra caen juntos inocentes y culpables» (fol. 18v).

-«nada osaría el pueblo privado de sus príncipes» (fol. 21r).

-«todas las cosas de los mortales son inciertas» (fol. 27v).

-«bien había dispuesto las cosas humanas la naturaleza» (fol. 30r).

-«ya que la verdad se impone con la luz y con el tiempo y las falsedades con el apresuramiento y la incertidumbre» (fol. 43v)

Junto al destilado del texto a través de la búsqueda y anotación de las sentencias que en él se contienen, aparece otra serie de pasajes marcados en el margen con la mención «*nota*». Estos se diferencian, en general, porque el valor de la anotación es

menos textual que en el caso anterior. Si las sentencias implicaban una frase corta, completa de sentido por sí misma, los pasajes marcados con «nota» llaman la atención más bien por la temática que encierran que por el modo en que se expresa. Se mantiene en cualquier caso la idea de aprovechamiento del material que el texto va ofreciendo a lo largo de la lectura:

-«la Ciudad llena de miedo acusaba a Tiberio [de estar burlándose del senado y del pueblo, impotentes e inermes]» (fol. 18r). Aquí el margen dice «*Notare digna q. sequuntur*».

-«pero tras haberse tratado al pueblo con blandura durante tantos años [Tiberio] no osaba todavía aplicarle un régimen más severo» (fol. 21r). Al margen dice «*nota haec*».

-«[guardaba silencio Tiberio] que quería proporcionar al senado aquellos simulacros de libertad» (fol. 29v).

-«cuanto mayor era la apariencia de libertad que las cubría [las palabras de Tiberio], tanto más pararían en implacable esclavitud». Estas son las últimas palabras del primer libro de los *Anales* que se acompañan de la siguiente anotación: «*praeclare tu Corneli librum hunt claudis*». De este modo el lector alaba, en diálogo directo con el autor, la manera perfecta, preclara, en la que Tácito cierra este libro (fol. 30r).

-«[lo recibieron con alegría, como suele ocurrir] con los nuevos príncipes [*ad nova imperia*]» (fol. 31r).

-«su apartamiento [de Tiberio] de las costumbres de sus mayores» (fol. 31v)

- Pisón alcanza a Germánico, quien no ignoraba los ataques que éste le había dirigido, «pero [Pisón] lo llevaba con tal mansedumbre que, cuando se levantó una tempestad que lo arrastró [a Pisón] hacia lugares abruptos y la muerte de su enemigo podía atribuirse al azar, [Germánico] envió trirremes con cuya ayuda se libró del peligro» (fol. 49r).

-«El motivo por el que he recogido y criticado el rumor ha sido el de invalidar con un claro ejemplo las falsas habladurías» (fol. 89r.)

Como ya he señalado, las marcas de lectura que resultan más difíciles de juzgar son los subrayados y las llaves al margen de determinados pasajes, que aparecen sobre el texto una vez que decae la intensidad de la anotación, esto es, a partir del segundo libro de los *Anales*. Es posible que deba verse en ello una continuación de la lectura por parte de un lector ya no tan atento a cuestiones de detalle filológico o retórico, pero que

precisamente por ello marca con mayor libertad, o de acuerdo a sus propios criterios, ciertos pasajes del texto que merecieron su atención<sup>96</sup>:

-«[el acusador argüía que] en un documento [*libello*] estaban puestas por mano de Libón notas siniestras o misteriosas a los nombres de los Césares o de senadores» (fol. 40r. *An.* II, 30)

-«[...] y estrecha las manos de sus siervos tratando de poner en ellas su espada. Ellos se llenan de miedo, escapan y derriban la luz puesta sobre la mesa [...]» (fol. 40r. *An.* II, 31)

-«era costumbre antigua que a las propias vírgenes vestales se las oyera en el Foro y en el tribuna cuantas veces tuvieran que prestar testimonio» (fol. 41v. *An.* II, 34). En este caso el texto está subrayado con pluma más gruesa, tal vez indicativa de una segunda lectura (o de un segundo lector) y que se corresponde con todas las marcas restantes a excepción únicamente de la última de ellas, sobre el cuarto libro de los *Anales*.

-«Y es que a juzgar por la fama, la esperanza y el prestigio, cualquiera parecía más destinado al imperio que aquel a quien la fortuna mantenía en oculto como futuro príncipe» (fol. 65v. *An.* III, 18)

-«Y es que los acontecimientos más importantes vienen a resultar igualmente ambiguos dado que unos tienen como cosa averiguada lo que de cualquier manera han oído, y otros cambian la verdad en mentira; y con el tiempo se robustecen una y otra actitud» (fol. 65v. *An.* III, 19)

-«Pero también muchos, por odio de la situación presente y por ansia de cambios, se alegraban incluso con su propio peligro e increpaban a Tiberio porque en un momento de tan grandes perturbaciones dedicaba toda su atención a los libelos de los acusadores» (fol. 74r. *An.* III, 44)

-«Pues si deseas lo que aún no está prohibido, puedes temer que se te prohíba; pero si violas impunemente las prohibiciones, ya no te quedará ni miedo ni vergüenza» (fol. 77r. *An.* III, 54)

-«la magnitud de la fama suponía un peligro de muerte» (fol. 78r. *An.* III, 55)

-«Pero el principal promotor de la austeridad de costumbres fue Vespasiano, hombre a la antigua usanza en su atuendo y alimentación. Resultó así más fuerte el respeto por el

---

<sup>96</sup> Aunque aquí considero estas anotaciones dentro del mismo grupo que los pasajes marcados con «gnome» o «nota» hay que subrayar la dificultad de comprender el significado de las anotaciones no verbales. Siempre existe un límite para interpretar estas notas, pues como señala Sharpe, *Reading revolutions*, p. 68: «Es difícil determinar con precisión como un estudiante escucha una clase o interpreta textos en nuestro propio tiempo, por no hablar del pasado renacentista».



príncipe y el afán de emularlo que el castigo de la ley o el miedo» (fol. 78r. *An.* III, 55)<sup>97</sup>.

-«también se ejercía la autoridad de las magistraturas menores, y las leyes, si no se considera la de majestad, tuvieron un buen uso» (fol. 87r. *An.* IV, 6)

-«[pero no quisiera omitir] un rumor que corrió por aquel tiempo, con tal fuerza que aún no se ha desvanecido: que tras corromper a Livia [para inducirla al crimen]» (fol. 88v. *An.* IV, 10)

-«[Sin embargo ello no perjudicó a Sereno,] a quien ponía más a seguro el odio público» (fol. 98r. *An.* IV, 36). El texto vuelve finalmente a subrayarse con una pluma más fina.

Baltasar de Céspedes, en el mencionado texto acerca del uso de la retórica, expone el marco teórico que permite comprender este último tipo de anotaciones en el que se incluyen las sentencias, los pasajes marcados con la mención «nota» y los subrayados. Céspedes, tras comentar en profundidad el análisis dialéctico y retórico, señalaba la existencia de un cuarto tipo de análisis denominado ético, «donde se notan las sentencias morales, los consejos, y juicios, que el autor haze de las cosas tocantes à las costumbres particulares de las personas, y al gobierno de las cossas publicas assi de la paz como de la guerra». Las «sentencias morales» que se anotaron en el ejemplar salmantino de 1603 son las más fáciles de identificar al estar marcadas con un término propio. Las notas y subrayados, por la temática que abordan, caen también dentro de este análisis que Céspedes no comenta por extenso, por considerar que «la [análisis] ethica cada uno se la puede notar à su proposito conforme lo que ha menester»<sup>98</sup>.

En este último nivel de lectura hay una serie de indicaciones acerca de lo que se puede buscar, pero la actividad deviene algo más personal y se orienta de acuerdo a los distintos propósitos particulares que pueda tener el lector. Esto no quiere decir que la lectura se convierta en una «deriva incontrolable»<sup>99</sup>. Como señala Roger Chartier esta «operación de construcción del sentido, histórica y socialmente variable» está comprendida entre la «omnipotencia del texto y su poder de presión sobre el lector», de

---

<sup>97</sup> La libertad del lector está enmarcada históricamente. Esta misma cita la empleará también Juan de Santa María en una discusión acerca de las leyes suntuarias, lo que permite calificar la noción de libertad lectora: esta se entrecruza con el horizonte de expectativas de la época en que se produce la lectura. La cita está en la sección II «Del otro remedio contra los excessos, y demasias, que es el exemplo de los Reyes», Juan de Santa María, *Tratado de republica y policia christiana para reyes y principes y para a los que en el gouerno tienen sus vezes*. Madrid: Imprenta Real, 1615. Páginas 456-457 de la edición de Valencia: por Pedro Patricio Mey... a costa de Iuan Hernandez, 1619.

<sup>98</sup> Céspedes, «Del uso y exercicio de la rhetorica», p. 360.

<sup>99</sup> La expresión es de Umberto Eco, «Entre el autor y el texto», *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge: Cambridge University Press, 1997, p. 35.

una parte, y la «libertad del lector, productor inventivo de sentidos singulares», de otra<sup>100</sup>. A esto cabe añadir que esa libertad del lector está además filtrada por su modo de leer histórico, puesto que la lectura es «un proceso históricamente determinado cuyas formas y modelos varían según la época, los lugares, las comunidades»<sup>101</sup>. En el caso concreto de la lectura del ejemplar salmantino, las anotaciones de sus márgenes, junto con las indicaciones de Céspedes sobre la lectura, ofrecen un perfecto panorama de las fuerzas en juego a la hora de construir el sentido del texto.

Esta es una lectura facilitada y dirigida, que sirve para introducirse en profundidad tanto en el texto de Cayo Cornelio Tácito como en los comentarios, anotaciones y correcciones de su principal editor humanista. El estudiante leía el texto de Tácito al mismo tiempo que aprendía a leerlo de una manera determinada: en cierta medida lo leía a través de su maestro<sup>102</sup>. Sin embargo, la lectura de Céspedes, como cualquier lectura, no era fruto simplemente de sus gustos y orientaciones personales, sino que se inserta en un determinado horizonte de expectativas. La última anotación que queda por comentar resulta perfecta para ejemplificar la idea de una lectura mediada por un profesor que, a su vez, leía de un modo histórico determinado y de acuerdo con ciertas expectativas.

Una de las tareas que debía cumplir el profesor era la de presentar el texto que iba a ser objeto de lectura, comentar sus características principales y situarlo históricamente. Esta introducción incluía también una breve presentación del autor que estuviera estudiándose<sup>103</sup>. Este ejemplar, lo mismo que debió de ocurrir en las lecciones de Baltasar de Céspedes, no da comienzo directamente por el texto de Tácito sino con un comentario sobre el autor, copiado en una de las hojas blancas encuadradas antes del texto impreso. Los estratos de mediación en la lectura del estudiante se explicitan en esta anotación. El texto elegido para la presentación no es la biografía de Tácito (más o menos neutra) que aparece al comienzo de cada una de las ediciones lipsianas, sino el juicio que Lipsio hace de Tácito en los comentarios a las *Políticas*. Esta anotación, muestra hasta qué punto es importante el papel de Lipsio para comprender cómo se leyó

---

<sup>100</sup> Chartier, *Libros, lecturas y lectores*, p. 36.

<sup>101</sup> Roger Chartier, «Le monde comme représentation»; en *Annales ESC*, vol. 6 (1989), p. 1509.

<sup>102</sup> Siempre resulta difícil asegurar con rotundidad si las anotaciones fueron realizadas por un estudiante o por el profesor, pues, como señala Sherman en principio ambos juegos de anotaciones deberían de ser idénticos Sherman, *John Dee*, p. 68.

<sup>103</sup> Anthony Grafton, «Teacher, text and pupil in the Renaissance class-room: a case study from a Parisian college»; en *History of Universities*, vol. 1 (1981), p. 42, señala que esta introducción era una práctica habitual y remite al *De ratione studii* de Erasmo (1.2) para un resumen de lo que se esperaba del profesor a la hora de introducir los textos.

a Tácito, puesto que por sí sola sitúa los textos que van a ser leídos en un contexto muy característico:

De la columna de historiadores latinos se presenta ante mí Tácito. ¿Delante de Livio? ¿en qué? No en elocuencia sino en otras virtudes, o no en aquellas que consideramos; para adquirir prudencia y juicio. ¿Quién narra más veraz y brevemente que él? ¿Quién enseña más cuando narra? ¿De las costumbres, qué es aquello que no toca? ¿De los afectos, cuál no revela? Y, en lo tocante a su obra, ésta no es, de hecho, solo historia, sino como un jardín y un seminario de preceptos. Como en las ropas bordadas, o en las que se insertan joyas ingeniosamente, sin confusión ni daño en las formas, así esta historia contiene por todas partes sentencias, sin que se omita o dañe nada en el orden de la narración. Áspero y oscuro les parece a algunos, pero ¿es vicio suyo o el de quienes así opinan? Pues demuestra escribir con agudeza y argucia, así deben de ser quienes lo leen. Por esta razón lo recomiendo a los consejeros de los grandes príncipes, más que a ellos mismos: para que tengan en él a un verdadero guía de la sabiduría y la prudencia<sup>104</sup>

Este texto marca un horizonte de expectativas determinado para la comprensión futura de la obra. En el caso del ejemplar salmantino está situado en las hojas encuadradas antes del texto impreso y seguramente funcionó de igual modo que otros textos introductorios, generando una señal específica que se entromete en la recepción de Tácito<sup>105</sup>. Lo mismo ocurría, por ejemplo, con las biografías del pseudo Plutarco y el pseudo Heródoto que acompañaban las ediciones homéricas y que según Grafton eran

---

<sup>104</sup> Tácito, *Annalium ab excessu augusti libri sex* (Salamanca, 1603), sexta hoja de guardas delantera: «IVSTI LIPSI De C. Cornelio Tacito iudicium:

Latinorum historicorum agmen Cornelius Tacitus mihi ducat. Ante Livium? in quies. Non eloquentiâ, aut aliis virtutibus: sed iis quas necne consideramus, Prudentiâ et iudiciis notis. Quis illo verius narrat, aut brevius? quis narrando magis docet? In moribus quid est q[u]ot non tangat? in affectibus, quod non revelet? Mirabilis omnino scriptor, et qui serio hoc ipsum agit, quod non agit. Nec enim Historia solum est, sed velut hortus et seminarium praeceptorum. Ut ii vestes acu pingunt, ingeniosè gemmas inserunt, sine confusione aut noxâ formarum sic iste passim sententias, serie narrationis nihil omisâ aut laesâ. Scaber tamen quibusdam et obscurus videtur. suo ne vitio, an ipsorum? Nam acutè argutè que scripsisse fateor: et tales esse debere, qui cum legent. Ideò consiliariis magis Principum, quàm ipsis commendo: qui habeant hunc Sapientiae simul et Prudentiae verum ducem. In notis ad I Librum Politicorum». En la copia manuscrita nuestro lector tan sólo modifica ligeramente la primera frase, para dar un sentido completo al fragmento: introduce la mención «*latinorum historicorum* [entre los historiadores latinos]», frente al original «*quorum*». Justo Lipsio, *Politicorum sive civilis doctrinae libri sex, qui ad Principatum maximè spectant. Additae Noate auctiores, tum & De una religione liber*. Lugduni Batavorum (Leyden): Ioanis Maire, 1634, comentarios al cap. 9 del primer libro, p. 16 de los comentarios.

<sup>105</sup> El retrato aparece también traducido en Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma». Esta cuestión la trato en el capítulo 3.

como un «juego de lentes de distinta polarización, cada una de la cuales producía una distinta manera de ver a Homero»<sup>106</sup>.

Para llevar a cabo esta lectura «universitaria» el maestro tuvo que poder consultar una edición lipsiana completa, con sus comentarios, del texto de Tácito, así como disponer del texto de los comentarios a las *Políticas* que serviría de introducción. ¿De dónde obtuvo esos libros Céspedes? Seguramente Baltasar de Céspedes no contó con una copia de su propiedad, sino que tuvo que recurrir al préstamo. Según Florencio Marcos, el inventario de 1611 revela una extraordinaria pobreza de fondos en la biblioteca universitaria de Salamanca<sup>107</sup>, lo que obliga a rechazar la idea de que Céspedes obtuviera el libro a través de ese medio. Fue seguramente Manuel Sarmiento de Mendoza, profesor de teología en Salamanca, quien le prestó a Céspedes la edición de Tácito que necesitaba para sus clases, tal y como sugiere la anotación que se encuentra en uno de los papeles de Sarmiento de Mendoza<sup>108</sup>. El teólogo poseía una señalada biblioteca entre cuyas obras se encuentran tanto la edición en folio de 1585 como los comentarios de Lipsio al propio Tácito y un ejemplar de las *Políticas*<sup>109</sup>. Ambos profesores trabajaron conjuntamente en la reorganización de los estudios de la universidad en 1598, cuando Sarmiento de Mendoza era rector<sup>110</sup>, pero tal vez se conocieran de antes y quizá entraron en contacto por mediación de Francisco Sánchez de las Brozas, yerno de Céspedes y conocido de Sarmiento de Mendoza.

Este contacto iba más allá del préstamo de libros, extendiéndose en colaboración intelectual para la corrección de los presuntos vulgarismos introducidos en el texto.

---

<sup>106</sup> Estos textos orientaban la lectura de Homero desde los impresos que encabezaban y también a través de lecciones orales, como la ofrecida por Poliziano en su introducción a Homero en 1486, Grafton, *Commerce with the classics*, p. 162.

<sup>107</sup> Manuel Fernández Álvarez (ed.), *La Universidad de Salamanca*. 3 vols. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1989-1990 [Manuel Fernández Álvarez (dirección); Laureano Robles Carcedo y Luis-Enrique Rodríguez-Sampedro Bezares (coordinación).], vol. 2, p. 283.

<sup>108</sup> Manuel Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*] [BNM Mss. 6009.] En la lista de «prestados libros» del fol. 1r Céspedes aparece en dos ocasiones: «Zespedes Horatio [tachado], Cornelio. Taci»; «M<sup>o</sup> Zespedes, de Quantit<sup>e</sup> sylabarum».

<sup>109</sup> Ibid. La lista de préstamos, en la que el «M[astr]o Zespedes» aparece tres veces, en fol. 1r. La «memoria de los libros de don Manuel Sarmiento de Mendoza» en fols. 257r-279r. Sarmiento de Mendoza, no obstante, debió de abandonar Salamanca en torno a 1600, según se desprende de Francisco Pacheco, *El libro de descripción de verdaderos retratos, ilustres y memorables varones*. Sevilla, 1599. [Reproducción facsímil: *El libro de Francisco Pacheco reproducido por la foto-cromo-tipia bajo la protección de S. M. el rey D. Alfonso XII.*] Sevilla: Gironés y Orduña, 1883, fol. 47r. Para la fecha de composición y los añadidos al libro véase el volumen introductorio de José María Asensio, *Francisco Pacheco, sus obras artísticas y literarias. Introducción e historia del libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones que dejó inédito*. Sevilla: E. Rasco, 1886. El ejemplar de Sarmiento de Mendoza se custodia hoy día en Azpeitia, en el santuario de Loyola con la signatura 0001,2-8.

<sup>110</sup> Andrés, *El Maestro Baltasar de Céspedes*, pp. 86-87. Ha sido James Amelang quien me ha indicado este contacto entre Céspedes y Sarmiento de Mendoza.

Como he señalado, hay al menos dos anotaciones del ejemplar de 1603 que ponen en relación directa las observaciones filológicas que Sarmiento de Mendoza envió a Lipsio con la información que Céspedes debió de transmitir en sus lecciones universitarias<sup>111</sup>. La labor de Céspedes en sus lecciones, tal y como ha quedado reflejada en las notas de este ejemplar, trazaba un amplio abanico, que incluía comentarios de gramática, retórica, explicaciones del texto y una cierta dosis de erudición. El principal apoyo con el que contaba era el texto (y los comentarios) de la edición lipsiana de 1585. No obstante, también era partícipe de una cierta labor de enmendación humanista del texto, que ponía al alcance del catedrático la información necesaria para ofrecer a sus estudiantes una discusión de los supuestos barbarismos y corrupciones introducidas por los copistas, una discusión en la que Céspedes hacía uso de los trabajos de Sarmiento de Mendoza y del Brocense. El trabajo acumulativo sobre el texto de los *Anales*, al que Céspedes añadiría seguramente sus propios conocimientos acabó por materializarse en buena parte de las anotaciones sobre el ejemplar de 1603, una copia barata del texto que sería utilizada por el estudiante<sup>112</sup>. La recepción final del texto estaba por lo tanto mediada por los significados que iba adquiriendo en cada uno de estos estratos.

Aunque no ha sido objeto de una atención prioritaria, la práctica de la edición destinada a los estudiantes universitarios (como la de Tácito de 1603 en Salamanca) no es desconocida. En París, en torno a 1572, profesores como Claude Mignault podían contar con el servicio de impresores como du Pré o Brumen, quienes imprimían ediciones en folios sueltos de los textos que aquél necesitaba para sus lecciones<sup>113</sup>. Al menos un ejemplar de la *Historia naturalis* de Plinio tuvo en territorio hispánico una edición universitaria semejante a la que estamos comentando. Su licencia se concedió directamente al maestro Torres, catedrático de retórica en la Universidad de Alcalá de

---

<sup>111</sup> Ver arriba, nota 74.

<sup>112</sup> Entre los estudiantes salmantinos que leyeron a Tácito se encontró Girolamo da Sommaia, a quien se lo prestaba, en una copia manuscrita, su compañero Lorenzo Ramírez de Prado. Da Sommaia, a su vez, pagaría a estudiantes para que le copiaran el texto. Así se refleja en su diario, que fecha una primera lectura en octubre de 1604 y una segunda, con copia del texto, entre marzo y abril de 1607. George Haley (ed.), *Diario de un estudiante de Salamanca*. Salamanca: Universidad de Salamanca (Secretariado de Publicaciones), 1977, pp. 148, 150, 151, 235, 237, 598, 600 y 602. La existencia de copistas estudiantiles como los mencionados y de otros más «profesionales» la trata Fernando Bouza Álvarez, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*. Madrid: Marcial Pons, 2001, pp. 35-36.

<sup>113</sup> Grafton, «Teacher, text and pupil in the Renaissance class-room», p. 39. A pesar de no ser ediciones críticas, estos textos (al contrario que los ejemplares salmantinos) incluían algunas notas breves. En el mismo artículo Grafton describe el trabajo del profesor en estas ediciones del modo siguiente: «Mignault gastó claramente una buena parte de su tiempo en producir esas ediciones a pequeña escala, que debieron implicar una buena cantidad de búsqueda de manuscritos de imprenta (*copy-texts*) e idas y venidas a casa de los impresores, de igual modo que un profesor actual debe gastar buena parte de su tiempo en producir y reproducir programas y extractos de fuentes primarias», p. 41.

Henares y es prácticamente igual que en la edición de 1603 de los *Anales*, pues en ella se señala que el libro era «muy provechoso para ser leydo especialmente para los estudiantes»<sup>114</sup>. Baltasar de Céspedes quizá también tuvo que ver en la edición del texto de Tácito que coincide con el segundo curso en el que se dedicó a la lectura de Tácito. En 1614 se publicó en Salamanca un librito en 8º sin comentarios ni notas filológicas o eruditas, de letra apretada, márgenes estrechos y papel aprovechado al máximo que reproducía únicamente el texto de los tres primeros libros de los *Anales*. Una edición que se acomodaba a las necesidades de sus destinatarios, que, según la licencia del Juan de Salzedo son los estudiantes, para quienes son «útiles y provechosos» estos tres libros<sup>115</sup>. Esta nueva edición habla de la dificultad de conseguir el texto latino de Tácito, algo que el Baltasar de Céspedes habría experimentado en primera persona. El problema se solventó con una edición de mínimos, lo más barata posible, y destinada a un público universitario que aprendía a manejar sus lecturas del modo que he venido detallando<sup>116</sup>.

Las habilidades textuales que les eran transmitidas a los estudiantes universitarios les dotaba de un repertorio de técnicas para aprovechar sus lecturas. Leer era mucho más que pasar los ojos por el texto, más que comprender su significado; en el contexto de una educación universitaria se trataba de una actividad especializada que constaba de distintas partes y técnicas y que exigía (teóricamente) unos conocimientos que iban mucho más allá del texto leído. La práctica de lectura «adversarial»<sup>117</sup> constituía una base sólida de la educación universitaria, mucho más extendida pero menos conocida que las lecturas especializadas, doctas y, por tanto, minoritarias de los

---

<sup>114</sup> Plinio, *Historia Naturalis*. Alcalá de Henares: Juan de Villanueva, 1569. [BNM R/5381.] De acuerdo con una práctica relativamente habitual para este tipo de ediciones este ejemplar está encuadernado con folios blancos intercalados entre los impresos (una práctica que describo más detalladamente en la siguiente sección). Asimismo se han incluido 3 hojas «de guardas» delanteras, 6 hojas entre la tasa y el comienzo del texto y un cuadernillo de 51 hojas al final. En otro orden de cosas, que sugiere el uso de este libro «escolar» por parte de un erudito de talla, hay que señalar que este mismo ejemplar está abundantemente anotado de acuerdo con Ben Rekers, *Arias Montano*. Madrid: Taurus, 1973, p. 230, por Benito Arias Montano.

<sup>115</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu divi Augusti libri duo cum fragmento tertii*. Salamanca: Viuda de Antonio Ramírez, 1614. [BNM 3/13830.] La licencia, que en este caso otorga el obispado salmantino, está fechada el 13 de octubre de 1614.

<sup>116</sup> Como he señalado, esta edición sólo reproduce una parte del tercer libro y finaliza en el punto en que Tácito acaba de narrar los últimos acontecimientos relativos a la venganza tras la muerte de Germánico (*An.* III, 19). El corte que aquí nos ocupa, además de omitir el retrato del Tiberio más inclinado al vicio, responde a la evolución de la narración de esos tres primeros libros y permite dar una impresión de coherencia al texto, ya que se evita el final menos redondo que tiene el tercer libro. Esta edición tampoco ha sido mencionada por ningún estudio sobre Tácito en España. La copia de la BNM 3/13830 posiblemente sea la única conservada, de acuerdo con mi consulta al CCPBE de 27 de mayo de 2009.

<sup>117</sup> El término y la valoración de esta lectura como central en los métodos de adquisición de conocimiento en Sherman, *John Dee*, p. 67.

grandes nombres del humanismo<sup>118</sup>. Las anotaciones sobre el ejemplar de los *Anales* de Tácito publicado en Salamanca en 1603 ofrecen algo más que un «catálogo» de las operaciones de lectura a las que podía o solía someterse un texto en los siglos XVI y XVII. Proporcionan una visión detallada de los métodos didácticos de Céspedes, entre los que se ha podido apreciar una atención a varios niveles de lectura (gramatical, histórica, erudita) y la existencia de una pequeña tradición filológica propiamente salmantina en torno al texto de Tácito (una empresa compartida que se transmite entre distintos profesores). La lectura que Céspedes ofrecía en 1603 también demuestra que los *Anales* de Tácito eran expuestos y trabajados como una fuente en la que realizar una búsqueda de sentencias, máximas y enseñanzas para la vida pública y el gobierno de los asuntos privados. Tácito fue leído y enseñado a la luz de la nueva ola de lectura histórica que está en su máximo apogeo por estas fechas. El modo de leer y procesar la información que se infiere de estas anotaciones proporciona por tanto la clave que permite comprender cómo pudo llegarse a leer a Tácito como «manual de prudencia», es la clave completa de un uso «político» más reducido como el que aparece en la próxima sección. Esta lectura política se construirá sobre algunos rasgos hipertrofiados de un método mucho más complejo. Por mucho que algunos de los más expertos humanistas, como Joseph Scaliger, advirtiesen de que «ni yo ni ningún gramático puede decir nada útil sobre política» la marea de exégesis política en torno a textos como los de Tácito era imparable<sup>119</sup>.

### 1.2.2 Lectura política

El lector que me ocupará en esta segunda sección es aquel que, con plena confianza en las enseñanzas de los *Anales* y en sus habilidades interpretativas, recomendaba haber matado a Agripa Póstumo con veneno. Sus anotaciones no son las de un erudito o un estudiante, están realizadas en castellano y a partir de un texto ya traducido. Son características, sin embargo, de la lectura política de los textos de Cayo Cornelio Tácito. Los restos de esta lectura reposan sobre un volumen en 4º de la traducción de Emanuel Sueyro publicada en Madrid en 1614<sup>120</sup>. Se trata de un libro de 383 páginas (más una

---

<sup>118</sup> Grafton, *Commerce with the classics*, p. 7. Llama la atención sobre que su libro «trata más de las excepciones que de la regla: de intelectuales que aportaron un entrenamiento sofisticado y una alta originalidad a la tarea de leer. No describe las experiencias del profesor humanista ordinario y sus estudiantes».

<sup>119</sup> Ibid, p. 205.

<sup>120</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Las Obras de C. Cornelio Tacito. Traduzidas de latin en castellano por Emanuel Sueyro [...]*. Madrid: Viuda de Alonso Martín, a costa de Domingo Gonçalez, 1614. [Signatura

hoja de guardas delantera y dos traseras), con los cantos recortados y teñidos de rojo, encuadernado en pergamino y con restos de los cordeles de cierre. En el lomo puede leerse «CORNELIO Tacito de Sueyro. Tom. 2. [Cruz]», lo que indica que el volumen está incompleto y contiene únicamente el texto de los *Anales*<sup>121</sup>. La característica física más notable de este libro es su preparación material para la lectura mediante la inserción de una serie de hojas en blanco entre las páginas del impreso. En el curso de la lectura que ahora describiré se fueron subrayando párrafos y frases del impreso y las hojas blancas interpaginadas se utilizaron para añadir los comentarios que el lector consideraba más oportunos. Para ello el lector se ayudó de un sistema de numeración que le permitió vincular el texto impreso con la serie de anotaciones manuscritas (fig. 4). El volumen está aplastado porque muchas de las hojas intercaladas de las que debía componerse fueron arrancadas con posterioridad a la encuadernación, quizás con el objeto de reutilizar ese papel en blanco que quedaba allí desperdiciado<sup>122</sup>.

La identidad del autor de las anotaciones es desconocida, pero se sabe que este libro procedía de la biblioteca del Convento de los Capuchinos de la Paciencia de Madrid, fundado en 1639 por Felipe IV y su mujer Isabel de Borbón, desamortizado en 1836 y demolido al año siguiente. Tampoco resulta fácil fechar las anotaciones de este ejemplar, que han sido guillotizadas ligeramente por efecto de la encuadernación posterior. En mi opinión el libro debió de ingresar a la biblioteca del mencionado convento ya anotado, pues resultaría más raro que se anotara perteneciendo a dicha biblioteca: tal vez, por tanto, las anotaciones marginales fueron realizadas entre 1614 y 1639<sup>123</sup>.

---

BNM 3/65081.] Texto en dos columnas con apostillas marginales impresas. La primera edición de esta obra es Cayo Cornelio Tácito, *Las obras de Cornelio Tácito traducidas de latin en castellano por Emanuel Sveyro*. Amberes: Herederos de Pedro Bellerio, 1613.

<sup>121</sup> Apparently no se conserva el primer tomo del ejemplar que estoy comentando aquí. Resulta extraño, no obstante, que se designe a este tomo como segundo, cuando es la primera parte de texto. Posiblemente esto se deba a que el título del lomo corresponde a un momento posterior al de la lectura que aquí analizo, tal vez al de su inclusión en la biblioteca del Convento de los Capuchinos de la Paciencia. La BNM ha cambiado recientemente la signatura anterior 5/5487 (que los colocaba en la colección de obras incompletas) para darle una nueva 3/65081, que indica que no se espera ya que aparezca el otro volumen.

<sup>122</sup> Las anotaciones marginales pasan a los márgenes del impreso a partir de la p. 8 y acaban tras la p. 10. Se conservan aún cuatro folios blancos intercalados entre las páginas 10-11 y 12-13, quedando a continuación restos de los que fueron arrancados.

<sup>123</sup> El ex libris sellado en la portada dice en el círculo exterior: «EX BIBLIOTHECA CAPUCCINORUM PATIENTIAE XPI MATRIT.». Se trata de un sello circular en la circunferencia interior un crucifijo inscrito con la indicación, a ambos lados: «qui me tollit aut tenet excommunicatus & privatus matet; du[m] papa non absolvit conciove fit.». La filigrana de las hojas manuscritas insertas y de las guardas traseras es la misma (una cruz inserta en una gota o corazón con las letras «AA» debajo) y parece ser de las primeras décadas del siglo XVII.



La profundidad con la que el anónimo lector se planteó la lectura de Tácito queda demostrada por el mismo hecho de encuadernar el volumen intercalando páginas en blanco. Esta preparación de los libros previa a su lectura está relativamente documentada y se conservan varios ejemplares con una o varias hojas blancas encuadernadas entre las impresas<sup>124</sup>. El mismo Francisco de Quevedo empleó esta técnica para introducir sus comentarios y anotaciones a un ejemplar de la *Retórica* de Aristóteles en latín, que había sido previamente anotado en los márgenes por un lector desconocido<sup>125</sup>.

Los libros así preparados más que leídos, eran usados, y este uso se producía además en un contexto concreto, en un ambiente especialmente configurado para aprovechar al máximo la lectura. Más allá de las anotaciones y de los restos de cera sobre las viejas páginas impresas, que silenciosamente nos hablan del estudio a la luz de las velas, contamos con algunas descripciones del escenario en que cobraba pleno sentido la práctica de intercalar folios en blanco entre los impresos. Una de ellas nos ha sido transmitida por Ambrosio de Morales, encargado de fundamentar el proyecto de biblioteca regia de Juan Páez de Castro y comisionado por Felipe II para averiguar si Páez había completado alguna parte de la crónica de España que presuntamente estaba redactando cuando le llegó la muerte en 1570<sup>126</sup>. Gracias a Morales tenemos una «instantánea» del escritorio de Páez de Castro tal y como éste lo dejó en el momento de su muerte en la que se describe un volumen con páginas intercaladas en su contexto de uso, tanto físico como intelectual:

cerca de la mesa donde el se ponía a estudiar en la pieza de dicha librería que es muy grande, estaba una Biblia impresa muy grande de volumen, por que tiene mucho papel

---

<sup>124</sup> Plinio, *Historia Naturalis* (Alcalá de Henares, 1569) [BNM R/5381.]; dos hojas intercaladas y con anotaciones manuscritas encuadernadas entre las páginas 112-113 y 116-117 en Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant*. París: Marcum Orry, 1606. [BNF J-3599.]. Sherman, *John Dee*, p. 68. menciona que Bartholomew Dodington anotó un ejemplar interpaginado de parte de la obra *Aphthonius, Hermogenes & Dionysius Longinus. Francisci Porti opera industriaque illustrati atque expoliti*, 2 vols. Ginebra: Joannis Crispini, 1569 [Signatura Adv.d.4.4].

<sup>125</sup> Este ejemplar ha sido editado y estudiado por López Griguera, *Anotaciones de Quevedo a la "Retórica" de Aristóteles*. Hay también una edición facsímil *Anotaciones manuscritas de Francisco de Quevedo a la Retórica de Aristóteles traducida por Hemógenes Hermolao : reproducción facsimilar de la edición impresa por Theobaldus Paganus, Lyon, 1547*. Santander; Madrid: Sociedad Menéndez Pelayo; Ollero y Ramos, 1997.

<sup>126</sup> Ver Arantxa Domingo Malvadi, «Juan Páez de Castro y los libros», en María Isabel Paíz Hernández, Pedro M. Cátedra y María Luisa López Vidriero (eds.), *La memoria de los libros: estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Salamanca: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004, Vol. 2. Para los libros de Páez de Castro Guillermo Antolín P, «La librería del Dr. Juan Páez de Castro»; en *La ciudad de Dios*, vol. 114 (1918).

blanco encuadernado entre medias, y esta Biblia está muy glosada, y anotada por las margenes, y en alguna parte del papel blanco, de la mano del dicho Doctor Juan Páez à lo que parece y se reconoce. Yten se hallaron allí junto a la Biblia dos carpatacios donde el annotaba y escrebia algunas cosas tocantes à la dicha Biblia, y estos se puede creer eran los que el agora antes que muriese tratava y leía y escrebia de ordinario<sup>127</sup>

El libro así preparado y personalizado estaba dispuesto para el estudio exhaustivo que merecía el texto bíblico. Los márgenes se llenaron de glosas y anotaciones, algunas de las cuales se extendieron también por el espacio especial que se había creado gracias a los folios intercalados. El diálogo que el estudioso estableció con el texto bíblico no acababa sin embargo ahí, sino que tenía continuidad en esos cartapacios con los que Páez «trataba leía y escribía de ordinario». La vívida descripción del lugar de trabajo de un erudito como Páez de Castro es difícilmente trasladable a las mudas páginas intercaladas en este ejemplar de 1614. Por una parte, esta imagen se refiere a la lectura de la Biblia, posiblemente el texto más particular de aquellos que podían ser leídos en los siglos XVI y XVII. Por otra parte, la lectura de Páez de Castro es una lectura erudita anterior al menos en 45 o 50 de la que se entrevé en las hojas intercaladas del ejemplar de Madrid. No puede negarse, sin embargo, que el lector de aquel libro de 1614 se dispuso concienzudamente a la tarea de leer a Tácito y de sacarle el mayor partido: muy especiales parecían ser las expectativas que en esta lectura había puesto.

El intercalado de hojas en blanco creaba el espacio propicio para expandir el texto a medida del lector, para introducir aquello que el texto calla o para desarrollar personalmente las partes de las que se espera mayor provecho. Diego Saavedra Fajardo intercaló hojas en blanco en un manuscrito que pretendía enviar al Conde Duque de Olivares a 29 de mayo de 1633, esperando la lectura atenta y la colaboración en el texto por parte de éste:

---

<sup>127</sup> [*Colección de documentos referentes a la canonización de S. Diego de Alcalá, a la formación de la Real Biblioteca del Escorial, adquisición de reliquias, etc, en tiempo de Felipe II*], s. XVIII. [BNM Mss. 5734.], fols. 377v-378r. Dos testigos confirman que ese era el lugar de trabajo de Páez de Castro antes de morir: «Por todo lo qual parece que el dicho Doctor se ocupaba en estos estudios de sagrada escriptura y que atendia mas à ellos que à escrebir su Coronica, y Juan de Celada vecino de Guadalaxara casado con la sobrina del dicho Doctor, y con otros su heredera que estaba presente por todos los herederos dijo que era asi verdad que en aquella Biblia estudiaba mucho, y en ella era su ordinaria leccion y anotacion: asi se puede creer sin duda que no falta su Coronica entre sus papeles, sino que nunca escribio nada della», fol. 378r.

Aquí truje el libro que tengo hecho de la libertad de Italia que contiene las respuestas a muchas calumnias impuestas a los españoles, la conveniencia de que se conserven en Italia, los daños que la amenazan de la asistencia de los franceses en Piñarol y Casal, y la justificación de los movimientos de armas en Italia desde la muerte de Enrique IV. Yo le truje con ánimo de enviar desde aquí una copia, con pliegos blancos en medio, para que V.E. advirtiese lo que fuese conveniente, porque pienso que será obra del servicio de Su Majestad, si va tan llena de noticias que de ella las tomen los historiadores para lo que escribieren de estos tiempos. Y porque este papel podrá informar a Su A. de lo que ha sucedido en Italia y de las máximas y política con que se ha gobernado Su Majestad y los demás príncipes, se lo dejaré y le suplicaré que mande se le remita a V.E. una copia, para que, añadiendo V.E. lo que faltare a aquellas negociaciones, le pueda yo estampar en latín o en italiano y sin nombre<sup>128</sup>

Las hojas en blanco se insertan como preparación específica para la tarea de anotación, que en este caso llevaría teóricamente a buen fin el propio Olivares. Gracias a estas hojas, además de aprovechar a fondo la lectura Olivares podría añadir lo que faltara al texto original. El método de trabajo sobre el texto, su lectura anotada y completada, se correspondía perfectamente con los contenidos de la propia obra. Saavedra Fajardo consideraba que esta sería útil para los historiadores que en un futuro pudieran escribir sobre ese momento<sup>129</sup> y para informar al rey no sólo de los sucesos italianos de ese periodo sino, también, de las «máximas y política» que han guiado las acciones de la majestad católica y los demás príncipes implicados. Es decir, la lectura de la obra se vuelve a concebir nuevamente como una lectura dirigida a obtener enseñanzas de la historia en varios niveles. Aunque hay diferencias de escala notables en cuanto a los personajes implicados y los textos a partir de los cuales se obtendría preciosa información, en la carta de Saavedra Fajardo se puede apreciar, lo mismo que en las anotaciones sobre el ejemplar de 1614, el vínculo entre el trabajo de leer, comprender,

---

<sup>128</sup> Quintín Aldea Vaquero, *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo. Tomo I, 1631-1633*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1986, p. 43. Según el recopilador «esta carta es de 29 de mayo, Saavedra la fecha en abril por error» y se encuentra en Archivo General de Simancas (AGS), Estado 3339, n. 44.

<sup>129</sup> Los sucesos que relataría Saavedra se extenderían por lo tanto desde 1610, año de la muerte de Enrique IV hasta prácticamente el momento en que redacta esta carta en Milán, de camino hacia la embajada en Baviera. Los combates entre españoles y franceses por las plazas de Pinerolo y Casale, en el ducado de Mantua, tuvieron lugar entre diciembre de 1629 y julio de 1630 y concluyeron en el tratado de Cherasco en 1631. A juzgar por lo que dice Saavedra estos sucesos debían de ser los que más espacio ocuparan en su obra. Para el contexto diplomático ver Manuel Fraga Iribarne, *Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores (Dirección General de Relaciones Culturales), 1955, pp. 171-177.

anotar y completar un texto y el potencial aprovechamiento de ese trabajo para el presente de quien lo realizara. Analizaré a continuación el contenido de esas notas.

Las anotaciones que se han conservado en este ejemplar de *Las Obras de C. Cornelio Tácito*, quizá por la misma intensidad de la lectura, tal vez por alguna otra circunstancia desconocida, se extienden sólo por los trece primeros capítulos del primer libro de los *Anales*. Después de ese punto se encuentran aún otros cuatro folios en blanco y anotaciones en los márgenes del libro, que desaparecen a partir de ahí. Únicamente en el libro sexto reaparecen marcas de lectura en forma de ocasionales subrayados. En términos generales, llama la atención en este conjunto de anotaciones la desaparición de toda la variada tipología que describí anteriormente y que era característica de una lectura realizada bajo la óptica de los principios humanistas transmitidos en el curso de una educación formal. Las correcciones y enmendaciones al texto, así como las aclaraciones de términos o cifras han desaparecido, seguramente por la más evidente de las razones, ya que el texto está en castellano y la labor carecería en gran medida de sentido. Tampoco se hacen explícitas las referencias cruzadas, tal vez porque el volumen de texto anotado no es suficiente para que éstas aparezcan. Faltan igualmente las referencias a otras obras, clásicas o coetáneas y las anotaciones existentes revelan que la lectura estuvo orientada exclusivamente al «comentario político» o, si se prefiere, a la obtención de enseñanzas útiles en el «arte de reinar».

Lo segundo que llama la atención en estas anotaciones es la clara toma de partido por parte del lector respecto a los actos de los personajes que aparecen en el primer libro de los *Anales* (fundamentalmente Augusto, Livia y Tiberio). Suele formar su juicio en términos rotundos, dicotómicos, alabando una actitud o conducta como buena o rechazándola por incorrecta de acuerdo con una regla de medir bastante particular. Apenas comenzado el texto, el lector subraya la frase «L. Bruto instituyó la libertad, y el consulado» y coloca al margen la cifra «1», que indica el número de nota correspondiente. La nota, escrita en las hojas insertas entre la página 1 y 2 del impreso, dice: «1. necedad fue la de bruto en no acerse rey, pues pudo, sino degarse llevar de la vanagloria de libertador de su patria pues fue mayor la gloria de çesar que la oprimio»<sup>130</sup>. Bruto es juzgado severamente y considerado un necio ya que para este lector hubiera sido mejor convertirse en rey, y controlar estrechamente el gobierno. Para

---

<sup>130</sup> Tácito, *Las Obras* [BNM 3/65081], pp. 2, fol. 2r nota 1. Para referir a las anotaciones en los folios intercalados de este ejemplar uso la numeración de la página impresa más cercana. Así, el primer folio intercalado entre las páginas 2 y 3 será el fol. 2, recto y verso y el segundo, junto a la p. 3, el fol. 3, recto y verso. Los subrayados reproducen los del lector anónimo.

él el título de «libertador» es vano, no lleva aparejada una recompensa aparente: incluso César alcanzó más gloria a pesar de oprimir a la república romana.

En una línea similar, el lector consideró que Augusto dispuso equivocadamente a la hora de su sucesión: no debió haber hecho que Tiberio adoptase a Germánico, ya que este procuraría favorecer antes a sus propios hijos y, además «dejar sucesores discordes no es firmeza de principado, sino caída y desolamiento. valiera mas elegir uno y dejalle a el nonbrar sucesor»<sup>131</sup>. En ocasiones, este afán comentarista del lector desemboca en la admiración de comportamientos moralmente reprobables, como ocurre en dos referencias a las acciones de Livia. En la segunda de las anotaciones en torno a Livia, el lector valora positivamente la actitud de ésta en la muerte de Augusto, al poner guardias en torno a su casa y esperar a publicar en el mismo instante la muerte de aquél y que Tiberio sería su sucesor<sup>132</sup>.

La primera referencia a Livia es más compleja, puesto que en su anotación el lector interpreta su participación en el asesinato de Fabio Máximo de un modo muy peculiar. El texto de Tácito cuenta que Livia se enteró a través de Marcia, esposa de Máximo, del viaje que hicieron Augusto y el propio Fabio Máximo a Planasia, donde estaba desterrado Póstumo Agripa. Livia hace saber a Augusto su conocimiento del viaje secreto y se sospecha que Augusto hace asesinar a Máximo por la indiscreción cometida. El lector interpreta, sin embargo, que fue Livia la encargada de matar a los partícipes del secreto, especialmente a Máximo, cómplice en toda la trama. Más aún, considera que Livia se adelantó a matar a Augusto para evitar que éste trajera a Agripa Póstumo de su destierro en Planasia (y para evitar a su vez que Agripa la destruyese a ella)<sup>133</sup>. Con esta anotación, el lector traspasó los límites del texto para adentrarse en el terreno de su propia interpretación, en la que Livia tiene un papel mucho más activo y la trama se convierte en mucho más compleja, oculta y maliciosa que en el texto original. Podría afirmarse que leyó a Tácito esperando encontrar este tipo de tramas, secretos y argucias hasta tal punto de leerlas allí donde el texto sólo las sugiere.

---

<sup>131</sup> La anotación completa, en el fol. 3r nota 9, dice: «mas parece que procuro la muerte de jermanico que su propia seguridad porque claro esta que teniendo yjos tiberio se le habia de procurar quitar de delante para que le suçediessen ellos y dejar sucesores discordes no es firmeza de prinçipado, sino cayda y desolamiento. valiera mas elegir uno y dejalle a el nonbrar sucesor».

<sup>132</sup> La anotación está en el fol. 4r nota 6: «prevençion muy açertada en el estado en que estava entonçes la rrepublica entre la libertad y servidumbre y con otro pretensor al ynperio».

<sup>133</sup> Nota del fol. 4r nota 5: «si livia temia como lo debia açer que agripa postumo avia de destruylla a ella y a su casa yço bien en adelantarse a matar a augusto, para que no le pudiese traer y a todos los partiçipes del secreto quanto mas a magsimo que avia sido complice».

La cita que encabeza este capítulo indica que este lector consideraba el homicidio de Agripa Póstumo no sólo la primera hazaña, sino la «mas ynportante» del nuevo principado. Llega aún más lejos, pasando de alabar un asesinato a sugerir, además, que en esa muerte debió emplearse el veneno en lugar de un centurión, a fin de que el asesinato sólo se sospechase pero no se supiera a ciencia cierta<sup>134</sup>. Pese a las apariencias, cabe sin embargo preguntarse hasta qué punto es esto una deriva incontrolable del lector, pues el propio texto de Tácito contiene varios ejemplos de asesinato por envenenamiento. El más cercano, y que seguramente ayudó a modelar la concepción del lector, es el asesinato de Druso por parte de Sejano, en el cuarto libro de los *Anales*: «Sejano, juzgando que le convenia apresurarse, escogio un veneno, que penetrando poco à poco, en el effetto pareciesse enfermedad natural, y fue dado à Druso por Lygdo Eunucho, como se supo de alli à ocho años»<sup>135</sup>. La anotación de nuestro lector parece demostrar que, contra lo que pudiera parecer a primera vista, la suya es una lectura atenta y no simplemente llevada del juicio personal. Con este comentario acerca del veneno, el lector demuestra estar explotando las posibilidades que le ofrecía su técnica de lectura: hace uso implícito de la referencia cruzada, una técnica que permite poner en relación ambos lugares del texto para a partir de ahí generar nuevas relaciones de sentido no previstas por el texto<sup>136</sup>.

El tercer rasgo característico de estas anotaciones manuscritas es la presencia y actualización del lector en la narración clásica. Las anotaciones aparecen así como un testimonio del viaje al pasado a través de la lectura. Esto se acentúa mediante la conexión terminológica que el lector establece entre el pasado del texto y su propio presente como cuando denomina «ministros» a los senadores<sup>137</sup>. Como resultado, el lenguaje de las anotaciones es puramente contemporáneo (tal vez ayudado en alguna

---

<sup>134</sup> El primer juicio aparece al margen del impreso en la p. 5, la nota extensa en el fol. 5r nota 1: «neçesaria cosa fue matar a agripa postumo, por asigurar la suçesion y evitar las gerras civiles pero el modo fue ynconsiderado pudiendo matalle con veneno [tachón] que aunque se sospechara su muerte no se supiera de çierto».

<sup>135</sup> An. IV, 8, Tácito, *Las Obras. Traduzidas por Emanuel Sueyro* (Madrid, 1614), p. 137. El argumento completo de este pasaje está perfectamente señalado con dos apostillas marginales impresas que dicen respectivamente: «Quexase Druso de la privança de Seiano» e «Y assi le mataron con veneno». En los envenenamientos con pociones de la vieja motejada «la langosta», cuyos servicios emplearon Mesalina y Nerón, se aprecia la misma consideración entre venenos rápidos y lentos.

<sup>136</sup> Otra anotación valora positivamente la manera en que Tiberio trató la cuestión de la muerte de Agripa en el senado: «anduvo avisadisismo tiberio en achacalle la muerte a agosto», fol. 5r, nota 2. Frente a ello, el lector considera que las honras dedicadas a Augusto, cuya tumba hubo de ser guardada por soldados, fueron una «çerimonia ynpertinente y que dio materia a murmuraciones sin ser de ningun fruto», fol. 7r nota 3.

<sup>137</sup> Fol. 5r nota 3.

medida por la propia traducción)<sup>138</sup>. La lectura se sitúa en un universo lingüístico cortesano: adulación, engaño, corrupción, «disimulación y sagacidad del príncipe»; «artificio», «maliçia», «arte de palacio», «lisonja», «ambiçion con cara de modestia». Este es el repertorio de términos y expresiones con el que el lector enjuicia, a la luz de su propio presente, los hechos de la Roma del primer siglo de nuestra era<sup>139</sup>.

En ocasiones, la proximidad hace parecer que el lector está presente en los mismos acontecimientos que anota. Así cuando el texto dice «Preguntote, *ô Cesar, que parte de la Republica quieres que se te encargue?*» el lector añade al margen «mala pregunta», y luego subraya la respuesta de Tiberio quien «le replicò, que en ninguna manera convenia a su honra escoger parte» y añade al margen «aguda salida». La impresión que dan estas anotaciones es que el propio lector está asistiendo al diálogo y nos va transmitiendo sus opiniones, nacidas en el mismo momento en que éste se produce<sup>140</sup>.

Esta clase de anotaciones suele incluir una referencia a lo que «dice el texto» o a lo que «dice Cornelio» seguida de una calificación o matización sobre lo que en el texto se narra. Por ejemplo, junto a la frase «no hubo mudança en los nombres de los Magistrados», nuestro lector ha añadido una nota que señala «dice bien que no ubo mudança en los nombres de los magistrados pero ubola en el ejerçio porque rrealmente ellos no tenian ya mas del nonbre y augusto el administracion de todos y les abia dejado el nonbre por no parecer que estingia totalmente la rrepublica con los qual los tenia contentos y engañados»<sup>141</sup>. En este diálogo cara a cara con el texto el lector también añade otras posibles explicaciones, distintas de las contempladas por Tácito. Tácito exponía en su texto que Tiberio no dudaba en dirigirse a las legiones como emperador, y que «solo se suspendia cuando estaba el Senando, y la principal causa desto era, el temor que tenia, de que Germanico, hallandose con tantas legiones, y tan grandes ayudas de confederados y [...]»; sin embargo, el lector hizo más amplia su lectura y pensó que la causa de este comportamiento de Tiberio pudo ser doble: «Por engañar los padres o como diçe cornelio por asigurar a Germanico»<sup>142</sup>.

---

<sup>138</sup> Sobre esta cuestión ver el capítulo 4.

<sup>139</sup> Los cinco últimos aparecen en el margen de la p. 9 impresa. Los tres primeros en los fol. 2r-2v y a la sagacidad y disimulación del príncipe se alude en el fol. 5r.

<sup>140</sup> Las anotaciones están al margen de la p. 10 y hay dos más, una que considera que Pisón «mal remiendo echo» con su contrarréplica y que en todo este diálogo «fue mayor la ofensa que los servicios».

<sup>141</sup> Fol. 3v nota 11.

<sup>142</sup> P. 6 y fol. 6r nota 2, respectivamente.

En otros casos el diálogo lleva a poner en tela de juicio el modo en que Tácito explica las causas de diversos eventos y las motivaciones de los personajes implicados. Hay más de un punto en el que el lector expresa de manera explícita su divergencia de opinión respecto al relato de Tácito, como por ejemplo, en lo que respecta a los motivos que permitieron a Augusto alzarse con el poder: «en realidad de verdad, Augusto fue el primero [que] usó el oficio de príncipe con [tachado: mas] libertad, no por ser cansada la República de las guerras civiles como dice el texto sino por haber extinguido todos los nombres de valor que le podían contradecir», anota el lector<sup>143</sup>. Aunque el texto de Tácito no ignora por completo esta circunstancia, el lector se enfrenta al texto y la convierte en un hecho fundamental (en esta y otras dos ocasiones más)<sup>144</sup>.

La selección de los contenidos que se extraen del texto califica como política esta lectura: las acciones de ciertos personajes principales ocupan un primer plano, mientras otras cuestiones históricas o eruditas tienden a ser pasadas por alto y no generan ninguna anotación. Además, si bien el texto de Tácito plantea una concepción más general del espacio político de la acción, las anotaciones tienden a personalizar ese espacio y a centrarse en la lucha entre unos pocos personajes por el ascenso a las esferas del poder. Esta es también una lectura política en la medida en que el lector valora constantemente las acciones más destacadas del texto. Entre el texto y el lector se produce un diálogo explícito que aplanan muy notablemente la distancia temporal entre el pasado y su presente y el lenguaje empleado para esta valoración indica con claridad que el sentido del texto está colocándose en un universo específicamente político.

Una última serie de anotaciones trasluce la intención del lector de extraer ciertas enseñanzas de carácter general a partir de la narración concreta que presenta el texto. Estas son, por tanto, las notas que hacen política a esta lectura en tanto en cuanto está dirigida a la obtención de una serie de guías de actuación o de principios a seguir en el dominio de la cosa pública. El principal rasgo que distingue a estas anotaciones es que se separan en extremo del texto que las provoca y usan como tiempo verbal un presente que las convierte prácticamente en intemporales. En ocasiones, además, se introduce alguna precisión que abunda en este carácter generalizador, como cuando se dice que «este es un inconveniente ordinario de los principados electivos y aunque los príncipes no sean del todo con eso siempre puede tanto el adulador del que posee que a ce vituperar y

---

<sup>143</sup> Fol. 2r nota 3

<sup>144</sup> El lector alude a la falta de hombres poderosos o de valor que se pudieran oponer al ascenso de Augusto en los fols. 2v nota 6 y 3v nota 12.



aborreçer el predeçesor [ilegible] de conoçidissima virtud»<sup>145</sup>. El texto de Tácito hablaba de una situación concreta, del modo en que se contaron las historias de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, falsamente en vida y llenas de odio tras su muerte. El lector, sin embargo, convierte esto en un «inconveniente ordinario de los principados electivos», elevando a regla genérica un pasaje concreto del texto de los *Anales*. El procedimiento, como tendré ocasión de mostrar, no es exclusivo de este lector, siendo Baltasar Álamos de Barrientos un experto maestro en su utilización.

El lector repite este modo de anotar en varios otros puntos del texto. Por ejemplo, cuando el texto dice «Augusto para assegurar su estado, dio a Claudio Marcelo hijo de su hermana, muy moço el Pontificado, y la Edilidad Curul» nuestro lector destila la siguiente enseñanza: «Consiste en gran parte de la seguridad del prinçipe en los yjos y si no los ay en los amigos y en las personas ynteresadas en su gobierno y prinçipado»<sup>146</sup>; y cuando se señala que «no se tenia ningun temor, mientras Augusto con la fuerça y vigor de la edad se sustentò a si, y a su casa, y a la paz», el lector generaliza: «la vejez es dañosisima al prinçipe por ser pirnçipio [sic] del menospreçio cosa dañosisima al ynperio particularmente quando no ay yjos que conserven la rreputaçion sino suçesor que la procure estingir»<sup>147</sup>. Cuando Tácito hace referencia a los juicios sobre el sucesor de Augusto en el imperio el lector anota «enfermedad ordinaria es del pueblo açer juyçio del suçesor en el prinçipado, sin contentarles ninguno»<sup>148</sup>. Algunas frases más adelante Tácito hace un breve retrato de las cualidades de Tiberio, y la anotación señala: «dañosa la soberbia en el prinçipe y la crueldad quando es por naturaleza y no por neçesidad. Disimular es yndiçio de mala yntençion y el estar acostumbrado a mandar no era malo para prinçipe porque lo sabia açer»<sup>149</sup>. La contrapartida de este modo de anotación es una clara pérdida de la visión de conjunto del relato. De hecho, esta es una de las características fundamentales de la lectura política de Tácito: su troceado en pequeñas porciones, en lecciones listas para ser

---

<sup>145</sup> Fol. 2r nota 4.

<sup>146</sup> Pp. 2-3 y fol. 3r nota 7, respectivamente.

<sup>147</sup> Pp. 3-4 y fol. 3v nota 14, respectivamente.

<sup>148</sup> El texto, en la p. 4 dice «y muchos a hablar con varios juyzios en los futuros señores», la anotación en fol. 4r nota 2.

<sup>149</sup> El texto de Cornelio Tácito decía, en la traducción de Manuel Sueyro que subrayó este lector: «pero sugeto a aquella antigua, y envejezida soberbia de los Claudios, de quien se vian [sic] tambien muchos indicios de crueldad, aunque los encubria, demás de averse criado en una casa acostumbrada a mandar, y recibido en su juventud tantos Consulados, y aquellos triunfos, y que aun en aquellos años, en que, so color de retirarse, estuvo desterrado en Rodas, no ocupò en mas el pensamiento que en disimulacion, y odios, y ocultos deleytes». La anotación en fol. 4r.

procesadas<sup>150</sup>. Mucho más raras son las voces como la de Johannes Kepler, quien insistía en tratar el texto como un todo orgánico, tanto en su contenido como en su expresión y pedía a sus lectores que no buscaran en él lecciones simples, listas para ser servidas<sup>151</sup>.

En algún momento, las notas así redactadas descubren el parecer del lector acerca del estilo de gobierno y de los poderes del gobernante hasta el punto de constituir una versión reducida y muy esclarecedora de sus opiniones políticas. Este es específicamente el caso de la nota que acompaña al siguiente texto: «y que Tiberio no menguasse la autoridad del Imperio, dando cuenta de todo en el senado, porque tenia esta prerrogativa, y condicion el reynar, que no se pida mas razon en aviendose dado a uno». En ella se dice: «el príncipe no a de dar quenta de lo que açe a nadie, digo cuando son cosas mal echas de que se aya de sentir mal, porque el ynperio es absoluto, y bien echo o mal echo no se a de dar rraçon a nadie porque dice bien cornelio que es menguar la autoridad del ynperio»<sup>152</sup>. No menos significativa es otra anotación a partir del texto «y todos, excepto Lepido, fueron luego destruydos por varias culpas, que inventò contra ellos Tiberio». Al margen ha añadido el lector simplemente «y el ynteres del estado»<sup>153</sup>.

La última y tal vez la más significativa de las características de esta lectura que se desprenden de las anotaciones es la presencia de un campo semántico concreto para agrupar las enseñanzas que va transmitiendo el texto. En la página 9, por ejemplo, el texto dice «en que, so color de escusarle, le acusava» y al margen se ha añadido a mano: «arte de palaçio». El término «aviso» aparece relacionado con el texto «y tambien para echar con esto fama, de que habia sido llamado, y electo de la Republica» en una anotación que dice: «bien ynportante aviso era este de dar a entender que el ynperio tenia neçesidad del y no el del ynperio»<sup>154</sup>. Poco después el lector subrayó el siguiente texto: «y no introduzido por los artificios de una muger, y la adopcion de un viejo. Despues se conocio, que tambien avia querido con esta suspension descubrir las voluntades de los grandes». La anotación correspondiente dice: «tambien fue eçelente

---

<sup>150</sup> Grafton, *Commerce with the classics*, p. 206. Considera que esta es la manera en que operan los «intérpretes normales» de Tácito y singulariza su argumento en las *Políticas* de Justo Lipsio (1589) y en la obra de Arnold Clapmarius, *De arcanis rerumpublicarum* (1605).

<sup>151</sup> Este rasgo característico de su lectura de Tácito en *Ibid*, p. 207.

<sup>152</sup> P. 5 y fol. 5r nota 4, respectivamente.

<sup>153</sup> P. 10, la nota está en el margen del impreso.

<sup>154</sup> P. 6 y fol. 6r nota 4.

artificio procurar descubrir las voluntades de los padres con esta traça para saber de quien avia de guardar y confiar»<sup>155</sup>.

Las referencias al arte de palacio, al aviso, al artificio, que aparecen diseminadas por las anotaciones conducen hacia un dominio en el que se hace efectiva la actividad humana sobre los asuntos propios del gobierno político. Opuesto a lo natural y distinto de lo azaroso o lo regido por la providencia divina, el arte y el artificio indican que se trata de un campo de actividad generado por el hombre y del que los personajes que aparecen en el texto de Tácito parecen ser grandes maestros. El lector subrayó así significativamente un punto del texto en que se decía «Nero a quien se inclinò totalmente la fortuna» y añadió a mano en el margen «y el arte»<sup>156</sup>. En definitiva, estas anotaciones constituyen un testimonio fundamental del modo en que se construye el comentario político a partir del texto de Tácito. La política se genera en estrecho paralelo con la actividad lectora y leer se convierte en una actividad política.

La historia de la lectura ha puesto de manifiesto la alteridad de esta práctica, su carácter históricamente determinado. Este tipo de planteamiento ha acarreado, tanto en el plano teórico como mediante trabajos históricos, una redefinición del papel que los lectores ocupan en el proceso de creación del significado de un texto. Aprovechando esta reformulación, he dado inicio a mi investigación con el análisis de lo que a primera vista parecería una obviedad: la lectura de Tácito. Volver a preguntar por la recepción de los textos de Tácito, considerada desde su inicio en la lectura, implica la recuperación material de una serie de prácticas más que una renovación de la interpretación del texto de Tácito o de sus comentaristas. La recepción de Tácito en territorio hispánico, que constituye en sí misma un capítulo de la historia de la lectura, me ha llevado a desenterrar dos importantes juegos de anotaciones inéditas y dar a conocer dos ediciones latinas de Tácito que no habían sido descubiertas hasta ahora. La lectura universitaria de Tácito, analizada a través de las anotaciones marginales, las indicaciones teóricas sobre la lectura y la comparación con otros casos conocidos es el punto de partida para caracterizar la recepción de Tácito. No sólo descubre los fundamentos de una lectura humanista que constituían un pilar esencial de la educación formal: los contactos entre diversas personalidades de la universidad salmantina permiten vislumbrar una vertiente colectiva de esta recepción, lo que unido al carácter público de esta lectura la convierte en lo más parecido a una lectura estándar, una

---

<sup>155</sup> P. 6 y fol. 6r nota 5.

<sup>156</sup> P. 3, anotación en el margen.

especie de base para comprender las diversas técnicas y procedimientos que se aplicaron en la construcción del sentido de los textos de Tácito en el siglo XVII.

Para analizar de un modo más general el modo en que las técnicas intelectuales empleadas en la actividad del leer codifican la recepción del Latino, he expuesto también las características de una segunda lectura anotada. Tomados en conjunto ambos casos ponen de manifiesto que no existe una única lectura del clásico: un hecho no demasiado sorprendente pero habitualmente poco valorado. Frente a una lectura de aprendizaje, en búsqueda de determinados pasajes notables y sentencias, pero también de usos retóricos y dialécticos, de erudición histórica, de corrección lingüística del texto, etc, la lectura sobre el ejemplar de 1614 trata el texto de los *Anales* como un universo cerrado. El texto no se relaciona ya con otros ámbitos de interés, con otras circunstancias históricas u otros textos: es un repertorio político, sometido a una lectura que lo trocea y pasa por alto todo aquello que no se adecue a la clave política en la que se está interpretando. Gracias a las diferencias entre ambas lecturas puede comprenderse además el modo en que los textos de Tácito se integran en un contexto inicialmente no previsible. El segundo conjunto de anotaciones marginales caracteriza de un modo particularmente claro el comentario y la interpretación política de Tácito como una actividad surgida y dependiente de un proceso de lectura. Esta parcela de la «política» pierde su carácter abstracto, intangible, para aparecer como una actividad que se materializa en el curso de una lectura peculiar que hipertrofia ciertas partes del conjunto amplio de técnicas que contemplaba una educación de carácter humanístico. En cualquier caso, el proceso de lectura es más complejo y continúa más allá de la anotación marginal, del mismo modo que la recepción de los textos de Tácito continúa más allá de su lectura. En el capítulo siguiente se contemplan los modos de organización de los extractos obtenidos en la lectura y su empleo para la composición de obras nuevas. Se profundiza por lo tanto en la recepción de los textos de Tácito buscando comprender las distintas maneras en que fueron usados e incorporados a la producción intelectual de la edad moderna.

## 2. En cuaderno aparte

### 2.1 Cuadernos, cartapacios, apuntes de lectura

Los testimonios del capítulo anterior corresponden fundamentalmente con un primer momento de la lectura, pero además de las anotaciones en los márgenes hay otra serie de indicaciones que nos hablan del procesamiento (ordenación, clasificación, etc.) de las lecturas y del almacenamiento de esos extractos para un futuro uso. Se encuentran en materiales como los que describe el poeta Francisco de Rioja cuando defiende la erudición de Fernando de Herrera (y su conocimiento del griego y latín) diciendo que «leyó, con gran diligencia i osservación, los escritores antiguos i modernos, notando las palabras i modos de dezir que tenían o novedad o grandeza, i poniéndolos aparte en cuadernos para que le sirviessen cuando escrevía»<sup>1</sup>. Se trata de cuadernos en los que se iban acumulando las diversas lecturas realizadas como aquellos cartapacios en los que Juan Paéz de Castro «tratava», «annotaba y escrebia» al tiempo que leía<sup>2</sup>. Cuadernos que tienen un carácter propio y pueden contener anotaciones de lectura de diverso tipo, glosarios, listas de libros leídos, poseídos o prestados, un comentario peculiar o un apunte de tono biográfico<sup>3</sup>, etc. y están escritos en una o varias lenguas. Se componen de hojas de distintos tamaños, varias letras, diversas plumas agrupadas de modo aparentemente incomprensible y sus propietarios pudieron ser eruditos de gran talla o personajes desconocidos.

Habitualmente contienen testimonios de lecturas varias y de diferente carácter, recogidas a lo largo de un periodo prolongado de tiempo y la información que contienen puede llegar a ser bastante diferente a la de las anotaciones marginales, a pesar de que, como en el caso de Herrera o de Páez de Castro, se originasen en el mismo momento que notas manuscritas sobre los libros. En ocasiones resulta difícil establecer una vinculación estrecha con el texto al que refiere la anotación (que no aporta ningún

---

<sup>1</sup> Citado en Cristóbal Cuevas (ed.), *Fernando de Herrera. Poesía castellana original completa*. Madrid: Cátedra, 1985, p. 480-481. Agradezco a Guy Lazure esta referencia y las sugerencias que me transmitió acerca de la comunidad de intelectuales sevillanos del siglo XVII que analiza en un libro de próxima aparición.

<sup>2</sup> [Colección de documentos referentes a la canonización de S. Diego de Alcalá, a la formación de la Real Biblioteca del Escorial, adquisición de reliquias, etc. en tiempo de Felipe II]. BNM Mss. 5734 fol. 378r. Ver 1. 2. 2.

<sup>3</sup> Juan Vázquez de Mármol, *Orden por la cual tengo de poner mis libros. Anotaciones*, S. XVII. [BNM Mss. 9226.] en el fol. 105v se lamenta: «Esto avia notado quando me dieron el officio de corrector: con el qual no puedo leer nada a lo menos con provecho». Un ejemplo claro de la mezcla de anotaciones biográficas y de lectura lo ofrecen los cuadernos de William Drake estudiados en Sharpe, *Reading revolutions*.

indicio sobre el proceso de lectura): en otros estos cuadernos contienen información que no puede extraerse ni preverse a partir de la anotación dejada sobre el margen<sup>4</sup>. La principal característica de estos cuadernos, y su diferencia fundamental con las anotaciones marginales es, no obstante, que emplean algún sistema de clasificación del material procedente de las diversas lecturas allí reunidas<sup>5</sup>. Precisamente este rasgo los convierte en un testimonio de primera mano para comprender la inserción de lo leído en el esqueleto del conocimiento de aquella época.

Estos soportes en los que se agrupan series de anotaciones tomadas en el curso de sucesivas lecturas reciben diferentes nombres, lo que muestra una cierta ambigüedad respecto a sus características físicas y a su contenido. El término que refiere más concretamente al objeto material es el de «cartapacio», que engloba desde un conjunto de hojas cosidas en forma de cuaderno hasta una serie de hojas sueltas que se guardan en una carpeta o funda (si bien la mayor parte de los conservados son aquellos que fueron encuadernados en algún momento). Es posible que los cuadernos o carpetas que se describen al final de los inventarios de libros, tras los volúmenes caros, los folios, los cuartos y otros impresos, fuesen en ocasiones este tipo de testimonios de lectura. Para su confección podía utilizarse, por ejemplo, el papel obtenido a partir de las hojas blancas con las que se protegían las cartas y después ir uniendo estas hojas hasta formar un cuadernillo cosido que se protegería con unas tapas en pergamino. La confección de unas pequeñas etiquetas para marcar (a modo de un listín telefónico) el comienzo de las distintas letras del alfabeto, facilitaría las búsquedas posteriores de los extractos de textos recogidos en ese cuaderno (fig. 5)<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Este es el caso de los cuadernos de anotaciones de Budé: Grafton, *Commerce with the classics*, capítulo 4 «How Guillaume Budé read his Homer».

<sup>5</sup> Fernando Bouza Álvarez, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*. Salamanca: Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 1999, p. 85, se fija más en las características comunes de esta forma de leer en tanto que tienen por objeto ser la base a partir de la cual podían componerse obras propias: «Una segunda forma docta de leer muy cercana a estas anotaciones [en cartapacios] era la de elaborar pequeñas sumas o sùmulas del contenido de los libros que se iban leyendo y, aún, una tercera la de hacer escolios de propia mano junto al texto escrito, lo que en la época se conocía como marginar o margenar las lecturas. Todas estas anotaciones podrían llegar a convertirse en el fundamento de una nueva obra, ante todo si tenemos en cuenta que la creación intelectual se entendía mayoritariamente como una larga glosa o comentario de las autoridades previamente establecidas, incluso en el caso de la poesía, donde resultaba imprescindible la evocación de tópicos clásicos por delante de la formación de nuevos argumentos».

<sup>6</sup> El papel de las cartas ha sido usado en Manuel Sarmiento de Mendoza, *Papeles varios*, S. XVI-XVII. [BNM Mss. 9307.] fol. 162r . Las etiquetas de pergamino se utilizan en Sarmiento de Mendoza, *[Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura]* y en *Sentencias y citas, antiguas y modernas, ordenadas alfabéticamente por asuntos, y con indicación de fuentes*, s. XVIII. [BNM Mss. 9380.] ; en *Apuntamientos predicables*, s. XVII. [BNM Mss. 5720.] se recortan las páginas para hacer este efecto de listín.

Una segunda manera de designar este tipo de soportes materiales es la de «libro de memorias». Antonio Castillo ha llamado la atención sobre la pluralidad semántica que se encierra bajo esta denominación, que «admite pensar tanto en un ejemplar concebido para una escritura fugaz como en otro destinado a una fijación más estable»<sup>7</sup>. En todo caso, el campo semántico es aquí el de la fijación, el de la conservación de lo leído sobre un soporte que sirve de apoyo y ayuda a la memoria, constituyéndose así en una materialización física de esa facultad intelectual<sup>8</sup>. La expresión «lugares comunes» denota, en tercer lugar, un sistema de organización, una agrupación por materias tan diversas como «amor», «amistad», «odio», «perros», «privados»... que habitualmente (al menos desde finales del siglo XVI y en el XVII) se indexan por el orden del alfabeto. Esta clasificación persigue la recuperación efectiva de lo leído, pero si tenemos en cuenta que el destino final de las anotaciones clasificadas era la composición de un nuevo texto, el concepto remite también a la teoría retórica y dialéctica acerca de las bases de la invención y la argumentación. En cualquier caso hay que ser prudente antes de afirmar que en castellano el término refiera metonímicamente a un objeto físico equivalente al *commonplace book* que encontramos en Inglaterra y otras regiones del norte de Europa. En todo caso, esa metonimia es mucho menos común en la península, y tal vez sea también menor la presencia de este material<sup>9</sup>.

El orden impuesto a la lectura es particularmente interesante, puesto que como consecuencia del esfuerzo por organizar los extractos obtenidos, el lector hace más visible el modo en que usó ese material, o lo preservó a su disposición para una futura recuperación. La confección de un cuaderno suponía un esfuerzo de cierta consideración, no sólo desde el punto de vista intelectual sino también en lo tocante a la preparación del material sobre el que se copiarán y ordenarán las anotaciones de lectura. Juan Vázquez de Mármol dejó constancia de este esfuerzo en una breve reflexión incluida en el mismo cuaderno en que almacenaba sus anotaciones de lectura:

---

<sup>7</sup> Antonio Castillo Gómez, *Entre la pluma y la pared: una historia social de la escritura en los Siglos de Oro*. Madrid: Akal, 2006, p. 67.

<sup>8</sup> Juan Velasco Villanueva, *Cartapacio y memoria de cosas importantes a la disciplina militar traducido de diferentes lenguas por D. Juan de Velasco Villanueva*, 1617. [BNM Mss. 4388.] aún el término «cartapacio», que describiría el soporte físico con el de «memoria» que alude a su funcionalidad, pero lo que reúne bajo este título son apuntes bastante extensos de unas pocas obras traducidas por el autor de la compilación, hecho que subraya más si cabe la ambigüedad de los términos.

<sup>9</sup> Ann Moss, *Printed commonplace-books and the structuring of Renaissance thought*. Oxford: Clarendon Press, 1996, p. vii. aclara que su obra no analizará los «varios miles de compilaciones manuscritas de lugares comunes localizadas en bibliotecas de toda Europa» sino los fundamentos técnicos e intelectuales con que fueron contruidos. Probablemente en las bibliotecas españolas no sea posible hablar de un «enorme número» de estos cuadernos, pero también es posible que, catalogados de diversas maneras, haya más de los que se cree.

Porque la orden que tengo comenzada de trasladar esto por lugares comunes es de trabajo y hara gran volumen de papel, blanco lo mas, bolvi a proseguir como avia comenzado: y para el provecho de los lugares comunes se pone este yndice alfabetico donde se hallara facilmente y por orden lo que aqui va confuso, remitiendo en cada palabra a todos los lugares do se trata, por sus nums. que corresponden a los que en la margen se hallaran los quales en lo viejo antes del año 1578. van de colorado porque se echen de ver [signo] terna cada letra una hoja en el indice<sup>10</sup>

«Lugares comunes» alude a un sistema de ordenación que va más allá de la mera acumulación de extractos de lectura y de su simple indización alfabética. Este orden por materias presupone una labor continuada y acumulativa, y resulta difícil de imponer a un material que no ha sido recogido de acuerdo a los principios de ese orden, tal y como puede verse a través de la experiencia de Vázquez de Mármol. Vázquez veía dos inconvenientes en el desperdicio de papel en blanco y en el tiempo que necesitaría para copiar de nuevo materiales ya extractados en otros lugares, pero no renunció por completo a sacar el provecho de los lugares comunes e impuso un cierto sistema de ordenación a los materiales que ya tenía recogidos mediante el añadido de un índice.

Hacer uso de los lugares comunes suponía clasificar bajo una misma rúbrica todos aquellos pasajes que, a lo largo de las diversas lecturas, tratasen de un mismo tema o remitiesen a una misma cuestión. Una vez que estos materiales estaban agrupados bajo un mismo epígrafe lo correspondiente en buena lógica era ordenarlos (habitualmente, pero no siempre, por el alfabeto). Después de ello era posible seguir acumulando nuevos pasajes que versaran sobre un tema ya incorporado al cuaderno o incluir nuevos temas tratando de mantener el orden previo. Esta labor, además de exigir una cierta pericia (en especial para poder calcular el espacio que se destinaba a cada letra y, dentro de ellas, a cada rúbrica), exigía constancia por parte del lector y la puesta en limpio ocasional de sus anotaciones. No resulta por tanto extraño que estos cuadernos presenten marcas del trabajo sucesivo o constante sobre ellos<sup>11</sup>. Aunque

---

<sup>10</sup> Vázquez de Mármol, *Orden por la cual tengo de poner mis libros. Anotaciones*. fol. 1v.

<sup>11</sup> *Abecedario de dichos y sentencias de varios autores*, c. 1626. [BNM Mss. 23070.] [Incluye estudio contemporáneo del manuscrito.] Aparecen sobre la primera copia de las citas posteriores tachones, subrayados, llamadas de atención, síes y noes, etc... En el fol. 171r. se añaden 4 entradas al final del apartado dedicado a la letra C, indicación del trabajo continuado sobre estos papeles. En ocasiones, se acumulan varios cuadernos de lugares comunes diferentes, realizados en distintas épocas o con distintos fines y que sería difícil agrupar sin tener que copiar nuevamente todos sus contenidos. Este es el caso de



Vázquez de Mármol se hubiera decidido finalmente a copiar de nuevo todos los fragmentos que recopilaba en sus lecturas, la labor de anotación habría de proseguir sin un término definido, lo que seguramente hubiera supuesto nuevos problemas de organización del espacio.

El aspecto final ideal de estos cuadernos sería una compilación clasificada por temas («alma», «amor», «amistad»...) e indizada (alfabética o temáticamente), gracias a la cual el lector dispondría de todo aquello que había ido extrayendo a través de su paso por los libros. También se podían añadir una serie de referencias cruzadas entre las diversas rúbricas, por ejemplo entre «rey», «príncipe» y «potestad». Todo el material reposaría copiado en un volumen con suficiente espacio en blanco para seguir añadiendo nuevos materiales y rúbricas sin alterar el orden de lo recogido anteriormente. En realidad, los cuadernos que se han conservado suelen presentar un aspecto bastante más desordenado y ecléctico, pero son una fuente fundamental para observar los intereses y preocupaciones de un determinado lector y para obtener una idea general del modo en que leía.

En uno de tales cuadernos un lector anónimo apuntó, como resto de su lectura de Séneca, que «la recomendación mayor para los buenos es serlo» y añadió junto al pasaje el rótulo «bueno»<sup>12</sup>. Junto a otros materiales, el mismo lector añadió al epígrafe «hijos» dos fragmentos obtenidos respectivamente a partir de la lectura de Quintiliano y de Aristóteles; el primero de los cuales señalaba «dice Quintiliano que el que de los hijos primero muere debe ser mas amado» y el segundo «dice Aristoteles que no es del todo dichoso quien no tiene hijos»<sup>13</sup>. A lo largo de su actividad lectora fue acumulando poco a poco «citas» procedentes de autores clásicos, como Salustio, Séneca o Tácito junto con otras de obras contemporáneas sacadas de su lectura de historias locales, obras políticas y tratados cristianos. Además de estas «citas» este cuaderno contiene un buen número de testimonios provenientes de la lectura de obras de carácter literario. Apuntes de textos tales como *La Galatea*, *El Quijote* o los *Trabajos de Persiles y Segismunda* de Miguel de Cervantes; la segunda, quinta, sexta y octava partes de las comedias de Lope

---

Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*] y en general de la serie de cuadernos de anotaciones de lectura de este personaje [BNM Mss. 6009-6012].

<sup>12</sup> *Abecedario de dichos y sentencias*. fol. 126v.

<sup>13</sup> *Ibid.* fol. 249v. En este manuscrito los epígrafes están ordenados alfabéticamente, pero distribuidos de modo tremendamente irregular dentro de la misma letra. Las dos entradas mencionadas para «hijos» se encuentran así entre otras de la letra «i» como «hierbas», «invidia» o «historia», esta última con la conocida cita de Cicerón, *De oratore*, II, 36: «la historia dice Ciceron no es otra cosa sino un testigo del tiempo, una luz de la verdad, una vida de la memoria, una maestra de la vida y una porta cartas de la verdad [por *nuntia vetustatis*]».

de Vega; los *Sueños* de Francisco de Quevedo o el *Poema trágico del español Gerardo y desengaño del amor lascivo —el Gerardo—* de Gonzalo de Céspedes y Meneses, que testifican los intereses literarios del anónimo compilador<sup>14</sup>.

Otro de estos cuadernos fue puesto en limpio por un lector que afirmaba su autoría sobre la compilación con una nota inicial: «Este libro se escriuio el año de 93 [1593] en que se contienen algunas cosas gustosas, y son flores coxidas de libros de autores graues que se podra llamar ramillete de flores sujetando si algun heror [sic] hubiere en la escritura a la corepzion [sic] de la sancta madre yglesia de rroma»<sup>15</sup>. Su volumen incluye materiales muy variados, organizados de manera bastante particular: las seis primeras entradas, por ejemplo, se han dedicado a las seis edades del mundo y provienen del *Flos Sanctorum* de Alonso de Villegas<sup>16</sup> y después siguen dos entradas de corte astrológico: «de los doçe signos y el mes en que rreinan» y «como predominan los signos en el cuerpo humano». Hay un buen número de entradas elaboradas a partir de una obra particular, por ejemplo las «anotaciones de los libros de frai antonio de Guevara», así como un apartado de «anotaciones italianas» que agrupa extractos de textos italianos organizados por autores. El apartado dedicado a «Razon de estado» recoge sin embargo materiales provenientes de distintas lecturas, ordenados y almacenados bajo una misma rúbrica. En términos generales el conjunto destaca por la amplitud temática, con anotaciones a obras literarias tales como la *Celestina*; tablaturas musicales; materiales de corte médico tales como «los tiempos en que es bueno o malo sangrar y purgar» o textos en los que se relatan sucesos como el «Rezibim[ient]o que al Rei Filipe hicieron en el Colegio de los Yngleses en Valladolid»<sup>17</sup>. Dos clases de obras parecen estar especialmente bien representadas en estos extractos de lectura: las históricas (hay entradas para historia pontifical, de Francia, listas de reyes godos, aragoneses, castellanos y portugueses, listados de heráldica castellana) y la poesía (se

---

<sup>14</sup> Ibid. El manuscrito se acompaña de un estudio adjunto —que debió servir para su adquisición por la Biblioteca Nacional de Madrid— en el que se atribuye este manuscrito, considerado como un «diccionario de conceptos literarios» para el trabajo de un literato de la primera mitad del siglo XVII, al círculo de Baltasar Gracián. La única cita de Tácito, elaborada muy libremente y difícil de identificar dice: «Si la posteridad de cada uno su devida honrra como refiere Cornelio Taçito, que fama puede dejar el que murio dentro de la cascara de su nacimiento y desde los pañales a la mortaxa apenas ha salido de la linea como cuentan de aquella planta que tiene forma de cordero vivo saliendo el tronco de la tierra [...] pues no alcançando a pacer mas hierba de la que tiene en torno de si mismo muere por falta de sustento», fol. 224r.

<sup>15</sup> *Ramillete de Flores o Colección de varias cosas curiosas*, 1593. [BNM Mss. 6001.], fol. 1v.

<sup>16</sup> Alonso de Villegas, *Flos sanctorum nuevo y historia general de la vida y hechos de Iesu Christo*. Zaragoza: Domingo de Portonariis y Ursin, 1580 [Varias partes y numerosas reediciones]

<sup>17</sup> Seguramente *Relacion de un sacerdote Ingles escrita a Flandes, a un cauallero de su tierra... de la venida de Su Magestad a Valladolid y al Collegio de los ingleses... Traduzida de Ingles en Castellano, por Tomas Eclesal cauallero Ingles*. Madrid: Pedro Madrigal, 1592.

incluyen entre otras «anotaciones de Virgilio» y sonetos de Garcilaso de la Vega, «un soneto del estado presente», y otros titulados «la vella mal maridada» o «a la muerte de una señora que fue querida de su marido»). La impresión que ofrece este conjunto es la de un lector versado en las distintas materias cortesanas, un lector que, con su recogida de «cosas gustosas» parece cumplir por adelantado todos los requerimientos del *Compleat gentleman* de Henry Peachman<sup>18</sup>.

El autor de un tercer cuaderno prefirió ir añadiendo materias bajo encabezamientos que parecen propiamente progimnasmas o sentencias y que luego se desarrollan con una serie más o menos amplia de citas<sup>19</sup>. Cada una de ellas se agrupa bajo un número y se ha confeccionado un índice (conservado sólo parcialmente) para acceder a cada una de esas materias<sup>20</sup>. De acuerdo con las fechas de publicación de los libros de los que provienen estos extractos de lectura el cuaderno debió mantenerse activo al menos hasta la década de 1650<sup>21</sup>. Aunque abundan las referencias a textos de carácter religioso y poético, en esta compilación destaca el gran número de historias de diverso alcance geográfico, así como el gran número de autores contemporáneos citados. Algunas de las entradas dan la impresión de ser pequeñas «obras» o discursos, por la agrupación de citas en torno a un mismo tema y con similar función, reforzándose las unas a las otras. El cuaderno contiene una nota especialmente interesante acerca de lectura de Tácito. En ella, se hace uso explícito de un ejemplo sacado de su historia para comprobar una sentencia o máxima creada por el lector: «La minoracion de las cargas y tributos reduce a la obediencia las Provincias y subditos compruebalo Cornelio Taçito lib. 2. annalium pag. 72 con el sucesso de los de Capadocia. Capadoces informam provintia reducti Quintum Veranium legatum accepere, et quaedam ex regiis tributis de minuta quo mitius Romanum Imperium speraretur»<sup>22</sup>. Otra entrada que, por lo poco

---

<sup>18</sup> Henry Peacham, *The compleat gentleman fashioning him absolute in the most necessary & commendable qualities concerning minde or bodie that may be required in a noble gentleman*. Londres: John Legat] for Francis Constable, 1622. Los capítulos de la obra de Peachman dan una idea de esta amplitud de intereses, que podría traducirse en la amplitud de lecturas: «1. Of Nobilitie in Generall; 2. Of the dignitie and necessity of Learning in Princes and Nobilitie; 3. The time of Learning, &c; 4. The dutie of Parents in their Childrens Education; 5. Of a Gentlemans carriage in the Vniuersity; 6. Of stile in speaking, writing, and reading Historie; 7. Of Cosmography; 8. Of memorable obseruation in suruey of the Earth; 9. Of Geometry; 10. Of Poetry; 11. Of Musicke; 12. Of Drawing and Painting in Oyle; 13. Of Armory or Blazing Armes; 14. Of exercise of the body; 15. Of reputation and carriage; 16. Of Trauaile»

<sup>19</sup> *Lugares comunes sacados de diferentes autores*, s. XVII. [BNM Mss. 1092.]

<sup>20</sup> La disposición de los extractos, con un número en el margen y el texto en el cuerpo es similar a la del libro de lugares comunes de William Drake (*Notes of proverbs illustrated from history*), reproducido en Sharpe, *Reading revolutions*, p. 194.

<sup>21</sup> Los dos libros más modernos mencionados en este cuaderno son *Genio de la Historia*, de Jerónimo de san José, publicado en 1651 y *Schediasma epistolare* de Lorenzo Ramírez de Prado, de 1644.

<sup>22</sup> El texto original en *An. II*, 56. *Lugares comunes sacados de diferentes autores*. fol. 83v.

habitual, ha llamado particularmente mi atención es la dedicada a «algunas cosas en favor de las mujeres»<sup>23</sup>.

El resto de este apartado lo dedico al análisis en detalle de otros dos cuadernos de lugares comunes en los que se almacenó y organizó la lectura de Cornelio Tácito. El primero de ellos permite ver cómo se inserta la lectura de Tácito, a comienzos del siglo XVII, en el conjunto de testimonios de lectura del que fue catedrático de teología en Salamanca y canónigo de la catedral de Sevilla, Manuel Sarmiento de Mendoza. El segundo ejemplo es de mediados de siglo XVII y en él los textos de Tácito aparecen en bien distinta compañía, predominantemente política y vernácula. Al igual que ocurría en el capítulo anterior, estos dos ejemplos nos aproximan respectivamente a una lectura de corte humanista y a otra de carácter más marcadamente político.

Manuel Sarmiento de Mendoza confeccionó varios cuadernos de lugares comunes, conservados en varios volúmenes en la Biblioteca Nacional de Madrid. El grueso de sus anotaciones, seguramente destinadas al estudio teológico y a la predicación, proviene de lo hallado en la lectura de la Biblia (o de partes concretas de ésta, tales como los Salmos)<sup>24</sup>, pero Sarmiento de Mendoza también confeccionó un cuaderno para recoger los materiales encontrados en la lectura de poetas e historiadores, clásicos y contemporáneos. Este libro de lugares comunes, que es el que aquí me ocupará, se encuentra en un volumen manuscrito en el que se incluyen textos de muy distinta clase, desde una lista de los libros prestados por Sarmiento de Mendoza a diferentes personas hasta unas anotaciones o una copia de una desconocida *Exposición de los salmos* de Cipriano Suárez fechada en 1584, pasando por otros libros de lugares comunes que aparentemente se solapan con el primero<sup>25</sup>. Manuel Sarmiento de Mendoza ordenó las distintas rúbricas o entradas del cuaderno por orden alfabético y

---

<sup>23</sup> Moss, *Printed commonplace-books*, pp. vii-ix. señala la escasez de libros de lugares comunes confeccionados por mujeres —lectoras y transcriptoras, como máximo, de compilaciones de sentencias moralmente edificantes y ejemplos traducidos— así como la habitual aparición de una entrada con los defectos de las mujeres en algunos de los libros de lugares comunes en latín que se reimprimieron con mayor frecuencia.

<sup>24</sup> Manuel Sarmiento de Mendoza, *Codex locorum S.S.* [BNM Mss. 6011.] ; Manuel Sarmiento de Mendoza, *Declaraciones sobre las Sagradas Escrituras.* [BNM Mss. 6010.] ; Manuel Sarmiento de Mendoza, *Lugares comunes I.* [BNM Mss. 6012.] El título de los dos segundos volúmenes no deja lugar a dudas de que este sistema clasificatorio fue ampliamente empleado por Sarmiento de Mendoza a la hora de conservar los restos de sus lecturas. Todos ellos, como se indica en sus respectivos exlibris, proceden de la biblioteca del conde de Miranda, aunque desconozco cómo pudieron llegar a ella. La biblioteca debió componerse a finales del siglo XVII por el XI conde, Juan de Chaves Chacón, e ingresó en la actual BNM en 1757. Ver Gregorio de Andrés, «Los códices del Conde de Miranda en la Biblioteca Nacional»; en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, vol. 82 (1979), pp. 619-620.

<sup>25</sup> Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*] El título del lomo denomina este volumen como «Observat. de Mendoza Ms.», aunque seguramente éste no fue elegido por su autor. El cuaderno de lugares comunes que estudio aquí está en los fols. 19r-107r (fig. 5).

tenía costumbre de indicar (con gran precisión) el libro, la página y la línea de donde había obtenido cada extracto. Redactadas en latín en su gran mayoría, no siempre se trata de citas literales, pues abundan también anotaciones más libres y que aluden a la temática del pasaje referido pero también traslucen el pensamiento del propio compilador. No resulta fácil aventurar una fecha para la confección definitiva del cuaderno, ya que el carácter acumulativo de estos cuadernos de lugares comunes (esta acumulación se comprueba por la prolongación de entradas ya existentes y por los tachones y añadidos ocasionales) hace suponer que este volumen debió seguirse ampliando a lo largo de toda la vida de su propietario.

En el cuaderno hay un buen número de extractos de los textos de Tácito, ocasionados posiblemente por las dos lecturas del autor latino a las que Sarmiento hacía referencia en su carta a Lipsio de 1600<sup>26</sup>. Puesto que Sarmiento también leyó los comentarios y anotaciones del humanista flamenco, los aproximadamente 50 pasajes anotados mezclan materiales procedentes del texto de Tácito con otros de los comentarios de Lipsio<sup>27</sup>. La primera característica que se observa al analizar el cuaderno es que Sarmiento de Mendoza dispersó los extractos obtenidos de la lectura de Tácito en numerosas rúbricas de distinto carácter. De acuerdo con el modo en que quedaron recogidos estos extractos el texto leído podría servir para múltiples usos, pues los temas en los que Sarmiento de Mendoza consideró que el texto de Tácito ofrecía alguna información relevante eran: «adulación», «ambición», «guerra» (*bellum*), «banquete» (*convivium*), «celibato», «cenotafio», «divino/dios», *dux*, «elección», «fortuna», «funeral» (*funus*), «espada» (*gladius*), «lívido», «muerte» (*lethum*), «mujer», «milicia/soldado» (*miles*), «meretriz», «naturaleza», «posesión», «traidores» (*proditores*), «reyes» (que concentra 13 pasajes), «simulación», «soberbia», «escritor» (*scriptor*), «teatro», «tristeza», «tirano», «esposa» (*uxor*) y «vulgo».

Un segundo rasgo de este cuaderno es el recurso a la referencia cruzada entre distintas rúbricas: «mujer», por ejemplo, remite a su vez a «esposa (*uxor*)», a «tinte (*fucum*)» y a «novia (*sponsa*)». Con el empleo de este recurso, Sarmiento de Mendoza construye una red de materias afines o un cúmulo de puntos de vista sobre una misma

---

<sup>26</sup> Las lecturas las fecha el protagonista en 1596 y 1600 respectivamente. Alejandro Ramírez, *El epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*. Madrid: Castalia, 1967, p. 288 y 290.

<sup>27</sup> Once de estas entradas provienen de los comentarios lipsianos. El resto procede fundamentalmente del primer libro de los *Anales* y se limita a los cuatro primeros libros de esa obra. Sarmiento de Mendoza alude sin embargo a un pasaje de las *Historias* en su carta a Lipsio; *Ibid*, p. 289. Tal vez estas discordancias reflejen el distinto objeto de la carta (fundamentalmente preocupada por cuestiones filológicas) y el cuaderno de lugares comunes, cuyos intereses analizo a continuación.

materia y que pone en relación lógica —pero hasta cierto punto imprevisible— unos extractos de texto con otros. Analizando el conjunto temático anterior (el de la mujer y la esposa), se comprueba que incorporaba tres citas de Tácito, que aquilatan el repertorio de conocimientos sobre el tema de quien confeccionaba el cuaderno. La primera cita refiere a la «locuacidad de las mujeres»<sup>28</sup> y está obtenida del episodio, comentado por Lipsio, en que Marcia revela a Livia el viaje de sus respectivos maridos (Fabio Máximo y Augusto) a la isla de Planasia. La muerte, poco después, de Fabio Máximo, se pone en relación con el temor de Augusto a que éste pudiera seguir comunicando a otros sus planes, e «ilustra» así el tema de la rúbrica<sup>29</sup>. La segunda anotación de Sarmiento de Mendoza es mucho más literal que la anterior, y dice «El enorme ánimo de la mujer soportando las responsabilidades de un general»<sup>30</sup>. Esta entrada hace referencia al modo en que Agripina se relacionaba con las legiones, revistaba las tropas y trataba a los soldados mientras su marido Germánico se empleaba en diversas batallas en la Germania<sup>31</sup>. La tercera de las citas, que al igual que la primera refiere de los comentarios de Lipsio al texto original, dice «Sobre la fechas de las leyes para contraer matrimonio ver el comentario de Lipsio al libro 3 de los *Anales*, pag. 60»<sup>32</sup>. En este punto Lipsio no sólo comenta las fechas en las que fue promulgada y moderada la ley Julia y Papia Poppea, sino que hace un verdadero tratado sobre la que posiblemente es la ley más importante para la regulación del matrimonio romano y que imponía penas a aquellos que permanecieran célibes<sup>33</sup>. Una técnica complementaria a la de la referencia cruzada consistía en emplear un mismo pasaje de Tácito en dos lugares distintos: una entrada colocada en «cenotafio», por ejemplo, aludía a los comentarios de Lipsio sobre el mismo pasaje que se anotará en la rúbrica «*funus*»<sup>34</sup>; en «simulación» se anota un pasaje que también había sido considerado interesante para la rúbrica

<sup>28</sup> *An.* I, 5. La anotación dice: «Mulieris loquacitas, Vid. Lyps. In Tacit. pag. 4.», Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*] fol. 65r. Lipsio analiza la cuestión en sus comentarios, y señala que todo el pasaje lo relata Plutarco en su *De garrulitate*, lo que justifica que Sarmiento sitúe el pasaje bajo la rúbrica de la «charlatanería». Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), pp. 8-9.

<sup>29</sup> Tácito relata que durante el entierro Marcia profería gritos en los que se culpaba de haber sido la ruina de su marido (*An.* I, 5).

<sup>30</sup> «Mulieris ingens anim[us] munia ducis gerens», Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*] fol. 67r.

<sup>31</sup> *An.* I, 69.

<sup>32</sup> «De uxori[us] ducendis datae leges, vid. Lyps. com. in. li. 3. Ann. Tacit. pag. 60.», Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*] fol. 102 v.

<sup>33</sup> El pasaje de Tácito está en *An.* I, 25. El comentario de Lipsio es, como dije, muy extenso: Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), pp. 148-170.

<sup>34</sup> La entrada bajo la rúbrica «Cenotafio» (que refiere a «Funus», «Mors», y «Letum») dice: «Cenotaphii vita[e]. Lypsi. com. ad. Ann. Tacit. li. 2. pag. 33» mientras que la entrada bajo la rúbrica «funus» (que refiere a «cenotaphium») señala que «In funeri[us] mos antiquus. Tacit. li. 2. Anna. pag. 33. 34» fol. 45r.

«adulación»<sup>35</sup>. El cuaderno de lugares comunes es una herramienta concebida precisamente para aprovechar la multiplicidad de enseñanzas que se contenía en cada texto leído. La lectura de Tácito de Sarmiento de Mendoza ha fragmentado el texto para colocarlo en un lugar ligeramente inesperado: los extractos obtenidos ya no cobrarían sentido por referencia a los *Anales*, sino dentro del conjunto temático en el que habían sido colocados<sup>36</sup>.

Observando la dispersión de los extractos de Tácito por todo el cuaderno de Sarmiento de Mendoza, obtenemos la imagen de un texto fragmentado, leído para distintos usos y aprovechable en diversas materias. Contemplando el contenido de una única rúbrica, se comprende el modo de lectura de Manuel Sarmiento de Mendoza y la manera en que los textos de Tácito interactuaban con otros para generar esta especie de parcelas de conocimiento que son cada una de las rúbricas. Posiblemente, la rúbrica más interesante de este cuaderno sea la de «reyes», que además de contar con una abultada cantidad de citas de Tácito es en sí misma un perfecto ejemplo tanto del modo en que Sarmiento de Mendoza obtenía la información de los textos que iba leyendo.

La rúbrica la encabeza una indicación de las referencias cruzadas, esto es, de aquellos temas que Sarmiento relacionaba con el de «reyes»: «*vide Principes. Potestas. divites*». La indicación genera una serie de relaciones más o menos previsibles, puesto que se refiere a campos relacionados con la cabeza de una organización política («príncipes») y con el mando en general («potestas»), pero también otras algo más sorprendentes, como la referencia a los ricos u opulentos. La rúbrica tuvo un volumen de anotaciones mayor del previsto inicialmente por Sarmiento de Mendoza, y su excesivo crecimiento obligó a saltar las rúbricas «*religio*» y «*respublica*» para poder continuar añadiendo testimonios referentes a «reyes» en un folio posterior<sup>37</sup>. En ella predominan con claridad los autores clásicos. Este predominio es indiscutible en las 166 anotaciones que hay en esta rúbrica, con la única —pero muy notable— excepción de las citas provenientes de los *Seis libros de la política* de Justo Lipsio, que con 27

---

<sup>35</sup> «*Adulatio max. ide[m]. it[em] [Anales, I] pag. 3. ante med.*», fol. 26 r y «*Simulat[ion]is max[im]e describit Tiberius in Tacit li. 1. ann. pag. 3 pr[incip]io & pag. 4. pr[incip]io & post. med.*», fol. 92r

<sup>36</sup> Para Kevin Sharpe la práctica de la referencia cruzada entre distintos textos y la lectura de los clásicos junto a sus comentaristas modernos producía el mismo efecto de resemantización de los fragmentos provenientes de la lectura: «la práctica de fragmentar los textos, abriéndolos a otras obras, los separa de su propio contexto histórico y de el “significado” que realizaban (*performed*) en él», Sharpe, *Reading revolutions*, p. 185.

<sup>37</sup> La rúbrica está en Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*] fols. 85v y 86r-v. Sarmiento de Mendoza, que aparentemente confeccionaba este cuaderno con gran dedicación, indicó al comienzo de la entrada para «reyes» que ésta seguía más abajo: «*i[nfra] iteru[m]*», («más abajo de nuevo»).

entradas se convirtió en la obra más citada. Sarmiento de Mendoza era un admirador de Lipsio y sin duda trabajó intensamente sobre el que a todas luces era uno de los libros de política más conocidos y citados entre finales del siglo XVI y la primera mitad del XVII. Una de las características de esta obra de Lipsio es que estaba dispuesta como una especie de repertorio de lugares comunes, puesto que las numerosísimas citas empleadas por Lipsio estaban separadas tipográficamente e identificaban los lugares de los que se habían obtenido, lo que permitía su posterior reutilización<sup>38</sup>. Las otras citas de autores contemporáneos son al libro 2 —*Rey de Dios*— de *Los nombres de Cristo* de fray Luis de León; a «Anton. del rio», seguramente Martín Antonio del Río en unos comentarios a una obra no identificada; y a un «Roa» que tampoco he logrado identificar<sup>39</sup>.

Las trece citas de Tácito que aparecen en esta rúbrica provienen en su totalidad del primer y segundo libro de los *Anales*, de los que Sarmiento obtuvo lecciones como que «El respeto de los reyes aumenta con la distancia»<sup>40</sup>. En ocasiones, Sarmiento de Mendoza apunta un hecho de Tiberio, como su costumbre de mantener los mandos<sup>41</sup>, pero como era de esperar del modo de lectura de esta época, algunas de las citas no literales ni tratan el texto como hechos pasados, sino que Sarmiento genera apuntes más personales. En *Anales* I, 54 Tácito menciona la indulgencia de Augusto con las diversiones públicas, o su participación condescendiente en ellas, hecho que Sarmiento interpreta como una participación sospechosa, en la que los reyes pueden estar buscando secretamente algún tipo de beneficio<sup>42</sup>. También estaba en perfecta concordancia con ese modo de lectura la conversión de un acontecimiento particular en una formulación

---

<sup>38</sup> Esta característica fundamental, que se aprecia en la edición original latina, pero no así en la traducción castellana de Bernardino de Mendoza, ha sido analizada por Ann Moss, «The Politics of Justus Lipsius and the commonplace-book»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 59, nº. 3, (1998). No he podido consultar, sobre la misma cuestión, Jan Waszink, «Inventio in the Politics: Common-place books and the shape of political theory», en Karl Enekel y Chris Heesakkers (eds.), *Lipsius in Leiden: Studies in the life and works of a great humanist on the occasion of his 450th anniversary*, Voorthuizen: Florivallis, 1997.

<sup>39</sup> «Reges non ferro tueri sed fidis amicis. Anton. del Rio ad &450. Sene Octav. in com.», (fol. 86r) Reg. Munn[ibus] p[rin]cipiu[m] iudicare. Vid Roa. 3. singul (fol. 86r).

<sup>40</sup> Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*], fol. 86r: «Regib[us] maior e longinquo rever[enti]a. Tacit. li. 1. ann. pag. 10. post. med.». Es una cita literal de una frase de *An* I, 47 que también aparecía marcada como *gnome* en Tácito, *Annalium ab excessu augusti libri sex* (Salamanca, 1603), fol. 18v.

<sup>41</sup> El pasaje se encuentra en *An. I, 80* «También era costumbre de Tiberio esa de mantener los mandos y conservar casi siempre a las mismas personas hasta el final de sus vidas en los mismos ejércitos o jurisdicciones» y la nota reproduce que esta era una costumbre de Tiberio: Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*], fol. 86v: «Mos Tiberi in co[n]tinua[n]dis diu?? Magistratib[us] it[em] [p. 16] Taci. ant. fi.»

<sup>42</sup> *Ibid.*, fol. 86r: «secreti? agere puta[n]t si volupta[tis] populi im[m]iscea[n]t. it[em] pag. 11. fin». En *An. I, 54* se dice que Augusto «en realidad tampoco sentía aversión por esas actividades, por considerar político el mezclarse a las diversiones del vulgo [*neque ipse abhorrebat talibus studiis, et civile rebatur misceri voluptatibus vulgi*]».



de aspiraciones mucho más generales, como ocurre con la nota que dice «El rey, los vicios que tiene en su interior los arroja sobre otros, y cuando son dichos los cree con facilidad»<sup>43</sup>. A cada paso encontraremos, en definitiva, un apunte de Sarmiento de Mendoza en el que se ha convertido un hecho concreto en una máxima del estilo de «la presencia del rey en el juicio hace ser cauteloso con la verdad y perjudica la libertad»<sup>44</sup> o «El principio de un nuevo reino es agradable»<sup>45</sup>, o «son mal vistos en ellos los nuevos hábitos y costumbres»<sup>46</sup>. Si este modo de leer a Tácito resulta bastante significativo para entender por qué se hacía de sus textos un repertorio de saber político, no resulta menos interesante ver el modo en que se tratan los distintos textos que aparecen en esta rúbrica. Tanto por la variedad de procedencias como por la capacidad de Sarmiento para adaptar y transformar los textos leídos, convirtiéndolos en enseñanzas cortas y ajenas a su contexto original, el uso de Tácito no destaca especialmente.

Entra dentro de lo previsible que una obra cercana al dominio de lo político como el *Gorgias* de Platón y otra profundamente estoica, como *La consolación de la filosofía* de Boecio, aparezcan citadas en alguna entrada de la rúbrica «reyes». Es curioso sin embargo que no se mencione ni el *De constantia* ni el *De beneficiis* de Séneca, por mencionar dos ejemplos de textos de carácter más filosófico, y se citen una sola vez las *Epístolas morales*<sup>47</sup>. Es curioso, digo, porque el filósofo hispano es uno de los dos autores con mayor número de entradas de esta rúbrica (28 en total), la mayoría

---

<sup>43</sup> Ibid, fol. 86r: «Rex, qu[em] sibi insu[n]t vitia, ab aliis sibi obiecta, & dicta facile credu[n]t. Tacit. li. 1. ann. pag. 15. ante fin.». El pasaje de *An. I*, 74 refería a la situación de una acusación concreta: «Por lo que se refiere a Marcelo, lo acusaba de haber hablado mal de Tiberio, imputación inevitable, dado que el acusador escogía los aspectos más siniestros de la conducta del príncipe y se los echaba encima al reo». La siguiente anotación demuestra el mismo procedimiento. Dice: «quib[us] artib[us] ditescunt, [ilegible] in visi dolo regi cari. Tacit. li. 1. ann. pag. 15, ant. fin», [Aquellos] Cuyas virtudes crecen ricas a la vista del engaño [son] queridos por el rey» Pero procede de un hecho puntual de este mismo proceso, la protesta de Gneo Pisón ante la intención de Tiberio de declarar en el juicio, que Tácito introduce señalando que «quedaban todavía entonces restos de la libertad moribunda».

<sup>44</sup> Ibid, fol. 86r: «Pres[enti]a Regis in iudicio verit[as] consulit libert[as] obst. It[em] Tacit. pag. 16. pr[incip]io», derivado de *An. I*, 81 en el que se describen como Tiberio alteraba los comicios consulares sugiriendo candidaturas.

<sup>45</sup> Ibid, fol. 86r: «Regnu[m] novu[m] pr[incip]io iucu[n]du[m]. Tacit. li. 2. pag. 17. Ult<sup>a</sup> lin.». El pasaje de *An. II*, 2 incluye el matiz indicado en cursiva, que Sarmiento no recoge: «Tambien los bárbaros lo recibieron con alegría, como *suele ocurrir* con los nuevos príncipes (*ut ferme ad nova imperia*)».

<sup>46</sup> Ibid, fol. 86v: «Novi habit[us] mores que in illis invisi. it[em]. Tacit. li. 2. pag. 18. pr[incip]io». El pasaje de *An. II*, 2 se circunscribe a lo que ocurrió con Vonones al hacerse rey de los Partos tras haber sido criado bajo las costumbres romanas.

<sup>47</sup> En la «Memoria de los libros de Don Manuel Sarmiento de Mendoza» se hace constar que disponía de las obras completas de Séneca en folio y ricamente encuadernadas en becerro, Ibid, fol. 273r. En la entrada «fortuna», en cambio, si aparecen citadas *De clementia*, *De vita beata* y *De consolatione ad Polybium* (fol. 45r).

de las cuales proceden de los distintos textos poéticos que componen las *Fábulas*<sup>48</sup>. En el cuaderno Sarmiento también anotó textos de las *Vidas paralelas* de Plutarco, el único texto (aparte de los *Anales*) de contenido histórico. En esa cita de Plutarco, Sarmiento de Mendoza muestra su interpretación de la historia de la antigüedad bajo categorías de su presente al interpretar a un liberto de Pompeyo que había adquirido gran notoriedad bajo la categoría del privado<sup>49</sup>.

La lectura que Manuel Sarmiento de Mendoza no necesitaba la historia para efectuar lecturas ejemplares que trazaban líneas con su presente. La obra retórica de Marco Tulio Cicerón *Pro Roscio Amerino* demuestra un particular aprovechamiento, en términos contemporáneos, de los personajes históricos referidos en la obra. Cicerón, que fue defensor de Sexto Roscio frente a la acusación por el asesinato de su propio padre recogió en esta obra, entre otras cosas, el modo en que el poderoso Lucio Cornelio Sila permitió que Crisógono, un liberto suyo, adquiriera la hacienda del asesinado por una cantidad ridícula. Si en el caso de los emperadores cuya vida y acciones aparecen en la obra histórica de Tácito parece menos complicado asimilar sus figuras a las de los reyes del presente del lector, el caso de Sila y Crisógono es algo más complejo. Sila fue un general de éxito, varias veces cónsul y también dictador, pero es difícil hacer su equivalencia con un rey al modo de, por ejemplo, Felipe III. Haciendo buen uso de sus capacidades para encontrar paralelismos históricos o ejemplares, Sarmiento de Mendoza convirtió al liberto (aunque no fuese un liberto del príncipe) en «privado». Así lo hace ver el vocabulario, y la interpretación en clave presente del texto clásico, de una anotación en la que Mendoza descubre cuales son para él las causas de la insolencia de Crisógono: «nadie se atreve a arrojar la ley a los amigos de los reyes (los cuales en español se llaman privados)»<sup>50</sup>. En este punto hay otra anotación, que refiere a la parte final del discurso o *peroratio*, donde Cicerón dice: «Si no conseguimos que Crisógono

---

<sup>48</sup> Las citas a las Fábulas hacen un total de 24: *Agamenón* (3), *Hercules Oetaeus* (3), *Medea* (4), *Tiestes* (8), *Octavia* (4), *Edipo* (2). Sobre el contenido o la interpretación política de textos como *Tiestes* o *Edipo* en Inglaterra a finales del siglo XVI ver Jessica Winston, «Seneca in Elizabethan England»; en *Renaissance Quarterly*, vol. 59, n.º. 1, (2006).

<sup>49</sup> Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*]: «Regum privati, quantu[m] ab aliis suspiciant vide exilia pompa caton minor Exhibita ubi Magistratus de Demetrio Pompeii liberto. Plutar. Cato. t.2 29 pr[incip]io»; «Cuánto son mirados desde abajo los privados de los reyes por los demás véase en la insignificante pompa exhibida a Catón en lugar de a Demetrio, liberto de Pompeyo». A la entrada a Antioquía, en Siria, Catón creyó que le estaban recibiendo con honores, pero los presentes esperaban a Demetrio en su lugar, y lo trataron sin el respeto que merecía su figura. Plutarco, *The life of Cato the younger*, 13. Loeb Classical Library, 1919, p. 265. [Edición digital en: [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Plutarch/Lives/Cato\\_Minor\\*.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Plutarch/Lives/Cato_Minor*.html)]

<sup>50</sup> «Regum tui amicos (quos hispane privados) nemo apte[?] norma audet iacere. & si insolentes. Cice. pro Roscio Amer pag. 41B[...]. Debe hacer referencia a un pasaje en torno a XLVIII-L, 141-147, en el que Cicerón habla al senado y señala la injusticia que se está cometiendo, Ibid, fol. 86rr.

se contente con nuestro dinero, jueces, dejando de buscar nuestra vida [...] preferible sería pasar la vida entre fieras»<sup>51</sup>. Una vez más se comprueba que la anotación de este texto añade un color significativamente cortesano al pasaje ciceroniano, ya que Sarmiento de Mendoza ha incluido «privar» (*pribant*) como otra más de las actividades de quienes no contentos con las riquezas, conjuran (*insidiant*) contra las vidas de otros»<sup>52</sup>.

El peso del rótulo «reyes», sin embargo, no recae sobre obras y autores como los mencionados: el grupo más destacado de citas procede de obras de épica o de poesía en general. Con 17 entradas, la *Iliada* homérica es el segundo texto más citado después de los *Politicorum libri sex* de Lipsio. Entre los poetas latinos hay tres citas de Horacio (dos de ellas de las *Sátiras* y otra de las *Epístolas*) y también aparecen tres citas a la obra de Ovidio *Tristes*. Mención aparte dentro de este conjunto de obras poéticas merecen las de poetas de época argétea. En las entradas de esta rúbrica están representados Lucano, Valerio Flaco, Estacio, Marcial y Silio Itálico con un total de 30 citas. Aparece finalmente el poeta épico del siglo IV d.c. Claudiano, que es, junto a Séneca, el autor más citado, con 28 entradas que se corresponden con extractos o referencias provenientes de muy distintas obras<sup>53</sup>. Lo interesante de las citas provenientes de textos poéticos no es sólo su gran número, sino su incorporación en pie de igualdad con las obtenidas de otros textos. Al contrario de lo que pudiera pensarse a través de una óptica contemporánea, las citas provenientes de textos poéticos se acomodan perfectamente a la temática de los reyes, del gobierno y de la esfera política. Con estas anotaciones, Sarmiento de Mendoza ofrece una buena prueba de leer el *corpus* clásico sin atender a distinciones entre filósofos, poetas o historiadores.

En la lectura de la *Iliada* homérica Sarmiento de Mendoza hizo, entre muchas otras, una anotación que dice «Rex pastor dum Hom. 2. ilia. 1133». La imagen que ofrece el pasaje al que hace referencia esta anotación puede parecer lejana, pero bien

---

<sup>51</sup> Cicerón, *Pro Roscio amerino*. Bosch: Barcelona, 1986 [Traducción y versión interlineal de Jaime Velázquez Arenas], LII (150).

<sup>52</sup> «Hi non contenti sunt o cum pecuniis et fortunis heredibus[?] pribant & vitae insidiant, ita ut satius inter feras vivere. Cice. pro Roscio Amer. pag. 43 B» Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*], fol. 86rr.

<sup>53</sup> Las obras de Claudiano citadas por Sarmiento de Mendoza son: *De bello Gildonico*, *De bello gildonico*, *De Consulatu Stilichonis*, *In Eutropio*, *Panegyricus de Consulatu Flavii Manlii Theodori*, *In Rufinum*, *Panegyricus de quarto consulato Honorii augustus*, *Panegyricus de sexto consulato Honorii augustus* y una no identificada «Epist. ad Stadria».

mirada resulta un ejemplo elocuente de una doctrina tan querida en la época como la del rey pastor o el poder pastoral<sup>54</sup>:

Como los cabreros a los talados rebaños de cabras  
disgregan fácilmente de los ajenos al mezclarse en el pasto,  
así los jefes los ordenaban en grupos separados aquí y allá  
para ir a la batalla y, en medio, el poderoso Agamenón<sup>55</sup>

El estudio de la lectura de Homero por parte de Guillaume Budé realizado por Anthony Grafton muestra además que este uso de Homero en un sentido político no es en absoluto exclusivo de Sarmiento de Mendoza. Por ejemplo, una de las anotaciones de Budé sobre la *Odisea* indica que cuando este leyó acerca de los «doce reyes gloriosos» feacios, dibujó en el margen una mano con el índice extendido y escribió: «esto es semejante en nuestro estado; esto es, los doce pares de Francia»<sup>56</sup>. Otros lectores contemporáneos también consideraban la *Iliada* como una buena fuente, especialmente en lo que refiere a los ejemplos de reyes pastores. Así lo pone de manifiesto una anotación marginal conservada en una edición de 1535, en la que profundizando en esta lectura política el lector señaló que «Homero llama al príncipe pastor del pueblo, pues igual que la oveja debe obedecer al pastor, así los súbditos deben obedecer a su príncipe»<sup>57</sup>.

Leyendo los *Epigramas* de Marcial, Manuel Sarmiento de Mendoza anotó, por ejemplo que «la mayor virtud de un príncipe es conocer a los suyos»<sup>58</sup>. Tanto por la brevedad sentenciosa de la frase como por su contenido, la enseñanza así obtenida puede competir claramente con cualquiera de las que supuestamente se encontraban en las obras de Lipsio o Tácito. Leyendo a Estacio el canónigo de la catedral de Sevilla

---

<sup>54</sup> Pablo Fernández Albaladejo, *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*. Madrid: Marcial Pons, 2007, p. 93 y ss.

<sup>55</sup> Homero, *Iliada*. Madrid: Gredos, 1991. [Traducción, prólogo y notas de Emilio Crespo Güemes.], II, 474-477, p. 137. La numeración de la obra que Mendoza propone en esta anotación (canto 2, verso 1133) es algo confusa, posiblemente porque cuente los versos desde el inicio de la obra. Los términos griegos para «cabrero» y «jefe» son, respectivamente: *aipolion* y *hegemon*.

<sup>56</sup> Grafton, *Commerce with the classics*, p. 156.

<sup>57</sup> Anotación sobre *Homeri Ilias*. Lovaina: Bartholomaeo Gravio, 1535, Signatura BNF, Res Yb 151. El propietario del ejemplar y anotador es, según Grafton, Christopher Comes van Manderscheit; la anotación está en el fol. [Div] recto: «Principem Hom vocat ποιεννα λαων. Ut enim pastori oves, ita subditi principi parere debent. ποιην ενim proprie opilionem significat», Ibid, p. 156.

<sup>58</sup> En este caso la cita es literal: «principis est virtus maxima nosse suos Mart. Li. 8, 15». Marco Valerio Marcial, *Epigramas*. Madrid: Gredos, 1997 [Introducción, traducción y notas de Juan Fernández Valverde y Antonio Ramírez de Verger].

apuntó, entre otras cosas, que «los reyes por poco tiempo no ahorran con el pueblo»<sup>59</sup> y de un texto de Eurípides anotó que «los reyes no están libres del dolor», seguramente en referencia al sacrificio que Agamenón es obligado a hacer de su hija Ifigenia, que da comienzo a la obra citada<sup>60</sup>. El carácter sentencioso de ambos extractos los hace atractivos estilísticamente, al tiempo que entran a formar parte del cúmulo de enseñanzas sobre los reyes que iba construyendo Sarmiento de Mendoza.

Manuel Sarmiento de Mendoza también leyó la *Argonautica* de Cayo Valerio Flaco, en la que encontró temas de carácter político indudable. Sobre la salud (*salus*) del pueblo<sup>61</sup>, anota Sarmiento de Mendoza que «no le preocupa al tirano la opinión del pueblo con tal de estar a buen recaudo su seguridad». Cuando leyó los siguientes versos «El padre supremo (*genitor*) le replicó entonces: Todas las cosas creadas por mi desde antiguo transcurren según un orden y por voluntad del creador (*principe*) permanecen inalterables en su propio curso; además, en aquel momento no había en la tierra descendencia alguna mía cuando fijé las leyes del destino; por eso pude actuar justamente al disponer en orden varios reyes a lo largo de los tiempos», Sarmiento de Mendoza extrajo la enseñanza de que la sucesión de los reyes «está fijada en la mente divina»<sup>62</sup>. Claudiano, que como he dicho es el autor del cual aparecen mayor número de entradas, leídas a lo largo de casi todas sus obras, se han extraído enseñanzas que tienen un sabor puramente contemporáneo, como la que dice: «Bajo un rey pío hay libertad y no servidumbre», que proviene de los versos que dicen «Se engaña si hay alguno que cree que es servidumbre estar bajo un príncipe insigne (*principe egregio*)»<sup>63</sup>. Acertadamente contemporánea y cortesana es otra anotación en la que Sarmiento, a

---

<sup>59</sup> Estacio, *Thebaida*, libro 2, v. 446 «non parcit populis regnum breue»; «Reges ad temp[us] non parcu[n]t plebi, Stat. li. 2. Theb.» en Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*], fol. 86rr.

<sup>60</sup> Ibid. «Reges no[n] liberos dolore. Eurip. Iphigen. act. 1. pr[incip]io», fol. 86r. Eurípides, *Ifigenia entre los tauros*, 15-25 en *Tragedias II*. Madrid: Gredos, 1978. [Edición, traducción y notas de José Luis Calvo Martínez], pp. 353-354: «Agamenón, comandante de esta expedición griega, no vas a poder levar anclas de esta tierra hasta que Ártemis reciba a tu hija Ifigenia en sacrificio. Has hecho voto de ofrecer a la diosa Lucifer lo más hermoso que te naciera este año. Pues bien, tu esposa Clitemnestra te ha parido una hija — me ha traído una ofrenda de natalicio—. Tienes que sacrificarla»

<sup>61</sup> «Paru[m] de vulgi saluti curant du[m] sua stet. Valer. Flac. li. 5.», Ibid, fol. 86rr. Hace referencia a los versos 264-265: nec vulgi cura tyranno/ dum sua sit modo tuta salus».

<sup>62</sup> Cayo Valerio Flaco, *Las Argonáuticas*. Madrid: Akal, 1996, p. 78. [Edición de Santiago López Moreda.]; «Regnor[um] mutatio fixa in mente dei. Valer. Flac. li. 1. 531.», Ibid, fol. 86rr.

<sup>63</sup> La anotación latina dice: «Sub rege pio libertas e[st] no[n] servitium. Claud. lib. 3. Stilico. 113» Ibid, fol. 86r. Claudiano, *Consulado de Estilicón*, en *Poemas II*. Madrid: Gredos, 1993. [Traducción y notas de Miguel Castillo Bejarano], p. 117. El texto latino en *De consulato Stiliconis*, en *Claudian II*. Harvard (Massachusetts): Harvard University Press, 1972 [Edición y traducción de Maurice Platnauer], III, 113-115: «Fallitur egregio quisquis sub principe credit / servitium. numquam libertas gratior extat / quam sub rege pio [...]».

partir de la lectura de un pasaje de la *Guerra contra Gildón* —«El terror de tu nombre hará más que tu propia espada. La presencia disminuye la fama»— apunta: «La presencia suele disminuir la fama y nombre del rey»<sup>64</sup>.

El modo en que Sarmiento de Mendoza lee, extracta y ordena la poesía lírica, está lejos de ser idiosincrático. Más que un testimonio de una lectura absolutamente individual cuya lógica subjetiva escapa a cualquier observador, el cuaderno de lugares comunes de Sarmiento recuerda con extraña exactitud a algunas recomendaciones propuestas por Giovanni Botero en sus *Diez libros de la razón de Estado* al discurrir sobre las virtudes y provechos de la historia:

No es fuera de proposito la poësia, porque se lee, que Alexandro Magno se valio mucho de lo que leya en Homero, porque aunque los Poetas cuentan cosas fingidas, las pintan de tal manera que levantan los animos, y los inflaman y encienden para imitar los personajes que celebran. [...] y hablô de los Poetas Heroycos, y liricos, que con alto estilo y grave, escrivieron de diversos capitanes, como Homero, Pindaro, y Virgilio, porque los otros con su desverguença y deshonestidad antes han deshonrado, que enoblecido las musas, y son mas aparejados para deprovar [sic] los animos de los lectores, que para levantarlos, è inclinarlos a la virtud<sup>65</sup>

El empleo ejemplar de los personajes y situaciones leídas en la historia y el aprovechamiento para mover a la virtud necesitaba, en un plano práctico, de un modo de lectura y anotación como el seguido en el libro de lugares comunes de Sarmiento de Mendoza. No es difícil imaginar el efecto que las citas conservadas en él podían tener una vez puestas en funcionamiento en una (potencial) nueva obra. Las pocas entradas que aquí he singularizado y comentado ya por sí solas algunas permiten adentrarse en algunas de las cuestiones más importantes acerca del poder real que se discutían y comentaban a comienzos del siglo XVII.

Las lecturas de Manuel Sarmiento de Mendoza sí son particulares, sin embargo, en otros sentidos. Por una parte, sus lecturas no eran las de un lector cualquiera, sino las de un personaje de evidente erudición y que contaba con una amplia y nutrida biblioteca, las de un catedrático en teología con grandes aficiones humanistas. Por otra,

---

<sup>64</sup> Ibid, fol. 86r: «Regis fama & nome[n] p[re]sentia solet minui. Claud. Bello gildoni. 384». Claudiano, *Guerra contra Gildón*, en *Poemas I*. Madrid: Gredos, 1993. [Traducción y notas de Miguel Castillo Bejarano], p. 284.

<sup>65</sup> Giovanni Botero, *Diez libros de la razon de estado. Con tres libros De las causas de la grandeza, y magnificencia de las ciudades de Iuan Botero*. Madrid: Luys Sanchez, 1593. fols. 36v-37r.

aunque el modo en que organizó sus lecturas ilustre a la perfección las prácticas necesarias para el aprovechamiento del corpus de autores clásicos, las lecturas teológicas de Sarmiento fueron las más nutridas y las que mejor empleó en la composición de sus propias obras. Así lo señalaba al menos Francisco de Quevedo, quien en el prólogo de una de Sarmiento de Mendoza señalaba que el canónigo escribe «con tanta doctrina, y varia y sagrada erudicion, que enseña a Dios con sus palabras, sin mendigar autoridad profana de las buenas letras que le sobran»<sup>66</sup>.

Las lecturas de Sarmiento de Mendoza, en todo caso, dicen algo fundamental sobre el efecto que producía en los textos su trasvase a un cuaderno de lugares comunes. En primer lugar, obligan a repensar cualquier intento de imponer una clasificación a los textos de historiadores, filósofos o poetas; griegos, latinos o, incluso contemporáneos. En el espacio de relaciones temáticas que se genera gracias al método de los lugares comunes, se encuentran, en pie de igualdad, extractos procedentes de la *Política* de Lipsio con otros de las obras de Claudiano. Una perspectiva contemporánea sobre el pensamiento político de la edad moderna posiblemente nunca situaría a Claudiano o al texto de la *Iliada* homérica en el campo de los estudios políticos, pero el uso de estas lecturas demuestra que sí podían formar parte integrante de ese espacio de gobierno. En cierto modo esto invita a abandonar una atención exclusiva al contenido de las lecturas para combinarla con una mejor comprensión del método en que se preparaban para ser empleadas.

El genérico título *Sentenzias de diferentes authores* esconde el segundo de los cuadernos de lugares comunes que comentaré detalladamente. Se trata de un voluminoso cuaderno en folio, ricamente encuadernado en cuero verde con dorados y de cortes jaspeados, en el que se contienen los apuntes de diversas lecturas. A pesar de que originalmente debió de ser la recopilación personal de algún lector anónimo, se conocen al menos dos copias de este cuaderno. La existencia de estas copias de un original perdido es indicativa del valor que se concedió a esta recopilación organizada de

---

<sup>66</sup> Manuel Sarmiento de Mendoza, *Milicia evangelica para contrastar la idolatria de los gentiles, conquistar almas, derribar la humana prudencia, desterrar la avaricia de ministros*. Madrid: Juan Gonçalez, 1628, «Prólogo al lector» de Francisco de Quevedo y Villegas. El primer capítulo de esta obra es un buen ejemplo del modo en que se traslada esta erudición a la escritura, produciendo un estilo recargado y un tanto vacilante, en el que unos temas se enlazan con otros siguiendo las corrientes de un mar de citas. Sarmiento de Mendoza también fue autor Manuel Sarmiento de Mendoza, *Al Excelentissimo Señor Conde Duque de San Lucar, sumiller de Corps de su Magestad : [... memorial o discurso, en satisfacion de algunos cargos que se le hacen a Don Manuel Sarmiento de Mendoza Canonigo Magistral de la santa Iglesia de Sevilla]*. s.l: s.n, c. 1632. En ninguna de estas dos obras hizo empleo de Tácito Sarmiento de Mendoza.

extractos de lectura<sup>67</sup>. Aquí analizaré la copia más antigua, procedente de la biblioteca del duque de Uceda<sup>68</sup>, cuyas entradas están ordenadas por el alfabeto en distintas rúbricas. La temática bajo la que se ordenan las distintas entradas está indicada en el margen externo de los folios; los extractos o citas (en ocasiones reelaboradas) ocupan la parte central de la página; y en el margen interno se coloca —en la práctica totalidad de las ocasiones— la indicación de procedencia de las mismas. En lo tocante a la fecha de elaboración hay que suponer nuevamente un uso continuado en el tiempo, ya que la compilación de lecturas sucesivas es una de las razones de ser de este tipo de cuadernos. Se trata de hecho de una copia en la que se incluyó gran cantidad de papel en blanco, lo que probablemente está indicando que el cuaderno original fue puesto en limpio para ser reutilizado y seguir recogiendo el fruto de posteriores lecturas. Está claro que en torno a 1652 se seguían incorporando entradas, como enseña la siguiente anotación: «Oylo en un sermón del P<sup>e</sup> Antonio Mariscal co. de la compañía, en Cartanagesa [?] 1652»<sup>69</sup>. La mayoría de las obras citadas en el cuaderno se publicaron antes de esta fecha, pero también aparecen algunas otras cuyas primeras ediciones son algo posteriores<sup>70</sup>.

La nómina de autores y obras citadas en este cuaderno constituye una auténtica «biblioteca» política en vernáculo de mediados del siglo XVII, que se completa con traducciones de algunas obras clásicas en castellano e italiano. En el cuaderno abundan las entradas procedentes de tratados de corte político, que se complementan con obras de sentencias, avisos, consejos a privados y príncipes, etc. Aparecen asimismo libros de historia y obras de corte biográfico, junto a un número nada desdeñable de citas de sermones, bíblicas y de obras teológicas. Los autores clásicos están escasamente

---

<sup>67</sup> *Sentenzias de diferentes authores*, S. XVII. [BNM Mss. 12896.] y *Sentenzias y citas, antiguas y modernas*. Las encuadernaciones costosas y la abundancia de hojas blancas sólo se explican por la procedencia de estos cuadernos de dos ricas bibliotecas nobiliarias, la del duque de Uceda y la del conde de Miranda respectivamente.

<sup>68</sup> De acuerdo con Gregorio de Andrés, «Catálogo de los manuscritos de la biblioteca del duque de Uceda»; en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, vol. 82, n.º. 78, (1975), p. 6. quien formó la biblioteca de los duques de Uceda fue el IV duque, nacido en 1649. Esto indica que la copia de este cuaderno pudo ser encargada por el propio fundador de la biblioteca, pero no aporta ninguna pista sobre la posible procedencia del original. La copia de la biblioteca del conde de Miranda debió hacerse a partir de la anterior, ya en el siglo XVIII.

<sup>69</sup> *Sentenzias de diferentes authores*. fol. 163r. Aparte de ser útil para datar el manuscrito este apunte indica una peculiar conexión entre lo leído y los sermones (como textos de autoridad oídos). Las versiones escrita y oral del conocimiento comparten además una misma estructura de ordenación y lugar de almacenamiento.

<sup>70</sup> Los tres libros más tardíos que aparecen son: Jacinto Polo de Medina, *A Lelio : gouierno moral*. Murcia: Miguel Lorente, 1657; Andrés Mendo, *Principe perfecto y ministros aiustados : documentos politicos y morales...* Salamanca: Diego de Cosio, 1657; y Juan de Solorzano Pereira, *Decada segunda de los Emblemas... traducidos por el doctor Lorenço Matheu y Sanz*. Valencia: Bernardo Noguès, 1658.



representados, siendo los únicos otros que aparecen Valerio Máximo<sup>71</sup>, los historiadores Plutarco y Tácito, y las obras filosóficas de Séneca y Boecio, que conforman la vertiente neoestoica de estas lecturas<sup>72</sup>.

Los extractos provenientes de los textos de Tácito fueron obtenidos a partir de la traducción de Carlos Coloma, publicada en 1629, y se incorporaron a este cuaderno de un modo bastante peculiar. La primera referencia a Tácito es extremadamente confusa. Se encuentra en la rúbrica «fidelidad» y dice: «Cornelio Tacito lib. IIII fº 934. Esto escogio & vide en la letra I»<sup>73</sup>. El resto de referencias se agrupa precisamente en la letra «i» anteriormente señalada, bajo la rúbrica «ingratitude». Allí aparece una primera anotación que señala que el artificio que usó Tiberio para alejar a Germánico del ejército (Germánico fue llamado a Roma para recibir un triunfo que se le había decretado) fue un «ingrato pretexto»<sup>74</sup>. La siguiente entrada también proviene del libro segundo de los *Anales* y dice: «lib. 2. desde fº 99 hasta fol. [sic]. escaso Tiberio con los nietos de Hortensio celebre orador». Después aparecen cinco referencias al libro 14 de los *Anales* que se corresponden con las siguientes anotaciones: «Resuelve Neron matar à Agripina»; «Disimula agripina y por que»; una cita larga del momento exacto de la muerte de la propia Agripina<sup>75</sup>; y otras dos referencias al mismo asunto que dicen «Consuelan á Neron los aduladores, y alabanle en la muerte de su madre» y «Escribe justificandose al senado decretos adulatorios del mismo Senado». Únicamente al final de esta serie de referencias a Tácito aparece la entrada que había sido anunciada en la rúbrica «fidelidad». La anotación se refiere al pasaje (*Historias* IV, 50) en el que los encargados de dar muerte a Lucio Pisón degüellan a uno de sus esclavos, que al cruzarse

---

<sup>71</sup> Se trata de «Valerio Máximo traducido por Diego Lopez», esto es: *Los nueve libros de los exemplos y virtudes morales de Valerio Maximo; traduzidos y comentados en lengua castellana por Diego Lopez*. Sevilla: Francisco de Lira, 1631.

<sup>72</sup> De Séneca aparecen citadas tres obras: el *De Beneficiis* «traducido p[or] el liz<sup>do</sup> Pº Fern<sup>ez</sup> Navarrete» (Madrid: imprenta del Reyno, por la viuda de Luis Sanchez, 1629), «Libro de clemencia Senec traducido por D<sup>n</sup> Alonso de rebenga» (Madrid: Luis Sanchez, 1626), y una traducción italiana de las *Epístolas morales*, «Epístolas de seneca traducidas del Doni» (Anton Francesco Doni, *L'epistole di Seneca. Ridotte nella lingua toscana, per il Doni*. Venecia: Aurelio Pincio, 1549). En lo que respecta a *La consolación de la filosofía* de Boecio destaca que se use la edición de 1604, cuyo título señala «enriquecido con advertencias sentenciosas» ya que en ocasiones parece que la compilación estuviera hecha a partir de todos los libros que llevaban título de «advertimientos», «avisos», «sentencias» o similares.

<sup>73</sup> *Sentenzias de diferentes authores*. fol. 95r.

<sup>74</sup> «Cornelio Tacito traducido por D<sup>n</sup> Carlos Coloma lib. 2 fº 91. Llama Tiberio a Germanico para darle el triumpho que se le avia decretado, y fue artificio para sacarle del exercito. Ingrato pretexto», *Ibid*, fol. 129r.

<sup>75</sup> «En el mismo libro fº 479. Aniceto Herculeo Capitan de una Galera, y olocrito uno de los centuriones de la armada, fueron los complices en la muerte de Agripina, por orden de Neron su hijo, el primero que la hirio fue Herculeo con un baston en la cabeza, y viendo que olocrito venia con la espada desnuda para matarla descubrio el vientre, y a grandes voces dijo, yereme aqui, y dandola muchas heridas la acabaron de matar», *Ibid*. fol. 129r

con los asaltantes en la casa trató heroicamente de hacerse pasar por Pisón. Tras copiar ese pasaje se añade en el cuaderno: «Raro ejemplo de fidelidad, no como los de arriba»<sup>76</sup>. Ingratitud y fidelidad son por tanto dos lugares comunes en los que, casi a modo de ejercicio retórico, se encuadran los testimonios más directos de la lectura de Tácito. Se trata de una lectura parcial, y fragmentada, aunque no necesariamente más fragmentada que la Sarmiento de Mendoza, si consideramos alguna de sus rúbricas aisladamente. La disposición temática que acoge a esta lectura coloca el texto de Tácito en dos opuestos, listos para ser empleados como ejemplos de virtud y vicio, de bien y mal.

Otra serie de entradas identificadas con Tácito proviene de los aforismos atribuidos a Benito Arias Montano, obra en realidad de Baltasar Álamos de Barrientos y publicada por Joaquín Setanti en 1614<sup>77</sup>. En este cuaderno, el nombre del autor latino se mantiene como marca de la procedencia original y comparte autoría con el presunto anotador, sin que ello implique aparentemente ningún problema de referencialidad<sup>78</sup>. Puede que esto no sea un ejemplo de precisión filológica o de lectura de primera mano de los clásicos, pero ilumina bien la dinámica de la circulación y recepción de los textos de Tácito. Al incorporar los aforismos atribuidos a Montano en su compilación, el lector colabora en la ya mencionada circulación de anotaciones de lectura del manuscrito al impreso y, cada vez más diluidas, del impreso a nuevos cuadernos de lugares comunes. El mensaje —«Castigos no corran p[or] la inmediata mano del Pr[incip]e»—, que ya no ha sido leído directamente, sigue atribuyéndose a Tácito: «Tacito. Lib. 16 aforismo 18 notado p[or] Arias montano fo. 3»<sup>79</sup>. Los otros siete aforismos recogidos en este cuaderno<sup>80</sup>, hablan igualmente de una recepción que responde mejor al nombre de «popularización», en tanto supone una «maquinaria» de cita sucesiva de un material cada vez más alejado de su procedencia original. De hecho, en este cuaderno se

---

<sup>76</sup> Ibid, fol. 129r.

<sup>77</sup> Joaquín Setanti, *Aphorismos sacados de la historia de Publio Cornelio Tacito, por el D. Benedicto Aries [sic] Montano, para la conservacion y aumento de las Monarchias, hasta agora no impressos. Y las Centellas de varios conceptos, con los Avisos de Amigo de Don Ioachin Setanti cavallero catalan del habito de Montesa. Dirigido al Illustrissimo y Reverendiss. señor Don Luys Sans, del Consejo de su Magestad, y obispo de Barcelona*. Barcelona: Sebastian Mantevat, a costa de Miguel Manescal, mercader de libros, 1614. Esta atribución la discute Tierno Galván, «El tacitismo», pp. 68-70n. La autoría de Álamos de Barrientos la pone en suspenso, injustificadamente en mi opinión, Sánchez Lora, *Arias Montano*, pp. 45-46 y 49.

<sup>78</sup> Esta cuestión de la referencialidad la analiza Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos».

<sup>79</sup> El aforismo prosigue «En los castigos y condenaciones de los bassallos, no se entrometan los Principes, ni den voto en ellas, sino dejen al Consejo, y Juezes ordinarios que conozcan de las causas, y las determinen por derecho, [fol. 35v] pero las mercedes y buenas obras, todas han de salir de su mano y [...] assi lo executava Carlos V» *Sentenzias de diferentes authores*, fol. 35r.

<sup>80</sup> Ibid, fols. 77v, 132v y 163v.

incorporan también citas provenientes de libros de lugares comunes impresos, en concreto del muy difundido de Juan de Aranda, aquí reutilizado para integrar una colección manuscrita<sup>81</sup>.

Lo interesante de las citas de Tácito de este cuaderno es que forman parte, como dije, de un conjunto de extractos provenientes de obras marcadamente políticas. Las obras en castellano son *El gobernador cristiano* de Juan Márquez, las *Empresas* de Saavedra Fajardo, *Los Discursos políticos* de Pedro Fernández Navarrete y la «Epístola de Lelio Peregrino a Stanislao Bobio» que se incluye en esa misma obra<sup>82</sup>. Aparecen también el *Consejo y consejero de príncipes* de Lorenzo Ramírez de Prado, los *Aforismos políticos* de Eugenio de Narbona y la *Política para corregidores y señores de vasallos* de Jerónimo Castillo de Bobadilla<sup>83</sup>. La especialización singularmente política del conjunto se confirma con la aparición de libros tales como el *Príncipe perfecto* de Andrés Mendo<sup>84</sup>, la «Amistad de Principes por D. Fadrique Moles»<sup>85</sup> y «El político cristianissimo»<sup>86</sup>. No podía faltar, y merece mencionarse aparte, la «Política de Justo Lipsio» que aparece citada a partir de la traducción castellana de Bernardino de Mendoza y conserva, al igual que ocurría con los aforismos a Tácito, una doble indicación de autoría en los extractos<sup>87</sup>.

---

<sup>81</sup> La frontera entre lo impreso y lo manuscrito se demuestra especialmente flexible en la composición de libros de lugares comunes, tal y como señalo en el siguiente apartado, en el que hay otros ejemplos de reutilización de Juan de Aranda, *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias*. Sevilla: Iuan de Leon, a costa de Diego Vazquez, 1595. Otro libro de lugares comunes impreso en castellano (aunque traducido del italiano) es Diego Agreda, *Lugares comunes de letras humanas: contiene las historias, fabulas, provincias, ciudades, montes, rios, mas famosos, y conocidos del mundo traducido de Toscano en Castellano por Diego Agreda*. Madrid: viuda de Alonso Martín, 1616.

<sup>82</sup> Juan Marquez, *El governador christiano*. Salamanca: Francisco de Cea Tessa, 1612; Diego Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*. Múnich: Nicolao Eurico, 1640; Pedro Fernandez Navarrete, *Conservacion de monarquias y discursos políticos sobre la gran consulta que el Consejo hizo al señor rey don Filipe Tercero*. Madrid: Imprenta Real, 1626. La epístola también se publicó por separado en Madrid: Imprenta Real, D. Teresa Iuntí, impressora, 1625.

<sup>83</sup> Lorenzo Ramírez de Prado, *Consejo y consejero de príncipes*. Madrid: Luis Sánchez, 1617; Eugenio Narbona, *Dotrina politica civil escrita por Aphorismos sacados de la dotrina de los Sabios, y exemplos de la experiencia*. Madrid: Viuda de Cosme Delgado, 1621; Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores y señores de vasallos*. 2 vols. Madrid: Luis Sanchez, 1597.

<sup>84</sup> Andrés Mendo, *Príncipe perfecto y ministros aiustados: documentos politicos y morales...* Salamanca: Diego de Cosio, 1657.

<sup>85</sup> Seguramente se trata de Fadrique Moles, *Audiencia de principes*. Madrid: Imprenta Real, 1637.

<sup>86</sup> *El político cristianissimo o Discursos políticos sobre algunas acciones de la vida del Eminentissimo señor Cardenal duque de Richelieu* [por el Capitán M. F. de Villareal]. Pamplona: Iuan Antonio Berdun, 1642.

<sup>87</sup> Justo Lipsio, *Los seis libros de las politicas o doctrina civil de Iusto Lipsio*. Madrid: Imprenta Real, a costa de Estevan Borgia, 1604. Ejemplo de esta doble autoría es la anotación siguiente: «Política de Justo Lipsio. l. 4 fº. 134. Donde esta apoderado el deseo desordenado de las riquezas alli no florece disciplina ni orden, ni valen las buenas artes e instituciones =Salustio aces=», *Sentenzias de diferentes authores*, fol. 5v.

Los libros italianos de tema político tienen un enorme peso en este conjunto. De Virgilio Malvezzi se cita «Retrato del Privado político», seguramente a partir de la edición italiana, en la que el adjetivo «político» aparece antes que el de «cristiano» (al contrario de lo que ocurre en la edición en castellano)<sup>88</sup>. Junto a esta obra se encuentran referencias a unos «advertimientos políticos» de Guicciardini, a los «Advertimientos civiles del Lotini», y a ciertos «Conceptos políticos S<sup>n</sup>sobino [Sansovino]», los tres provenientes de una misma obra<sup>89</sup>. También resulta llamativa la aparición de unos «Razonamientos políticos de Jusepe Matheaci»<sup>90</sup> y de una «Politica Maxima de Matheo Peregrini»<sup>91</sup>. Algún autor hispano aparece en traducción italiana, como se deduce del título «Aviso de favorecidos, Guevara obpo. de mondoñedo», que apunta hacia la edición italiana del libro de Antonio de Guevara, publicada bajo el título de *Aviso de favoriti et dottrina de cortigiani*<sup>92</sup>. También hay entradas procedentes de obras francesas traducidas al italiano, como el «Savio Politico del Baron de Potes»<sup>93</sup>, y otros libros italianos de historia, biografía, etc.

Entre las obras históricas destaca Pierre Matthieu (conocido como Pedro Mateo en España) cuyas obras históricas y de corte biográfico tienen una clara vertiente de interpretación política. Del autor francés aparecen las obras siguientes: «Elio Seyano», nuevamente «traducido en italiano del Academico elado»; la «Vida de Phelipa Catanea» traducida por el mismo; la «Historia de luis XI»; el «Juicio Politico»; el «Espejo de la

---

<sup>88</sup> Virgilio Malvezzi, *Il ritratto del privato politico christiano. Estratto dall'originale d'alcune attioni del Conte Duca di S. Lucar. Escrito alla Cattolica Maestrá di Filippo IV. il Grande*. Bologna: Giacomo Monti e Carlo Zenero, 1635.

<sup>89</sup> *Propositioni ouero considerationi in materia di cose di Stato, sotto titolo di Auuertimenti, Auuedimenti Ciuili, [et] Concetti Politici* / di M. Francesco Guicciardini, M. Gio. Francesco Lottini, M. Francesco Sansouini. Venecia: Altobello Salicato, 1583. Se reeditó nuevamente en 1608 por el mismo impresor veneciano.

<sup>90</sup> Giuseppe Mattheacci, *Ragionamenti politici ornati di dottrina civile, et militare, con esempi antichi, et moderni da pietro suo figliuolo raccolti*. Venetia: Santo Grillo, e fratelli, 1613.

<sup>91</sup> Matteo Peregrini, *Politica massima cioé declamationi politiche di Matteo Peregrini. Nella quale i supremi interessi de i prencipi, e popoli insieme, vengono per nuoua potentissima guisa seriosamente trattati*. Venecia: Pietro Turini, 1640.

<sup>92</sup> Antonio de Guevara *Aviso de favoriti et dottrina de cortigiani con la commendatione de la uilla, opera non meno utile che delecteuale, tradotta nouamente di Spagnolo in italiano per Vincenzo Bondi mantuano*. Venecia : Michele Tramezzino, 1544. Este libro fue reeditado en Venecia por Comin da Trino di Monferrato en 1562 y por Domenico Fatti en 1581. En este cuaderno la obra se cita como «aviso de favorecidos», lo que subraya la procedencia italiana, ya que en Madrid se imprimió con el título *Aviso de privados y doctrina de cortesanos compuesto por... D. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo*. Madrid: viuda de Melchor Alegre, 1573.

<sup>93</sup> Se debe de tratar de *Résolutions Politiques et Maximes d'Etat du Sr Jean de Marnix, Baron de Potes &c*. Ruán: Jean Pain, 1620, que fue traducida al italiano como *Il savio politico*. Venecia: Cristoforo Tommasini, 1638.

evidencia política»; y, finalmente, la «Historia de Francia»<sup>94</sup>. Sobresale también en esta lista la «Oficina historica de Astolfi», conjunto de ejemplos extraídos de la historia<sup>95</sup>. Completan la lista la «historia de Carlos V de fray Prudencio de Sandoval»<sup>96</sup> y otras dos obras más en italiano: la «Guerra de genoveses contra el rey don Alfonso de Aragon Don Ju° Ag<sup>n</sup>. de la lengueuella»<sup>97</sup> y la «Historia de Portugal» de Birago<sup>98</sup>.

En el apartado de las biografías este cuaderno incluye citas de la «Vida de Alex<sup>do</sup> 3° Pontifice por Ju° fran<sup>co</sup> loredano»<sup>99</sup> y la «Vida de Valstain del conde de Gualdo»<sup>100</sup> y de la *Agripina Menor* de «Francesco de' Conti Berardi Capocio &c», una historia de los primeros emperadores romanos que interpreta buena parte de los hechos narrados por Tácito en *Anales* e *Historias* en clave cortesana<sup>101</sup>. En el cuaderno también se incorporan algunas citas provenientes de la genealogía histórica de la casa de Este escrita por Francesco Berni<sup>102</sup>. Este conjunto no estaría completo sin dos obras acerca de la educación de los príncipes como son «Ayos y Maestros de los Pr<sup>es</sup> de Castilla»<sup>103</sup>

---

<sup>94</sup> Pierre Matthieu: *Elio Seiano di Pietro Mattei historiografo del re' cristianissimo. Tradotto dal francese, nella lingua italiana, dal Gelato Academico Humorista*. Ferrara: eredi di Vittorio Baldini, 1619 (Esta primera edición, al igual que algunas posteriores también contiene la obra *Historia delle prosperita infelici d'vna femmina di Catanea Gran Siniscalca di Napoli*). Seguramente el resto de obras también se consultó en ediciones italianas, como la que explica las citas a la «historia de Luis XI», al «juicio político» y al «espejo de la evidencia política»: *Giuditio politico sopra la vita di Luigi 11. re di Francia del sig. Pietro Mattei... Tradotto con ogni fedelta di francese in italiano dal M.R. sig. D. Girolamo Canini d'Anghiari;... A cui s'e aggiunto Lo specchio della scienza politica formato delle massime piu sententiose del detto Mattei: Dedicato al ... signor Roberto Canonici*. Venecia: Barezzo Barezzi, 1628. *Historia di Francia, et delle cose memorabili occorse nelle prouincie straniere ne gl'anni di pace del regno del re christianissimo Henrico 4. il Grande. Re di Francia, e di Nauarra. Diuisa in sette libri. Di Pietro Mattei historiografo regio. Tradotta di francese in italiano dal sig. conte Alessandro Senesio*. Brescia: Bartolomeo Fontana, 1623.

<sup>95</sup> *Della officina istorica di Gio. Felice Astolfi libri III : nella quale si spiefano essempli notabilissimi, antichi & moderni, 'a virt'u & 'a diffetto pertinenti... con un' affiunta della pi'u curiose istorie e de' pi'u vaghi essempli che si possano Legger nel proposito di costumi*. Venecia: Sessa, 1605.

<sup>96</sup> Prudencio de Sandoval, *Primera parte de la vida y hechos del emperador Carlos Quinto*. Valladolid: Sebastián de Cañas, 1604; Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. Pamplona: Bartholome Paris, 1614.

<sup>97</sup> Giovanni Agostino Lengueglia, *Guerre di Genovesi Contro Alfonso Re di Aragona*. Génova: Calcuzani, 1643.

<sup>98</sup> Giovanni Battista Birago, *Historia delle rivoluzioni del Regno di Portogallo, per lequali la corona è stata trasferita del Rè di Castiglia al Duca di Braganza, Giovanni IV*. Génova: Stefano Gamoneto, 1646.

<sup>99</sup> Giovanni Francesco Loredano, *Vita di Alessandro III. Pontifice Massimo*. Venecia: Larzina, 1637.

<sup>100</sup> Galeazzo Gualdo Priorato (conde de), *Historia della vita d'Alberto Valstain duca di Fritland*. Lyon: Jean-Ayme Candy, 1643.

<sup>101</sup> Francesco de' Conti Berardi Capocio Cuccino, *Agrippina minore, e mutatione dell'imperio de' primieri cesari*. Venecia: Giunti e Baba, 1647.

<sup>102</sup> «Mem<sup>a</sup> estense de fran<sup>co</sup> Berni»: Francesco Berni, *De gli eroi della serenissima Casa d'Este ch'ebbero il dominio in Ferrara- Memorie di Francesco Berni al serenissimo signor Duca Francesco d'Este duca di Modona, Reggi...* Ferrara: Francesco Suzzi, 1640.

<sup>103</sup> Rodrigo Méndez Silva, *Breve, curiosa, y aiustada noticia, de los ayos, y maestros, que hasta oy han tenido los Principes, Infantes, y otras personas reales de Castilla*. Madrid: viuda de Iuan Martin del Barrio, 1654.

y la «Instrucción de Principes del S<sup>or</sup> de la Mota», en traducción italiana del original<sup>104</sup>. Cabe mencionar en último lugar los «Discursos morales de Agustín Mascardi»<sup>105</sup> y una versión satírica y en verso de la educación: el «Gov[iern]no Moral, Jacinto Polo de Medina»<sup>106</sup>.

Las citas de textos bíblicos provienen fundamentalmente de las epístolas de san Pablo a los Romanos y Corintios. También aparecen citadas las *Confesiones* de san Agustín, a las que se suman las entradas provenientes de sermones, presenciados directamente por el compilador en el caso ya mencionado, u obtenidas de sermonarios impresos, como por ejemplo el de «Albricio sermon seg<sup>do</sup>». Aparecen citadas también toda otra serie de obras de carácter teológico o religioso como son la *Diferencia entre lo temporal y eterno* de «Eusebio Norimberg»<sup>107</sup>; El jesuita Alemán Jeremías Dressellio es uno de los autores mejor representados, con nada menos que seis obras diferentes, «Consideraciones de la eternidad»; «el infierno» (o «leña del infierno»), «anuncio de la muerte», «Daniel», «tribunal de cristo» y «Faetón del mundo»<sup>108</sup>. Completan la lista la «Prefaccion a la apolegia de Tertuliano por fr. Pedro Manero»<sup>109</sup>, la «Vida de Tobias de D<sup>n</sup> Luis Mancini»<sup>110</sup> y la «Dorotea del obpo. de Belay»<sup>111</sup>.

El cuaderno de lugares comunes de Sarmiento de Mendoza y este otro cuaderno, copiado en forma de libro de sentencias, difieren en varios aspectos importantes. Una de esas diferencias atañe a la lengua en que se hicieron las lecturas y recogieron los extractos: Sarmiento de Mendoza leía fundamentalmente en latín, mientras que el cuaderno de *Sentencias* se compone a partir de la lectura de textos en vernáculo, con una importante presencia de obras (y traducciones) en italiano. La inmediatez de las

---

<sup>104</sup> Seguramente se trata de la traducción al italiano de François de la Mothe le Vayer, *Instruzione de' Principi, transp. dal franc. per Mutio Ziccatta*. Venecia: P. Baglioni, 1647.

<sup>105</sup> Agustino Mascardi, *Orationi et discorsi del sig.r Agostino Mascardi*. Milán: Gio. Battista Bidelli, 1624-1626. No he logrado identificar las siguientes menciones: «Quien adivina es sabio D<sup>n</sup> Secondo Lanceloti, Abad olivetano»; «Discursos del canales»; y

<sup>106</sup> Jacinto Polo de Medina, *A Lelio : gouierno moral*. Murcia: Miguel Lorente, 1657.

<sup>107</sup> Juan Eusebio Nieremberg, *De la diferencia entre lo temporal y eterno*. Madrid: María de Quiñones, 1640.

<sup>108</sup> Jeremias Drexel (Drexellius): *Considerationi dell'eternita*. Roma: Mascardi (a spese di Blasio Diuersino e Zanobio Masoti), 1652; *Del inferno, prigionie e rogo dell'eternità*. Roma: Hermann Scheus, 1641; *Il foriero dell'eternita, messaggero della morte*. Roma: per il Mascardi, ad istanza di Hermann Scheus, 1642; *Il Daniello Prencipe de profeti descritto & arichito con moralità dal P. Geremia Dresselio*. Roma: Hermann Scheus, 1645; *Il Tribunal di Christo*. Roma: Hermano Scheus, 1643; *Faetonte del mondo, cioe Le vniuersali rouine della lingva*. Roma: Hermann Scheus (nella stamperia di Lodouico Grignani), 1644;

<sup>109</sup> *Apologia de Quinto Septimio Florente Tertuliano... contra los gentiles en defensa de los christianos... traducida por el P. F. Pedro Manero*. Zaragoza: Diego Dormer, 1644.

<sup>110</sup> Luigi Manzini, *Vita di Tobia*. Roma: Pietro Antonio Facciotti, 1637. No he logrado identificar otra obra de Manzini citada como «Scrivir negado al sabio. Mancini».

<sup>111</sup> No he logrado identificar esta obra.

lecturas de Sarmiento de Mendoza, cuyos extractos provienen mayoritariamente de los textos originales contrasta con la recolección mediada que existe en este segundo cuaderno, en el que se emplearon ocasionalmente compilaciones impresas previas como las de Juan de Aranda, los *Aforismos* atribuidos a Montano, o las *Políticas* de Lipsio. Los temas abordados en las distintas rúbricas y el corpus de libros a partir de los cuales fueron compuestos también son notablemente diferentes.

El segundo cuaderno lo he analizado como una «biblioteca», empleando el término de modo metafórico, como uno más de los repertorios ideales o reales, con los que se generan conjuntos de libros agrupados con cierto sentido. En este caso es una biblioteca política y cristiana, que puede compararse a la biblioteca alta de Felipe IV en el Alcázar madrileño. La importancia de hallar a Tácito en este punto es comprobar una especie de punto de llegada del interés suscitado por sus obras desde el siglo XVI en adelante. Analizado desde este punto de vista, la biblioteca en la que se inserta a Tácito en el primer cuaderno es bastante distinta. Se corresponde bastante bien con el corpus de autores clásicos que un erudito humanista debía de manejar. Esto no impide, sin embargo, un uso político de Tácito, que he analizado con la rúbrica reyes.

En ambos se recogen sin embargo cierto número de extractos de lectura provenientes de Tácito, el único autor, junto a Justo Lipsio, que se repite en los dos cuadernos. Los paralelos con las anotaciones marginales estudiadas en el capítulo anterior son claros: la lectura política desborda las prácticas propias de otra más humanista y de igual manera la especialización de un repertorio político supone la inserción de Tácito en un contexto que, si bien podía darse en un cuaderno de lugares comunes de intereses más eruditos, no podía darse en una versión tan extremada. En términos de recepción esto no sólo demuestra la incorporación de Tácito en distintos contextos, y la variedad de significados que de ello se deriva, sino que además pone de relieve la importancia de comprender estas prácticas de lectura y anotación de textos como parte integrante del proceso de creación del significado de esos textos en los siglos XVI y XVII.

Los testimonios de lectura que constituyen estos dos cuadernos remiten a las prácticas idiosincrásicas de un determinado lector, pero nos transmiten algunas informaciones generalizables sobre los modos en que se leyeron las obras a partir de las cuales fueron compuestos. En este sentido, destacan por ofrecer un testimonio de las múltiples lecturas que cabían en un mismo texto. Tácito fue leído bajo unos presupuestos que promovían la segmentación del texto en distintos apartados; esta

disposición no es siempre previsible y no hace necesariamente justicia a la estructura o la temática general del texto a partir del cual se obtuvieron, en este caso los *Anales* e *Historias* de Cornelio Tácito. De modo paralelo, el sistema provoca la vinculación de distintos textos, en ocasiones de carácter muy diferente, bajo la misma rúbrica. Si el texto de Tácito podía servir para discutir sobre la mujer, los cenotafios, la fidelidad o la infidelidad, también cabía desmenuzarlo para ilustrar un discurso sobre las leyes suntuarias. Juan de Santa María, en su tratado de *República y policía cristiana* (1615), propuso que el ejemplo de los reyes sería un «remedio contra los excesos, y demasias» en los gastos suntuarios y, al igual que en otros puntos de su obra (que analizo en detalle en el capítulo 5), empleó varias citas de Tácito para apuntalar su tesis<sup>112</sup>. Este aprovechamiento de Santamaría no sólo muestra la variedad de usos que podían darse a determinados extractos de lectura, sino también la potencial pérdida de sentido del texto así empleado. Esto no lo demuestra el ejemplo de Santamaría citado, sino otro lector y traductor de Tácito, Antonio de Herrera, quien utilizaba a Tácito para ilustrar esta cuestión en sentido contrario. Si para Santamaría los testimonios de Tácito servían para demostrar la importancia del ejemplo real en la contención del gasto suntuario, Herrera usaba de ellos para proponer una visión condescendiente sobre el aumento progresivo de los gastos suntuarios<sup>113</sup>.

Como ponen de manifiesto los ejemplos anteriores, la lectura recabada en las páginas de un cuaderno de lugares comunes se relacionaba estrechamente con la composición de obras nuevas. Este sistema «reducía el leer a futura cita» y establecía un sistema de recuperación y aprovechamiento de lo leído en que primaba la clasificación temática establecida por el lector frente a la estructura del texto del que originalmente se extrajo la cita<sup>114</sup>. Gracias a este sistema de organización de la información, bien definido

---

<sup>112</sup> «Del emperador Tiberio Cesar dize Tacito, que con decreto del Senado prohibio a los hombres ropas de seda, diziendo que se aseavan con trajes afeminados» (p. 455); «Esta doctrina enseñò Tacito, dando la causa de la templança, y moderacion que huvo en tiempo del Emperador Vespasiano, en vestidos, y comidas, y en la viciosa superfluidad destes vicios» (pp. 456-457), Santa María, *Tratado de republica y policia christiana*.

<sup>113</sup> Antonio de Herrera, *Discursos morales, políticos é históricos ineditos de Don Antonio de Herrera*. Madrid: Imprenta de Ruiz, 1804. [Dedicatoria y prólogo por D. Juan Antonio de Zamácola (Juan de Izaga Ocerín).], *Discurso y tratado de que la felicísima Monarquía castellana fue acrecentando su Imperio por los mismos modos que la República Romana*: «El Emperador Tiberio dixo que no era tiempo de reformar las desórdenes de la Ciudad, pero que si habia corrupción de costumbres procuraria de corregillas» (p. 199); «usando los Reyes de su Real benignidad consoláron á los hombres, como hizo el Emperador Tiberio, permitiendo lo que es necesario para recreacion del ánimo, comodidad del cuerpo, y conservacion de la salud» (p. 205),

<sup>114</sup> Bouza Álvarez, *Comunicación, conocimiento y memoria*, p. 84: «Se trataba, así, de un sistema que reducía el leer a futura cita y se encontraba directamente relacionado con la lectura de las *auctoritates*,



en la preceptiva de la época que analizaré a continuación, la lectura quedaba preparada para convertirse en una nueva obra, en sermón u oración en público, o simplemente para aprovecharse como guía personal. La lectura de Tácito proyectó con renovado impulso sus textos, hacia una nueva circulación.

## 2.2 La preceptiva de la lectura anotada

Los lectores de la edad moderna habían aprendido a leer y a componer estos cuadernos de anotaciones desde sus primeras etapas como escolares. Estos cuadernos son fruto del desarrollo didáctico propio del humanismo: su configuración y organización están originados por un intento de acceder al pasado clásico no sólo estilísticamente, sino en toda su amplitud. Se trata de «auxiliares humildes», pero sin los cuales «el análisis más concienzudo no habría tenido ningún objeto»<sup>115</sup>. Por otra parte, la técnica de los lugares comunes está vinculada a la recuperación de los textos retóricos de la Antigüedad ya que las distintas versiones de la argumentación y la prueba contempladas por los retóricos clásicos ayudaron a replantear la lectura como actividad para la obtención de pruebas argumentales y guía de acción.

Hablar de la tradición de teorías retóricas disponibles a la altura del siglo XVI es una tarea muy compleja. Francis Goyet ha señalado acertadamente que el corpus de preceptiva retórica «nos reenvía, de modo casi inconsciente, si no a la noche de los tiempos, sí al menos a los orígenes de la retórica occidental» y que este corpus además «no es uniforme más que en apariencia»<sup>116</sup>. Tanto Robert Bolgar como Ann Moss han mostrado, por otra parte, que la particular fortuna de estos cuadernos de lugares comunes no puede entenderse sin comprender los precedentes medievales y los desarrollos en la pedagogía del latín ocurridos a finales del siglo XV<sup>117</sup>. Moss y Goyet coinciden en la importancia de la retórica y la lógica aristotélicas, las retóricas de

---

aunque, superando su origen escolástico, se hacía realidad práctica en numerosos cartapacios y libros de memoria o *excerptae* manuscritos».

<sup>115</sup> Robert R. Bolgar, *The classical heritage and its beneficiaries from the Carolingian age to the end of the Renaissance*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977, p. 269. Según Grafton, Bolgar mostró «que el cuaderno de notas era la clave humanística para todas las mitologías»; Anthony Grafton, *What was history? The art of history in early modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007, p. 208.

<sup>116</sup> Francis Goyet, *Le sublime du «lieu commun». L'invention rhétorique dans l'Antiquité et à la Renaissance*. París: Honoré Champion, 1996, p. 10. Goyet se preocupaba en este punto por determinar el «terminus a quo» de su investigación.

<sup>117</sup> Moss, *Printed commonplace-books*. trata con amplio detalle los precedentes medievales de los cuadernos de notas, especialmente capítulos 2 y 3. Bolgar, *The classical heritage*, pp. 265-275. analiza la popularización de este nuevo método de estudio, concediendo un papel central a Guarino de Verona (p. 270).

Cicerón y Quintiliano o la de Boecio, y efectúan un recorrido genealógico por tales textos. En lo tocante a la técnica de los lugares comunes en el renacimiento estos tres autores han hecho hincapié en el papel de Rudolf Agricola y Erasmo de Rotterdam a la hora de dar forma y popularizar un modo de leer que será el de varias generaciones de estudiantes europeos de la edad moderna. Probablemente, la mejor definición de la dialéctica entre antigüedad e innovación en el método de los lugares comunes sea sin embargo la de Ann Blair, para quien «Definiéndolo estrictamente el cuaderno de lugares comunes (*commonplace book*) es una innovación humanística, pero como la mayoría de las prácticas renacentistas adaptaba un concepto con un glorioso pedigree antiguo para acomodarse a necesidades contemporáneas, en este caso didácticas»<sup>118</sup>.

*De ratione studii*, ha señalado Ann Moss, se enmarca en la «tradicción de los programas de estudio y consejos a profesores compuestos por los humanistas italianos del siglo XV»<sup>119</sup>. En esta obra, Erasmo expresa el modo en que se debe leer del siguiente modo: «Al leer los autores irás observando metódicamente la aparición de palabras sorprendentes, dicción arcaica o novedosa, argumentos elaborados con inteligencia o bien adaptados, destellos de estilo brillantes, adagios, ejemplos y consideraciones concisas dignas de ser memorizadas»<sup>120</sup>. Estos pasajes deben de ser anotados, marcados de modo apropiado con una serie de signos que deben usarse sistemáticamente, de modo que resulte claro a que refiere cada uno de ellos. El objetivo de este método de lectura es tanto asegurar que los libros se lean atentamente y se entienden en profundidad, así como el procesamiento de esta información para su memorización<sup>121</sup>.

El resultado la lectura (entendida como la búsqueda anteriormente descrita) debe ser organizado convenientemente y para ello Erasmo considera que, «para hacer esto con el mayor fruto, debe en primer lugar proveerse de lugares y secciones claramente definidas y de procedimientos sistemáticos elaborados con este propósito, de tal manera que cada vez que se tope con alguna cosa digna de ser anotada, pueda escribirla en la

---

<sup>118</sup> Ann Blair, «Humanist methods in natural philosophy: the commonplace book»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 53, n.º. 4, (1992), p. 541.

<sup>119</sup> Tanto *De ratione studii* como la obra *De formando studio* de Rudolf Agricola tienen la forma de una epístola a un personaje concreto sobre la manera de aprovechar en el estudio; Moss, *Printed commonplace-books*, p. 102.

<sup>120</sup> Citado en *Ibid.*

<sup>121</sup> Grafton, *Commerce with the classics*, p. 154. Señala, al hilo de este pasaje, que a pesar de todo Erasmo no depositaba tanta fe como sus contemporáneos en los complicados teatros de la memoria simbólicos. Ann Blair, «Note taking as an art of transmission»; en *Critical Inquiry*, vol. 31 (2004), p. 97. apunta la existencia de una hostilidad general entre los pedagogos que componen métodos de anotación y los autores de «artes de memoria».

sección apropiada»<sup>122</sup>. Este material así recogido y organizado, estas colecciones de extractos, ocupan un lugar fundamental en los procedimientos de enseñanza recomendados en el *De studii* y, como indica Ann Moss, pasa al primer plano precisamente en el punto en el que el énfasis se traslada de la lectura y la memorización a la producción<sup>123</sup>.

Rudolf Agricola ya había dejado claro que la ganancia que se obtiene con la lectura atenta y cuidadosa se materializa en la producción de algo nuevo<sup>124</sup>. Moss ha subrayado que para Agricola «lo importante es ser productores de nuevo conocimiento, tanto en el sentido de poseer una respuesta preparada ante cualquier interrogación como en el sentido de encontrar (*invenire*) y crear algo que podamos llamar propiamente nuestro»<sup>125</sup>. Para ello Agricola propone la sistematización de los cuadernos en los que se recogen las lecturas y su organización de acuerdo con encabezamientos temáticos. Estos encabezamientos son de carácter fundamentalmente moral y no están organizados alfabéticamente, sino por antítesis («*vitius*» y «*virtus*», «*vita*» y «*mors*»...), lo que según Ann Moss «apunta directamente a las líneas de argumentación asociadas con la retórica deliberativa y demostrativa, a los lugares de lo honorable y lo útil, de la alabanza y la acusación, detallados, amplificadas y aplicados por los historiadores, poetas y orador a partir de los que el estudiante de Agricola debe aprender su filosofía»<sup>126</sup>. La lectura atenta de estos autores debe ir acompañada, por lo tanto de la extracción de pasajes que se colocarán bajo tales encabezamientos pues se debe tener al alcance de la mano no sólo los temas de nuestro discurso filosófico, sino abundantes materiales para citar o expandir<sup>127</sup>.

La importancia del desplazamiento que Agricola encabeza es de hecho la analogía entre los lugares dialécticos (o procedimientos de búsqueda de argumentos) y las rúbricas de lugares comunes mediante las cuales se ordena y recolecta el material del cuaderno. Agricola abole la separación entre lugares dialécticos y retóricos, entre argumentos de validez universal y argumentos válidos para particularidades de personas

---

<sup>122</sup> La cita de Erasmo en Moss, *Printed commonplace-books*, p. 103. Moss señala que Erasmo no se extiende aquí sobre los principios organizativos del cuaderno sino que refiere al lector al *De copia*. Bolgar, *The classical heritage*, pp. 273-274. analiza el *De copia*, subrayando que esta obra «en cierto sentido nos proporciona una clave para todo el humanismo».

<sup>123</sup> Moss, *Printed commonplace-books*, p. 103.

<sup>124</sup> *De formando studio*, compuesta en 1484 pero publicada en 1508. Ibid, p. 77.

<sup>125</sup> Ibid, p. 75.

<sup>126</sup> Ibid, p. 76.

<sup>127</sup> Ibid.

y cosas»<sup>128</sup>. «En los cuadernos organizados por encabezamientos no sólo se debían de recoger cosas, sino también palabras, y, sobre todo, las palabras de los autores clásicos tal y como se empleaban en el arte de la persuasión»<sup>129</sup>.

Pese a la amplitud de sus estudios, ni Moss ni Goyet han extendido consistentemente sus investigaciones hasta la península ibérica. En España la presencia de esta técnica de lectura en obras de didáctica de la retórica dialoga con Erasmo o Agrícola, al tiempo que ofrece aportaciones propias<sup>130</sup>. Analizaré en primer lugar dos ejemplos de mediados del siglo XVI que destacan por su tono didáctico, uno en castellano y otro en latín. Los dos ejemplos siguientes (último cuarto del XVI), provienen de la *Retórica eclesiástica* de Luis de Granada, que también enseña esta misma técnica y de la retórica de Juan de Guzmán, en la que se aprecia la circulación entre libros de lugares comunes impresos y manuscritos. La vigencia y vitalidad de esta técnica en territorio hispánico son innegables: esta manera de leer forma una parte esencial del aprendizaje escolar y configurará la estructura del conocimiento en la edad moderna, siendo una clave para comprender algunos aspectos de la composición de nuevas obras.

En 1541 Miguel de Salinas dedicó al entonces príncipe Felipe II una retórica en castellano, la primera de las publicadas en esta lengua<sup>131</sup>. Acompañando a dicha retórica Salinas hizo imprimir una explicación pormenorizada de los procedimientos materiales para conservar y organizar los extractos de lectura para su utilización posterior, o —según dice el título original— a la «Forma que se deve tener en sacar los exemplos y sentencias de los autores que se leen, de manera que se apliquen a todos los propositos que se pueden hazer y se pongan por orden que de suyo se offrezcan cuando fueren menester»<sup>132</sup>. El objetivo de este modo de lectura y organización era doble: en primer lugar se trataba de tener esos materiales «tan aparejados y a punto que en qualquier

---

<sup>128</sup> Ibid, p. 78. Una versión algo menos entusiasta del desarrollo planteado por Agrícola en Bolgar, *The classical heritage*, p. 272.

<sup>129</sup> Moss, *Printed commonplace-books*, p. 78.

<sup>130</sup> Goyet, *Le sublime du «lieu commun»*, p. 28. sitúa los límites geográficos de su investigación en «la France entre pays du Nord et Italie». Moss, *Printed commonplace-books*, aunque no contempla en profundidad la península ibérica, tiene en cuenta algunos desarrollos de la técnica por parte de la pedagogía jesuita que incluyen algunos autores hispanos.

<sup>131</sup> La edición Miguel de Salinas, *Retórica en lengua castellana*. Nápoles: L'Orientale, 1999. [Edición, introducción y notas de Encarnación Sánchez García.] cuenta con una detallada introducción al contexto de la retórica de Salinas e interesantes datos biográficos sobre el autor.

<sup>132</sup> Miguel de Salinas, *Rhetorica en lengua castellana*. Alcalá de Henares: Juan de Brocar, 1541. El título que se da a esta segunda parte de la obra en la portada del libro no por ser más conciso es menos significativo: «Tratado de la forma que se deve tener en leer los autores: y sacar dellos lo mejor para poderse dello aprovechar quando fuere menester».

materia que se quiera hablar se offrezcan de suyo todos los ejemplos y buenos puntos que de qualquier autor de los que hemos leydo y de todos juntos se pudo colligir»<sup>133</sup>; en segundo lugar, el método permite que no haya necesidad (o la haya muy pocas veces) de «tornar a leer el autor que una vez esta leydo» puesto que este método permitía guardar «todo lo bueno» de cada autor y lograr que la memoria quedase «muy confirmada»<sup>134</sup>.

Para la consecución de ambos objetivos la técnica preveía la confección de un «libro blanco» organizado mediante una tabla. Salinas detalla una, que es la que usa él mismo, si bien «puede cada uno ordenar segun mejor le pareciere»<sup>135</sup>. Al contrario de lo que pudiera parecer «a prima facie que mejor fuera poner los titulos por orden del abecedario» se ha preferido una ordenación propia de acuerdo con las «virtudes morales y theologales poniendoles sus contrarios y especies»<sup>136</sup>, seguramente muy adecuada para el uso y necesidades, fundamentalmente teológicas y de predicación, de este autor<sup>137</sup>.

Para una recuperación adecuada de la información, esta primera tabla debía disponerse en varias columnas, en las que se desplegaría sucesivamente la estructura o «artificio» elegido. El ejemplo de tabla propuesto por Salinas contiene en la primera columna títulos tales como «De las virtudes en general» o «de las virtudes morales» y en la segunda títulos que van precisando los anteriores (especies) o que son sus contrarios, tales como «prudencia verdadera», «prudencia mala», «memoria», que forman parte de la prudencia, u «olvido», que es el contrario de la memoria. El resto de la estructura del libro que se está confeccionando se desarrollará columna tras columna, de acuerdo con el orden de aparición de las distintas materias. Tras cada uno de estos títulos (agrupados ahora por columnas) debe indicarse el número de hoja que ocupa en el cuaderno que se está confeccionado<sup>138</sup>.

Junto a esta primera tabla se confeccionará otra por orden alfabético, como un recurso si «por ventura la orden no se entendera bien, o entendida se olvidara y turbe de manera que no se acuerde en qué parte de toda la tabla se trata de aquella materia y sus

---

<sup>133</sup> Salinas, *Retórica en lengua castellana*, p. 188. fol. ciii v

<sup>134</sup> Ibid, p. 188. fol. ciii v-ciiii r.

<sup>135</sup> Ibid, p. 198. fol. cx r. Salinas vuelve a insistir en la p. 207 (fols. cxvi v- cxvii r): «esta tabla no la pongo por tal que no deve aver otra. Por muchas maneras se podía ordenar que tuviera los mismos titulos, y assi la deve hazer qualquiera segun bien le estuviere. Yo puse la que tenia hecha para mi por dar muestra y ayudar».

<sup>136</sup> Ibid, p. 199. fol. cx v.

<sup>137</sup> Salinas pasó la mayor parte de su vida en el monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, de la Real Orden de san Jerónimo, Ibid, p. VII.

<sup>138</sup> Ibid, p. 207. fol. cxvi v, para toda la explicación sobre como construir esta primera tabla.

semejantes»<sup>139</sup>, tanto en el caso de querer buscar algo ya anotado como si quisiéramos anotar algo nuevo. En esta segunda tabla no se debe indicar por tanto el número de hoja del cuaderno sino la columna de la primera tabla; es decir, esta tabla sirve de índice alfabético para la principal<sup>140</sup>. Finalmente, a modo de encabezamiento de las hojas, los títulos correspondientes «se han de poner en la hoja o hojas disputadas para ellos», sin olvidar la cuestión siempre difícil que supone el dejar «para cada uno de ellos el papel blanco que se cree que podrá gastar»<sup>141</sup>.

Una vez que se ha confeccionado este cuaderno, el objetivo es irlo llenando paulatinamente con «qualquier cosa notable que topare en los autores (como es exemplo, cosa nueva y graciosamente dicha, o alguna sentencia, o comparacion, o metaphora)»<sup>142</sup>. Salinas es consciente de que en el curso de una la lectura efectuada bajo estos presupuestos y en la que los textos se examinan tan al detalle, algunos extractos pueden ser útiles para distintas materias. Por ello especifica que cuando se lee se debe aprovechar para localizar extensamente todos aquellos lugares a los que podría convenir el extracto que se anota, pues «ay muchas autoridades, y mayormente los ejemplos, que no solamente se pueden aplicar propriamente a un titulo, pero a seis y a ocho y mas»<sup>143</sup>. Miguel de Salinas también contempla el caso inverso, el de las materias que pueden dividirse y subdividirse, y observa que cuando nos encontramos ante tal situación debemos indicar tanto el título general como el subtítulo que corresponda: «Quando tengo algun axempo [ejemplo] o autoridad pongolo en el titulo general de la muerte: y en la margen señalo de letra colorada o negra con una raya debaxo poniendole un titulo especial [por exemplo, memoria de la muerte, muerte inocente, etc.]»<sup>144</sup>. Salinas sabe bien que este método de lectura es «trabajosso especialmente a los principios (y mas para quien tiene apetito de passar muchos libros, porque es cierto que no podra andar mucho y que topara con hoja que le bastara por lecion de un dia entero»<sup>145</sup> y proporciona algunos consejos para «poner ánimo» a la labor. A la hora de hacer estas recomendaciones Salinas trata de alimentar la cautela o la constancia del lector, pero de

---

<sup>139</sup> Ibid, p. 199. fol. cxi r. La misma idea la repite Salinas en la p. 207 (fol. cxvi v).

<sup>140</sup> «Hazerse ha otra tabla por la orden del a b c. y el numero que cada vocablo tuviere no señale la hoja en que esta del libro mas la coluna donde esta en la tabla», Salinas, *Rhetorica en lengua castellana*. fol. cxvi v.

<sup>141</sup> Salinas, *Retórica en lengua castellana*, p. 199. fol. cxi r.

<sup>142</sup> Ibid, p. 190. fol. ciiv v.

<sup>143</sup> Ibid. fol. ciiv v.

<sup>144</sup> Ibid, pp. 207-208. fol. cxvii r

<sup>145</sup> Ibid, p. 188. fol. ciiv r.

paso pone de manifiesto la estrecha vinculación existente entre lectura y escritura (o composición oral).

El libro de lugares comunes, aunque originado por una técnica de lectura, se proyecta hacia la composición de nuevas obras. Tal vez recogiendo la propuesta de Erasmo de que el estudiante se entrene en ejercicios en los que la composición parta de temas y arquetipos extractados por el profesor en sus lecturas<sup>146</sup>, Salinas propone que, aunque no siempre acabe por ocurrir, el lector debe en todo momento pensar que en adelante tendrá «necesidad de aquello que leo para hablarlo o escribirlo». Por esta razón es más fácil y conveniente que no deje «passar livianamente aquello que se que tengo de tornar a buscar», sino que, «con temor de no hallarlo» lo ponga de inmediato «a recaudo»<sup>147</sup>. A la hora de demostrar los beneficios de leer atentamente, anotando todo lo que puede ser de utilidad, Miguel de Salinas vuelve a mostrarnos que lectura y escritura son un continuo casi inseparable. Salinas aconseja que el lector se ejercite en la escritura «a diversos propositos con proposito de sacarlo en publico: aunque nunca lo haga». Ese ejercicio le permitirá ver, por propia experiencia, «quan gran descanso es el trabajo passado si halla a su proposito aparejado lo que algun tiempo vio: y quan gran sinsabor acodarsele que vio algo a aquel proposito y no sabe donde ni de que manera»<sup>148</sup>. Las recomendaciones concluyen señalando que la técnica de anotación descrita también redundará en una mejor comprensión de lo que se va leyendo, hasta el punto de que casi se puede llegar a aprender de memoria el texto, pues «haziendo lo que esta dicho no se passara sin entender lo que lee: y dandole mucha bueltas quando le dexa so sabe de coro o poco menos»<sup>149</sup>.

Alfonso García Matamoros publicó en 1548 un manual de retórica en el que también encontramos algunas indicaciones sobre esta misma técnica. En esta obra, la intención del catedrático de retórica de la universidad complutense era claramente didáctica: eran los estudiantes quienes «a la vez han de ser exhortados y persuadidos para que elaboren, quanto antes y diligentemente, unos índices de lugares comunes en los cuales reúnan de manera ordenada sentencias bellas y selectas de autores»<sup>150</sup>. Con

---

<sup>146</sup> Moss, *Printed commonplace-books*, p. 103.

<sup>147</sup> Salinas, *Rhetorica en lengua castellana*, fol. cx r. Salinas seguramente conocía y tal vez se inspiró en obras como el *De copia* de Erasmo de Rotterdam para componer esta preceptiva sobre los lugares comunes. Peter Rusell en ha señalado que Salinas era, al menos en 1541 de las ideas de Erasmo sobre el estilo, citado en Salinas, *Retórica en lengua castellana*, p. XII.

<sup>148</sup> Salinas, *Retórica en lengua castellana*, p. 198. fol. cx r.

<sup>149</sup> *Ibid.* fol. cx r.

<sup>150</sup> Alfonso García Matamoros, *De ratione dicendi libri duo. Los dos libros del arte de hablar*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Fundación Ignacio Larramendi, 2004. [Introducción y

este ánimo didáctico, García Matamoros consideró que el mejor modo de explicar en qué consistían esos índices de lugares comunes era ofrecer un ejemplo. En él, se individualizan cerca de 180 entradas, para materias tales como: «Prudencia», «Pudor», «Pueblo», «Paz», «Potencia», «Perfidia», «Pintura», «Poesía», «Piedad», «Patria»; o, para la letra «r», «Rey», «Reino», «Retórica», «Religión», «Ratio (Valoración)», «Rito», «Rus (Campo)», «Rumor», «Rector» y «Respublica». De acuerdo con el criterio de García Matamoros, «de esta manera será fácil encontrar los lugares comunes, que permanecen fijos en su grupo y que se han distribuido por orden alfabético»<sup>151</sup>.

García Matamoros completaba su exposición concretando en un par de ejemplos el uso de esta técnica. El tono didáctico de la obra se transforma en este punto en una queja del profesor cansado de enseñar una y otra vez lo mismo y cansado de ver las dificultades de «algunos, hasta incluso rudos y de temperamento lento, que a no ser que le introduzcas en la boca una especie de papillas, aunque se les repita mil veces, nunca lo van a percibir». Para el primer ejemplo se explica cómo debe rellenarse el rótulo «Amistad». García Matamoros especifica no sólo deben emplearse citas provenientes de lugares más o menos obvios, como el tratado *Lelio* o *De amicitia* de Cicerón, sino que también pueden ser útiles otras obras del mismo autor. Podemos por ejemplo servirnos de citas como la que aparece en el primer libro *Del supremo bien y del supremo mal* del mismo Cicerón, que dice «De todas las cosas que la naturaleza nos ha preparado para vivir felizmente, nada hay más grande, nada más fecundo y más agradable que la amistad»<sup>152</sup>.

Para Alfonso García Matamoros, los lugares comunes son fundamentales para la composición de nuevas obras. Constituyen un procedimiento tan básico que llega incluso a preguntarse «¿para qué ampliaré esta cuestión de los lugares comunes con muchos ejemplos cuando pienso que ningún discurso puede estar formado ampliamente, copiosamente y con adorno que no esté robustecido con estos espacios y amplitud de los lugares?»<sup>153</sup>. La lectura queda por tanto caracterizada como un proceso de acopio de los materiales esenciales con los que formar un discurso; una fuente de alimentación de la invención retórica. Lo mismo que ocurría con Miguel de Salinas, la compilación y ordenación de los materiales que vamos aprovechando con la lectura es una labor que se

---

traducción de Luis Albuquerque García. Es parte de la obra *Retóricas españolas del siglo XVI escritas en latín: edición digital*, Coord. Miguel Ángel Garrido Gallardo.], II, 9.

<sup>151</sup> Ibid, II, 13.

<sup>152</sup> Ibid. II, 13. Marco Tulio Cicerón *De Finibus* (I, 65).

<sup>153</sup> Ibid. II, 9.



proyecta en futura escritura. Miguel de Salinas, como he mostrado, consideraba que en los lugares comunes podían caber autoridades (citas), ejemplos, sentencias, metáforas, etc. Alfonso García Matamoros entiende fundamentalmente que esos lugares, de acuerdo con los ejemplos que propone, equivalen a citas obtenidas de la lectura de diversos autores. En ambos casos, los materiales provienen de la lectura (se da por supuesto que del corpus de autores clásicos), y son cuidadosamente procesados para un futuro uso.

Luis de Granada, en sus *Seis libros de la retórica eclesiástica* recomienda preparar, como muy necesario, «un cuadernillo con todas las cosas que suelen ser los asuntos de los sermones» para ir apuntando en él lo que se ha ido hallando en las lecturas. El objeto de este proceder es el crear una especie de «repuesto» o «prontuario» en el que se disponga de las materias apropiadas a cada sermón;<sup>154</sup> un cartapacio de lugares que fray Luis denomina como propios y singulares, ya que se derivan de la actividad individual de la lectura, tal y como ésta es llevada a cabo por el lector. Propios y singulares, también, dado que para ir rellenando ese cuadernillo el predicador no debe «contentarse sólo con lo que lee, sino que debe aprovecharse de cuantas cosas hubieren dicho grave y sentenciosamente otros, sean predicadores o personas de cualquier otra clase, y de lo que a el mismo, pensando en otra cosa, se le ocurriere, siendo de alguna importancia y peso para su ministerio».<sup>155</sup> Un cuadernillo, por tanto, en el que junto a esos extractos de lectura, se introduce también el pensamiento propio de quien lo confecciona. Esta labor, se concibe, por último como algo que debe ser continuado en el tiempo, añadiendo una y otra vez nuevos materiales para, con los años, levantar un «tesoro» compuesto de «un monton considerable de noticias exquisitas»<sup>156</sup>.

---

<sup>154</sup> Fray Luis de Granada, *Los seis libros de la retórica eclesiástica*. Barcelona: Imprenta de J. Subirana, 1884, p. 77. Moss ha señalado que «Luis el dominico no comparte la antipatía frente a la dialéctica de los jesuitas, menos aún frente a los procedimientos de composición basados en los lugares dialécticos, respecto a los cuales repetidamente refiere al lector de su *Rhetorica* a las “copiosas” explicaciones de Rudolph Agricola», Moss, *Printed commonplace-books*, p. 203.

<sup>155</sup> Granada, *Los seis libros de la retórica eclesiástica*, p. 78.

<sup>156</sup> *Ibid.* La idea de tesoro la había empleado con anterioridad Cipriano Suárez, cap. 30, en Miguel Ángel Garrido Gallardo (ed.), *Retóricas españolas del siglo XVI escritas en latín: edición digital*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Fundación Ignacio Larramendi, 2004. Luis de Granada dejó buena constancia del modo en que él mismo hacía uso de esta técnica en sus obras *Collectanea moralis philosophiae* (1571), que recoge extractos de Séneca y Plutarco organizados bajo una serie de encabezamientos temáticos, y sobre todo en *Sylva locorum* (1586). En esta obra, dice Ann Moss, «se van marcando de modo sistemático con letras los pasajes de sus lecturas para ser almacenados en su colmena»; el material presenta un doble sistema de ordenación, el alfabético y otro que «se asemeja al de Tomás de Aquino en la *secunda secundae* de la *Summa theologiae*, y que empieza por Dios y descendiendo por varias clases y estados de seres humanos, continuando con las virtudes y vicios en series de afines y opuestos y añadiendo finalmente una sección de materias predicables», Moss, *Printed commonplace-books*, pp. 203-204.

La técnica de los lugares comunes aparece también en el *Primer libro de la Retórica* de Juan de Guzmán, publicado en 1589 en Alcalá de Henares (Guzmán enseñaba retórica en esta universidad). En el sexto de los catorce convites en que está dividida esta obra (que trata de la tercera parte de la oración, es decir, «de la confirmación y confutación») don Luys pregunta cómo podría reducirse la cuestión de la que trata el convite a «algunos preceptos que fuesen universales». Es entonces cuando su interlocutor, el licenciado Boan aprovecha para señalar lo siguiente: «digo que para formar y tratar esta parte nuestro orador querría que tuviese gran aparato de cosas, fuera de los preceptos; estas cosas serán lugares comunes, assí de los vicios como de las virtudes, los quales estarán en cartapacio hecho, o teniendo algunos auctores como son la *Catena aurea*, Belengardo, y la *Polyanthea* o otros assí»<sup>157</sup>. En este punto la oposición entre enseñanzas teóricas (preceptos) y lugares comunes. El depósito material de esos lugares es el «cartapacio hecho» habitual pero también una serie de recopilaciones impresas que sustituyen el trabajo personal.

Esta misma recomendación se encontraba ya en el convite cuarto, que trataba del exordio, la primera parte de la oración. En un punto determinado de la discusión, el licenciado Boán señala la posibilidad de formar sermones de manera repentina «con tal de que [los predicadores] tengan hecho su cartapacio de lugares comunes, de los vicios y las virtudes y de las cosas de erudición y doctrina»<sup>158</sup>. El cartapacio, que aparece como el soporte esencial para poder componer un discurso de interés, vuelve a entenderse ordenado de acuerdo con los principios antitéticos de virtudes y vicios, pero se suma a ello esa erudición y doctrina que constituyen las bases de la composición que se está creando. Al igual que ocurría en el sexto convite, Guzmán señala que el cartapacio puede ser sustituido por alguna de las compilaciones impresas más conocidas en la época. Junto a las tres que aparecieron anteriormente, el texto sugiere la posibilidad de servirse de Turnebo, Esterodamo (su obra de símiles y comparaciones), las *Chiliadas* de Erasmo, Ioan Rosino, Lipsio y Mureto. Estas obras son bastante diferentes entre sí pero todas pueden adaptarse a un uso como el que propone Juan de Guzmán. La *Polyanthea*, obra de Domenicus Nanus Mirabellius fue publicada en Venecia muy a comienzos del siglo XVI y es seguramente uno de los más famosos

---

<sup>157</sup>Guzmán, *Primera parte de la Retórica*, p. 202.

<sup>158</sup> *Ibid*, p. 182.

ejemplos de florilegios adaptados a la imprenta y los nuevos tiempos<sup>159</sup>. La *Catena Aurea* (cadena dorada) es una recopilación de textos de padres de la Iglesia, en sus comentarios sobre los evangelios elaborada por Santo Tomás de Aquino. El humanista francés Adrien Turnèbe fue en efecto autor de unos *Adversaria*, compilaciones de correcciones, enmendaciones y comentarios sobre textos clásicos, que tal vez, según Guzmán, pudieran servir también como repositorio de citas<sup>160</sup>. De Marc-Antoine Muret con toda probabilidad se sugieren sus *Variarum lectionum*<sup>161</sup>, una obra de vocación erudita, pero que también podía emplearse como compilación de lugares listos para su uso, como propone Juan de Guzmán aquí y la edición Parísina de 1586 en su título<sup>162</sup>. Las referencia a Lipsio genera algunos problemas de identificación, pues aunque lo más coherente con la propuesta de Guzmán sería que se tratase de los *Politicorum libri sex*, esta obra apareció justo en 1589, el mismo año en que se publicaba la retórica de Juan de Guzmán.

Los libros de lugares comunes tenían por tanto una doble existencia, impresa y manuscrita, que se comunicaban entre sí. El cuaderno de lugares comunes se podía nutrir por lo tanto del trabajo personal, de las propias lecturas, pero también se podía recurrir a compilaciones previas (como he mostrado, no necesariamente concebidas como tales) que suplían al cuaderno escrito por uno mismo. Tomás de Trujillo se excusaba ante los posibles errores que pudiera cometer su obra *Libro llamado Reprobacion de trajas, y abusos de juramentos. Con vn tratado de lymosnas...* por haber empleado para su composición materiales provenientes de repertorios y no extraídos

---

<sup>159</sup> De acuerdo con Moss, *Printed commonplace-books*, p. 39, parte de los materiales de la *Polyanthea*, literalmente «muchas flores», provienen de una compilación medieval manuscrita, el *Manipulus Florum* «ramillete de flores» compuesto en París en 1306 por Thomas Hibernicus, e impreso en Venecia c. 1493-1495, otras 25 veces en el siglo XVI y una docena en el XVII. Blanca Perrián señala que la edición en colaboración con Bartolomeo Amancio aparece en Venecia, en 1513. Guzmán, *Primera parte de la Retórica*, pp. 182, n143. [Edición e introducción de Blanca Perrián.] Ann Blair, «Historia in Zwinger's *Theatrum humanae vitae*», en Gianna Pomata y Nancy G. Siraisi, *Historia. Empiricism and erudition in early modern Europe*. Cambridge (Massachusetts): MIT Press, 2005, p. 271, señala que esta obra contó con 26 ediciones entre 1503 y 1686.

<sup>160</sup> Adriani Turnebi, *Adversariorum tomus primus duodecim libros continens...: cum indice copiosissimo*. París: Gabrielis Buonii, 1564; *Adversariorum tomus secundus*. París: Martinum Iuvenem, 1580; *Adversariorum tomus tertius, libros sex continens*. París: Martinum Iuvenem, 1573.

<sup>161</sup> M. Antonii Mureti, *Variarum lectionum libri octo*. Venecia: ex officina Iordani Zilleti, 1559; posteriormente ampliada como *Variarum lectionum libri XV*. Amberes: ex officina Christophori Plantini, 1580.

<sup>162</sup> M. Antonii Mureti *Variarum lectionum libri XV, accessit hac editione graecorum fere omnium latina interpretatio scriptorum, qui ab auctore citantur locis ad marginem indicatis*. París: Thomam Brumennium, 1586. La obra de Juan Rosino tenía también un carácter de compilación apta para el uso propuesto por Guzmán, igualmente expresado en su título: *Romanarum antiquitatum libri decem. ex variis scriptoribus summa fide singularique diligentia collecti a Ioanne Rosino Bartholomaei*. Basilea: haeredum Petri Pernaie (per Conradum Waldkirch), 1583.

directamente de sus fuentes originales. En su disculpa decía que «si algunas cosas estuvieren notadas por de Agustino, Hieronymo, Chrysostomo, Origenes, o de otros Doctores graves, que diga Erasmo, o qualquier otro que no son suyas: no por ello sea yo reprehendido, pues no me es dado averiguarlo» y se lamentaba después de la falta de tiempo para el estudio<sup>163</sup>.

El cuaderno de lugares comunes es un lugar en el que se demuestra de modo privilegiado la fluidez de la frontera entre el texto manuscrito y el impreso. Consideremos por ejemplo la obra de Juan de Aranda, *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias*<sup>164</sup>. En el prólogo al lector su autor indica que el libro trata de las ciento sesenta y siete materias «mas comunes, y platicables que ay, como son de vicios y virtudes, y cosas naturales, y morales: Acerca de las quales, è recopilado los mejores Dichos, Sentencia [sic] y Razones que se han podido hallar, y recoger de mucha summa de libros», con lo que claramente se entiende que esta es una compilación nacida de la propia actividad lectora de Aranda puesta por impreso<sup>165</sup>. Los encabezamientos no siguen para su organización ningún principio jerárquico «no se tiene respecto a una materia mas que a otra, sino como se ofrecen» y se acompañan de una simple tabla alfabética para facilitar su recuperación: «El orden solo que se guarda, es que para buscar qualquier materia se ha de yr a la tabla, que está al fin, y alli se cita»<sup>166</sup>.

No acababa aquí la vida de esta compilación. Los materiales que se encontraban recogidos en esta obra eran perfectamente aptos para volver a entrar, como si de una lectura más se tratase, en el circuito de los cuadernos manuscritos; así lo demuestra su aparición en el cuaderno de lugares comunes que he analizado en el apartado anterior<sup>167</sup>.

---

<sup>163</sup> Tomás de Trujillo, *Libro llamado Reprobacion de trajes, y abusos de juramentos. Con vn tratado de lymosnas...* Estella: Adrian de Anvers, 1563. [BNM 3/67372.] «Al lector». Tomás de Trujillo también es autor de un *Thesauri concionatorum* publicado en 1579. También existen testimonios del uso de esta técnica en obras impresas, para ofrecer al lector de la obra los lugares comunes confeccionados de antemano en forma de tablas al final: Nicolás de Ávila, *Suma de los Mandamientos [...] con 2 tablas muy copiosas que sirven de lugares comunes...* Alcalá, 1610.

<sup>164</sup> Aranda, *Lugares comunes*.

<sup>165</sup> Las *Flores de dichos y hechos* compuestas por Matías Duque se conservan en manuscrito y tienen muchas de las características de un cuaderno de lugares comunes confeccionado para uso privado, pero incluyen también un introducción del autor (hojas 4-5 y fol. 1) compuesta como si la obra fuera a ser publicada. Matías Duque, *Flores de dichos y hechos, sacados de varios y diversos autores por el Doctor Mathias Duque, cura propio de la parrochial del Señor san Miguel de la villa de Saldaña*, 1669. [BNM Mss. 9081.]

<sup>166</sup> Aranda, *Lugares comunes*. «Al lector». Aranda también advierte que si bien está indicada la procedencia de la mayor parte de los materiales recogidos en su compilación hay también algunas excepciones: «se procura comprobar qualquier dicho, razon, o sentencia, con su Auctor: muchas de las quales, y otras de las que no le tienen son propias, y otras tan naturales y conocidas que no tienen necesidad de pruevas». Esta justificación recuerda que también existía una concepción de lugares comunes que tiene que ver con lo conocido por todos, desarrollada extensamente en la retórica Aristotélica.

<sup>167</sup> *Sentenzias de diferentes authores*. fol. 2v.

Existen también otras reutilizaciones con las que se genera una especie de híbrido entre recopilación impresa y cuaderno manuscrito y que muestran tanto la comunicación existente entre ambas esferas como la flexibilidad y adaptabilidad propias de las compilaciones de lugares comunes. Este es el caso de un tal fray Antonio de los Ríos, que utilizó un ejemplar de la obra de Aranda, en la edición impresa en Madrid en 1613 por Juan de la Cuesta como base para confeccionar su propio cuaderno de lugares comunes<sup>168</sup>. Aprovechando la estructura del libro, numerosas anotaciones marginales expanden las listas de lugares comunes y en ocasiones incluso corrigen el texto del impreso y proporcionan una cita más exacta<sup>169</sup>. Otro libro de lugares comunes de largo recorrido y amplia difusión fue la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz<sup>170</sup>. En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un ejemplar de una edición con el texto en español y francés que ejemplifica bien el constante diálogo entre la recopilación impresa y la recopilación personal<sup>171</sup>. Las anotaciones marginales realizadas en lápiz rojo a lo largo de sus páginas dan diferentes encabezamientos que explican las secciones del texto. Al final se ha confeccionado, probablemente por otra mano, ya que el orden no se corresponde con el de las rúbricas anteriores, una *Table Alphabetique des Chapitres*. Este orden alfabético manuscrito responde sin duda a las necesidades de determinado lector para un mejor aprovechamiento del libro.

Más allá de esta comunicación entre libros de lugares comunes impresos y manuscritos, tal vez la característica más importante de este método de lectura y organización de la información es el contexto en el que se aprende. Ann Moss ha señalado enfáticamente que el cuaderno de lugares comunes formaba parte de la primera iniciación intelectual de todo escolar y formaba su manera de pensar y de manejar el lenguaje. Se trataba en definitiva de un «sistema técnico de base» de la cultura renacentista y, «consecuentemente, uno de los factores más importantes que han

---

<sup>168</sup> Juan de Aranda, *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1613. [BNM R/4481]. Ex-libris manuscrito tras la portada: «Del uso de fray Antonio de los Ríos de la orden de la P[uri]s[i]ma Trini[da]d [...] en Madrid a 2. de enero de 1678»

<sup>169</sup> Moss, *Printed commonplace-books*, p. vii. ya advertía que hay pruebas que sugieren que las compilaciones impresas «fueron usadas y pensadas para ser usadas como yacimientos, e incluso sustitutos, de las colecciones privadas». Sobre la reutilización de los índices impresos por parte de los lectores para mejorar las posibilidades de consulta de la obra ver Ann Blair, «Reading strategies for coping with information overload ca. 1550-1700»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 64, n.º. 1, (2003), pp. 17-19.

<sup>170</sup> Hay edición moderna de esta obra, con introducción en la que se aclaran sus más de 30 reediciones y diversas traducciones, por Benítez Claros, SBE [Sociedad de Bibliófilos Españoles]: Madrid, 1953.

<sup>171</sup> Melchior Santa Cruz, *Floresta española, de apoteghmas o sentencias*. Bruselas: Rutger Velpius y Hubert Anthoine, 1614. [BNM R/1433]

contribuido a la formación de paradigmas intelectuales» de aquella cultura<sup>172</sup>. Al contrario de lo que ocurría con las obras didácticas de Erasmo Agrícola, Salinas, Matamoros, etc, uno de los textos didácticos más difundidos en España, la *Ratio studiorum* jesuita, no recomienda el empleo de la técnica de los lugares comunes. Ann Moss ha señalado que en la *Ratio* «el conjunto de herramientas mentales que se afilan para aprehender el mundo y formular conexiones en él es bastante distinto a las que requiere la construcción de un discurso a partir de los recursos de los lugares y los lugares comunes. Estos son la ingenuidad afilada de la agudeza antes que el movimiento prudente de la argumentación, a pesar de que no son mutuamente excluyentes y de que pueden ser igual de serios»<sup>173</sup>. Como hemos visto, esto no significa que la técnica de los lugares comunes no fuese ampliamente conocida y puesta en uso en territorio hispánico. Tampoco significa que el método de lectura que se describe en la *Ratio* no sea perfectamente compatible con la aplicación de estas técnicas de anotación<sup>174</sup>.

Los textos que he venido analizando permiten afirmar que en España, como seguramente en todo el resto de Europa «quizá sería posible decir que todo el aprendizaje de las letras se hacía, precisamente así, mediante el recurso a la copia y la insistencia en ella. Los cartapacios en los que se acumulaban sùmulas, notas, y *excerptae* de cuantos libros se iban leyendo y de las *lectiones* que se fueran oyendo ilustran muy bien ese sistema de crear una cultura y una memoria de las autoridades *trasladas* que comenzaba en los mismos años de estudiante»<sup>175</sup>. Ann Moss ha abundado

---

<sup>172</sup> Moss, *Printed commonplace-books*, p. 134.

<sup>173</sup> *Ibid*, p. 177. Ha puesto de manifiesto (pp. 174-178) que la *Ratio* privilegiaba la retórica frente a los lugares de argumentación más dialécticos y ha subrayado las diferencias entre ambos modos de aprendizaje.

<sup>174</sup> El modelo de lectura propuesto consta de una serie de «pasos», cuyo objetivo es tanto la comprensión literal del texto como el análisis meticuloso del mismo y de su relación con otros textos (en el plano de la erudición y en el estilístico). En el apartado dedicado a las reglas del profesor de retórica, la *Ratio studiorum* señala cuatro pasos para el estudio de los discursos. El primero de ellos es la exposición del sentido, en caso de que éste sea oscuro, y la valoración de diversas interpretaciones. En segundo lugar, señala la *Ratio*, «examínese toda la técnica del arte oratoria, a saber, invención, disposición y elocución: si el orador se insinúa hábilmente, si se centra bien en el tema, de qué lugares comunes saca los argumentos para persuadir, para engalanar el discurso, para conmové». El tercer paso sería la comparación, tanto estilística como temática, del texto con otros pasajes semejantes y la cita de «otros oradores o poetas que se hayan servido del mismo precepto para desarrollar una argumentación o narración semejante». Finalmente se propone la confirmación de esas mismas afirmaciones «con el dictamen de los sabios, si el asunto lo permite». Eusebio Gil (ed.), *El sistema educativo de la Compañía de Jesús. La «Ratio Studiorum»*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1992, p. 215. [Introducción y traducción dirigidas por Eusebio Gil, con texto latino de la *Ratio Studiorum* definitiva de 1599.]

<sup>175</sup> Bouza Álvarez, *Corre manuscrito*, p. 57. Rico Verdú juzga de modo parecido la influencia que las clases prácticas —escolares y universitarias— de retórica debieron de ejercer sobre la literatura en vulgar. Ejercicios tales como los progimnasmas modelaban el espíritu y la expresión hacían que «los escritores en lengua vernácula procurasen imitar los modelos clásicos no sólo por el ideal teórico de la época, sino porque desde pequeños lo habían hecho, obligados por su maestro», José Rico Verdú, *La retórica*

en la importancia que se debe conceder a este sistema, subrayando que «el libro de lugares comunes del estudiante del renacimiento no sólo funcionaba a un nivel más profundo que su equivalente medieval en su conciencia lingüística, sino que también jugaba un papel mucho más fuerte en la estructuración de su receptividad como lector de textos»<sup>176</sup>. Esta manera de afrontar la lectura tenía por último efectos sobre el modo en que enfrentarse a la escritura de nuevas obras. El cuaderno de lugares comunes, además de contener la información organizada que se había ido extrayendo de una serie de lecturas analíticas servía para componer nuevas obras. Los materiales que quedaban en los cuadernos como los que hemos visto servían para inventar textos propios.

### 2.3 Invención. La generación de una obra en los siglos XVI y XVII

La invención a la que aquí me refiero es, por supuesto, parte de la retórica: la primera de las tres partes principales (*inventio, dispositio, elocutio*), que consiste en encontrar los argumentos necesarios para construir el discurso<sup>177</sup>. Es una compleja obviedad que la teoría retórica en su conjunto es imprescindible para comprender la estructura y el funcionamiento de los textos de la edad moderna. Tal y como sugiere Peter Mack, una de las características de los autores y los públicos de finales del siglo XVI y comienzos del XVII es su «conciencia sobre las técnicas argumentativas y las posibilidades de la persuasión»<sup>178</sup>. La «cultura retórica» marcaba los modos de hablar, la concepción del espacio en el que los textos se hacían públicos en aquella época. En *Reason and rhetoric* Quentin Skinner demuestra además la importancia de la teoría retórica en las concepciones de una *scientia civilis*. En la primera parte de esa obra, el recorrido por la educación práctica y los tratados de retórica nos enseña que no sólo la invención, sino todas las técnicas de persuasión basadas en levantar las pasiones, la redescipción retórica, etc. son fundamentales para comprender el contexto en el que tenían sentido los textos de la edad moderna<sup>179</sup>.

---

*española de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1973, p. 45. El *Abecedario de dichos y sentencias*. es una muestra de cómo un lector con intereses literarios emplea las mismas técnicas de lectura y anotación que se prescribían para otras lecturas más eruditas o profesionalizadas

<sup>176</sup> Moss, *Printed commonplace-books*, p. 135.

<sup>177</sup> Como es sabido, *memoria* y *actio* son las otras dos partes. Luisa López Griguera, *La retórica en la España del siglo de oro: teoría y práctica*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994, p. 18. señala que éstas fueron desapareciendo paulatinamente, la memoria por efecto de la imprenta y la *actio* porque la presentación de los discursos era fundamentalmente escrita.

<sup>178</sup> Peter Mack, *Renaissance argument: Valla and Agricola in the traditions of rethoric and dialectic*. Leiden y Nueva York: E. J. Brill, 1993, p. 3.

<sup>179</sup> Quentin Skinner, *Reason and rhetoric in the philosophy of Hobbes*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. Skinner dedica la primera parte de esta obra a describir en profundidad «la cultura retórica

En este marco general, la teoría acerca de la invención es especialmente importante para mi propósito en tanto en cuanto explica el destino final de las lecturas procesadas. El proceso de invención se alimentaba en buena parte del «cúmulo de saberes que poseía el que preparaba el discurso, y de las notas que en sus incontables lecturas había ido tomando, o de las “fuentes” que para ello debía saber manejar: grandes repertorios de temas, de apotegmas y de sentencias»<sup>180</sup>. Tal como señaló Robert Bolgar aquél que, dotado de los materiales recogidos en su cuaderno de notas, quisiera escribir, «podía elegir entre sus modelos clásicos aquello que más convenía a sus deseos y, con esos fragmentos, construir un nuevo y placentero conjunto»<sup>181</sup>. La invención y el cuaderno de notas están estrechamente unidos: son las bases, teórica y material, para construir un discurso. Este punto concreto de la teoría retórica permite comprender el paso de la lectura del clásico a su reutilización, reinterpretación y puesta en circulación bajo nuevos formatos, aun siendo, como dijo Robert Bolgar un procedimiento «tan ajeno a la práctica contemporánea que no podemos entender fácilmente sus implicaciones»<sup>182</sup>.

La invención no es un concepto teórico monolítico. Antes al contrario, es el objeto de una fuerte discusión en los siglos XVI y XVII, en los que se debate incluso su pertenencia al campo de la retórica o su traspaso al de la dialéctica. Es lógico, en consecuencia, que exista una tensión entre definiciones de lugares comunes que conciben la búsqueda de argumentos con categorías próximas a las de la dialéctica, tales como las de los contrarios, la causa, los efectos, etc. y otras que hacen referencia a los objetos materiales o a los procedimientos de recogida, en las que lugar común tiende a identificarse simple y llanamente con la citación de un autor<sup>183</sup>. Para mi propósito, ambas definiciones son reveladoras, lo mismo que la tensión entre ellas. De una parte, muestran que el significado de lugar común se remonta hasta una tradición más técnica

---

del humanismo renacentista» en la que se educó Hobbes, pp. 2-3 y 211. Sobre la «redescripción» como técnica fundamental de la política ya había hablado en Quentin Skinner, «Moral ambiguity and the Renaissance art of eloquence»; en *Essays in Criticism*, vol. 44, n.º. 4, (1994). [F. W. Bateson Memorial Lecture. Oxford, 16 de Febrero de 1994.]

<sup>180</sup> López Griguera, *La retórica*, p. 21. Podría aducirse aquí de nuevo la cita de Juan de Guzmán sobre la utilización de Turnebo, Lipsio, Erasmo, Rosino, Mureto, etc. que señalé más arriba, Guzmán, *Primera parte de la Retórica*, p. 182.

<sup>181</sup> Bolgar, *The classical heritage*, p. 272.

<sup>182</sup> Ibid. El autor refiere en concreto a una de ellas: que no debe confundirse esta reutilización del material recogido con el plagio.

<sup>183</sup> Para Francis Goyet, la preceptiva acerca de la invención está recorrida por una oposición fundamental entre indicaciones teóricas y planteamientos de corte más práctico. Los extremos a los que se enfrenta esta teoría serían por un lado el exceso de empirismo y, por otro, el exceso de lógica. Goyet, *Le sublime du «lieu commun»*, p. 17.



y cercana a la dialéctica, como la de retórica aristotélica<sup>184</sup>. De otra, que la invención está fuertemente vinculada con el quehacer práctico de la lectura, con la acumulación erudita de conocimiento y su clasificación para una argumentación más retórica y alejada de precisiones dialécticas vistas como innecesarias.

Las relaciones conflictivas entre lugares dialécticos y lugares retóricos y la habitual asimilación de éstos últimos a autoridades para la citación ha sido analizada con detalle por autores como Ann Moss, Francis Goyet o Joan Marie Lechner, quien señaló que esta confusión y tensiones se explican en parte por la insatisfacción respecto a la «doctrina de los lugares» que enseñaban los escritores clásicos y en parte porque lugar común había pasado a referir tanto a un «*locus* o sede de los argumentos» como a un «discurso dentro de un discurso»<sup>185</sup>. Mi objetivo no es examinar las teorías acerca de invención en toda su complejidad, sino únicamente aquellos aspectos que permiten comprender el marco teórico que explica la generación de una nueva obra compuesta con los materiales obtenidos en el curso de la lectura.

En un tratado sobre la invención publicado en 1570, Juan Costa define ésta, de manera más o menos estándar, como «la vía para encontrar los lugares, de donde se extraen los argumentos para hacer creíble un asunto dudoso sobre el que se plantea una cuestión»<sup>186</sup>. Costa profundiza en su definición señalando que «un lugar es, pues, el nombre de un instrumento mediante el que descubrimos el razonamiento probable. Estos nombres son como los de las vasijas donde se guardan los medicamentos en las boticas y herbolarios, que sirven para distinguir lo que hay en cada una, de forma que no hace falta revolverlas todas para encontrar la sustancia que se precisa»<sup>187</sup>. Siguiendo

---

<sup>184</sup> Las pruebas por persuasión y el uso de los lugares comunes los discute Aristóteles al principio del libro I y, detalladamente, en el II (1393a, 29-31, para los «ejemplos»; 1394b, 7-15, para las «máximas» y su diferencia con los «entimemas» [silogismos retóricos]; y 1396a, 4, para los lugares comunes, que son bases para la deducción y para modificar o desarrollar la fuerza de los entimemas). Aristóteles, *Retórica*. Madrid: Gredos, 1990. [Introducción, traducción y notas de Quintín Racionero.]

<sup>185</sup> Moss, *Printed commonplace-books*; Goyet, *Le sublime du «lieu commun»*; Joan Marie Lechner, *Renaissance concepts of the commonplaces. An historical investigation of the general and universal ideas used in all argumentation and persuasion, special emphasis on the educational and literary tradition of the sixteenth and seventeenth centuries*. Nueva York: Pageant Press, 1962, citado en Richard Yeo, «Ephraim Chambers's Cyclopædia (1728) and the tradition of commonplaces»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 57, n.º. 1, (1996), p. 159.

<sup>186</sup> Juan Costa, *De utraque inventione oratoria et dialectica libellus / Manual sobre ambas invenciones, la oratoria y la dialéctica*. [Edición de Juan José Prior.] p. 69. Publicado en Garrido Gallardo (ed.), *Retóricas españolas del siglo XVI*. Edición original en Pamplona: Thomas Porralius, 1570.

<sup>187</sup> Costa, *De utraque inventione*, p. 72. Un poco antes ha comentado «La definición se amplía posteriormente, señalando que «la invención no nos proporciona los argumentos (como muchos creen equivocadamente) sino que nos muestran dónde podemos encontrarlos; de la misma manera, los médicos no nos sirven los fármacos con los que remediar las enfermedades, sino que prescriben cómo deben preparárnoslos en las farmacias»

la imagen propuesta, cuando un autor comenzaba a buscar en su cuaderno de lugares comunes los argumentos para componer una obra era como si se encontrase observando los tarros de medicinas apilados en los estantes de una rebotica. Este tipo de comparación empleado por Costa, es habitual a la hora de describir el proceso de «invención», representado habitualmente por metáforas de orden y almacenamiento, de contenido y continente, de materiales básicos y productos resultantes (cualitativamente disintos por la intervención creativa).

Una década antes que Costa, Cipriano Suárez describió el empleo de los lugares comunes, (los lugares donde se encuentran los argumentos) como un conocimiento de las «regiones a las cuales puedas venir e investigar lo que busques», añadiendo una comparación entre esa búsqueda y la de «oro escondido»<sup>188</sup>. Suárez añade una prevención sobre estas búsquedas, en la que también se emplea una comparación botánica o agrícola: «pero igual que campos fecundos y ricos no producen sólo fruto sino también las hierbas más enemigas de los frutos, así algunas veces se engendran de aquellos mismos lugares algunos argumentos endebles, ajenos a la causa, o inútiles»<sup>189</sup>.

Algo después que Costa, fray Luis de Granada, retomaba una distinción clásica (que también aparecía en los otros dos<sup>190</sup>) entre lugares artificiales, y lugares inartificiales o sin arte. Dentro de este segundo grupo se encuentran «varias autoridades y testimonios, ya divinos, ya humanos, y asimismo diversos ejemplos; esto es, dichos o hechos insignes»<sup>191</sup>. La importancia otorgada a este tipo de lugares, es característica de Luis de Granada, quien, recordando la metáfora de Suárez, considera que «nos descubren un inmenso campo de pruebas», unas pruebas que no pueden adquirirse con el arte o ingenio del orador, sino que provienen de la «varia y mucha leccion de autores de todas clases»<sup>192</sup>. Otra metáfora que repite Granada es la del arte de los boticarios «que enseña las yerbas de que éste ó aquel medicamento debe componerse», es decir, que enseña la preceptiva teórica, pero necesita recibir «de otra parte las yerbas con que

---

<sup>188</sup> Cipriano Suárez, *De arte rhetorica libri tres / Los tres libros del arte retórica*. 1560. [Edición de Fernando Romo Feito.] Cap. 30. Publicado en Garrido Gallardo (ed.), *Retóricas españolas del siglo XVI*. La frase completa dice: «pues igual que si alguien quisiera enseñar a otro oro escondido en muchas partes, debería bastarle con mostrar los signos y notas de los lugares conocidos los cuales él mismo cavaría, y así encontraría lo que quisiera con poco trabajo y ningún error, así basta con señalar al que busca dónde están las notas de los argumentos que los muestran. El resto se encontrará con esfuerzo y pensamiento»

<sup>189</sup> Suárez, cap. 31

<sup>190</sup> Costa, *De utraque inventione*, p. 69 y Suárez, cap. 14.

<sup>191</sup> Granada, *Los seis libros de la retórica eclesiástica*, p. 67. Los primeros «o están dentro de la misma substancia de la cosa, o por alguna razón están unidos a ella».

<sup>192</sup> *Ibid*, p. 68.

compone los tales medicamentos»<sup>193</sup>. Para Luis de Granada, el predicador a quien se dirige su obra, debe tener un perfecto conocimiento sobre las materias de las que va a ocuparse (esa «varia lección» a la que refería antes); debe, en suma imitar a los gusanos de seda, los cuales «hartan sus cuerpecillos con hojas de las moreras» para, una vez crecidos, «no parar de hilar su seda»<sup>194</sup>.

La gestación de una obra da comienzo con una búsqueda argumental que se concibe como búsqueda de hierbas medicinales, de oro oculto, o un paseo a las regiones más apropiadas para encontrar los argumentos. Para contrarrestar la dificultad de la búsqueda se establecen señales o signos empleados en la ordenación o localización no son exactamente los argumentos, de igual modo que esos argumentos no dan lugar por sí mismos al producto final. La «invención» aboca necesariamente en un proceso de conversión de la materia prima en un producto acabado. Esta transformación se expresó con una metáfora fundacional de Séneca; la metáfora de las abejas que recogen el néctar de muy diversas flores para componer un producto diferente y enriquecido como es la miel:

hemos de imitar a las abejas y distinguir cuantas ideas acumulamos de diversas lecturas (pues se conservan mejor diferenciadas); luego, aplicando la atención y los recursos de nuestro ingenio, fundir en sabor único aquellos diversos jugos<sup>195</sup>

En esa misma carta, Séneca también incluyó otra vertiente de la misma cuestión, asimilando la composición de una nueva obra al proceso digestivo:

Lo que comprobamos realiza en nuestro cuerpo la naturaleza, sin ninguna colaboración nuestra. Los alimentos que tomamos, mientras mantienen su propia cualidad y compactos flotan en el estómago, son una carga; mas cuando se ha producido su transformación, entonces se convierte en fuerza y sangre<sup>196</sup>

---

<sup>193</sup> Ibid, p. 76. Luis de Granada esta aclarando que el arte de los lugares comunes es igual a otros «que aunque realmente dan método y modo de hacer las cosas, no obstante toman de otra parte la materia».

<sup>194</sup> Ibid, p. 77.

<sup>195</sup> Lucio Emilio Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*. 2 vols. Madrid: Gredos, 1986-1989. [Introducción, traducción y notas de Ismael Roca Meliá.], Ep. 84, 5.

<sup>196</sup> Ibid, Ep. 84, 5-6.

Las metáforas son bastante conocidas —no lo es menos su perduración en el tiempo<sup>197</sup>— e ilustran cómo se leía un texto en los siglos XVI y XVII. Los procedimientos de anotación empleados en esa lectura debían ser especialmente rigurosos, puesto que eran el primer paso para su posterior transformación, su digestión y conversión en otro texto, integrado en otros argumentos.

Utilizando hábilmente los tópicos de la época<sup>198</sup>, que se refieren a metáforas de la invención como las que he señalado, los textos de Tácito se recomendaban por ser un seminario de preceptos, un huerto de sentencias, y por estar llenos de flores, gemas y joyas. Posiblemente, los textos más señalados en este sentido sean de Lipsio, tal y como he mostrado en el capítulo uno y mostraré en el siguiente, pero la cuestión se trasmite y expande a autores como Álamos de Barrientos quien apunta que «en este jardín suyo [de Tácito] hallo todas las flores necesarias para fundar y ataviar este discurso mio»<sup>199</sup> o Antonio Fuertes y Biota, quien en 1651 señalaba: «En la campaña mas florida ni el bruto y irracional coje lo malo, solo corta y paca lo bueno. Y ningun hombre cojerà hierbas venenosas en el jardin mas abundoso de flores, si tiene juycio y discrecion. Y si cada uno hiziere de Tacito lo mismo, hallarà que tiene tanto de naturaleza, que le obligarà à hazer differente concepto de el»<sup>200</sup>.

Las metáforas de la recolección sirven para exhortar a la lectura del redescubierto autor clásico. Esta «recepción» de los textos del autor latino se concebía por lo tanto con estas imágenes de la recolección, al tiempo que proponía, implícita o explícitamente, la posterior transformación de lo leído y su conversión en algo nuevo. Baltasar Álamos de

---

<sup>197</sup> Concebida por Séneca para ilustrar una epístola moral, Macrobio la empleó en el prefacio a sus *Saturnalia*, elevando el texto de la carta particular a una «teoría» acerca de la composición de textos que se transmitiría al renacimiento, Moss, *Printed commonplace-books*, p. 13. Ver también George W. Pigman III, «Versions of imitation in the Renaissance»; en *Renaissance Quarterly*, vol. 33, n.º. 1, (1980).

<sup>198</sup> Valgan tres ejemplos: «Este Libro es natural entretenimie[n]to de discretos, y Iardin deleytoso gratissimo, a todos sentidos y gustos, para segun ellos, coger las flores mas convenientes del», Aranda, *Lugares comunes*, «Al lector». «Letor piadoso, ò riguroso Critico, yo passè los ojos por este libro, y pareciendome un florido jardin, quise traduziendole de Toscano, trasplantarle en el fertil campo de nuestra lengua Castellana, porque los que solo gozan della, y segun el divino Platon el favor de las Deidades, puedan para los ramilletes de sus escritos coger varias flores», Agreda, *Lugares comunes de letras humanas*, «Al lector». «De las flores sembradas por los jardines de varios libros escogí este ramillete, con deseo de que espire suavísimos olores de virtud», Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero: advertencias utilissimas a la vida humana*. Madrid: Luis Sanchez, vendese en la torre de Santa Cruz, 1617, «Al lector».

<sup>199</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Discurso para la inteligencia de los aforismos».

<sup>200</sup> Antonio Fuertes y Biota, *Alma o Aphorismos de Cornelio Tacito*. Amberes: Iacobo Meursio, 1651, «Al lector». Este mismo autor usa una interesante metáfora agrícola en Antonio Fuertes y Biota, *Vida de Moysen. Parte primera. Glosada con Sentencias, y Aforismos Politicos*. Bruselas: Guilielmo Scheybels, 1657, «Al lector»: «Soy quien ha entrado à recoger las Espigas, que han dexado à fuer de Segadores, tantos hombres Doctos, y hago manojos de las que he hallado. Son limpios, porque son de espigas solas. El que siega siempre coje el trigo con mezcla. El que espiga, coge solamente grano: porque no recoge mas que espigas».

Barrientos enmarcaba la lectura de su traducción de Tácito en esta imagen digestiva al referirse a los comentarios que debían haber acompañado al texto, diciendo que «saldrán muy presto; que no se detienen para emendarlos, sino para que no canse y empalague; y servido en diferentes banquetes, halle gusto nuevo, como manjar nuevo»<sup>201</sup>. Esta misma metáfora era utilizada en el prefacio al lector de la traducción inglesa de Tácito de 1591, con referencias al difícil latín del original: «Y si tu estómago es tan tierno que no puedes digerir a Tácito en su propio estilo, podrás seguir a Savile [el traductor], que da la misma comida pero con un gusto placentero y sencillo»<sup>202</sup>. De acuerdo con Álamos Tácito era un «singular maestro» de la ciencia de estado, pero sólo para aquellos que «le leyeren y *rumiaren* con intento de sacar la sustancia que tiene y encubre»<sup>203</sup>. Empleando la misma metáfora Francis Bacon exponía una teoría general sobre la lectura cuando señaló que «algunos libros deben probarse, otros tragarse y unos pocos deben ser masticados y digeridos. Esto es, algunos libros deben leerse solamente en parte, otros deben leerse, pero por encima, y unos pocos deben ser leídos por completo y con diligencia y atención»<sup>204</sup>.

En este capítulo, que forma un estrecho conjunto con el primero, he tratado de analizar el papel que jugaron los lectores en la recepción de los textos de Tácito en la edad moderna. Los cuadernos de lugares comunes en los que, bajo diferentes formatos, se iban acumulando los materiales provenientes de una atenta lectura, son (junto a las anotaciones analizadas en el capítulo anterior) una fuente fundamental para la historia de la lectura. Al igual que en las anotaciones marginales, los cuadernos de lugares comunes contienen una respuesta directa frente a los textos leídos, pero, a diferencia de ellas, los cuadernos nos enseñan mucho mejor las estructuras en las que se insertaban

---

<sup>201</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Al lector». Aproximadamente por las mismas fechas (1612) Boccalini usaba la misma imagen y ponía en boca de Tácito estas palabras: «sus conceptos eran solamente entendidos de los ingenios mas encumbrados, que tenían el paladar tan delicado, que sabían gustar dellos», Trajano Boccalini, *Avisos de Parnaso de Traiano bocalini, cavallero romano. Primera, y segunda Centuria*. Madrid: Diego Diaz de la Carrera, a costa de Mateo de la Bastida, 1653, fol. 40r, centuria I, aviso 30: «Cornelio Tacito electo principe de Lesbo, sale deste gobierno con poca reputacion».

<sup>202</sup> Cayo Cornelio Tácito, *The ende of Nero and beginning of Galba. Fower bookes of the Histories of Cornelius Tacitus. The life of Agricola*. Oxford: Ioseph Barnes [and R. Robinson, London] for Richard Wright, 1591, «Preface to the reader».

<sup>203</sup> Baltasar Álamos de Barrientos, *Tácito español ilustrado con aforismos*. Madrid: Luis Sanchez, 1614, «Dedicatoria al duque de Lerma». Ed. de José Antonio Fernández Santamaría, p. 21.

<sup>204</sup> Francis Bacon, *Essayes. Meditationes sacrae*. Londres: [John Windet] for Humfrey Hooper, 1597, fol. 1v. Sobre el tópico de la digestión en Bacon Blair, «Reading strategies», pp. 13-14. En este lugar también se señala el uso de *degustare* y *diligentius perlegere* en Beatus Rhenanus. Años después el que sería Felipe IV señalaba, en un sentido parecido, «Que leer historias y *desmenuzarlas* tanto como es necesario para una traducción deje de aprovechar infinito es proposición sin respuesta», *La historia de Italia de Monseñor Francisco Guchardino Florentin* [BNM Mss. 2641-2644 y 2646-2658] [Traducción de Felipe IV], citado en Bouza Álvarez, *Corre manuscrito*, p. 307.

esas reacciones frente al texto leído. Gracias a ellos me ha sido posible completar una imagen sobre la lectura del clásico en la que he tratado de explicar las variadas condiciones en que ésta se llevó a cabo y las estrategias intelectuales y los procedimientos materiales que jugaron un papel más importante en el proceso de construcción del significado del texto.

He mostrado también que este método de lectura analítica y ayudada de técnicas de anotación es parte de la educación formal de los siglos XVI y XVII. Además de revelarnos algunas características básicas de las estructuras epistemológicas con que se afrontó la recepción de Tácito, estos métodos enseñan —más allá del plano de la lectura— aspectos esenciales acerca de la utilización posterior de los textos leídos. Las técnicas de lectura estaban estrechamente vinculadas a las posibilidades de la invención y la imitación. Las aproximaciones teóricas a la *inventio* permiten entender cómo esos extractos de lectura se conciben cada vez más como fuentes argumentales. Aunque los lugares consisten en principio en «sitios» a los que acudir en busca de argumentos y no en argumentos en sí, se puede apreciar un deslizamiento hacia la concepción de los lugares como argumentos en sí y una constante (tal vez creciente) valoración de los materiales extractados en el curso de la lectura como fuentes de argumentación. Las metáforas a través de las cuales se concebía la invención subrayan hasta tal punto era importante esta labor de recolección y el modo en que la lectura preparaba la utilización de los textos en un sentido nuevo.

Los dos próximos capítulos abandonan un poco la atención al lector y al proceso de lectura para atender a las condiciones materiales y de mediación interpretativa en la recepción de los textos de Tácito en la edad moderna. El objetivo será analizar los objetos materiales portadores del texto, con una especial atención a la multitud de otros textos «acompañantes» que median la interpretación. En el capítulo 3 analizaré las características más destacadas de algunas ediciones de Tácito y las valoraciones que sobre su contenido y estilo se propusieron desde esas mismas ediciones, y como esto podía prefigurar o alterar el sentido de los textos. En el cuarto capítulo profundizaré en esta noción de las condiciones o filtros que mediaron la recepción de Tácito a través de un estudio detallado de las traducciones castellanas, en el que nuevamente se analizan las estrategias editoriales y de traducción más relevantes para comprender las interacciones entre el texto clásico y los lectores de aquella época.

### 3. Condiciones de recepción

Posiblemente, la mejor manera de visualizar la recepción de Tácito en la edad moderna consiste en tomar entre las manos dos ejemplares de las obras de Tácito. Uno de ellos puede ser la edición de Beatus Rhenanus, publicada en Basilea en 1533; el otro, una gruesa edición anotada aparecida en 1608 en París<sup>1</sup>. Si contemplamos de modo simultáneo la disposición de las páginas y el aspecto general de ambos volúmenes, tendremos ante los ojos una especie de «resumen» de la recepción de Tácito, así como un amplio capítulo de la historia de la edición en la edad moderna. El libro de 1533 conserva aún muchas de las características de un incunable, de un «manuscrito impreso»<sup>2</sup>: las divisiones entre las distintas secciones del texto no están indicadas o lo están muy someramente y los tipos empleados en la impresión incluyen algunos que aún reproducen las abreviaturas empleadas en la escritura manuscrita del latín, pero ya aparecen signos de puntuación, iniciales decoradas, números de página, y algunas apostillas temáticas en los márgenes (fig. 6 y 7). El segundo libro, por el contrario, es una edición crítica en cuyas páginas el texto de Tácito comparte el espacio con números de página, indicaciones del título de la obra y del capítulo, apostillas marginales para aclarar la cronología del texto y, sobre todo, notas y comentarios filológicos al pie de la página (fig. 8 y 9). Este segundo volumen testimonia la espesura de la recepción de las obras de Cayo Cornelio Tácito y es el fruto acumulativo de lecturas eruditas, correcciones, y enmiendas similares a las analizadas en los capítulos anteriores, aunque en este caso realizadas por importantes personajes de toda Europa y cristalizadas en la disposición impresa de la página.

---

<sup>1</sup> Naturalmente, hay algunas alternativas. El primer volumen puede sustituirse por cualquier edición en folio anterior a esa fecha, pero las características de «manuscrito impreso» se aprecian mejor en los incunables Cayo Cornelio Tácito, *Annalium sex posteriores libri. Historiarum libri quinque. Dialogus de oratoribus claris. De Situ, moribus et populis Germanie libellus aureus*. Venecia: Vindelimum de Spira, 1470; Cayo Cornelio Tácito, *Cornelii Taciti Historie Auguste*. Venecia: Filippo Pinzi, 1497. que en las ediciones posteriores Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti Libri quinque noviter inventi atque cum reliquis ejus operibus editi*. Roma: Magistrum Stephanum Guillereti de Lothoringia, 1515. [Signatura BNF RES J- 619.]; Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti Libri quinque noviter inventi, atque cum reliquis ejus operibus editi*. Mediolani [Milán]: Alessandro Minuziano, 1517. El segundo puede ser interesante sustituirlo por Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera. Interpretatione perpetua et notis illustrabit Julianus Pichon Abbas. Jussu Christianissimi Regis in usum Serenissimi Delphini*. 4 vols. París: Viduam Claudii Thiboust et Petrum Esclassan, 1682-1687.

<sup>2</sup> En Tácito, *Libri quinque noviter inventi* (Roma, 1515) y Tácito, *Libri quinque noviter inventi* (Milán, 1517) puede observarse la práctica de dejar espacio en blanco en torno a las mayúsculas iniciales para embellecer con pinturas a mano los impresos. Un ejemplar de Tácito, *Annalium sex posteriores libri* (Venecia, 1470) que se conserva en santo Domingo de Silos [signatura Ra-c/1-1] presenta encabezados miniados en el recto de cada hoja, según el CCPBE.

A lo largo de las muchísimas ediciones de los siglos XVI y XVII los textos de Tácito sufren un sinnúmero de cambios en su disposición material. En la primera sección de este capítulo pretendo seguir la pista al modo en que se presentaba el texto en los preliminares de las distintas ediciones, pues a través de esas presentaciones se observa la evolución en la consideración política de las obras de Tácito, que acompañó a la evolución física de los libros en los que se transmitían. Los eruditos que contribuyeron con su trabajo a la depuración del texto también supieron apreciar las peculiaridades del estilo de Tácito. La segunda sección de este capítulo está por ello dedicada a explicar por qué las reflexiones estilísticas son un factor fundamental en el auge y la fama de Tácito al tiempo que un mediador esencial del proceso de recepción. Consideraré en tercer lugar cómo la sucesión de ediciones de Tácito condujo a la popularización paulatina de sus obras, teniendo bien en cuenta que los actores contemporáneos reflexionaron sobre los modos en los que se producía tal «popularización» y los efectos que tenía sobre el texto y su interpretación. Se trata de analizar, en definitiva, las vicisitudes sufridas por un texto que gozaba de un doble estatus reservado únicamente a aquella época: un texto clásico adornado con el prestigio de la antigüedad y, al mismo tiempo, una novedad editorial, un territorio que conservaba todas las posibilidades de exploración imaginables<sup>3</sup>.

La configuración física de los libros, las constricciones o guías impuestas a su lectura en los preliminares y la reflexión sobre la propia recepción constituyen todas esas «condiciones» que permiten y modifican la recepción de Tácito a lo largo de los siglos XVI y XVII. En el capítulo 4 se aborda esta misma cuestión, pero particularizándola en las traducciones castellanas de Tácito, y se discute más precisamente la mediación que se efectúa a través de las condiciones materiales e intelectuales. Este capítulo utiliza una noción de «condición» que es necesariamente más laxa, puesto que abarca un campo mucho más amplio, tanto temporal como geográfico. En cierta medida no trato de hacer nada muy distinto a una simple contextualización de los textos de Tácito, algo que, aunque pueda parecer sorprendente, no se ha efectuado con la profundidad necesaria para entender las oscilaciones en la recepción del autor latino.

---

<sup>3</sup> Esta sensación, que permanece hasta las primeras ediciones lipsianas, se aprecia especialmente bien en la dedicatoria de Filippo Beroaldo a León X, a quien elogia por no haber ocultado el manuscrito de los primeros cinco (así se creía por entonces) libros de los *Anales* y por haberlos llevado a la publicación «para la utilidad común de los estudiosos»; Tácito, *Libri quinque noviter inventi* (Roma, 1515), «Dedicatoria a León X».



### 3.1 Edición

Los libros en los que se imprimieron los textos de Tácito incorporaron, desde las primeras ediciones, una cierta presentación del autor que salía a la luz, mezclada habitualmente con las prescriptivas alabanzas al dedicatario de la obra. Estos textos acompañantes situaban el texto en el seno de un imaginado corpus clásico, y habitualmente describían las diferencias entre la narrativa de Tácito y la de autores como Livio u otros, al tiempo que ponían de relieve otras características del texto o el estilo de Tácito. Ya en 1515, en la primera edición completa de los *Anales* y las *Historias*, Filippo Beroaldo señalaba: «En efecto siempre he juzgado a Cornelio Tácito el autor más alto y más útil, y todavía más con los privados y los nobles, verdaderamente incluso con los mismos príncipes y emperadores: Aun cuando los asuntos tanto domésticos como extranjeros acontecidos en la república no se describan como en las obras de los restantes historiadores, como Salustio o Livio»<sup>4</sup>. Tan sólo dos años después Andrea Alciato profundizó en la descripción de estas diferencias entre Tácito y otros clásicos:

«Sed gravior Tacitus: inflatusque magis. Sive quod rerum dignitas hoc expostulet: sive quod sub Vespasianis id dicendi genus magis placuerit. At Livio crispoque uti aetate maioribus ita etiam dignatione cedere Tacitum ut aequum ducam, illu certe recti iudi ii nemo diffitebitur, longe lectu digniora esse. Quae hic scripserit. Bella: tribunitiae seditio[n]es, armorum strapitus, optimatum conspirationes, minimum ad bonos mores exemplo conducunt. q[uam]vis & haec quoque Tacitus exequatur. At senatorum varias sente[n]tias, ingentes quoru[n]dam etiam instante fato spiritus, rerum gestaru[m] consilia, principium varios metus & pacis tempore necessarias artes apud alios non aequae offendas. Sed. & nobis prae Tacito sordescet Livius. Cum ille clarorum virorum exemplo plurimis nos praeceptis instructus dimittit quemadmodum in caput auctorum scelera vertantur, quantum nominis ex constantia animi[que] fortitudine nobis quaeramus, q[uam] caute cum malis principibus agendum, q[uam] modestos cum omnibus esse conveniat.»<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Ibid, «Dedicatoria a León X»: «Nam summum Auctorem, & summe utilem Cornelium Tacitum semper iudicabi cum privatis hominibus & optimatibus, tum vero etiam Principibus ipsis atque Imperatoribus: Et.n. cum ex reliquis Historicis alii res tantum domi forisque in Re p. gestas perscribant ut Sallustius, ut Livius». Sobre el trabajo filológico y de colación de manuscritos por parte de Beroaldo, heredero del método de Poliziano, ver Grafton, *Joseph Scalinger. A study in the history of classical scholarship*, p. 47.

<sup>5</sup> Tácito, *Libri quinque noviter inventi* (Milán, 1517), «Dedicatoria a Galeazzo Visconti». En realidad, esta cuestión ya la había puesto de manifiesto el primer editor de Tácito, Franciscus Puteanus: «In rebus gestis non solum quid actum sed quale: de eventu vero omnes causas explicat casus sapientiae temeritatis:

Estas primeras «definiciones» del texto seguían las hechas por Franciscus Puteolanus desde la primera impresión (publicada en torno a 1470 y que no incluía los primeros libros de los *Anales*) y constituyen la piedra fundacional sobre la que se levanta un cierto consenso en torno al valor de Tácito. Estos textos establecieron un principio de interpretación que fue cargándose de sentidos con cada nuevo giro de la maquinaria editorial. La siguiente edición importante, que corrió a cargo de Beatus Rhenanus en 1533, insistía aproximadamente en las mismas características señaladas por los editores anteriores, notablemente en las diferencias entre la narración de Tácito y las de otros autores clásicos y en la capacidad de Tácito para penetrar en las causas de las cosas: «También por muchas causas siempre juzgé dignísimo a Tácito, quien de entre los escritores de los hechos romanos debe tenerse con asiduidad entre las manos, [...], porque no narra tanto la historia de las perpétuas guerras, como hacen Livio u otros, sino que se mete por debajo de las cosas insignes, de las cuales nos da su ultimísimo conocimiento, y así como por otros no se nos hacen ver todas las cosas, así por este plenamente»<sup>6</sup>. Rhenanus también añadía algunas observaciones novedosas con las que situaba el texto en un determinado horizonte de expectativas:

«Unde factum ut praestantium in literis virorum iudicio Livio non sit postponendus Tacitus, quin potius ante ferendus: no[n] quod huius floridum ac meditationem & curam olens dicendi genus, quale sub Vespasianis placuit ac Indies exin degeneravit in affectatam quandam compositionem exolescente paulatim sermonis Latini puritate, Livianae dictioni illi naturaliter amabiliterque fluenti, nam id seculum purissimu[m] fuit, aequari debeat aut praeferrri: sed quod singularium rerum narratio, quemadmodum hic non meritam mortem fortiter subierit, quid alius in ius calumniose vocatus dixerit aut fecerit, qua[m] agendum cautè cum hiis qui solo nutu perdere possunt, quam parcè fidendu[m], & hiis similia exempla multum conferant ad legentis pectus prudentiae monumentis instruendum. Utinam vero quod nos in Tacito nunc pr[a]estitium, alii

---

hominum porro non solum res gestas: sed quae fama: quod nomen: quae natura: quae vita: Quo artificio», quien también señalaba en su dedicatoria original las diferencias de estilo entre Tácito, Salustio y Livio, abriendo un importantísimo filón para toda la crítica posterior. La edición original es Tácito, *Annalium sex posteriores libri* (Venecia, 1470), esta dedicatoria se reimprime antes del libro XI de los *Anales* en Tácito, *Libri quinque noviter inventi* (Milán, 1517), donde la he consultado.

<sup>6</sup> «Equide[m] multis de causis semper dignissimum iudicavi TACITUM, qui inter scriptores rerum Romanarum in manibus assidue haberetur, vel hoc praecipue nomine, quod non tantum perpetuam bellorum historiam contextit Livii instar aut caeterorum, sed subinde de res insigneis interiicit, quarum ultimissima cognitio, sive quod ab aliis omnino non traduntur, sive quod hic plenius», Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti, equitis romani Annalium ab excessu Augusti*. Basilea, 1533, «Dedicatoria».

praestent in Cicerone, Livio, Plinio, & non minus depravato L. Floro. Ab eruditis hoc operae expecta[n]dum est, & in auctorum lectione diligenter versatis. Sed deterret plerosque no[n] imperitia, vertum labor gloria carens, & reprehensioni indoctorum etiam obnoxius»<sup>7</sup>

Rhenanus fue autor de una segunda edición en 1544, pero seguramente sus enmiendas al texto corrieron mejor suerte gracias a una edición de 1542, conocida bajo el nombre del impresor y librero Sébastien Gryphius, la más importante hasta la primera de Lipsio en 1574<sup>8</sup>. Además de las correcciones de los tres primeros editores, Beroaldo, Alciato y Rhenanus, la edición de Gryphius incorpora unas *Annotatiunculae* de Emilio Ferreti, quien también firma la epístola dedicatoria<sup>9</sup>. En esta edición seguía afilándose la descripción de Tácito, y las reediciones de 1551 y 1559 debieron seguir contribuyendo a que el clásico fuese recibido junto a ese retrato particular de su obra. El desarrollo de la recepción de Tácito no se limitó sin embargo a la repetición de las características de sus textos, añadiendo una u otra consideración no señalada por anteriores editores. Hay puntos de una condensación específica, en los que estas guías para la recepción del texto se conforman como un verdadero retrato del autor latino y se hacen entroncar con una determinada comprensión del mundo.

Merced a la presentación de Tácito a través sus ediciones, y no sólo a su trabajo filológico, Lipsio ha sido considerado justamente como «arquitecto» del tacitismo europeo<sup>10</sup>. Muchos de quienes han estudiado la recepción de Tácito han subrayado el papel de Lipsio en ese proceso, pero han sido relativamente pocos quienes han

---

<sup>7</sup> Ibid, «Dedicatoria».

<sup>8</sup> Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti Annalium ab excessu Augusti siue Historiae Augustae libri sedecim qui supersunt recogniti per Beatum Rhenanum*. Basileae: in officina Frobeniana: per Hieronymum Frobenium et Nicolaum Episcopium, 1544; Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti ... ab excessu Augusti Annalium libri sedecim*. Lugduni [Lyon]: Sébastien Gryphius, 1542, Gryphius reeditó la obra en 1551 y 1559. La importancia de esta edición en Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 15.

<sup>9</sup> Estas habían aparecido de forma independiente un año antes Emilio Ferretti, *In Cornelii Taciti annalium libros Aemylii Ferretti, ... annotatiunculae*. [Thomas Sertinus edidit.]. Lugduni (Lyon): Sebastien Grypius, 1541.

<sup>10</sup> Así lo denominan («ex aequo» con Marc Antoine Muret) Karl Alfred Blüher, *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XII hasta el siglo XVII*. Madrid: Gredos, 1983, p. 489. y Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, p. 37. Arnaldo Momigliano, «The first political commentary on Tacitus»; en *Journal of Roman Studies*, vol. 37 (1947), p. 92. señalaba que la admiración por Lipsio como editor podría ilustrarse con muchos ejemplos y cita dos: Christophorus Colerus, *Epistula de studio politico ordinando* (1601): «Sed Iustus Lipsius, ad excitanda ingenia et studia praeclara natus, ita dignitatem pristinam ac splendorem Equiti Romano vindicavit ut nullam impolitiae notam metuat posthac» y Ludovic d'Orléans, *Novae Cogitationes in libros Annalium C. C. Taciti* (1622): «ibat ergo Tacitus aeternum tacendus ... cum Lipsius vitae reddidit et ornamentis». Un análisis pormenorizado de la fama de Lipsio como editor de Tácito en los traductores al castellano en el capítulo 4.2.

analizado qué decía Lipsio de Tácito y en qué modo sus ediciones proporcionaban una «definición» de la obra y la situaban en determinado horizonte de expectativas. Los textos preliminares de las ediciones lipsianas son sin embargo de la máxima importancia a la hora de comprender la recepción del latino, no sólo porque estas ediciones fuesen las más difundidas y utilizadas, sino porque estos preliminares colocaban el texto en el seno de un determinado programa interpretativo. Un programa con variantes y expresado a través de una serie variable y quebrada de textos (esto es, accesible al lector de modo parcial según la edición o ediciones que manejase) compuesta por: la dedicatoria al emperador Maximiliano II, las diferentes epístolas al impresor Plantino, las cambiantes cartas al lector—con variaciones muy significativas entre las que acompañan a la obra en general y las que acompañan a partes de esta como las notas o los comentarios—, y, finalmente, la biografía de Cornelio Tácito que se incluye en todas las ediciones.

La biografía es posiblemente el texto más neutral respecto al latino, si bien se observan algunos pequeños cambios entre la primera y la segunda edición, que se conservarán consolidados para las posteriores. El más significativo de esos cambios de la segunda versión es la incorporación de una reflexión más profunda sobre las posibles fechas de nacimiento y muerte de Tácito, basada en un nuevo examen de los testimonios de Plinio sobre Tácito<sup>11</sup>. Los «datos» aportados por estos testimonios, así como la pequeña biografía, a pesar de su tono bastante imparcial son piedras con las que se construyen muchas de las valoraciones de Tácito que aparecen en las posteriores traducciones, así como de los juicios sobre el autor latino. Uno de los rasgos que suele destacarse, por ejemplo, es su participación directa en los asuntos públicos antes de dedicarse a la escritura de la historia, si bien esto sirve de alabanza en algunas ocasiones y en otras de crítica.

El prefacio general a los lectores Lipsio lo dedica a describir a rasgos generales su labor filológica como corrector y editor de Tácito, incluyendo en algunas ocasiones comentarios detallados acerca de los manuscritos que ha consultado y las notas o enmiendas de otros autores de las que se ha servido<sup>12</sup>. Este es el mismo tipo de

---

<sup>11</sup> En la edición de 1574, Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Historiarum et Annalium libri qui exstant*. Amberes: Christophoro Plantino, 1574, el apartado dedicado a *Veterum scriptorum de Tacito testimonia vel eiusdem fragmenta*, sólo se indicaba la localización de los fragmentos de Plinio, mientras que en 1581, si que se publican en toda su extensión.

<sup>12</sup> Estos comentarios varían según Lipsio va puliendo su edición de Tácito. En la tercera edición Lipsio comenta, por ejemplo, haber usado las notas y los extractos obtenidos por Andreas Schottus a partir de la lectura un manuscrito que conservaba en Toledo Antonio de Covarrubias y Leiva. Tácito, *Opera quae*

contenidos que se abordan en el prefacio a los lectores de los *Comentarios* a los *Anales* e *Historias*. Lipsio hace hincapié en su labor como corrector y comentarista de los pasajes más oscuros de los textos de Tácito y, más aún, precisa que los comentarios tocan a la historia y las costumbres únicamente; «La política no la he tocado. De hecho, tanto si se es experto como si no se está familiarizado con ella, frustra. Aquéllos la pueden elegir a su voluntad, éstos ni aun eligiéndosela pueden hacer uso de ella rectamente. Yo aquello que pude, eso hice, pero no impido a quien quiera luchar por la palma en este mismo circo»<sup>13</sup>. Como mostraré más adelante, esta insistencia en la vertiente filológica de su trabajo no impidió a Lipsio señalar verdaderas interpretaciones políticas del texto de Tácito, abriendo camino para la oleada de intérpretes políticos que vio el último cuarto del siglo XVI y buena parte del XVII.

Destaca, frente a las variaciones que sufren otros textos preliminares, el texto con el que se encabezan todas las ediciones lipsianas. La dedicatoria al emperador Maximiliano II se mantuvo intacta a través de todas las impresiones de las distintas ediciones desde 1574 y fue el primer texto con el que se encontraron todos los lectores que recibieron a Tácito a través de Lipsio. Resulta clave, por tanto, entender el modo en que Lipsio propone un uso determinado de la historia y lo liga con el retrato del autor que está editando:

Escritor agudo, buen dios, y prudente: y si alguna vez ha sido útil que él vuelva a las manos de los hombres, ciertamente desentraña estos tiempos y este escenario de cosas. No enumera las funestas victorias de Aníbal contra los romanos, ni la brillante muerte de Lucrecia, ni los prodigios de los adivinos o los portentos de los etruscos, ni todas aquellas cosas que sirven más para entretener a los lectores que para instruirlos. Animo, yo mismo, a todo aquel que examina las cortes de los príncipes y la vida interior, los consejos, las órdenes y los hechos de los príncipes, y las obvias y muchas similitudes

---

*exstant*, *Ex Iusti Lipsi editione ultima* (Amberes, 1585), epístola «Al lector». Para seguirle la pista a las etapas de la labor filológica de Lipsio ver Ruyschaert, *Juste Lipse et les Annales de Tacite*. Una visión crítica de la misma cuestión en Brink, «Justus Lipsius». y en Momigliano, «The first political commentary on Tacitus».

<sup>13</sup> Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), epístola «Al lector» de los comentarios: «Politica non attigi. Sive enim peritis, sive imperitis; frustrà. Illi sponte eligere possunt: hi nec electis rectè uti. Et audio iam esse, quibus propriè ea cura. Ego quod potui, id feci: nec impedio, siquis in eodem Circo curret ad palmam». Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», p. 92. data este texto en 1580 basándose en la fecha que se da al texto en la edición de 1607 y señala que Lipsio dejaba así claro que su intención no había sido escribir un comentario político.

que hay entre nuestros tiempos, a tener por descontado que las mismas causas conducen a semejantes efectos<sup>14</sup>.

Lipsio fragua su propio contexto de recepción de Tácito señalando en primer lugar la contraposición entre instrucción y entretenimiento, con la que refiere a un modelo de ocio entretenido que no aporta nada, y contraponiéndolo al estudio y la instrucción en los clásicos. En segundo lugar, se dirige el texto editado hacia un espacio «interior» compuesto por las cortes y los actos de los príncipes, creado en oposición a esa otra enumeración de temas «exteriores». El tercero, más importante y más novedoso de los motivos al que Lipsio alude en esta dedicatoria es la *similitudo temporum* y la consecuente relación entre causas y efectos, así en las enseñanzas de la antigüedad, como en las realidades contemporáneas. Lo que hace Lipsio es reunir en un sólo párrafo la contraposición con otras narrativas de la antigüedad clásica, la vinculación entre los textos de Tácito y el dominio de lo principesco, y la sugerencia de una *similitudo temporum* (no confundir con el valor didáctico o ejemplar de la historia, que aparece por ejemplo en la dedicatoria de la edición de Alciato). Cuando Lipsio propone a Tácito como el autor que sirve para desentrañar la situación contemporánea, permite que se desate la fascinación por los textos de Tácito como repertorios de claves interpretativas de los acontecimientos de aquel presente, precisamente la fascinación que conducirá a que este autor se convierta en un auténtico *best-seller*.

El otro gran motivo que aparece en esta dedicatoria está inspirado en el neoestoicismo:

Bajo la Tiranía descubrirás adulaciones y delaciones, males no desconocidos en esta época; nada sincero, nada simple y ni siquiera verdadera fidelidad entre los amigos; frecuentes acusaciones de [lesa] majestad, el único crimen de aquellos que no habían cometido ningún crimen; un cúmulo de destrucciones de hombres ilustres y una paz más cruel que cualquier guerra. Admito que esta lectura está llena de cosas tristes y desagradables, pero pongamos que las palabras de Thrasea moribunda se dirigen a cada uno de nosotros en particular: *Mira, muchacho; y ojalá los dioses alejen este agüero;*

---

<sup>14</sup> «Acer scriptor, Dii boni, & prudens: & quem si unquam in manibus hominum versari utile fuit, his certè temporibus & hac scena rerum expediat. Non ille Annibalis funestas Rom. Victorias, non speciosam Lucretiae necem, non vatu[m] prodigia aut Etrusca portenta recenset, & quae alia sunt oblectandi magis quàm instruendi lectoris: hic mihi quisque principum aulas, principum interiorem vitam, consilia, iussa, facta consideret, & obvia plerisque nostrorum temporum similitudine, ab iisdem causis pares exitus animo praecipiat» Tácito, *Historiarum et Annalium libri qui exstant*, «Dedicatoria a Maximiliano II».

*por lo demás has nacido para unos tiempos en los que conviene robustecerse el ánimo con ejemplos de constancia*<sup>15</sup>

Lipsio retoma las comparaciones entre la narrativa de Tácito y su presente, pero para cerrar el pasaje escoge una cita procedente de *Anales* XVI, 35, efectista —pronunciada por Thrasea en su lecho de muerte— y teñida por el neoestoicismo del editor.

No cabe duda de que Lipsio construye el retrato de la dedicatoria a Maximiliano II a partir de una serie clara de precedentes, elaborando sobre temas referentes al estilo, la utilidad y las particularidades de Tácito que habían sido puestos en juego a través de las distintas ediciones que habían visto la luz hasta la fecha. También se ha discutido seriamente la originalidad del resto de su propuesta, y ha habido quienes han dudado de la paternidad lipsiana en lo referente a las conexiones entre el estilo y el contenido de los textos de Tácito y la situación contemporánea. En particular, el análisis de las ideas de Marc Antoine Muret sobre el autor latino arroja la sombra del plagio por parte de Lipsio (que estudió con Muret en Roma en 1568 y pudo usar tanto el trabajo filológico como las tesis más generales de Muret a la hora de editar «su» Tácito)<sup>16</sup>. Muret abordó la cuestión de los paralelos entre la narrativa de Tácito y la situación europea contemporánea en una oración pronunciada (invierno de 1580-1581, publicada en 1601) a lo largo de uno de sus cursos y en la que abundaba sobre la similitud entre la época abordada por Tácito en sus obras y el presente de modo muy semejante a como lo hacía Lipsio:

En primer lugar, debe observarse que hay muy escasas repúblicas hoy en día: apenas hay ninguna nación que no dependa de la voluntad de un hombre, obedezca a un hombre, esté gobernada por un hombre; por tanto, al menos en este sentido, el estado de cosas en nuestros tiempos es más parecido al de la Roma bajo el poder de los emperadores que al de cuando el pueblo tenía el poder. Y cuanto más se asemeja su historia a la nuestra, mayor es el número de cosas que podemos encontrar para estudiar en ella que podemos aplicar a nuestros usos y adaptar a nuestra vida y costumbres.

---

<sup>15</sup> *Invenies sub Tyrannide adulationes, delationes, non ignota huic saeculo mala; nihil sincerum, nihil simplex, & nec apud amicos tutam fidem; frequentatas accusationes maiestatis, unicum crimen eorum qui crimine vacabant; cumulatam illustrium virorum[m] necesse, & pace[m] quovis bello saeviore[m]. Tristia ex iis pleraque, fateor, & legentibus maesta: sed singulis nostrum à Thrasea iam moriente dictum putemus, Specta iuvenis, & omen quidem Di prohibeant, ceterum in ea tempora natis es ut firmare animu[m] expediat constantibus exemplis»,* Ibid., «Dedicatoria a Maximiliano II».

<sup>16</sup> La cuestión fue desatada por el propio Muret. Como indiqué en el capítulo 1, nota 70, el gran defensor de Lipsio ha sido Ruyschaert, *Juste Lipse et les Annales de Tacite*, críticos con las tesis de Ruyschaert Brink, «Justus Lipsius». y Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», apéndice.

Aunque por la bendición de Dios no tenemos Tiberios, Calígulas o Nerones, aún así es provechoso para nosotros conocer como los hombres buenos y prudentes conducían sus vidas bajo aquéllos<sup>17</sup>.

No cabe duda de que también Muret se esfuerza por destacar la similitud temporal entre la Roma de los emperadores y «nuestros tiempos» ni de la propuesta neoestoica que subyace a este estudio, provechoso para conocer la manera en el que los mejores hombres de aquél momento conducían sus vidas —guían su existencia particular— en el seno de un gobierno injusto. Más allá de la cuestión de la precedencia intelectual en la configuración de esta interpretación de Tácito, lo importante es que Muret y Lipsio estaban, en palabras de J. H. M. Salmon, «sentando las bases para el triunfo de su ídolo»<sup>18</sup>. Más aún: tal y como señala Anthony Grafton, al presentar a Tácito como modelo, estaban al mismo tiempo proponiendo a los estudiosos que «seleccionaran para el estudio e imitación aquellos aspectos de la antigüedad que fueran estrictamente comparables —y relevantes— para su situación presente»<sup>19</sup>. Las virtudes intelectuales y estilísticas (aspecto que analizo en el siguiente apartado) concurrían a favor de la estimación de Tácito y, como ha señalado Salmon, fue «en parte gracias a su percepción conjunta [de Lipsio y Mureto] que un nuevo modo literario fuera a acompañarse de un cambio en el modo de discurso político»<sup>20</sup>.

Puede añadirse al panorama de la polémica una oración que Lipsio pronunció en Jena en 1572 (publicada por vez primera en 1607) y en la que se dedicó a explicar como

---

<sup>17</sup> Marc Antoine Muret, *M. Antonii Mvreti... Orationvm volvmina dvo...: Adiunximus etiam Caroli Sigonii... orationes VII...* Coloniae Agrippinae: Antonius Hierat, 1601, pp. 110-111, *Oratio XII*: «Primum igitur considerandum est, republicas hodie perquam paucas esse: nullam esse propemodum gentem quae non ab unius nutu atque arbitrio pendeat, uni pareat, ab uno regatur, Ergo hac saltem in parte propius accedit ad similitudinem temporum nostrorum, status ille rerum qui sub imperatoribus, quam qui imperante populo fuit. Quo autem quaeque historia rerum nostrarum similior est, eo plura sunt in ea quae discamus, quae ad usum consideramus, quae ad citam moresque referamus. Quanquam autem Dei beneficio aetas nostra Tiberios, Caligulas, Nerones non habet: prodest tamen scire quomodo etiam sub illis viri boni ac prudentes vixerint, quomodo & quatenus illorum vitia tulerint ac dissimulaverint: quomodo neque intempestiva libertate utentes, vitam suam sine ulla publica utilitate in periculum obiecerint».

<sup>18</sup> J. H. M. Salmon, *Renaissance and revolt. Essays in the intellectual and social history of early modern France*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987, p. 43. El primer capítulo de esta obra es una reedición sin cambios de J. H. M. Salmon, «Cicero and Tacitus in sixteenth-century France»; en *American Historical Review*, vol. 85, n.º. 2, (1980).

<sup>19</sup> Anthony Grafton, *Defenders of the text. The traditions of scholarship in an age of science, 1450-1800*. Cambridge (Massachusetts) y Londres: Harvard University Press, 1991, p. 39.

<sup>20</sup> Salmon, *Renaissance and revolt*, p. 43.



interpretar a Tácito para los asuntos públcos<sup>21</sup>. Esta oración resulta interesante, sin embargo, no sólo para discutir la influencia de Muret en un Lipsio que aún no había dado a luz su primera edición de Tácito, sino porque muestra que cuando se sugiere «usar» a Tácito para comprender el presente no se propone buscar una inspiración vaga en Tácito, sino de interpretar activamente y con una finalidad concreta sus obras. El contexto en que Lipsio pronunció esta oración era especialmente agitado en los Países Bajos: el propio Lipsio acababa de renunciar a volver a ellos en su camino de vuelta desde Roma (en el que paró en Viena y Leipzig) y que acabó conduciéndolo a la universidad de Jena y a apartarse (temporalmente, como es sabido) de la orbita del catolicismo<sup>22</sup>. Su propia experiencia personal pudo propiciar el establecimiento de un vínculo estrecho entre la situación presente y la interpretación de Tácito o, como dice Lipsio a su auditorio de la cátedra de moral, lógica e historia de Jena: «Satisfaré vuestras esperanzas: no hay nada más útil para mí o para vosotros, y no hay nada más apropiado para los estados afligidos por este tipo de desastres, que presentar públicamente para vosotros desde este estrado e interpretar los *Anales* de Cornelio Tácito, autor de lo más preciso»<sup>23</sup>. En el transcurso de su oración Lipsio no sólo propugna la interpretación activa y en sentido político del texto de los *Anales*, sino que también identifica a Tiberio con el duque de Alba<sup>24</sup>. Probablemente, sin embargo, Schellhase esté en lo correcto cuando señala que «lo que Lipsio tomaba de Tácito no era un programa de actuación en la sociedad, sino para protegerse a sí mismo como individuo que vivía en una época de príncipes malvados»<sup>25</sup>. Lo que no podía preverse era la expansión que iba a vivir el texto en tanto que interpretación del presente, ya fuera en clave neoestoica, como sugiere Schellhase y probablemente fuese la orientación inicial de Lipsio, ya fuese en clave de «manual de interpretación política».

---

<sup>21</sup> Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», «apéndice», plantea dudas sobre la fecha de esta oración.

<sup>22</sup> Ruyschaert, *Juste Lipse et les Annales de Tacite*, pp. 5-6.

<sup>23</sup> «Oratio II. Iusti Lipsii Isacni, habita Jenae anno 1572 cum inciperet publice interpretari Cornelium Tacitum», en Justo Lipsio, *Iusti Lipsii orationes octo Jenae potissimum habitae*. Darmstadt: Balthasar Hofmann, 1607, fol. 28 y ss, citada en Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 118. Hay una reimprisión de las *Orationes octo* en Jena, 1726 pero no he logrado consultar ninguna de las dos ediciones (hay algunos fragmentos editados en Jeroen Jansen, *Brevitas: beschouwingen over de beknoptheid van vorm en stijl in de renaissance*. [Tesis doctoral] Amsterdam: Uitgeverij Verloren, 1995, pp. 392-393.)

<sup>24</sup> Salmon, «Cicero and Tacitus in sixteenth-century France», p. 324, plantea una conexión estrecha con los acontecimientos recientes: «Lipsio no podía ignorar el baño de sangre en su propio país y más allá de la frontera al sur».

<sup>25</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 119.

En 1581 Lipsio volvía a la carga con la similitud entre épocas en una dedicatoria a los comentarios de los *Anales*, que hay que reconocer queda algo escondida entre las páginas de esta su segunda edición. Entre los años 1575 y 1577 Lipsio había vuelto a su ciudad natal (Oversyssche) y a Lovaina, donde enseñó desde la cátedra de historia antigua, pero volvió a «exiliarse» en 1578 en prevención del avance de las tropas españolas<sup>26</sup>. No resulta sorprendente que habiendo sido invitado a la recientemente creada universidad de Leiden —en la que será profesor de historia y derecho además de rector— Lipsio dirija esta dedicatoria a los «caballeros batavos»<sup>27</sup> que lo habían acogido. Al igual que ocurría en la dedicatoria a Maximiliano II, Lipsio comenzó por destacar el gran fruto y la gran utilidad de la historia. Ésta no sólo consistía en tener un conocimiento del pasado, sino que también era útil «advertir (*notare*) la variedad de los ejemplos y las causas de los acontecimientos, y derivar de estas fuentes preceptos para la vida privada y la pública»<sup>28</sup>. Hay que tener presente, en primer lugar, que *notare* es una actividad vinculada a la lectura, es el descubrimiento de esos pasajes más importantes y se corresponde con una de las anotaciones marginales que con mayor frecuencia se usan: «nota». También conviene aclarar que Lipsio no está haciendo una referencia genérica a la utilidad de la historia, puesto que poco más abajo aclara que algunas historias son más útiles para sus contemporáneos, señalando que «aquella que considero más útil es aquella que es más una imagen y una similitud de nuestros tiempos»<sup>29</sup>. Por supuesto, dentro de este género de historias útiles, la de Cayo Cornelio Tácito destaca entre el resto de autores griegos y latinos y Lipsio apoya esta idea señalando que su lectura no aportará «descripciones brillantes de guerras y triunfos, que únicamente se leen por placer, ni de las sediciones y las asambleas de los tribunos, ni

---

<sup>26</sup> Ruyschaert, *Juste Lipsie et les Annales de Tacite*, p. 8.

<sup>27</sup> Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581). Sobre el uso de Tácito en la historiografía holandesa ver Jan Blanc, «Histoire et fiction: Hugo Grotius, historiographe des mythes bataves», en Chantal Grell (ed.), *Les historiographes en Europe de la fin du moyen Âge à la Révolution* Paris: Presses Universitaires de Paris-Sorbonne, 2006.[Actes du colloque “Les historiographes en Europe de la fin du moyen âge à la Révolution” organisé les 12, 13 et 14 juin 2003.]

<sup>28</sup> «Notare autem in historia varietates exemplorum, caussas eventorum, & ex iis fontibus praecepta derivare ad vitam privatam communemque, utilitas est: qua haud scia an maior esse possit ex ullo genere litterarum. Et privata nunc omitto: reipublicae quidem & populorum sana gubernatio, non ab alia magistra. Ut in navi dirigenda, respectus habendus est ad Cynosuram: sic in publica administratione, ad facta prioris aevi. Prudentia enim certe est, quae republicas constituit, servat, auget: ea autem ab eventu rerum: & eventus non nisi ab historia, aut ab usu. Sed ab usu leviter. quoniam in hoc Augusto vitae circo, citius fere ad metam pervenimus, quam observare oculis licitum varis & reciprocos humanae rei fluxus», Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), «Dedicatoria de los comentarios a los Anales *A los caballeros de los Países Bajos* (Ordines bataviae)».

<sup>29</sup> «Nec utiles omnes [historias] nobis pari gradu. ea, ut censeo, maxime, in qua similitudo & imago plurima temporum nostrorum», Ibid, «Dedicatoria a los caballeros de los Países Bajos».

sobre las leyes agrarias o alimentarias, que nada de uso ofrecen para el presente, sino a los propios reyes y monarcas, y como un teatro de la vida de hoy día»<sup>30</sup>.

Lipsio hace sugerencias sobre las posibles aplicaciones de Tácito a la realidad coetánea en varios de los textos que acompañan a sus ediciones, como en la carta a Plantino que aparece en la segunda y la tercera edición de Lipsio (1581 y 1585). En algunos casos, como el de la mencionada carta, esta aplicación se entremezcla con afirmaciones neostoicas sobre una «época calamitosa» en la que la historia no sólo sirve de consejo y ejemplo, sino también de consuelo (*solatio*)<sup>31</sup>. En la dedicatoria al consejo de los Países Bajos, Lipsio muestra, sin embargo, que Tácito no es sólo un autor saludable y adecuado para estos tiempos, sino los términos en que sus textos pueden aplicarse para la solución de las necesidades particulares de aquellos a los que se está dirigiendo. Esta vertiente concreta, que convive con las afirmaciones más generales, la señala Lipsio diciendo: «Video alibi Principem in legis & iura; subditosque in Principem insurgentes. invenio artes machinasque opprimendae; & infelicem impetum recipiendae libertatis. lego iterum eversos prostratosque tyrannos, & infidam semper potentiam cum nimia est. Nec absunt etiam reciperatae libertatis mala, confusio, aemulatioque inter pares, avaritia, rapinae, & ex publico non in publicum quaesitae opes»<sup>32</sup>. Por si no hubiera quedado suficientemente claro el paralelo con la situación coetánea en los Países Bajos en lucha contra los ejércitos españoles, Lipsio acaba alabando a aquél «rincón de Europa» que fue capaz de oponerse al imperio (romano) en defensa de la libertad y tejiendo un vínculo directo entre la supervivencia de la gloria de sus destinatarios y la del escritor latino<sup>33</sup>. Todo esto demuestra que cuando Lipsio discurre sobre la prudencia que encuentra en Tácito no sólo está haciendo sugerencias más o menos genéricas sobre el uso de la historia, sino proponiendo, en ocasiones abiertamente, aplicaciones concretas de esos textos al presente.

---

<sup>30</sup> «Non adfert ille vobis speciosa bella aut triumphos, quorum finis sola voluptas legentis sit; non seditioes aut conciones Tribunicias; agrarias frumentariasve leges; quae nihil ad saeculi huius usum: reges ecce vobis & monarchas, & velut theatrum hodiernae vitae», Ibid, «Dedicatoria a los caballeros de los Países Bajos».

<sup>31</sup> Las cartas a Plantino son ligeramente diferentes, pero ambas acaban con la siguiente frase: «Ego, mi Plantine, esti in variis molestisque occupationibus nunc meis, valetudine etiam non firma, tamen curae habui hanc curam; uti publica privatáque res fructum caperte è saluberrimo & optimo scriptore ad hoc aevum. Aevum calamitosum. Sed ad quod tolerandum, multum, me iudice, historia ista faciet: solatio, consilio, exemplo. Vale», Ibid. y Tácito, *Opera quae exstant, Ex Iusti Lipsi editione ultima* (Amberes, 1585).

<sup>32</sup> Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), «Dedicatoria a los caballeros de los Países Bajos».

<sup>33</sup> «Macti hac laude ô Batavi, quòd angulus unus Europae provocare olim Romanum imperium & quindecim legiones ausi sitis: non sine occulta lege fati, iam tunc vindices & adsertores publicae libertatis. Et tamen perierat vobis seges illa aeternae gloriae, si periisset hic scriptor», Ibid, «Dedicatoria a los caballeros de los Países Bajos».

Es cierto que en la carta al lector de esta misma segunda edición (1581) Lipsio había indicado que no atendería a las cuestiones políticas presentes en el texto de Tácito. Ciertamente, Lipsio nunca incluyó un comentario explícitamente político de los textos de Tácito en el modo en que lo harían comentaristas como Carlo Pasquale (1581), Scipione Ammirato (1590), Cristoph Forstner (1662), Amelot de la Houssaie (1684 y 1686) o Juan Alfonso de Lancina (1687)<sup>34</sup>. Lipsio dejó de lado, o reservó para textos de carácter más retórico y circunstancial, esas comparaciones y propuso un uso más erudito, una aplicación más depurada de Tácito. La obra en que se despliega ese uso de Tácito no es otra que sus *Politicorum libri sex*<sup>35</sup>; al fin y al cabo una magnífica compilación de lugares comunes útiles para comprender el dominio de la política y una demostración de cómo debía leerse la historia (Tácito es usado abundantemente pero junto a otros historiadores) para ir entretejiendo un amplio repertorio de conocimientos<sup>36</sup>. En el primer capítulo he mostrado cómo se asociaba el retrato que Lipsio hizo de Tácito en las notas a los *Politicorum libri sex* con los textos del latino<sup>37</sup>. Era una demostración del modo en que a los textos de Tácito los precedió su propia fama, una fama que en muchas ocasiones no era sino la explicación o interpretación que Lipsio había propuesto para dichos textos. Las ediciones lipsianas son, en definitiva, más que un recipiente del texto de Tácito: a través de las dedicatorias y otros textos preliminares de sus ediciones —e incluso, a través de obras «propias», como las *Políticas*— Lipsio transmitió, pegado al texto clásico, un cierto rango de interpretación. Jacob Soll ha señalado que «el saber humanista formó la base de la teoría política tacitiana» y que, consecuentemente es «la llave para entender como funcionaba ésta»<sup>38</sup>. Una afirmación que debe entenderse de modo literal, pues Soll recalca que «el tacitismo

<sup>34</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti, equitis romani Ab excessu divi Augusti Annalium libri quatuor priores, et in hos observationes Caroli Paschalii Cuneatis*. París: Robertum Colombelum in Aldina Bibliotheca, 1581; Scipione Ammirato, *Discorsi del signor Scipione Ammirato sopra Cornelio Tacito*. Venecia: Matthio Valentino, 1607. [Publicados originalmente en Florencia: Filippo Giunti, 1590]; Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite*; Juan Alfonso de Lancina, *Commentarios politicos a los Anuales de Cayo Vero Cornelio Tacito*. Madrid: Melchor Alvarez, 1687; Annibale Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii ad politicam, & aulicam rationem praecipue spectantes*. Roma: Bartolomeo Grassi, 1589. Una versión manuscrita de estos discursos políticos construidos como un comentario pasaje a pasaje en *Discurssos sobre los Anales de Cornelio Taçito, en que se contienen diverssas materias de estado, muchas antigüedades, y varias curiosidades de Hystorias divinas y humanas*. [BL MS Add. 28501.]

<sup>35</sup> Justo Lipsio, *Politicorum siue civilis doctrinae libri sex*. Londres: Georgii Bishop, 1590, [Edición original de 1589].

<sup>36</sup> Sobre el carácter de compilación de lugares comunes de esta obra ver Moss, «The Política of Justus Lipsius»; Waszink, «Inventio in the Política». también trata esta cuestión, pero no he logrado consultar el libro.

<sup>37</sup> Ver capítulo 1, nota 103.

<sup>38</sup> Soll, «Amelot de la Houssaye (1634-1706) Annotates Tacitus», p. 169.

fue una práctica editorial y, por tanto, los editores eruditos se convirtieron en teóricos políticos»<sup>39</sup>. La recepción de Tácito se hace difícil de comprender si no atendemos a las prácticas de lectura y a los modos en que se transmitía el texto. El significado de Tácito para la teoría política es equivalente al «proceso por el cual los editores eruditos leyeron, trocearon y “representaron” a Tácito»<sup>40</sup>.

La interpretación de Tácito estaba indisolublemente ligada a un modo de leer la historia, nacía de una cierta manera de aprovechamiento de los textos históricos. Todos y cada uno de los textos de Lipsio que he mencionado a lo largo de esta sección son indicaciones sobre los modos en que se pueden y deben leer los textos históricos compuestos por Cayo Cornelio Tácito. Lipsio propone utilizar a Tácito en el seno de un programa de lectura que podemos recuperar a través de una carta que Lipsio dirigió al erudito Johannes Woverius y de otra dirigida a Nicolas Hacqueville el 3 de diciembre de 1600. En esta segunda epístola Lipsio señalaba, en la línea de la valoración didáctica de la historia propia de la época y heredada de la antigüedad, que la historia (en especial la historia romana, opuesta a los preceptos griegos) era una fuente de ejemplos que servían de aviso o recomendación<sup>41</sup>. Lo más importante de esta carta no es que Tácito sea recomendado como una de las fuentes antiguas más importantes para obtener esos beneficios didácticos, sino el modo en que Lipsio ofreció consejos concretos sobre el modo de leer a este autor. Siguiendo el análisis de Mark Morford, «el estudiante necesitaba leer con *attentio* y *electio*, esto es atención al relacionar lo que leía con su valor práctico y moral, y discriminando en la selección de pasajes escogidos por su estilo y contenido. Estos extractos procedentes de la lectura debían dividirse en cuatro grupos, cuyos *tituli* eran *Memorabilia*, *Ritualia*, *Civilia*, y *Moralia*»<sup>42</sup>. El procedimiento de extractación y reordenación de un texto con fines prácticos debe a estas alturas resultar familiar. Por si quedase alguna duda, Lipsio aclara que *civilia* eran «aquellas cosas de provecho para la vida y el gobierno común», que eran utilísimas para aquellos

---

<sup>39</sup> Ibid.

<sup>40</sup> Ibid.

<sup>41</sup> Mark Morford, «Tacitean *prudencia* and the doctrines of Justus Lipsius», en T. J. Luce y A. J. Woodman (eds.), *Tacitus and the tacitean tradition*, Princeton: Princeton University Press, 1993, p. 133.

<sup>42</sup> Ibid, p. 134. Morford aclara que *civilia* eran «aquellas cosas de provecho para la vida y el gobierno común» y *moralia* «aquellas que nos afectan como individuos y conforman una vida afecta a las virtudes y alejada de los vicios». Grafton, *What was history?*, p. 223. señala que *memorabilia* eran «las cosas grandes del tipo que uno lee u oye con asombro o emoción: el sobresaliente poder de un rey o pueblo, sus creaciones, sus riquezas, prodigios y acontecimientos nuevos o inusuales» y *ritualia* englobaba a los antiguos ritos e instituciones, tanto públicos como privados. En cuanto a los extractos se trataba de *sententiae* y *exempla* obtenidos con la atención y criterio ya mencionados.

«cuya familia o destino llaman a la república», y que él mismo había ofrecido un libro con este tipo de anotaciones ya confeccionadas en sus *Politicorum libri sex*<sup>43</sup>.

La carta a Woverius demuestra, en términos más generales, el carácter práctico de la recuperación de las enseñanzas contenidas en la historia clásica. Según el análisis de Anthony Grafton, en esta carta Lipsio describía su vida como un empeño para hacer que los estudios clásicos sirvieran a finalidades prácticas, y caracterizó a la *Politica* y a *De constantia* como los manuales en los que culmina su carrera como editor y exégeta, tareas que se resumen en la máxima, de origen senequiano, *ego e philologia philosophiam feci*<sup>44</sup>. Tal y como ha señalado el mismo Grafton, con la máxima original «Séneca apoyaba un intérprete productivo, “filosófico”, que encontrase un mensaje moral en los textos, frente a un intérprete pasivo, “gramatical”, que meramente encontraba el uso habitual de un poeta»; y en este mismo sentido camina, por lo tanto, la afirmación de Lipsio en su carta a Woverius: «Al igual que Séneca, enunciaba la primacía de las necesidades modernas y prácticas frente a los detalles textuales, y la primacía del contexto moderno en el que una obra se usa frente al contexto original en el que fue compuesta»<sup>45</sup>.

Pese a la importancia de las ediciones lipsianas, no conviene confundir su centralidad en la recepción de Tácito con univocidad. De hecho, en lo tocante a la percepción de los aspectos más políticos y de las posibles aplicaciones de Tácito al presente, Lipsio también modificó sus primeras impresiones de acuerdo con los nuevos estratos interpretativos en la recepción del Latino. Treinta años separan la primera (1574) y la última de sus ediciones (1607, póstuma), que incluía una *Allocutio iterata et novissima* fechada en Lovaina en 1605 en la que Lipsio efectuó una cierta revisión del retrato que había propagando anteriormente. En este nuevo retrato destacan —con mayor claridad que en ningún texto previo— los ángulos más políticos del perfil de Cornelio Tácito y la cadena de recepciones en mútua interacción a las que habían sido sometidos sus textos:

Quae pars prudentiae est, militaris sive civilis; quis affectus hominum, etsi occultus; qui casus aut eventus rerum, quos iste non palàm aperit, aut sub velo ostendit? Audeo &

---

<sup>43</sup> Citado en Grafton, *What was history?*, p. 223n: «Sequuntur et excipiunt *Civilia*: utilissima pars iis, quos genus aut destinatio ad rempublicam vocant. Is liber tres partes habeat, antiqua et verissima divisione: status *regum*, *optimatum*, *populi*. In quaque parte notes et eo referes, quae *firmanda* sunt aut *vertenda*: et hace ipsa subtilius divinas, ut a me in *Politicis* factum».

<sup>44</sup> Grafton, *Defenders of the text*, p. 39.

<sup>45</sup> *Ibid*, p. 40.

debeo asserere, hunc hominem videri in alta quadam speculâ rerum humanarum fuisse: & illinc gnarum scientémque proclamare, Hov cave, hoc facito: juvabit, aut laedet: Ille effectus erit. Sicut nautae in apicem mali submittere exploratorem solent, contra adventores subitos, contra scopulos, vada, terram: sic istum habere licet, adversus pericula, eundem ad felicia incepta & inoffensum rerum cursum. Non est in Graecis aut Latinis, & fidenter dicam non erit, qui prudentiae omnigenae laude huic se comparet: adeò non veremur, nequis anteponat. Singulae paginae, quid paginae? singulae lineae dogmata, consilia, monita sunt: sed brevia saepe aut occulta, & opus sagace quadam mente ad odorandum & assequendum. Sicut non omnes canes feram non item lectores virtutes huius dotésque aut indagent, aut captent. Viris opus est, & cum ingenii quadam subtilitate, indicii rectitudine: & ut verbo dicam, naturae bonitate. Qui non habet, me audiat, & res alias agat<sup>46</sup>

Este retrato tan nítidamente político no hubiera surgido en la misma forma de no haber sido por la densidad de recepciones a las que fue sometido el texto, una cuestión central en esta nueva «alocución» (el término ya indica que Lipsio se sitúa en parte por encima del público al que se dirige, como experto en la cuestión tratada). Lipsio no sólo retrata a Tácito, sino que hace un repaso (desde una óptica muy personal) a la recepción del latino en los últimos treinta y seis años, desde sus primeros trabajos en Roma hasta el presente. En este recorrido habla de quienes han trabajado sobre Tácito tratando siempre de retener la fama para sí y mezclando eventos personales de su biografía (escribe cuando casi cuenta con 58 años y poco menos de dos años antes de su muerte) con una cierta historia de las alteraciones que ha sufrido Europa. A sus competidores, aún cuando reconozca algunos de sus logros, los trata de moscas acercándose al mismo pastel, haciendo un reconocimiento de la fama europea que ha alcanzado el texto del que siempre sale favorecido<sup>47</sup>. Aunque Lipsio aprovecha para reforzar una imagen posesiva (habla de *su* Tácito)<sup>48</sup> no deja de admitir que su ha sido influido por otros en el desarrollo de su trabajo y el perfil acusadamente político que recibe Tácito y sus obras

---

<sup>46</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelij Taciti Opera quae extant. Iustus Lipsius postremùm recensuit. additi commentarij aucti emendatíque ab vltimâ manu. accessit C. Velleius Paterculus cum eiusdem Lipsi auctioribus notis*. Antverpiae: ex officina Plantiniana, apud Ioannem Moretum, 1607, «Allocutio iterata et novissima».

<sup>47</sup> Ibid, «Allocutio iterata et novissima»: «& multos deinde, quasi muscas, ad odorem bonae famae convolasse, & in eodem mustaceo, quod dicitur, lauream quaesivisse». Comparar con la dedicatoria a Maximiliano II (1574), en la que Lipsio decía no impedir a otros que concurrieran «en la lucha por la palma en este mismo circo».

<sup>48</sup> Otra muestra de esta «apropiación» la da el título del encabezado de las páginas que es «comentarios de Justo Lipsio al libro I [o el que corresponda] de los Anales», aunque en ellas aparezca tanto el texto latino original como los comentarios lipsianos, Ibid.

en esta alocución demuestra que la recepción política de Tácito permeaba en el relato Lipsiano. Lipsio, de modo parecido a como lo hizo en 1574, recogió aquí las valoraciones preexistentes para relanzarlas con fuerzas y argumentos renovados. Esta última alocución es un buen ejemplo y un reconocimiento implícito de la cadena de recepciones que van modificando el entendimiento del clásico.

Otra edición en la que se aprecia excepcionalmente bien esta superposición de elaboraciones filológicas y variantes en la recepción de Cayo Cornelio Tácito es la publicada por Johannes Grüter este mismo año de 1607 en el que aparecía la edición póstuma de Lipsio<sup>49</sup>. El texto está basado en este caso en la edición de Curtius Pichena, el único que rivalizó en vida con los logros filológicos de Lipsio (Pichena accedió a manuscritos con los que Lipsio no había podido trabajar)<sup>50</sup> y presenta una importante novedad filológica: la división en capítulos de cada uno de los libros, obra de Grüter y que se ha mantenido con pocas modificaciones hasta nuestros días. Junto al texto de Tácito, esta edición incorpora además los trabajos de la extensa nómina de autores que había venido contribuyendo al establecimiento del texto con diversos comentarios,

---

<sup>49</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant, ex recognitione Jani Gruteri, cum indice rerum ac nominum... Accedunt seorsim ad eundem emendadd, castig, observatt, notae... Alciati, Ferreti, Ursini, Merceri, Coleri, Rhenani, Vertranii, Donati, Pichena, Gruteri*. Francofurti: e collegio Partheniano, sumptibus J. Rhodii, 1607.

<sup>50</sup> El propio Pichena da una larga explicación de la superioridad de uno de los manuscritos que ha consultado en la biblioteca medicea de Florencia frente a los anteriormente utilizados, defiende su antigüedad y explicita que en ocasiones esto le ha llevado a disentir con el texto establecido por Lipsio en su dedicatoria: «Praemonendus es Lector, me, dum Cornelium Tacitum iam diu in manibus, imo in deliciis habeo, nonnulla in eo, sed mihi tantum adnotasse. Nuper autem accidit, ut cum Ricardo Thomsonio nobili Anglo, multiplicis eruditionis, ac perspicacis ingenii viro, qui Florentiae morabatur, amicitiam contraxerim. Qui cum notas meas forte vidisset, ac probasset, ut edere[m] suasit. Ego contra, repugnare, ne in Mustaceo ut aiunt, laureola[m] quaerere viderer. Tandem, aliis etiam amicis idem exigentibus, annuere coepi. Ac dum in ea cogitatione versarer, mihi consilium subiit, antiquissima duo Taciti exemplaria manuscripta, quae Florentiae in Mediceae Bibliotheca religiose asservantur, conferre. Unum, idemque in orbe terrarum unicum Leonis X. Pontif. Max. Tempore in Germania repertum priores Annalium libros continens qui antea desiderabantur. Alterum vero vetustissimum, priscis characteribus, quos Longobardicos falso ut opinior appellant, exaratum: quae enim Longobardorum eo tempore in Italia mentio, cum illius codicis antiquitatem constet esse annorum ultra mille ducentorum? Nam cum eidem sit adnexus Apuleii liber, eadem, ut videtur, manu, iisdemque characteribus scriptus; in fine singulorum fere librorum subscribit se Crispus quidam Sallustius, atque uno in loco his verbis: *Ego Sallustius legi & emendavi Romae foelix, Olibrio & Probino consulibus, in foro Martis controversias declamans Oratori Endelechio. Rursus Constantinopoli recognovi, Caesario & Attico consulibus*. At olibrius & Probinus consules fuerrunt eo anno, quo Thodosius imperator obiit, id est, à Christo nato 395. Caesarius autem & Atticus consulatum inierunt, Arcadio iam & Honorio regnantibus, anno Christi 397. ut autor est Onophrum Panuinius Fastrorum lib. 3 Ex eoru[m] igitur Codicum diligenti collatione, mirum quanta meis Notis accessio facta est. At que ut alterum ab altero distinguatur, priorem, Manuscripti; secundum, Florentini nomine appellabimus. Accessit etiam tertius liber, Venetiis excusus anno 1497. mendosus quidem, eoq[ue] fidelior, qui mihi no[n] paruo usui fuit. Miraberis lector, me aliqua[n]do à Lipsio dissentire: scias, illius tanti viri summam esse apud me auctoritate, ut qui Reipubl. literariae maximo fuerit, & ornamento, & adiumento. Sed, ut in caeteris, ita in his sua cuique sententia: ac si mihi ipsum audire contingeret, fortasse cum illo sentirem. Sunt etiam multa, quae aliunde ex Lipsio, Rhenano, Mureto, aliis que collegi, ac in meis Notis, ipsorum testimonio inserui, ad tui faciliorem usum», Ibid, pp. 380-381.



correcciones o anotaciones. La simple observación de todos esos trabajos habla (con mayor justicia de lo que lo hacía el relato lipsiano) sobre un trabajo filológico encadenado y sucesivo<sup>51</sup>. La cadena continua, un año después con la edición Parísina de 1608 a la que referí al comienzo de este capítulo<sup>52</sup>. El trabajo de Lipsio, que en absoluto había desaparecido en la edición de Grüter, que conservaba buena parte de los textos preliminares de las ediciones lipsianas, vuelve aquí a primer plano en forma de notas al pie en las que se recogen los comentarios.

Aunque ni el trabajo filológico ni las ediciones de Tácito se detienen a comienzos del siglo XVII —buen ejemplo de ello son las ediciones ezelvirianas del clásico o la edición *in usum delphini* patrocinada por Luis XIV<sup>53</sup>— en este punto se ha producido ya un cambio de casi 180 grados respecto a las ediciones iniciales. Además de la división en capítulos, las indicaciones cronológicas, la contextualización del texto en lo tocante a las costumbres, rituales y usos de la Roma antigua, las correcciones del texto latino, etc, los índices que se incorporan en estas dos últimas ediciones son una excelente muestra del escrutinio exhaustivo al que estaba siendo sometido Tácito desde el último cuarto del siglo XVI. Con más de 400 páginas, el índice Grüter abre camino para encontrar cualquier cuestión que se desee a lo largo no sólo del texto de Tácito, sino del de los múltiples comentaristas y eruditos que contribuyen a esta edición. El índice de la edición Parísina de 1608 demuestra a las claras el sistema por el que se accedía a esa información, pues se titula *Loci Communes in Tacitum ordine Alphabetico Digesti*. Ofrece nada menos que 64 folios en letra de cuerpo apretado que permiten recuperar la información disponible en Tácito. Parece lógico pensar que esta tecnología editorial buscaba satisfacer una demanda en la interpretación de un texto que se había hecho famoso, y cuya fama aún estaba destinada a seguir creciendo.

---

<sup>51</sup> Estos trabajos incluyen: Andreae Alciati, *Annotationes* [pp. 1-15]; Beati Rhenani, *Castigationes in Corn. Tacitum* [pp.15-124]; Aemylii Ferretti I. C, *In Cornelium Tacitum Annotatiunculae* [pp. 124-151]; M Vertraii Mauri I. C, *Notae ad Taciti* [pp.152-254]; Fulvii Ursini, *Notae ad Tacitum* [p. 255- 284]; Marcelli Donati, *In Cornelium Tacitum dilucidationes* [pp. 285-350]; Francisci Modii, *Novantiquae lectiones ad Tacitum* [pp. 350- 354] [Esta sección incluye también la *Epistola XV Iano Lernutio y Epistola XCIX. Iusto Lipsio*]; Iosiae Merceri, *Ad Cornelium Tacitum aliquot notae* [pp. 354-379]; Curtii Puchenaes [sic] sereniss. Magni ducis etruriae a secretis, *Ad Cornelii Taciti Opera Notae* [pp. 380-497], *eiusdemq; Appendix* [pp. 497- 539]; Christophori Coleri, *Ad. C. Cornelii Taciti Scripta Spicilegium* [pp. 539-550] e *In Taciti Germaniam animadversa* [pp. 350-592]; Iosiae Merceri, *Ad Cornelium Tacitum aliquot notae* [dedicadas a Jacques-Auguste de Thou] [pp. 593-614]; y, finalmente, Iani Gruteri *Schediasma* [pp. 617-656]

<sup>52</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti et C. Velleii Paternuli scripta quae extant: Recognita, emaculata: Additque commentarii copiosissimi; & notae non antea editae....* París: Petri Chevalier, 1608.

<sup>53</sup> Tácito, *Opera. Interpretatione perpetua* (1682-1687).

### 3.2 Imitación y polémica sobre el estilo de Tácito

El estilo de Tácito, cuyas particularidades resultaron fáciles de apreciar por los lectores de la edad moderna, fue objeto de prácticamente tantos comentarios como el contenido de sus obras. Esta consideración estilística constituyó una importantísima condición para la recepción del latino, ya que sobre este particular se fue amontonando una tradición de juicios e interpretaciones que mediaban la lectura de textos como los *Anales* y las *Historias*. Al igual que ocurría con los retratos transmitidos por las distintas ediciones, la recepción de Tácito se forjó a través de estas polémicas, que, no obstante, eran también parte de una polémica más amplia, definida por Morris W. Croll como el «movimiento de oposición al dogma ciceroniano que barrió todo lo que se puso a su alcance en el último cuarto del siglo XVI y estableció las formas del estilo de prosa que prevaleció a lo ancho de Europa en el siglo XVII, tanto en latín como en las lenguas vernáculas»<sup>54</sup>.

Buen ejemplo de esta polémica es el intercambio epistolar sobre aspectos del vocabulario y el estilo de Tácito que mantuvieron Antonio Agustín y Jerónimo Zurita poco antes de la publicación, en 1577, de la segunda parte de los *Anales de la Corona de Aragón*<sup>55</sup>. Desde el comienzo de esta correspondencia, Agustín criticó a Zurita por imitar a Tácito, a quien consideraba «algo duro, que quiere ser breve, y no tiene el estilo, y delecto de Cesar»<sup>56</sup>. Comprendía Agustín, no obstante, que esto se debía a que en Tácito «la manera de tratar la historia es mas allegada a nuestros tiempos, y assi se pega a v. m. mas presto»<sup>57</sup>. En una segunda carta, Agustín volvió a la carga para criticar la falta de «oraciones directas y obliquas» en la historia de Zurita, insistiendo en que «Cornelio Tacito, el idolo de v.m. ahunque es duro, y baxo de lengua, tiene buenas oraciones, y breves»<sup>58</sup>. En su respuesta, Zurita defiende su posición en el extenso debate

---

<sup>54</sup> Croll, «Muret and the history of “Attic prose”», pp. 108-109.

<sup>55</sup> Juan Francisco Andrés de Ustarroz y Diego José Dormer, *Progressos de la Historia en el Reyno de Aragon y elogios de Geronimo Zurita su primer coronista*. Zaragoza: Herederos de Diego Dormer, 1680. En total se conservan 4 cartas, recogidas en el libro IV, capítulo 5 de esta obra: § 11 pp. 387-389 (Antonio Agustín a Zurita, Lérida 28 de julio, s. a.); § 32, pp. 414-415 (Antonio Agustín a Zurita, 5 de diciembre de 1578); § 33, pp. 415-417 (Zurita a Antonio Agustín, 12 de diciembre de 1578); y § 36, pp. 426-427 (Antonio Agustín a Zurita, 24 de enero de 1579). Quien primero llamó la atención sobre esta correspondencia fue Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*.

<sup>56</sup> Ustarroz y Dormer, *Progressos de la Historia en el Reyno de Aragon*, p. 387.

<sup>57</sup> *Ibid.* Aunque esta carta de Antonio Agustín no lleva año, parece anterior a la publicación de la obra de Zurita, que Agustín ha corregido sobre el original: «Con tan largo poder como v.m. me dà, yo he comenzado de proposito mi censura, y allende de lo que toca a la ortografia, y yerros de pluma, que se emiendan en el original, y algunas otras cosas pocas, que de pereza las muda alli, por no escrivirlas a parte, embio a v.m. el principio, para que note con que melancolia digo mal de lo bueno» (p. 387).

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 414.

sobre la inclusión de oraciones directas e indirectas en la narrativa histórica<sup>59</sup>, aprovecha para contradecir esa «baxeza» que su correspondiente descubre en el estilo de Tácito, y admite de paso que es «muy aficionado» a su historia<sup>60</sup>. El 24 de enero de 1579 Antonio Agustín trataba de zanjar la polémica con una carta en la que advertía: «En lo del estilo en Latin, està v.m. muy contrario al parecer de los Ciceronianos, pues niega los primeros principios, y contra los que esso niegan no hay que disputar, y assi por defender a Tacito quiere defender todos los de aquel tiempo, en el qual la lengua Latina se iba corrompiendo tanto, que los podemos llamar Barbaros, cotejados con los de aquel siglo dorado de Ciceron»<sup>61</sup>.

Los doctos de toda Europa, como les ocurrió a Zurita y Agustín, se dividieron en dos facciones estilísticas. En palabras del propio Lipsio, al resto de cualidades de Tácito debía añadirse su estilo «que en ningún caso es sórdido o vulgar, sino distinguido con inesperadas sentencias, que no sé de donde pueden provenir, las cuales tanto por su brevedad como por su verdad pueden compararse a los oráculos»<sup>62</sup>. Al expresarse de este modo, Lipsio defendía el estilo de Tácito de las acusaciones de rudeza o vulgaridad pero hacía también otra cosa: vinculaba ciertas cualidades estilísticas al contenido de sabiduría de aquellos textos, llenos así de sentencias convertidas en oráculos. Era Lipsio quien ocupaba el papel más destacado en esta facción tacitiana, lo que le ganó la satírica descripción de Boccacini como alguien que sólo veneraba y atendía a Tácito, «sola su conversacion le deleytava, no la de otro Letrado, no celebrava otro Historiador; y todo con tanta parcialidad de afecto interno, que en la singularidad del hablar con mas conceptos que palabras, en la brevedad del dezir sucinto, grave, jugoso, sentencioso, y claro solamente a los entendidos [...] se esforzava imitar»<sup>63</sup>. La actitud de Lipsio

---

<sup>59</sup> Zurita se defiende así: «A mi me parecio faltarme mucho caudal para esto, y quando le tuviera, si avia de procurar que fuesse con aquella imitacion, se avian de dexar infinitas cosas, que es menos inconveniente que no se ayan perdido, que andar rhetoriçando, y perdiendo el credito en lo principal», Ibid, pp. 415-416.

<sup>60</sup> Zurita señala: «le trata mal en dezir que es baxo de lengua, porque puesto que sea duro, y tenga mucho del lenguaje que se usava en su tiempo, baxeza en el no la veo, y por ventura parece más imitador de Salustio que otro ninguno, y en la misma era de Ciceron se hallan aquellas durezas, como en Celio; y en el mismo Salustio fue notado, ser muy perdido por imitar a Caton», Ibid.

<sup>61</sup> Ibid, p. 427. Antonio Agustín, aunque reprobó el lenguaje y estilo de Tácito, se preocupó de algunas cuestiones filológicas e históricas de su obra, como ha demostrado Beatriz Antón en su interpretación de la correspondencia entre éste y Onofre Panvinio y Fulvio Orsini en la década de 1550, Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, pp. 101-105.

<sup>62</sup> «Accedit genus ipsius sermonis minimè sordidum aut vulgare, distinctum crebris & nescio unde ex abdito erutis sententiis, quas vel veritate vel brevitate vicem oraculi possis accipere »Tácito, *Historiarum et Annalium libri qui exstant*, «Dedicatoria a Maximiliano II».

<sup>63</sup> Boccacini, *Avisos de Parnaso*, fol. 148v, centuria I, aviso 86: «Iusto Lipsio por enmendar el yerro de aver acusado a Tacito, tan intimadamente le venera, y ama, que fue acusado delante de Apolo de idolatra, por lo qual despues de un fingido castigo, es al fin de su Magestad alabado, y admirado».

despertaba, siguiendo la imagen de Boccalini, la «embidia, y odio de otros doctos deste Estado, dependientes de Ciceron, y de la poderosa faccion Cesariana, que no apruevan esto con tanta diligencia»<sup>64</sup>. Esta polémica desbordó, según Croll, las fronteras de lo estilístico hasta el punto de identificarse con los desarrollos más importantes de la edad moderna: en los momentos de máxima oposición las dos tendencias enfrentadas cobraron el carácter de «movimientos bien definidos y conscientes de sí mismos»<sup>65</sup>. Uno de estos movimientos se correspondía con «el crecimiento del racionalismo científico y positivo»; el otro no resultaba tan fácil de describir o valorar, porque «no es lo que llamamos “moderno”» y porque al estar más entremezclado con diversos intereses de su propia época, sus luces opuestas y contradicciones hacen que resulte más difícil de sistematizar<sup>66</sup>. En cualquier caso, el segundo movimiento «así como era conservador y a menudo reaccionario, también era eminentemente literario y clásico, amigo de la belleza y simetrías del arte renacentista» y «la imitación ciceroniana» era «representativa de todo lo mejor y lo peor que había en él»<sup>67</sup>.

Sin restar importancia a la cuestión, Peter Burke ha matizado los términos de la oposición dicotómica de Croll y señala que el nuevo estilo de moda «nunca llegó a conquistar»: el movimiento anti-ciceroniano, asociado con Séneca y su estilo «suelto» y Tácito y su estilo «breve», sólo tuvo éxito en un sentido negativo; en tanto que «rompió el monopolio, el dominio de la prosa ciceroniana»<sup>68</sup>. Burke admite asimismo que una de las razones del éxito del movimiento anticiceroniano fue «la expansión (asociada a la revolución científica) del ideal de la claridad y de una “manera natural y desnuda de hablar”», pero precisa que este ideal era «tan opuesto a Tácito como siempre lo había sido a Cicerón»<sup>69</sup>. Frente a la tesis fuerte de Croll, Burke considera que la moda del estilo tacitano «pertenece a una fase de transición entre los ideales ciceronianos de abundancia y simetría y los ideales científicos de claridad y simplicidad»<sup>70</sup>. Otro gran valor de la posición de Burke es la apertura de espacios para la consideración del estilo de Tácito en otra faceta distinta; esto es, en sus vínculos con el manierismo, en su «énfasis en lo inesperado, lo ambiguo, lo difícil y lo disonante»<sup>71</sup>.

---

<sup>64</sup> Ibid, fol. 148v.

<sup>65</sup> Croll, «Muret and the history of “Attic prose”», p. 110.

<sup>66</sup> Ibid.

<sup>67</sup> Ibid, pp. 110-111.

<sup>68</sup> Burke, «Tacitism», pp. 152-153.

<sup>69</sup> Ibid, p. 153.

<sup>70</sup> Ibid.

<sup>71</sup> Ibid. Hay que reconocer que Croll también había sugerido las tendencias paralelas entre el nuevo estilo y el arte del periodo 1570-1670 «la escultura y la arquitectura de Bernini, la pintura de Tintoretto y El

La tercera gran tesis en lo que respecta a la interpretación de estas convulsiones es la de Marc Fumaroli, que consideraba a Tácito «el gozne sobre el que gira el siglo XVI para dejar entrar al XVII»<sup>72</sup>. La cuestión se concentraba en la sustitución de un humanismo cívico por una filosofía neoestoica: lo que Tácito enseñaba a un humanista del último cuarto del siglo XVI era, «antes que nada, que la “libertad” no es el bien supremo, que la elocuencia que despertaba las pasiones populares no es un ideal digno del sabio, que el orden monárquico, político y religioso a la vez, impuesto a la Europa corrupta como lo el Imperio a Roma, era preferible al desorden y a la guerra civil»<sup>73</sup>.

La perspectiva de Fumaroli es difícil de reconciliar con las tesis más generales de Croll, pero ambas concuerdan bastante bien en el análisis de las lecciones que Marc Antoine Muret dedicó a Tácito en el invierno de 1580-1581. La primera coincidencia entre Croll y Fumaroli consiste, de hecho, en destacar estas lecciones como un texto fundacional en lo que se refiere a la defensa del nuevo estilo<sup>74</sup>. En ellas, Marc Antoine Muret propuso una vinculación entre el oscuro estilo tacitano y las nuevas formas del poder político, pues para Croll «el amor por la singular sabiduría de Tácito está presente en un amor a su forma de expresión significativamente oscura»<sup>75</sup>. En palabras de Muret:

Pues aunque un estilo llano y claro es placentero, aún así en ciertos tipos especiales de escritos la oscuridad será alabada. Al desviarse el discurso de los modos de expresión comunes y vulgares, gana una dignidad y magestad, incluso a partir de la extrañeza, y capta la atención de quien lee. Funciona casi como un velo, para impedir la vista a los vulgares<sup>76</sup>

---

Greco, la poesía de Donne y Marino, de Ben Jonson y Corneille», Croll, «Muret and the history of “Attic prose”», p. 109.

<sup>72</sup> Marc Fumaroli, *L'âge de l'éloquence. Rhétorique et “res literaria” de la Renaissance au seuil de l'époque classique*. Ginebra: Droz, 1980, pp. 153-154. Agradezco a María José del Río que me pusiera en la pista de Fumaroli y su benevolencia cuando le confesé que no me había interesado por este autor «italiano».

<sup>73</sup> Ibid.

<sup>74</sup> Para la datación de las oraciones sobre Tácito, Croll, «Muret and the history of “Attic prose”», p. 151n.

<sup>75</sup> Ibid, p. 153.

<sup>76</sup> Muret, *Orationum*, pp. 110-111, *Oratio XII*: «Quamquam enim nuda & perspicua oratio delectat, interdum tamen in scribendo certi eiusdam generis laudatur obscuritas, quae orationem à vulgari loquendi consuetudine abducens, ex ipsa peregrinitate dignitate ei maiestatemque conciliat, & attentionem legentium continet. Hoc quasi velum est, quod profanis ostenditur»

Para Croll, el desplazamiento estilístico que se aprecia en Muret estaba directamente relacionado con el abandono del ideal del humanismo cívico<sup>77</sup>: las decisiones sobre los grandes asuntos ya no se tomaban en senados abiertos, sino en los gabinetes de hombres individuales; de los géneros retóricos sólo se conservaba el epidíctico (disputas académicas, sermones, panegíricos y oraciones fúnebres) y, en consecuencia, el escritor trataba de ser admitido en la intimidad de los príncipes y tomar parte en los negocios del mundo, debía aprender a escribir adaptándose a los hechos concretos del caso, al carácter de las personas implicadas y al estado actual de la sociedad<sup>78</sup>. Esta tesis también concuerda con los análisis de Fumaroli, quien señalaba que con el cambio de una audiencia popular al de una «elite de responsables», la elocuencia debía «administrar sus lecciones tomando el desvío de una forma elegante y sutil»<sup>79</sup>. J. H. M. Salmon ha insistido en esta idea, señalando que hacia finales del siglo XVI, Tácito se había convertido en una influencia lingüística más importante que Cicerón. El cambio se había producido tanto en las «estructuras lingüísticas» como en las «ideologías morales», pues al mismo tiempo «el ideal del ciudadano activo y el orador virtuoso había sido reemplazado por otro de estoica fortaleza y retiro»<sup>80</sup>. El reemplazo, como apunta Salmon, es parte de un amplio movimiento de rechazo al humanismo ciceroniano, que también cobra fuerza por la experiencia de las guerras religiosas (Salmon estudia el caso francés) y por el surgimiento de un movimiento neoestoico «en reacción a los entusiasmos religiosos rivales»; en el nuevo clima de absolutismo, dice Salmon «Ciceron, *pater eloquentiae*, cedió su espacio a Tácito *pater prudentiae*»<sup>81</sup>.

La cuestión del estilo desborda los límites de lo que aparentemente pudiera parecer estética en otro sentido más. El vínculo (que sería necesario analizar más detalladamente) entre la prosa de Tácito y la de Séneca, se extiende hacia las relaciones entre las enseñanzas extraídas de la historia y la filosofía de ambos autores<sup>82</sup>. En un

---

<sup>77</sup> Croll contextualizó la apreciación de Muret del estilo como «velo» en relación con su opinión general sobre la retórica, tal y como se aprecia en una oración de 1582 en torno a las *Cartas a Ático* de Cicerón; Croll, «Muret and the history of “Attic prose”», p. 154.

<sup>78</sup> Muret, *Orationum, Oratio XVI*. El ejemplar de la BNM carece de estas páginas, por lo que he obtenido el texto de la oración de *Marci Antonii Mureti... Orationes, epistolae, et poemata*. Lipsiae: In officina Grossiana, 1750 p. 393.

<sup>79</sup> Fumaroli, *L'âge de l'éloquence*, p. 153.

<sup>80</sup> Salmon, «Cicero and Tacitus in sixteenth-century France». Cito por Salmon, *Renaissance and revolt*, p. 27.

<sup>81</sup> Salmon, *Renaissance and revolt*, p. 27.

<sup>82</sup> El otro gran autor clásico que Lipsio se cuidó de editar con la mayor propiedad que le fue posible no fue otro que Séneca y la importancia que Lipsio concedía a esta edición se puede calibrar por el disgusto

estudio sobre la conexión entre Séneca y Tácito en la Inglaterra del comienzos del siglo XVII, J. H. M. Salmon argumentaba que «la filosofía moral del primero [Séneca] y la historia del principado Romano compuesta por el segundo [Tácito] eran vistas como parte de un único movimiento político y ético que tenía la percepción contemporánea de la corte jacobea»<sup>83</sup>. Karl Alfred Blüher, en su obra sobre la recepción de *Séneca en España* no duda en apuntar que la «valoración *politica* de Séneca» se debió directamente al tacitismo del siglo XVII<sup>84</sup>, pero sugería una vinculación entre los dos autores algo diferente, generada a partir de la imagen de Séneca que Tácito ofrecía en sus *Anales*. Tal y como Blüher indicaba, «así como la descripción de Sejano por Tácito ofreció a la literatura política de estos tiempos el ejemplo negativo de un favorito, en su imagen de Séneca se leía, practicadas las debidas correcciones en los pasajes menos favorables, el modelo positivo de un “privado”»<sup>85</sup>.

Otra cuestión mayor es la de la herencia, las divisiones y la dispersión del movimiento anti-ciceroniano<sup>86</sup>. Croll no duda en identificar la primera de esas tendencias con la perduración de la filosofía estoica, a la que acompañaría lógicamente un estilo de prosa neoestoico; como es natural Lipsio es «tan claramente el fundador de este estilo como el es de la filosofía neoestoica que lo acompañó en la primera mitad del siglo»<sup>87</sup>. Según Croll otras dos versiones de este nuevo estilo que se prolongan en el tiempo: una «tendencia de estilo asociada con el pensamiento escéptico o “libertino” de aquel siglo [XVII] y en especial con la influencia de Montaigne» y otra «prosa de los “políticos” y los estudiosos de la “sabiduría prudencial”: Bacon, Malvezzi, Grocio, y legión de otros, que obtuvieron sus ideas retóricas y a menudo políticas principalmente de Tácito»; a todo ello se añadía un «marca peculiar del siglo XVII», nada menos que el «*conzettismo*»<sup>88</sup>. Mercedes Blanco ha mostrado la relación entre «la concepción de los

---

con el que recibió el retrato del filósofo en el frontispicio de 1605 Mark Morford, *Stoics and neostoics: Rubens and the circle of Lipsius*. Princeton: Princeton University Press, 1991, pp. 9-10. Blüher, *Séneca en España*, p. 489. señala que Muret y Lipsio coincidieron en la rehabilitación de Séneca y la de Tácito, pero que «también con otros autores se puede demostrar que la nueva vida de Séneca entonces estaba estrechamente ligada a la revitalización de Tácito».

<sup>83</sup> J. H. M. Salmon, «Stoicism and Roman example: Seneca and Tacitus in Jacobean England»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 50, n.º. 2, (1989), p. 199.

<sup>84</sup> Blüher, *Séneca en España*, p. 487.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 489. La misma idea se repite en la p. 491.

<sup>86</sup> En palabras de Croll: «El racionalismo había alcanzado su victoria y mostró una tendencia a dividirse en las varias escuelas o fases que siempre aparecen cuando una idea general se entremezcla con los diversos elementos de una variada vida intelectual y toma de cada uno de ellos un distinto tono», Croll, «Attic prose: Lipsius, Montaigne, Bacon», p. 200.

<sup>87</sup> *Ibid.*

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 201. Por si no fuera evidente la amplitud del fenómeno que diseña Croll, éste nos aclara que «es necesaria una inspección detenida de la prosa estoica, la prosa libertina y la prosa tacitiana, tratando cada

problemas retóricos propia del conceptismo y ciertas formaciones ideológicas que se desarrollan exactamente en este mismo periodo», esto es su coincidencia con la irrupción de la razón de estado en el pensamiento político<sup>89</sup>. Esta inspiración estética en Séneca y Tácito, y también en la *Epistolica institutio*, se orienta «hacia la multiplicación de fragmentos notables por su condensación, y que son presentados como descubrimientos, como pensamientos que exigen atención y meditación»<sup>90</sup>.

A pesar de la amplitud de este tema, la idea fundamental de este apartado puede condensarse en las palabras de Charles Davis a este respecto: «la percepción de su agudeza política descansó en un alto grado en una respuesta a su estilo, especialmente a su brevedad»<sup>91</sup>. Aprovechando los términos con que se expresa Davis, puede subrayarse que la cuestión del estilo de Tácito debe concentrarse específicamente en la *respuesta* ante ese estilo, algo que no estaba directamente ligado a la agudeza política de Tácito, sino a la *percepción* de esa agudeza. El modo en que esta percepción fue construida por Muret o por Lipsio indican, en mi opinión, que la apreciación del estilo es uno más de los filtros interpretativos que se superponen a los textos de Tácito. La cuestión estilística cristalizó en un momento relativamente concreto de la recepción de Tácito, del mismo modo que existieron, con anterioridad, otros ejemplos en los que la apreciación estilística de Tácito no desencadenó tan abiertas connotaciones políticas.

La cuestión del estilo es difícil de resolver, y muy problemática en lo que respecta a la correlación entre un determinado uso estilístico de Tácito y una actitud política concreta. De una parte, en algunos casos en los que se ha analizado detenidamente la imitación de Tácito se ha comprobado que ésta no excluye la incorporación de otros autores. De otra, no siempre tenemos constancia de que el uso estilístico de Tácito

---

una de ellas con referencia a su teoría filosófica, a los modelos de la antigüedad y los tiempos modernos que prefería, a su relación con la cultura de la época y a sus formas retóricas» (p. 202).

<sup>89</sup> Mercedes Blanco, *Les rhétoriques de la pointe. Baltasar Gracián et le conceptisme en Europe*. París: Honoré Champion, 1992, p. 19. La propuesta completa de Blanco dice así: «el pragmatismo del *concepto*, llamado a responder a necesidades coyunturales y dispensado de garantizar la continuidad del discurso y su coherencia global, la sustitución de la función persuasiva de la escritura (primordial por la retórica clásica) por la función seductora, la idea de que una competencia técnica podía asegurar un perfecto dominio de los efectos del discurso, y que el dominio de el discurso da la llave para un dominio de los hombres... todas estas características del conceptismo hacen de él una versión moderna de la sofística. Este tipo de escritura es el apropiado para responder a las necesidades de un pensamiento político que está en trance de adquirir su autonomía frente a la teología y que aspira a ejercer una autoridad sin rival dentro de sus propios dominios».

<sup>90</sup>Ibid, p. 612. Alberto Alberte González, ha llamado la atención sobre las conexiones entre Séneca y el conceptismo, Alberto Alberte González, «Séneca, un conceptista *ante litteram*»; en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, vol. 24, n.º. 1, (2004).

<sup>91</sup> Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 57.



conduzca a la expresión de un pensamiento político o a la defensa de una actitud intelectual determinada. La mencionada serie de cartas entre Antonio Agustín y Jerónimo Zurita, contiene una serie de referencias que de acuerdo con Beatriz Antón Martín «revelan el Tacitismo incipiente de estos autores»<sup>92</sup>. Básicamente, este argumento se basa en la referencia a la *similitudo temporum*<sup>93</sup> que hizo Agustín y a la afirmación en la que Zurita se declaraba admirador de Tácito<sup>94</sup>. Antón Martínez apoya su argumento con otras dos cartas de Zurita: en la primera de ellas (1572) le preguntaba al italiano Victorio si conocía algún libro de mano para corregir a Tácito<sup>95</sup>; en otra del 8 de junio de 1572 Zurita confesaba al mismo interlocutor que había vuelto a leer los *Anales* de Tácito, de quien le agradaban la prudencia y la libertad<sup>96</sup>. No obstante, María Victoria Fernández-Savater Martín, ha analizado con detenimiento el estilo y las apariciones de Tácito en los *Anales* de Zurita llegando a la conclusión de que existe un «innovador Zurita que “imita” a Tácito», pero que éste convive al mismo tiempo con un «tradicional Zurita que “imita”, y más extensamente, a Livio», por no mencionar que Zurita «además, naturalmente, acude con frecuencia al maestro, a Cicerón»<sup>97</sup>.

El panorama que nace de esta constatación es bastante complejo, porque realmente Zurita «ni cita, ni imita, si no que entreteje términos, frases y párrafos de los autores latinos en su propia prosa, haciendo a veces en el texto original las adaptaciones que el nuevo contexto demande»<sup>98</sup>. Algo que ya había descubierto el mismo Antonio Agustín en su primera carta a Zurita, en la que se reconocía que además de usar o imitar el estilo de Tácito el aragonés también empleaba «otros terminos, ò Ciceronianos, que son los que yo digo que agora se usan, y están mas estimados, ò de Formulas de Tablas de Leyes, y Senatusconsultos, y Acciones, y estas usandose à menudo ofenden, a ratos

---

<sup>92</sup> Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, p. 101.

<sup>93</sup> Ustarroz y Dormer, *Progressos de la Historia en el Reyno de Aragon*, p. 387.

<sup>94</sup> Admitía Zurita: «No puedo negar que sea muy aficionado a la historia de Cornelio Tacito», *Ibid*, p. 415.

<sup>95</sup> Zurita probablemente necesitaba enmendar su Tácito manuscrito, códice que después prestó a Juan Páez de Castro: «Cornelio Tacito de mano en pargamino, escrito el año de M. CCCC XII. [1412] encuadernado en pargamino nuevo» [*Colección de documentos referentes a la canonización de S. Diego de Alcalá, a la formación de la Real Biblioteca del Escorial, adquisición de reliquias, etc, en tiempo de Felipe II*]. fol. 378r. [Inventario de los libros de Zurita en posesión de Paéz de Casto a su muerte, hecho por Ambrosio de Morales.] Esta petición de Zurita es un ejemplo del campo abonado en el que dos años después, en 1574, fertilizaría la primera edición de Tácito de Justo Lipsio.

<sup>96</sup> Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, pp. 103-104.

<sup>97</sup> María Victoria Fernández-Savater Martín, «Jerónimo Zurita, Tácito y Livio español», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico: homenaje al profesor Antonio Fontán*, Madrid: Laberinto, 2002, Vol. 4, p. 2046.[Congreso Internacional de Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico III (Alcañiz, 2000).]

<sup>98</sup> *Ibid*.

parecen bien»<sup>99</sup>. En definitiva, Tácito podía ser empleado como modelo, pero esto no convertía necesariamente el estilo de Zurita en exclusivamente tacitano. Según el análisis de Fernández-Savater Martín el del cronista aragonés era «un auténtico “latín de laboratorio”», muy propio de la época y «producto sin duda de un exhaustivo conocimiento de los clásicos»<sup>100</sup>. Su imitación de Tácito se correspondía con el «seguimiento» o «imitación no transformativa» descrita por George W. Pigman, que consistía en la «recolección o préstamo de expresiones, frases o pasajes que equivalía a una transcripción del (de los) modelo(s) en el texto»<sup>101</sup>.

Los matices en torno a la adopción estilística de Tácito son importantes porque ayudan igualmente a ponderar si aquellos que imitaban el estilo de este autor constituyeron lo que Antón Martínez denominó precoz «vía hispánica» de tacitismo; una vía que no habría tenido, sin embargo, «seguidores notables que aprovecharan estos primerísimos trabajos filológicos sobre Tácito y estas primerísimas valoraciones positivas del tipo de historia que había hecho el historiador romano»<sup>102</sup>. Probablemente, parte de la explicación a esta falta de continuidad en la «vía hispánica» es que faltaba, más allá de la valoración de determinados aspectos estilísticos, una apreciación de la índole política de los escritos de Tácito.

Esta cuestión no sólo afecta a Zurita, sino también a otros imitadores tempranos del estilo de Tácito como Juan de Verzosa, secretario de Diego Hurtado de Mendoza y (con posterioridad) primer archivero de Felipe II en Roma. El interés de Verzosa por Tácito lo conecta nuevamente con Jerónimo Zurita, pues conservamos una carta del 19

---

<sup>99</sup> Ustarroz y Dormer, *Progresos de la Historia en el Reyno de Aragon*, p. 387.

<sup>100</sup> Fernández-Savater Martín, «Jerónimo Zurita», p. 2046: «Como ya señalamos en nuestro trabajo anterior, es importante tener en cuenta el tipo de historia que se está narrado. Los hechos que Zurita narra en su historia, tienen poco que ver con la historia que narra Tácito. En los *Indices* ante todo se habla de la situación de los diferentes reinos, de batallas, de alianzas, de batallas, de sediciones, de batallas, de sucesiones, de reuniones en las Cortes, de batallas... Todo ello narrado de una forma sumamente esquemática y sin entrar prácticamente en detalles. Sin embargo hay que resaltar que siempre que hay ocasión de entrar en asuntos internos: matrimonios de conveniencia y las luchas de padres, madres, madrastras, hijos, hijas y hermanos por las herencias y sucesiones en los tronos, como tuve ocasión de mostrar en mi anterior trabajo, Zurita recurre insistentemente a Tácito».

<sup>101</sup> Pigman III, «Versions of imitation», p. 32.

<sup>102</sup> Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, p. 106. La otra aportación fundamental a esta «vía» la constituían las valoraciones positivas de Tácito hechas por Luis Vives, comentadas en la p. 91: «tras hablar de Livio y de Suetonio, reconoce que, aunque no nos ha llegado incompleto [sic], Tácito es de mucho provecho: *Cornelio Tacito non parum adjuvaremur, si integer ad nos et emendatus pervenisset, sed qualiscumque est, vehementer prodest*». La segunda dice: «*In historia leget Livium [...] hinc Cornelium Tacitum qui habet quaedam duriuscula et imitatu periculosa sed est grandis, multumque inest in eo spiritus; hic Sallustium [...]* En esta misma obra enumera diversos historiadores, recomendándolos para distintos asuntos: *ad historiam fusam Livius; ad commentarium historiae Suetonius, et Florus*. Y ¿Tácito?: *ad consilia explicanda Tacitus*». Es difícil, sin embargo, valorar el peso de Vives en el contexto hispánico ya que además de residir fuera de la península la práctica totalidad de su vida, su labor se insertó en contextos intelectuales distintos de los propiamente hispanos.

de septiembre de 1555 en la que dice estar acabando «ciertos *scholios* que comencé sobre Cornelio Tácito, a instancia de muchos señores, y amigos, que todo el mundo ha dado en este autor y con mucha razón»<sup>103</sup>. No hay duda de que en la monarquía hispánica existía un círculo de conocedores de Tácito, tal vez justamente identificables con lo que Tierno Galván denominó «previa recepción humanística». Prueba de la existencia de esa recepción es que, según José María Maestre Maestre, debió ser de hecho el propio Diego Hurtado de Mendoza quien pidió a Verzosa (su secretario entre 1545-46 y 1554) que escribiese unos comentarios «a fin de entender mejor las obras del historiador romano»<sup>104</sup>. Como ocurría con Zurita, cabe plantear importantes matices entre cierta admiración e imitación del estilo de Tácito y la recepción política de sus escritos. La conclusión a la que llega Maestre Maestre una vez analizada en detalle la presencia de Tácito en los *Anales* que compuso Verzosa es que, «aun cuando nos encontramos con pasajes que demuestran a las claras que, pese a todo, Verzosa imita a Tácito en la vertiente historiográfica, el tono normal de la obra no es ni mucho menos ése, sino el prometido por el autor en su breve *praefatio* programática»<sup>105</sup>.

Un caso muy interesante lo ofrece, por último, la presencia del clásico en la *Guerra de Granada*, que Diego Hurtado de Mendoza debió de componer entre 1571 y 1574 y que cuenta con varios pasajes (destaca uno del exordio) en los que Mendoza sigue muy de cerca a Tácito. Si bien dichos pasajes fueron identificados hace tiempo por Ramón Menéndez Pidal y Raymond Foulché Delbosch, fue finalmente Sanmartí Boncompte quien ha analizado con profundidad la presencia de Tácito en la *Guerra de Granada*<sup>106</sup>. De modo parecido a lo que ocurría con Zurita, según Sanmartí Mendoza

---

<sup>103</sup> Juan Francisco Andrés de Ustarroz y Diego José Dormer, *Progressos de la Historia en el Reyno de Aragon y elogios de Geronimo Zurita su primer coronista*. Zaragoza: Herederos de Diego Dormer, 1680, libro 4, capítulo 19, carta 5, p. 554

<sup>104</sup> José María Maestre Maestre, «En torno a la prosa latina de los humanistas: el tacitismo de Juan de Verzosa», en Eustaquio Sánchez Salor, Luis Merino Jerez y Santiago López Moreda (eds.), *La recepción de las Artes Clásicas en el siglo XVI*, Cáceres: Universidad de Extremadura, 1996, p. 232.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 230. El texto del primer libro (único conservado) de los *Anales de Felipe II* fue editado por vez primera por José López del Toro, «Los “Anales” de Juan Verzosa»; en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 150, n.º. 2, (1962). Esta edición ha sido revisada y ampliada por José María Maestre Maestre (ed.), *Juan de Verzosa. Anales del reinado de Felipe II (Palmyrenus)*. Madrid y Alcañiz: Laberinto; Instituto de Estudios Humanísticos, 1991.

<sup>106</sup> Raymond Foulché-Delbosch, «L'Authenticité de la Guerra de Granada»; en *Revue Hispanique*, vol. 35 (1915); Ramón Menéndez Pidal, *Antología de prosistas castellanos*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992. Ambos estudiosos descubrieron las «semejanzas» entre un pasaje de la introducción de la *Guerra de Granada* y *Anales* IV, 32 (tal vez junto con una frase de *Historias* I, 1) y otro pasaje del reconocimiento del fuerte de Calalui, en Sierra Bermeja en el que Hurtado de Mendoza utiliza ampliamente la descripción de la visita de Germánico al campo donde fueron derrotadas las legiones de Varo en tiempo de Augusto (*Anales*, I, 61), Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada. Hecha por el rei de España Don Philippe II nuestro señor contrae los moriscos de aquel reino, sus*

imitó a Tácito, pero también a otros autores clásicos como Salustio y además esta imitación llegó «hasta el punto que la excesiva preocupación por sus modelos, su empeño por adaptar al castellano la concisión de que sólo es capaz el latín y su tendencia a abundar en ideas o consideraciones personales, hacen obscura y pesada su lectura en determinadas ocasiones»<sup>107</sup>. Para Sanmartí, no obstante, la imitación de Tácito por parte de Hurtado de Mendoza no se limita al exordio, sino que se aprecia en la narración, en la que «ambos dan más importancia al análisis del estado de los espíritus, de los sentimientos de los personajes, que a la relación completa y exacta de las circunstancias exteriores»<sup>108</sup> y, como no, en algunos los cuadros, en los que «se engastan consideraciones, y al final, la enseñanza (moralaja) en forma de sentencia y aforismo breve y de fuerte significado»<sup>109</sup>. La presencia de Tácito en esta obra es sin duda significativa y consistente, y permite a Álamos de Barrientos, ya en 1614, construir una imagen del autor como «tacitista ejemplar»: «Assi lo hizo Don Diego de Mendoza Embaxador de España, en Cortes de Principes amigos y enemigos; de grande erudicion en buenas letras humanas; gran ministro de Estado; y tal, que merecio en nuestra nacion el apellido de Sabio [...] Don diego pues fue gran devoto suyo, teniendole y confessandole por maestro: lo qual demas de averlo oydo a los que le trataron familiarmente, sus mismas obras nos lo testifican llenas de passos de Tacito; y en algunas trasladadas colunas enteras suyas»<sup>110</sup>. La conexión entre estilo, imitación y uso político de Tácito debía resultar evidente en 1614<sup>111</sup>, aunque cabe preguntarse si lo era tanto en la fecha en que se compuso la *Guerra de Granada*. De lo que no cabe duda es que tras afirmaciones como la de Álamos se encuentra la progresiva revalorización de Tácito más allá de sus características estilísticas, lo que obliga a considerar el proceso de recepción como una evolución constante y a matizar las conexiones entre imitación y aplicación política de los textos de Tácito.

Más allá de la apreciación estilística surge otro rasgo fundamental de la recepción del latino que vuelve a poner de manifiesto la evolución continua que

---

*rebeldes*. Lisboa: Giraldo de la Viña, 1627, libro IV, capítulo 9, fols. 116r-117r. La comparación más completa en Sanmartí Boncompte, *Tácito en España*, pp. 154-169.

<sup>107</sup> Ibid, p. 155.

<sup>108</sup> Ibid, p. 159.

<sup>109</sup> Ibid, p. 162. Este autor destaca asimismo la imitación por parte de Hurtado de Mendoza del estilo, el discurso y los retratos tacitianos.

<sup>110</sup> Álamos de Barrientos, *Tácito español*, «Dedicatoria a Lerma».

<sup>111</sup> El uso de Tácito por parte de Mendoza tampoco pasó desapercibido a Juan de Silva, conde de Portalegre: «se verán en esta obra cláusulas enteras y mayores pedazos de Salustio y de Cornelio Tácito», Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, «Introducción de Juan de Silva».

caracteriza este proceso. Me refiero a una serie de testimonios en los que se analiza como cambia la percepción de las obras de Tácito, no en merced de sus ediciones ni de la apreciación del estilo, sino en función a la paulatina «popularización» del clásico y el modo en que esto fue percibido y afectó a su valoración, llegando tal vez a rozar el descrédito.

### 3.3 Popularización

En la edad moderna los textos de Tácito gozaron de un peculiar doble status, exclusivo de aquel momento en el que fueron al mismo tiempo una redescubierta «novedad editorial» y un clásico que gozaba de todo el prestigio de la antigüedad. Las obras de Tácito se convirtieron en un auténtico *best-seller* y la popularidad de uno de sus más importantes editores, Justo Lipsio, y el hecho de que sus ediciones corriesen a cargo de una de las imprentas más importantes y situada en uno de los centros claves del comercio de libros europeo, también debió contribuir a la expansión de una obra cada vez más y más citada. Sin embargo, esta popularidad y difusión chocan frontalmente con el destinatario ideal que se diseñó en la mayor parte de las ediciones, traducciones y comentarios.

Las obras de Tácito están, como muchas otras del mismo periodo, dedicadas a reyes, a grandes personajes y a participantes más o menos influyentes en distintos ámbitos de gobierno. Con esas dedicatorias los autores, de acuerdo con las relaciones más o menos convencionales de patronazgo existentes en la edad moderna, trataron de buscar la mejor protección posible para sus obras<sup>112</sup>. Una parte de la argumentación que emplearon al dedicar sus trabajos coincidía en calificar los contenidos de los textos de Tácito como una materia específicamente apropiada para príncipes y gobernantes y, en consecuencia, especialmente adecuada para el destinatario puntual de la obra en cuestión. Baltasar Álamos de Barrientos así se lo hacía saber al duque de Lerma, a quien rogaba que recibiese y amparase la obra dedicada «por la materia de que trata, propia de su casa, y grandeza; y del lugar publico que tiene»<sup>113</sup>. No obstante, esta manera de dedicar los textos no debe ser admitida sin ciertas precauciones, pues cabe dudar de que esos grandes dedicatarios fuesen quienes mayoritariamente leyeron las obras de Tácito. La conclusión de que «la vida de un Principe justo, doctrina es de Principes», señalada

---

<sup>112</sup> Una exposición más detallada de estas cuestiones, al hilo de las traducciones castellanas de Tácito, en el capítulo 4.2.

<sup>113</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria a Lerma».

por Francisco Barreda al lector de *El mejor principe Traiano Augusto*<sup>114</sup>, caminaba de hecho en sentido contrario a la propia lógica de la publicación, que tendía a alejar al «dedicatario ideal» de los receptores reales.

Si lo que realmente se pretendía era ofrecer la materia a príncipes y gobernantes, hubieran existido modelos alternativos de difusión y lectura de Tácito. Una interesantísima *Censura sobre los Annales, y Historias de Caio Cornelio Tacito, para consultar, si será bien imprimir en español su traduccion* compuesta en torno a 1613 indicaba precisamente la forma en que se podía difundir un texto controlando tanto el número de personas que accedían a él, como la calidad de las mismas. Pedro Ponce de León, autor de esta censura, estaba persuadido de que la obra de Tácito «no es para imprimir en español, ni para el vulgo, sino que traducido, y escrito de mano, para quien fuere dificultoso en su original es digno de un Mecenas, o de aquel grande Alexandro»<sup>115</sup>. Si el texto quería realmente conservarse en exclusiva para los príncipes, debía permanecer en latín, y en todo caso «escrito de mano», aun cuando fuera necesario traducirlo para suplir las limitaciones de su «digno» o decoroso receptor. Como ha destacado Séverine Delahaye respecto a la poesía del siglo de oro la circulación manuscrita no sólo era posible restringirla a un círculo estrecho de iniciados, sino que «el manuscrito constituía en sí mismo un factor discriminante entre aquellos que sólo eran capaces de leer los caracteres impresos y aquellos que, habiendo aprendido a escribir, sabían leer igualmente la escritura manuscrita»<sup>116</sup>.

Ponce de León temía los efectos negativos de la popularización, del traspaso de los textos de Tácito de un estado de intérpretes y «usuarios» autorizados a las manos de todos, e insistía en que «cuanto puede ser provechoso para aquellos pocos, que con discrecion lo entienden en su original, tanto vendra a ser dañoso, si corre en nuestro vulgar por manos de ambos sexos, de todas edades y estados»<sup>117</sup>. En 1614 Richard Braithwait señalaba igualmente los peligros de allanar las barreras lingüísticas (e

---

<sup>114</sup> Francisco de Barreda, *El mejor principe Traiano Augusto: su filosofia politica, moral y economica: deducida y traduzida del Panegyrico de Plinio ilustrado con margenes y discursos*. Madrid: Viuda de Cosme Delgado a costa de Diego Leon, 1622. [Otras ediciones tienen el pie de imprenta: Viuda de Cosme Delgado a costa de Andrés de Carrasquilla.], «Al lector». La expresión «ilustrado con márgenes» del título hace alusión a la dinámica entre la anotación marginal y la publicación de ese material en subsiguientes ediciones descrita al comienzo de este capítulo.

<sup>115</sup> Pedro Ponce de León, *Censura sobre los Annales, y Historias de Caio Cornelio Tacito, para consultar, si será bien imprimir en español su traduccion*, c. 1613. [BNM Mss. 13086.] fol. 190r-v.

<sup>116</sup> Séverine Delahaye, «Publier la poésie dans l’Espagne du Siècle d’Or», en Christian Jouhaud y Alain Viala (eds.), *De la publication: entre Renaissance et Lumières*. París: Fayard, 2002, p. 229. Esta barrera casi física del manuscrito «permitía a la vez difundir y conservar las obras en el seno de un ambiente aristocrático, e impedir su acceso a otros públicos menos instruidos».

<sup>117</sup> Ponce de León, *Censura*. fol. 169v.

incluso estilísticas) que salvaguardaban a Tácito y los misterios de estado que contenía. De hecho, Braithwait profundizaba con ironía en esta cuestión, al tiempo que dibujaba una clara imagen de «recepción popular»: «tanto se beneficia nuestro país con los traductores, que el pastor en su chozo puede discurrir tan bien de Cornelio Tácito (si sabe su lengua materna) como nuestro mejor latinista»<sup>118</sup>.

La existencia de un reducido grupo de intérpretes autorizados ya la había puesto de relieve Justo Lipsio, a quien Ponce de León acudía para sustentar sus prejuicios contra el vulgo: «[Este autor] assi como escrivio con prudencia, y agudeza, y ha menester estas dos propiedades quien lo huviere de leer, como dize Lipsio, à mi me parece, que careciendo el vulgo comunmente destas dos cosas, contentandose mas los hombres prudentes de leerlo en su original, podria ser que resultase en daño universal»<sup>119</sup>. Es de creer que esta forma de recepción no era únicamente un *desideratum* del autor de la censura, sino una posibilidad real, como debió ser el caso de la traducción manuscrita de Antonio de Toledo<sup>120</sup>. Hecho que no debe llevar tampoco a concluir que existieron dos modelos estancos de circulación, pues el acceso privilegiado al manuscrito podía tener lugar al mismo tiempo que la publicación impresa del mismo texto<sup>121</sup>. La circulación manuscrita no implicaba, además, la conjura inmediata de todo tipo de problemas, pues también podía convertirse en peligrosa una obra en manuscrito. Fernando Bouza ha llamado la atención sobre la difusión en copias manuscritas de la

---

<sup>118</sup> Richard Braithwait, *The Schollers Medley*. Londres, 1614, p. 99, «so much is our Countrey benfited by Translators, as the Neatheard in his Hovell may discourse as well of Cornelius Tacitus (if he know his mothers tongue) as our best Latinist», citado en Alan T. Bradford, «Stuart absolutism and the “utility” of Tacitus»; en *Huntington Library Quarterly*, vol. 46, n.º. 2, (1983), p. 138.

<sup>119</sup> Ponce de León, *Censura*. fol. 170v.

<sup>120</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Libro 1º de los Anales de C Cornelio Tacito comenzando desde la muerte de Augusto Cessar traducidos en bulgar castellano por Antonio de Toledo*, 1590. [BPR II/1438 (1).] [La otra copia del manuscrito en RAH/ Colección Salazar y Castro: G.53 9/500]. Se conservan dos copias, seguramente procedentes de las que existieron en las bibliotecas de dos destacados personajes del XVII español, Diego Sarmiento de Acuña y el conde duque de Olivares. La copia de Sarmiento de Acuña está documentada en *Los libros que yo, Don Diego Sarmiento de Acuña, tengo escriptos de mano*; Biblioteca del Palacio Real Ms. II/2222, fols. 118r-122r, citado en Pablo Andrés Escapa y José Luis Rodríguez Montederramo, «Manuscritos y saberes en la librería del Conde de Gondomar»; en Maria Luisa López Vidriero y Pedro M. Cátedra (eds.), *El libro antiguo español IV. Coleccionismo y bibliotecas : (siglos XV-XVIII)*. Salamanca: Universidad de Salamanca; Patrimonio Nacional; Sociedad Española de Historia del Libro, 1998, p. 44; y en Ian Michael y José A. Ahijado, «La Casa del Sol: la biblioteca del Conde de Gondomar en 1619-1623 y su dispersión en 1806»; en Maria Luisa López Vidriero y Pedro M. Cátedra (eds.), *El libro antiguo español III. El libro en Palacio y otros estudios bibliográficos*. Salamanca: Universidad de Salamanca; Patrimonio Nacional; Sociedad Española de Historia del Libro, 1996, p. 198n. Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos formado con los apuntamientos de don Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco y D. I. Sancho Rayón*. 4 vols. Madrid: Gredos, 1968. [Facsimil de la edición original de Madrid, 1863-1889.], vol. 4, col. 1526 señala que existió un «Primer libro de C. Tácito, traducido en castellano por D. Antonio de Toledo» en la biblioteca de Olivares.

<sup>121</sup> Este sería el caso, por ejemplo, de la versión corta de los aforismos de Álamos de Barrientos, que también circulaban impresos, Setanti, *Aphorismos*.

obra de Trajano Boccalini sobre Tácito, con «notaciones» sobre la política de Felipe II y la necesidad que se creyó haber de contrarrestarla<sup>122</sup>.

El paso de Tácito por la imprenta, pese a que en prólogos y dedicatorias se propusiera que las materias de sus obras debían reservarse a un reducido y selecto grupo, iba en contra de la serie de barreras (lingüísticas, formales y de distribución) realmente imprescindibles para mantener a salvo los secretos que contenía el texto. Pues de la preservación de esos secretos se trataba principalmente, como deja claro el autor de la *Censura* con una anécdota fabulosa, según la cual Alejandro Magno habría recriminado a Aristóteles la publicación de la *Ética* y la *Política*. Si Alejandro —que apreciaba más «aventajar a los demás en ciencia y disciplina, que en mando y poder»— preguntó a su maestro «en que vendra à ser un Prin<sup>e</sup> superior a los otros, si unas mismas ciencias son comunes à todos», Aristoteles respondió que «avia prevenido este inconveniente, y que le aseguraba, que quedavan aquellos libros tan cerrados para el vulgo como antes»<sup>123</sup>. Eso era lo mismo que había que hacer, y que había hecho el propio Tácito; era necesario ocultar, escribir con «obscuridad y brevedad», considerando que «divulgados los secretos del imperio, se disminuye la fuerza del poder»<sup>124</sup>. Esta visión de las cosas (que fue la más ampliamente aceptada en la época) Trajano Boccalini la puso en boca del mismísimo Tácito: «los dichos sentenciosos, y los preceptos políticos grandemente perdian la reputacion, quando se dezian en Latin trivial, y que afin de no comunicar con la vil canalla de la plebe aquella ciencia Politica, que solamente devian posseer los grandes Principes, usava tal modo de hablar»<sup>125</sup>.

Los *arcana imperii* debían protegerse frente a las ansias de saber del común de los mortales; debía defenderse en suma esa esfera prohibida de conocimiento cuya concepción y evolución a lo largo de la edad moderna fue magistralmente analizada por Carlo Ginzburg<sup>126</sup>. Indudablemente, por tanto, el paso de los textos de Tácito por la imprenta no reforzaba la concepción de unos *arcana imperii* inalcanzables, sino que — así fue visto en la época— los puso al alcance del público. Al menos de un cierto público, porque las alusiones al vulgo que comentaré posteriormente justifican absolutamente la reflexión «a propósito de la palabra “pueblo”» a la que nos invitaba

---

<sup>122</sup> Refiere a documentación conservada en AGS, Estado, legajo 3821, fols. 77-78; Bouza Álvarez, *Corre manuscrito*, p. 65n.

<sup>123</sup> Ponce de León, *Censura*, fol. 190v.

<sup>124</sup> *Ibid*, fol. 190v.

<sup>125</sup> Boccalini, *Avisos de Parnaso*, fol. 40r, centuria I, aviso 30: «Cornelio Tacito electo principe de Lesbo, sale deste gobierno con poca reputacion».

<sup>126</sup> Carlo Ginzburg, «High and low: the theme of forbidden knowledge in the sixteenth and seventeenth centuries»; en *Past and Present*, vol. 73 (1976).



Beatriz Antón Martínez<sup>127</sup>. El número de quienes realmente eran capaces leer a Tácito, incluso en las versiones vernáculas más sencillas no sería nunca grande, pero sí que debía contrastar vivamente con el de aquellos pocos que además de haber estudiado latín y lo manejaban lo suficientemente bien como para entender a Tácito en su lengua original.

En un primer nivel, la difusión de los textos de Tácito fue una cuestión de sobreabundancia libresca, ligada al incremento de obras de la materia de estado en los que supuestamente se contenían enseñanzas pretendidamente ocultas o prohibidas. Quienes comentaban a Tácito o escribían de política a partir de sus textos en esa época tenían que dar cuenta del aumento de estos libros, y así lo percibía en 1614 Baltasar Álamos de Barrientos al señalar que «oy vemos que no ay libro, ni discurso de tales materias, que no se aproveche y valga del»<sup>128</sup>. Esta proliferación de comentarios sobre Tácito se tradujo, con el avance del siglo XVII, en formas cada vez más rebuscadas, llegándose a publicaciones netamente particulares. Un caso elocuente es el *Alma o aphorismos de Cornelio Tácito* recopilada por Antonio de Fuertes y Biota. De acuerdo con las explicaciones al lector, esta obra proviene de la traducción española de Baltasar Álamos de Barrientos, perfeccionada por la labor de alfabetización del secretario Juan de Oñate (cuyo manuscrito dice Fuertes y Biota estar ofreciendo)<sup>129</sup>. En cualquier caso, el producto final consiste en una reproducción de ciertas entradas del índice de materias del *Tácito español* de Álamos de Barrientos, organizadas precisamente bajo la forma de un libro de lugares comunes impreso, con una tabla alfabética al comienzo de la obra para facilitar la recuperación por materias. Mas curioso si cabe es el *Tacitus axiomaticus* de Johann Theodor Sprenger (1658), quien declaraba haber recogido «únicamente las puras y desnudas palabras de Tácito, redactadas en axiomas» y (esta es la parte más intrigante) cotejadas aquí y allá con «ejemplos sagrados y Tucídides»<sup>130</sup>. Decía también

---

<sup>127</sup> Beatriz Antón Martínez, «*Arcana dominationis nequaquam vulgo sunt efferenda*. El problema de la traducción de Tácito al romance en la España del Siglo de Oro»; en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, vol. 55, n.º. 3, (1993), p. 609.

<sup>128</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria a Lerma».

<sup>129</sup> Fuertes y Biota, *Alma*, «Al lector». Merece la pena reproducir la versión de Fuertes y Biota: «Entre otros manuscritos que ocupaban en mi Bibliotheca lugar, estava este, del Alma de Cornelio Tacito. Y pareciendome que podia ser de algun provecho publico, resolví darlo à la estampa. No es obra mia, ni me la prohijò: es de Tacito, y la traducion de quien (D. Baltasar Alamos Barrientos) bien entendia su lenguaje, y la estension tiene tambien Autor (El Secr. Juan Oñate el Mayor) que en ratos desocupados alphabetò por extenso, lo que estava sin orden. Si la obra fuere agradable, se nos deverà à todos alabança, y quiza à mi mayor, pues fuera thesoro escondido y inutil este Volumen, si quedàra en los estantes olvidado».

<sup>130</sup> Johann Theodor Sprenger, *Tacitus axiomaticus de principe, ministris et bello, cum sacris exemplis et Thucydide locis congruis sparsim collatus*. Francoforti ad Moenum: Joh[annes] Friderici Weiss, 1658, *Ad*

Sprenger que no había querido añadir notas, pues ya las habían escrito todas los italianos, españoles, alemanes y franceses<sup>131</sup>. Esta percepción de un número de comentaristas en continuo aumento también la compartirá Nicolas Abraham Amelot de la Houssaie en su discurso preliminar a *La morale de Tacite* (1686)<sup>132</sup>.

La popularización de Tácito viene demostrada a otro nivel por el uso del clásico —por parte de autores letrados— en un contexto popular y lleno de posibilidades cómicas o satíricas. Un buen ejemplo de esto lo ofrece Francisco López de Úbeda en *La pícaro justina* (1605). La mención a Tácito tiene un papel tan secundario que ni siguiera permite llamarlo «personaje», se trata de una especie de reificación de la figura histórica de Tácito, que deja de ser autor de sus obras para convertirse, en las palabras que Justina dedica en una carta al fullero, en un mero insulto. Con el objeto de recriminar la calidad de hijo putativo del destinatario (al Justina ha recordado antes su condición de cristiano nuevo), la pícaro le dice que su madre fue paciente «en oír llamar a su marido, vuestro putativo padre, hijo de Cornelio Tácito por vía de hembra y por la de varón, de rabí Sidraque»<sup>133</sup>. Las connotaciones y los posibles juegos de palabras que ofrece «Cornelio» son explotadas por López de Úbeda para recolocararlo en un imprevisible contexto popular, en el que se trasluce una implícita recepción (evidentemente particular) del autor de los *Anales*<sup>134</sup>. De Francisco de Quevedo cabe sospechar un aprovechamiento semejante del nombre de Cornelio Tácito en un romance titulado *Documentos de un marido antiguo a otro moderno*. Los versos «Ansí a solas industriaba, / como un Tácito Cornelio, / a un maridillo flamante / un maridísimo viejo»<sup>135</sup> hablan de un Tácito consejero y atesorador de experiencia al tiempo que sugieren la presencia posible de la infidelidad en aquél matrimonio. En todo caso, nos

---

*lectorem*: «Pura solum & nuda Taciti verba collegi, in axiomata redacta, locis congruis sparsim cum sacris exemplis & Thucydide collata».

<sup>131</sup> Ibid, *Ad lectorem*: «Notas addere nolui, quas tot Itali, Hispani, Germanici, Galli scripserunt».

<sup>132</sup> Amelot de la Houssaie, *La morale de Tacite*, la obra preliminar se titula *Critique de divers auteurs modernes qui ont traduit ou commenté les oeuvres de Tacite*.

<sup>133</sup> Francisco López de Úbeda, *Libro de entretenimiento de la Pícaro Justina: en el qual debaxo de graciosos discursos se encierran prouechosos auisos. Es juntamente Arte poetica, que contiene cincuenta y vna diferencias de versos, hasta oy nunca recopilados*. Medina del Campo: Christoual Lasso Vaca, 1605, p. 64 (lib. 62). Encontré esta referencia en Valentín Pérez Venzalá, «Del bufón al pícaro. El caso de La pícaro Justina», en *DICENDA. Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 17 (1999), pp. 215-250 (la cita en la p. 218).

<sup>134</sup> De esta connotación se dio cuenta Juan José Pérez Preciado en una comida en la BNM. Le agradezco que compartiera conmigo su agudeza.

<sup>135</sup> Francisco de Quevedo, *Obras completas*. 6ª ed. 2 vols. Madrid: Aguilar, 1974. [Edición de Felicidad Buendía.], vol. 2, p. 268.

remiten a una reificación de Tácito en la que se suman características no procedentes del personaje histórico<sup>136</sup>.

Algunos personajes tacitianos —Tiberio y Nerón se llevan la palma— también fueron sometidos a una caracterización parecida, que acabó por convertirlos en sinónimos de vicios. *El castigo sin venganza* de Lope de Vega (1631) ofrece un ejemplo de crimen espectacular y comportamiento inmoral a través de la comparación propuesta por el personaje de Batin en el acto tercero: «Al emperador Tiberio / pareces, si no hay misterio / en dividir a los dos. / Hizo matar su mujer, / y habiéndose ejecutado, / mandó, a la mesa sentado, / llamarla para comer»<sup>137</sup>. Si el teatro debió servir para una cierta popularización, como la que ejercería probablemente la *Roma abrasada* de Lope con la figura central de Nerón, otro lugar en el que aparecieron estas figuras estereotípicas fueron los panfletos. En Inglaterra, el anónimo autor o autores de *A Declaration Shewing the Necessity of the Earle of Straffords Suffering* (1641), no dudaban en decir de Stafford que era «tan libidinoso como Tiberio, cruel como Nerón, tan codicioso como el rico Crespo, tan terrible como Falaris, tan malicioso como Sejano»<sup>138</sup>.

Un tercer nivel en el que puede medirse la popularización del clásico está constituido por las elaboraciones acerca de supuestos lectores populares de Tácito. Si la «popularización libresca» era por sí misma objeto de comentario e incluso de sanción, mucho más lo iba a ser este uso popular, pues en las manos del vulgo, de tenderos, comerciantes, etc, las obras de Tácito iban más allá de las posibilidades irónicas y las capacidades que habían alcanzado ciertos personajes tacitianos (y el propio Tácito) para encarnar determinados valores. Este alcance popular de Tácito ponía en peligro la preservación no ya de los secretos del estado, sino del orden social establecido.

Un diálogo sueco de los cuatro estados advertía de las consecuencias negativas de la lectura de Tácito por parte de unos lectores que, desatendiendo a sus ocupaciones

---

<sup>136</sup> Miguel de Cervantes introduce a un estudiante llamado Tácito (sin que se pueda hacer mayor comparación entre el personaje y el escritor latino) en *El laberinto de amor*, en *Ocho Comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados*. Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1615. [Edición digital Vern G. Williamsen: <http://www.trinity.edu/org/comedia/cervantes/labdam.html>]

<sup>137</sup> *El castigo sin venganza*, en *Veinte y una parte verdadera de las Comedias del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio...* Madrid: viuda de Alonso Martin, a costa de Diego Logroño, 1635, fol. 107v. [Edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12715628669054843087624/index.htm>]

<sup>138</sup> Esta referencia se la debo a Javier Castro Ibaseta. El panfleto está citado en Terence Kilburn y Antony Milton, «The public context of the trial and execution of Strafford»; en J. F. Merritt (ed.), *The political world of Thomas Wentworth, Earl of Strafford, 1621-1641*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996, p. 238. El panfleto también se compara el caso de Strafford con el de Álvaro de Luna y se añade un interesante paralelismo histórico en el que se señala que «su mente ambiciosa fue causa de que oprimiese a Irlanda, como hizo con la monarquía romana Sejano, que recibió por sus deméritos una muerte humillante».

«naturales» pasaban a aconsejar sobre materias de la corte. La cuestión se abordaba en términos explícitos, señalando que «desde que los burgomaestres hablan francés e italiano, y traen uno o dos libros bajo el brazo cuando entran en el oficio, se ha vuelto vulgar hablar de la sal o el paño, puesto que deben contarnos lo que dice Tácito y como están las cosas en la corte»<sup>139</sup>. No sólo se volvía vulgar hablar del comercio, sino que el grupo social ilícito tras ese «deben contarnos» se veía desautorizado en las materias que les eran más propias. Antonio de Herrera también alude en un tono desdeñoso a la consideración que el autor latino, como autor de moda, había alcanzado entre «los vulgares», a quienes «ô sea por la conformidad de los tiempos, ô por la gran autoridad en que le han puesto, ya es tan imitado, que el que no dice alguna sentencia suya, no les parece, que tiene estimacion»<sup>140</sup>. A ojos de Herrera, ese vulgo no sólo tenía una cierta capacidad de «estimación» de quienes hablaban en materia política, sino que Tácito se había convertido en una autoridad imprescindible en la noción vulgar de esas cuestiones. En una de sus cartas, Quevedo llegó incluso a referir un refrán que decía «a ti te lo digo, Tácito; óyelo tú, fulano»<sup>141</sup>.

Es difícil asegurar hasta qué punto estos testimonios se corresponden con una verdadera recepción popular, pero de lo que no cabe duda es que esa recepción era interpretada como una fuente de desorden. Las primeras y más profundas sugerencias de que Tácito podía llegar a subvertir el orden social, son las que ofreció Trajano Boccalini en sus *Ragguagli di Parnaso*<sup>142</sup>. En un punto de esta obra se acusa a Tácito de fabricar unos anteojos postizos, de evitente potencial subversivo, que permiten al pueblo ver en el verdadero interior de sus príncipes<sup>143</sup>. El artefacto fabricado y divulgado por Tácito, una metáfora de lo que se suponía que contenían sus escritos, «de tal suerte adelgazava la vista de las personas simples, que penetrando con ellos las entrañas, les hazian ver sus

---

<sup>139</sup> Citado en Burke, «A survey», p. 137. Se trata de un diálogo de Shering Rosenhane, que Burke cita a su vez a partir de M. Roberts «Queen Cristina and the general crisis of the seventeenth century», en *Past and Present*, nº 22 (1962), p. 50.

<sup>140</sup> Antonio de Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1615, «Al lector».

<sup>141</sup> Carta de Quevedo a Sancho de Sandoval, Madrid, 14 de marzo de 1637, en Quevedo, *Obras completas*, vol. 2, p. 957.

<sup>142</sup> Trajano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso. Centuria prima*. Venecia: Pietro Farri, 1612; Trajano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso. Centuria seconda*. Venecia: Giovanni Guerigli, 1617; Trajano Boccalini, *De' Ragguagli di Parnaso / Del ... Sig. Traiano Boccalini Romano Centuria Prima [- Centuria seconda - Parte Terza. Nella quale si contengono cinquanta Ragguagli, & vn solenne Conuito fatto in Parnaso, per Girolamo Briani cittadino Modonese]*. In questa *Quarta Impresione da molti errori diligentemente espurgata ...* Venecia: Giouanni Guerigli, 1624.

<sup>143</sup> Esto fue advertido en primer lugar por Antón Martínez, «Arcana dominationis», pp. 604-605; Boccalini, *Avisos de Parnaso*, fols. 111r-111bis r. (hay un error de foliación), centuria II, aviso 71 «Prenden a Cornelio Tacito por querella que contra el dieron unos grandes Principes, por ciertos antojos postizos que hazia muy perjudiciales a su gobierno, y Apolo le pone en libertad».

intimos y mas ocultos pensamientos»<sup>144</sup>. Hay un grupo específico al que no debía permitírsele el acceso a los anteojos, una encarecida recomendación que Tácito recibe de Apolo, quien le indica que «sobre todas las cosas, por lo que estimava la gracia de su Magestad, se guardasse de no dar parte dellos à ciertos hombres sediciosos, porque en tiempos de rebueltas, y tumultos, podian servir de luminosos faroles, a aquella simple raza de gente, la qual con mucha facilidad se gobernaba, quando carecían de la luz de las letras, sin la qual se podia llamar ciega y descarriada»<sup>145</sup>. Boccacalini, al señalar el peligro del acceso popular a Tácito, tampoco ahorra en críticas contra los gobernantes que echan «polvo a los ojos» a sus vasallos y es que en ocasiones resulta complejo interpretar un texto tan satírico, lleno de ironías y dobles sentidos como el de Boccacalini<sup>146</sup>.

El otro pasaje en el que Boccacalini sitúa a Tácito (incluso más claramente) en manos populares es el final de la imprecación que Apolo dirige contra Lipsio y contra la «doctrina verdaderamente infernal» del historiador latino. Boccacalini, aunque siempre en boca de Apolo, parece en este punto condenar la mencionada infernal doctrina, «que aviendo sido solamente sembrada de su Agricultor Tacito, por beneficio de los Principes, con tanta codicia se vê oy a un de hombres particulares recibida, que Tacito estimado»<sup>147</sup>. Esta recepción particular resulta problemática porque un autor que anteriormente sólo había sido «digno de Principes», «aora aun publicamente anda en manos de todos, que hasta los tenderos, no mostrandose mas inteligentes de otra ciencia, que de razon de estado, con gran mofa desta Arte tenida en tanta reputacion de los Principes, se vê todo el mundo lleno de Politicos mecanicos»<sup>148</sup>. La política había caído de sus cumbres especializadas y aristocráticas hasta caer en un ensanchado espacio público, que la hacía accesible a las manos de los mecánicos: al haberse divulgado y extendido a quienes no debían conocerlo, sugiere Boccacalini, este arte había perdido su valor y hasta su razón de ser.

Diego Saavedra Fajardo ofrece lo que podría considerarse una versión española de Boccacalini en su *República literaria*, publicada en 1655 pero compuesta en la segunda

---

<sup>144</sup> Boccacalini, *Avisos de Parnaso*, fol. 111v.

<sup>145</sup> *Ibid*, fol. 111bis r.

<sup>146</sup> No tener en cuenta la vis irónica de esta obra puede llevar a juicios como el de Beatriz Antón Martínez, que identificaba a Boccacalini como «gran admirador de Tácito», Antón Martínez, «Arcana dominationis», p. 605.

<sup>147</sup> Boccacalini, *Avisos de Parnaso*, fol. 150 v, centuria I, aviso 86.

<sup>148</sup> *Ibid*, fol. 150 v, centuria I, aviso 86.

década del siglo XVII<sup>149</sup>. Boccalini había hecho de Tácito un auténtico personaje, y Saavedra irá más allá, ofreciendo una descripción física del personaje: «Aquel de las cejas caídas y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos ganan más tierra que los demás es Cornelio Tácito»<sup>150</sup>. Leyendo esta descripción de Saavedra, en la que las características físicas inventadas (cejas, nariz, anteojos, paso) reforzaban la concepción del latino como autor profundo, complejo, lleno de secretos y, sobre todo cortesano. Merced a esta atribución de características físicas se podía imaginar al autor latino como un hábil cortesano que andaba por este mismo presente en el que tanta difusión estaban alcanzando sus obras. Diego Saavedra Fajardo también ofrecía un entendimiento de los efectos nocivos de la popularización de los textos de Tácito en clave de crítica: «Pero no sé si fuè en esto mas dañoso al sosiego publico, que el otro inventor de la polvora. Tales son las dotrinas tiranas, i el veneno que se ha sacado desta fuente: por quien dijo Budeo, que era el mas facinoroso de los Escritores»<sup>151</sup>.

Si Saavedra modeló su retrato y críticas a la «peligrosidad social» de Tácito a partir de los *Ragguagli*, también hubo quienes describieron a los lectores populares con términos parejos a los de Boccalini. Uno de esos lectores popular de Tácito es el que Thomas Overbury describe como «un simple miembro de una casa»; un personaje «cuyas esperanzas exceden su fortuna, y su mente se eleva más allá de su cartera» y que, «si ha leído a Tácito, Guicciardini o Gallo-Belgicus condena al último *Lord*

---

<sup>149</sup> En la dedicatoria publicada en la edición de Vicente García de Diego Saavedra señala: «Ese fue, señor, el primer parto de mi ingenio, delito de la juventud [...]», Diego Saavedra Fajardo, *Republica literaria*. Madrid: Espasa Calpe, 1942, p. 3. [Edición y notas de Vicente García de Diego.]

<sup>150</sup> Diego Saavedra Fajardo, *Republica literaria. Escriviola D. Diego de Saavedra y Fajardo; dase a la estampa por D. Iosfph de Salinas*. Alcalá: Maria Fernandez, a costa de Nicolas de Xamares, 1670, pp. 53-54. Además de otros préstamos, los anteojos de Tácito delatan a Saavedra como lector de los *Ragguagli*, tal y como descubriera Momigliano respecto de esta misma frase. Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», p. 92n. Otro lector de Boccalini fue Quevedo, como demuestra la carta a Sancho de Sandoval citada un poco antes: «El Bochalino en un Raguallo dice que viendo Apolo tan advertido y sentencioso a Cornelio Tácito, le dio una isla que gobernase y que el tal Cornelio Tácito hizo en dos meses tan grandes disparates y locuras que le quitaron el cargo con gran vituperio suyo. Si al maestro aconteció tan gran desaire, amenaza es para los discípulos, y el Bochalino, a mi ver, se acordó del refrán; a ti te lo digo, Tácito; óyelo tú, fulano», Quevedo, *Obras completas*, vol. 2, p. 957. Boccalini, *Avisos de Parnaso*, fols. 39v-42v, centuria I, aviso 30: «Cornelio Tacito electo Principe de Lesbo, sale de este gobierno con poca reputacion».

<sup>151</sup> Saavedra Fajardo, *Republica literaria*, p. 54. En este caso Saavedra, que había introducido el pasaje diciendo que los escritos de Tácito habían estado «sepultados por muchos años, sin que hiciesen ruido en el mundo, hasta que un flamenco le dio a conocer a las naciones» también crea a partir de Boccalini: aviendo estado, por singular beneficio del genero humano, muchos siglos escondida en los mas ocultos lugares de Alemania, con curiosidad pernicioso fue sacada a la luz por un Aleman mas fatal a todo el mundo, que su compatriota el inventor de la mortal artilleria», Boccalini, *Avisos de Parnaso*, fols. 150r-v, centuria I, aviso 86.

*Treasurer* por toda la política de estado que llevó a cabo»<sup>152</sup>. El dramaturgo inglés Ben Jonson propuso una vívida y no menos satírica imagen del lector popular en un epigrama en el que proponía añadir un grito nuevo a aquellos que ofrecían cerezas y fresas en Londres: «Estadistas maduros, maduros; crecen en cada calle; a veintiséis, maduros»<sup>153</sup>. Jonson ridiculizaba el aspecto y la vestimenta (los cuellos y puños que llevaban también estaban «maduros») de estos estadistas y, sobre todo, su paranoico conocimiento de la realidad política, que ocultan con susurros, sospechas e incluso tinta invisible hecha con limón o cebolla. Jonson, que sitúa a estos personajes en un ambiente de mercado, pone en entredicho sus supuestos conocimientos diciendo que «conocen los estados de la cristiandad pero no esos lugares, aunque han visto, y también comprado, los mapas y los entienden, igual que la mayoría de los comerciantes». Señala igualmente que «conocen los consejos, proyectos y prácticas y lo que cada príncipe debe por inteligencia, y a quién: son los almanaques, para los próximos doce años, de lo que le falta a cada estado»; y, en una pincelada final, dice que «llevan a Tácito en sus bolsillos, y las gacetas, o el Gallo-Belgicus».

Alan Bradford comenta respecto a este epigrama que, puesto que el volumen en folio de la traducción de Henry Savile y Richard Grenway no cabría en esos bolsillos,

---

<sup>152</sup> Thomas Overbury, *Characters* (1614): «*A Meere Fellow of a House*. He is one whose hopes commonly exceed his fortunes and whose mind soars above his purse. If he hath read Tacitus, Guicciardine or Gallo-Belgicus he contemms the late Lord-Treasurer for all the state policy hee had». Este pasaje está comentado en Bradford, «Stuart absolutism», p. 138, donde se identifica al *Lord Treasurer* como Robert Cecil. Overbury también criticaba el vestido de su personaje: «He never wears new clothes but against a commencement or a good time, and is commonly a degree behind the fashion». Mis citas de Overbury provienen de Henry Morley (ed.), *Character writings of the seventeenth century*. Londres: Routledge, 1891, p. 49.

<sup>153</sup> Las citas del resto del párrafo provienen del mismo poema: «Ere Cherries ripe, and Straw-berries be gon, // Unto the Crys of London I'll add one; // Ripe Statesmen, ripe: They grow in every Street; // At six and twenty, ripe. You shall 'em meet, // And have 'em yield no favour, but of State. // Ripe are their Ruffs, their Cuffs, their Beards, their Gate, // And Grave as ripe, like mellow as their Faces. // They know the States of Christendom, not the Places: // Yet have they seen the Maps, and bought 'em too, // And understand 'em, as most Chapmen do. // The Counsels, Projects, Practices they know, // And what each Prince doth for Intelligence owe, // And unto whom: They are the Almanacks // For Twelve Years yet to come, what each State lacks. // They carry in their Pockets Tacitus, // And the Gazetti, or Gallo-Belgicus: // And talk reserv'd, lock'd up, and full of fear, // Nay, ask you, how the Day goes in your Ear: // Keep a Star-Chamber Sentence close, Twelve Days: // And whisper what a Proclamation says. // They meet in Sixes, and at every Mart, // Are sure to con' the Catalogue by heart; // Or, every Day, some one at Rimee's looks, // Or Bills, and there he buys the Names of Books. // They all get Porta, for the sundry ways // To write in Cypher, and the several Keys, // To ope' the Character. They've found the slight // With Juice of Limons, Onions, Piss, to write; // To break up Seals, and close 'em. And they know, // If the States make Peace, how it will go // With England. All forbidden Books they get. // And of the Powder-Plot, they will talk yet. // At naming the French King, their Heads they shake, // And at the Pope, and Spain slight Faces make. // Or 'gainst the Bishops, for the Brethren, rail, // Much like those Brethren; thinking to prevail // With ignorance on us, as they have done // On them: And therefore do not only shun // Others more modest, but contemn us too, // That know not so much State, wrong, as they do.» Ben Jonson, *The workes of Benjamin Ionson*. Londres: W: Stansby, to be sould by Rich: Meighen, 1616, pp. 794-795, *Epigrama* 92.

estos lectores populares «debieron haber usado una versión extractada y resumida, tal vez la traducción inglesa de la *Política* de Lipsio de 1594»<sup>154</sup>. La sugerencia es perspicaz, y nos remite a las variadas formas materiales que recibieron las obras de Tácito en la edad moderna, tratando de asimilarlas a diferentes usos del texto, pero pasa por alto las conexiones entre Overbury y Jonson. El trío de lecturas propuesto por ambos autores («Tacitus, Guicciardine, or Gallo-Belgicus» y «Tacitus, and the Gazetti, or Gallo-Belgicus») se asemeja sorprendentemente, lo mismo que las críticas al vestido de los personajes que hablan de Tácito. Aunque el texto de Jonson ofrece una caracterización mucho más rica esta conexión demuestra que las imágenes de popularización o lectura popular de Tácito se transmiten por vía libresca antes que nacer de experiencias directas. El epigrama de Jonson desvela además que, pese a toda su popularización, Tácito era fundamentalmente una materia erudita: los personajes criticados, además de mal vestida fauna de mercado londinense son precisamente poco letrados, «concedores de catálogos» y «compradores de títulos de libros».

¿Significaban todos estos testimonios, como sugiere Alan Bradford, que Tácito «había dejado el estatus de un culto para pasar al de una moda pasajera»?<sup>155</sup> Evidentemente, la creciente difusión de ediciones, comentarios, traducciones y obras de carácter político en las que se presentaban las obras de Tácito como exclusivas, oscuras y de materia reservada para las más altas esferas del estado caminaba hacia la más flagrante contradicción. El carácter privilegiado de los escritos de Tácito se perdía al mismo ritmo que su fama lo hacía más y más accesible. Sometidos a una cierta sobreexplotación, su sentido iba perdiendo contexto y matices, hasta llegar a convertirse en algo parecido a un estereotipo. No obstante, algunos de los juicios sobre la popularización de Tácito se fundan en versiones igualmente estereotipadas de un supuesto aprovechamiento popular, o, simplemente, buscan construir una visión negativa del clásico.

Tanto los fenómenos de popularización del clásico como el debate sobre el estilo de sus obras o la generación de unas expectativas sobre el texto a través de las distintas ediciones muestran en definitiva a un «Tácito» en permanente cambio. Frente a la imagen un tanto estática de unos textos cargados de sentido por sí mismos, las sucesivas actuaciones de los distintos editores, comentaristas y, potencialmente al menos, de todos

---

<sup>154</sup> Bradford, «Stuart absolutism», p. 137. Este mismo epigrama también lo cita Edwin B. Benjamin, «Bacon and Tacitus»; en *Classical Philology*, vol. 60, n.º. 2, (1965), p. 102.

<sup>155</sup> Bradford, «Stuart absolutism», p. 138.



los lectores de la edad moderna, devuelven un panorama de constante modificación, de construcción progresiva de variados sentidos. Desde sus usos más eruditos hasta los más directos y desvirtuados la recepción de Tácito se despliega como un universo de posibilidades. Unas posibilidades que tienden sin embargo a condensarse en torno a algunos puntos particulares que constituyen las características más propias de la recepción de Tácito en la edad moderna.

El objetivo de este tercer capítulo habrá quedado plenamente satisfecho si he logrado mostrar que la caracterización política de Tácito, las cualidades derivadas de su apreciación estilística e, incluso, las ideas acerca de su popularización, fueron construidas a partir de una mezcla entre los textos de Tácito y los modos de leerlos e interpretarlos que les impusieron sus lectores. En el siguiente capítulo pretendo seguir trabajando sobre la diferencia entre aquellas lecturas y las que podrían hacerse hoy día, buscando en las traducciones castellanas del siglo XVII las marcas propias del momento en que fueron concebidas. Creo poder afirmar que el análisis de esas diferencias abre un hueco para comprender la cultura y el pensamiento político de aquel pasado.



La primer hazaña del nuevo Imperio fue el homicidio de Agripa Postumo  
Cornelio Tácito, *Anales* 1, 6. Traducción de Emanuel Sueyro (1613)

La primera maldad del nuevo principado fue la muerte de Agripa  
*Id.* Traducción de Carlos Coloma (1629)

## 4. La traducción como recepción

Una colección editorial actual dedicada a la teoría y la práctica de la traducción señala que «la traducción es, por supuesto, una reescritura de un texto original» y que «toda reescritura, sea cual sea su intención, refleja una poética y una cierta ideología y, como tal, manipula lo escrito para que funcione en una sociedad dada y de un modo determinado»<sup>1</sup>. Esta es una característica inevitable: todas las traducciones incorporan información sobre el momento histórico en que fueron realizadas y nos hablan del modo en que fueron recibidos los textos originales<sup>2</sup>. Por esta razón, resulta sorprendente que siendo las traducciones un vehículo fundamental de la recepción de Tácito en el siglo XVII, los estudios acerca del tacitismo no las hayan analizado con el detenimiento que merecen. Se ha hablado mucho más de los prefacios y otros preliminares — considerados como textos aislados y completos— que de las traducciones propiamente dichas, que constituyen el grueso de la recepción de Tácito.

Enrique Tierno Galván elaboró un catálogo bastante extenso de traducciones y caracterizó la segunda fase de la recepción de Tácito como la «traducción y aplicación a libros legibles por todos, su popularización»<sup>3</sup>. Sin embargo, dejando aparte dos escuetas valoraciones<sup>4</sup>, su estudio no analizaba las traducciones sino a los traductores. José Antonio Maravall no reflexionó en absoluto sobre la importancia de la traducción de Tácito en su recepción y, tal vez marcando una pauta para posteriores estudios, no

---

<sup>1</sup> Lawrence Venuti, *The translator's invisibility: a history of translation*. Londres, Nueva York: Routledge, 1995, p. vii, Prefacio general de Susan Bassnet y André Lefevere, editores de la colección «Translation Studies».

<sup>2</sup> Para George Steiner toda afirmación sobre el pasado necesita, complementariamente, ser traducida por el receptor: «cuando leemos u oímos cualquier afirmación verbal sobre el pasado, ya sea el Levítico o el *best-seller* del año pasado, traducimos. Lector, actor y editor son traductores de un lenguaje de otro tiempo», George Steiner, *After Babel. Aspects of language and translation*. Oxford: Oxford University Press, 1975, p. 28.

<sup>3</sup> Tierno Galván, «El tacitismo», p. 13. De acuerdo con la nota de la p. 79 esta obra debe ser considerada la pionera pues indica: «el anterior trabajo fue leído en la Universidad de Madrid para obtener el grado de doctor en Derecho el año de 1942».

<sup>4</sup> La de Álamos la considera «exacta y meticulosa»; de la de Coloma destaca su «indudable mérito literario»; de las de Sueyro y Herrera no se dice nada (ambas aparecen además mal fechadas). *Ibid.*

dedicó una sola palabra a estudiar las traducciones al castellano<sup>5</sup>. Otros trabajos sobre el tacitismo en los que no se tiene en consideración esta cuestión son los de Modesto Santos<sup>6</sup> o María Teresa Cid Vázquez<sup>7</sup>. En términos generales, los estudios más recientes sobre la historia de la traducción siguen considerando escasa la atención que los historiadores vienen prestando a la traducción como fenómeno cultural<sup>8</sup>.

Los trabajos realizados desde la historia de la literatura y la filología clásica sí analizan las traducciones, pero no suelen otorgar un papel demasiado relevante al análisis del contexto histórico en que se compusieron. Francisco Sanmartí Boncompte analiza en profundidad las traducciones y junto al comentario sobre el estilo y la calidad de latinista de cada uno de los traductores (que se sustancia en una larga relación de pasajes traducidos con acierto o erróneamente), analiza además la relación entre las traducciones de Sueyro, Álamos, Herrera y Coloma<sup>9</sup>. Beatriz Antón Martínez hace un repaso de las traducciones castellanas, pero apenas aporta ningún dato que no estuviera ya en trabajos anteriores<sup>10</sup> y en general no aborda el análisis detenido de la traducción. Sugiere, no obstante, el valor filológico de las que denomina «glosas» de Álamos de Barrientos<sup>11</sup> y hace una demostración amplia de que Sueyro sigue a Lipsio, tanto en el

---

<sup>5</sup> Maravall, «La corriente doctrinal». Tampoco se aborda la cuestión en Maravall, *Teoría del Estado*, pp. 378-380.

<sup>6</sup> Santos (ed.), *Álamos de Barrientos. Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado*; Modesto Santos (ed.), *Antonio Pérez. Suma de preceptos justos, necesarios y provechosos en consejo de estado al rey Felipe III, siendo príncipe. Aforismos sacados de la historia de Publio Cornelio Tácito (Textos y Documentos. Clásicos del Pensamiento y de las Ideas)*. Madrid, Barcelona: Ministerio de Educación y Ciencia, Anthropos, 1991. [Introducción y notas de Modesto Santos.]

<sup>7</sup> Cid Vázquez, *Tacitismo y razón de Estado*.

<sup>8</sup> Peter Burke y R. Po-Chia Hsia (eds.), *Cultural translation in early modern Europe*, Cambridge: Cambridge University Press, 2007, p. 3: «En cualquier caso, el giro hacia la historia de los estudios de traducción aún no ha sido seguido por un giro hacia la historia de la traducción de parte de los historiadores, ni siquiera de los historiadores culturales».

<sup>9</sup> Sanmartí Boncompte, *Tácito en España*, p. 60, señala la independencia de las traducciones de Álamos y Sueyro y el uso que Coloma hizo de la del primero y añade la siguiente valoración general: «el mejor de los tres es Sueyro, por la fidelidad y sobriedad de su traducción; la de Coloma es la que más éxito ha tenido, por la naturalidad y elegancia con que se expresa, si bien incurre en numerosas inexactitudes. Álamos, aunque buen latinista, traduce con un estilo pesado e indigesto; además, su excesiva preocupación por ser literal y los extensos aforismos políticos que “ilustran” su traducción hacen que ésta se lea y maneje con dificultad». De Herrera se afirma que su versión «no es mejor ni peor que la de Álamos o la de Sueyro, con la desventaja de no ser completa» y que acierta en algunos puntos en los que Sueyro y Álamos erraron, pero que «su labor en este sentido no es tan meritoria, porque tuvo a la vista los trabajos de Sueyro y Álamos» (p. 105).

<sup>10</sup> Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, pp. 63-85. Su descripción de las distintas traducciones procede en su mayoría de los trabajos bibliográficos de Nicolás Antonio, Juan Antonio Pellicer y Saforcada o Cristóbal Pérez Pastor, o de las investigaciones de Tierno Galván y Sanmartí Boncompte.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 163: «Esas glosas a las que se ha hecho mínima o ninguna referencia, constituyen un valioso aporte filológico a nuestro Tacitismo. [...] Desfilan por éstas glosas Lipsio (a quien sigue en la mayoría de las lecturas e interpretaciones), Mureto, M. Vertranio Mauro, Rhenano, los hermanos Colero, V. Acidalo, Ursino, Pichena, Grutero, el cosmógrafo Abraham Ortelio, el traductor italiano G. Dati, etc. Pero

texto empleado para la traducción como en los resúmenes de cada uno de los libros (traducidos e incorporados a la edición castellana)<sup>12</sup>.

Finalmente, los estudios sobre la traducción (que cuentan con una tradición bien extensa) tampoco han prestado una importancia fundamental al contexto histórico. En las tradicionales *Bibliotecas de traductores*, como son la de Marcelino Menéndez Pelayo u otras<sup>13</sup>, la traducción se estudia enmarcada en un entendimiento nacional (en ocasiones justificable, en otras fundamentada exclusivamente en una división por lenguas de destino) y una visión «difusionista», que concibe la traducción (acertadamente) como una manera de transmisión de conocimientos entre distintos ámbitos culturales. A pesar de la valía de esta perspectiva muchas de estas obras no son más que catálogos de traductores con los que resulta difícil generar una narrativa histórica más comprensiva. Desde 1970, el impulso de los estudios sobre la traducción supuso que cada vez se prestara mayor atención a las prácticas —lo que los traductores hacen, no lo que dicen hacer—, y la influencia de la teoría de la recepción condujo, también en este campo, a tomar en cuenta las audiencias y los efectos de las traducciones como agentes de cambio en la cultura que las recibía<sup>14</sup>. No obstante, aún siguen siendo habituales las *Antologías de traductores* que privilegian el estudio del prefacio o las partes de la obra en las que se reflexiona teóricamente sobre la traducción, separándolas de su contexto<sup>15</sup>. Las historias de la traducción no ofrecen un panorama muy distinto, ya que la elección del propio objeto de estudio (la traducción como

---

Álamos llega incluso a exponer sus propias conjeturas e interpretaciones, enmendando algunos pasajes del texto». En la p. 131 aparece otra mención de estas «glosas».

<sup>12</sup> Ibid, p. 72. ver en especial la nota 54 en la que se dan algunos ejemplos de cotejo de la traducción de Sueyro con las variantes de la edición latina de Lipsio y otras modernas.

<sup>13</sup> Marcelino Menéndez Pelayo, «Biblioteca de traductores españoles», en Enrique Sánchez Reyes (ed.), *Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. Vols. 54-57*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952-1953; Juan Antonio Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles...* Madrid: Antonio de Sacha, 1778.

<sup>14</sup> Peter Burke, «Translating histories», en Peter Burke y R. Po-Chia Hsia (eds.), *Cultural translation in early modern Europe*, Cambridge: Cambridge University Press, 2007, p. 2. Michel Ballard y Lieven D'Hulst, *La traduction en France à l'âge classique*. Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion, 1996, p. 9, exponen unas quejas que reflejan perfectamente el modo en que la traducción como disciplina trata de integrar el estudio de las traducciones del pasado: «en tiempos la orientación teórica relegó a la sombra la perspectiva histórica, cuyo interés parecía secundario, abandonándola a la historia de las ideas o a la historia comparada de la literatura, que apenas disponían de instrumentos adecuados para asegurar a la traducción y a la historia de la reflexión traductológica un lugar apropiado en el seno de tales disciplinas, ni, con mayor razón, en el seno de la propia traductología».

<sup>15</sup> Francisco Lafarga (ed.), *El discurso sobre la traducción en la historia. Antología bilingüe*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1996; Julio-César Santoyo (ed.), *Teoría y crítica de la traducción: antología*. Barcelona: Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma, 1987; Miguel Ángel Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*. Madrid: Cátedra, 1994.

disciplina) condiciona sus resultados, y las fuentes empleadas suelen limitarse nuevamente a los «paratextos» de las obras estudiadas<sup>16</sup>.

En este capítulo he querido estudiar las traducciones de Tácito como textos completos, que forman parte de la «obra» de un determinado personaje y que se materializan en objetos, ya que cuando hablamos de una traducción de Tácito al castellano no sólo designamos una operación intelectual, sino también un libro que podemos tomar entre las manos. En las primeras décadas del siglo XVII se imprimieron cuatro traducciones de Tácito al castellano, siendo la primera que vio la luz la de Emanuel Sueyro, publicada en Amberes en 1613 y reeditada en Madrid en 1614 y de nuevo en Amberes en 1619. La segunda fue la de Baltasar Álamos de Barrientos, publicada en Madrid en 1614. Un año después, en 1615, Antonio de Herrera y Tordesillas acababa de imprimir, también en Madrid, su traducción de los seis primeros libros de los *Anales*. La lista se cierra con la traducción de Carlos Coloma, que apareció en Douai en 1629<sup>17</sup>.

Al ser traducido, el texto de Cayo Cornelio Tácito quedó marcado de forma bien visible: la lectura detallada y el cotejo de las distintas traducciones del siglo XVII entre sí descubre a cada paso una nueva intervención del traductor, una peculiaridad de su estilo, terminología o manera de abordar el texto, una «maldad» o una «hazaña», etc. Estas marcas no se limitan al texto traducido, pues el «producto editorial» en que se proponen estos textos incluye otras muchas acciones de traducción. Algunas de estas acciones son tan evidentes como la explicación de los topónimos y gentilicios que Sueyro incluyó junto a su traducción de la *Germania*<sup>18</sup> y que Baltasar Álamos de

---

<sup>16</sup> Carmen Isasi Martínez, «Traducción y retórica. Notas para la historia de la traducción en España en el siglo XVII.»; en *Livius*, vol. 10 (1997), centra su estudio en estos que denomina «paratextos», término que subraya la diferenciación entre el texto más o menos puro y «lo demás». En la nota 3, p. 77 hace suya una interesante afirmación de A. Hurtado Albir, que demuestra el efecto que tiene la consolidación de la traducción como disciplina académica en la separación de estas fuentes y de las obras que prologan de su contexto histórico: «en la época “preteórica”: “La mayoría de las aportaciones son prólogos, críticas de traducciones... sin desdeñar los grandes hitos de la reflexión...”» (la cita proviene de A. Hurtado Albir «Perspectivas de los estudios sobre la traducción», en A. Hurtado (ed.), *Estudios sobre la traducción*. Castellón de la Plana 1994, p. 25)

<sup>17</sup> Emanuel Sueyro: Tácito, *Las obras traducidas por Emanuel Sveyro* (Amberes, 1613); Tácito, *Las Obras. Traduzidas por Emanuel Sueyro* (Madrid, 1614); Cayo Cornelio Tácito, *Las obras de C. Cornelio Tácito traducidas de latín en castellano por Emanuel Sueyro*. Amberes: Pedro y Juan Bellero, 1619. Álamos de Barrientos, *Tacito español*; Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. Carlos Coloma: Cayo Cornelio Tácito, *Obras de Caio Cornelio Tacito*. Duay: M[arc] Wyon, 1629.

<sup>18</sup> Tácito, *Las obras traducidas por Emanuel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 995: «Hame parecido hazer una explicacion breve de los nombres, que pone Tacito en este su libro de la Germania; porque servira para dar mayor luz à otros lugares de los Anales y Historias. Y, pues he seguido las opiniones de los Autores, que con mayor aprobacion escribieron de la Germania antigua, las referire con sus nombres».

Barrientos no dudó en plagiar<sup>19</sup>. Tampoco debería haber pasado desapercibida la «declaración de los nombres latinos, que en lengua castellana no tienen significación propia» que se avisa desde la misma portada de la traducción de Antonio de Herrera y abulta una sexta parte del libro en su edición de 1615<sup>20</sup>.

Las estrategias de traducción son visibles tanto en el texto vertido al castellano como en la misma disposición de las páginas impresas. Las explicaciones de Sueyro, por ejemplo, se introducen haciendo uso de dos recursos tipográficos: el asterisco que precede a ciertos términos y las correspondientes apostillas marginales, impresas junto a ellos en letra de menor cuerpo. En la traducción de Álamos de Barrientos se utilizan frecuentemente cruces que remiten a diversos tipos de explicaciones sobre la traducción; explicaciones que están colocadas en el margen interno («margen estrecho», se lo denomina en los preliminares) de las recargadas páginas de su *Tácito español ilustrado con aforismos*. Dejando al margen los aforismos y su relación tipográfica con el texto u otras marcas (como las que indican los puntos de los inéditos comentarios de Álamos) y que merecen una atención más detallada, no debe tampoco olvidarse que la dificultad del texto latino trata de expresarse (y conservarse) mediante el empleo repetido de los corchetes para introducir aclaraciones que faciliten la comprensión del texto. Tanto la edición de Antonio de Herrera como la de Carlos Coloma recurren con asiduidad a las apostillas marginales para introducir aclaraciones, acompañamiento que cumple un papel importante en la generación del sentido del texto. Hasta cierto punto, algunas de estas prácticas editoriales se asemejan a la anotación marginal manuscrita y pueden interpretarse como marcas de lectura estratégicamente empleadas por los traductores y editores de Tácito. En la traducción de Antonio de Herrera, por ejemplo hay dos apostillas marginales que llaman la atención sobre un pasaje con el término «nota», habitualmente empleado en las anotaciones manuscritas.

El papel específico de las apostillas marginales ha sido puesto de relieve por William W. E. Slight, quien considera que los «*marginalia* impresos se destinan a una audiencia más amplia, instruyendo a los lectores en la relación de las partes con el todo

---

<sup>19</sup> Pudiera pensarse en un plagio editorial, aunque aparentemente Álamos se apropia de este material, señalando que «Para mayor claridad de Tácito; y entretanto que se publican los Comentarios de todas sus obras, me pareció poner aquí la declaración de los lugares que nombro en este libro, de las costumbres de Alemania», Álamos de Barrientos, *Tácito español*, p. 957. No he podido comprobar hasta qué punto este material proviene de Andreas Althamer, *Commentaria in P. Cornelii Taciti equitis Romani libellum De situ, moribus et populis Germaniae*. Ambergae: Michaelis Forsteri, 1609. [Publicado originalmente como *Scholia in Cornelium Tacitum... de situ, moribus, populisque Germaniae*. Nuremberg: Dridericus Peypus, impensis Leonardi de Aich, 1529.]

<sup>20</sup> Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. El glosario de Herrera ocupa los fols. 94-118.

y del todo con el contexto cultural en general, y redefiniendo en ocasiones la lectura (*readership*) de la obra en el proceso»<sup>21</sup>. En el estudio de Slights se ofrece además una tipología de funciones de las apostillas marginales, en la que destacan las de «Apropiación (cooptación de un texto para propósitos no designados explícitamente por su autor)»; «Corrección (objeciones a algún argumento hecho por el autor o anticipación de interpretaciones erróneas)»; «Énfasis»; «Simplificación (generación de rúbricas y resúmenes)»; «Justificación (defensa del autor contra sus detractores)»; y «Exhortación (animan al lector a tomar totalmente en serio el mensaje del autor)»<sup>22</sup>. Al formar parte de una estrategia editorial, las apostillas marginales pueden plantear dudas sobre su autoría, ya que en ocasiones pudieron ser obra de correctores o impresores. En las traducciones de Sueyro y Álamos parece sin embargo bastante claro que las apostillas deben de atribuirse a los propios traductores. Sueyro, aclara que la impresión se ha llevado a cabo con correctores flamencos que se «arriman ordinariamente al latín», es decir, que no hablan castellano y que por lo tanto difícilmente podrían haber elaborado las apostillas marginales que complementan su traducción<sup>23</sup>. Por otra parte, al igual que ocurre en la traducción de Álamos, muchas de estas apostillas incluyen material que va más allá de las habituales indicaciones temáticas, resúmenes de argumentos y simplificaciones del texto (que suelen ser las apostillas atribuidas al equipo encargado de la impresión de una obra). En la traducción de Herrera también hay muchas apostillas que parecen ir más allá de esta labor y que en general pueden atribuirse al propio cronista regio. En la de Carlos Coloma, por último, parece observarse una autoría doble, del propio Coloma y de fray Leandro de san Martín<sup>24</sup>.

Todas las peculiaridades en las maneras de traducir, las disposiciones del texto impreso y en el resto de marcas editoriales que he mencionado califican las traducciones como documentos históricos. No deben concebirse como *textos*, sino más bien como *objetos* que ofrecen una serie de «datos», fuentes imprescindibles para el análisis de la

---

<sup>21</sup> William W. E. Slights, «The edifying margins of English Renaissance books»; en *Renaissance Quarterly*, vol. 42, nº. 4, (1989), pp. 682-683.

<sup>22</sup> *Ibid*, pp. 685-686. Slights también precisa que «muchas de las contribuciones más significativas de los *marginalia* a textos concretos nacen de la combinación sutil de algunos de estos propósitos», pp. 686-687.

<sup>23</sup> Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613), «El traductor a los lectores».

<sup>24</sup> En el siglo XVII Nicolas Abraham Amelot de la Houssaie atribuyó la autoría de estas apostillas a Carlos Coloma. Las consideraba una explicación del criterio de Coloma, introducidas al margen con tal objetivo: «Acerca de lo cual él [Coloma] pone, como comentario en el margen que [...]». Esto apoya la idea de que las ediciones de los textos de Tácito son objetos completos, y que la interpretación que se obtiene de ellos es fruto de varias autorías. Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite*. sin paginar, sign. e ix v.



recepción de las obras de Cornelio Tácito<sup>25</sup>. Las traducciones castellanas son aquí analizadas como «lecturas particulares» que acaban por convertirse en vehículo público del texto y se materializan junto a él de una manera inextricable: el resultado fueron los libros finalmente publicados, puntos de referencia a partir de los cuales se desarrollarían futuras lecturas. Para descubrir la historicidad de las traducciones castellanas de Tácito planteo en primer lugar la relación entre el traductor y su propia época con el texto de Tácito, preguntando de qué modo incorporaba los hechos de la obra pasada a su propio presente. En segundo lugar averiguaré cómo se integraba la traducción en el seno del resto de la producción cultural de la época. Finalmente analizaré qué importancia podía llegar a tener la traducción de una obra en la carrera de determinado personaje; esto es, qué implicaba ser traductor y de qué modo se insertaba esta actividad en un contexto literario y de patronazgo.

#### 4.1 Tiempo de la traducción

En 1529 Albrecht Altdorfer pintaba, por encargo del Guillermo IV de Baviera, la victoria de Alejandro sobre los ejércitos persas en la batalla de Issos. En esta traducción pictórica del relato histórico de Quinto Curcio, los combatientes presentaban un aspecto puramente contemporáneo: eran lansquenets suizos y turcos otomanos que asediaban Viena en ese mismo año. Reinhart Koselleck señaló como para Altdorfer la batalla podía situarse en un tiempo que vinculaba «atemporalmente» la antigüedad representada con el presente del pintor, ambos «englobados en un horizonte histórico común»<sup>26</sup>. Partiendo del análisis de esta pintura Koselleck argumentó que después de Altdorfer y de las transformaciones del siglo XVI se produjo una «temporalización de la historia» y que cuando trescientos años después Friedrich Schlegel contempló la obra le fue posible distinguir no sólo entre la antigüedad y el presente de Altdorfer, sino también entre la pintura de Altdorfer y su propio presente como casillas distintas del tiempo<sup>27</sup>.

De modo similar a Altdorfer, los traductores de Tácito dejaron buena constancia de su relación con la antigüedad que se habían puesto por tarea reescribir. En las distintas traducciones de los textos de Tácito (y sin necesidad de encontrar narraciones

---

<sup>25</sup> Parece necesario redefinir la diferencia entre documento y texto que ha fundado buena parte de la distinción entre historia y teoría política: los «datos» que ofrece un documento singular no son de distinta naturaleza, en cuanto al conocimiento histórico que pueden generar, que los ofrecidos por un texto portado en un objeto material. Una reflexión sobre la diferencia entre texto (objeto construido artísticamente) y documento (representación natural) en Sharpe, *Reading revolutions*, p. 26.

<sup>26</sup> Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993, cap. 1 «Futuro pasado del comienzo de la modernidad», pp. 21-22.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 23.

tan simbólicas como la victoria de Alejandro contra los persas y el paso del segundo al tercer imperio universal<sup>28</sup>) se puede ver perfectamente relación entre el tiempo de los textos y el tiempo del traductor. Nosotros concebimos el pasado narrado por Tácito como totalmente extraño a nuestro presente, pero en las primeras décadas del siglo XVII la cuestión no estaba tan clara. En todo caso, no cabe duda de que su manera de afrontar el texto y las manipulaciones a las que lo sometieron son una clave de la historia de la recepción de Cayo Cornelio Tácito.

Asemejándose a los lansquenets «griegos» de Altdorfer, un macero aparece en la traducción de Álamos de Barrientos: se trata del lictor que Tiberio no quiere que se le adjudique a Livia como honor tras la muerte de Augusto<sup>29</sup>, pero «vestido» a la manera del XVII. El vestido elegido por Álamos es bastante apropiado, pues de acuerdo con la segunda de las acepciones del diccionario de Sebastián de Covarrubias «Maça, algunas veces se toma por la insignia que llevan los maçeros, ô delante de los Reyes, ô de los gobernadores: y tambien usan de ella las Universidades; y en Roma, los Cardenales: y estos se llaman ô Reyes de armas, ô maçeros, ô bedeles, conforme a la autoridad que representan»<sup>30</sup>. La cuestión es sin embargo más compleja de lo que pudiera parecer, ya que las otras tres traducciones utilizan el termino original «lictor», sin buscar equivalentes. Además, Emanuel Sueyro no solamente traduce lictor, sino que añade una explicación del término latino: «Eran los que acompañaban à los magistrados. Llevaban por insignia un manajo de varas con una segur ò hacha, y à vezes sin ella»<sup>31</sup>.

Una manera de explicar estas diferencias es proponer distintas «maneras» de traducir o diferentes opciones tomadas conscientemente por los traductores. En su prólogo Álamos parece explicitar esas opciones al precisar que ha escogido deliberadamente traducir los términos latinos, «reduzidos a forma y termino vulgar: por ser mas propios y significativos de lo que se quiere dezir»<sup>32</sup>. Posiblemente, la otra versión, más histórica, la reservó para los comentarios que debieran haber acompañado su traducción en los que explicaría «lo demas que en conceptos, o en otra qualquier cosa he hallado dificultoso»<sup>33</sup>. Álamos también declara que por lo general, «en los oficios uso de los mismos nombres Latinos: por no averlos nuevos de nuestros tiempo, que

---

<sup>28</sup> Ibid, pp. 23-24.

<sup>29</sup> An. I, 14. «aun no consintio, que se la decretasse Macero, [que fuesse delante della]», Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 15.

<sup>30</sup> Sebastian de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Luis Sanchez, 1611. s. v.

<sup>31</sup> Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 17.

<sup>32</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Al lector».

<sup>33</sup> Ibid, «Al lector».

puedan corresponder de todo punto, y en toda propiedad a los antiguos», aunque puede llegar la ocasión en que «por ventura usara dellos»: en estos casos se reservaba de nuevo los comentarios para hacer las precisiones necesarias sobre el cargo que traduce<sup>34</sup>. Podría hablarse, por lo tanto, de traducciones modernizadoras o adaptativas y traducciones conservadoras o clásicas, pero lo que realmente se observa en las traducciones castellanas de Tácito es un movimiento constante de aproximación y alejamiento entre el tiempo del texto y el de la traducción.

En las distintas traducciones permanece siempre un diálogo entre proximidad y cercanía (entre presente y pasado), que no es fruto exclusivo de las distintas opciones tomadas por los traductores. En el testamento de Augusto, Sueyro (habitualmente conservador) traduce la moneda romana y busca un equivalente en su presente: «al pueblo y plebe dexò 1087500 escudos, y veynte y cinco à cada soldado de las Cohortes Pretorias, y à los de las Cohortes Legionarias de ciudadanos Romanos siete escudos y medio»<sup>35</sup>. Álamos, que habitualmente acerca más al presente su traducción, mantiene en cambio la moneda romana y deja las equivalencias para las apostillas marginales: «dexò al pueblo y a la plebe quarenta y tres quentos y medio de sestercios [apostilla: «435 quentos de maravedis»]; a los soldados de la guarda mil sestercios [apostilla: «10mil maravedis»] a cada uno; y a los de las legiones de ciudadanos Romanos trezientos sestercios a cada persona» [apostilla:«3mil maravedis»]»<sup>36</sup>. Como demuestran estos ejemplos existía entonces una relación fluida entre el tiempo del relato y el presente. La misma posibilidad de traducción de las monedas, ya sea en el texto o al margen, indica que el tiempo de la antigüedad no está —al contrario que ocurre para nosotros— totalmente separado del presente. Se conciben las diferencias, pero no se cancelan definitivamente. Entre el texto de Tácito y nosotros hay una distancia que no nos es posible superar y que en consecuencia no sería admisible como reescritura del pasado: hoy no podría admitirse una traducción que dijera «Augusto donó en su testamento al

---

<sup>34</sup> Ibid, «Al lector». Álamos explica que lo tocante a los oficios «va declarado en los mismos *Comentarios*, y con particular relación de lo que eran; y que administravan, y como se elegían y nombravan en la republica, y en la Monarquia». Además de los oficios y «las ceremonias que usa», en los comentarios se explicaría en general todo «lo demás que refiere diferente de nuestro siglo, y que no se conoce en él».

<sup>35</sup> An. I, 8. Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 9.

<sup>36</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, pp. 8-9. Conviene recordar lo que dije al respecto de la moneda en el capítulo 1. Prueba del flujo inestable entre ambas opciones, incluso en el seno de una misma traducción, es que Sueyro haya mantenido términos como «cohortes pretorianas», que Álamos ha convertido en «soldados de la guarda».

pueblo romano 1087500 euros» (o cualquier cifra equivalente), pues la propia operación de cálculo nos parece carente de sentido.

Lo que ocurre con las traducciones castellanas de Tácito es que son herederas de las dos vertientes del programa humanista, que proponía al mismo tiempo comprender la antigüedad (u otras culturas lejanas) en sus propios términos, usos, costumbres y significados y utilizar los clásicos en la vida presente<sup>37</sup>. Como ha mostrado Anthony Grafton, ambas opciones habían estado presentes desde los inicios de la filología humanista, y permanecerán vivas al menos hasta mediados del siglo XVII. En su análisis de las relaciones entre los lectores humanistas y los textos de la Antigüedad Grafton descubre un conjunto de humanistas que «parece hacer vivir de nuevo el mundo antiguo, y asume su traslúcida relevancia y la posibilidad de acceder a él sin problemas» y otro que «persigue colocar a los antiguos en su propio tiempo, y admite que la reconstrucción del pasado es dificultosa y que el éxito puede revelar la irrelevancia de la experiencia y los preceptos antiguos para los problemas modernos»<sup>38</sup>. En ocasiones ambas opciones parecen convivir sin mayores dificultades, mientras que en otros momentos son motivo de agrias polémicas sobre la interpretación del pasado y el estatus presente de los textos clásicos. De acuerdo con Grafton, en el fondo es probable que todos los humanistas, lo mismo que sus herederos, se caractericen por su relación ambigua con la antigüedad; por su capacidad de efectuar al mismo tiempo movimientos de aproximación y de distanciamiento respecto al texto, e incluso por el intento de salvar el hueco existente entre una y otra postura<sup>39</sup>.

En ocasiones la aproximación o vinculación con el presente se manifiesta a través de detalles aparentemente irrelevantes, como ocurre en el pasaje en el que se precisa que a los juegos Augustales los senadores no podían acudir en carros<sup>40</sup>. En dos de los traductores este pasaje salta claramente hacia el presente: Carlos Coloma traduce directamente carros por coches<sup>41</sup>, y Álamos explicita la relación del texto con su presente en una apostilla marginal que dice «al modo de los coches modernos»<sup>42</sup>.

---

<sup>37</sup> Grafton, *Commerce with the classics*, p. 6: «Los intelectuales del renacimiento tenían un compromiso común en la conversación continua e intensiva con los textos antiguos. Este era el fundamento de sus esfuerzos para comprender otras culturas y religiones, acuñar filosofías políticas y naturales, crear un código de conducta personal y cultivar un estilo literario».

<sup>38</sup> Grafton, *Defenders of the text*, pp. 26-27.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 34: «numerosos humanistas leyeron sus textos como clásicos lo mismo que como históricos; esto es, numerosos intelectuales del renacimiento lograron tomar posiciones a ambos lados del hueco que separa a un Massari de un Guidetti, a un Guicciardini de un Maquiavelo».

<sup>40</sup> *An.* I, 15

<sup>41</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 17.

<sup>42</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 16.

Evidentemente, ambos traductores están aproximando (en su modo de leer y convertir al castellano el texto latino) las normativas relativas al uso de coches, objeto de una intensa actividad legislativa tanto en el reinado de Felipe II como en el de sus sucesores Felipe III y IV<sup>43</sup>, con la prohibición que se recoge en el texto de Cornelio Tácito.

El diálogo entre ambos tiempos es constante incluso en la traducción de Sueyro, sin duda la más austera en comentarios y la que menos suele acercar el texto latino al presente. Aunque Sueyro (tal vez Coloma sea el único que le iguale) emplea muy consistentemente los términos latinos, en algún punto esta consistencia se desmorona, dejando ver que también él efectúa cierta vinculación entre el texto y su presente<sup>44</sup>. Emplea, por ejemplo, el término «real» para referirse al recinto del campamento (*vallum*)<sup>45</sup> y el de «alférez del Águila» para referirse al *aquilifer*<sup>46</sup>. Actuaciones similares se aprecian más frecuentemente en Herrera y Álamos, que utilizan el término «billete» para designar las comunicaciones secretas entre los personajes que pueblan el texto de Tácito<sup>47</sup>. De igual modo, «Curia» —que Sueyro explica en una apostilla marginal como «El lugar, donde se juntaban los Senadores»— lo traducen los dos por Consejo<sup>48</sup>. En algunas ocasiones la comunicación entre las descripciones de Tácito y el tiempo presente del traductor parece llegar a cobrar un cariz personal. Carlos Coloma, que es

---

<sup>43</sup> Alejandro López Álvarez, «Coches, carrozas y sillas de mano en la monarquía de los Austrias entre 1600 y 1700: evolución de la legislación»; en *Hispania*, vol. 66, nº. 224, (2006); Alejandro López Álvarez, *Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano, 1550-1700*. Madrid: Polifemo, 2007.

<sup>44</sup> La traducción de Emanuel Sueyro utiliza constantemente los términos originales y les añade una explicación al margen, al modo del término «lictor» analizado más arriba. También se usa muy frecuentemente el término latino aún cuando no se explique, como en el caso de las «cohortes pretorianas» que también señalé arriba, en nota 35. Para Carlos Coloma ver más abajo las notas 45 y 48.

<sup>45</sup> Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*, s. v: «Real, el exercito, y particularmente el lugar donde está el Rey, y tiene su tienda. Assentar el real es poner casa: el campo o exercito representa su rey». Ejemplos del uso de este término en *An. I*, 34, con la llegada de Germánico al campamento de las legiones amotinadas en Germania; Tácito, *Las obras traducidas por Emanuel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 33. y Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 31.

<sup>46</sup> Sueyro se refiere a Calpurnio como «Alférez del Águila» (*An. I*, 39), Tácito, *Las obras traducidas por Emanuel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 38. Coloma representaría la opción más cercana al calcar el término latino y emplear «Aquilífero» Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 35.

<sup>47</sup> En Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 7. el término se emplea al explicar el papel de Salustio Crispo en la muerte de Póstumo Agripa (*An. I*, 6) : «(que el avia escrito el billete al Tribuno, ordenando la muerte)». Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. fol. 72r, apostilla marginal «Villete de Seiano a Tiberio». Se trata del comienzo de *An. IV*, 39, que Herrera traduce: «Y estando Seiano desvanecido con el demasiado favor de la fortuna, y siendo asimismo solicitado de la mugeril ambicion de Livia, que le instava por el matrimonio prometido, escrivio un papel a Cesar, porque tambien se usava entonces hablar por memoriales, el qual era del siguiente tenor [...]». Es fácil advertir que el «tambien» muestra la igualdad entre texto y presente.

<sup>48</sup> *An. I*, 7. Tácito, *Las obras traducidas por Emanuel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 8; Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 8. Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*, fol. 3r. Una buena «introducción» a la importancia y las características del consejo en la época puede ser Maravall, *Teoría del Estado*, capítulo 7, especialmente las páginas dedicadas a la «Teoría del consejo».

especialmente sensible a las precisiones militares<sup>49</sup>, parece hablar desde su experiencia personal cuando aclara la descripción de los diques de los Países Bajos en una apostilla que dice: «Diques, son oy caminos estrechos y levantados para passar a pie enxuto por las tierras pantanosas»<sup>50</sup>. Puede imaginársele cruzando por ellos. En otras ocasiones, la intervención es incluso más marcada. Antonio de Herrera, por ejemplo, añade algunas explicaciones que desvelan con total claridad la aparición del presente en su traducción: «[Planco] abrazado con las banderas, y con el estandarte del Aguila, se ayudaba, y defendia con la religion, *como los que se meten en sagrado*»<sup>51</sup>.

La toponimia empleada en las traducciones suele ofrecer una buena muestra de lecturas del texto en términos presentes ya que los hechos narrados por Tácito se suelen situar sobre «mapas» coetáneos equivalentes en las traducciones propiamente dichas o en las apostillas impresas al margen. La traducción de Carlos Coloma subraya en una apostilla que Panonia es «oy Austria y Hungria»<sup>52</sup>. A veces incluso se ofrecen distintas posibilidades de identificación de un topónimo antiguo: Antonio de Herrera, por ejemplo, incluye una apostilla marginal que dice «Termeste fue gran ciudad en Castilla la vieja, agora es un pequeño lugar cerca del rio erezma, otros dizen en tierra de Soria. Villano Español mata al Pretor»<sup>53</sup>. Esta opción de traducir los lugares del texto por sus equivalentes coetáneos puede parecer natural, pero no cabe duda de que acerca el texto al tiempo de la traducción. Por comparación, se observa que en una traducción actual la distinción entre el tiempo del texto y el nuestro es tan marcada que incluso se trata de evitar cualquier posible confusión que viniera dada, precisamente, por la terminología toponímica. Por ello José Luis Moralejo se cuida mucho de situar el texto en el presente

---

<sup>49</sup> En el pasaje acerca del final del motín de las legiones de Panonia (*An. I, 28*), Coloma traduce «Conmovidos destas cosas los animos, aun entre si sospechosos, separan el Tiron del Veterano, y una Legión de otra» y añade una apostilla marginal que dice «Tiron, soldado bisoño: veterano, viejo» Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 26. Ni Sueyro en Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 28; ni Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 25, respetan los términos «tiron» o «veterano» y traducen simplemente por «bisoño» y «viejo». Otro ejemplo de la atención de Carlos Coloma a la terminología militar es el empleo de «aquilifiero», ver arriba, nota 46.

<sup>50</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 55. Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 75, con menor viveza, explica en una apostilla marginal que lo que traduce como reparos «Diques se llaman oy». Para la biografía de Carlos Coloma puede consultarse Olga Turner, «Don Carlos Coloma (1566-1637) como historiador», en J. Maluquer de Motes (ed.), *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona: Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, 1967.

<sup>51</sup> *An. I, 39*. El añadido, que he marcado en cursivas, prácticamente pide un adverbio como «hoy» que lo sitúe en el presente Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. fol. 13r.

<sup>52</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 17. La traducción de Antonio de Herrera dice directamente «legiones de Ungria», Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. fol. 11r.

<sup>53</sup> *An. IV, 45*. Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. fol. 73v. Cayo Cornelio Tácito, *Anales. Libros I-VI*. Madrid: Gredos, 2002 [Introducción, traducción y notas de José Luis Moralejo.], p. 304 n485, aclara que las ruinas de *Termes* o *Termantia* están situadas en la provincia de Soria.

por un «mal» uso de la terminología toponímica y aclara: «Toda vez que el término *Bretaña* evoca hoy preferentemente una región de Francia, preferimos emplear el semicultismo *Britania* para recoger *Britannia* (Gran Bretaña)»<sup>54</sup>.

En la traducción de Antonio de Herrera se observa un último y destacado rasgo de esta aproximación al presente: la comparación directa entre ambas épocas. En la emocionada queja que hace Percennio de las condiciones de vida de los soldados, en el punto en que introduce la fórmula «se valoraban cuerpo y alma en diez ases al día», la apostilla marginal da rienda suelta a la nivelación temporal: «Usavase tambien entonces pagar las guardas, como aora los soldados»<sup>55</sup>. El uso adverbial de «*Entonces... como ahora*» hace explícita la comparación; una comparación que Herrera propone de nuevo en el momento en que Vibuleno expone a Bleso sus quejas respecto a su supuesto hermano fallecido. Las palabras de Vibuleno generan una gran tensión en el campamento y provocan también una apostilla marginal en la que se hace notar: «Modo de amotinarse los soldados como ahora»<sup>56</sup>.

En el extremo de esta aproximación, un punto de la narración de Tácito llega a equipararse casi por completo con el presente, haciéndose coincidir espacio, protagonistas y resultados de las acciones:

El temor se acrecentava en Germanico, conociendo que luego que los enemigos entendiessen la discordia de los Romanos, y que la ribera del Rin se hallava sin guarda, acudirian a envestirle: y que si contra estos amotinados armava los confederados, y las Provincias sugetas a romanos, via levantarse una guerra civil

[Apostilla marginal:] *El exemplo desto se ha visto en estos tiempos*<sup>57</sup>

Algo más arriba ya se había ido preparando la lectura del pasaje en clave de actualidad, en dos apostillas que traducían indicaciones toponímicas del texto latino. Entonces, junto a la traducción de Herrera se había indicado que «Sequanos son los de la Ducea de Borgoña» y, muy especialmente, que «La Belgica es los payses baxos»<sup>58</sup>. Ahora, junto al texto se afirma con rotundidad que el texto de Tácito es ejemplo de estos tiempos.

Antonio de Herrera y Tordesillas era cronista real, por lo que, de acuerdo con las obligaciones del puesto, debía estar atento a recoger noticias referentes a los sucesos

<sup>54</sup> Tácito, *Anales. Libros I-VI* (ed. Moralejo), p. 140 n181.

<sup>55</sup> *An. I, 17*. Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. fol. 7r.

<sup>56</sup> *An. I, 22*. Ibid. fol. 8v.

<sup>57</sup> *An. I, 36*. Ibid. fol. 12r-v. La apostilla está en el fol. 12r.

<sup>58</sup> *An. I, 34*. Ibid. fol. 11v. Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 31, identifica este gentilicio con Sens.

contemporáneos para después convertirlas en una crónica<sup>59</sup>. No debieron escapársele, por tanto, las noticias referentes a la campaña militar de 1605, en la que los ejércitos al mando de Ambrosio Spinola marcharon a lo largo de la ribera del Rin y se adentraron en la región de Colonia. El objetivo de esa incursión en tierras del imperio fue la construcción de un puente; un paso del Rin que permitió al ejército de la monarquía llevar a cabo campañas sobre Oldensel y Linghen y, posteriormente, la construcción de dos nuevos puentes en el condado de Murs<sup>60</sup>. En la campaña del año siguiente prosiguieron los combates en la orilla norte del Rin entre los ejércitos hispanos y las tropas de Mauricio de Nassau, notablemente por el control de Grol, que fue sitiada por los ejércitos dirigidos por Spinola y conquistada en septiembre de 1606<sup>61</sup>. En ese año, sin embargo, la falta de pago a los soldados produjo varios motines, uno en enero y otro en octubre<sup>62</sup>. Los motines pusieron freno al avance de los ejércitos hispanos, en especial porque el segundo de ellos (ocurrido durante la campaña) condujo a la caída de la recién tomada Grol, obligando al ejército hispano a dedicarse nuevamente a su conquista<sup>63</sup>.

En el quehacer de Herrera como traductor, su conocimiento de la realidad presente se superpone sin estridencias ni rozaduras sobre la narración del pasado. La precisión con que se produce esta superposición da pleno sentido al uso ejemplar de la

---

<sup>59</sup> Herrera fue nombrado cronista de Indias por Felipe II el 15 de mayo de 1596, tras la vacante producida por la muerte de Pedro Ambrosio Ondériz. En 1598 se denomina a sí mismo como cronista de Castilla Prólogo de Antonio Ballesteros-Bereta a la edición de Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*. 17 vols. Madrid: Real Academia de la Historia, 1934, vol. 1, p. xxviii y xxx. Mi atribución de esta apostilla al propio Herrera se basa fundamentalmente en que su posición como cronista le habría permitido establecer este paralelo con tal precisión, pero también debe apoyarse en el uso que Herrera recomienda hacer de Tácito en otros textos, especialmente en el «Discurso acerca de que Tácito escede á todos los historiadores antiguos, y del fruto que se saca de sus escritos» en Antonio de Herrera, *Primera parte de las varias epistolas discursos y tractados de Antonio de Herrera a diversos Claros Varones las quales contienen muchas materias utiles para el gobierno Político y militar. Con un elogio de la vida y hechos de el licenciado Xpoval Vaca de Castro del Consejo Supremo y governador de los Reynos del Piru. Dirigidas al Rey nuestro señor Don P[hilipe] 4º*. [BNM Mss. 1035.] Sobre Herrera, ver capítulo 5.2.

<sup>60</sup> Antonio Rodríguez Villa, *Ambrosio Spinola. Primer Marques de los Balbases*. Madrid: Fortanet, 1904. cap. 10, pp. 105-109 y 113-117.

<sup>61</sup> Ibid. cap. 11, pp. 135-140.

<sup>62</sup> El Archiduque Alberto anuncia a Lerma la existencia de un motín en una carta del 25 de enero de 1606, su miedo a nuevos motines el 6 de octubre de 1606 y la confirmación del segundo motín a 18 de ese mismo mes y año. *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vol. 43. Madrid: viuda de Calero, 1863, pp. 14, 15 y 35. [Edición de los Marqueses de Pidal y Miraflores, y Miguel Salvá.]

<sup>63</sup> El estilo con el que Rodríguez Villa narra estos sucesos es inmejorable para adentrarse en el paralelo histórico: «Ocurrió entonces que habiéndose cumplido el plazo para pagar la gente y faltando la suma que en virtud del asiento con los banqueros genoveses debía enviar Serra, tomaron de ello pretexto algunos soldados para separarse de ejército en son de motín. Procuró el Marqués remediar este mal ejemplo con buenos oficios primero y con la fuerza después, no consiguiendo nada por haberse puesto los amotinados bajo la protección de las Provincias Unidas, marchándose a las cercanías de Breda. Animado con esto Mauricio procuró acometer alguna empresa para remediar su decadente reputación. Atacó á Lochen, y habiendo tomado esta plaza en tres días puso sitio a Grol» Rodríguez Villa, *Ambrosio Spinola*, p. 139. La reconquista de esta plaza en p. 140.



historia: no se trata únicamente de una comparación genérica entre motines antiguos y modernos, entre el pago de los soldados en el siglo I y el XVII, sino de un paralelo directo entre los acontecimientos del texto y la realidad del traductor. Esta manera de ver se proyectaba a los potenciales lectores de la traducción de Herrera mediante el uso de las apostillas marginales que, como señala William Slights «en su nivel más creativo, abren pasajes específica e insistentemente con el propósito de cruzar el umbral entre texto y contexto»<sup>64</sup>. La ejemplaridad de la historia resulta en gran medida el resultado de un método de lectura. Al lector entrenado en la lectura atenta y activa, no le resultaba extraño anotar un pasaje relevante por el uso de una metáfora, de un giro del discurso o de una costumbre antigua; tampoco le era difícil ir anotando los pasajes con los que establecer una comparación directa con su presente. La apostilla marginal de la traducción de Herrera es una especie de lectura fosilizada, que un lector acostumbrado a apuntar en los márgenes podía identificar con las herramientas básicas para enfrentarse a un texto.

Herrera no sólo comparaba el texto de Tácito con el presente europeo de 1606-1607, sino también con la historia americana de mediados del siglo XVI. Sabine MacCormack ha señalado que en su *Historia general*<sup>65</sup> Herrera generó «una doble narrativa: una exposición de los acontecimientos de América dispuesta, al estilo de Tácito, como anales, y un comentario paralelo a esta exposición, consistente en citas de Tácito y del comentarista italiano Annibale Scoto»<sup>66</sup>. Al explicar el refugio de Gonzalo Pizarro en Cuzco, una ciudad remota y rica desde la que podía oponerse al virrey Blasco Núñez Vela, Herrera remitía al siguiente texto de los *Anales*: «Más ardua fue la tarea planteada entre los eduos, por cuanto se trataba de un pueblo más rico y la guarnición

---

<sup>64</sup> Slights, «The edifying margins», p. 687. En la p. 700 Slights señala las posibilidades de transportar al lector más allá de las fronteras visibles en la página impresa mediante «aplicaciones tópicas y paralelos a algunas afirmaciones de texto» y que «incluyendo este tipo de *marginalia* tópica el autor da forma a los acontecimientos contemporáneos a través de la analogía textual tanto como vivifica el texto mostrando su relevancia para la vida cotidiana de los lectores contemporáneos».

<sup>65</sup> Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar oceano [Décadas 1-4]*. Madrid: En la Imprenta Real [por Juan Flamenco], 1601; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar oceano [Décadas 5-8]*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1615.

<sup>66</sup> Sabine MacCormack, *On the wings of time: Rome, the Incas, Spain, and Peru*. Princeton: Princeton University Press, 2007, pp. 86-87. La autora ofrece algunos ejemplos de apostillas marginales en las que se introducen citas de Tácito y de Scoto en relación con el texto. Son especialmente interesantes aquellos en los que Herrera omite las referencias clásicas del manuscrito de Cieza en que se basa (a la figura de Julio César, o a la obra de Quinto Curcio, por ejemplo) y las sustituye por citas de Tácito o Scoto.

necesaria para reprimirlos se encontraba lejos»<sup>67</sup>. Como concluye MacCormack, no cabe duda de que «Herrera veía Lima y la costa peruana como análogos del Rin con las legiones romanas y la cercana Tréveris (la ciudad de los tréveros), mientras que Cuzco era el equivalente de la rebelde ciudad de los eduos»<sup>68</sup>.

Este mismo uso de la historia lo propondrá unas décadas después, y en el contexto polémico de la sublevación portuguesa de 1640, Francisco de Quevedo. Lo interesante de su proposición, más allá de que el texto elegido para establecer un paralelo entre el presente y el pasado sea de Tácito es que Quevedo (fingiendo apartar su propia voz como castellano) recomendaba explícitamente leer una oración de Cerial para emplearla como guía de actuación ante los sucesos que estaban desarrollándose. Quevedo se refería a las palabras «de Cerial en la oración que hizo a los tréveros, escrita por Cornelio Tácito en el cuarto libro de su historia» y subrayaba con intensidad que esa oración «literal y individualmente habla con ellos y con nosotros, como si escribiera hoy»<sup>69</sup>. Con su recomendación Quevedo nos deja un elocuente ejemplo de como era posible leer a Tácito *como si escribiera hoy*.

La lectura de Tácito, sin embargo, también podía activar la percepción de las diferencias entre el tiempo del Imperio romano y los usos y realidades del presente del siglo XVII, siendo la que primero saltaba a la vista el carácter pagano de Tácito y su distancia respecto al cristianismo. En el excursus sobre el destino del hombre del cuarto libro de los *Anales* los márgenes de la traducción de Emanuel Sueyro previenen al lector de que «discurre Tacito como gentil», y los de Baltasar Álamos de Barrientos indican

---

<sup>67</sup> An. III, 43. Poco antes las legiones romanas del Rin habían sofocado la revuelta de los tréveros, pero ahora la misión parecía complicarse por la distancia a la que se encontraba y la riqueza con que contaba la ciudad rebelde.

<sup>68</sup> MacCormack, *On the wings of time*, p. 88. El pasaje de Herrera, según MacCormack, está en *Historia General*, 7,7, 20.

<sup>69</sup> «Descífrase el alevoso manifiesto con que previno el levantamiento del duque de Berganza con el reino de Portugal don Agustín Manuel de Vasconcelos», en Quevedo, *Obras completas*, p. 1044. Las palabras de Quevedo son muy vehementes, más aún si consideramos que habitualmente Quevedo se mostró muy crítico con Tácito, al que consideraba un autor impío. La explicación para este uso tal vez pueda encontrarse en que el pasaje ya había sido utilizado por dos autores que Quevedo sin duda aprobaba, Justo Lipsio en *Admiranda* y Ammirato en sus *Discorsi sopra Cornelio Tacito*, ver Tuck, *Philosophy and government*, pp. 62 y 68. El pasaje referido está en *Hist.* IV, 73. Cabe dudar de sus efectos, aunque contiene algunos pasajes de tono conciliador: «Como vencedores y pese a un sinfín de provocaciones, sólo os exigimos lo necesario para velar por la paz, porque ni puede haber seguridad para los pueblos sin armas, ni armas sin salarios, ni salarios sin impuestos. Todo lo demás es compartido: no es raro que comandéis nuestras legiones o gobernéis ésta y otras provincias. No hay discriminación ni exclusión alguna»; o «La paz y Roma nos pertenecen por igual a vencidos y a vencedores: amadlas, pues, y veneradlas. Ya habéis probado las alternativas: sacad conclusiones para no preferir los desastres de la rebeldía a la seguridad de la sumisión».

que el texto es un «Discurso Gentílico sobre los sucesos humanos»<sup>70</sup>. Tanto la traducción de Antonio de Herrera como la de Carlos Coloma sitúan el pasaje en la discutida cuestión de la astrología judiciaria<sup>71</sup>: Herrera, en una apostilla, advierte ante un texto que es un «discurso del arte de adivinar»<sup>72</sup>, mientras que la traducción de Coloma indica directamente que Tácito «Discurre sobre la judiciaria»<sup>73</sup>. Las otras dos apostillas marginales de la traducción de Coloma establecen además un juicio explícito frente al texto traducido: la primera señala que «aquí parece que entra por el camino, aunque a tiento»<sup>74</sup> y la segunda «ynclinase à dar credito à los adivinos»<sup>75</sup>. La conexión entre el texto y el presente ha dado paso a una clara sensación de lejanía, expresada en diversos grados. El texto parece haber sido puesto en suspenso y casi impugnado por las intervenciones de las voces que aparecen en las diversas apostillas marginales.

Esta diferenciación, que como antes mostré (con Grafton) convivía en tensión con la idea del uso de los clásicos, parece irse acrecentando con el desarrollo del humanismo. Se ha argumentado que es precisamente esta revalorización histórica de la antigüedad la que conduce gradualmente a hacer cada vez más visible la distancia entre ambas épocas, contribuyendo a generar una noción del acontecer histórico que en último término acabará por negar la posibilidad de establecer ninguna conexión entre pasado y presente<sup>76</sup>. No obstante, esta diferenciación no sólo habla de la capacidad crítica con la que el siglo XVII podía diferenciar la antigüedad como una época histórica diferente. No se trata de una problemática meramente histórica o historiográfica, reducida a la interpretación del pasado, sino de un juicio en términos

---

<sup>70</sup> An. IV, 22. Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 299. Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 278.

<sup>71</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 296. Eugenio Garin, *Astrology in the Renaissance. The Zodiac of Life*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1983. [Traducción revisada por Clare Robertson y el autor.], cap. 1, que discute sobre la separación entre astrología judiciaria y matemática desde el renacimiento en adelante.

<sup>72</sup> Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. fols. 86v-87r. La *Declaración de los nombres latinos que en castellano no tienen significación propia* es elocuente acerca del carácter polémico de esta cuestión. Está plagada de críticas a «aquel pueblo supersticioso», tales como el juicio respecto a los augures: «considerense, quan grande era en aquellos infelices tiempos el engaño del demonio, pues que de tales cosas tomavan conjetura para pronosticar lo por venir, con tanta ceguera de aquellas gentes, que sin consentimiento, ni consejo de los Augures no se hazia en la Republica cosa ninguna de momento», fol. 95r.

<sup>73</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 296.

<sup>74</sup> Esta afirmación corresponde con el siguiente texto traducido: «[...] nos dexan la eleccion, en la forma y manera de vivir, la qual una vez escogida, ay un cierto orden de cosas, que forçosamente nos han de succeder; y añaden: que ni el verdadero mal, ni bien, son los que el vulgo tiene por tales», Ibid, p. 297.

<sup>75</sup> Por si no hubiera quedado clara la diferenciación temporal una última apostilla precisa «razon indigna de un gentil si sacara de aqui la conclusion de que ay otra vida», Ibid.

<sup>76</sup> Reinhart Koselleck, *historia/Historia*. Madrid: Trotta, 2004; John G. A. Pocock, *The Ancient Constitution and the feudal law. A study of English historical thought in the seventeenth century*. Cambridge: Cambridge University Press, 1957.

valorativos sobre ese mismo pasado. Aun cuando el texto pudiera ser traído al presente en determinadas ocasiones y en determinadas condiciones de lectura, era el presente del siglo XVII el que tenía todas las de ganar. La distancia entre distintas épocas se expresa en una relación jerárquica entre el texto, de naturaleza inferior y errónea y la verdad en que habitan los traductores y lectores. La cuestión que parece caminar por el fondo de las traducciones analizadas es si esta diferencia anula la posibilidad de servirse del texto de Tácito o no. Esto es, ¿se puede al mismo tiempo mantener la utilidad de Tácito en el presente y las diferencias o errores que contiene este texto pasado, proveniente de una antigüedad que aún no ha admitido la verdad cristiana?

Esta cuestión acerca de la interpretación del texto se concentró específicamente en algunos pasajes. Si el excursus sobre el destino del hombre chocaba contra la doctrina de la providencia, en otros puntos Tácito incluía afirmaciones incompatibles con el cristianismo, como esta en la que señala que «nunca antes se había probado con desgracias más atroces para el pueblo romano ni señales más precisas que no es misión de los dioses nuestra seguridad, sino nuestro castigo»<sup>77</sup>. Respecto a este pasaje, la labor editorial de Justo Lipsio consistió en suavizar la interpretación del texto, hacerlo más asequible al lector cristiano<sup>78</sup>. En este caso, lo mismo que en algún otro que analizo más abajo se puede comprobar la importancia de esa labor editorial y cómo no pasaba en absoluto desapercibida a sus contemporáneos. Al menos los puntos más controvertidos del texto eran pronto objeto de un escrutinio detallado y se convertían en núcleos en torno a los que giraba una valoración general de Cornelio Tácito. En referencia al comentario de Lipsio sobre el pasaje mencionado, Francisco de Quevedo señaló que el «doctísimo» flamenco «más se muestra en estos renglones fiscal que comentador suyo»<sup>79</sup>. La defensa del autor latino no había resultado invisible a ojos de Quevedo, porque este punto ya contaba con una tradición interpretativa previa. Si Quevedo llama

---

<sup>77</sup> *Hist.* I, 3. Cayo Cornelio Tácito, *Historias*. Madrid: Cátedra, 2006, p. 55. [Edición de Juan Luis Conde.]

<sup>78</sup> Tácito, *Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit* (1598), p. 455. El intento de Lipsio es claramente justificador, ya desde el comienzo, que dice «Impía, impía es tu frase, Tácito; aunque no imprudente [...]». Para desviar la atención de Tácito Lipsio cita además unos versos de Lucano con la misma idea: *Felix Roma quidem, civesque habitura superbos, // si libertatis superis tam cura placerte, // quam vindicta placet* (*Farsalia*, IV, 807-809) «Fuera Roma feliz y bienaventurados sus ciudadanos si el cuidado de la libertad agradara tanto a los dioses como su venganza».

<sup>79</sup> «Providencia de Dios padecida de los que la niegan y gozada de los que la confiesan. Doctrina estudiada en los gusanos y persecuciones de Job» en Quevedo, *Obras completas*, p. 1561. Felicidad Buendía señala que esta obra fue compuesta en 1641, estando Quevedo preso en el convento de San Marcos de León. La traducción anterior de Lucano es la que trae Quevedo en este punto. Ya se ha indicado que Quevedo era lector de los *Ragguagli*, capítulo 3, notas 142 y 151.

fiscal de Tácito a Lipsio era porque había comprendido perfectamente la irónica disputa creada por Boccalini para que Lipsio y Tácito se vieran las caras ante Apolo<sup>80</sup>.

Si hubiera que establecer una clasificación de los pasajes que granjean más críticas de impiedad a Tácito, el referente a la obtención milagrosa de agua en el desierto por parte de Moisés ocuparía el segundo lugar<sup>81</sup>. El pasaje, que había sido señalado originalmente por Tertuliano en su *Apologeticum* (XVI, 3), le había valido a Tácito el calificativo de «*ille mendaciorum loquacissimus*»<sup>82</sup>, y fue objeto de varias reelaboraciones en la edad moderna. Thomas Nashe en su *Christ's Tears Over Jerusalem* (1593) introdujo una crítica al ateísmo, que surge cuando el hombre «olvida que tuvo un creador, o que hay un cielo sobre él que lo controla» a la que seguía un comentario en contra de este mismo pasaje. A los ateos, según Nashe, «siguen los pirrónicos, cuya posición y opinión es que no hay infierno o miseria, sino opinión» y quienes «con Cornelio Tácito hacen de Moisés un hombre sabio y providente, bien acostumbrado al saber egipcio, pero deniegan que tuviera ninguna asistencia divina en el más grande de sus milagros. El agua (dicen) que sacó golpeando una roca en terreno salvaje no fue por obra sobrenatural de dios, sino observando a qué parte se dirigían a beber los asnos salvajes»<sup>83</sup>. En 1612 el español Juan Márquez criticaría la «vanidad de Cornelio Tácito» basándose en ese mismo lugar del texto. Para Márquez, Tácito, «por afrentar à los Iudios, con quien, estava muy mal, les levantó que adoravan por Dios la cabeça de un jumento, porque estando en esta soledad faltos de agua toparon un asno silvestre, y siguiendole los pasos, vinieron à hallar una fuente de que el bevia»<sup>84</sup>.

El número uno de la clasificación lo ocuparían sin duda dos pasajes del decimoquinto libro de los *Anales* en los que Tácito narra las acusaciones y persecuciones contra los cristianos durante el imperio de Nerón. Las dos frases en las

---

<sup>80</sup> Trajano Boccalini, *Discursos politicos, y auisos del Parnasso de Trajano Bocalini, Cavallero Romano*. Madrid: Maria de Quiñones, a costa de Pedro Coello, 1634, aviso 12, fols. 17r-22r.

<sup>81</sup> *Hist.* V, 4. El anónimo lector de un ejemplar de Tácito, *Ab excessu Augusti Annalium libri sedecim*, [signatura BNM 3/41780] anotó a mano junto al pasaje la correspondiente referencia (aunque equivocada) a Tertuliano: «*citata haec tertullianum in apologetico cap. 15*» (fol. 326r).

<sup>82</sup> Comentado en Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 3.

<sup>83</sup> Esta referencia se la debo a James Amelang. Thomas Nashe, *Christ's tears over Jerusalem. Whereunto is annexed a comparative admonition to London*. Londres: James Roberts, to be sold by Andrew Wise, 1593 en J. B. Steane (ed.), *Thomas Nashe. The unfortunate travellers and other works*. Harmondsworth (Middlesex): Penguin, 1972, p. 479.

<sup>84</sup> Márquez, *El governador christiano*, p. 145. Márquez traía esta crítica directamente de Tertuliano (*Apologeticum* XVI, 3) pues también recoge de esa fuente que «contando la entrada de Pompeyo en Ierusalén avia dicho, que no hallò imagen, ni idolo en el» (p. 145). En todo caso, Márquez debió leer a Tácito con cierta atención, porque también lo critica en la p. 82, diciendo «Y si hemos de creer à Cornelio Tacito, en tiempo de Neron se tuvo por prodigio que se secasse de repente otra debaxo de cuyas ramas se avian criado Romulo, y Remo, que se avia conservado ochocientos y quarenta años sin lesion».

que se concentra lo más candente del problema son aquella en la que Cornelio Tácito describe el cristianismo como «superstición perjudicial», «dañosa» o «perniciosa» (*exitiabilis superstitio*) y otra situada poco más adelante, que dice «*ingens haud proinde in crimine incendii quam odio humani generis convicti sunt*»<sup>85</sup>. De hecho, en la edad moderna buena parte de la interpretación de Tácito gira en torno a esta segunda frase que ya había descubierto y criticado Tertuliano en su *Apologeticum* (XXXVII, 8) con estas palabras: «pero [a los cristianos] habéis preferido llamarlos enemigos del género humano más que del error humano»<sup>86</sup>. Refiriendo a estos pasajes y a algún otro, también Orosio había calificado a Cornelio Tácito, en su *Historiae adversum paganos*, como mentiroso, adulator y estúpido; historiador poco riguroso y hombre lleno de odio<sup>87</sup>. Surgidas al hilo de esta clase de pasajes, las críticas fueron recibidas y ampliadas en la edad moderna y a partir de ellas se construyó una visión negativa de Tácito como escritor pagano y mal informado o mentiroso. En Francia, Guillaume Budé las retomó para relanzarlas a una nueva circulación en 1557<sup>88</sup>. Tomasso Garzoni, en Italia, también conocía y reutilizaba las críticas de Tertuliano y Orosio frente a Tácito<sup>89</sup>.

Frente a tales acusaciones, también hubo voces que trataron de construir una defensa del autor latino. Jean Bodin admitió, en primera instancia, que Tácito fue impío en tanto que no fue cristiano pero, utilizando un fino sentido histórico, argumentó que las acusaciones nacían de una incorrecta apreciación de las diferencias entre ambas épocas históricas. Según Bodin, Cornelio Tácito «no hizo nada impío en escribir contra nosotros, pues era partícipe de las supersticiones paganas»; antes al contrario, habría que considerarlo impío «si no hubiera tratado de defender la religión que creía verdadera y de destruir todas aquellas que se le oponían»<sup>90</sup>. Al refutar así los

<sup>85</sup> Ambas en *An.* XV, 44. José Luis Moralejo traduce: «Y resultaron convictos no tanto de la acusación del incendio cuanto de odio al género humano», Tácito, *Anales. Libros XI-XVI*, p. 245.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 245 n472. Moralejo la recoge del comentario de E. Koestermann, *Cornelius Tacitus, Annalen*, vols. 3-4. Heidelberg: Carl Winter, 1967-1968.

<sup>87</sup> Ver Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 3. Los pasajes en los que Orosio se deshace en calificativos son I, 5 y 10; IV, 20; V, 3; VII, 10 y 27.

<sup>88</sup> «Hominem nefarium Tacitum» y «vaecordium omnium scriptorum perditissimus» dice Budé en *De asse et partibus eius*. Bâle, 1557, lib. 4, pp. 192 y siguientes. Citado en Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», p. 91.

<sup>89</sup> Tomasso Garzoni, *La piazza universale di tutte le professioni del mondo*. Venecia: Pietro María Bertano, 1638, fol. 160v: «Otros con ocasion de lo que se dize, hazen ostentacion con mentiras, poniendo en olvido las verdades. Y deste vicio es reprehendido Herodoto, Diodoro Siculo Trebelio por Liberiano y Vopisco; Cornelio Tacito por Tertuliano y Orosio». Esta traducción es la de Cristóbal Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias y artes. Parte traducida de Toscano, y parte compuesta por el doctor Cristoval Suarez de Figueroa*. Madrid: Luis Sanchez, 1615. fol. 175v.

<sup>90</sup> Jean Bodin, «Methodus ad facilem historiarum cognitionem. Méthode pour faciliter la connaissance de l'histoire», en Pierre Mesnard (ed.), *Oeuvres philosophiques de Jean Bodin*, París: Presses Universitaires de France, 1951, p. 307. Bodin ha criticado anteriormente las opiniones de Budé, Orosio y Tertuliano

argumentos de Budé, Tertuliano y Orosio, Bodin consiguió que, al menos en los autores franceses, la crítica a Tácito se centre en la interpretación de este preciso pasaje en que Tácito describe el odio de los cristianos por la humanidad<sup>91</sup>. Siguiendo la misma línea de argumentación que Bodin, Muret concedió, en una oración pronunciada en 1580, buena parte de lo señalado por Tertuliano, pero defendió al latino con el argumento, nada desdeñable de que si no se pudiera leer más que aquello consentido por la religión cristiana habría que omitir a los clásicos en bloque<sup>92</sup>. En la espiral interpretativa que se cierne sobre este pasaje participó, en sentido contrario, el español Juan Márquez<sup>93</sup>. Para Márquez la defensa que Bodin había construido gracias a la separación entre la religión por entonces oficial de los romanos y el cristianismo no se sostiene. Usando un argumento bien logrado, Márquez señala que en la época en que Tácito vivió ya había suficientes pruebas de la luz del cristianismo, que Tácito debía haber abrazado. Con su defensa Bodin había mostrado «la poca piedad de su animo, pues es cierto, que no pudo socorrer à Tacito la ignorancia de nuestra Religion, que quando el escribió estava tan divulgada en el mundo, y confirmada con tantas maravillas, que hazian muy reprehensible la obstinacion de los que no la abraçavan»<sup>94</sup>.

En un principio, las ediciones de Lipsio transitaban por el pasaje sin añadir mayores comentarios, pero posteriormente lo señalarán y juzgarán recurriendo a las útiles apostillas marginales. De tal modo, cuando el texto dice que los cristianos fueron presentados como por Nerón culpables y sometidos a rebuscados tormentos se añade una apostilla que indica que existieron «otros suplicios contra los cristianos en tanto que incendiarios»; y junto a la frases que narran el modo en que fueron desgarrados por perros, clavados en cruces o quemados, se añade el calificativo «Insignes crueldades contra ellos»<sup>95</sup>. No obstante, y dado el carácter polémico de estos pasajes, resulta

---

sobre Tácito. Una buena retrospectiva de todo el debate (no exclusivamente francés) sobre este punto en la *Critique de divers auteurs modernes qui ont traduit ou commenté les oeuvres de Tacite*, que sirve de prefacio a Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite*.

<sup>91</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 127. Ver más abajo la respuesta crítica a Bodin por parte del español Juan Márquez.

<sup>92</sup> Muret, *Orationum*, p. 108, *Oratio XII*: «Sed nos si hoc tempore nihil legendum putamus, nisi quod Christiana religione consentiat, ommittamus sanè omnes illos veteres Graecos Latinosque scriptores».

<sup>93</sup> Marquez, *El gobernador christiano*, p. 145, crítica a Bodin porque se atreve a escusar a Tácito «con increíble impiedad».

<sup>94</sup> Ibid. Continúa el argumento: «Y importa poco que escribiese engañado contra nuestra Fe, sendo tan facil de vencer su ignorancia con la grande luz que Dios comunicava al mundo, mediante la doctrina, martirios, y milagros de los Apostoles, y sus discipulos, cuya fama en ninguna parte se escondia à la Gentilidad».

<sup>95</sup> Tácito, *Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit* (1598), p. 364. En la apostilla marginal también se propone otra lectura para el término «exitiabilis»: «Vat[icanus] exitialis». Esta lectura alternativa, que no altera en nada el calificativo de superstición fatal o destructiva, aparece en Tácito,

especialmente significativo que Justo Lipsio no los aborde ya en los comentarios de la segunda edición de 1581, que ampliaba las notas de 1574 con comentarios históricos al texto. Tampoco lo hará en la de 1598, que como he mostrado, ya incluía algunas apostillas marginales que subrayaban el sufrimiento infligido a los cristianos<sup>96</sup>. Sólo tardíamente se incluye una discusión de este pasaje: «[Gabriel] Faerno afirma que *odio generis convicti* van unidas. Pero no es este el sentir de Tácito, que respecto a los Judíos se expresa en el libro V [V, 5] de las historias: *Apud ipsos fides obstinata, misericordia in promptu, sed adversus omnes alios hostile odium*. Y Arnobio dice que los cristianos eran objeto de éste, porque eran evidentemente distintos a todos los demás en costumbres y cosas sacras, y también porque huían del contagio y de sus reuniones en teatros y circos»<sup>97</sup>.

En lo que respecta a las traducciones al castellano, la de Sueyro introduce el disputado pasaje con una apostilla temática neutra y que, como tal, figura también en el índice de contenidos: «Nero accusò falsamente à los Christianos». En el momento en que el texto califica el cristianismo como superstición, aparece una voz que apela bruscamente a Cornelio Tácito: «Calla hombre impio»<sup>98</sup>. El posible diálogo con la antigüedad quedaba sustituido por un seco intento de silenciar al autor latino, para el que se hacía buen uso de una apostilla marginal que ya había sido incluida en alguna de las ediciones lipsianas<sup>99</sup>. Álamos de Barrientos trata en cambio de pasar de puntillas sobre ambos pasajes y su silencio se expresa en los márgenes de su traducción, sorprendentemente blancos en contraste con el aspecto habitual de sus abigarradas páginas, llenas de notas y aforismos. Álamos traduce «y no tanto fueron convencidos, y condenados por el delito del incendio, [que se les imputava], quanto por el aborrecimiento del linage humano», pero acompaña el texto con una apostilla marginal en la que se amplía ligeramente el intento de Lipsio de dar una interpretación favorable: «Quiere dezir segun Lipsio que fueron condenados por personas, que aborrecian el

---

*Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), p. 302, no así las otras dos apostillas marginales de 1598, que si aparecen en Tácito, *Opera quae extant. Iustus Lipsius postremum recensuit* (1607).

<sup>96</sup> Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), p. 455; Tácito, *Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit* (1598), pp. 420-421.

<sup>97</sup> Tácito, *Opera quae extant. Iustus Lipsius postremum recensuit* (1607), p. 279. «86. *Odio Humani Generis.*] Faernum legisse aiunt, *Odio generis convicti*. Sed non ea mens Taciti: est ipsa, quam lib. V. Hist. expressit, de Iudaeis: *Apud ipsos fides obstinata, misericordia in promptu, sed adversus omnes alios hostile odium*. Et Arnobius dicet, Christianis hoc obiectum: quia scilicet diversa omnia in moribus & sacris. itemque contagem & congressum eorum, theatra & circos, fugiebat».

<sup>98</sup> Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 548.

<sup>99</sup> «Tace impie», dice la apostilla marginal en Tácito, *Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit* (1598), p. 364. No aparece, sin embargo, en Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), p. 302.



linage humano, aunque atribuían esto a Neron, quiere decir, que eran ellos los aborrecidos por el, como todos los hombres»<sup>100</sup>.

La actitud de Álamos resulta llamativa si la comparamos con la adoptada en otros puntos como el mencionado excursus acerca del destino del hombre, en los que no había dudado en señalar la gentilidad de Tácito<sup>101</sup>. Otra prueba de que Álamos era perfectamente consciente del paganismo de Tácito y los problemas que esto suponía la ofrecen las modificaciones que introdujo en algunos aforismos a la hora de su publicación, subrayando el carácter pagano de algunos de los hechos referidos. Existe por ejemplo un aforismo manuscrito que dice «los generales discretos an de ynterpretar los agujeros»<sup>102</sup> y que, a fin de destacar la diferencia entre ambas épocas y sus usos religiosos, fue corregido en el impreso por «los generales antiguos y gentiles solían interpretar»<sup>103</sup>. Sin duda es posible ver en estas modificaciones una previsión ante la censura, o un intento por salvaguardar la ortodoxia del traductor<sup>104</sup>, pero también muestran que Álamos está silenciando estratégicamente la polémica sobre *Anales XV*, 44, el punto en que las posiciones se extreman hasta mostrar a las claras la aprobación o el rechazo más general de la obra de Tácito. Más aún, un poco antes de llegar a los pasajes controvertidos Álamos había preparado su silencio con una visión positiva del texto de Tácito. Allí donde arranca todo el pasaje discutido, Álamos reconoce la diferenciación temporal de modo explícito pero, al contrario de lo que harán otros traductores, la aprovecha en beneficio del texto. Cuando el texto habla sobre las consecuencias del incendio que había arrasado Roma y alude a: «Estas cosas eran las que en tales daños se proveían por consejos humanos. Y despues se acudio a sacrificios y plegarias a los dioses, para purgarse del pecado, que avia sido causa de aquel desastre», el aforismo que se incluye aclara que «En los males que suceden al pueblo, no solamente es necessario buscar remedio dellos por consejo humano; sino acudir a Dios con plegarias, que aun los Gentiles sin lumbre de Fè lo hazian assi»<sup>105</sup>.

---

<sup>100</sup> Apenas dos aforismos ilustran el texto de esta página, sin que ninguno de ellos aborde la controvertida cuestión, Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 506.

<sup>101</sup> Recuerdese que había añadido al margen la apostilla «Discurso Gentilico sobre los sucessos humanos», *Ibid.*, p. 278.

<sup>102</sup> Baltasar Álamos de Barrientos, *Aforismos*. [BNM Mss. 948.], aforismo 52 al libro II de los *Anales*.

<sup>103</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 78, aforismo 52.

<sup>104</sup> Resulta tentador atribuir las diferencias entre las versiones manuscrita e impresa de los aforismos a la censura, o a la previsión de la misma. Sin embargo, los pasajes controvertidos de *Anales XV*, 44 Álamos no hace ni una sola referencia a la gentilidad de Tácito, lo que obliga a matizar las implicaciones de la (auto)censura.

<sup>105</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 505. Aquí donde Álamos justifica con una argumentación *a maiori* los ritos de la antigüedad, la traducción de Carlos Coloma juzgará en sentido exactamente

La traducción de Antonio de Herrera acaba en el libro VI de los *Anales*, y por tanto no se enfrenta directamente con este pasaje, pero la importancia de esta cuestión hace que su interpretación irrumpa en el glosario de términos latinos que completa la obra. Herrera subsume la cuestión bajo la forma de una precisión filológica en la que se aclaran de los significados cambiantes encubiertos bajo la palabra «celibato»<sup>106</sup>. Al hilo de esta discusión Herrera acaba haciéndose eco de la crítica más repetida contra Tácito: «Los Christianos amadores de la puridad, que introduxeron la costumbre de la virginidad, eran aborrecidos, diciendo, que *tenian en odio la generacion humana*»<sup>107</sup>.

La traducción de Carlos Coloma es la que más se alarga en la crítica y la que mejor la contextualiza históricamente, poniendo de relieve la separación entre los hechos narrados y el tiempo del traductor. En este y en algunos otros puntos hay que sospechar que el «editor» de la obra, debió jugar un gran papel en el resultado final de la traducción. Debe recordarse que no fue Coloma sino fray Leandro de san Martín quien dio a la imprenta la traducción, componiendo una dedicatoria en la que expresó su intención de que los lectores «quando leyéren este libro, piensen que no les habla Tacito, sino aquel Embaxador del rey Catholico»<sup>108</sup>. Su esfuerzo para hacer hablar al «embajador católico» a través o, mejor dicho, sobre el texto pagano, es bastante visible en las apostillas e índices temáticos de esta edición. En lo referente al pasaje sobre el odio de Nerón a los cristianos, la apostilla marginal exhorta a considerar la diferencia temporal e introduce una crítica radical de Tácito: «Notese que habla como perfido gentil, y pagano, y que escribe en tiempo de una de las mayores persecuciones de la Iglesia que fue la de Trayano». La contextualización histórica afecta a lo que dice el texto, pero además introduce una precisión sobre el momento en que este fue escrito. Una segunda apostilla incorpora una crítica velada a la interpretación que ofrecía el glosario de Antonio de Herrera: «El sentido que da un curioso à esta obiection es, que persuadian los Christianos à los gentiles la abstinencia en los deleites carnales, y

---

contrario con una apostilla que indica «Supersticiones y votos ridiculos», Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 567.

<sup>106</sup> Antonio de Herrera dice que celibato «se llamava entre los Romanos el vivir sin muger, es palabra, aunque Latina, muy clara, pues que nuestra lengua Castellana no tiene otra para declarar el estado del hombre, sin casar», pero aclara después que «Aborrecian los Romanos el celibato, como los que no le tenian por virtud, ni conocian el merito, y el fruto de la puridad, y de la virginidad en el hombre, y assi castigaban por ley à qualquiera, que usava el celibato, privandole de las mandas, y de la herencia de los testamentos de los parientes, que no fuessen en primer grado», Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. fol. 97r.

<sup>107</sup> Ibid. fol. 97r.

<sup>108</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), «Dedicatoria a Carlos Coloma».

aconsejaban a las donzellas el ençerrarse y consagrar su virginidad al autor de toda limpieza»<sup>109</sup>.

Estos momentos de lejanía extrema frente al texto, lo mismo que ocurría con aquellos en los que predominaba la proximidad respecto a Cayo Cornelio Tácito caracterizan perfectamente la recepción de este autor en la edad moderna. Subrayan el carácter fluido de esta recepción, sus variaciones en el tiempo y las oscilaciones en las maneras de emplear sus textos. Las traducciones castellanas muestran perfectamente que la antigüedad clásica no es concebida en términos de radical alteridad, sino que está vinculada con el presente de varias formas. Esta relación temporal permite que la historia fuese efectivamente leída y utilizada en clave de presente. Por otra parte, sin embargo, se observa con claridad el límite que puede ponerse a las enseñanzas de la historia: la relación con la doctrina cristiana impone una insuperable subordinación de lo contenido en el autor pagano a la cultura que lo está recibiendo. Ha podido comprobarse también que cada nueva traducción o comentario venía a colocarse en un contexto ya cargado de interpretaciones. El modo en que los distintos usos de Tácito se colocan sucesivamente entre esos dos límites de proximidad y cercanía y juegan con ellos es significativo del carácter complejo de una recepción que debe estudiarse con una actitud minuciosa que permita comprender las ocasiones concretas que propiciaron cada nueva «capa» interpretativa.

## **4.2 La traducción en su tiempo: horizonte y contexto**

Los traductores de Tácito son perfectamente conscientes de que sus obras son, a la postre, un producto de su época. El texto de Tácito que dan a la luz conserva para ellos el carácter de relato de la antigüedad, pero también se concibe como una «novedad editorial», que conviene situar en su contexto presente. En los prefacios y otros preliminares, así como en las palabras traducidas se valora y «presenta» el texto, y el traductor se posiciona en su momento, contribuyendo a situar la obra. Buena muestra de ello es que los traductores comprenden las relaciones que los unen entre sí. Baltasar Álamos de Barrientos explicita que conoce la traducción de Sueyro, y hace un extenso comentario sobre la coexistencia de ambas:

Y aunque agora avia salido otro Tacito, traduzido por Manuel Sueyro, no quise que dexasse de publicarse el mio: que por lo menos, o darà estimacion al autor el ver que

---

<sup>109</sup> Ibid, p. 568.

tantos le busquen, y se ocupen en comunicarle a su nacion; o servirá la comparacion de los dos, para alabanza de ambos; mostrando, que no en vano han sido dos los que le han traducido, y que dos y mas son menester para entenderle. Estimo, y venero su erudicion; y no la alabo mas que esto; por no parecer que con ello quireo [sic] comprar lo mismo [...]. Y en fin avra de ser cierto, que nos hemos de amar los dos, aunque no nos conozcamos, si las reglas de Tacito, y los demas Estadistas son verdaderas, por la semejanza de las inclinaciones<sup>110</sup>

Álamos, además de apostar por la convivencia (y la comparación) de ambas obras, está indicando la importancia de su traducción y manifestando de antemano la demanda que tiene esta obra que tantos buscan. Inteligentemente, Álamos establece su *ethos* como traductor, subrayando la necesidad de estudiar a este autor y haciendo una serie de alabanzas sobre la erudición de Sueyro que, a pesar de las sugerencias en sentido contrario, recaen sobre sí mismo. Jessica Winston ha puesto de manifiesto —en un artículo acerca de las traducciones de Séneca en la Inglaterra renacentista— que los traductores trabajan con otros autores en mente y que, si bien las traducciones «pudieron haber sido compuestas en reclusión, sin embargo brotaban de y respondían a una escena literaria coetánea»<sup>111</sup>. Las traducciones de Tácito al castellano son el producto de un ambiente determinado y que los distintos traductores presentan su traducción de acuerdo con el lugar que consideran (o esperan) ocupar en esa «escena».

Antonio de Herrera mencionó explícitamente las dos traducciones anteriores de Sueyro y Álamos, admitiendo ser «el ultimo de los que han emprendido este cuidado, aunque en poca parte, y no por falta de animo, sino porque lo hecho por otros es muy bueno: y porque lo que he traducido es tan sustancial que merece ser visto y considerado à cada paso»<sup>112</sup>. Leandro de San Martín declara haber «leydo las versiones deste autor hechas por otros eloquentisimos varones en varias lenguas» y haberlas cotejado con la de Coloma que estaba dando a la luz<sup>113</sup>. Carlos Coloma demuestra tener

---

<sup>110</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Al lector». Esta manera de expresarse respecto a la traducción de Sueyro es especialmente interesante considerando que existe una total independencia —Álamos dice que ni siquiera conoce a Sueyro— en la realización material de ambas traducciones.

<sup>111</sup> Winston, «Seneca in Elizabethan England», p. 32. El ejemplo concreto que motiva esta reflexión es el del prefacio de la traducción de la fábula de Séneca *Tiestes*, en el que el traductor Jasper Heywood elogia a ocho contemporáneos suyos.

<sup>112</sup> Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*, «Dedicatoria a Rodrigo Calderón». Herrera copia las cantidades monetarias del testamento de Augusto de la traducción de Sueyro, compárese Tácito, *Las obras traducidas por Emanuel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 9, con Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. fol. 3v. Sanmartí Boncompme, *Tácito en España*, p. 105, señala que Herrera también tuvo a la vista la de Álamos, aunque no sustenta con detalles esta afirmación.

<sup>113</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), «Dedicatoria a Carlos Coloma».

presentes las de Herrera y Álamos de Barrientos<sup>114</sup>, aunque sus alusiones no siempre son condescendientes. Coloma, que sigue a Álamos de Barrientos en muchos puntos, criticó la labor de su predecesor en alguna apostilla marginal, como la que señala: «Castris prefecto, dice el Latino pero en mi opinion corresponde este officio al de nuestros tenientes de Maestro de Campo general y no de quartemaestre [sic] como quiere alguno»<sup>115</sup>. Hubo incluso quienes se situaron como traductores de Tácito sin haber ni publicado ni tan siquiera concluido su trabajo. Tierno Galván llamó la atención sobre el prólogo de *Advertencias a príncipes y embajadores* de Cristóbal de Benavente y Benavides en el que se encuentra la observación siguiente: «aviendo traducido los tres primeros libros en mi mocedad, por aver entendido que lo avia hecho D. Baltasar de Alamos (si bien Manuel Sueyro lo traduxo después [sic] del) lo dexé»<sup>116</sup>.

El segundo punto de referencia imprescindible a la hora de comprender la inserción de las traducciones castellanas en el siglo XVII es su relación con la edición depurada y comentada del texto latino por Justo Lipsio. Este fue el texto empleado por los cuatro traductores mencionados, los cuales —con la excepción de Emanuel Sueyro— alaban la labor filológica o editorial de Lipsio y llegan a vincular la autoridad del humanista flamenco a la del propio Cornelio Tácito. Antonio de Herrera, por ejemplo, señala en su dedicatoria que «Cornelio Tacito después de aver estado larguissimo curso de tiempo en las tinieblas del olvido, es tenido en grandissima estimacion, y por el primero de todos los Historiadores antiguos: y mediante la diligencia de Iusto Lipsio ha sido tan recebido de todas las naciones, que exercitan las letras»<sup>117</sup>. Esta valoración de Herrera muestra que la estima de Tácito y la diligencia de Lipsio están en realidad relacionadas y que la base desde la que los traductores castellanos leen a Tácito —que son las ediciones del flamenco— es una mezcla de

---

<sup>114</sup> Sanmartí Boncompte, *Tácito en España*, p. 60.

<sup>115</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 21. Es Álamos quien traduce por Quartelmaestre Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 21. Sueyro utiliza «Prefecto de Campo» y Herrera «Maesse de campo»; Tácito, *Las obras traducidas por Emanuel Sveyro* (Amberes, 1613), p. 23, Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*, fol. 8v. Sobre el carácter personal de las traducciones de términos militares por parte de Coloma ver arriba, nota 49.

<sup>116</sup> Poco antes Benavente y Benavides se ha excusado de la publicación de las propias *Advertencias* (Madrid, 1643) por no haber visto antes *El embajador* de Juan de Vera y Figueroa «yo vi tarde este libro i hallé en el junto mucho de lo que ai que dezir en la materia y assi conbido al Lector a aquel lucido trabajo i confieso que a averle visto antes uviera excusado el mio de juntar muchas destas advertencias». Tierno Galván, «El tacitismo», p. 19 n18. He de advertir que no he encontrado esta referencia en Cristóbal Benavente y Benavides, *Advertencias a principes y embaxadores*. Madrid: Francisco Martinez, 1643.

<sup>117</sup> Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*, «Dedicatoria a Rodrigo Calderón». En «Al lector» Herrera admite que se ha «conformado con los sentidos, y correcciones de Iusto Lipsio, autorizadas con otros autores».

ambas. De hecho, a juzgar por el uso que los traductores hacen de Lipsio para presentar a Tácito es posible afirmar que leen al latino a través del retrato construido por él.

Emanuel Sueyro y Baltasar Álamos de Barrientos incluyen la biografía lipsiana de Tácito y traducen los resúmenes del contenido de cada libro elaborados ambos por el humanista flamenco. En la dedicatoria a Lerma Álamos presenta a Tácito utilizando las notas a las *Políticas*<sup>118</sup>, que traduce parcialmente y completa señalando que Tácito es, para «quien bien y menudamente le considerare», «Príncipe; Privado; Consejero; Iuez; acusador; vasallo; cortesano; leal; rebelde; general; amigo; y enemigo; y Capitan; soldado; y en fin toda suerte de hombre; pues sabe los afectos naturales, y accidentales destos; y nos los pinta y manifiesta con los efetos y resultas dellos, para doctrina y escarmiento nuestro»<sup>119</sup>. Asimismo, los márgenes de la traducción de Álamos están plagados de referencias a la lectura lipsiana del original latino: «y que el Principe nombrasse doze de los pretendientes para cada [cruz] cinco años» [apostilla: «Otra vulgar. [cruz] Para cada año: porque la que va dentro es emienda y entendimiento de Lipsio»<sup>120</sup>.

La traducción de Carlos Coloma presenta una relación muy similar con Justo Lipsio a la que veíamos en Herrera. Esta cuestión no aparece reflejada en el prólogo, obra de Leandro de san Martín, pero sí en el punto en el que se corta el libro quinto de los *Anales*. En ese lugar Coloma copia las anotaciones de la edición lipsiana (explicitando su procedencia) y añade un comentario de su propia cosecha: «Entra pues de nuevo la narracion con unos fragmentos tan desenquadrados, que los dexara de buena gana, à no obligarme à lo contrario la autoridad de Lipsio, que los pone, y por su camino mas la de nuestro Autor, cuyos rotaços es cierto, que tienen mas valor, que pieças enteras de otros muchos»<sup>121</sup>. Al igual que hacía Herrera, Coloma caracteriza a Lipsio como el *vehículo* de la autoridad de Tácito, pero también deja claro que el humanista flamenco es un nuevo punto de referencia ineludible, una *autoridad* en la interpretación del latino.

Las distintas traducciones impresas muestran ser un producto de su tiempo en el modo en que se relacionan entre sí y en su relación con las ediciones lipsianas, y también en tanto en cuanto son concebidas como publicaciones que están modificando

---

<sup>118</sup> Para el uso de este texto en la presentación de Tácito ver 1.2.1.

<sup>119</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>120</sup> Si ha notado esta cuestión Isasi Martínez, «Traducción y retórica», p. 81.

<sup>121</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), p. 273. Coloma reconoce que está copiando las anotaciones de Lipsio con la siguiente frase: «dize Lipsio, unas palabras casi en esta substancia, en la octava anotacion sobre el libro Quinto»

la cultura que las recibió. Este impacto de la traducción de los clásicos en las distintas culturas nacionales ha sido abordado en diversos estudios acerca de la traducción renacentista o «humanista». Francis Otto Matthiesen, que expresó esta cuestión con la mayor rotundidad, señalaba que «el trabajo del traductor era un acto de patriotismo»<sup>122</sup> y Miguel Ángel Vega ha precisado que «con la llegada del Humanismo, la influencia que la traducción de las obras clásicas ejerce en la formación de las nuevas lenguas hace que la traducción se convierta en una cuestión política»<sup>123</sup>. La traducción se convertía así «en asunto de estado y en un asunto de religión»<sup>124</sup> sobre el que convenía ejercer un control a fin de proteger la lengua y la cultura de destino, de hacer que la traducción se convirtiera en alemanización o anglización del original<sup>125</sup>.

Baltasar Álamos de Barrientos es paradigmático en este sentido, pues ya el propio título elegido para su traducción —*Tácito español*— hace efectiva la incorporación del clásico a la cultura de llegada. La conversión del latino en hispano es reivindicada de manera explícita en la dedicatoria a Lerma, que dice «y ofrezco a V. M. a *Tácito hecho español*»<sup>126</sup>. Esta reubicación de Tácito en un espacio «nacional» no implica una traducción menos rigurosa, pero sí una voluntad de situar el texto en un contexto específicamente hispánico. En otras ocasiones, sin embargo, se concibe la recepción castellana por contraste con la recepción en un contexto más amplio. La aprobación que Jerónimo Gracián de la Madre de Dios da a la traducción de Sueyro demuestra las reservas del aprobador sobre los efectos de la traducción y la relaciona con otros contextos lingüísticos distintos del castellano: «en lengua Latina, Francesa, è Italiana siempre se ha permitido y permite leer, y el Traductor no ha añadido cosa, que sea contra la Fè ò buenas costumbres»<sup>127</sup>. Herrera inserta su traducción en un contexto europeo cuando dice que Tácito «ha sido tan recebido de todas las naciones, que

---

<sup>122</sup> «El trabajo del traductor era un acto de patriotismo. También él, lo mismo que el viajero y el mercader, podía hacer algo beneficioso para su país; creía que los libros extranjeros eran tan importantes para el destino de Inglaterra como los descubrimientos de sus hombres de mar, y los traía a su lengua nativa con todo el entusiasmo de una conquista». Francis Otto Matthiesen, *Translation, an Elizabethan art*. Cambridge (Massachussets): Harvard University Press, 1931, p. 3.

<sup>123</sup> Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, p. 29.

<sup>124</sup> Edmond Cary, *Les grands traducteurs françaises*. Ginebra: Georg, p. 7, citado en *Ibid.*

<sup>125</sup> *Ibid.*

<sup>126</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>127</sup> Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613). Esta aprobación esta fechada el 4 de diciembre de 1612. Esta edición también lleva una aprobación de Laurent Beyerlink del 10 de noviembre de 1612 en la que se atribuye a la traducción la utilidad de sacar a la luz y divulgar la memoria del autor traducido: «utiliter in luecem edentur, & ad grata[m] tanti Auctoris memoria[m] divulgabuntur».

exercitan las letras, que le han querido ver en sus propias lenguas» para a continuación añadir que «los Españoles hemos sido los postreros, y no por menor necesidad»<sup>128</sup>.

La traducción constituía un acto de adopción del texto traducido y, tratándose de unas obras tan polémicas como las de Tácito, suponía en sí misma una toma de postura. Las previsibles reacciones ante la traducción de Tácito en vernáculo ofrecen un panorama excepcional de los efectos que se atribuía a esa obra, en contrapunto o reflejo de los pretendidos «beneficios» a los que aludían, más o menos veladamente, sus traductores. Ya en 1612, Suárez de Figueroa proponía abiertamente su oposición y preguntaba: «Diganme pues a que proposito tanta impression de Cornelios en Romance? tanta ostentacion de Gentilidad, sino al de estragar ignorantes, y hazer que como inclinados a lo peor, lisonjeen los hombres a sus apetitos depravados exemplos de antecessores?»<sup>129</sup>. La queja no debía estar motivada por las traducciones de Tácito al castellano, aún no impresas, sino por las traducciones en general, y se fundamentaba en la gentilidad de Tácito y en el empleo ejemplar de su historia, del que hablaré más adelante. Estas y otras sospechas sobre los efectos de Tácito impreso en castellano las expresará, el siguiente año de 1613, la *Censura* de un desconocido Pedro Ponce de León<sup>130</sup>.

La *Censura* es una respuesta concreta ante los trámites para la publicación de la traducción de Antonio de Herrera Tordesillas, pues Pedro Ponce de León admite haber «entendido que el Consejo ha remitido la censura de cierta traducción al P<sup>e</sup> Ju<sup>a</sup> Luis de la Cerda de la compañía de Jesus, para que determine, si sera conveniente, que se

---

<sup>128</sup> Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*, «Dedicatoria a Rodrigo Calderón».

<sup>129</sup> Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias*. fol. 176r. Esta queja es parte de un añadido de Figueroa a su traducción de Tomasso Garzoni, pues no aparece en el original italiano. La fecha de 1612 la propongo teniendo en cuenta las aprobaciones, privilegio y tasa de la traducción de Suárez de Figueroa, todas ellas de ese año.

<sup>130</sup> Ponce de León, *Censura*. Cid Vázquez, *Tacitismo y razón de Estado*, p. 51, ha señalado que el documento debe fecharse entre septiembre de 1611 (en el texto se refiere a Pedro de Ribadeneira como ya fallecido) y noviembre de 1613 (fecha de la aprobación de Juan Luis de la Cerda, citada como aún no acabada en el documento). Cid Vázquez considera a Diego Saavedra Fajardo autor de esta censura. Dos datos biográficos bastante generales apoyan su tesis: que el autor de la censura estudió en Salamanca y que estuvo en Roma. Otros argumentos de Cid Vázquez son la calificación de la obra del latino como «llena de espinas» —un tópico bastante común (frente al no menos común de las «flores») — y el empleo del término «veneno» en Saavedra y en la censura, que si bien es más llamativo, tampoco permite proponer una «clara analogía de estilo». Si es cierta, por supuesto, la «concordancia de pensamiento», pero en torno a estas fechas eran ya bastantes los críticos de Tácito. El hecho de que la traducción a la que se alude en la censura, al igual que otras obras de Saavedra Fajardo, se dejase manuscrita tampoco aporta demasiado para la identificación del autor. De hecho, podría argüirse que de haber existido una traducción tan completa por parte de un personaje tan afamado, habría sido mencionada en los repertorios de Nicolás Antonio o de Ustarroz, atentos a numerosas traducciones manuscritas elaboradas por autores mucho menos conocidos y que tampoco se han conservado.



imprima en Castellano»<sup>131</sup>. Conviene tener en cuenta que a pesar de que la traducción de Herrera se imprimió en marzo de 1615 —tras las de Sueyro (enero de 1613) y Álamos (finales de noviembre de 1614)— los trámites para su publicación fueron bastante tempranos y que, por lo tanto, Pedro Ponce de León escribía considerando que aún estaba a tiempo de impedir la aparición de Tácito en castellano<sup>132</sup>. Motivado por esa posible publicación Ponce de León aborda los efectos de comunicación cultural que tiene la traducción y sitúa la obra de Tácito y la tradición interpretativa sobre ella en el ambiente de la época, expresando una opinión general acerca de sus efectos en aquel presente.

Curiosamente, el «censor» comienza por declararse a sí mismo autor de una traducción ya lista para ser impresa. Frente al mundo de la publicación, ofrece sin embargo una imagen de la actividad intelectual ambientada en un ámbito privado y ocioso. La suya, dice, fue una traducción completada «poco a poco y a ratos perdidos en la ociosidad de Roma», realizada con el objetivo de «passar el tiempo en este trabajo sin que ninguno lo supiesse». De acuerdo con la versión de Ponce de León, él no estaba interesado en cobrar los frutos de su trabajo, sino que fueron «los amigos» quienes deseaban «ver impresa esta traducción y yo algun día me lo he puesto a pensar»<sup>133</sup>. La *Censura* se plantea por tanto como una exposición «los motivos, que me han quitado la gana de imprimir mi traducción», subrayando que este acto de no publicación se debe a la voluntad de servicio a la nación de Pedro Ponce de León. Si este servicio Ponce lo entiende en sentido contrario al expresaban Herrera o Álamos<sup>134</sup>, su censura es también una crítica a la actividad intelectual destinada a la impresión y al alcance público, frente al modelo alternativo ya señalado<sup>135</sup>.

Para juzgar sobre la publicación de Tácito en castellano a estas alturas del siglo

---

<sup>131</sup> Ponce de León, *Censura*, fol. 170r.

<sup>132</sup> Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*. La aprobación está fechada el 19 de marzo de 1613. Aunque esto no era ya posible, Ponce de León señalaba que tampoco se debía «permitir, quando se imprima en otra parte, ò en algun Reyno estrangero, que se divulgue en España», Ponce de León, *Censura*. fol. 187r.

<sup>133</sup> Ponce de León, *Censura*. fol. 169r. Esta manera de presentar las cosas es un tópico muy extendido en la época, como se puede ver en J. W. Saunders, «The stigma of print. A note on the social bases of Tudor poetry»; en *Essays in Criticism*, vol. 1 (1951). o en Wendy Wall, *The imprint of gender. Authorship and publication in the English Renaissance*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1993.

<sup>134</sup> Ponce de León, *Censura*. fol. 190v: «en esto pienso aver hecho mayor servicio à mi nación de lo que por ventura sera agradecido, esperando solo el premio de quien remunera ciento por uno, remitiendome en todo a la correccion de la S<sup>ta</sup> madre Iglesia». Antes había señalado que en su juicio mide «el propio afecto con la utilidad comun», fol. 169v.

<sup>135</sup> Como he analizado en 3.3 esta censura también ofrecía un modelo alternativo de circulación manuscrita y restringida a un número limitado de personalidades notables y en contacto directo con los asuntos de gobierno.

XVII, la *Censura* debía hacerse eco de toda una tradición interpretativa. La traducción y publicación de Tácito en castellano no podía considerarse de modo aislado e inocente, sino que exigía considerar a quienes, como Plinio, Andrea Alciato o Justo Lipsio, alaban al autor latino. El autor de la censura cuenta con estas y otras opiniones, como la de Thomas Sertino, quien afirma «que ningún historiador llegó al Tácito, por la similitud de su Historia con la de nuestros tiempos, y experiencia de corte, y costumbres de príncipes»<sup>136</sup>. Frente a quienes alaban a Tácito, Pedro Ponce de León opone la «opinión más sana» de César Baronio, Pedro de Ribadeneyra, Antonio Posevino, Tertuliano y el «doctor Pedro Cannelero»<sup>137</sup> quienes «lo repruevan de impío, y mentiroso, diciendo que no lo debe seguir algún Cristiano, alabándolo de obscuro, y que lo mejor que tiene, es, que lo alcancen pocos»<sup>138</sup>. Esta manera de expresarse recuerda la idea de una *sanior et melior pars* y concuerda bien con las sugerencias del censor para restringir el acceso a Tácito a determinada élite.

Debido a este conocimiento de la tradición interpretativa, en la larga crítica a los *Anales* que constituye el grueso de la *Censura* se despachan con rapidez algunas de las objeciones más habituales. A Ponce de León no le preocupan especialmente los pasajes, ya señalados, en los que Tácito, «como Gentil fue enemigo del nombre Cristiano», u otros que chocan con el cristianismo. Aunque Tácito «mintió en algunas verdades de la sagrada escritura», Ponce conoce las posibilidades de una censura parcial: «esto se podía evitar con no imprimirlo»<sup>139</sup>. La traducción podría servir, al contrario de lo que pudieran sugerir las críticas a la impiedad de Tácito, para combatir —o al menos pulir— los aspectos en los que el texto se enfrenta más claramente a la doctrina cristiana. Esto no constituye una aportación novedosa de Pedro Ponce de León, sino que había sido una característica (o una función) de la traducción desde el siglo XVI<sup>140</sup>. William Adlington, en su traducción de 1566 de *El asno dorado* de Apuleyo indicó que no había «traducido

---

<sup>136</sup> Tomás Sertino es editor de Ferretti, *In Cornelii Taciti annalium libros Aemylii Ferretti, ... annotatiunculae*, que formará parte posteriormente de Tácito, *Ab excessu Augusti Annalium libri sedecim*. Este personaje también está citado en el *Discurso sobre que Tácito excede á todos los historiadores antiguos, y el fruto que se saca de sus escritos*, Herrera, *Discursos*, p. 48: «porque muchos famosos jurisprudentes conocieron esta importancia [de las obras de Tácito] y que la historia no divierte de las otras ciencias, la profesaron, como Tomás Sertino, Bernardo Episcopo, Filipo Berualdo, Carlo Pascasio, Anibal Escoto, Marco Antonio Mureto, Amizato [sic, por Amirato]».

<sup>137</sup> No he logrado identificar a este personaje.

<sup>138</sup> Ponce de León, *Censura*. fol. 169v.

<sup>139</sup> *Ibid.* fols. 171r-v.

<sup>140</sup> En ocasiones bastaba con adecuar los textos clásicos al nuevo contexto en que iban a ser empleados. Anthony Grafton ha comentado, por ejemplo, el modo en que Erasmo propone despistar a los alumnos del significado del verso de Virgilio (*Bucólica* II): «Corydon el pastor ardía por el hermoso Alexis (*Formosum pastor Corydon ardebat Alexin*)», Grafton, *Commerce with the classics*, p. 4.

todas las palabras, al igual que no lo habían hecho ni los traductores franceses ni los españoles». Esto significaba que, como señaló Henry Burrowes Lathrop, Adlington «modifica y omite con libertad en beneficio de la decencia y reduce el pomposo lenguaje de Apuleyo»<sup>141</sup>. Esta actuación sobre el texto traducido —que puede parecer hoy una mera desvirtuación del original— no sólo estaba perfectamente admitida, sino que se consideraba una «mejora» del texto original, del que se suprimían las partes de poca calidad o equivocadas. Por esta razón, las modificaciones eran anunciadas abiertamente en avisos preliminares como el siguiente de Pedro Mexía:

En la traduccion deste tratadico, Lector discreto, aunque tuve cuenta con las palabras, principalmente he tenido respeto a la sentencia y sentido; y tambien porque Ysocrates Autor del en algunos lugares habla como gentil, tuve cuidado de traducirlo Christianamente, aunque algo se torciese la letra<sup>142</sup>

La *Censura*, dando por descontado estos modos de suavizar el texto de Tácito, no se quedaba en la acusación superficial de impiedad, sino que abordaba aspectos más profundos del contenido. Es un raro ejemplo hispano de la crítica a un Tácito opositor al Imperio, a quien «el amor que siempre le tira de la libertad de la patria, le mueve a hazer odioso el imperio de uno solo y mucho mas el nombre de Real»<sup>143</sup>. A Pedro Ponce de León, en suma, no le preocupaba tanto el texto de Tácito como la interpretación que de él podían obtener sus lectores. Su censura se dirige a los usos de Tácito, a su empleo por parte de los «políticos modernos». Por ello se esfuerza en subrayar la diferencia entre el tiempo de la narración y el presente, y ridiculiza a quienes quieren utilizar a Tácito para que «se gobiernen todos los Monarcas, y Principes del mundo» diciendo: «Ay tal barbaridad! sin hazer distincion de tiempos, ni de Reyes tyranos, ò legitimos,

---

<sup>141</sup> Henry Burrowes Lathrop, *Translations from the classics into English from Caxton to Chapman 1477-1620*. Madison (Wisconsin): The University of Wisconsin Press, 1933, p. 160. [Número monográfico (nº 35) de University of Wisconsin Studies in Language and Literature, vol. 58.]

<sup>142</sup> «Advertencia al lector» en *Parenesis, o exortacion a la virtud de Ysocrates, antiquissimo Orador y Filosofo, à Demonico su discipulo: traduzida de Griego en Latin por el doctissimo varon Rodolfo Agricola, y del Latin en Castellana por Pedro Mexia. En la qual se contienen muchas y excelentes reglas y sentencias morales, para cualquier estado y edad de hombres*. Esta obra está incluida en Pedro Mexía, *Silva de varia lección*. Madrid: Imprenta real a costa de Francisco Garcia de la Olmeda, 1643.

<sup>143</sup> Ponce de León, *Censura*. fol. 171v. Esta vertiente de los textos de Tácito es la que Giuseppe Toffanin calificó como «tacticismo rojo». Un ejemplo del uso de Tácito como crítico de la tiranía y defensor de la libertad lo ofreció en 1627 Isaac Dorislaus en Cambridge, Kevin M. Sharpe, «The foundation of the Chairs of History at Oxford and Cambridge: an episode in Jacobean politics», en Kevin M. Sharpe (ed.), *Politics and ideas in Early Stuart England*, Londres y Nueva York: Pinter, 1989, p. 221 y 383n; Ronald Mellor (ed.), *Tacitus. The classical heritage (Classical Heritage (vol. 6); Garland Reference Library of the Humanities (vol. 1633))*. Nueva York y Londres: Garland, 1995. nº 24. Ver capítulo 7.

Christianos, ò Gentiles. Ay mayor ignorancia?»<sup>144</sup>.

Los principales problemas que planteaba Tácito estaban ligados a su interpretación, al modo en que se utilizaba, y contra esto sólo cabía evitar por completo la publicación. Para Pedro Ponce de León no bastaba con guiar el sentido del texto en algunos lugares; no bastaban las apostillas marginales que he comentado, ni la «Tabla chronologica» que se añadió a la traducción de Carlos Coloma, en la que se avisaba de ciertos episodios, los más crueles y sangrientos, reprobándolos bajo el calificativo de «razón de estado»<sup>145</sup>. En la primera década del siglo XVII las lecturas que del texto de Tácito se habían propuesto habían marcado indeleblemente su recepción y las traducciones al castellano no podían sino convertirse —deliberada o involuntariamente— en un vehículo de esas interpretaciones. Su aparición era un acto con efectos en aquel presente, y no sólo por el texto que salía a la luz. Como he tratado de mostrar, su integración en el panorama literario coetáneo, su vinculación con Lipsio y su inserción en una espesa tradición interpretativa, hacía que las traducciones publicadas tendieran a escoger o a privilegiar determinados sentidos del texto.

### 4.3 El traductor y la ocasión

La traducción, según el tópico de la época, era una labor en la que se empleaban las horas libres que dejaba otra ocupación de mayor importancia<sup>146</sup>. De acuerdo con esta visión, la identidad del traductor no se definía por esta actividad, que era más bien, como dice Leandro de San Martín respecto a la de Coloma, «fruto de recreaciones». Eso sí, la traducción constituía un aprovechamiento ejemplar de las «vacaciones», que debería servir «a los grandes y nobles animos» para «escojer semejantes recreos en lugar de otros»<sup>147</sup>. Además, servía para mostrar «la perfeccion que Dios le ha dado [a Coloma] en ambos exercicios de guerra y paz, de armas y letras» y que estos son «loables estudios y meditaciones de letras y doctrina» útiles para «emplear el tiempo, y despertar el ingenio con provechosas enseñanças»<sup>148</sup>. Una variante del mismo tópico es

---

<sup>144</sup> Ponce de León, *Censura*. fol. 176r.

<sup>145</sup> Las dos indicaciones tienen a Neron por protagonista y acontecen en los libros XIII y XIV de los *Anales*. La primera entrada dice «Dasele veneno momentaneo en agua fria por orden de Neron, y muere al instante» y se califica poco después como «Infernal razon de Estado»; la segunda dice «Incesto execrable de Agrippina con su hijo Neron; y desonestidad por razon de estado», Tácito, *Obras* (Duay, 1629), «Tabla chronologica».

<sup>146</sup> Emanuel Sueyro, *Anales de Flandes*. Amberes: Pedro y Juan Beleros, 1624, indica en la *Dedicatoria a Felipe IV* que el tiempo empleado en componer la obra es «el que me sobrò de los veynte años, que continuamente hé empleado en cosas mas importantes».

<sup>147</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), «Dedicatoria a Carlos Coloma».

<sup>148</sup> *Ibid*, «Dedicatoria a Carlos Coloma».

el supuesto encargo de terceros, que conjura la vanidad de la publicación al situar la traducción en la esfera del servicio a otros. Así lo pretende Antonio de Herrera, quien dice haber tomado «de buena voluntad este assumpto, por dar satisfacion a algunos curiosos, que han juzgado, que lo devia de hazer»<sup>149</sup>. Esos «curiosos» de Herrera se corresponden con los «amigos» que sugerían a Pedro Ponce de León la publicación de su traducción, pero no deben engañarnos completamente<sup>150</sup>. Con este tópico se hacía referencia a la circulación reducida que pudieron tener traducciones «privadas» y manuscritas como la de Antonio de Toledo<sup>151</sup> o la de Pedro Ponce de León, pero las relajadas apariencias que sobre una traducción ociosa no deben ocultar el reconocimiento del que gozaba esta actividad intelectual.

La traducción, que Baltasar de Céspedes consideraba una «obra no menos principal» del humanista<sup>152</sup>, era concebida como una actividad de importancia por los traductores, quienes, aunque por definición sólo se dedicaran ocasionalmente a traducir, tenían una clara percepción de las exigencias estilísticas y de dominio de la lengua que la traducción conllevaba<sup>153</sup>. Esta conciencia de las dificultades, unida a la polémica sobre literalidad o traducción del sentido desarrollada en la propia época, ayudaba a considerar el producto final como obra propia del traductor. Los mismos traductores solían poner de manifiesto los problemas o la orientación que daban a su trabajo y aprovechaban para destacar la importancia de su labor. Álamos de Barrientos dirá, por ejemplo, que en cualquier traducción se debe atender a dos difíciles cuestiones: la «fidelidad en traduzir» y la «propiedad en el lenguaje con que se escribe»<sup>154</sup>. A renglón seguido subrayó el beneficio público que conllevaba su traducción y el esfuerzo empleado en guardar las dos precauciones señaladas: «para beneficio comun, he procurado con este trabajo mio no exceder en estas dos cosas de lo que se deve»<sup>155</sup>.

Álamos presenta su *Tácito español* como escrupulosamente respetuoso con la brevedad de Tácito, justificando la introducción de algunas breves aclaraciones entre

---

<sup>149</sup> Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*, «Al lector».

<sup>150</sup> Ponce de León, *Censura*, fol. 169r.

<sup>151</sup> Tácito, *Libro 1º de los Anales*. Hay otra copia en la RAH/ Colección Salazar y Castro: G.53 9/500.

<sup>152</sup> «Es tambien obra del humanista no menos principal que las otras y de muy grande utilidad el traducir los autores de una lengua en otra», Andrés, *El Maestro Baltasar de Céspedes*, p. 250.

<sup>153</sup> Antonio de Herrera decía al respecto que «Quan difícil es el interpretar de una lengua en otra es bien sabido, y que quanto en si mismas son diferentes, tanto mayores dificultades se ofrecen en ello, y por esto se ha tratado mucho de como se deve hazer la traducion» Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales*, «Al lector».

<sup>154</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Al lector».

<sup>155</sup> *Ibid*, «Al lector».

corchetes para completar el sentido del texto<sup>156</sup>. Al traducir, dice Álamos, la literalidad es necesaria «para no perder el fruto de su doctrina»; algo que no han logrado otros traductores de Tácito, Salustio o Tucídides, quienes al añadir «ponpa y multitud de palabras» hacen mas por «glosarlos que traduzirlos y pretendiendo declararnos sus conceptos oscuros y dudossos nos los encubren y quitan»<sup>157</sup>. En las palabras que Antonio de Herrera dirige a los potenciales lectores de su traducción, aborda el debate secular entre respeto de la literalidad y respeto del sentido del texto añadiendo un ejemplo coetáneo de una buena traducción: «quanto ha sido posible se ha procurado de explicar el sentido conforme â como lo hizo en la traducion de Tucidades el Estroci, poniendo todo cuidado en entender bien quanto quiso dezir el autor, y passar lo mismo en palabras de nuestra lengua materna»<sup>158</sup>. Con este ejemplo en mente, y al contrario que Álamos, Herrera defiende la transmisión del sentido frente a la traducción literal. En los dos casos se aprecia la concepción esforzada y rigurosa que ambos traductores deseaban transmitir respecto a su trabajo<sup>159</sup>.

Luce Guillerm ha señalado que muchos de estos tópicos con los que se representa la actividad de traducir son un acompañamiento —más que una reflexión— sobre las prácticas de traducción<sup>160</sup>. Debe tenerse en cuenta, en efecto, que los lugares en los que encontramos imágenes del traductor y la traducción son fundamentalmente prefacios, textos «liminares», en los que «el vínculo entre lo “teórico” y las prácticas reales se trabaja en una doble dirección contradictoria: en un sentido de empobrecimiento relativo (relativo es aquí un adjetivo fundamental) de las reflexiones

<sup>156</sup> En Ibid, «Al lector» se indica que «Va esta traducion a la letra del mismo autor, en quanto ha sido possible; sin que hiziesse dissonancia; mostrando lo que por esta razon llevasse añadido en alguna parte, con ponerlo entre estas dos señales (); para que no lo admita quien lo juzgare por poco necessario». Al presentar su traducción de la *Vida de Agricola* Álamos se justificaba en términos similares: «si pareçiere algo seca y aspera en nra. lengua escuseme VM con que fue neçess<sup>o</sup> acomodarme a la brevedad de Taçito que aunq. sea muy propia para nro. lenguaje no para el estilo q. muchos aprueban y dessean», Baltasar Álamos de Barrientos, *Vida de Julio Agricola escrita por Cayo Cornelio Taçito y traduçida por Don Baltasar Alamos de Barrientos*, 1600. [BNM Mss. 17759.], fol. 2v.

<sup>157</sup> Álamos de Barrientos, *Vida de Julio Agricola*, fol. 2v.

<sup>158</sup> Se refiere a la traducción, que posiblemente conoció durante su estancia en Italia, de Francesco di Soldo Strozzi, *Gli otto libri di Thucydide Atheniese, delle guerre fatte tra popoli della Morea, et gli Athenesi*. Venecia: Vincenzo Vaugris, 1545. (Hay dos ediciones más de esta traducción Venecia: Baldassar de Constantini, 1550 y Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari, 1563).

<sup>159</sup> Contradice así lo que proponía en 1603 respecto a su traducción de Botero: «he procurado quanto he podido representar la intencion del autor con brevedad, y a donde nuestra lengua lo ha permitido usando las mismas palabras, porque de otra manera, no traduccion sino parafrasis fuera», Giovanni Botero, *Razon destado con Tres libros de la grandeza de las ciudades*. Burgos: Sebastian de Cañas a costa de Pedro de Ossete y Antonio Cuello, libreros de Valladolid, 1603, «Dedicatoria a Juan Fernández de Velasco».

<sup>160</sup> Luce Guillerm, «Les belles infidèles, où l’auteur respecté (de Claude de Seyssel à Perrot d’Ablancourt)», en Michel Ballard y Lieven D’Hulst (eds.), *La traduction en France à l’âge classique*, Villeneuve d’Ascq: Presses Universitaires du Septentrion, 1996, p. 23.

precisas sobre la traducción y, al tiempo, en un enriquecimiento de aquellos aspectos que pueden asegurar la eficacia del mensaje: tomar en cuenta y reforzar el imaginario activo de los destinatarios»<sup>161</sup>.

A la hora de la publicación, y tópicos aparte, el traductor cumplía todas las funciones propias de la autoría; una «función autor» que se comprueba en el modo en que los traductores incurrían en lo que Foucault ha denominado «apropiación penal» de los discursos<sup>162</sup>. Emanuel Sueyro se hace responsable del producto final en una indicación a los lectores en la que advierte que las erratas, que no las «halla tan fácilmente el mismo que compone el libro», no deben atribuirse exclusivamente «à su descuido, pues no ha podido asistir siempre à esta impression, sino à los Correctores Flamencos, que tambien se arriman ordinariamente al Latin»<sup>163</sup>. Esa consideración de la traducción como una obra propia se aprecia nuevamente en la dedicatoria de su traducción de Velejo Patérculo a Lorenzo Ramírez de Prado, lugar en el que Sueyro alude a la amistad entre ambos, a la deuda con Ramírez de Prado y aprovecha para reconocerla públicamente «en alguna de mis obras»<sup>164</sup>. Un sentido parecido de propiedad o responsabilidad parece expresar Álamos de Barrientos, que en el prólogo al lector se refiere a la traducción como «mi obra»<sup>165</sup>. Lo mismo puede decirse de una digresión que Álamos introduce con motivo del corte en el quinto libro de los *Anales*, en la que explica su proyecto para completar el hueco existente y señala que ha decidido posponer este trabajo y «dexarlo para otra mehor ocasion, quando la aceptacion deste trabajo me pusiese animo para el nuevo»<sup>166</sup>.

La puesta en público de las traducciones, significa su inserción en una determinada relación de patronazgo y en un contexto que incluye otras obras del momento y un público hipotético. A la hora de dedicar o introducir el texto traducido, la

---

<sup>161</sup> Ibid, p. 24. En tanto que prefacios, estos textos no se alejan demasiado de las convenciones de este género. Ver Kevin Dunn, *Pretexts of authority. The rhetoric of authorship in the Renaissance preface*. Stanford: Stanford University Press, 1994.

<sup>162</sup> Michel Foucault, « Qu'est-ce qu'un auteur ? » en *Dits et écrits I, 1954-1975*. París: Gallimard, 1994 [Edición de Daniel Défert y François Éwald], citado en Chartier, *Libros, lecturas y lectores*, p. 63.

<sup>163</sup> Tácito, *Las obras traducidas por Emanuel Sveyro* (Amberes, 1613). Igual afirmación hace Sueyro en su traducción de Salustio: «Estas y otras Erratas, que corregira el Lector benevolo, suele aver donde no entienden mejor los Correctores la lengua Castellana», Salustio, *Obras de Cayo Crispo Salustio*. Amberes: Juan Keerberghio, 1615, *Errata*.

<sup>164</sup> Cayo Velejo Patérculo, *Obras de Caio Velleio Paterculo*. Amberes: Iuan Cnobbaert, 1630, «Dedicatoria a don Lorenzo Ramírez de Prado».

<sup>165</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Al lector»: «se me perdone lo que en mi obra se topare escuro; pues como yo lo entiendo, lo hallará en los Comentarios quien quisiere gastar algun rato en ellos».

<sup>166</sup> Ibid, p. 256. El proyecto de Álamos puede compararse con el de Henry Savile con la obra que cubre los aproximadamente dos años que separan el último libro de los *Anales* y el principio de las *Historias*; Tácito, *The ende of Nero*, (ver capítulo 7). En Francia Rodolphe le Maistre dará a la imprenta una edición con muchos suplementos (capítulo 6).

autoría original queda en un plano ligeramente secundario, pues lo más importante para los traductores era defender y hacer valorar su propio trabajo, así como posicionarse frente a su mundo intelectual. Resulta por lo tanto imprescindible atender a las ocasiones para la aparición de las distintas traducciones en el mercado, situándolas frente al resto de la producción del traductor (como parte de su «carrera») y en las fechas concretas de su publicación (como expresión de patronazgo y como modificación del panorama literario disponible).

La dedicatoria de la traducción de Carlos Coloma, dirigida a él mismo, es especialmente elocuente a este respecto. Fray Leandro de San Martín no sólo se esforzaba por propagar una imagen del militar español ocupado en un ocio provechoso y honesto, sino que tenía muy buenas razones para elogiar a Coloma. Sus relaciones con Coloma y su familia se remitían a los años en que éste era embajador en Londres, respecto a los cuales Leandro de San Martín llega a decir que la casa de Coloma era «la Cathedral de los Catolicos». En 1629 fray Leandro de San Martín, nombre en religión de John Jones, había sido reelegido prior del convento de san Gregorio de Douay, convirtiéndose en un importante cargo benedictino<sup>167</sup>. Dada su posición y las relaciones que había mantenido con Coloma, no resulta extraño que decidiera tomar las riendas de la publicación de la traducción. Era la manera en que proponía cumplir con la «obligación» que había nacido a raíz de la reciente erección, bajo patronazgo de Carlos Coloma y de su mujer, Margarita de Liederquerque, del monasterio de nuestra Señora del Consuelo en Cambray, «para las Donzellas nobles de nuestro Pays, debaxo de la regla de S. Benito»<sup>168</sup>. Aunque resulta más extraño que la dedicatoria acompañase a una traducción hecha por el propio dedicatario, no debemos olvidar que Leandro de san Martín también tuvo su papel en la «catolización», analizada más arriba, de la obra. Leandro de San Martín le ofrecía así a Coloma su propia traducción, pero mejorada un poco (de acuerdo con las alabanzas referentes a la fe y piedad del dedicatario) y, al mismo tiempo, difundía públicamente el generoso patronazgo de esta familia. Como bien demuestra este caso, no suele ser la ocasión neutra en la publicación de una obra.

Antes de dar a luz su traducción parcial de los *Anales* en 1615, Antonio de Herrera había publicado otras cuatro traducciones. De hecho, su entrada en el mundo del impreso había tenido lugar precisamente con la traducción, en 1588, de la *Historia*

---

<sup>167</sup> Una breve biografía de este personaje en George Oliver, *Collections, Illustrating the History of the Catholic Religion in the counties of Cornwall, Devon, Dorset, Somerset, Wilts, and Gloucester*. Londres: Charles Dolman, 1857, p. 476.

<sup>168</sup> Tácito, *Obras* (Duay, 1629), «Dedicatoria a Carlos Coloma».



de la guerra entre turcos y persianos de Juan Tomás Minadoy<sup>169</sup>. En la dedicatoria de aquella obra Antonio de Herrera hizo públicas sus credenciales como historiador, su capacidad de analizar una obra escrita, su disposición para el «servicio público», y, muy especialmente, su relación con el dedicatario, un personaje de tanta importancia dentro de la corte como Juan de Idiáquez<sup>170</sup>. Un año después de publicar su *Historia de Portugal* Herrera tradujo un panfleto sobre las guerras de religión en Francia con el se reivindicó como especialista en la historia reciente<sup>171</sup>. La tercera de sus traducciones es nada menos que *Los diez libros de la razón de estado* de Giovanni Botero. En la primera aparición de esta traducción, en 1593, Herrera continúa denominándose a sí mismo como «criado» del rey, y tanto en la portada como en la dedicatoria de la obra se señala que la traducción se ha llevado a cabo «por mandado del Rey nuestro señor».

En 1595, una consulta sobre la candidatura de Antonio de Herrera a cronista de Indias demuestra que esta actividad como traductor no sólo le había servido para establecer o fortalecer relaciones con importantes personajes de la corte y con el propio Felipe II, sino que era tenida en cuenta en el capítulo de los méritos que acumulaba:

Tradujo la ystoria de persia y compuso la de escocia y tradujo lo que escribieron los catholicos ingleses a los franceses el Açote de los políticos y el cerco de París, la Razon de estado; compuso la ystoria de portugal y tiene escripta otra general de 27 años de su tiempo que se esta examiando por orden del Consejo de Castilla y se entiende que a

---

<sup>169</sup> Giovanni Tommaso Minadoi, *Historia de la guerra entre turcos y persianos*. Madrid: Francisco Sanchez, 1588, *Dedicatoria a Juan de Idiáquez*, fechada el 27 de Julio de 1588. Es interesante la celeridad («Luego que Iuan Tomas Minadoy saco en luz esta historia [...] me la embiaron de Roma») con que Herrera se puso manos a la obra: Giovanni Tomaso Minadoi da Rovigo, *Historia della guerra fra turchi et persiani descritta in quattro libri / da Gio. Tomaso Minadoi, cominciando dall'anno MDLXXVII nel quale furo li primi mouimenti di lei, seguendo per tutto l'anno MDLXXXV*. Roma: Iacomo Tornerio & Bernardino Donangeli (appresso Alessandro Gardano et Francesco Coattini), 1587. Herrera señala en esta *Dedicatoria* que antes de decidirse a traducir y publicar esta obra, la sometió a su crítica, aplicando los estándares propios de la época para juzgar un libro de historia y que ese juicio le convenció de la siempre aludida «utilidad nacional» de su traducción, «muy dina [sic] de ser sabida de todas las gentes, me determine de ponella en legua Castellana, para que nuestra nacion recibiesse este beneficio de saber tantas particularidades».

<sup>170</sup> La actividad de Herrera como «consejero histórico» de Idiáquez la analizo en el capítulo 5.1. Antonio Ballesteros-Beretta en su proemio a Herrera, *Historia general*, p. xxiv. cree equivocadamente que la dedicatoria original de Juan Tomás Minadoy a Sixto V también es de Herrera.

<sup>171</sup> Antonio de Herrera, *Advertencias que los Catolicos de Inglaterra escriuieron a los Catolicos de Francia, tocantes a las presentes reboluciones, y cerco de París. Traduzido de lengua Francesa en Castellana por Antonio de Herrera....* Zaragoza: Lorenço de Robles, a costa de Angelo Tabano, 1592. Hay una versión con distinta autoría para la traducción: *Advertencias que dan los Catolicos Ingleses a los Catolicos de Fracia del peligro en que estan de perder la Religion si admiten a la Corona Principe Herege / traduzidas de Frances en Castellano por don Felix de Guzman*. Madrid: Pedro Madrigal, 1592. [BNM R/25963].

acabado de escribir los tumultos de francia desde el año de 1585 hasta fin de 1594 provando que VM<sup>d</sup> se movio a ayudar a los catholicos solo por el zelo de la fe<sup>172</sup>

Con la dedicatoria de su cuarta traducción —*Batalla espiritual y arte de sevir a Dios con la corona y Ledania de la Virgen Maria*, del cardenal Serafino de Fermo<sup>173</sup>— a María de Zúñiga, condesa de Miranda, Herrera hizo gala de su sentido de la oportunidad. Herrera, con la corte, se acababa de trasladar en Valladolid, y debía tener altas expectativas respecto a los beneficios que le podría proporcionar la relación con los condes de Miranda, puesto que Juan de Zúñiga Avellaneda y Bazán, marido de la anterior, había sido ese mismo año el dedicatario de otra obra de Herrera<sup>174</sup>. Poco después, en 1603, una nueva impresión de la *Razon de estado* de Botero permitía una renovada dedicatoria, que Antonio de Herrera dirigió a Juan Fernández de Velasco. Esta publicación se pudo deber (o al menos coincidió) con la presencia del propio Botero en España y según Herrera, el amparo recibido de parte de Juan Fernández de Velasco hacía de la obra una «traduzion aprovada»<sup>175</sup>. Con esa expresión, Herrera está dando probablemente a entender que la publicación la había motivado el propio Juan Fernández de Velasco, para quien ya había trabajado anteriormente, publicando la *Información en el hecho y relacion de lo que passo en Milan en las competencias entre las juridiciones eclesiasticas y seglar, desde el año de 1595 hasta el de 1598*<sup>176</sup>. Lo que resulta seguro es que Herrera había sido beneficiario directo de «liberalidad con que a

---

<sup>172</sup> Archivo General de Indias (Sevilla), Indiferente general, leg. 743, número 209, consulta del 12 de febrero de 1595, citada en Richard L. Kagan, *El rey recatado: Felipe II, la historia y los cronistas del rey*. Valladolid: Secretariado de publicaciones e intercambio científico, 2004, p. 56. Otro candidato a cronista real que mencionó sus traducciones en la relación de sus méritos fue Luis Tribaldos, en su petición de la plaza de cronista vacante en 1620. AGS CC, leg. 1111, publicado en José García Oro y María José Portela Silva, «Felipe III y sus cronistas. Candidaturas y méritos», en Camilo Fernández Cortizo, Domingo L. González Lopo y Enrique Martínez Rodríguez (eds.), *Universitas. Homenaje a Antonio Eiras Roel*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2002, p. 276.

<sup>173</sup> Serafino de Fermo, *Batalla espiritual y arte de sevir a Dios con la corona y Ledania de la Virgen Maria compuesto por el Cardenal de Fernio*. Madrid: Imprenta Real, por Juan Flamenco, 1601. [BNM 3/57047]

<sup>174</sup> Herrera, *Historia general*, pp. xxxii-xxxiii. Proemio de Antonio Ballesteros-Beretta.

<sup>175</sup> Botero, *Razon destado*, «Dedicatoria a Juan Fernández de Velasco»: «porque teniendo el mundo de V. Excelencia un tan gran conceto, que juzga por dichoso y de estimacion digno qualquiera trabajo que de V. Excelencia es aceptado en proteccion, se ha visto con ellas ser esta traduzion aprovada de V. Excelencia».

<sup>176</sup> Antonio de Herrera, *Informacion en el hecho y relacion de lo que passo en Milan en las competencias entre las juridiciones eclesiasticas y seglar, desde el año de 1595, hasta el de 1598*. Madrid: Luis Sanchez, 1609. Esta obra sobre la confrontación entre Juan Fernández de Velasco y el cardenal de Milán F. Borromeo, tuvo, según Pérez Pastor, una primera edición en 1598. Hay un manuscrito con materiales originales relativos a esta confrontación, quizá utilizado para la redacción de esta obra: Juan de Velasco, *[Texto sobre sus diferencias de jurisdicción con F. Borromeo, Arzobispo de Milán]*, 1600. [BNM Mss. 993.]

todos los profesores de letras, honra, favorece y hazer [sic] merced»<sup>177</sup> el Condestable de Castilla.

La quinta y última traducción de Antonio de Herrera son *Los cinco primeros libros de los Anales* de Tácito, dedicados a Rodrigo Calderón, quien en 1615 estaba en la peligrosa cúspide de su poder. Los dedicatarios de Herrera no eran elegidos al azar, sino que respondían a circunstancias concretas y al desarrollo de la carrera profesional del ahora reconocido cronista, pero esta es una dedicatoria curiosa, porque —como ha mostrado Antonio Ballesteros-Beretta— aunque Herrera había sido íntimo amigo de Rodrigo Calderón, en 1611 ambos habían sufrido un distanciamiento a causa de la persecución del Almirante Fernando de Mendoza por parte del marqués de Siete Iglesias<sup>178</sup>. Mi hipótesis es que Herrera pudo cambiar a última hora de dedicatario, pues la dedicatoria, fechada a 9 marzo de 1615 es algo tardía respecto a las fechas de la aprobación (19 de noviembre de 1613) y del privilegio (2 de diciembre de 1613). Aunque la dedicatoria al poderoso Calderón es perfectamente inteligente por parte de Herrera, puede que responda a un cambio de estrategia tras la muerte de Juan de Idiáquez, ocurrida en el espacio temporal entre la aprobación y la dedicatoria de *Los cinco primeros libros de los Anales*. No en vano, poco antes de su muerte, Herrera había dirigido a Idiáquez una carta en la que señalaba los provechos de la lectura de Tácito y las ventajas que presentaba respecto a otros historiadores<sup>179</sup>.

Estos eran los años en los que las traducciones de Tácito se sucedían rápidamente en el panorama editorial, haciendo brillar al autor latino como la novedad más importante del momento. Los traductores, como había hecho Herrera, colocaban sus trabajos en las manos de los más poderosos personajes, buscando el provecho que podía brindar la situación. Aunque las implicaciones que tenía la publicación de Tácito en castellano en ese contexto las tomaré en consideración en el próximo capítulo, la dedicatoria de Herrera, al igual que las de Sueyro y Álamos, demuestran que estos trabajos fueron momentos importantes para las carreras de los distintos traductores, que expresaron en ellas sus ambiciones y su entendimiento del mundo de patronazgo en el daban vida a sus producciones.

---

<sup>177</sup> Botero, *Razon destado*, Dedicatoria a Juan Fernández de Velasco.

<sup>178</sup> Herrera, *Historia general*, «Proemio de Antonio Ballesteros-Beretta», p. xlvi y xlv. Según Ballesteros-Beretta, «Lo más curioso de la última publicación de Herrera es que está dedicada a don Rodrigo Calderón. ¿No se habría roto la amistad, y esto explica la pronta rehabilitación del cronista, o enfriadas las relaciones se anudaban los antiguos lazos? No lo sabemos» (p. liii).

<sup>179</sup> *Discurso sobre que Tácito excede á todos los historiadores antiguos, y del fruto que se saca de sus escritos* en Herrera, *Discursos*. La carta acaba con una alabanza a los méritos de Idiáquez que muy bien podría haber sido incluida en una dedicatoria.

Emanuel Sueyro dedicó su traducción de Tácito al Archiduque Alberto, aprovechando para dejar claro que esta ha sido una ocupación en la que había empleado sus «primeros años», pero que deseaba que los siguientes transcurriesen al servicio del dedicatario, de quien se declara «humilde vasallo»<sup>180</sup>. En el privilegio Emanuel se declaraba «hijo de Diego Lopez Sueyro», lo que indica que tras esta voluntad de servicio hay algo más que intenciones. Al igual que lo había hecho su padre, desde 1605 Emanuel Sueyro compaginaba sus actividades como informante al servicio de la monarquía con las comerciales y de enlace entre negociantes de Amberes y de la península<sup>181</sup>. Otra vertiente más de su carrera la constituían las relaciones que podían proporcionarle traducciones como la de Tácito, que Sueyro quiso publicar también en Rouen, aprovechando uno de sus viajes a España en el que no pasó de Burdeos<sup>182</sup>. Aproximadamente hasta 1617, las suyas eran misiones menores o como acompañante de su padre, por lo que Sueyro podía dedicarse a aquilatar su carrera, como señalaba en la dedicatoria al Archiduque, con ocupaciones como la traducción. En 1615, aún en esta primera etapa de su carrera al servicio de la monarquía, Sueyro decide publicar su traducción de Salustio y dedicársela a Juan Hurtado de Mendoza de la Vega y Luna. En este caso, Sueyro se declara, en el lenguaje tópico del género, «agradecido» y con «grandes obligaciones» para con el dedicatario, que había sido virrey en Perú y ahora desempeñaba importantes cargos en la corte madrileña.

A partir de 1620 o 1621, las informaciones de Sueyro se hacen cada vez más frecuentes y relevantes, hasta convertirlo en un importante eslabón del espionaje español en Holanda<sup>183</sup>. Esto no significa que descuide su carrera como autor, pues coincidiendo con sus mayores ocupaciones aparece su obra más significativa, los *Anales de Flandes*, en la que también ofrece una versión de la relación entre su trabajo intelectual y sus ocupaciones como espía. Dice Sueyro, que trata de aprovechar las buenas relaciones que

---

<sup>180</sup>Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613), «Dedicatoria al Serenissimo, muy alto, y poderoso Principe, Alberto, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, Brabante, &c. Conde de Habsburg y Flandes, &c»: «sirvase de admitir [...] à Cornelio Tacito, traducido en Castellano por quien nacio de padres Portugueses en estas provincias de V. A. y deprendio aquella lengua, como otras, en que he empleado mis primeros años: que si Dios me los diere de provecho al servicio de V. A. deseo tenerlos, y acabarlos en el, y que le prospere nuestro señor co[n] muy larga vida de V. A. como la Christiandad ha menester. En Anvers, 5. de Enero 1613. Humilde Vassallo de V. A. Serenissima, Emanuel Sueyro».

<sup>181</sup> Miguel Ángel Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta en Flandes, 1598-1643*. Leioa (Vizcaya): Universidad del País Vasco, 1984, p. 157.

<sup>182</sup> Archives Générales du Royaume à Bruxelles, Papiers d'État et de l'Audience, leg. 1472/14, s. fº, citado en *Ibid*, p. 160.

<sup>183</sup> José Alcalá Zamora y Queipo de Llano, *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639)*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 148-149, 154, 177 y 190-196.

tiene con parte de la corte en Madrid<sup>184</sup>, que ha pasado los últimos veinte años al servicio de la monarquía, dejando «passar pocas horas, que no offreciesse à V. Mag<sup>d</sup>. à à su Real Corona en el estudio, ò ocupacion»<sup>185</sup>. Tampoco parecía desacertado dedicar su traducción del *Sitio de Breda*, al mismísimo Ambrosio Spinola<sup>186</sup>.

Si Sueyro había elegido como dedicatario al Archiduque Alberto y Herrera a Rodrigo Calderón, Álamos buscará un personaje de igual o mayor talla: el duque de Lerma. De acuerdo con lo que dice esta misma dedicatoria, Álamos tenía buenas razones para ello, pues había sido puesto en libertad gracias a Francisco de Sandoval y Rojas: «no podia yo ofrecerle sino a vuestra Excelencia, conociendome por muchas causas obligado a reconocerme por criatura suya en la libertad que recebi por su favor y mano; y en lo necessario para el uso de la vida»<sup>187</sup> ¿Es posible ver en esta dedicatoria, más allá de esta deuda personal, una especie de «adopción oficial» por parte Lerma? ¿Hay que poner esta obra en relación con otras dedicadas a Lerma por los mismos años, en especial *Consejo y consejero de príncipes*, de Lorenzo Ramírez de Prado?<sup>188</sup>

Fernando R. de la Flor ha sugerido que la presencia del escudo de armas de Lerma en las portadas de dos libros de emblemas que le fueron dedicados imponía «sobre el discurso general de los valores el valor supremo de la sangre y la genealogía»<sup>189</sup>. La portada de Hernando de Soto incluyó además un lema que, según de la Flor, «reduplica la posición clientelar del autor»<sup>190</sup>. La «presencia» del dedicatario en la portada, título y dedicatoria de la obra, bien tipográficamente, bien con la inclusión de su escudo de armas en un grabado, es una característica del patronazgo libresco. Tal

---

<sup>184</sup> Sobre los vaivenes de la carrera de Sueyro ver Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, pp. 179-186.

<sup>185</sup> Sueyro, *Anales de Flandes*, «Dedicatoria a Felipe IV».

<sup>186</sup> Herman Hugo, *Sitio de Breda rendida a las armas del Rey Don Phelipe IV... / compusole el Padre Herman Hugo de la Compañia de Iesus ; traduxole Emanuel Sueyro...* Antverpia: ex officina Plantiniana, 1627. Como he señalado más arriba, la última traducción de Sueyro (las *Obras* de Veleyo Patérculo) que aparecerá poco después de su muerte en 1629 está dedicada a Lorenzo Ramírez de Prado y habla de una relación de amistad y obligación intelectual.

<sup>187</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma». En otro punto de la misma dedicatoria esta libertad se atribuye al propio rey: «a libertad entera, y libre, con que su Magestad, que viva felissimos años, me sacó dellas».

<sup>188</sup> Esta segunda cuestión la abordo en el capítulo 5. 2.

<sup>189</sup> Fernando Rodríguez de la Flor, «La literatura simbólica ilustrada y su vinculación a las esferas del poder a comienzos del siglo XVII», en Joan Lluís Palos y Diana Carrió-Invernizzi (eds.), *La historia imaginada. Construcciones visuales del pasado en la Edad Moderna*, Barcelona: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2008, p. 294. Las obras dedicadas son Hernando de Soto, *Emblemas moralizadas*. Madrid: Herederos de Juan Iñiguez de Lequerica, 1599, y Sebastian de Covarrubias Orozco, *Emblemas morales*. Madrid: Luis Sanchez, 1610, que también fue encargada y compuesta cuando Lerma era Virrey en Valencia, si bien «hallando entonces quien dibuxase mis pensamientos pero no quien supiesse abrir en estampa sus figuras, hasta agora que unos oficiales estrangeros me las abrieron en madera».

<sup>190</sup> Rodríguez de la Flor, «La literatura simbólica ilustrada», p. 294.

y como manifestaba Álamos, gracias a su vinculación con Lerma el libro quedaba «autorizado con el nombre de vuestra Excelencia» y eso hacía posible una mayor «acogida en los Consejeros, y ministros»<sup>191</sup>. El duque de Lerma conocía perfectamente la dinámica del patronazgo y desde comienzos del reinado de Felipe III, en una estrategia desarrollada para consolidar su poder y controlar la corte, promovió un nuevo estilo cortesano y, según Harry Sieber, «comenzó a practicar un mecenazgo insólito y agresivo»<sup>192</sup>. Antonio Feros hace un relato similar, al que añade el mecenazgo ejercido por Lerma en otros campos, y muy especialmente los encargos de pinturas que establecían una igualdad visual entre su persona y la del rey<sup>193</sup>.

La innegable labor de patronazgo ejercida por Lerma hizo que en la recepción fastuosa del 31 de Marzo de 1606 la Universidad Complutense lo designase, siguiendo el ejemplo de su padre «patrón de las letras»<sup>194</sup>, pero su relación con esas mismas letras presenta muchos lugares de sombras. La dedicatoria del *Tácito español* a Lerma expresaba la gratitud que Álamos le debía, y aunque Lerma tal vez nunca abrió la obra, puede que su patronazgo ejerciera los efectos que Álamos preveía (así como otros de índole puramente comercial). Dejando aparte los libros escritos por expreso encargo suyo y aquellos de clara intención laudatoria, resulta difícil juzgar la relación del duque con el mundo del impreso<sup>195</sup>. Entre los tópicos de la época está el del hombre de

---

<sup>191</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>192</sup> Harry Sieber, «Clientelismo y mecenazgo: hacia una historia cultural literaria de la corte de Felipe III», en María Cruz García de Enterría y Alicia Cordón Mesa (eds.), *Actas del IV congreso internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO) (Alcalá de Henares, 22-27 de julio de 1996)*, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 1998, Vol. 1, pp. 102-103. Sieber identifica este mecenazgo en la obra de Hernando de Soto *Emblemas moralizadas*, en un panfleto difamatorio del gobierno de Felipe II (*El confuso e ignorante gobierno del Rey pasado* por Íñigo Ibáñez de Santa Cruz, secretario del duque de Lerma y de Felipe III) y en las obras de fray Prudencio de Sandoval *Crónica del ínclito emperador de España don Alfonso VII* y, muy especialmente, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, del mismo autor.

<sup>193</sup> Antonio Feros, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*. Madrid: Marcial Pons, 2002, p. 190: «En esta glorificación de los Sandoval, Lerma no ahorró ningún medio a su alcance, y así la historia, la poesía, los símbolos e imágenes sirvieron a la leyenda, y la leyenda a la política». En cuanto a los cuadros, Feros se refiere especialmente al *Retrato ecuestre del duque de Lerma* por Peter Paul Rubens (1603) y al *Retrato de Lerma* por Juan Pantoja de la Cruz (1602), pp. 194 y 196.

<sup>194</sup> Isabel Alastrué Campo, *Alcalá de Henares y sus fiestas públicas*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 1990, pp. 233-241, citado en Sieber, «Clientelismo y mecenazgo», p. 107. A partir de este punto el artículo de Sieber se centra específicamente en la descripción de la academia del conde de Saldaña, abandonando casi por completo la cuestión del patronazgo de Lerma sobre las letras.

<sup>195</sup> Un ejemplo de obra escrita por encargo es la de Pedro de Herrera, *Translación del Santísimo Sacramento a la Iglesia colegial de san pedro de la villa de Lerma*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1618. En «Al lector» se indica: «Para escribir esta Relacion, me mando el Excelentissimo Señor don Francisco Gomez de Sandoval, Duque de Lerma [...] que desde Madrid fuese a hallarme a las solemnidades y fiestas, que tuvo en aquella villa por el mes de Octubre del año pasado de 1617». Obra de clara finalidad laudatoria es la del capellán de Lerma, Diego Matute de Peñafiel, *Discurso y digresion del cap. 2º de la 2ª edad del Mundo, de Sem hijo de Noe, y de la diuision de las tierras entre Sem, Chan y Iapheth, y origen de los linajes del mundo*. Baça: Martin Fernandez Zambrano (en las casas del autor), 1614. Es una

responsabilidades, ocupado y falto de tiempo para la lectura y cuando se escribía a Lerma era inteligente considerar, como hizo Cristóbal de Fonseca, la escasa utilidad de «escribir mucho a quien los negocios no dan lugar a leer lo poco»<sup>196</sup>. Sus armas —ya he señalado algún ejemplo— aparecen en numerosas publicaciones, presidiendo los frontispicios o insertas al hilo de la dedicatoria, pero aunque esto signifique una cierta sanción pública de las obras a las que acompañaban, esta asociación fue más bien designio de autores y editores en busca del mayor realce posible para sus productos<sup>197</sup>. De la biblioteca de Lerma, que, como la de Felipe III, no parece destacar por sus proporciones, apenas se conoce nada. Antonio Feros señala que frente a su colección de pintura, «La colección de sus libros no era, sin embargo, demasiado espectacular»<sup>198</sup>. Junto a las obras recogidas en los inventarios empleados por Feros, Francisco de Sandoval y Rojas donó otro pequeño conjunto de 85 libros de su propiedad (y que incluía 12 obras dedicadas a él) para nutrir la biblioteca de su fundación del convento de Santo Domingo de Lerma<sup>199</sup>. Luis Cervera Vera ha designado este conjunto, reunido «sin criterio de ningún género», como «un montón de volúmenes reunidos o guardados por el duque —y muy posiblemente, todos regalados—»<sup>200</sup>. Aunque no sea fácil juzgar

---

«separata» o disgresión de su obra *Prosapia de Christo* (Baça, 1614), en la que se detallaba la genealogía de Lerma y Felipe III desde Adán hasta aquel momento.

<sup>196</sup> Cristóbal de Fonseca, *Quarta parte de la vida de Christo S. N: que trata de su doctrina y contiene los euangelios de los santos y domingos del año y extrauagantes. Compuesta por el P.M. F. Christoual de Fonseca, difinidor de la provincia de Castilla de la orden de nuestro padre San Agustín*. Madrid: Luis Sanchez, 1611, «Epístola dedicatoria a Lerma».

<sup>197</sup> En la casa madrileña del impresor Luis Sanchez se reutilizó el mismo escudo xilográfico para las portadas de Cristobal de Fonseca, *Cuarta parte de la vida de cristo* (1611); Luis Pacheco Narvaez, *Compendio de la filosofía y destreza de las armas de Geronimo Carranza* (1612, dedicada al primogénito del duque de Uceda, nieto de Lerma) y Michael Riberius (Miguel Ribero), *De ludis Lermensibus epistola* (1617). Encabezando la dedicatoria de Álamos de Barrientos, *Tacito español*, aparece un grabado calcográfico con las armas de Lerma, pero se sabe que el coste de las estampas corría a cuenta del impresor Luis Sanchez y el mercader de libros Juan Hasrey, «Concierto sobre la impresión de las obras de Tácito», 7 de mayo de 1611 en Cristóbal Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña o descripción de las obras impresas en Madrid*. 3 vols. Madrid: Tipografía de los Huérfanos; Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1891-1907, vol. 2, pp. 304-306. Otras obras con el escudo de armas de Lerma son Miguel Zaragoza de Heredia, *Escuela de la perfeta y verdadera sabiduria*. Madrid: Alonso Martín de Balboa, 1612; Pablo de Mera, *Tratado del computo general de los tiempos conforme a la nueva reformation*. Madrid: por los de la compañía, 1614. Otro grabado calcográfico, de 17,5 cm de ancho y 22,9 de alto y obra de Pedro Perret, aparece en la obra Ramírez de Prado, *Consejo y consejero de príncipes*.

<sup>198</sup> Feros, *El duque de Lerma*, p. 190n. Se refiere al *Inventario de los libros del duque de Lerma, 1611* del Archivo de los Duques de Lerma (Toledo), leg. 52, exp. 15. La biblioteca de Lerma es, a mi entender, prácticamente desconocida. Es posible que existan otros inventarios en el mismo archivo que señalaba Antonio Feros, como ha demostrado, para las obras pictóricas Sarah Schroth, *The private picture collection of the Duke of Lerma*. Tesis doctoral inédita, New York University, 1990.

<sup>199</sup> Archivo Histórico Provincial de Lerma, Pedro Lozano, año 1617, fol. 587, transcrito y analizado en Luis Cervera Vera, *El convento de Santo Domingo en la villa de Lerma*. Madrid: Castalia, 1969.

<sup>200</sup> *Ibid*, p. 92. Para este autor, Lerma era «poco aficionado a la lectura, igual que no lo había sido Antonio Pérez y en general como la mayoría de los hombres de acción», Luis Cervera Vera, «La imprenta ducal

la conexión entre Lerma y las propuestas de Álamos con su *Tácito español*, no hay duda de que Álamos acertó plenamente con su dedicatoria, aprovechando hábilmente la ocasión que le brindaba la publicación para aquilatar su carrera personal. Todas las traducciones del contexto 1613-1615 eran la expresión de una recepción vigente desde al menos las dos décadas anteriores, pero también eran ocasiones concretas para consolidar a los traductores y al programa que expresaban con sus obras y dedicatorias.

Con este capítulo, en el que he abordado las particulares mediaciones que las traducciones introducen en la recepción de Tácito, concluyo la primera parte de esta tesis. El análisis de los procedimientos de lectura y anotación, de las ediciones y traducciones de Tácito da paso ahora a un estudio de las apariciones de Tácito en el pensamiento político de aquella época. Mi objetivo será mostrar, tanto en el siguiente capítulo (en donde contextualizo la recepción de Tácito en el pensamiento político español desde finales del reinado de Felipe II hasta finales del de Felipe III) como en los restantes, la conexión entre la recepción de Tácito entendida como acto de lectura y los resultados que esta produjo en el pensamiento político de la edad moderna.

---

de Lerma. El Duque de Lerma y las fundaciones en su villa antes de su cardenalato»; en *Boletín de la Institución Fernán González*, vol. 48 (1970), p. 78.



## 5. Tácito en el pensamiento político español: modo de empleo

Las ediciones, traducciones y comentarios analizados en los capítulos 1, 2 y 4 son, en un sentido obvio, los «hechos» del proceso de recepción de Tácito en España. Estos hechos han solido ser seleccionados por los estudiosos usando como guía el catálogo elaborado por Tierno Galván y completado por Sanmartí Boncompte, admitido generalmente con escasas modificaciones<sup>1</sup>. Sin embargo, el propio carácter de este catálogo, dirigido a los lugares en los que más prominentemente aparece la figura de Tácito, ha dejado en la sombra numerosos otros testimonios de su uso. No se trata simplemente de una cuestión de número, pues lo más probable es que mi trabajo siga sin recoger muchos otros testimonios posibles. La tarea consiste más bien en desvincular la idea de recepción de los lugares más evidentes y concentrarse —una tarea necesariamente inacabada— en los *modos* en que Tácito (una invocación, una cita, una alusión a sus textos...) campeó por la cultura escrita de la edad moderna. Si las ediciones y traducciones permiten, modelan y median una multiplicidad de usos concretos —con todas las implicaciones del hecho de lectura ya analizadas—, la incorporación de los textos de Tácito en otros textos (en discursos con objetivos por definición diferentes) muestra las conexiones entre las técnicas y los procedimientos de lectura y el dominio de la interpretación, muy especialmente en su vertiente más nítidamente política.

La labor de rastrear usos de Tácito es ardua si se retrocede hasta antes del último cuarto del siglo XVI, pues los primeros indicios de la recepción de Tácito en España son fragmentarios y elusivos. Aunque es difícil valorar el peso de Luis Vives en el contexto hispánico, ya que residió fuera de la península la práctica totalidad de su vida y se insertó en otros contextos intelectuales distintos de los propiamente hispanos, sus referencias a Tácito constituyen, a la altura de 1523 y 1531, los primeros testimonios conocidos<sup>2</sup>. Incorporándolo a un programa de lecturas o *ratio studiorum*, Vives hizo una

---

<sup>1</sup>Sanmartí Boncompte, *Tácito en España*; Tierno Galván, «El tacitismo». La excepción más notable, que comento en este capítulo, es Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*.

<sup>2</sup> Acerca de la propiedad de considerar a Vives «español» ver, por ejemplo, Jorge Fernández López, «Rhetorical theory in sixteenth-century Spain: a critical survey»; en *Rhetorica*, vol. 20, n.º. 2, (2002), p. 135.

valoración excepcional de Tácito<sup>3</sup>, considerada por Beatriz Antón Martínez como el arranque de una «vía hispánica» de recepción del tacitismo<sup>4</sup>. Carlo Ginzburg ha sugerido que Antonio de Guevara se inspiró en la descripción de la libertad de los primitivos germanos de la *Germania* y en la arenga pronunciada por Calgaco en el *Agrícola* para componer el pasaje de su *Libro dorado de Marco Aurelio* en el que Mileno, el campesino del Danubio, denuncia con vehemencia los excesos de Roma<sup>5</sup>.

Hernando Colón nos descubre con una anotación que compró la edición de 1533 de Beato Renano casi en el momento de su aparición<sup>6</sup>, y otro autor que empleó a Tácito en fechas tempranas fue Pedro Mexía, en cuya *Silva de varia lección* (1540) aparece citado en diez ocasiones. En una de ellas Tácito es aludido como autoridad para el conocimiento de los jeroglíficos y en otra por su información acerca del mar Muerto, mientras que las restantes se producen en relación con el nombre, situación y devenir histórico de la ciudad de Jerusalén o con la persecución de los primeros cristianos<sup>7</sup>. Antonio de Torquemada nos ofrece un particular uso de Tácito —presumiblemente

---

<sup>3</sup> Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, p. 91. La autora muestra que en *De ratione studii puerilis* (1523) y en *De tradendis disciplinis* (1531) Vives señala que el provecho que puede sacarse de Tácito en varias ocasiones, precisando en una de ellas los usos distintivos de varios historiadores «*ad historiam fusam Livius; ad commentarium historiae Suetonius, et Florus. Y ¿Tácito?: ad consilia explicanda Tacitus*». A mi juicio, sin embargo, las recomendaciones de Vives no permiten considerar que éste «abiertamente llamaba la atención sobre el saber político que tenía escondido en su seno la obra de Tácito» (p. 92) o que reconociese ya «el valor político de la historia de Tácito» (p. 167). La recomendación de Tácito como *ad consiliis explicandis* se encuentra también en C. S. Curio, *De historia legenda*, en Johann Wolf, *Artis historicae penus octodecim scriptorum tam veterum quam recentiorum monumentis & inter eos Io. praecipue Bodini libris Methodi historicae sex instructa*. Basilea: Peter Perna, 1579, citado en Burke, «A survey», p. 151.

<sup>4</sup> Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII*, pp. 15-16 y 92-96. El valor paradójico de la aportación de Vives se aprecia en la frase: «Pese a ser adalid del Tacitismo español, Vives no es citado por los tacitistas españoles por sus opiniones sobre Tácito» (p. 92). Esta vía hispánica (recepción de Tacitismo por medio de españoles fuera de España) es algo confusa: la autora la considera al mismo tiempo «primordial» y destaca su «precocidad», a la que se une sin embargo una irremediable «falta de continuidad» que la descalifica precisamente como «vía» de recepción. La importancia de la otra parte de la «vía hispánica» (Zurita, Agustín y Verzosa) tampoco es más clara: «Era fácil —aún cuando no tenemos testimonio directo de que estos humanistas contribuyeran a introducir el Tacitismo en su tierra natal— que con esos precedentes en el Reino de Aragón se apreciaran las obras de Tácito y se volvieran ahora los ojos a Lipsio, su nuevo crítico e intérprete» (p. 15). Para una valoración prácticamente opuesta de las recomendaciones de Vives sobre Tácito ver Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 102.

<sup>5</sup> Carlo Ginzburg, «Making things strange: the prehistory of a literary device»; en *Representations*, vol. 56 (1996), pp. 13-14.

<sup>6</sup> «Este libro costó 27 sueldos en león a 24 de deziembre de 1535 y el ducado vale 47 sueldos y medio», anotación manuscrita en la última página del ejemplar conservado en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla, signatura R. Colón 14333. Este dato lo obtengo del CCPBE.

<sup>7</sup> Para localizar estas referencias he empleado la edición de Antonio Castro, Pedro Mexía, *Silva de varia lección*. 2 vols. Madrid: Cátedra, 1989. [Edición de Antonio Castro.] Todas las citas provienen de las *Historias*. Si bien los primeros libros de los *Anales* se imprimieron por vez primera en 1515 no es raro que Mexía no conociese el contenido de los mismos en 1540, aunque este dato también podría indicar que estas citas no provienen de una lectura directa, sino que fueron obtenidas de alguna de las fuentes empleadas por Mexía para componer su obra (sobre dichas fuentes ver la introducción de Antonio Castro).

erróneo o fabuloso— en su *Jardín de flores curiosas* (1570). El autor latino es citado como la fuente de uno de los muchos prodigios que se recogen en este *Jardín*: «Y Cornelio Tacito dize tambien, que en el Ylirico vivio quinientos años un hombre llamada [sic] Dandonio»<sup>8</sup>. Sabine MacCormack considera Diego Fernández hizo uso de Tácito en su *Historia de Perú* (1571), en la que Pedro de la Gasca aparece descrito como un hábil disimulador equiparable en su uso del secreto y la ocultación del sentimiento a Tiberio. Si Diego Fernández destacaba la prudencia de La Gasca, la disimulación entendida como vicio y el ejemplo de las relaciones entre Tiberio y el senado le servían para caracterizar los tratos entre el virrey Blasco Núñez Vela y los oponentes a las Leyes Nuevas<sup>9</sup>.

Sebastián Fox Morcillo refirió a Tácito en varias ocasiones a lo largo de su obra *De historica institutione dialogo*, publicada en París y Amberes en 1557. Al igual que Vives, Fox Morcillo plantea un problema de adscripción al contexto intelectual hispano, pues pese a su nacimiento en Sevilla llegó al colegio trilingüe de Lovaina con tan sólo veinte años y desarrolló toda su carrera allí sin que regresara —por lo que se conoce— a la península hasta el año de su muerte<sup>10</sup>. Es preciso reconocer, sin embargo, que en esta obra Fox ofrece indicios de identificarse como español integrante de un imperio y que refiere habitualmente a «los nuestros» cuando evalúa la ausencia de una historia propia escrita en latín para darla a conocer a Europa<sup>11</sup>. En *De historica institutione* Fox ejemplifica varios puntos de su argumentación con referencias a las obras de Tácito (y, normalmente, a las de algunos otros historiadores que sirven de ejemplo para la misma cuestión). Al estar incorporadas en un tratado sobre la historia, las referencias de Fox Morcillo tienen un carácter teórico muy distinto de la imitación puntual de Hurtado de Mendoza que comenté en el capítulo 3. Por otra parte, aunque se publicó en plena «guerra» estilística, Fox aborda esta cuestión sin referir al estilo de Tácito. Al contrario

---

<sup>8</sup> Antonio de Torquemada, *Jardin de flores curiosas en que se tratan algunas materias de Humanidad, Philosophia, Theologia y Geographia. Con otras cosas curiosas, y apazibles...* [1570]. Lérida: Pedro de Robles y Ioan de Villanueva, 1573, libro 1, fol. 41v-42r.

<sup>9</sup> MacCormack, *On the wings of time*, pp. 85-86. Esta referencia se la debo a James Amelang. En ningún caso MacCormack señala una cita directa de Tácito en esta obra, lo que obliga a ser prudentes a la hora de relacionar la aparición de las temáticas de la disimulación y la prudencia con la recepción y uso de Tácito.

<sup>10</sup> Antonio Cortijo Ocaña, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo. De Historica Institutione Dialogus. Diálogo de la Enseñanza de la Historia, 1557*. Madrid: Universidad de Alcalá; Diputación de Sevilla, 2000, p. 69. Debo esta referencia a James Amelang.

<sup>11</sup> Al comienzo de su obra Fox dice haber sido interpelado por alguien que le preguntó «por qué nuestros hombres no habían querido poner por escrito los hechos de armas que habían tenido lugar en España, antaño contra los moros u hogaño en Italia, Francia y Alemania, o los que, en época de paz, habían acontecido en su república, o también aquellos que habían sucedido en el Nuevo Mundo, descubierta y sometido por primera vez por ellos», *Ibid*, ¶3 y ¶4. Fox está avanzando algunos presupuestos que se desarrollarán con mayor amplitud a finales de este siglo XVI, como mostraré en el siguiente apartado.

de lo que hacían Zurita y Agustín en este mismo año, Fox oponía en la historia el estilo Ciceroniano a una «oración fluida al modo de Isócrates o Teopompo»<sup>12</sup>. En dos ocasiones Fox demuestra su conocimiento de primera mano del autor latino con dos citas literales provenientes del comienzo y del libro undécimo de los *Anales*<sup>13</sup>. Fox critica consistentemente la inclusión de malos ejemplos en la historia, «pues se saca más perjuicio de su lectura, ya que lo depravado enseña a los hombres los vicios a que están inclinados por naturaleza, que la utilidad que se obtiene al exhortarlos a que se aparten de tales indecencias», pero sorprendentemente esto no da lugar a una crítica de Tácito<sup>14</sup>. Esta falta de crítica al contenido de las obras de Tácito puede estar indicando que el latino arrastraba en estos momentos menor carga polémica, pero también la intención de Fox de no dar mayor publicidad a esos mismos vicios<sup>15</sup>.

La obra de Fox pertenece por derecho propio al género de las artes históricas, cuya trayectoria alcanza a lo largo del siglo XVI ha descrito pormenorizadamente Anthony Grafton<sup>16</sup>. Fox detalla el valor ejemplar de la historia, que ha sido descubierta, cultivada y conservada «no como recuerdo inútil e insulso de cosas pasadas o presentes, que en éstas consiste, ni futuras, sino para la educación de la vida humana, como las leyes, la disciplina de costumbres y las restantes artes buenas y liberales, dignas del hombre»<sup>17</sup> y argumenta, como ya he señalado, el valor de los buenos ejemplos<sup>18</sup>. No

---

<sup>12</sup> Fox se explaya sobre el estilo con que debe escribirse la historia en *Ibid.*, ¶172-¶179.

<sup>13</sup> La primera aparición de Tácito en la obra de Fox es dentro de una serie de historiadores que han ido existiendo a lo largo de los tiempos. En segundo lugar Tácito es mencionado como ejemplo cuando Fox propone que para escribir una historia debe partirse de un tema general o una especie de tesis. *Ibid.*, ¶29 y ¶69 respectivamente. Un pasaje de *An.* I, 1 ejemplifica, según la interpretación de Fox Morcillo, que puede comenzarse una obra histórica sin apenas exordio (¶119 y 129). Vuelve a mencionarse a Tácito entre otra serie de historiadores que han dispuesto su narración con buen orden y con los contenidos necesarios en ¶136. Finalmente, el pasaje de *An.* XI, 8 lo emplea Fox como un ejemplo de «reunión de los tiempos», esto es, de una narración que contempla lo sucedido en distintos lugares en un mismo momento (en este caso en Roma y en el reino de los armenios) (¶140).

<sup>14</sup> *Ibid.*, ¶59. Los ejemplos citados afectan sin embargo a ciertos contenidos de la obra, pues son: «la molicie afeminada de Antonino Heliogábalo, recordada por Lampridio, el lujo de Sardanápalo, la voluptuosa desidia de C. Calígula o la disoluta de los reyes persas, los sibaritas y demás que recuerdan Ateneo y otros autores» (¶60). En ¶247, Fox indica que el lector puede dar «rienda suelta del placer y los otros vicios» si se le proponen «las sordideces y vergüenzas de la vida de Cómodo, Calígula, Nerón, Heliogábalo, Dionisio y Sardanápalo y demás similares».

<sup>15</sup> Esto concuerda con la siguiente sugerencia de Fox, para quien aunque en la historia se debe escribir todo lo verdadero es «infinitamente mejor y más útil omitir lo demasiado vergonzoso y criminal, con cuyo ejemplo más se perjudica que se beneficia, sobre todo a los más jóvenes y novatos», *Ibid.*, ¶60.

<sup>16</sup> Grafton, *What was history?*, p. 21: «El género de las *Artes historicae* creció a partir de unas profundas raíces en el pensamiento clásico y del siglo XVI, adquirió una forma definida a mediados del XVI y asumió una forma canónica entre los años 1576 y 1579, cuando el jurista Johannes Wolf publicó su influyente antología *Artis historicae penus*». Grafton no cita, sin embargo, la obra de Fox.

<sup>17</sup> Cortijo Ocaña, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo. De Historica Institutione Dialogus*, ¶238.

<sup>18</sup> También se encuentra en Fox la formulación clásica que considera que la historia sirve para «incitar a los hombres a la virtud con sus ilustres ejemplos a modo de leyes o para hacer que teman los vicios por la

obstante, también discute su relación con la prudencia, un tema que será objeto de un mayor desarrollo en discusiones posteriores. Frente a los viajes, la experiencia, una vida larga o la participación en los consejos, la historia, dice Fox, «abarca a todo aquello y que es, por así decirlo, tabla y espejo de la vida humana propuesta para la prudencia y el conocimiento»<sup>19</sup>.

Estoy seguro de que es posible encontrar más testimonios de usos de Tácito en autores hispanos del siglo XVI, antes de 1580 y que obliguen a reconsiderar el catálogo existente no tanto por su peso específico sino por el modo en que contrastan entre sí y revelan usos completamente distintos de los mismos textos. En todo caso, parece poco probable que por muchos nuevos testimonios que aparezcan el panorama español pueda asemejarse al de la recepción italiana, que se demuestra muy activa desde el siglo XV y durante el primer tercio del XVI, momentos en los que Kenneth Schellhase, de hecho, situaba el punto álgido del uso político de Tácito<sup>20</sup>. Si respecto a Italia en España hay que hablar abiertamente de la ausencia de una recepción tan temprana<sup>21</sup>, respecto a otros países, como Inglaterra, caben matices en esta afirmación.

Los dos primeros apartados de este capítulo analizan la presencia y uso de Tácito en Juan de Mariana, Juan de Silva, Antonio de Toledo, Baltasar Álamos de Barrientos y otra serie dispersa de autores que demuestran el fermento de una recepción de Tácito en las últimas dos décadas del siglo XVI. Analizan asimismo el desarrollo de este proceso en universidades y otros círculos hasta llegar a la notable ebullición de traducciones concentradas en los años 1613-1615. Puesto que el conocimiento de la historia se proponía como clave para interpretar la realidad, este esquema epistemológico permitía incorporar las variaciones, disfunciones y distorsiones de esa realidad (los acontecimientos), en la constante búsqueda y relectura de las historias. Los vaivenes de aquel presente iban alterando el modo en que se leían los textos que debían dar las soluciones para interpretar ese mismo devenir. En este sentido, ofrezco también algunas indicaciones sobre las conexiones entre diferentes usos de Tácito y propuestas de lectura histórica al hilo de ciertos acontecimientos fundamentales del fin del reinado de Felipe

---

similitud de los ejemplos contrarios», a lo que añade que también es útil «para disponer adónde se dirija su ánimo y sedarlos en la curación de su alma o para adorno del conocimiento culto», Ibid, ¶239.

<sup>19</sup> Ibid, ¶245.

<sup>20</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, cap. 1 «Tacitus in the political thought of fifteenth-century Italian humanists».

<sup>21</sup> Forzando algunas conexiones José Luis Sánchez Lora llega a decir que «si Carlos V se rodeó en un tiempo de erasmistas, Felipe II lo hará de tacitistas», Sánchez Lora, *Arias Montano*, p. 29. Ver también p. 43 sobre Tácito y Arias Montano.

II y durante el de su sucesor Felipe III, una nueva contextualización, en definitiva, de los usos de Tácito durante unas décadas agitadas para la monarquía hispánica.

En el último apartado abordo otro aspecto fundamental para comprender la recepción de Tácito y, en general, ciertos aspectos de la escritura en torno a la materia política. Con la misma atención que dediqué a las traducciones del capítulo anterior, trato de exponer cómo se debieron o pudieron leer las obras en que Tácito era recomendado y qué imágenes trasladaban. De este modo, trato de desplazar ligeramente la atención de las ideas o el contenido de los textos para centrarla en los potenciales usos y destinatarios de estos libros. Esta exposición del «modo de empleo» está planteada inicialmente a partir del *Tácito español ilustrado con aforismos* de Álamos de Barrientos, pero trato de hacerla extensiva a otras obras en las que se trataba la política como un dominio específico y se proponían modelos para acceder a su conocimiento.

En los capítulos 6 y 7 mantendré una óptica comparativa que complementa la narración que ofrezco en este. Como trataré de mostrar, esa perspectiva ofrece claves interesantes para comprender las características compartidas del fenómeno de la recepción de Tácito. Una de las características fundamentales de este proceso es que se produjo bajo el signo de la revalorización de la historia como guía para la acción política. El avance de la «teoría» de la historia ejemplar, que se remontaba como mínimo a los comienzos del renacimiento, era un síntoma de la interrogación sobre el modo de conocer y actuar en la esfera del gobierno de los asuntos humanos. Más allá de la revalorización teórica de la historia, esto significará que todos los recursos y procedimientos de lectura comentados en los capítulos anteriores serán explotados al máximo, hasta llegar a vislumbrar los límites de los mismos.

## **5.1 Historia y política a fines del reinado de Felipe II**

Frente a los usos geográficos, eruditos y de otro tipo, a partir de 1580, ya disponible a través de las ediciones de Lipsio, el texto de Tácito inició una nueva etapa en su recepción, que fue adquiriendo caracteres netamente políticos<sup>22</sup>. No cabe duda, por otra parte, de que la última década del reinado de Felipe II tiene un carácter distinto del resto de su reinado, si bien el punto de inflexión ha sido situado en varios lugares

---

<sup>22</sup> Esta apreciación temporal está en Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», que cuestiona el papel de Lipsio en el giro político de la recepción de Tácito, pero señala que el primer comentario de este tipo fue el de Carlo Pasquale en 1581, y en Maravall, «La corriente doctrinal», p. 653, que afirma que «entre las fechas de la primera edición lipsiana y de la última [1574-1607], se colocan los años de maduración del tacitismo político propiamente tal».

distintos y se han aducido diversas causas para explicar las modificaciones en el gobierno y en la propia percepción de la monarquía<sup>23</sup>. Puede calificarse la nueva situación (simbolizada por la pérdida de la armada en 1588) como una etapa de desconcierto, pérdida de confianza y búsqueda de explicaciones o, también, de apertura para el surgimiento de modos explicativos diferentes de los hasta entonces más generalmente admitidos. Un aspecto consistente de este replanteamiento es el nuevo valor que iba cobrando la historia<sup>24</sup>. La reflexión sobre la aplicación prudencial de la historia, apuntada por Fox, constituye uno de los temas que vertebran el prólogo a la *Historia del Perú* de Diego Fernández, publicada en 1571:

semejante letura fue siempre loada y recomendada á los Monarcas y héroes, porque hace al hombre más prudente. Por tanto, Sócrates compara la prudencia a la Historia, dividiéndola en tres partes, y dice: “El hombre prudente, debe acordarse de lo pasado, mirar lo presente y proveer á lo que está por venir”. Lo cual todo nace del conocimiento de la Historia, pues por las cosas pasadas juzgamos las venideras. También se da por precepto que los consejeros de los Príncipes sean prudentes, expertos y leídos en historias; porque por la memoria y recordación de los pasados sucesos sepan escoger el mejor consejo, así para conservar la paz, como para mantener la buena orden de la guerra<sup>25</sup>

Como señalé, autores como Sebastián Fox Morcillo venían poniendo de manifiesto las carencias españolas en lo tocante la historia, así como la falta de patronazgo e interés regio por el relato en latín (vehículo para comunicarla a toda Europa) de los hechos de un pueblo imperial cuyas hazañas podían equipararse a las de los romanos. Criticaba también Fox la reticencia «modesta» (decía haber oído de ella) de los reyes españoles frente a la historia y sugería la concesión de «premios» o, llanamente, el obligar a ciertos doctos españoles, de cuya «negligencia ingénita» se quejaba igualmente<sup>26</sup>. Este llamamiento pareció fructificar hacia finales del reinado de

---

<sup>23</sup> John H. Elliott, «Self-perception and decline in early seventeenth-century Spain»; en *Past and Present*, vol. 74 (1977), p. 46 y 51; Pablo Fernández Albaladejo, *Historia de España. La crisis de la monarquía*. Barcelona: Crítica; Marcial Pons, 2009, vol. 4, pp. 1-3; Geoffrey Parker, *Felipe II*. 2ª ed. Madrid: Alianza, 1996.

<sup>24</sup> Sobre esta «revalorización» de la historia ver Grafton, *What was history?* Ver también 3.1.

<sup>25</sup> Diego Fernández, *Primera parte de la historia del Perú*. 2 vols. Madrid: Imprenta de Prudencio Pérez de Velasco, 1913, p. 12. [Edición, prólogo y apéndices de Lucas de Torre.]

<sup>26</sup> Cortijo Ocaña, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo. De Historica Institutione Dialogus*, ¶222: «Y hay que exhortar a los príncipes a que repriman esta inercia, o se han de proponer premios, o que obliguen a los hombres doctos a poner su ánimo en este tema. Y que dejen lo

Felipe II, cuando se desarrolló un renovado interés por la historia entendida en un sentido político: como una materia relacionada directamente con la imagen pública de la monarquía, tanto en el presente como en el legado que quedaría para la posteridad<sup>27</sup>. Richard Kagan ha bautizado esta nueva preocupación por las cuestiones históricas como el «giro político» de la historiografía, vinculándola al cambio que desde el siglo XVI llegará a conformar, para Inglaterra, una historia política a comienzos del siglo XVII<sup>28</sup>. Este impulso surgió en gran medida, señala Kagan, como respuesta a las imágenes negativas de Felipe II que estaban propagando otros textos de esa misma década: la *Apología* de Guillermo de Orange (1580), la historia de la anexión del reino de Portugal escrita por Girolamo Franchi di Conestaggio en 1585 o la *Histoire general de l'Espagne* de Louis de Mayerne (1587)<sup>29</sup>. Junto a la revalorización de la historia clásica, se tomó conciencia también de la importancia de la historia reciente a la hora de transmitir imágenes de la monarquía y en consecuencia surgieron proyectos para redactar una historia de España, como el encargado por Juan de Idiáquez y Cristobal de Moura en 1592 a Esteban de Garibay<sup>30</sup>.

El papel que comenzó a jugar la historia coetánea es sintomático del valor del que gozaba esta forma de conocimiento y nos ofrece un contexto para las recomendaciones favorables de Tácito que encontramos en esta última década del gobierno de Felipe II. La historia de Tácito entró a formar parte de un determinado

---

que he oído alguna vez, que desean darse a conocer más ampliamente e incluso ejecutar acciones ilustres y dignas de recuerdo, pero que dejan que otros las escriban: como si no fuera propio de una misma valentía llevar algo a cabo con lustre y proponerlo a los demás para que se conozca». Ver en general ¶211-¶222.

<sup>27</sup> Una interesante apreciación de las diferencias entre la historia oficial y el moderno término de propaganda en Kagan, *El rey recatado*, pp. 36-37.

<sup>28</sup> Richard L. Kagan, «Antonio de Herrera y Tordesillas and the 'political turn' in the 'official history' of seventeenth-century Spain», en Chantal Grell (ed.), *Les historiographes en Europe de la fin du moyen Âge à la Révolution* París: Presses Universitaires de Paris-Sorbonne, 2006, p. 278. La definición de esta historia política, que no concuerda plenamente con la propuesta de Kagan, es fundamentalmente la de F. J. Levy, *Tudor political thought*. San Marino (California): The Huntington Library, 1967, p. 237: «Hacia finales del siglo XVI se desarrolló una nueva forma de escribir historia, cuyas características más habituales fueron el estilo lacónico y epigramático, la condensación radical de la materia de estudio y, lo más importante, la insistencia en que el propósito de escribir historia era enseñar sabiduría política a los hombres [...] este entusiasmo por la política significaba que buscarían las causas de los acontecimientos. Al igual que sus predecesores, aceptaban la providencia como la causa final de todo lo acontecido, pero miraron detrás (o debajo) de la providencia en busca de las causas secundarias». Ambas aproximaciones difieren significativamente, pues el giro político que detecta Kagan se refiere a las obras de historia coetánea y no, como hace Levy, a las historias pasadas que podían ser leídas en clave presente.

<sup>29</sup> Kagan, «Antonio de Herrera y Tordesillas and the 'political turn'», pp. 281-282.

<sup>30</sup> Descubierta y editada por Kagan, *El rey recatado*. La preocupación de Idiáquez parece remontarse, según testimonio de Antonio de Herrera, hasta 1585 (p. 50). En 1599 Herrera señalaba que Idiáquez le había encargado esa historia, trasladándole el proyecto de Garibay (p. 49). En el siguiente apartado muestro que durante el reinado de Felipe III Herrera siguió actuando como «consejero» en materias históricas para Idiáquez.



«programa educativo» que dio nueva relevancia y profundizó en las funciones tradicionalmente atribuidas a la historia. Muestra de ello es el capítulo que Juan de Mariana dedica en *De rege* a la educación del príncipe en las letras, en el que destaca la importancia de un buen aprendizaje de la lengua latina. Entre los autores de historia recomendados, aparecen en primer lugar César, Salustio y Tito Livio, que «que son discretos en la narración de los hechos y suelen ilustrar con muchas luminosas sentencias la elegancia de su estilo»<sup>31</sup>. Junto a ellos, y en el momento en que se haya adquirido una mayor soltura con la lengua latina,

debe añadirse a Tácito, de difícil y espinoso lenguaje, pero lleno de ingenio, que contiene un tesoro de sentencias y consejos sobre los más graves problemas y revela las mañas y los fraudes de la corte. En los males y peligros ajenos que describe podemos contemplar casi como en un espejo la imagen de nuestros propios problemas. Es en verdad autor que no deberían dejar nunca de la mano ni los príncipes ni los cortesanos y que deberían estar repasando día y noche<sup>32</sup>

La recomendación tiene un destinatario público —está en una obra impresa—, pero también está dirigida al futuro Felipe III, ya que Mariana escribía a petición de García de Loaysa, arzobispo de Toledo, uno de los consejeros eclesiásticos más importantes de los últimos años del reinado de Felipe II y tutor del futuro rey<sup>33</sup>. También parece haber algunas pruebas de que el propio Mariana habría estado involucrado en la educación del joven Felipe III algunos años antes de la publicación del *De rege*<sup>34</sup>, lo que permite afirmar que Tácito podía ocupar sin problemas un lugar de primera línea en el programa educativo de la monarquía.

La recomendación conserva claros ecos de una concepción ejemplar de la historia, aunque Mariana aluda simplemente a un «espejo» de los problemas propios y no a la arquetípica imitación del bien y huída del mal. Está fundada igualmente en el retrato de Tácito promovido por Lipsio, si bien Mariana ahonda en la potencialidad de Tácito a la hora de revelar lo oculto y engañoso de la vida de la corte. El «repasso día y noche» podría recordar una lectura activa y sucesiva, con varios niveles de

---

<sup>31</sup> Juan de Mariana, *La dignidad real y la educación del rey [De rege et regis institutione]* [1599]. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1981, p. 180. [Edición y estudio preliminar de Luis Sánchez Agesta.]

<sup>32</sup> Ibid.

<sup>33</sup> Harald E. Braun, *Juan de Mariana and early modern Spanish political thought*. Aldershot (Hampshire): Ashgate, 2007, p. xi.

<sup>34</sup> Ibid, p. 4.

aprovechamiento del latino. En cualquier caso, la recomendación de Mariana no es importante únicamente por incluir a Tácito, sino porque esta mención aparece en el seno de una nueva relación entre la historia y la política. En el prefacio a *De rege* Mariana señala que hacía uso de los ejemplos históricos para obtener los principios cristianos del gobierno<sup>35</sup> y esa misma vinculación entre historia y *principios* de gobierno la repetirá Mariana en 1601 en la dedicatoria de su *Historia general de España*<sup>36</sup>. Como ha resaltado Harald Braun, en la *Historia general* Mariana recuerda a Felipe III que *De rege* trataba especulativamente de los preceptos, consejos y leyes que debían gobernar la vida de un príncipe, pero que son los ejemplos históricos los que dan vida a la discusión abstracta y que los muchos volúmenes de su historia de España (con los ejemplos de historia antigua y española que contienen) sirven para poner de manifiesto esos principios de gobierno y el modo en que se deben llevar a la práctica<sup>37</sup>.

El uso de Tácito por parte de Mariana ha generado opiniones contrapuestas: Francisco Sanmartí Boncompte minimiza la influencia estilística y el grado de imitación de Tácito por parte de Mariana<sup>38</sup>, mientras que —como ha señalado Harald Braun— Quentin Skinner y Richard Tuck sostienen opiniones contrapuestas. Para Skinner, en el *De rege* predominan las actitudes antimaquiavelianas y antitacitistas mientras que Tuck se sorprende por el inusual lenguaje y conceptualización de la política decididamente «imperialista tacitista» del jesuita<sup>39</sup>. Sea como fuere, no cabe duda de que Mariana es un inteligente lector de Tácito, de cuyas obras obtiene pasajes llenos de fuerza y que emplea ocasionalmente para ilustrar los argumentos que desarrolla en *De rege*. Para Mariana, por ejemplo, una de las diferencias entre el rey y el tirano es que éste teme a los propios ciudadanos y por eso prefiere contratar a mercenarios y extranjeros, tal como hizo Nerón<sup>40</sup>. De igual manera, Mariana dedica un capítulo a prevenir al príncipe acerca de los aduladores, señalando que, aunque pudiera referir muchos otros ejemplos,

---

<sup>35</sup> Mariana, *La dignidad real y la educación del rey*, «Prefacio», citado en *Ibid.*, p. 1.

<sup>36</sup> Juan de Mariana, *Historia general de España*. 2 vols. Toledo: Pedro Rodriguez, 1601.

<sup>37</sup> Esta conexión la ha mostrado Braun, *Juan de Mariana*, p. 3.

<sup>38</sup> Sanmartí opone el estilo de ambos autores: «La claridad y sencillez de la frase de Mariana, tanto escribiendo en latín como en castellano, pese a su brevedad, contrasta con la asimetría y afectada originalidad de Tácito que hacen su lectura difícil y a veces oscura», Sanmartí Boncompte, *Tácito en España*, p. 152.

<sup>39</sup> Braun, *Juan de Mariana*, p. 11, concluye que «ambos están en su justo derecho al identificar temas y elementos tanto “tacitistas” como “antitacitistas” en *De rege* pero señala que «el enfrentamiento entre estos ángulos interpretativos no es fácil de reconciliar. Las contradicciones implícitas de Mariana hacen difícil identificarlo tanto como “tacitista”, “antitacitista”, o como un defensor neto del “constitucionalismo castellano”. Al mismo tiempo, el hecho de que *De rege* provoque tal multiplicidad de interpretaciones nos ofrece unas primeras claves acerca de sus rasgos distintivos y su significado».

<sup>40</sup> Mariana, *La dignidad real y la educación del rey*, pp. 68-69.

el reinado de Tiberio es el que más claramente prevendrá contra estos necios y ayudará a «diagnosticar» sus mañas<sup>41</sup>. En el capítulo dedicado a la mentira se alude a la bien subrayada disimulación de Tiberio<sup>42</sup> y el famoso capítulo sexto del libro primero, «sobre si es lícito matar al tirano» concluye con un ejemplo extraído del decimoquinto libro de los *Anales*, en un magistral adorno que se vale de la fuerza de las palabras de Tácito para amplificar su propio argumento<sup>43</sup>. En el tercer libro de *De rege* se vuelve a mencionar la obra de Tácito, en este caso para apoyar una recomendación en contra de los actores —que sean separados de lo sagrado— y para consultar los argumentos a favor y en contra del teatro que se encuentran en *Anales XIV*<sup>44</sup>.

Los extractos procedentes de textos de Tácito son empleados por Mariana para ilustrar una serie amplia de temáticas, separándolos en ocasiones de su contexto, utilizándolos en otras como arma retórica, y aproximándolos las más de las veces al presente que está siendo delineado. Posiblemente, la mayor novedad de Mariana o su rasgo más sorprendente no sea el hecho de que utilice a Tácito. Pero al hacerlo pone de manifiesto el modo en que, de acuerdo con lo expresado en su prólogo, la historia sirve para obtener guías para la actuación política y se constituye en un modo de conocimiento de la realidad. Harald Braun hace más extensiva esta cuestión, señalando que una clave fundamental para la interpretación de *De rege* (tanto como la doctrina que contiene) radica en el modo en que está construido, en el modo en que «el saber político se presenta principalmente en la forma condensada del lugar común»<sup>45</sup>. De este modo, prosigue Braun, Mariana es capaz «tanto de entrelazar las partes más teóricas de su argumento con las más prácticas como de asegurar que los temas más destacados se aborden desde varios ángulos»<sup>46</sup>.

---

<sup>41</sup> Ibid. lib. 2, cap. 11, pp. 228-229. «Así son las mañas de esos necios, tan fáciles de conocer que no engañan sino a quienes se dejan engañar. El príncipe, con el transcurso de los años, los diagnosticará continuamente en aquellos hombres de malas costumbres que hablan para agradarle hasta cuando parecen reprender sus vicios, y que desean aumentar al infinito sus honores y riquezas y los de su familia» (p. 229)

<sup>42</sup> Ibid, lib. 2, cap. 10.

<sup>43</sup> Ibid, pp. 84-85. «Y para terminar la discusión de este problema, me agrada concluir con las palabras del tribuno Flavio, que habiendo sido convicto en una conspiración contra Domicio Nerón, y como le preguntaran cómo pudo olvidar un juramento de fidelidad, respondió: “Aunque te odiara, no tuviste un soldado más fiel mientras mereciste ser amado. Comencé a odiarte después de que asesinaste a tu madre y a tu esposa y comenzaste a actuar como un payaso, como un auriga y como un incendiario”. Esta frase, propia de un militar con un espíritu viril, la refiere Tácito en el libro 15 de su *Historia*».

<sup>44</sup> Ibid, pp. 428-429 y 435.

<sup>45</sup> Braun, *Juan de Mariana*, p. 12.

<sup>46</sup> Ibid. También añade, en comparación directa con Cornelio Tácito, que «de un modo no distinto al de Tácito, las *sententiae* de Mariana iluminan tanto como oscurecen los polifacéticos ejemplos históricos que se sirven a sus lectores».

La recomendación de Mariana al joven príncipe Felipe III se extiende a los jóvenes vástagos de la nobleza castellana en la carta de instrucciones para gobernarse en la corte que Juan de Silva (conde de Portalegre) dio a su hijo. Este texto, que forma parte de un género bien establecido, fue redactado originalmente en 1592 como un añadido a unas instrucciones anteriores de Juan de Vega<sup>47</sup>, y aunque éstas inicialmente eran privadas y estaban dirigidas a un destinatario concreto acabaron siendo incorporadas a la obra de Gabriel Pérez del Barrio Angulo, *Dirección de secretarios de señores* (Madrid, 1613)<sup>48</sup>. La recomendación que Juan de Silva hace de Tácito en su «epistola familiar» aparece nuevamente en la parte dedicada a las «letras» y es más escueta, pero no menos poderosa, que la de Mariana:

De los historiadores, aunque son mejores otros, es Cornelio Tácito el más útil para lo que anda en la corte, porque os hará conocer disfrazado en qualquier hábito<sup>49</sup>

Lo mismo que en Mariana, quizá más claramente, Tácito se propone como ayuda específica para la corte y como revelador de lo oculto bajo las apariencias superficiales. Al igual que ocurría en Mariana (y en muchos otros autores ocurrirá lo mismo), Juan de Silva sitúa su recomendación de Tácito en el contexto de los beneficios que ofrecen los historiadores en general. Esta preferencia o valoración especial de Tácito, nace en el seno de las posibilidades que ofrece la historia como herramienta para la acción.

El *De rege* de Mariana se publicó en 1599, pero debió componerse en algún punto entre 1586 y 1595<sup>50</sup>. Este arco temporal, que incluye la carta del conde de Portalegre, delimita un momento señalado en la recepción de Tácito en España. Álamos de Barrientos debió comenzar a traducir los *Anales e Historias* de Tácito unos dos o tres años antes de someter su traducción, con los comentarios y aforismos, a la aprobación

---

<sup>47</sup> Fernando Bouza Álvarez, *Imagen y propaganda. Capítulos de la historia cultural del reinado de Felipe II*. Madrid: Akal, 1998, apéndice 3, *Instrucción de Juan de Vega a su hijo adicionada por el conde de Portalegre (1592)*, p. 229. Poco antes de la recomendación citada, Portalegre aconseja a su hijo «que trabajéis de inclinaros leyendo libros latinos e historia principalmente y de doctrina moral y también de poesía y tened por cierto que me havéis de agradecer el consejo si le tomáredes». No por ello deja de advertirle que no debe mostrar que trata con libros «porque peor es parecer letrado que dexar de serlo», p. 229. Sobre este tipo de instrucciones y sobre la adopción de las letras por la nobleza española (pese a las reticencias tópicas como las expresadas por Portalegre) Richard L. Kagan, «Olivares y la educación de la nobleza española», en John H. Elliott y Ángel García Sanz (eds.), *La España del conde duque de Olivares*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1990, pp. 232-234.

<sup>48</sup> Gabriel Pérez del Barrio Angulo, *Dirección de secretarios de señores*. Madrid: Alonso Martin de Balboa, 1613. La circulación impresa de este texto ha sido puesta de manifiesto por Kagan, «Olivares y la educación», p. 233.

<sup>49</sup> Pérez del Barrio Angulo, *Dirección de secretarios de señores*, fol. 185r.

<sup>50</sup> Mariana, *La dignidad real y la educación del rey*, p. xi.

del consejo en 1594<sup>51</sup>. En torno a ese mismo año de 1594 debió iniciarse la supuesta traducción de Tácito por parte de Bartolomé Leonardo de Argensola, según nos transmite Juan Antonio Pellicer y Saforcada (que se basa a su vez en Ustarroz)<sup>52</sup>. A finales del siglo XVI también se leía la obra de Annibale Scoto sobre Tácito, de la que un desconocido doctor Mendieta tomó notas y que Álamos de Barrientos «empleó» profusamente para componer sus aforismos<sup>53</sup>. En 1590, en fin, Antonio de Toledo compuso la primera traducción castellana conservada de Tácito, una traducción del primer libro de los *Anales* y el primero de las *Historias*<sup>54</sup>.

La traducción de Antonio de Toledo, en ocasiones compleja, en otras errónea, presenta una relación con el presente similar a la descrita para las traducciones descritas en el capítulo anterior y aunque se conoce desde el estudio de Tierno Galván, su descontextualización, su carácter parcial y la aparente ausencia de información sobre su autor la han relegado al olvido<sup>55</sup>. La biografía de Antonio de Toledo es oscura<sup>56</sup>, pero conservamos un largo prólogo a *El perfecto capitán* de Diego de Álaba y Viamont

<sup>51</sup> Señalado en Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 60. Para un análisis en profundidad de esta traducción y sus preliminares, y una discusión sobre la datación de los mismos, ver 5.2.

<sup>52</sup> Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles...*, p. 28: «Por el mismo año de 1594. en que Alamos solicitaba desde sus prisiones imprimir su version, estaba tambien dedicado Lupercio Leonardo de Argensola, grave y erudito Coronista de Aragon, a traducir los Anales de Tacito como dice Ustarroz [en Elogios M.S. de los coronistas de Aragon]; aunque se ignora si continuó este trabajo, o le interrumpió al principio [...]»

<sup>53</sup> Me refiero a Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii*. Álamos de Barrientos plagia gran parte de la obra de Scoto, tal y como han demostrado Arnaldo Momigliano, «Il Tácito español di B. Alamos de Barrientos e gli Aphorismos di B. Arias Montano», en Arnaldo Momigliano (ed.), *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1955, Vol. 47. y Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos». *Apuntamientos del Dr. Mendieta a los comentarios de Anibale Scoto sobre Tácito*, 1591. [BNM Mss. 1762.]

<sup>54</sup> Tácito, *Libro 1º de los Anales*. Aunque esta es la primera traducción conservada, hay noticias de otra anterior en Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles...* p. 28. «antes que Alamos y Leonardo, empezó la traducción de Cornelio Tacito Don Miguel Climente, Protonotario de la Corona de Aragon, aunque igualmente ignoramos sus progresos». En Ustarroz y Dormer, *Progresos de la Historia en el Reyno de Aragon*, se señala que Miguel Climent murió en 1562, sucediéndole Jerónimo Zurita en el cargo de protonotario de Aragón. En su biblioteca no hay rastros de este manuscrito ni de las obras de Tácito, de acuerdo con la información proporcionada en María Teresa Alvarez Clavijo y Ana Jesús Mateos Gil «La biblioteca de Miguel Climent Gurrea, protonotario de la Corona de Aragón (1563)», en *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, vol. 65 (1996), pp. 99-130 y María Teresa Alvarez Clavijo, Ana Jesús Mateos Gil y M. Carmen Morte García, «La colección de pinturas, tapices, dibujos, estampas y esculturas de Miguel Climent Gurrea, protonotario del Consejo Supremo de Aragón, y otros inventarios del siglo XVI» en *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, Nº 65 (1996), pp. 131-164.

<sup>55</sup> Tierno Galván, «El tacitismo». Sanmartí Boncompte, *Tácito en España*. descubrió la segunda copia, conservada en la RAH.

<sup>56</sup> Al final de esta traducción ofrece un dato clave para identificarlo, al denominarse señor de Pozuelo de Belmonte. Una breve historia de esta localidad permite confirmar su identidad y aporta algún destello biográfico: Nicolás Ávila Seoane «Pozuelo de Belmonte. De señorío episcopal fronterizo hasta las manos de un valido de los Austrias», en *Historia. Instituciones. Documentos*, vol. 32 (2005). El otro dato que conocemos acerca de Antonio de Toledo es que salvó parte de la obra de Francisco de Figueroa, el Divino, según la indicación que se conserva en el «Breve discurso de Luis Tribaldos de Toledo sobre la vida de Francisco Figueroa» que acompaña la edición de las obras de Figueroa publicada en Lisboa por Pedro Craesbeeck en 1626.

escrito poco antes de que completase su traducción de Tácito<sup>57</sup>. En este texto, más interesante para mi propósito que su traducción de Tácito, Antonio de Toledo describe el ambiente intelectual que debió conocer en la casa de Ambrosio de Morales en Alcalá<sup>58</sup> y refiere al aprendizaje que allí se recibía, ofreciendo una precisa visión sobre la importancia de la lectura de textos históricos en la generación de un conocimiento del mundo amplio y fundado:

Para esto estudio [Diego de Álaba] con gran aprovechamiento la lengua latina y Retorica en Alcalá, en aquella insigne casa de Ambrosio de Morales, de donde creo han salido tan raros ingenios de cavalleros ilustres (que no se consentian otros en ella) como de toda Atenas: con este gran caudal a sido estraño el que à hecho en la historia general y particulares, Latina, Griega, y vulgar, y de todas naciones y provincias, observando en ellas los exemplos y arte militar: de suerte que pienso yo, que si un muy buen soldado huviera bivido mil años, y exercitado otros tantos la guerra, no pudiera aver observado mas puntualmente tantos preceptos. Y esto no es encarecimiento, pues todos los que algo saben entenderan lo mucho que haze la licion de tanta antigüedad y tan universal, sacando della no lo que sucedio, que por la mayor parte suele ser a caso, como dize Tacito, sino las razones y discursos de lo que se hizo<sup>59</sup>.

El latín y la retórica son, según se ve, los fundamentos o «caudal» que permiten recoger en la historia (general y particular; latina, griega o vernácula; de todas naciones y provincias) tanto los ejemplos como el *arte* para la materia en cuestión, que en este caso es la militar. La importancia que Antonio de Toledo atribuye a esta labor lectora, que sitúa muy significativamente dentro del campo semántico de la observación, no deja lugar a dudas: en mil años de experiencia, piensa, un hombre no hubiera sido capaz de

---

<sup>57</sup> Este «prólogo» se compuso como máximo antes de febrero de 1590 (fecha de la tasa), y seguramente entre 1587 (fecha de la carta de Francisco de las Brozas a Diego de Álaba) y el invierno de 1588 (fecha en la que Luys Barrientos leyó la obra para su aprobación, que daría en septiembre de 1589). Es, en todo caso, anterior a la traducción del primer libro de las *Historias* de Antonio de Toledo (marzo o mayo de 1590, las fechas varían en los dos manuscritos conservados).

<sup>58</sup> En ese mismo ambiente estudió también Francisco de Figueroa, que nació posiblemente en 1536 (murió en 1617), según se refleja en Christopher Herman Maurer, *Francisco de Figueroa, el Divino: estudio biográfico y edición de sus poemas*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Pennsylvania, 1982. [Director: Gonzalo Sobejano] Reproducción facsímil de University Microfilms International, Ann Arbor (Michigan), 1986, p. 3. Álaba y Viamont era más de 20 años más joven (nació en 1557). Antonio de Toledo tuvo contactos con ambos y es posible que él mismo estudiara en ese ambiente que parece describir de primera mano. Desconocemos su fecha de nacimiento, pero creo que debió estar más próximo al segundo.

<sup>59</sup> Diego de Álaba y Viamont, *El perfeto capitan instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artilleria*. Madrid: Pedro Madrival, 1590. «Don Antonio de Toledo, señor de Pozuelo de Belmonte, à los letores».

observar tantos preceptos. El fragmento oscila entre la alabanza particular de Diego de Álaba y una visión general del papel de la lectura de la historia; el propio Antonio de Toledo trata de defender que «no es encarecimiento» de Álaba el pretender que hay más preceptos en las historias que en la experiencia de un hombre, sino un presupuesto general que deben compartir todos aquellos que algo saben.

Por último, Antonio de Toledo hace una precisión fundamental sobre el modo en que se ha de leer ese abultado número de textos pasados, en la que nos indica además el modo en que él mismo pudo aprovechar la lectura de Tácito. En efecto, no basta con leer: el objetivo no es conocer los hechos en sí, que son particulares, sino saber extraer —como dice Tácito— las razones y discursos de lo sucedido. Difícilmente podía pasar desapercibida esta enseñanza, que no sólo abunda en las posibilidades de obtener conocimiento gracias a la lectura de la historia sino que además procede de un autor tan en boga como Cayo Cornelio Tácito. Antonio de Toledo parafrasea, o emplea, las palabras de Tácito al comienzo de *Historias* I, 4, que literalmente dicen «*ut non modo casus eventus que rerum, qui plerumque fortuiti sunt, sed ratio etiam causaeque noscantur*», y que traduce incorporando la frase «razones y discursos». Con ello esquiva el término «causas» para utilizar el de «discurso» que, de acuerdo con la definición de Covarrubias refiere al «modo de proceder en tratar algun punto, y materia, por diversos propositos y varios conceptos»<sup>60</sup>; un término que subraya por lo tanto el carácter sistemático de las enseñanzas obtenidas.

Como se desprende de las palabras de Antonio de Toledo, Tácito no sólo ofrece un modelo de historia a través de los hechos que narra y el estilo que le caracteriza, sino que también sirve para reforzar el valor que se venía depositando en la historia. Esta combinación redobla a su vez el valor que en estos momentos era atribuido a Tácito, pues en citas como la de *Historias* I, 4 los estudiosos del XVII encontraban una expresión de su proyecto y el refrendo de uno de los historiadores más autorizados del momento. En 1614, Álamos de Barrientos usó esta misma cita para reforzar un pasaje de su dedicatoria al duque de Lerma en el que proponía que la doctrina que estaba exponiendo se aprendía «en la historia; considerando el fin, y suceso de los casos que refiere; y formando de esto unos preceptos, y reglas; o sean advertimientos, y avisos

---

<sup>60</sup> Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*: «DISCURSO, latine discursus, la corrida que se haze a una parte, y a otra: tomase por el modo de proceder en tratar algun punto, y materia, por diversos propósitos, y varios conceptos».

generales; por donde guiar nuestras obras y consejos»<sup>61</sup>. La cita de *Historias* I, 4 (indicada en una apostilla al margen de esta proposición) constituía, lo mismo que en el prólogo de Antonio de Toledo, un broche de oro para amplificar el valor de la historia como método de conocimiento<sup>62</sup>. Baltasar Álamos de Barrientos —encarcelado por segunda vez en octubre de 1590<sup>63</sup>— había comenzado a traducir a Tácito poco después de que Antonio de Toledo completara la suya. Durante los largos ocho años que pasó en prisión, Álamos completó también un *Discurso a Felipe III* e hizo circular una versión reducida de los aforismos (con un largo prólogo), además de diversos memoriales en los que solicita clemencia al rey y apoyos a diferentes personajes de la corte. En gran medida, su figura representa el traspaso de las posiciones existentes en las últimas décadas del reinado de Felipe II a los proyectos y nuevas posibilidades de desarrollo en el de su sucesor.

La revalorización de la historia, entendida como materia práctica, da sentido a los testimonios de la recepción de Tácito en esta última década del siglo XVI. En todos ellos, Tácito aparece como una señal, una guía que indica una manera de entender la actuación humana en el mundo. No resulta sorprendente, por tanto que Harald Braun haya considerado que el *De rege* de Mariana estaba «diseñado para ser leído en comparación o competición con la literatura prudencial del tipo de la producida por Álamos de Barrientos y Narbona»<sup>64</sup>. Pueden trazarse, en efecto, líneas de contacto entre la obra de Mariana y los ejemplos posteriores que he mencionado, pues todas ellas comparten un modo de leer y aprovechar la historia. Las palabras críticas que Pedro de Ribadeneira dedicó en 1595 a Tácito no suponían, como afirmaba Kenneth Schellhase, la cancelación a priori de la recepción del autor latino en España, pero sí constituyen una primera señal de que esta manera de aprovechar las lecciones de la historia estaba cargada de polémica<sup>65</sup>. Eran en cierto modo el reconocimiento de una brecha, de un

---

<sup>61</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>62</sup> El aforismo que Álamos coloca al lado de este pasaje de Tácito en su traducción consiste en una repetición del texto con un importante añadido: «En las historias es necesario que se entiendan las causas de los sucesos, y no los accidentes solos, que a opinion del vulgo son obras del caso, y de la fortuna, para cobrar prudencia en nuestras acciones» Ibid, pp. 612-613.

<sup>63</sup> Gregorio Marañón, Antonio Pérez. *El hombre, el drama, la época*. 2 vols. Madrid: Espasa Calpe, 1947, p. 385.

<sup>64</sup> Braun, *Juan de Mariana*, p. 5. Seguramente se sitúa en esta línea, pero Mariana escribe antes que Álamos y Narbona y refleja el nuevo papel que puede atribuírsele a la historia antes que estos autores más que en competición con ellos.

<sup>65</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*. Braun, *Juan de Mariana*, pp. 5-6. sitúa a Mariana «en algún lugar entre la perspectiva profundamente providencial de Ribadeneira y a postura más secular de Álamos de Barrientos». Por otro lado, no parecen tan avisadas, si consideramos que las acusaciones de Ribadeneira (Tiberio «viciosísimo y abominable») y Tácito «impío y gentil» son las acostumbradas y no



espacio por el que cabía una manera de explicar el mundo nacida de una particular apropiación lectora, de la observación y la destilación erudita de los asuntos humanos tal y como estaban recogidos en las historias.

## 5.2 El huerto de la política en el reinado de Felipe III

Kenneth Schellhase se equivocó al afirmar que los españoles desconocían a Tácito porque no existían ni publicaciones, ni comentarios, ni había sido usado en historias o traducido al castellano hasta 1613<sup>66</sup>. La primera década del reinado de Felipe III ofrece numerosos ejemplos no sólo de la recepción de Tácito, sino del modo en que ésta estuvo vinculada al desarrollo de los modos de explicación del mundo político a partir de la lectura de la historia. Las conexiones entre los profesores de la universidad de Salamanca que leían y hacían leer a Tácito son tan significativas como las de los alumnos que asistían por entonces a aquellas clases. Estudiaba en Salamanca Girolamo da Sommaia con Lorenzo Ramírez de Prado y con Gaspar de Guzmán, futuro conde de Olivares<sup>67</sup> y en estos años de comienzos del reinado de Felipe III los textos de Tácito circulaban también de forma manuscrita, como indica da Sommaia en su diario, y como demuestran las copias manuscritas de los aforismos de Álamos, finalmente publicados en 1614 (seguramente a partir de una de esas copias)<sup>68</sup>. En 1609 Quevedo daba muestras de que esta traducción se conoció antes de su publicación, pues señalaba que «Cornelio Tácito vergüenza hace a Lipsio y los demás comentadores, rico con los comentarios y traducción de don Baltasar de Álamos»<sup>69</sup>. Desconozco si pudo consultar directamente la

---

necesariamente provienen de un conocimiento en profundidad y de primera mano del texto criticado, Pedro de Ribadeneyra, *Tratado de la Religión y virtudes que debe tener el Principe Christiano, para gouernar y conseruar sus Estados. Contra lo que Nicolas Machiauelo y los Politicos deste tiempo enseñan...* Madrid: Pedro Madrigal, a costa de Iuan de Montoya, 1595.

<sup>66</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 152. Schellhase, aparte de desconocer casi totalmente la recepción de Tácito en España, lleva este argumento hasta extremos que parecen nacidos de algún tipo de prejuicio: «se familiarizaron con Tácito meramente de segunda mano y en fragmentos, por medio de la *Politica* de Lipsio (1581) [sic] [...] y su *De constantia* (1585) [sic]. Es una maravilla que incluso estos libros entraran a su disposición teniendo en cuenta los efectos de la ley de censura de 1558 y el índice revisado de 1559».

<sup>67</sup> Haley (ed.), *Diario de un estudiante de Salamanca*. Es llamativo que la *Censura* sobre la impresión de Tácito en castellano comentada en el capítulo 3 empiece ofreciendo una especie de descripción de este ambiente: «Cursando en Salamanca, muchos años à dos cavalleros que solenizavan en mi casa con mucha risa cierto lugar de Cornelio Tacito, preguntandoles yo el pensamiento, me dieron de mano, diziendo, señor, no es esto para todos», Ponce de León, *Censura*. fol. 169r. También Diego Saavedra Fajardo fue estudiante en Salamanca por esos años, como indica Ángel González Palencia, *Diego Saavedra Fajardo. Su vida y sus obras*. Madrid: M. Aguilera, 1946, p. 10. Sobre las conexiones entre profesores como Baltasar de Céspedes, Manuel Sarmiento de Mendoza y el Brocense he hablado en el capítulo 1.

<sup>68</sup> Setanti, *Aphorismos*.

<sup>69</sup> Francisco de Quevedo, «España defendida y los tiempos de ahora», en Felicidad Buendía (ed.), *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1974, Vol. 1, pp. 578-579. [Edición de Felicidad Buendía.] El pasaje es una defensa de las traducciones españolas de los clásicos y de los libros escritos en español. La fecha de esta

obra, pero al menos no le pasó desapercibido que desde 1601 Álamos había obtenido un privilegio de diez años para publicar su *Tácito español*<sup>70</sup>.

La preocupación por el modo en que se escribía la historia de la monarquía también se trasladó, acrecentada si cabe, al reinado de Felipe III. Richard Kagan ha analizado una consulta del Consejo de Castilla de 1603 en la que se discutió sobre la cuestión de la historia que sería más conveniente escribir<sup>71</sup>. Se perfilaron en ella los requisitos de la historia «oficial» que debían componer los cronistas del rey, y que estaría cada vez más encaminada hacia la historia de los eventos más recientes y dedicada a la causa de la monarquía<sup>72</sup>. En un sentido parecido debe interpretarse la carta que el 2 de febrero de 1606 envió desde Valladolid Diego Sarmiento de Acuña al duque de Lerma<sup>73</sup>. Además de subrayarse en ella la importancia de la historia, en un texto adjunto a la carta se exponía el déficit historiográfico que acusaba la monarquía —el «descuido de nuestros pasados en escribir sus hechos»— y la necesidad paralela de controlar los libros que a este respecto se imprimían<sup>74</sup>. El destinatario de la misiva era el rey, por medio de Lerma, y la cuestión la considera el conde Gondomar tan importante que, con una humildad rígida y formularia dice: «si este remedio que doy no fuere cual conviene, podría ser la causa de que se buscase otro mejor, puesto que el darle eficaz y presto sea tan necesario»<sup>75</sup>. La historia seguía estando en el centro de las preocupaciones de la monarquía.

Al introducir el escrito con que acompaña su carta, Sarmiento de Acuña reelabora las consideraciones estereotipadas que definían la historia como «verdadera y esencial maestra de los hombres», en la que «el avisado se perfecciona, el ignorante se enseña, el vicioso, furioso y desordenado se recata y templa, y el cobarde y temido se

---

afirmación nos la da la editora, p. 548n: «Fechado por el propio Quevedo en 20 de septiembre de 1609. [...] Tan importante obra la encontramos autógrafa, en borrador, en un manuscrito existente en la Biblioteca de la Academia de la Historia. De él hemos obtenido el texto para esta impresión».

<sup>70</sup> Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 60.

<sup>71</sup> Kagan, «Antonio de Herrera y Tordesillas and the 'political turn'», p. 277.

<sup>72</sup> Ibid, p. 278.

<sup>73</sup> *Carta al duque de Lerma, y dictámen sobre establecer cuatro cronistas, y atajar los progresos de la imprenta*, en Pascual de Gayangos (ed.), *Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña, Embajador a la Corte de Inglaterra 1613-22*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1869. El título de la carta es de Gayangos, quien además aclara (p. 99n): «Hallábase original en el Códice Cc 43 de la Biblioteca Nacional de esta córte, pero hoy día falta en el tomo. Ahora se imprime por una copia coetánea en la colección del editor».

<sup>74</sup> Ibid, p. 99 y 101. Sarmiento de Acuña acababa de recibir del rey y de las Cortes el encargo de componer una «corónica de los órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, añadiendo sobre lo que escribió Rades ó Radues de Andrade, que para esto compraron y me entregaron todos sus papeles» (p. 115), y no debe descartarse que tratase asimismo de rentabilizar y promocionar su trabajo, e incluso posicionar sus aspiraciones como cronista regio.

<sup>75</sup> Ibid, p. 100.

anima y atreve»<sup>76</sup>. Con sus recomendaciones, Gondomar se perfila como lector de Tácito (en ellas aparece también la fórmula «debe ser, verdadera, sin odio ni adulación»<sup>77</sup>) y descubre su preocupación por una historia —muy en alza en este momento— que supere los marcos estrechamente descriptivos: «particularizando los consejos, las acciones, las razones, las causas, las salidas y sucesos de las cosas, la fama, el nombre, la inclinacion y naturaleza del príncipe ó persona de quien trata». En un elogio de la brevedad que vuelve a recordar a Tácito, Sarmiento también indica que la historia debe tener «buen estilo, no afectado, sino fácil, honesto, y sobre todo, de tal manera breve, que sin decir más de lo necesario diga todo lo que fuere»<sup>78</sup>. Más allá de todo lo anterior, Sarmiento de Acuña propone, con una formulación que sí se aleja notablemente de las consideraciones habituales, que la historia es «la escuela donde los consejos de Estado deben estudiar para disponer y prevenir la defensa, conservacion y aumento de los reinos»<sup>79</sup>. El espacio en que se debe estudiar la historia no es sólo el del aprendizaje personal, sino que está claramente en el corazón de la organización de la monarquía: son los consejos de Estado.

Antonio de Herrera, al que ya hemos visto como traductor de Tácito, fue también un personaje clave en la aplicación de la materia histórica, hecho que se derivaba naturalmente de su posición como cronista del rey. En su correspondencia con el mencionado Gondomar este mismo año de 1606, se aprecia que cómo el paralelo entre los textos de Cornelio Tácito y los sucesos coetáneos del día a día era algo más que una formulación teórica. Herrera escribía así a Diego Sarmiento de Acuña: «como acontece a todos los que Dios dotó del candor de ánimo y celo del bien publico que a Vm. Acuerdaseme de lo que ha leído a este proposito en Tácito de dos nobles romanos que deplorando las calamidades de su república decían bellisimas cosas y me parece que nos hallamos en tal estado, Dios por la misericordia nos tenga de su mano»<sup>80</sup>. La lectura del clásico establece así vínculos entre los dos hombres —basados en el recuerdo y la interpretación común del pasaje al que se están refiriendo— y sirve de guía para la

---

<sup>76</sup> Ibid, p. 103. A pesar de los ecos repetitivos es muy interesante la elaboración que Sarmiento de Acuña hace sobre el tema «alejarse del vicio y acercarse a la virtud» en términos de adquisición de conocimiento y de moderación de las pasiones humanas.

<sup>77</sup> La frase auna el precepto ciceroniano de la narración verdadera y el conocido lema «*sine ira et studio*» que Tácito propone en *An.* I, 1.

<sup>78</sup> Gayangos (ed.), *Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña*, pp. 103-104.

<sup>79</sup> Ibid, p. 103.

<sup>80</sup> Carta de Antonio de Herrera a Diego Sarmiento de Acuña, 19 julio 1606, RAH Salazar, Mss. 979, ff. 332-334. Agradezco doblemente esta referencia a M<sup>a</sup> José del Río, quien no sólo me la facilitó, sino que además insistió para que la recordara. No he analizado, sin embargo, el gran número de cartas entre estos dos personajes que se conservan en los fondos de la BNM, la RAH y la BPR.

comprensión del día a día que están viviendo. Nada de ello impide, merece la pena decirlo, la invocación a la misericordia divina frente a las calamidades que Antonio de Herrera siente estar viviendo.

Como se desprende de estos testimonios, la importancia de la historia y la recuperación de los textos de Tácito en búsqueda de las enseñanzas que se consideraba que contenían estaban relacionadas con la *percepción* de la monarquía en términos generales. Hay que vincularlas a esa literatura de declinación durante los reinados de los denominados Austrias menores denominada arbitrista y que, como ha señalado Elliott, era «económica sólo en parte»<sup>81</sup>. Además, las percepciones negativas iban también de la mano de una apertura de posibilidades de interpretación. Antonio Feros, en su trabajo sobre el duque de Lerma, ha subrayado las capacidades creativas del reinado de Felipe III, en el que tuvo lugar la configuración del modelo del valimiento y creo que es esta misma efervescencia la que permitió despuntar ciertas proposiciones políticas y de uso de la historia que venían fermentando, como he dicho, desde el reinado de Felipe II<sup>82</sup>. La tregua alcanzada en los Países Bajos en 1609 suponía una situación claramente novedosa en la actuación política de la monarquía, y en cierto modo era el acompañamiento perfecto para la creación de un cierto clima político en el que se pusieron sobre la mesa propuestas anteriormente minoritarias pero cada vez mejor establecidas<sup>83</sup>. Esta concatenación de circunstancias me ha llevado a considerar a este periodo, utilizando la metáfora de la época, como un huerto en el que se siembra una variedad creciente de maneras de entender la política. Un laboratorio, en la metáfora actual, donde se experimenta con posibilidades para describir los asuntos humanos y para definir los límites de este dominio disciplinar que hasta entonces se habían mantenido en cierto modo latentes.

En una de sus vertientes esas posibilidades de actuación vinculan conocimiento de la historia y acción política, tal y como indica uno de los aforismos compuestos en

---

<sup>81</sup> John H. Elliott, «Self-perception and decline in early seventeenth-century Spain»; en *Past and Present*, vol. 74 (1977), p. 44. El artículo comienza analizando la percepción del mismo Gondomar veinte años más tarde, en 1626.

<sup>82</sup> Feros, *El duque de Lerma*.

<sup>83</sup> Bernardo José García García, *La pax hispanica: política exterior del Duque de Lerma*. Lovaina: Leuven University Press, 1996, p. 3. «En la década comprendida entre 1596 y 1606, la Monarquía Hispánica experimentó una considerable transformación política, administrativa, económica y financiera, coincidiendo con un amplio relevo generacional en la cúpula del poder. Estos cambios suscitaron un fecundo debate teórico y práctico, protagonizado por reformadores, arbitristas, militares, diplomáticos, funcionarios y hombres de Estado, que trataban de responder a los desafíos que constantemente ofrecía el gobierno universal de este gigantesco y complejo cuerpo de reinos [...]». Ver también Paul C. Allen, *Philip III and the pax hispanica, 1598-1621. The failure of grand strategy*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2000.

1604 (publicados en 1621) por Eugenio de Narbona: «Ejercítense el príncipe en la lección de las historias, porque son las que enseñan a gobernar acertadamente»<sup>84</sup>. Evidentemente, esto no era una doctrina unívoca, sino una posición con ciertos límites y que fue discutida y cuestionada desde el mismo momento en que se propuso. En *Frutos de historia*, Joaquín Setantí muestra, además de algunos de esos límites y matices, los orígenes retóricos del aprovechamiento de la historia<sup>85</sup>. En el prólogo a esta obra, Setantí asienta las bases de todo conocimiento en la constante reutilización del material legado por los autores precedentes, y remite a la metáfora de Séneca (transmitida por Macrobio) que analicé en el capítulo 2<sup>86</sup>. Setantí también introduce un matiz interesante, que habla de los límites previsibles para este aprovechamiento de los textos del pasado:

por aver ya el mundo llegado a la edad postrera, y casi a los postrimeros dias de ella, por discurso de seys mil años, con razon se ha de pensar que todas las cosas humanas, o que el humano entendimiento puede penetrar, estan ya descubiertas, por la innumerable multitud de aquellos que las han ydo investigando, y que ha millares de años que nos servimos de los trabajos ajenos, engañandose los que pretenden inventar algo nuevo:. Y pues todo quanto se haze, y se ha podido hazer de muchos siglos a esta pare, ha sido imitar, o entretexer con artificio, o puramente traduzir: reciba el discreto lector esta mi recopilacion con la benignidad que obligan las dichas consideraciones<sup>87</sup>

Naturalmente, en este momento también coexisten otras posturas que conllevan una oposición declarada a Tácito y (en ocasiones de modo conjunto) al método de comprensión histórica que propugnan autores como Setantí, Narbona, Herrera o Álamos. Esta dinámica de oposición se extiende en el tiempo y acaba por dar lugar a

---

<sup>84</sup> Narbona, *Doctrina politica civil*, Af. 54.

<sup>85</sup> Joaquín Setantí, *Frutos de historia*. Barcelona: Lorenzo Déu, 1610. Sobre este autor, ver Xavier Baró i Queralt *La historiografía catalana en el segle del Barroc, 1585-1709*. Tesis inédita, Universitat de Barcelona, 2005; Cristian Cortès, *Els Setantí*. Barcelona: Fundació Salvador Vives Casajuana, 1973; Antonio Espino López, «La biblioteca de don Joaquim Setantí. Las lecturas de un tacitista catalán»; en *Bulletin Hispanique*(2001).

<sup>86</sup> Setantí, *Frutos de historia*, «Al prudente lector»: «Macrobio aconseja a los que desean escribir sustancialmente, que imiten a las abejas, cogiendo diversas flores de los campos, diferentes en licor y gusto, para convertirlas despues en una sola especie de miel sabrosa y saludable».

<sup>87</sup> Ibid, «Al prudente lector». Emilio Blanco, «Aforismos políticos contra sentencias morales: el caso del siglo XVII», *Documentos de Trabajo. Grupo de Investigación Nomos, 2005-2006*, Madrid: Universidad Carlos III; Instituto Lucio Anneo Séneca, 2006, p. 12. ha destacado las posibilidades innovadoras que podían abrirse a partir de la constatación de Setantí: «Hay otros, sin embargo, que partiendo del consabido “Omnia iam dictum” se interrogan sobre la posibilidad de traspasar barreras, y lo hacen sobre todo a través de dos vías: una de carácter general, el planteamiento de la utilidad y validez de los distintos sistemas filosóficos y de organización del pensamiento, y otra de carácter más particular, que tiene que ver con la utilización práctica de la historia en ese proceso intelectual».

híbridos o a la absorción parcial de programas aparentemente enfrentados. En casi todos los autores considerados a continuación se aprecian además ciertas contradicciones, consustanciales a una materia disputada y controvertida.

En este descrédito de Tácito, conviven un rechazo casi «simbólico» a su figura (como enseña de una actitud contraria a la religión cristiana) en autores como Ribadeneira y un rechazo de carácter «filológico» como el de Juan Márquez, que pone en duda la precisión histórica de Tácito. Entre estos críticos de Tácito se encuentra Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, quien en su obra *Diez lamentaciones, del miserable estado de los Atheistas de nuestros tiempos*, publicada en 1611<sup>88</sup>, expuso el estado efervescente de la reflexión política a nivel europeo al tiempo que reelaboró las críticas respecto al empleo de Tácito. En la línea marcada por Pedro de Ribadeneira, su séptima lamentación está dedicada a los «Atheistas Politicos, discipulos de Tiberio Cesar, Cornelio Tacito, Mons de la Nove, Plessis, Morneo, Bodino, y Machiavelo». Esta lamentación es muy interesante porque Jerónimo Gracián no sólo trata de refutar los errores particulares que encuentra en los autores mencionados, sino que propone una serie de modelos alternativos (de virtudes como de vicios, de príncipes buenos y malos), todos ellos extraídos, no por casualidad, de la Biblia. Jerónimo Gracián, extiende por tanto su crítica más allá de los errores puntuales que pueden encontrarse en estos autores y del rechazo «simbólico» a Tácito. Por una parte, cuestiona los modelos históricos — los ejemplos— que ofrece Tácito, específicamente Tiberio y Nerón. Por otra, pone en duda la validez de la lectura de la historia pagana, la obtención de reglas y advertencias a través de la anotación de esa historia, y el uso de fuentes distintas a la Biblia.

Este desarrollo crítico remite a las raíces argumentativas de la relación entre religión y razón de estado, en la que Jerónimo Gracián pretende descubrir «las serpientes, escondidas debaxo de las yervas y flores destos hereges, que van con tanta Rhetorica y artificio solapando su abominable doctrina debaxo de razones dulces y aparentes»<sup>89</sup>. La de Jerónimo Gracián es una propuesta de sustitución, que retoma presupuestos de ejemplaridad anteriores pero los opone, en un nuevo contexto, al modo de aprovechar la historia humana para el gobierno de los asuntos de los hombres. Es una sustitución de ciertas bases argumentales por otras procedentes de la Biblia, como

---

<sup>88</sup> Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, *Diez lamentaciones, del miserable estado de los Atheistas de nuestros tiempos*. Bruselas: Roger Velpio y Huberto Antonio, 1611. Cito por la edición de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, confeccionada a partir de *Beatus vir: Carne de Hoguera*. Madrid: Editora Nacional, 1978, pp. 270-361. [Edición, introducción y notas de Emilia Navarro de Kelley.]:

[<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12583854234583728654657/index.htm>]

<sup>89</sup> Ibid. [Ed. digital citada]

demuestra Gracián al emplear la conocida metáfora del aprovisionamiento para la invención, ahora expresada en forma de fuentes de agua: «Para que mejor se entiendan, me pareció sería bien nombrar doze fuentes de donde mana el agua de la doctrina de un buen Principe, que estos inficionan, y entosigan con su ponçoña»<sup>90</sup>.

El dinamismo del enfrentamiento y las contradicciones en que incurren algunos autores en ocasiones, otra característica fundamental de la recepción de Tácito, se observa con claridad en la aprobación que dio el mismo Jerónimo Gracián de la Madre de Dios (apenas un año después de las críticas mencionadas) a la traducción de Sueyro. En ella afirmaba que el mismísimo Tácito «en lengua Española puede hazer mucho fructo, para tomar aviso de las cosas assi de guerra, como de paz, que passavan entre los Romanos, y para exemplo de otras, que al presente se ofrecen»<sup>91</sup>, lo que obliga a ver su lamentación precedente con otros ojos. A pesar de Tiberio y de Nerón, la obra de Tácito (que no era un objeto de crítica detenida como sí lo eran las proposiciones de Maquiavelo) puede ofrecer alguna utilidad para «tomar aviso» y para «ejemplo» de cuestiones que tienen aplicación en el presente. Sería difícil afirmar que Jerónimo Gracián ha cambiado completamente de opinión respecto a Tácito, pero tanto en esta aprobación como en su anterior lamentación se trasluce una aplicación presente, un objetivo real y no teórico de sus escritos que no es otro que la situación bélica y de conflicto confesional en los Países Bajos que el autor vivía tan de cerca<sup>92</sup>.

En este panorama convulso, el debate sobre los usos de la historia no se limitaba a la esfera de los libros publicados ni a unos acontecimientos concretos. Antonio de Herrera proporciona un testimonio interesantísimo acerca del modo en que estas cuestiones eran parte de las consultas «habituales» entre el cronista y algunos personajes de gran relevancia política en aquellos momentos. Este intercambio ha quedado reflejado en los que se conocen como sus *Discursos* y que son en realidad un epistolario «privado», seleccionado y probablemente retocado con miras a una futura publicación

---

<sup>90</sup> «Los buenos, son Christo Jesus, Abraham, Jacob, Moyses, Samuel, David, Ezechias, Josaphat, Onias, S. Pedro, S. Juan, y los Apostoles de Christo. Los malos, el Anti-christo, los Principes de Sodoma, Esau, Pharaon, Saul, Hely, Acáz, Roboan, Jason, Pilatos, Herodes. Y los Principes de los Judios, Escribas y Phariseos» Ibid. [Ed. digital citada]

<sup>91</sup> Tácito, *Las obras traducidas por Emanvel Sveyro* (Amberes, 1613), «Aprobación de Jerónimo Gracián de la Madre de Dios».

<sup>92</sup> Gracián de la Madre de Dios, *Diez lamentaciones*. [Ed. digital citada.] La lamentación séptima acaba diciendo que los holandeses «por la mayor parte ni son Christianos, ni Lutheranos, ni Calvinistas, ni Anabaptistas &. antes tienen en poco a los Ministros de qualquier religion, siguiendo solamente lo que les esta bien para sus navegaciones, y traficos, y aumento y conservacion de sus intereses, y por solo este fin guardan la policia que vemos en su Republica».

(un género relativamente habitual en esta época)<sup>93</sup>. A través de esta serie de cartas se aprecia bien que las ideas de Herrera sobre Tácito y sobre la historia en general no son sólo fruto de una interrogación «pura», sino que también responden a las preocupaciones y las consultas que directa o indirectamente le transmitieron los importantes personajes con los que departía de estas materias<sup>94</sup>.

En una de estas cartas, dirigida en torno a 1610-1612 a Juan de Acuña, presidente del Consejo de Castilla, Herrera vinculó directamente la narración de la historia romana ofrecida por Tácito con la historia de la monarquía hispana, dando un claro ejemplo de los múltiples (e incluso complacientes) usos que podían hacerse de aquella historia de Roma<sup>95</sup>. Esta epístola traza una historia del consumo suntuario, su crecimiento y su regulación a lo largo del tiempo y relaciona el desarrollo de Roma

---

<sup>93</sup> Herrera dejó en su testamento instrucciones para tramitar su publicación por parte de Francisco de Texada. Cristóbal Pérez Pastor, «Testamento de Antonio de Herrera»; en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 25 (1894), p. 477: «Y así mismo tengo ordenado un libro intitulado Varias Epístolas dirigidas a algunos claros varones. Quiero que se cobren algunas que están en poder del Padre Fray Andrés de San Geronimo Prior que fue de San Lorenzo el Real y que juntas se entreguen a el dicho señor don Francisco de Texada para que su merced las haga hordenar y imprimir siendo servido». Nunca se llevó a cabo tal encargo y las «Varias epístolas a algunos claros varones» quedaron en manuscrito hasta su publicación en 1804. En la BNM se conservan dos copias manuscritas, con ciertas diferencias: Antonio de Herrera, *Primera parte de las varias epístolas discursos y tractados de Antonio de Herrera las quales contienen muchas materias utiles para el gobierno politico y militar*. [BNM Mss. 3011.], Herrera, *Primera parte de las varias epístolas*. No obstante, en la introducción a Herrera, *Discursos*, se aclara que los discursos provienen de otro manuscrito (tal vez un estado del proceso de publicación ordenado por Herrera) que hoy debe considerarse perdido y que contenía muchos más textos que los actualmente conservados. Un vistazo al índice del proyectado, pero no aparecido, segundo volumen muestra la importancia (para mi propósito) de los textos que debía contener: «XVII. Tratado sobre que las vistas y juntas de Reyes y Príncipes hace contrario efecto para componer sus cosas, con muchos exemplos á propósito. XVIII. Discurso sobre los diferentes gobiernos de Europa, y de los medios de adquirir el conocimiento de las materias de estado, y de la carrera de la diplomacia. XIX. Advertencias civiles y políticas, con muchos preceptos y sentencias muy útiles para saber gobernar los reynos, provincias, ciudades, y aldeas, necesarias para toda clase de Magistrados, Jurisconsultos, Párrocos y individuos de un estado. XX. Consejos políticos sacados de muchos autores, para perfeccionar la virtud y buena nota de los hombres en todos estados, reducidos en aforismos. XXI. Tratado de la Fortuna, dividido en seis partes, tomado de diversos y graves autores, en defensa de la retirada del Duque Cardenal de Lerma, con muchos exemplos á proposito de la misma materia. XXII. Por último, diferentes Discursos morales que tratan del amor de Dios; del modo de adquirir la virtud; de la fortuna y su influencia; de la fe y palabra de los hombres; y de otros puntos donde se vé la conocida piedad, y sólida y cristiana filosofía del autor de estos tratados».

<sup>94</sup> Ocupa un lugar destacado Juan de Idiáquez, que confiaba sus dudas o planteamientos sobre la historia y sobre Tácito a un Herrera a quien conocía desde hacía varias décadas. Según ha expuesto Kagan, *El rey recatado*, p. 50, Idiáquez le había planteado ya en 1585 el proyecto de una historia de Felipe II y entre ambos debió surgir una cierta relación de patronazgo, como indica la dedicatoria de Herrera a su traducción de Giovanni Tommaso Minadoi en 1588, citada en el capítulo 4.

<sup>95</sup> Herrera, *Discursos*, «Discurso y tratado de que la felicísima Monarquía castellana fue acrecentando su Imperio por los mismos modos que la República Romana». No cabe duda de que el texto es una carta dirigida a un personaje concreto: «Como si esta fuera mas que Epístola, se mostrara fácilmente de cada uno, y pues á solo V. S. I. [Vuestra Señoría Ilustrísima] va dirigida, se solo él se hablará (p. 206)». Herrera señala que Acuña es Presidente del Consejo de Castilla (como sucesor del conde de Miranda), pero no lo nombra como marqués de Vallecerrato (dignidad que le fue concedida por Felipe III en 1612) porque esta carta (que da información muy detallada sobre los cargos y actuaciones de Juan de Acuña en p. 208) se debió escribir antes. En cualquier caso Acuña moriría el 30 de diciembre de 1615.



hasta la época del emperador Tiberio con el desarrollo de la monarquía hispánica desde la reconquista. Los paralelos que Herrera traza entre ambas épocas le sirven para demostrar lo justo del enriquecimiento personal de los actores más destacados en cada momento y para explicar el aumento de las riquezas y gastos suntuarios con una benignidad extraña a la época<sup>96</sup>. El final de la carta hace aún más explícito que el modo en que el texto de Tácito se emplea —hasta la distorsión— como fuente de argumentos para explicar el presente, pues Herrera concluye diciendo que entiende «haber probado mi intento, y la misma prueba haria de cualquiera de las familias ilustres de esta Corona si fuese necesario»<sup>97</sup>. Con una cierta habilidad retórica de por medio, el conocimiento de la historia adquiere un valor casi probatorio.

Herrera era lector de historias y obras historiográficas<sup>98</sup> y en otras de sus cartas reflexiona (y es preguntado) frecuentemente acerca de las características fundamentales de la historia, el estilo que debe preferirse en su escritura, las cualidades que debe tener el historiador o las características de diversos historiadores, griegos, latinos y españoles<sup>99</sup>. Si la historia es una de las grandes temáticas que recorren este epistolario, otra no menos importante es la que se discute en cartas como la titulada *Discurso y tratado sobre la materia de estado*, dirigida a Enrique de Guzmán<sup>100</sup>. La definición de «materia de estado» que Antonio de Herrera ofrece en este lugar concibe la existencia de una esfera de gobierno humano en la que los hombres pueden tratar de establecer ciertas normas: «La materia de estado que significa prudencia política Reduçida al alma del humano gobierno consiste en lo que se propone, en lo que se aconseja, y en los que se determina para fundar un estado para augmentalle y conservalle»<sup>101</sup>. No menos interesante resulta el modo en que dicha materia de estado se cruza con la historia, de la que se sacan las «reglas y documentos» particulares: «Y con el arte se hallara que se pueden sacar de sus obras y hazañas [de las de numerosos hombres ilustres] tantas

---

<sup>96</sup> Ibid, p. 205: «Los que trabajan en el bien de la República, es bien que sean aliviados para continuar sus vigiliyas y sudores, lo qual se debe particularmente entender con todo género de gente, en la qual no pueda caer afeminacion, ni corrupcion de costumbres»

<sup>97</sup> Ibid, p. 209.

<sup>98</sup> Ibid, p. 34. «He visto un quaderno intitulado *Método de escribir historia*, que contiene la sustancia de lo que tratan diversos historiadores griegos y latinos, y con ellos un juicio que se hace de la historia del Padre Juan de Mariana»

<sup>99</sup> Ibid, p. 209.

<sup>100</sup> Herrera, *Primera parte de las varias epístolas*. Esta identificación esta basada en la anotación marginal del fol. 50r: «El conde de Olivares don Henrique». Parece correcta en tanto que el destinatario ha sido embajador de roma y administrador del gobierno de los Reynos de Nápoles y Sicilia, pero resulta raro que Herrera se refiera al hermano del conde como lo hace en el fol. 56v: «Creo que tendra la misma opinion el Sor. Don Balthasar de Zuñiga su Hechura».

<sup>101</sup> Ibid. fol. 51r.

reglas y documentos en las materias de estado y guerra como de Tucídides, Salustio, Tácito, Livio, Vegetio y otros autores Griegos y Latinos». En lo que respecta a Tácito, su nombre vuelve a aparecer en el contexto en que venía siendo acostumbrado y en el seno de la no menos frecuente —con la excepción de Vegetio—enumeración de historiadores.

El siempre espinoso asunto de la providencia, la capacidad reservada a dios de ver y comprender el sentido de los acontecimientos del mundo<sup>102</sup>, lo aborda Herrera de pasada en esta misma carta, en una apreciación sobre la potencial existencia de ejemplos señalados en el arte del gobierno en todas las naciones: «no se puede ni deve atribuir a sola una nazione la exçelencia de ninguna cosa, porque aliende de que nunca falto la providencia, la necesidad y los peligros que son los que enseñan el arte y hazen a los hombres prudentes y valerosos y en todas las naciones los huvo siempre en las materias de estado gobierno y armas»<sup>103</sup>. La providencia, aunque está presente en Herrera, es invocada de manera cautelar o secundaria frente a la «necesidad y los peligros», a las situaciones, en definitiva, en las que se impone la acción y no cabe la espera. Esto, conviene aclarar, no quiere decir que se invalide la interpretación providencial de la historia, sino precisamente que esta puede hacerse convivir —así lo trata Herrera— con una *prudencia política reducida al alma del humano gobierno*. Esta convivencia puede considerarse como una *no renuncia* al conocimiento del gobierno humano, aún cuando este movimiento incluya necesariamente una asunción de la imperfección de ese conocimiento<sup>104</sup>.

La recepción de Tácito está enmarcada irremediablemente en este cruce entre historia y política, y que alcanza su máxima expresión en Herrera en la carta titulada *Discurso que el medio de la historia es suficiente para adquirir prudencia*, cuyo destinatario pudo haber sido Juan Fernández Pacheco, marqués de Villena y duque de Escalona (1563-1615), embajador en Roma durante la crisis del interdicto papal a Venecia (1606-1607) y Virrey de Sicilia (1607-1610)<sup>105</sup>. Esta misiva se origina en la

---

<sup>102</sup> Una buena exposición del rango de posibilidades explicativas, entre la fortuna y la providencia se encuentra en el primer capítulo de John G. A. Pocock, *The machiavelian moment. Florentine political thought and the atlantic republican tradition*. Princeton: Princeton University Press, 2003. Para las diferentes concepciones del tiempo secular, y eterno Ernst H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza, 1985.

<sup>103</sup> Herrera, *Primera parte de las varias epístolas*, fol. 56r.

<sup>104</sup> En este mismo sentido debe entenderse la afirmación de Álamos de Barrientos en sus preliminares acerca del libre albedrío, otro de los límites al entendimiento humano de los asuntos políticos: Álamos de Barrientos, *Tácito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>105</sup> Herrera, *Primera parte de las varias epístolas*, fol. 156r, califica al destinatario del modo siguiente: «Gran ingenio, por lo que ha visto en las historias y por las experiencias de los Gobiernos de los Reynos

solicitud que Herrera recibe para juzgar «cierta historia de nuestro tiempo»<sup>106</sup>, tarea que Herrera rechaza y que suple con su propia visión sobre la utilidad de la historia, expresada claramente desde el comienzo: «De poco sirven los trabajos de los Historiadores si no van encaminados a fin que se pueda conseguir dellos el principal provecho de su lectura, que es la prudencia»<sup>107</sup>. La prudencia es un don, una virtud asociada a la capacidad de gobernar y que tiene que ver con la predicción de los acontecimientos o con la capacidad de ajustar las acciones para alcanzar los mejores resultados posibles<sup>108</sup>. El método para hacerse con este don es, según Antonio de Herrera, «considerar con mucho cuidado todo lo sucedido en los tiempos passados y comparandolo con lo presente y conociendo en que parte corresponde a sus obras y en que son diferentes dello aprenda la verdadera Arte de antever el fin de las acciones humanas sin engañarse facilmente en la elección de los medios que le pueden llevar a ello»<sup>109</sup>. La versión más desarrollada de esta misma idea pone de manifiesto la conexión entre historia y prudencia, a la que añade una consideración —también habitual— sobre la prevalencia de los ejemplos frente a los preceptos en sentido estricto. A la historia, dice Herrera,

debemos acudir para hallar los preceptos de bien vivir y de gobernar a nosotros mismos, nras. casas, las çiudades y Reynos enteros porque de los muchos y varios acontecimientos que en ella se hallan se saca con la experiencia el verdadero gusto del bien y del mal de tal manera que vemos que se consigue tanto fruto de la Historia como de las leyes, porque estas dos cosas nos encaminan a la virtud, pero tanto mas aprovecha la historia que las leyes, quanto que estas no tienen mas que los preceptos de bien vivir pero la Historia confirma la doctrina con los exemplos que es de mayor fuerça para disponernos a abraçar y recibir lo justo y lo mexor, por lo qual se puede deçir que es la historia un tribunal sufiçiente por si mismo sin executores ni Alguaciles, que moviendo a los Hombres a lo bueno los lleva a la felicidad civil<sup>110</sup>

---

de Napoles y de Siçilia y de la embaxada de Roma tantos años de la qual procedio aquella tan çelebre jornada de V. E. a Veneçia por cuyo medio se compusieron tan grandes controversias de aquella Republica con el Pontifice paulo 5º con eterna gloria de V. E.». Dudo de esta identificación porque no he logrado comprobar que Escalona desempeñara ningún papel en el gobierno del reino de Nápoles.

<sup>106</sup> Tal vez se trate de la historia de Luis Cabrera de Córdoba, *Filipe Segundo, Rey de España*. Madrid: Luis Sanchez, 1619. En ese caso, la carta sería posterior a la primera publicación, entre 1613 y 1615 de las traducciones castellanas de Tácito.

<sup>107</sup> Herrera, *Primera parte de las varias epístolas*, fol. 151r.

<sup>108</sup> Una guía para acceder al significado de la prudencia en la edad moderna es Pierre Aubenque, *La prudence chez Aristote*. Paris: Presses Universitaires de France, 2004.

<sup>109</sup> Herrera, *Primera parte de las varias epístolas*, fols. 151r-v.

<sup>110</sup> *Ibid*, fol. 152r.

Herrera construye aquí sobre un terreno ya conocido y abonado, en el que se reconoce el desarrollo de los presupuestos de personajes como Jean Bodin y otros escritores de *artes historicae* del siglo XVI<sup>111</sup>. El aprovechamiento prudencial de la historia se incardina en el esquema tradicional que refiere a los tres grados de dominio ético, económico y político de una parte y en una concepción no menos tradicional de la virtud de otra. A ello se añade el contraste con las leyes, elaborado a partir de la habitual oposición entre preceptos o doctrinas filosóficos y ejemplos históricos prácticos. La cita viene a señalar en definitiva las posibilidades de combinación y mutación del argumento acerca de la utilidad de la historia en el que se enmarca la recepción de Tácito.

En mitad de este panorama tiene lugar la publicación por vez primera de traducciones castellanas de Tácito. Es difícil juzgar hasta qué punto este hecho supone un punto de inflexión en el desarrollo que he venido señalando: si por una parte, el uso de Tácito que proponen estas traducciones no es nuevo, por otra no deja de resultar sorprendente que se agolpen tres traducciones consecutivas entre los años 1613 y 1615. No creo que pueda proponerse una aprobación oficial —un refrendo explícito y consciente— a la puesta en circulación de Tácito en castellano y letras de molde, pero sin duda estas publicaciones son un síntoma de la fértil y continuada reelaboración del valor de la historia en la descripción de la política y sirven para extender el público potencial para estos presupuestos.

De modo paralelo a esta extensión, el nombre de Tácito empieza a asociarse más frecuentemente con personajes contemporáneos. La traducción de Baltasar Álamos de Barrientos contribuye a ello en los preliminares, dando dos ejemplos de personajes identificados con el autor latino. De Diego Hurtado de Mendoza se afirma que «fue gran devoto suyo, teniendole y confessandole por maestro: lo qual demas de averlo oydo a los que le trataron familiarmente, sus mismas obras nos lo testifican llenas de passos de

---

<sup>111</sup> Destaco a Bodin porque hay varias pruebas de que Herrera lo leyó. Una de ellas es la referencia que hace en Herrera, *Discursos*, p. 34: «He visto un quaderno intitulado *Método de escribir historia*». Otra es la división de la historia en divina, eclesiástica, natural (incluyendo las matemáticas) y humana que aparece en Herrera, *Primera parte de las varias epístolas*, fols. 142r-v. Sobre el desarrollo de este género, Grafton, *What was history?*, p. 21, dice que «creció a partir de raíces profundas en el pensamiento clásico y del siglo XV, adquirió una forma clara a mediados del siglo XVI y asumió una forma canónica en los años entre 1576 y 1579 cuando el jurista Johannes Wolf publicó su influyente antología *Artis historicae penus*. Florecerá más o menos hasta fines del siglo XVIII».

Tacito; y en algunas trasladadas columnas enteras suyas»<sup>112</sup>. De un tal «Cardenal Moron» también se indica que tuvo a Tácito «por tan familiar; que siempre le traia consigo»<sup>113</sup>. Estas identificaciones sin duda refuerzan el valor atribuido a las obras de Tácito como guía personal para conducirse en el gobierno de los asuntos humanos, dando vida a las recomendaciones más genéricas de que Tácito era bueno para príncipes, ministros y consejeros. En estos mismos momentos también habrá dos historiadores que reciban el sobrenombre de Tácito. Luis Cabrera de Córdoba es considerado un «Tácito» por Miguel de Cervantes en su *Viaje del Parnaso* (1614)<sup>114</sup>, algo que hace también Francisco de Herrera Maldonado en 1620<sup>115</sup>, y a Juan de Mariana lo denominan «Tácito español» Sancho de Moncada en el noveno de sus discursos<sup>116</sup> y Eugenio de Narbona en *Doctrina política civil en aforismos* (Narbona dice de Mariana que «es Livio, Tácito y Tucídides»)<sup>117</sup>. A su vez, Luis Cabrera de Córdoba señala en sus *Relaciones* que «En esta Corte ha muerto don Pedro Henriquez, llamado el Tácito, hermano del marqués de

<sup>112</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma». El juicio de Álamos lo repite, tal vez inspirándose en éste, Juan de Silva. El conde de Portalegre, al que ya habíamos visto recomendando a Tácito en unas instrucciones dirigidas a su hijo, es prologuista de la primera edición impresa (1627) de la Guerra de Granada, donde afirma: «Fue [Diego Hurtado de Mendoza] muy diestro en la imitación de los antiguos; tanto, que sin perjuicio de nuestra lengua, con propiedad y sin afectación se sirve de los conceptos, de las sentencias, y muchas veces de las palabras de los autores latinos traducidos a la letra; y se verán en esta obra cláusulas enteras y mayores pedazos de Salustio y de Cornelio Tácito», Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, «Introducción de don Juan de Silva, conde de Portalegre, gobernador y capitán general del reino de Portugal, a la Historia de Granada de don Diego de Mendoza»

<sup>113</sup> Ibid, «Dedicatoria al duque de Lerma». James Amelang me ha indicado que se trata del Cardenal Giovanni Morone, juzgado por filoprotestante a finales de la década de 1550.

<sup>114</sup> Cervantes, hablando de Cabrera de Córdoba, dice así:

«Y así aconsejo que sin él te quedes.  
No lo harás con éste de ese modo,  
que es el gran Luis Cabrera, que pequeño  
todo lo alcanza, pues lo sabe todo.  
Es de la historia conocido dueño,  
y en discursos discretos tan discreto,  
que a Tácito verás si te lo enseño.

(*El parnaso*, II, vv. 105-111, en *Obras completas*, BAE, 3ª ed. Madrid, 1864, página 682)», citado en Luis Cabrera de Córdoba, *Laurentina*. El Escorial: La ciudad de Dios, 1975, p. 9. [Edición, introducción y notas de Lucrecio Pérez Blanco.]

<sup>115</sup> Esta referencia la conozco gracias a la amabilidad de Bethany Aram. Francisco de Herrera Maldonado en su traducción de *Sanazaro español. Los tres libros del parto de la Virgen nuestra Señora: traducción castellana del verso heroyco latino por el licenciado don Francisco de Herrera Maldonado*. Madrid: Fernando Correa de Montenegro, a costa de Andres Carrasquilla, 1620, interpoló (tras el fol. 57 de su traducción) una serie de versos propios alabando el genio literario hispano:

«El Tacito español Luis de Cabrera  
Eternice a España en docta historia  
Y el Coronista Antonio de Herrera  
Silva de Lauro a la española gloria»

<sup>116</sup> Sancho de Moncada, *Restauración política de España*. Madrid: Luis Sánchez, 1619.

<sup>117</sup> Citado en Braun, *Juan de Mariana*, p. 2. Braun dice que el calificativo de «Tácito español» también aparece en la *Bibliotheca hispana nova* de Nicolás Antonio. La de Narbona sería la primera identificación entre un personaje contemporáneo y Cayo Cornelio Tácito.

Villanueva, que fue mayordomo de S. M»<sup>118</sup>. Qué mejor prueba de la utilidad atribuida a Tácito en tanto que guía de actuación que la asociación de su nombre a personajes contemporáneos, que llegaba en ocasiones a la antonomasia.

En lo que respecta a la extensión pública de las ideas acerca del aprovechamiento político de la historia, los preliminares (privilegio, tres aprobaciones, dedicatoria a Lerma, Discurso para la inteligencia de los aforismos y la carta al lector<sup>119</sup>) del *Tácito español* de Baltasar Álamos de Barrientos ocupan un lugar muy destacado; el más destacado de acuerdo con la historiografía contemporánea. Aun cuando las traducciones de Sueyro y Herrera ofrecen un espléndido campo para analizar la recepción de Tácito, tal y como he mostrado en el capítulo anterior, los preliminares que acompañan a estas obras no son tan explícitos ni jugosos como los del *Tácito español*. A ningún otro texto se le ha prestado tanta atención como a estos preliminares, que si bien constituyen sin duda una extensión de la fama de Tácito y de las propuestas para el uso político de la historia, tampoco deben hacer olvidar, como trato de mostrar a continuación, la carga retórica, el contexto y los modelos sobre los que están contruidos.

Los preliminares que Álamos no escribió consisten en el privilegio del rey<sup>120</sup> y las tres aprobaciones de la obra: una de Antonio de Covarrubias, que no está fechada<sup>121</sup>;

---

<sup>118</sup> Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*. Madrid: J. Martín Alegría, 1857, p. 129, 5 de enero de 1602. Una nota de esta edición indica que se trata de Pedro Enríquez de Ribera, hermano del Marqués de Villanueva del Río don Fernando Enríquez de Ribera, mayordomo del Rey.

<sup>119</sup> Los contenidos del prólogo al lector incluyen una visión de Álamos sobre la traducción en general y la suya en particular, una explicación de su modo de proceder y acerca de los desaparecidos comentarios, una explicación del retraso en la publicación de la obra y de las prisiones sufridas por su autor y un comentario sobre la traducción de Sueyro. No comentaré aquí estas cuestiones, pues ya las he considerado ampliamente en el capítulo 4.

<sup>120</sup> De acuerdo con el privilegio Álamos solicitó mediante una relación la renovación de la licencia y privilegio que le habían sido concedidos por diez años. En este privilegio, fechado el 28 de diciembre de 1613, se propone ya una definición de los aforismos (sacada seguramente de la mencionada relación) que incluye los rasgos más señalados de la historia prudencial. Según aquí se explica, los aforismos eran «los frutos que se podían sacar de la Historia, y la doctrina que se aprendía en la lección della, para lo que se debía imitar, y seguir, y huir y escusar en las acciones humanas y con que cualquiera que pretendiese aprovecharse della, podría hazerlo mas facilmente, hallando notado en ellos lo que le huviesse de costar mucho trabajo, y tiempo para entenderlo, y reduzirlo a reglas y doctrinas, de que aprovecharse». Por otra parte, el documento de privilegio es confuso porque señala que, al contrario de lo que indica la aprobación de Antonio de Covarrubias de 1594, los aforismos se habrían añadido a la publicación en este segundo momento: «demás de la Traducion y Comentarios que entonces aviades presentado, y para que se os avia dado el privilegio, aviades añadido unos Aforismos a la margen, de la misma Traducion de Tacito». En el privilegio se indica igualmente que «tambien la misma traducion y comentarios aviades emendado, y añadido algunas cosas», Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Privilegio del Rey».

<sup>121</sup> Álamos de Barrientos explica en la «Dedicatoria al duque de Lerma» que es la aprobación original de 1594.

otra de Antonio Navarro de Larrátegui fechada el 28 de agosto de 1613<sup>122</sup> y una más de Luis Cabrera de Córdoba del 16 de octubre de 1614<sup>123</sup>. La primera de ellas, que tal vez se incluyó para demostrar la primogenitura intelectual del proyecto de Álamos respecto a la ya aparecida traducción de Sueyro, diferencia entre el texto original y la traducción, los comentarios y los aforismos, valorando cada una de estas parcelas por separado. Respecto a la historia de Tácito, Covarrubias señala la importancia de la temática y el tratamiento y expresa lo que para él es «opinión común», a saber, «no aver pedazo de Historia mas conveniente que aquesta para los hombres que gobiernan, y tratan grandes Estados: y aun para los que son gobernados»<sup>124</sup>. En cuanto a la traducción, Covarrubias señala los problemas de conservación del texto y los que nacen del estilo conciso de Tácito (ambos hacen más difícil una labor que ya es considerada compleja de por sí) y alaba la «grandissima, y exquisita diligencia» de Álamos como traductor. Los comentarios sirven para enmendar el texto y para iluminarlo con erudición sobre la república romana mientras que los Aforismos constituyen, siempre según Covarrubias, «sentencias breves sacadas de los casos de la Historia, y lo que sobre ellos Tácito discurre». Esta elaboración a partir del original es muy de «loar y estimar», «porque es el más principal fruto y provecho que se puede y deve pretender de la historia: que por ello se llama maestra de la vida». No sirven sólo los acontecimientos desnudos, que únicamente configurarían lo que Covarrubias denomina «repertorio» o «matrícula», sino hace falta que la historia enseñe «por lo que escribe, y como se escribe, junto lo que passo, lo que passara en semejantes casos por la mayor parte, si se guiare por los mismos medios»<sup>125</sup>. Covarrubias también señala que este aprovechamiento no se obtiene sólo de Tácito, sino de cualquier historiador, haciendo evidente lo que sugerían

---

<sup>122</sup> El cambio del apellido «La Rategui» por «Larrátegui» lo tomo de Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 60. Esta aprobación, fruto del renovado proceso de publicación, no aporta más que la fecha en que fue realizada.

<sup>123</sup> Esta aprobación muestra que las traducciones de la Germania y de la vida de Agrícola constituyen un añadido posterior al núcleo de la traducción (*Anales e Historias*). Está fechada en 16 de octubre de 1614, con posterioridad al privilegio real e incluye el siguiente juicio sobre los aforismos: «En las máximas que del [de Tácito] saca en toda Filosofía, sin ofensa de la pureza civil, y de todo buen sentir, con inmenso estudio, buena inteligencia y enseñanza para las materias y razon de estado, es seminario de exemplos, y conceptos politicos, y digno todo de loor y premio».

<sup>124</sup> Covarrubias califica estos textos como «uno de los mejores pedaços de historia que tenemos», tanto por el periodo y las materias que tratan «como por el ingenio, eloquencia, y prudencia del escritor, que lo escribe todo demanera, que pone delante de los ojos, no solo seco lo que passo: sino como, y porque; que principios tuvieron los sucessos [...]», Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Aprovacion del Licenciado Antonio de Covarrubias».

<sup>125</sup> Todas las citas en *Ibid*, «Aprovacion del Licenciado Antonio de Covarrubias».

las listas que citaban historiadores provechosos: la coexistencia de la valoración de Tácito con la de la historia en general desde finales del reinado de Felipe II<sup>126</sup>.

Existe no obstante un punto en que Covarrubias se separa ligeramente de las propuestas de Álamos tal y como este las planteó, por ejemplo, en su *Discurso para la inteligencia de los aforismos*. Covarrubias trabaja sobre la noción de imitar el bien y huir del mal que acompaña a la preceptiva histórica durante —por no ir más allá— todo el renacimiento y señala que algunos aforismos son para ser imitados, pero que otros deben rechazarse. Además añade una precisión sobre la *similitudo temporum* y sobre la adecuación de la historia al presente, señalando que hay un tercer tipo de aforismos de los cuales «es menester añadiendo, o quitando, o mudando, ajustarlos con los casos y circunstancias diferentes que se ofrecerán en lo presente». La precisión desemboca así en la consideración de que «en esta parte de ciencia moral, publica, o particular, no ay regla general segura; y que no requiera prudencia particular en las ocasiones»<sup>127</sup>. Los reparos expresados por Covarrubias en 1594 demuestran que el punto más débil y problemático de la argumentación de Álamos en sus preliminares fue detectado desde su primera concepción y recuerdan la dinámica de enfrentamiento y negociación que existe entre los proponentes de una historia prudencial y aquellos que se esfuerzan en destacar sus fallos e incapacidades más que sus potenciales valores.

El uso de la historia de Tácito era problemático y se desarrollaba a lo largo de una línea fina y disputada, en la que muchos autores intentaron, como Covarrubias, precisar o limitar el alcance de ese aprendizaje en el pasado. En la versión extendida de la *Plaza universal de todas ciencias y artes* de Tommaso Garzoni, el traductor español Cristobal Suárez de Figueroa, no sólo reprobaba la impresión de «Cornelios en romance» antes de la aparición de las traducciones castellanas, sino que también argumentó contra el uso ejemplar de esa historia<sup>128</sup>. Para Figueroa no era justificable el uso de la historia romana que se encontraba en Tácito, «aviendo tanta diferencia destos a aquellos tiempos en gobierno y costumbres»<sup>129</sup>, y a la vez que ponía en duda la

---

<sup>126</sup> Ibid, «Aprovacion del Licenciado Antonio de Covarrubias»: «tengo por muy provechoso este trabajo; y serlo ha, ni mas, ni menos, o poco mas, si se haze el mismo en los demas Historiadores, o en los que mas confiança en esta parte se tiene, que son conocidos». Covarrubias también confía en que Álamos desempeñará esta tarea «muy bien en qualquier Autor que tomare para ello entre manos».

<sup>127</sup> Ibid, «Aprovacion del Licenciado Antonio de Covarrubias».

<sup>128</sup> Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias*. El privilegio, la tasa y la aprobación de esta obra están fechados en 1612. He comprobado que esta digresión contra los historiadores gentiles debe atribuirse al propio Figueroa, pues no aparece en Tommaso Garzoni, *La piazza universale di tutte le professioni del mondo* [1585]. Venecia: Pietro Maria Bertano, 1638, [discurso XXXVIII, fol. 153v-161r].

<sup>129</sup> Ibid. fol. 176r



similitud entre ambas épocas, Suárez de Figueroa también cuestionaba el propio valor ejemplar de los escritos de Tácito. En la relación entre el bien y el mal no le resultaba demasiado convincente que «tantas y tan asquerosas maldades»<sup>130</sup> sirviesen «para aborrecer semejantes vidas» y «no incurrir en tales absurdos». Para Suárez de Figueroa, que recuerda las quejas de Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, el «loable estilo» de la iglesia católica era otro, consistente en ofrecer «todos los días la virtud, constancia y santidad de sus justos, para que con su recordacion los imitemos y sigamos»<sup>131</sup>. La misma inquietud respecto al posible mal uso de los ejemplos sentía Pedro Ponce de León en su ya citada *Censura*, que sospechaba sobre las intenciones de Tácito, de quien se «atrevería a afirmar, que por no parecer impio, y cruel, nos da a entender que el condena a Tiberio, siendo su fin escusarlo, y hazerlo digno de imitar»<sup>132</sup>. Ponce de León exponía además que resultaba imprescindible que el lector supiera interpretar correctamente tanto los malos ejemplos como la diferencia de tiempos a la que habían aludido Covarrubias o Suárez de Figueroa: en lectura de Tácito, por tanto se podrían «escusar vicios, y torpezas, de que trata, [no] para que las abracemos, sino para que nos guardemos, no para nuestro daño, sino para nuestra conservacion, como diestro medico, que con un veneno cura otro veneno: y dado que no tuviesse tal intento el Autor, no ay duda, sino que se ha menester presuponerlo el lector, sabiendo diferenciar los tiempos, y conocer las causas, para no errar en juzgarlas, y en cudiciar los efectos»<sup>133</sup>.

Al contrario que Covarrubias, Suárez de Figueroa, o Pedro Ponce de León, Álamos confía plenamente en sus capacidades como intérprete de Tácito y en el valor de las enseñanzas encerradas en sus textos. La dedicatoria de Baltasar Álamos de Barrientos al duque de Lerma está fechada a 27 de noviembre de 1614 y es, junto a la

---

<sup>130</sup> Ibid. fol. 176v detalla así esas maldades: «Imperavan entonces los Cesares tiranicamente. Ardia Roma en vicios. Eran abominables las opresiones; atrocissimas las muertes, torpes los espectaculos, y nefandos los excessos. Reynavan las crapulas, violencias y sensualidades, y en fin por todas partes campeavan solamente desordenes, embidias, acusaciones, odios, rancores, venenos, destroços, y cossas assi». Otra versión del rechazo de este autor a la historia de Roma en Suárez de Figueroa, *El pasajero*. He utilizado la edición digital preparada por Enrique Suárez Figaredo a partir de la edición de Francisco Rodríguez Marín, de 1913:

[http://users.ipfw.edu/jehle/cervante/othertexts/Suarez\\_Figaredo\\_El\\_Pasajero.PDF](http://users.ipfw.edu/jehle/cervante/othertexts/Suarez_Figaredo_El_Pasajero.PDF) [descarga del 28 de febrero de 2007]. La cita en p. 39 de esta edición.

<sup>131</sup> Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias*. fol. 176v.

<sup>132</sup> Ponce de León, *Censura*. fol. 171r.

<sup>133</sup> Ibid. fol. 171r. Este autor añade: «Finalmente quien leyere este libro, y no fuere sobre sí, no se con que violencia secreta, inclinada tambien la misma naturaleza, perdera el horror a la crueldad, y el miedo al vicio, corriendo mas peligro qualquiera ingenio noble, por ser mas combatido de las perturbaciones. De manera que si una vez se dexa llevar el animo destos suavissimos simulacros de la Gentilidad en mil maneras corripidos, vendra a estimar lo passado, y a despreciar lo presente, confundiendo su imaginacion en estas profundissimas tinieblas: de manera que le seria dificultoso despues abrir los ojos a la luz» (fols. 174v-175r).

aprobación de Luis Cabrera de Córdoba y el prólogo al lector, el más tardío de los textos preliminares, situando la fecha de publicación de la obra muy a finales de ese año de 1614. Esta dedicatoria es llamativa porque no entra en las convenciones del género hasta bien después de lo habitual, lo que expone al lector a la prosa farragosa y repetitiva de Álamos. En el seno de una argumentación en ocasiones difícil de seguir la idea más repetida es que todo el conocimiento útil en materia de estado (cuyo objetivo es aumentar y conservar estados) proviene de la lectura de la historia y —subraya Álamos— de «sacar» de ella las lecciones que contiene; esto es, proviene de una lectura particular y atenta, no de una mera familiaridad con las historias<sup>134</sup>. Como ya indicó Fernández Santamaría, Álamos basa la actuación en la materia política en el «Conocimiento de los afectos humanos de amigos y enemigos»<sup>135</sup>, un conocimiento que consiste en una consideración compleja de naciones, humores, familias y estados. A estas cuatro categorías estables se añade una quinta, mudable y engañosa, «que resulta de la fuerza de las ocasiones, y conveniencia dellas», una fuerza que encubre las «inclinaciones naturales» de los hombres tal y como vienen determinadas por las cuatro categorías anteriores<sup>136</sup>. Es importante señalar que si bien ha sido esta la argumentación que ha dado lugar a las apreciaciones de «psicologismo» en Álamos, ésta se encuentra siempre subordinada al conocimiento procedente de la historia<sup>137</sup>. De una historia leída, digerida y estudiada hasta sacar el conocimiento que encerraba, empleando métodos de lectura como los que Álamos hubo de haber aprendido a lo largo de su formación y que he descrito en los capítulos 1 y 2.

---

<sup>134</sup> Por ejemplo: «Para procurar esto se han de leer las historias [...] para sacar dellas aviso, consuelo, escarmiento y doctrina para los casos venideros», Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>135</sup> La frase ha sido tan afortunada que se ha señalado incluso su precedencia frente a la misma formulación (en las palabras) de Carl Schmitt. A partir de la sugerencia de la introducción de Fernández Santamaría (ed.), *Baltasar Álamos de Barrientos. Aforismos al Tácito español*, la han recogido G. Maschke, *Der Tod des Carl Schmitts*. Viena: Karolinger Verlag, 1987, p. 80n y Jean-François Kervégan, «Questions sur Carl Schmitt», en *Le Débat*, nº 131 (2004), pp.147-159 (p. 149). Estas dos últimas referencias se las agradezco a Curro Bellosillo.

<sup>136</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>137</sup> Que el conocimiento de los afectos es un tipo de conocimiento que proviene y depende de la lectura de la historia lo señala Álamos cuando dice: «De los cuales [afectos], por lo que he leído en las Historias y sacado dellas, he considerado cuatro suertes». También cuando señala, refiriéndose a ese conocimiento de los afectos de amigos y enemigos, que «Todo ello sin duda se aprende en la lección de las historias; y dellas se han de sacar los medios necesarios, para aconsejar, y resolver en las grandes materias de estado». El caso está si cabe más claro en esta pregunta retórica: «¿Quién avra que se atreva a dezir que se puede tener conocimiento de los afectos humanos, tan encubiertos en las necesidades y ocasiones; y afeitados para que parezcan y muestren otra figura de la que tienen en el coraçon, no solamente con palabras, sino con obras; si no es por lo que se lee de las naciones, humores, familias y estados de los hombres, y ocasiones de los negocios, en las historias?». Estas tres citas provienen naturalmente de Ibid, «Dedicatoria al duque de Lerma».

En la dedicatoria a Lerma, Álamos también aborda la diferencia entre preceptos y ejemplos, entre filosofía e historia, a la hora de producir conocimiento y guiar las acciones humanas, decantándose naturalmente por los ejemplos<sup>138</sup>. Esto se combina con una apuesta por una particular *similitudo temporum*, basada no sólo sobre épocas históricas o formas de gobierno (algo que también hace), sino igualmente sobre la inmutabilidad de la naturaleza humana. En cuanto a los límites de la propuesta, no ha pasado desapercibido a los comentaristas el punto en el que Álamos habla del libre albedrío y «confiesa» que estamos ante una ciencia de contingentes (un oxímoron de acuerdo con la predominante concepción aristotélica y escolástica). No es menos cierto que esta confesión llega justo después de haber tocado el peliagudo tema del pronóstico, que podía derivar en una heterodoxia imposible de tolerar.

La dedicatoria incluye asimismo un elogio de Tácito, que Álamos elabora a partir del retrato lipsiano de las notas al primer libro de las *Políticas*<sup>139</sup>. En ese elogio, aparte de las consideraciones habituales extraídas del retrato lipsiano, Álamos recomienda por dos veces la «continua lección» de Tácito, entroncando con aquél «reparar día y noche» que recomendaba Juan de Mariana y en general con una concepción acumulativa de la lectura como la que he descrito en el capítulo 1. Resulta algo más innovador, no obstante, el vínculo que Álamos hace entre la experiencia personal del lector y el aprovechamiento al máximo de la lectura: «Y tantos mas [preceptos y advertimientos] se hallaran, y descubriran en el [Tácito] quanto mas experimentados profesores fueren del arte, los que le truxieren entre las manos»<sup>140</sup>.

El *Discurso para la inteligencia de los Aforismos, uso y provecho dellos* es, por último, el texto preliminar que presenta más dificultades interpretativas. No está fechado, pero Antonio de Covarrubias hace una referencia a él en su aprobación<sup>141</sup>, lo cual hace pensar que se trata de un trabajo elaborado en torno a 1594, al tiempo que la traducción de *Anales e Historias*. Distintas versiones de este discurso aparecen

---

<sup>138</sup> Esta diferenciación es antigua y extendida en la época. «*Quantum enim Graeci preceptis valent, tantum Romani, quod magis est, exemplis*», señalaba Lorenzo Valla en *Historiae Ferdinandi regis aragoniae libri*, 1528, citado en Whitfield, «Livy > Tacitus», p. 282.

<sup>139</sup> Ver 3.1

<sup>140</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>141</sup> Covarrubias acaba su larga aprobación haciendo la habitual consideración de la utilidad de la obra, precisando no obstante que deben tenerse en cuenta las consideraciones sobre los aforismos que él mismo acaba de hacer, «y otras que enseñara la vista, y discurso dellos; de que dize muy buenas cosas el Autor en las prefaciones, y cartas Dedicatorias».

acompañando a las selecciones de 500 aforismos que circularon con bastante anterioridad a la publicación del *Tácito español*<sup>142</sup>.

Álamos arranca el *Discurso* señalando que ha abandonado la idea de comparar directamente los hechos narrados por Tácito con sucesos coetáneos<sup>143</sup>, tanto por su pretendida falta de erudición (está expresando la convencional modestia de este género de preliminares<sup>144</sup>) como por avisar el mismo Tácito de los peligros de narrar la historia de los tiempos cercanos. Tras esta consideración Álamos da forma al que será su propósito:

en lugar desto particular, y poco, me incliné a otra obra de menos dificultad, y con el mismo fruto para los medianamente prudentes; que fue, sacar como buen destilador, el espíritu y quinta esencia de la historia de Tácito, reduzido a unas reglas o conclusiones generales, avisos y advertencias de las acciones humanas, fundadas en los sucessos que refiere; y en las razones y causas dellos, y en sus palabras y discursos, que puedan en alguna manera servir de principios de la prudencia de Estado: y para proceder con alguna en la vida política, y cortesana, y conocimiento de las acciones humanas, y con que anteveamos y adivinemos, en quanto lo permite la ceguera que causan los afectos humanos, y la libertad de los sugetos, sobre que se funda y discurre, por donde se suele caminar al acrecentamiento, conservacion, y diminucion de los hombres en diferentes estados suyos<sup>145</sup>

Este «segundo» proyecto Álamos lo considera menos difícil (aunque también menos particular y de igual fruto) y consiste, como se aprecia en la cita anterior, en la

---

<sup>142</sup> Modesto Santos ha editado una versión, que considera preliminar y data en 1590-1591, y que, según él, «anticipa en dos décadas las ideas innovadoras que se estaban elaborando en España», Santos (ed.), *Antonio Pérez. Suma de preceptos*.

<sup>143</sup> Dice exactamente que pensó «hazer algunos discursos, y lecciones sobre lugares particulares suyos; comparando los sucessos y accidentes que refiere, y los efetos dellos, a los de nuestros tiempos, y que ha poco que passaron; y sacar de unos y de otros algunos advertimientos; por donde govarnar las acciones de nuestra vida; y prevenir en parte los accidentes della», Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Discurso para la inteligencia de los aforismos». Este proyecto recuerda tremendamente a Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii*, que como mostraré en el apartado siguiente sirvió de algo más que de inspiración a Álamos.

<sup>144</sup> Los otros puntos esenciales para establecer el *ethos* del orador (escritor en este caso) consistían en exponer la utilidad pública y/o la novedad de la materia tratada, cosa que Álamos deja para el final de este *Discurso*: «Esto ha sido obra de mi deseo; y siempre le tuve de aprovechar algo en el bien publico: lo qual sera justo que me sirva con el que leyere este trabajo mio; para que no me condene por la novedad dellos en nuestra lengua. Que en fin no dexara de valerse dellos alguno; “para aconsejar; para proceder; y para escribir mejor”; que son los tres principales fines, que con ellos pretendo; y todos endereçados al servicio publico». Una buena exposición de las características retóricas de preliminares como éste en Skinner, *Reason and rhetoric*, pp. 129-130.

<sup>145</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Discurso para la inteligencia de los aforismos».

destilación del espíritu o la quintaesencia de la historia de Tácito<sup>146</sup>. Esta labor desemboca en un marasmo terminológico en el que se agolpan «reglas», «conclusiones generales», «avisos» y «advertencias» pero que, sea cual sea su nombre, son el resultado de una destilación equivalente a una lectura atenta no sólo a los sucesos sino también (vuelve a enmarañar Álamos su prosa) a las razones, causas, palabras y discursos que están tras ellos. El objetivo que se persigue es lograr unos «principios de la prudencia de estado», que como ya he subrayado sirven para el gobierno de los asuntos públicos y como guía de conducta de los particulares. La voluntad de antever y adivinar que Álamos había expuesto en la dedicatoria a Lerma se encuentra, como también ocurría allí, con la ineludible limitación del libre albedrío y con las distorsiones, engaño o ceguera que propician los afectos humanos. Álamos aprovecha poco después para calificarse como precursor en España de este tipo de indagaciones y subraya que la base del proyecto radica en la lectura de historias como la de Tácito<sup>147</sup>, citando incluso a Lipsio para apuntalar la valía de la lectura de la historia como fuente de conocimiento<sup>148</sup>. Puede argumentarse, en suma, que esta primera presentación del proyecto no introduce grandes novedades.

Los dos elementos más ruidosos y llamativos que contiene este *Discurso* son la calificación de la materia de Estado como ciencia y las comparaciones que Álamos hace entre esta ciencia y la medicina y la astrología. A lo largo de todo el *Discurso para la inteligencia de los aforismos* Álamos se muestra muy insistente en la cuestión de la ciencia, que cifra en la *necesidad* de obtener principios de conocimiento y actuación a partir de los sucesos particulares: «esto se alcanza formando de los sucesos particulares, y de sus causas; reglas y principios universales; por donde determinar las causas dudosas, y resolverse en las grandes empresas». Con este método y no con otro se «hizieron las leyes, y nuestros derechos. De los particulares casos, y respuestas a ellos, en quien está la suprema autoridad del Estado; y destos las reglas comunes, y nuestro derecho». Con este método y no con otro «formò Hipócrates, y los antiguos

---

<sup>146</sup> Podría verse en estos términos alguna resonancia alquímica.

<sup>147</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Discurso para la inteligencia de los aforismos»: «conténtome con la ocasión que avre dado con esto a otros mejor enseñados, y mas prudentes para hazer lo mismo que yo he començado, y trabajar con la imitacion y exemplo destos; y mostrar que leen las historias, para sacar el verdadero fruto dellas». Poco más abajo insiste en que «esta es la experiencia universal, que para hazernos prudentes se saca de la leccion de los hechos agenos».

<sup>148</sup> El proyecto de leer historias se aquilata con una cita extraída de los comentarios de Lipsio al libro 4 de los *Anales*. Allí, según Álamos, Lipsio dice: «Qualquiera que seas hombre, mira y considera bien estas cosas: y saca estas reglas, que son los frutos verdaderos, y de veras de la historia», *Ibid*, «Discurso para la inteligencia de los aforismos».

médicos que le siguieron, los principios de su ciencia por los sucesos de las enfermedades particulares». Y, finalmente, «lo mismo hicieron Ptolomeo, y el resto de los primeros profesores de la Astrología»<sup>149</sup>.

Sin tales principios no hay posibilidad de ciencia, no hay un asiento firme para sustentar este tipo de conocimientos: «¿Que ciencia en fin ay, que se funde en demostraciones matemáticas, o sólo en discursos y contingencias; que lo pueda ser, ni llamarse tal, sin principios ciertos y determinados, en que se funden los maestros y profesores della?». El argumento es llamativo, porque, en este lenguaje «científico» las demostraciones matemáticas ocupan un rango similar al de los discursos y las contingencias en tanto que no son principios de la ciencia, sino derivados o modos de proceder dentro de la ciencia. No resulta del todo sorprendente que Álamos argumente de este modo, pero sus palabras son indicativas de la prevención con que debe leerse ese carácter científico y «moderno» que se ha señalado habitualmente en las propuestas de Álamos. En el mismo sentido cabe advertir que la ciencia de gobierno no se compara exclusivamente con la medicina y la astrología, sino también con el derecho y, más adelante, con la navegación<sup>150</sup>.

La argumentación que Álamos despliega a través de todo el *Discurso* es, por otra parte, deliberadamente confusa en términos lógicos y sorprendentemente hábil en sus capacidades retóricas. Álamos se asegura de dejar patente que la esfera del gobierno trata de cuestiones de suma importancia, de tanta importancia, en efecto, que llevan a preguntarse cómo es posible que no sea ciencia la del gobierno. Cada una de las contundentes afirmaciones de Álamos sobre el carácter científico de esta materia está apoyada retóricamente para mostrar la *necesidad* de que esta sea una ciencia. Un primer ejemplo de esta armazón retórica se observa cuando Baltasar Álamos de Barrientos hace una enumeración extensa de los asuntos que caen dentro del dominio de la ciencia de gobierno, cada uno de ellos referido a un aforismo de Tácito: «Este aconsejar a los Principes. Este privar con ellos al seguro, o no. Este vivir seguramente debaxo de su

---

<sup>149</sup> Ibid, «Discurso para la inteligencia de los aforismos».

<sup>150</sup> Las leyes ya las he citado. La metáfora, en gran medida tradicional, de la actividad cartográfica y marinera es la siguiente: «y que le sirvan estos pliegos como un Mapa, y descripción del mundo; y sean como una aguja de marear, por donde platico marinerio pueda navegar, y surgir seguramente en el tempestuoso mar desta vida». En algún punto también se intuye una referencia a la pintura: «¿Y quien avra que no guste para todo esto, y lo a ello semejante, en tanta diversidad de sucesos humanos, hallar reducido a unos breves apuntamientos, y como en una pintura, las reglas y doctrinas necesarias para ello, sacados de tantos accidentes, y de sus causas y principios, y en que avia de gastar mucho tiempo? Mucho digo en leerlos; y mucho mas en sacar dellos la regla que poder aplicar a su negocio», Ibid, «Discurso para la inteligencia de los aforismos». Ver la comparación con las pretensiones científicas de Thomas Hobbes al final del capítulo 7.

Imperio [...] y no desvanecemos en las prosperidades, y resistir a los tiranos, y moderar los Reyes, y sossegar el vulgo, y al cabo sustentar esta maquina Monarquica». Casi sin aliento tras esta retahíla, exhausto casi ante la importancia de esos asuntos, el lector se ve abocado a admitir que

en cosa tan excelente no se avía de proceder a caso. Ciencia es la del gobierno y Estado; y su escuela tiene; que es la experiencia particular; y la lección de Historias, que constituye la universal. La qual cierto serviría de poco, si della no se sacassen los principios y reglas que digo<sup>151</sup>

Un segundo ejemplo confirma que Álamos busca una seguridad difícil de encontrar y que en esa búsqueda no le queda más opción que refugiarse en el carácter científico de sus presupuestos. Álamos afirma que «ciencia pues será esta, que nos enseñara a proceder en la vida, y casos della, y sus pronosticos y remedios» en gran medida porque no encuentra o no es capaz de vislumbrar una solución mejor. Su modo de leer la historia de Tácito tiene ser ciencia «Porque no sé yo que otra razon puede valer en los discursos, y resoluciones de Estado, sino la que se forma con los exemplos de los casos passados, y con las reglas, y proposiciones generales, formadas de los antiguos, o modernos, por estos mismos sucesos». La serie de preguntas retóricas que sigue es reveladora del mismo procedimiento retórico empleado antes, aunque ahora la enumeración viene tras la afirmación acerca de la cientificidad de su labor. Si esto no es ciencia, si no contamos con esta razón... ¿Quién podrá «moderar en la prosperidad» si no es advirtiendo «con exemplos de otros que con semejantes y mayores fortunas cayeron despues, por no se moderar?»; ¿Quién impedirá que los tiranos se entreguen «a toda suerte de crueldad y antojo» si no es «templandolos con las reglas y dotrinas que se sacan de lo que otrso tales padecieron; por dexarse llevar de su apetito?», etc...

Álamos se encuentra por lo demás atrapado ante cualquier consideración estricta de lo que es una ciencia, y quiero decir con ello ante la consideración estricta de lo que es una ciencia en términos «aristotélicos», pues éste es el estándar con el Álamos mide su propuesta, sin tener mucho en cuenta otras ciencias que hemos identificado como adalides de la revolución científica: «Y aunque se bien, que tomandolo en toda

---

<sup>151</sup> Ibid, «Discurso para la inteligencia de los aforismos». Fernández Santamaría (ed.), *Baltasar Álamos de Barrientos. Aforismos al Tácito español*, en la introducción teoriza sobre las diferencias entre los distintos grados de experiencia a los que alude Álamos. También aborda la cuestión de la experiencia en José Antonio Fernández Santamaría, *Razón de estado y política en el pensamiento español del barroco (1595-1640)*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1986, pp. 158-160.

propiedad Logica, no se puede rigurosamente llamar ciencia esta prudencia de Estado por no ser las conclusiones della; evidentes y ciertas siempre, y en todo tiempo [...] y que si bien son ciertas por lo mas ordinario, y respeto de lo universal; no seran infalibles en un particular, que con la fuerça del libre alvedrio, que basta, podra vencer su natural inclinacion, y moderar sus afectos». Nuevamente, y a pesar de las anteriores consideraciones, insiste en afirmar su voluntad de encontrar algún conocimiento que permita actuar a los hombres: «Pero con todo esso la quise llamar ciencia; por ser el arte de las artes, y ciencia en fin de discursos prudentes, fundados en sucessos de casos semejantes, con que los hombres podrán guiar y endereçar su animo al bien; y apartarle del mal; y conocer por la mayor parte los disinios, y consejos agenos en el principio y medio dellos, y antes de su execucion; sin que aya otro mejor, ni más cierto medio para ello»<sup>152</sup>. Esta insistencia nos conduce casi a conceder, ante la imposibilidad de encontrar un medio «mejor» o «más cierto» la validez científica de lo que Álamos propone y que en realidad no es sino una versión peculiar de esa lectura prudencial de la historia que se basaba en un método de lectura comúnmente aceptado y relativamente corriente.

Por nada de esto deja de ser interesante la comparación con la medicina y la astrología, que vuelve a aparecer hacia el final del *Discurso*, cuando Álamos expone su determinación a la hora de dar el nombre de «aforismos» a su trabajo: «Quise usar deste nombre de Aforismos; aunque pudiera del de reglas, sentencias, o conclusiones: por seguir el exemplo de dos Griegos, Médico y Astrólogo, Hipócrates, y Ptolomeo, Principes de sus ciencias, que por compendio y epilogo dellas, y para enseñarlas como tales a los descendientes, nos dexaron escritas otras tales reglas con nombre de Aforismos»<sup>153</sup>. Es posible leer junto a estas voluntades terminológicas, la sugerencia implícita por la que Álamos se postula como «príncipe» de esa tercera ciencia que está presentando al poner en circulación de su *Tácito español*. Esa es, de hecho, la posición desde la que Álamos quiere hacer ver la conveniencia pública de su proyecto, pues si

los primeros sirven para la salud de los cuerpos humanos, para su conservacion y remedio; y por los segundos se pronostican los sucessos naturales, y las inclinaciones del apetito del hombre; assi por estos mios, y de Tacito mas verdaderamente, se curan las enfermedades del gobierno y estado, y de sus miembros todos, desde el esclavo hasta

---

<sup>152</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Discurso para la inteligencia de los aforismos».

<sup>153</sup> Ibid, «Discurso para la inteligencia de los aforismos». Jürgen von Stackelberg, «Zur Bedeutungsgeschichte des Wortes *Aphorismus*»; en *Zeitschrift für romanische Philologie*, vol. 75, nº. 3, (1959), ofrece algunos otros ejemplos del uso del término en la literatura política y analiza las relaciones entre ésta y la medicina.



el Monarca; y se conserva su salud, y se remedia después de perdida; y se pronostican los accidentes que han de proceder de lo que vemos de presente; pues de unas mismas causas proceden ordinariamente unos mismos efectos<sup>154</sup>

Esta conjunción entre historia, astrología y medicina, que destaca por aparecer en la presentación de una traducción de Tácito, no es absolutamente exclusiva de Álamos, tal y como muestra el detallado estudio de la figura de Girolamo Cardano (1501 y 1576) elaborado por Nancy Siraisi<sup>155</sup>. Dando buena muestra del significado cambiante y múltiple de la historia en el renacimiento<sup>156</sup>, en algunos de sus textos Cardano empleó una noción retórica, «vinculada a la persuasión y no a la causación, e incapaz de proveer conocimiento certero, o *scientia*», mientras que en otras ocasiones «la historia humana aparecía como una serie de episodios, ya fueran considerados como sujetos de análisis, datos a partir de los cuales podían construirse reglas o *exempla* en los que basar un moralismo retórico»<sup>157</sup>. Precisamente a través de una historia concebida como banco de experiencias se hacen más claros los posibles vínculos entre la historia humana y la historia natural y se explican las conexiones entre medicina, astrología e historia. Según nos dice Siraisi, «en su uso de ejemplos históricos en los tratados astrológicos, así como más generalmente en su filosofía natural y en medicina, Cardano parece haber estado buscando una base teórica a partir de la cual construir una ciencia de la naturaleza y el hombre que fuese al tiempo exacta y genuinamente descriptiva y en la que los particulares pudieran de algún modo conducir al conocimiento certero»<sup>158</sup>. Unas palabras que casi definen el proyecto que Álamos está delineando en el *Discurso* y que recalcan la sensación de búsqueda de la mayor certeza posible que se observaba en ese texto.

---

<sup>154</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Discurso para la inteligencia de los aforismos».

<sup>155</sup> Nancy G. Siraisi, *The clock and the mirror: Girolamo Cardano and Renaissance medicine*. Princeton: Princeton University Press, 1997. Ver también Anthony Grafton, *Cardano's cosmos: the worlds and works of a Renaissance astrologer*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1999.

<sup>156</sup> Me refiero aquí a los cambiantes usos de *historia* en la edad moderna, más allá de la historia civil y a través de sus usos médicos y en la ciencia natural, tal y como han sido analizados en Pomata y Siraisi, *Historia*.

<sup>157</sup> Siraisi, *The clock and the mirror*, p. 197 y 199. El uso «retórico» Siraisi lo encuentra en el *Encomio de Nerón*, en el que Cardano critica el tratamiento que recibe el personaje de este emperador por parte de Tácito y Suetonio (ver p. 196).

<sup>158</sup> *Ibid.*, p. 199. La autora también señala que Cardano era «muy consciente —en base tanto a su experiencia personal vital y como practicante de la astrología y la medicina— de la naturaleza azarosa y aparentemente inexplicable de muchos sucesos, de la incertidumbre de la prognosis médica y astrológica y de la dificultad, dada la vasta “variedad de cosas”, de distinguir entre lo natural y lo anómalo» (pp. 199-200). Ver también Nancy G. Siraisi, «Girolamo Cardano and the art of medical narrative»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 52, n.º. 4, (1991).

La comparación tripartita con la astrología es en cualquier caso menos común que el vínculo sencillo entre medicina y política, que dista bastante de ser novedoso a estas alturas del siglo XVII. Metáforas médicas de distinto tipo, asociadas por lo general a la no menos tradicional visión organicista del cuerpo político, aparecen en un innumerable conjunto de obras escritas en la edad moderna. Si queremos ver en la metáfora algo más y considerar, con Peter Burke, que indica «un serio intento de asentar el estudio de la política sobre una sólida base empírica recolectando observaciones detalladas de un modo sistemático»<sup>159</sup>, debemos referirnos nuevamente a los significados atribuidos a la historia más allá de la relación de hechos. El problema, tanto en la edad moderna como para el historiador actual, es que esos fundamentos empíricos obtenidos de la historia se cruzan hasta el punto de confundirse con los métodos de exégesis textual desarrollados desde el renacimiento. Esto afecta a la caracterización de la postura de Álamos y otros autores como moderna o científica. Frente a una asunción quizá demasiado rápida de esa modernidad, estudiosos como Francis Goyet han identificado el final del método de la invención —de la recolección de «datos» en textos antiguos— con el inicio del pensamiento racionalista moderno<sup>160</sup>. Cabría remitir además a la complejidad, sofisticación y constante debate a que estaban sometidos los propios fundamentos epistemológicos de una disciplina como la medicina de la edad moderna<sup>161</sup>. En cualquier caso, estas consideraciones desbordan el análisis de la postura aquí defendida por Álamos, puesto que afectan al desarrollo histórico de las concepciones de conocimiento racional, y que trato más detalladamente en el capítulo 8.

Las propuestas de Álamos en estos preliminares incorporan innegablemente un punto innovador que las trasladó más allá de las bases sobre las que fueron construidas, pero esto no impidió que entrasen pronto en la corriente de reelaboración constante que caracteriza al pensamiento político (al menos en este momento), siendo trabajadas y modificadas al año siguiente de su aparición el *Tratado de republica y policia christiana* de fray Juan de Santa María. Este tratado gozó de un enorme público a juzgar por su extensión «editorial», pues después de ser publicada por vez primera en Madrid

---

<sup>159</sup> Burke, «Tacitism, scepticism, and reason of state», p. 483. Aquí se subraya la importancia en la época de los médicos de formación que escribieron sobre política, como Filippo Cavriana entre otros. El paralelo entre el valor de la recolección y uso de *experimenta* antiguos en medicina y en historia política lo había expuesto también Maquiavelo en el prefacio al primer libro de sus *Discorsi*, citado en Siraisi, *The clock and the mirror*, p. 197.

<sup>160</sup> Goyet, *Le sublime du «lieu commun»*, p. 9: «El *terminus ad quem* corresponde a la época a partir de la cual la invención es despreciada como método. Se trata aproximadamente del triunfo del cartesianismo»

<sup>161</sup> Ian Maclean, *Logic, signs and nature. Learned medicine in the Renaissance*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

en 1615 fue reeditada en Barcelona en 1616, 1617 y 1618; al menos tres veces en 1619 (hay hasta seis variantes de portadas, con distintos nombres de impresores o libreros y localizadas en Barcelona, Madrid y Valencia); de nuevo en 1621 en Lisboa y en 1624 en Nápoles; y traducida al italiano y editada en 1619 en Venecia y en 1621 en Milán<sup>162</sup>. En su dedicatoria a Felipe III, el que se declara como «capellan de su magestad», señala, en un clara hibridación entre el proyecto de Álamos y una concepción virtuosa y ejemplar de la política, entre la historia gentil y las sagradas escrituras, que su objetivo ha sido ofrecer unas

doctrinas breves, ciertas, y generales, que son de mas provecho, comprehenden mas sujetos, y se pueden aplicar a los particulares, sacadas todas de los Politicos, de la ley Natural, y hombres de Estado, y en nada contrarias a la ley Divina, y Religion Christiana; de antiguos Filósofos, y sabios varones, de Iurisperitos, y Legisladores. Acompañado todo (porque no se le dexee de dar credito, y se desestime por proprio) con exemplos de Reyes, y Emperadores (si exemplo de Reyes a Reyes mueve) y con los que no pueden dexar de mover, de la Escritura Sagrada, ni se pueden dexar de estimar, y creer; a los quales advirtiendo los Reyes con execucion, conseguiran el fin para que lo son, que es mantener en paz, y justicia los Reynos<sup>163</sup>

Si Juan de Santa María es representante de alguna «nueva orientación política» de la monarquía hispánica, en esta orientación destaca no sólo el componente eclesiástico, sino la profunda mezclanza con posiciones que habían promovido una búsqueda activa de guías de acción política en la historia y otros dominios de lo humano<sup>164</sup>. Las conexiones con Álamos no se limitan a la cita mencionada, sino que se extienden a lo largo de todo el *Tratado*<sup>165</sup>. En puntos como el capítulo XXVII, sección V, «de la discreción que han de tener los reyes», estas conexiones se convierten de hecho en paráfrasis e incluso en copia literal de los preliminares del *Tácito español*<sup>166</sup>. Juan de

---

<sup>162</sup> Santa María, *Tratado de republica y policia christiana*.

<sup>163</sup> Ibid, «Epístola dedicatoria».

<sup>164</sup> José Martínez Millán, «La crisis del “partido castellano” y la transformación de la Monarquía Hispana en el cambio de reinado de Felipe II a Felipe III»; en *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 2 (2003). [Anejos.] considera la obra de Santa María únicamente en su vertiente católica romana, sin atender a la mezcla de argumentaciones novedosas que hay en su obra (en especial pp. 36-38).

<sup>165</sup> En la dedicatoria también reaparece la mezcla entre una visión organicista del «cuerpo místico de la Republica» encabezado por el rey y la necesidad de que este conozca «los humores, los afectos, los animos, y naturales de sus ministros, allegados, y dependientes», Santa María, *Tratado de republica y policia christiana*. «Dedicatoria al rey».

<sup>166</sup> Ibid, pp. 348-351. La referencia a la astrología, una alusión a Tácito sin cita y otra a la mayor debilidad de los hombres del presente respecto a los pasados, son tres indicaciones suficientes para afirmar que

Santa María, que también ha empleado a Tácito en diversos puntos de su obra para apoyar sus argumentos<sup>167</sup>, concluye hablando de la «ciencia esta que llaman de Estado» e invocando la importancia que para los reyes tiene el «conocimiento de los afectos, para conocer los agenos, y moderar los propios, y hazer juyzio, y pronosticar por ellos el fin y paradero de las acciones de los ausentes, sean amigos, o enemigos»<sup>168</sup>. Para el remate final prefiere sin embargo utilizar la Biblia y las palabras de un rey y profeta: «Quiera Dios que no se pueda dezir de ellos lo que el mesmo dixo por su Profeta, y Rey de su pueblo: Esta gente con los labios me honra, *Cor autem eorum longe est à me*. No estè Dios de los Reyes, y sus ministros, sino muy cerca, para favorecerlos en todo. Amen.»<sup>169</sup>

En 1616 Fernando Alvia de Castro publicó en Lisboa *Verdadera razón de estado*, obra sobre la que Tierno Galván llamó la atención por considerarla una respuesta directa a los planteamientos de Baltasar Álamos de Barrientos en el *Tácito español*<sup>170</sup>. Aunque probablemente Alvia no está criticando sólo Álamos sino preferentemente a Girolamo Frachetta<sup>171</sup>, su posición muestra una interesante mixtura (diálogo, al menos) entre distintos modelos de argumentación política. Alvia, quien describe su obra con la conocida metáfora del «pequeño ramillete», subraya la diferencia entre esas flores que son las «acciones catholicas» y las «virtudes morales» y otras «malas, ponçoñosas y nocivas» que son «los hechos injustos, las demostraciones hypocritas que los políticos, o con ignorancia, o con malicia mesclan en ella [en la verdadera razón de estado]»<sup>172</sup>. Esta diferenciación entre bien y mal no conlleva un total abandono de los autores gentiles, pero al igual que hacía Juan de Santa María, Alvia trata de restablecer la jerarquía de argumentos sobre el mundo: el método consiste, en palabras de Alvia, en sacar «la quinta essencia de lo que agora toca a hablar en essos

---

Santa María está parafraseando los preliminares de Álamos, tomando elementos que aparecen tanto en la dedicatoria a Lerma como en el *Discurso para la inteligencia de los aforismos*.

<sup>167</sup> Ibid, pp. 155, 307, 347, 351, 386, 388, 455-457, 459, 469-470, 594 y 600. Michel Cavillac, *Gueux et marchands dans le Guzmán de Alfarache (1599-1604): roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'Or*. Burdeos: Institut d'Etudes Ibériques et Ibero-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1983, p. 109, ofrece otra serie de las referencias de Santa María a Tácito que no siempre he podido ratificar.

<sup>168</sup> Santa María, *Tratado de republica y policia christiana*. fol. 266v, ed. 1619 Las «conexiones» con Álamos son también aquí fáciles de observar.

<sup>169</sup> Ibid. fol. 268r, ed. 1619

<sup>170</sup> Tierno Galván, «El tacitismo».

<sup>171</sup> A mi entender, Alvia no dirige sus críticas contra Álamos, sino contra Jeronimo Fraqueta (Girolamo Frachetta), al que sí cita y reprueba explícitamente en esta obra; Fernando Alvia de Castro, *Verdadera razon de estado. Discurso politico*. Lisboa: Pedro Craesbeeck, 1616, fols. 5r y 9v. Tierno Galván no tuvo en cuenta que Álamos seguramente conformó buena parte de su proyecto a partir de Frachetta, tal y como analizo en 5. 3.

<sup>172</sup> Ibid, «Dedicatoria a Antonio de Çuñiga».

pocos pliegos, de inmensa cantidad de autores Christianos, Gentiles, historiadores, Politicos antiguos y modernos, como en el mismo discurso se vè»<sup>173</sup>.

En el primer capítulo, que dedica a discutir «Que la materia de estado no es arte, ni ciencia», Alvia de Castro muestra que la vara de medir el estatus científico sigue siendo aristotélica, pues desmonta eficazmente la definición de la política como ciencia a partir de la metafísica de Aristóteles. Al mismo tiempo, este autor se esfuerza en superponer un lenguaje cristiano a otro de la fortuna «que lo que depende de la fortuna no es ciencia: y pues los sucessos de las cosas de estado, dependen tanto della (hablemos en lenguaje Philosopho y Gentilico) y de efectos varios y diferentes, no es arte»<sup>174</sup>. Así, la ciencia de estado, «aun si lo fuera», sería «terrena y baja», puesto que «se emplea en las [cosas] del mundo, las cuales son, como dize el Espiritu Santo, vanidad de vanidades»<sup>175</sup>.

El tercer capítulo de la obra de Alvia de Castro muestra el modo en que éste entiende y controla el uso de los ejemplos sacados de las historias<sup>176</sup>. Primero se refieren ejemplos romanos; después vienen aquellos de reyes cristianos; posteriormente algunos de los naturales de las Indias, «para mayor prueba de la fuerça, y estima que tiene la ley y fee natural, aun entre los Gentiles mas apartados de la buena Policia»; y finalmente se remata el argumento «con lo que refiere la Sagrada Escritura de David»<sup>177</sup>. Lo interesante es que la explicación y el buen suceso del ejemplo final de Alvia resulta, en principio, inaccesible al entendimiento humano; dios paga la buena acción de David «con las grandes mercedes y favores que le hizo; y hara siempre lo mismo a los que obran justa, natural, y Christianamente, posponiendo los interesses y respectos humanos a lo licito, a lo honesto, a lo justo, y a lo razonable»<sup>178</sup>. Prueba de

---

<sup>173</sup> Ibid, «Dedicatoria a Antonio de Çuñiga». En otras ocasiones Alvia declara simplemente que su propósito fue «escrevir algunos discursos Politicos, y militares sobre lugares de la sagrada Escripura» (fol. 1r).

<sup>174</sup> Ibid, fol. 2v. Poco más abajo, Alvia vuelve a repetir el procedimiento: primero señala la necesidad de una buena fortuna en el arte de la navegación para añadir entre paréntesis la correspondiente traducción cristiana «la ayuda divina se entiende» (fol. 3v).

<sup>175</sup> Ibid, fol. 4v.

<sup>176</sup> Este tercer capítulo trata de validar el argumento esgrimido en el capítulo segundo, dedicado a reprobar algunas definiciones de la materia de estado y a constreñirla, en aquello que «sobrepuje la ley ordinaria, restingiendola o alargandola» a una «causa justa particular o publica» (fol. 9r). Ahora vienen los ejemplos para mostrar que «Assi lo entendieron muchos gallardos Principes y Republicas de la Gentilidad antigua, pues antepusieron a grandes provechos y acrecentamientos suyos, la ley y fee natural; de los nuestros hartos han hecho lo mismo» (fol. 9v).

<sup>177</sup> Alvia de Castro, *Verdadera razon de estado*, fol. 14v. El argumento bíblico esta extraído de Reyes I, 26: el rey Saúl, que ha desatendido los mandatos puestos por dios en boca de Samuel duerme en su tienda y David, a quien Saúl ya había intentado matar, entra en ella, pero David, en lugar de vengarse y guiado por lo justo, sólo coge la lanza con que había intentado asesinarle Saúl.

<sup>178</sup> Alvia de Castro, *Verdadera razon de estado*, fol. 15r.

que, no obstante las preferencias ya expuestas, Alvia es capaz de moverse dentro de un rango flexible y mezclado de presupuestos es su publicación, cinco años más tarde, de una obra de aforismos extraídos de las *Decadas* de Juan de Barros<sup>179</sup>. Tampoco había dejado de alabar Álamos de Barrientos en su dedicatoria al duque de Lerma un «librillo de advertimientos militares, sacados de algunos libros de la Sagrada Escritura» compuesto por Fray Francisco Panigarola, Obispo de Asti<sup>180</sup>.

Quiero finalizar la descripción del campo flexible que es la recepción y valoración de Tácito durante el reinado de Felipe III refiriendo a un autor que, como hizo Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, modificó su valoración sobre Tácito en espacio de pocos años. Me refiero a Suárez de Figueroa en las dos ocasiones en las que cita a Tácito en *El pasajero*. En el alivio segundo Figueroa pone de manifiesto la ausencia de historias propias españolas en las que se narrasen, como ocurría en los *Anales* o en las *Décadas* de Tito Livio, los hechos y hazañas de los naturales de la monarquía hispánica. Figueroa se alinea ahora entre los que han cobrado conciencia de la historia como arma política y crítica con franqueza la atribución de los oficios de cronista:

¿Hállase cosa tan estéril como casi todas las [historias] de España, y, en particular, modernas? Parece andan buscando aposta para este fin los que menos saben, los menos graves y suficientes, los a quien presenta sólo el favor, no sus letras y capacidad. Debrían cierto los príncipes (exclama un bien entendido) favorecer a los hombres que pueden tratar con elocuencia y verdad, con prudencia y juicio, las cosas bien hechas en paz y en guerra. Así se robaran al olvido tantas hazañas de españoles, cuales nunca en sus *Décadas* y *Anales* celebraron de sus romanos los tan aceptos Livio y Tácito<sup>181</sup>

Junto a la reclamación de una historia que celebre a los españoles al modo de las historias romanas, Figueroa sugiere la lectura de Tácito en el alivio décimo, bajo la forma de la recomendación educativa que he analizado en de Mariana o el conde de Portalegre. Para combatir la ociosidad de la juventud Cristóbal Suárez Figueroa recomienda la «lección de autores aprobados» y muy especialmente —teniendo en cuenta que quien recibe el consejo no sabe latín— la lectura de las «flores de santos».

---

<sup>179</sup> Fernando Alvia de Castro, *Aphorismos y exemplos politicos y militares sacados de la primera Decada de Juan de Barros*. Lisboa: Pedro Craesbeeck, 1621.

<sup>180</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma». No he logrado identificar la obra a la que se refiere.

<sup>181</sup> Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, p. 74 de la edición digital citada.

Después de esta primera sugerencia, Suárez de Figueroa concede que también «podrá ser lícito leer otros autores, así modernos como antiguos; mas que traten todos materias importantes para perficionar la vida», lo que le conduce directamente hacia la repetida recomendación de la historia y a la inclusión de Tácito en el repertorio de autores reconocidos y recomendables: «Menos daréis de mano a los historiadores, por cuya comunicación vendréis a salir capaz, prudente y advertido. Herodoto, Tito Livio y Tácito tienen entre todos opinión»<sup>182</sup>.

La revalorización de la historia como forma de conocimiento se expresó de distintas maneras en la edad moderna, siendo una de ellas la que convierte a la historia de la monarquía en un arma defensiva u ofensiva. Esta concepción, que se extendió en el reinado de Felipe III, la concebía como fundamento de conocimientos y base de actuación, tanto en la conducta particular como en la esfera de la política. La recepción de Tácito en España se enmarca en este contexto dinámico, en el que se trabaja con la historia como se haría con un material fácil de modelar, pero debe caracterizarse de acuerdo con la multiplicidad de usos que se dio a sus textos. El debate constante que se produjo en torno a estos usos obliga, de hecho, a replantearse el uso de «Tacitismo» como una corriente ideológica, pues los usos del latino no se acuerdan bien con un encasillamiento similar. He tratado de mostrar también que la cuestión que estaba siendo debatida desbordaba la recepción de Tácito y que afectaba a la configuración práctica del dominio de lo político. En el apartado que viene a continuación quiero profundizar en esta cuestión analizando los modos de utilización de los libros de política en el contexto de la recepción de Tácito.

### **5.3 Libros de historia y política, libros de aforismos**

Aquellos que participaron en la recepción de Tácito sugirieron en ocasiones una aplicación directa del latino a la realidad presente. No hubo sin embargo consenso a la hora de dilucidar cómo se habían de aplicar a la práctica política los conocimientos adquiridos a través de la historia y en la mayoría de los casos se entendía que era necesario adaptar de algún modo los ejemplos históricos a las circunstancias prácticas. En un plano diferente al de su adaptación explícita, los libros que he venido analizando también ofrecían un entendimiento implícito de la práctica política. El uso de un género como los aforismos, o la organización de los «tratados» políticos como comentarios a las obras históricas de Tácito tenía implicaciones sobre el modo en que se entendían las

---

<sup>182</sup> Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, p. 381 de la edición digital citada.

capacidades humanas para actuar en política. De hecho, algunas de estas obras destacan casi tanto por su contenido como por su organización interna y disposición visual: la insistencia en la brevedad, la separación de los contenidos en pequeños apartados y la inclusión de índices para acceder más fácilmente a las distintas materias, reforzaban la idea de que era posible generar una política sometida a reglas o, cuanto menos, abarcable por el raciocinio humano. Algunas de estas obras favorecían un uso de consulta frente a una lectura intensiva, unos contenidos breves y agudos frente a una reflexión extensa y desarrollada lógicamente, una inmediatez práctica frente a una guía teórica, etc. tanto por su contenido como por el modo en que fueron concebidos y «puestos en libro». Puesto que no estaban dispuestas ni visual ni conceptualmente como «tratados», resultará útil ahondar en estas otras formas con las que ganaba expresión el pensamiento político y que tienen como característica común el estar emparentadas con el modo de lectura de la historia propio de la edad moderna<sup>183</sup>. Merece la pena, en definitiva, reformular la expresión de Lisa Jardine y Anthony Grafton y preguntar ¿si los libros de política son así, qué era entonces el pensamiento político?<sup>184</sup>.

El texto que coloniza las páginas del *Tácito español* no está dispuesto tanto para ser leído como para ser estudiado; parece requerir una lectura atenta, dispuesta a detenerse en cada punto difícil o peculiar del texto para analizarlo en profundidad. Su disposición tipográfica abigarrada complica la lectura continuada del texto traducido, encerrado en el espacio central de la página e interrumpido a cada paso por una cruz que remite al margen interno (o pequeño) para indicar una lectura o traducción alternativa o un breve comentario (fig. 10)<sup>185</sup>. También complican la lectura los corchetes que con relativa frecuencia introducen textos suspendidos, fragmentos con los que Álamos completa el sentido del texto castellano o solventa las elipsis del original<sup>186</sup>. Finalmente, aparecen letras y números volados por todo el texto: los comentarios<sup>187</sup> desaparecidos

---

<sup>183</sup> Esta «persistente preferencia académica por el tratado como la “auténtica” historia intelectual» la señalan Jardine y Grafton, «Studied for action», p. 56.

<sup>184</sup> La pregunta original decía ¿Si esto es leer, qué era pensamiento político?, Ibid.

<sup>185</sup> Todo esto, en contra del objetivo declarado por Álamos, que trató de aunar claridad y precisión en la traducción, Álamos de Barrientos, *Tácito español*, «Al lector»: «van en la margen diferentes sentidos que tiene lo que escribe, y diferentes lecturas, y emiendas que le han dado sus Comentarios latinos; deseando en quanto me ha sido posible, que se lea más claro en nuestra lengua; pero con la misma puntualidad y pureza que tuviere la latina».

<sup>186</sup> Ibid, «Al lector»: «Va esta traducción a la letra del mismo autor, en quanto ha sido posible sin que hiziese dissonancia, mostrando lo que por esta razón llevase añadido en alguna parte, con ponerlo entre estas dos señales [ ]; para que no lo admita quien lo juzgare poco necesario».

<sup>187</sup> Los comentarios completarían la apariencia de erudición que claramente se busca reproducir la disposición de las páginas de la obra. La «Aprobación de Antonio de Covarrubias» describe el contenido erudito de esos comentarios, que contradice la interpretación de Fernández Santamaría (ed.), *Baltasar*



correspondían con las cifras voladas al interior del texto, mientras que las letras remiten a los aforismos que colonizan el margen externo de las páginas y que constituyen un verdadero texto paralelo<sup>188</sup>. La presencia en la página y la numeración consecutiva de los aforismos los dota de entidad propia e invita a una lectura aparte; se establecen incluso referencias cruzadas entre ellos, lo que ayuda a perder de vista el referente original de la traducción de Tácito<sup>189</sup>.

Frente a las aparentes dificultades que ofrecía la lectura del *Tácito español*, Álamos consideraba que su obra sería acogida por «Consejeros, y ministros» que se valdrían de ella para trabajar menos<sup>190</sup>, y por el propio duque de Lerma, a quien le proponía leer la obra de un modo aleatorio y «divertido», adecuado a los momentos de ocio del destinatario:

Y en los ratos, que para descansar alguno de sus grandes ocupaciones de animo, y cuerpo, quisiere divertirse; abrale V. E. que dondequiera hallará, y sin trabajo, con el que yo he puesto en el, algo de provecho para la resolución de las grandes cosas que llegaren a su mano<sup>191</sup>

Estas dos lecturas, la azarosa y la que ayudaba a trabajar menos, se alejan radicalmente de la idea de tratado teórico. Son lecturas que permiten abrir el libro por cualquier punto y obviar toda pretensión de sistematicidad, o que están guiadas por intereses temáticos concretos, pero no preocupadas por la totalidad del contenido y su desarrollo lineal. Aunque la posibilidad de una lectura lineal siempre se mantiene presente, seguramente no fue esta la manera privilegiada de afrontar el *Tácito español*<sup>192</sup>. El aprovechamiento

---

*Álamos de Barrientos. Aforismos al Tácito español*, p. xiv, para quien tal vez los comentarios «no fueron publicados, acaso por ser poco disimulado su ataque contra Felipe II».

<sup>188</sup> A todo esto cabe añadir otras marcas habituales, como los títulos que encabezan cada folio o la datación por años romanos y de cada emperador que aparece también en la parte superior de las páginas.

<sup>189</sup> El problema de referencialidad que plantean los aforismos se ve fácilmente en puntos del texto de Tácito como aquel que refiere a lo que unos y otros decían de Augusto a la hora de su funeral. Pese a tratarse de opiniones contrapuestas, Álamos no deja de sacar enseñanzas a los márgenes, sacrificando por tanto la linealidad del texto de origen y para convertirlo en un conjunto desmembrado de enseñanzas políticas.

<sup>190</sup> Álamos de Barrientos, *Tácito español*: «y pudiesen todos los ministros gozar de los frutos de Tácito, por mas embaraçados, y ocupados que se hallasen con la multitud, y grandeza de los negocios».

<sup>191</sup> Ibid, «Dedicatoria al duque de Lerma». Esta visión de la lectura de los poderosos no es exclusiva de Álamos sino más bien habitual en la época. Aparece, por ejemplo en Narbona, *Doctrina política civil*, «Prólogo a Felipe IV»: «porque para poder leerlo el Príncipe no lo impidan las grandes ocupaciones del oficio, ò el poco gusto que de largos estudios siempre tienen los poderosos».

<sup>192</sup> Trato de investigar aquí «el estatuto primero y específico de textos que fueron compuestos para lecturas que ya no son las de sus lectores de hoy», Roger Chartier, «Le monde comme représentation», p. 55 de la edición española, repetido nuevamente en la introducción de Cavallo y Chartier (eds.), *Historia de la lectura*, p. 15.

de la lectura de la historia para todo tipo de materias (tal y como se sugería en los preliminares) y la configuración física de este libro, con su extenso índice final<sup>193</sup>, hacían posible utilizarlo como un peculiar cuaderno de lugares comunes extraídos en su totalidad de Tácito.

Ann Blair seguramente tiene razón al prevenir frente a la tentación de proponer este estilo de lectura parcial para todos los grandes volúmenes en folio divididos en capítulos y subsecciones y equipados con índices alfabéticos que se editaron en la edad moderna. Como señala Blair, «por sí misma la forma no dicta el uso» y resulta generalmente difícil encontrar pruebas de esta lectura «de consulta»<sup>194</sup>. Debe tenerse presente, en todo caso, que en la edad moderna existió una preocupación general por la disposición física de la obra y las posibilidades que ofrecía una buena organización a la hora de acceder al texto desde las tablas finales o para establecer referencias cruzadas<sup>195</sup>. El planteamiento de Esteban de Garibay para escribir la historia de Felipe II puede servir de ejemplo:

Sera tambien de mucho adorno y lustre para la obra y de gran alivio y contento para su lectores, quales capitulos se dividan en parraphos distintos, teniendo cada uno en la una margen sus anotaciones, de los que se escribe en ellos, y en la otra sus numeros en figuras de guarismo, comencando desde uno, hasta los que convienan, mas, o menos, asi para la facilidad y mayor luz de las tablas, para que muy a la mano se halla por ellas, todo lo que se deseare, señalandose en ellas libros, capitulos, y parraphos. como para que la mesma obra pueda citar mejor sus lugares, no solo anticipadamente, los que adelante se han de yr ordenado, deziendo de esto se tratara copioso en tal libro, capitulo, y parrapho, mas tambien despues los ya escritos, que fueren necesario citarse,

---

<sup>193</sup> Contemplado con detenimiento, el índice revela el cuidado con el que está elaborado (aquí hay que referirse nuevamente al producto editorial más allá de la exclusiva autoría de Álamos) y que el procedimiento que lo informa es el de los lugares comunes. Es por esta razón que la tabla de los aforismos incluye referencias cruzadas entre distintas entradas. La voz «Acusador» refiere a los aforismos que corresponden con ese tema, pero también añade «vease malfines, y delito de Magestad». De modo similar al final de la entrada de «Adivinos» en esta tabla se indica «Vease astrologos, prodigios, y pronosticos»; en «Consejeros» «Vease ministros» y bajo el epígrafe de los aforismos referentes a «Exercitos» se sugiere «Vease soldados, General, guerra, vitoria». No todos estos cruces, sin embargo, se repiten en la entrada a la que llevan. Por ejemplo, en delito de Magestad no se repite el cruce con acusador y malfines, y Covardes remite a «Flacos, y floxos» y «floxos» a «covardes», pero en flacos no se menciona ninguna de estas referencias cruzadas.

<sup>194</sup> Blair, «Reading strategies», p. 17.

<sup>195</sup> Un ejemplo de esta conciencia lo ofrece Tácito, *C. Cornelii Taciti et C. Velleii Paterculi scripta quae extant* (1608), en el que se incluye una tabla de equivalencias entre las páginas de esta edición y la división en capítulos creada por Grüter tan sólo un año antes en Tácito, *Opera quae extant, ex recognitione Jani Gruteri*.

remitiéndose a tal libro, capítulo y párrafo, por no repetir segunda, o mas vezes, lo antes escrito<sup>196</sup>

Garibay refiere al «alivio y contento para los lectores» y parece estar pensando en una forma no lineal de lectura o, al menos, en una lectura que va a desmenuzar la información en pequeños fragmentos. Evidentemente, esta organización de los contenidos no era exclusiva ni de las ediciones de Tácito, ni de obras históricas como la que proponía Garibay: de hecho, el mejor ejemplo de organización de los contenidos para un acceso no lineal seguramente lo ofrecen los «repertorios» y «tesauros» en los que se almacenaban las cuestiones morales preparadas para ser utilizadas en la predicación.

Esta atención general a la disposición del contenido obliga por un lado a tener cautela al ofrecer explicaciones sobre el uso de los libros, pero refuerza, por otra parte, la necesidad de atender a la relación entre las características formales y de género y el modo en que las obras funcionaron en la edad moderna. En el caso concreto del *Tácito español*, y asumiendo las precauciones mencionadas, hay algunos indicios externos de que la obra de Álamos estaba preparada para una lectura temática no lineal. Así lo demuestra la reelaboración de Antonio Fuertes y Biota en el *Alma*, en la que se acentúa esta vertiente de cuaderno de lugares comunes<sup>197</sup>. Por otra parte, en la edición de 1620 de la traducción italiana de Dati, Girolamo Canini añadía los aforismos de Álamos de Barrientos (manteniendo el índice alfabético que permitía acceder a los mismos) junto a una copiosa tabla de lugares comunes elaborada por él mismo<sup>198</sup>.

El hecho de que autores como Johannes Kepler denunciasen de la falta de referencialidad y la pérdida de contexto que sufrían los textos de Tácito al ser troceados y comentados separadamente es seguramente un indicativo de lo muy extendida que estaba una lectura fragmentaria del clásico, que andaba troceado en numerosas obras

---

<sup>196</sup> Esteban de Garibay y Zamalloa, *Traza y orden para la chronica del Catholico rey nro señor Don Phelipe el Segundo, y apuntamientos de materias por sus años desde 1527 a 1593*, 1598. [BNM Mss. 1750.] Descubierta, estudiada y publicada (pp. 77-103) por Kagan, *El rey recatado*, pp. 94-95.

<sup>197</sup> Fuertes y Biota, *Alma*, sobre esta reelaboración ver 3.3.

<sup>198</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Opere di G. Cornelio Tacito : Annali, Historie, Costumi de'Germani e Vita di Agricola, illustrate con... aforismi del Sig. D. Baldassar' Alamo Varianti, trasportati dalla lingua castigliana nella toscana, da D. Girolamo Canini d'Anghiari*. Venecia: Giunti, 1620, incluye una «Tavola de gli Aforismi politici, cavati da G. Cornelio Tacito e conforme a i loro particolari soggetti disposti per ordine d'Alfabeto» y otra de 78 páginas de «Luoghi comuni, o vero tavola copiosissima di tutti i nomi proprii, e di tutte le materie Historiali, Politiche, Morali non Soloamente trattate, ma ancora accennate da G. Cornelio Tacito in tutti gli scritti, che di lui ci restano. Messa insieme, e di nuovo ampliata, e corretta da D. Girolamo Canini»

por todo el continente<sup>199</sup>. Evidentemente, esto tenía consecuencias para la recepción del latino, pero también es una característica peculiar del pensamiento político de estos momentos. Puesto que tal vez sea difícil aplicar una noción estricta de género literario, por ejemplo «aforismos», para definir las características de este modo de recepción de Tácito, resulta más apropiado introducir la cuestión examinando los «precedentes» del *Tácito español* y contrastándolo con otras obras similares. El objetivo no será descubrir si existió un libro de política propio de la recepción de Tácito (la respuesta es «no» por adelantado), sino comprender mejor las formas que efectivamente adoptaba el pensamiento político.

El proyecto de Álamos es dependiente de otros nacidos fuera de España en varios sentidos. Álamos copió literalmente gran parte de sus aforismos de una obra publicada por Annibale Scoto en 1589: un cotejo sencillo demuestra las enormes «coincidencias», aunque un escrutinio más detallado revela algunos puntos en los que Álamos introduce varios aforismos de cosecha propia<sup>200</sup>. A diferencia de Álamos, Scoto también incorporó en sus comentarios algunas analogías con ejemplos modernos y referencias a otros autores clásicos<sup>201</sup>. A diferencia de los aforismos, los comentarios de Scoto están dispuestos de un modo más convencional sobre las páginas: un extracto de texto en letra redonda se sigue de un comentario en cursiva, al modo en que se disponían, por ejemplo, los comentarios y notas filológicas de las ediciones Lipsianas. Según Charles Davis estas diferencias «corresponden con la naturaleza de los respectivos comentarios»: los aforismos, más breves que los comentarios de Scoto, son siempre «fragmentos completamente contenidos en sí mismos, expresados como proposiciones simples con tan sólo breves explicaciones»<sup>202</sup>.

La característica más relevante que se pierde o queda disimulada debido a la copia de Álamos es el origen «material» de los comentarios: como explica Scoto en su dedicatoria, los comentarios fueron producidos en el marco de la lectura privada que hicieron un consejero y su señor en la corte y en la que se comparaban los

---

<sup>199</sup> Grafton, «Kepler as a reader»; Grafton, *Commerce with the classics*, cap. 5, «Johannes Kepler: the new astronomer reads ancient texts».

<sup>200</sup> Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii*. Así lo demostró Momigliano, «El Tácito español», p. 65, y lo ha recordado Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», pp. 71-73. Esta importante cuestión ha pasado sin embargo desapercibida a todos los estudiosos españoles desde Tierno y Maravall hasta Beatriz Antón Martín y Teresa Cid Vázquez. Evidentemente, todos los aforismos al *Agrícola* y la *Germania* son de Álamos, puesto que aunque en la obra de Scoto se reproducen esos textos no se acompañan de comentario alguno.

<sup>201</sup> Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 73, también indica que Álamos elimina las referencias a Tácito de los aforismos para darles un aire de mayor universalidad.

<sup>202</sup> *Ibid.*

acontecimientos presentes con el texto de Tácito<sup>203</sup>. Comparando los preliminares de Scoto con los de Álamos de Barrientos, Davis ha señalado también el mayor alcance teórico de estos segundos<sup>204</sup>, y estaba en lo cierto, pues si los contenidos de los aforismos proceden de Scoto, la inspiración teórica de Álamos proviene de la obra de Girolamo Frachetta, *Il seminario de governi di stato et di guerra* (1613)<sup>205</sup>. La obra de Frachetta presenta una disposición textual que hace difícil su lectura de principio a fin y obliga a acceder a los contenidos mediante los dos grandes índices que la vertebran. En cuanto a la fundamentación que Frachetta daba a su obra, cabe recordar que *Il seminario de governi* fue la versión final de un proyecto que circulaba desde 1592, antes de que Álamos emprendiera la traducción de Tácito al castellano, y que Fraquetta definió así<sup>206</sup>:

Habiendo yo comenzado (havra algunos años) a escrevir una obra de mucho trabajo: por cuyo medio pienso poner delante los ojos a los principes y a sus ministros assi de gobierno de estado, como de guerra, todas las materias que les pueden ser de provecho, para bien gobernarse. De manera que en cualquier caso que se les offresca hallen donde tomar consejo, sin rebolver otros libros, fundandose sobre las acciones, y observaciones de aquellos que fueron antes que nosotros. Ha me parecido bien entanto que la dicha

---

<sup>203</sup> Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii*, «Ad lectorem»: «Verum OCTAVIUS FARNESIUS Placentia & Parmae Dux serenissimus, cuius humanitas, & amor in meam familiam, ac praecipue in me fuit semper eximius, eo tempore mea opera usus est non parum. Quare quinque annis, quos domi consumpsi, cum ab eo modo ad hunc, modo ad illum Principem mitterer: maximam nactus sum occasionem plures Principum Aulas tam Italarum, quàm exterorum videndi, illorum que observandi vitae, ac regiminis rationem. Quae omnia ad nostrum Tacitum conferebam, eius que praecepta ad usum & consuetudinem nostrae aetatis omnino deducere conabar: eo tamen consilio, ut huiusmodi observationes mihi tantum usui essent, & numquam ederentur in lucem». Sobre estas lecturas tutorizadas ver 7.1.

<sup>204</sup> Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 72. señala que los preliminares de Scoto son breves, no contienen «ninguna de las teorías históricas-filosóficas elaboradas por Álamos». No obstante, la dedicatoria de esta obra indica que «in his brevibus Auctoris huius celeberrimi, ac prudentissimi flosculis, tuam intueri, velut in vero ac proprio speculo, prudentiam possis, ac recte gubernandi scientiam», Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii*, «Dedicatoria».

<sup>205</sup> Girolamo Frachetta, *Il Seminario de governi di stato et di guerra*. Venecia: Evangelista Deuchino, 1613. Esta obra estaba dedicada a Felipe III y contó con dos ediciones posteriores, revisadas y ampliadas, en 1617 y 1624.

<sup>206</sup> Álamos pudo conocer esta versión preliminar de Girolamo Frachetta, *L'Idea del libro de' governi di stato et di guerra di Girolamo Frachetta; con due discorsi, l'vno intorno la ragione di stato, l'altre intorno la ragione di guerra, del medesimo*. Venecia: Damian Zenaro, 1592, que también circuló manuscrita: Girolamo Frachetta, *Idea del libro de gobierno de estado y de guerra de Geronimo Fraqueta, con los discursos suyos, el uno cerca de la razón de estado, y el otro cerca de la razón de guerra*. [BNM Mss. 10431.]

obra se acaba (de que no esta muy lexos) dar al mundo alguna señal de ella publicando una ydea, o como si dixeremos un modelo, que he formado imitando a los Architectos<sup>207</sup>

El *Seminario* de 1613 incluía cerca de 8000 de estas máximas —de las cuales más de 1300 procedían de Tácito, cerca de 800 de Tito Livio, unas 650 de Guicciardini, y aproximadamente 500 de Jenofonte y 430 de Tucídides, por nombrar los cinco autores más representados<sup>208</sup>— pero el procedimiento que permitía destilar estos conocimientos también lo expuso Frachetta en su *Idea* de 1592: «De todos estos authores havemos de sacar las Maximas o proposiciones generales de estado, y de guerra en la manera siguiente, poniendo çerca de ellas la authoridad sobre que se fundan, ora sea hecho, ora dicho, y luego el numero de los libros y capitulos quando se offriere»<sup>209</sup>. Haciendo aún más claro que estas proposiciones provienen directamente de la lectura, Frachetta señala que es necesario numerarlas, para ir sabiendo cuántas se obtienen de un texto determinado y que «estos numeros de las proposiciones se van señalando en las margenes de nuestros libros, y ansi holgaria que hiziesen todos lo mismo, para que mas facilmente se pudiesen hallar»<sup>210</sup>. En mi opinión, es difícil hayar una definición más precisa para el proyecto y la disposición textual del *Tácito español* de Álamos de Barrientos y conocida la afición a copiar del de Medina del Campo no resulta descabellado pensar en una inspiración directa.

Las obras que, como la de Álamos de Barrientos, presentan una conexión entre propuestas teóricas y disposición formal abarcan un amplio espectro. Destacan en primer lugar, todas aquellas dispuestas bajo el género de los aforismos, cuyas características principales son la ordenación numérica y una disposición en pedazos aislados, independientes unos de otros. En este tipo de obra se descubre en ocasiones una progresión temática, mientras en otras predomina un discurrir azaroso que encadena diversas materias. Tanto en el caso de una lectura lineal como en la recuperación dirigida a partir de un índice, estas obras están muy lejos del modelo de tratado, pero presentan el campo político como un dominio manejable y reducible a un cierto numero de proposiciones. Entre las obras mencionadas en los apartados anteriores, entran

---

<sup>207</sup> Frachetta, *Idea del libro de gobierno de estado y de guerra*, fol. 84r. Esta publicación preliminar también recuerda a la historia de la publicación del *Tácito español* de Álamos, con una versión corta de los aforismos circulando con anterioridad a 1614.

<sup>208</sup> Estos números se ofrecen en el índice titulado «Massime, et regole che entrano nel seminario de' governi di Stato, & di Guerra», Frachetta, *Il Seminario de governi di stato et di guerra*.

<sup>209</sup> Frachetta, *Idea del libro de gobierno de estado y de guerra*, fols. 90r-v.

<sup>210</sup> *Ibid.*, fol. 90v.

directamente en esta nómina *Frutos de historia* (1604) y las *Centellas de varios conceptos* y *Avisos de amigo* de Joaquín Setantí (publicadas en 1614 junto a la versión de 500 *Aforismos de Tácito* atribuidos a Arias Montano); los *Aforismos* de Narbona (compuestos en 1604 y publicados en 1621) y el *Alma* de Fuertes y Biota (1651)<sup>211</sup>.

Para dibujar un panorama más amplio sería necesario trazar las fronteras del género desde su aparición a fines del siglo XVI y a través de todo el el siglo XVII. El libro lo inaugura, traduciendo en una obra impresa las prácticas lectoras que ya hemos visto, fue la *Aphorismorum politicorum silva* de Lambert Daneau<sup>212</sup>. Puede comprobarse que la obra es, en primer lugar una *silva*, nombre que remite tanto a la tradición compiladora de los lugares comunes como a la metáfora vegetal en la que también se inscriben los jardines y los huertos. En segundo lugar, como calificativo, lo es de *aforismos políticos*, denominación que estaba destinada a un éxito tan amplio como el que conoció la obra del propio Daneau, reeditada en 9 ocasiones hasta mediados del XVII, traducida a varios idiomas y reelaborada de modos diversos<sup>213</sup>. A partir de aquí, la variedad de libros que incluyen la denominación de aforismos aumenta con la paulatina extensión del género y es sometida a toda la imaginación transformativa de la época para crear esa serie de avisos, advertencias y demás formas relacionadas, más o menos cerca, con las prácticas de lectura y extractación ya conocidas. Las aplicaciones que ofrecía la lectura detallada se encuentran también en la base de las obras más características del periodo en lo que se refiere a la recepción de Tácito, tales como *De arcanis rerumpublicarum* de Arnold Clapmarius, en la que las obras del autor latino se dividían hasta convertirse en «axiomas del tamaño de una píldora, temática tras temática»<sup>214</sup>.

Sería difícil abordar aquí una definición consistente del aforismo como género pues, si bien se cruza directamente con la recepción de Tácito, desborda con mucho este

---

<sup>211</sup> Fuertes y Biota, *Alma*; Narbona, *Dotrina politica civil*; Setanti, *Aphorismos*; Joaquín Setanti, *Avisos de amigo*, s. XVII. [BNM Mss. 2535.]

<sup>212</sup> Dando muestra de su entusiasmada recepción del libro de Daneau Gabriel Harvey había anotado su preferencia por una «historia aforística»: «los aforismos y los ejemplos te convertirán en grande y admirable con rapidez. En los discursos e historias más largos no hay fin, cansan el cuerpo y confunden el intelecto y la memoria», Jardine y Grafton, «Studied for action», p. 60.

<sup>213</sup> Los autores de los que se obtienen los aforismos son, según la nómina que aparece en la propia obra y que marca en buena medida los límites fundamentales sobre los que se asienta el género: «Historiadores griegos: Tucídides, Jenofonte, Polibio, Herodoto; Historiadores Latinos: Salustio, Tito Livio y Cornelio Tácito; Historiadores Franceses: Philippe de Commines; Filósofos: Platón, Aristóteles, Plutarco; Oradores griegos: Isócrates, Agapeto; Oradores Latinos: Marco [Tulio] Cicerón, Plinio», Lambert Daneau, *Politicorum aphorismorum silva*. Lugduni Batavorum [Leiden]: apud F. Raphelengium, 1591. Para las reediciones y un análisis de la figura de Daneau, Olivier Fatio, *Méthode et théologie. Lambert Daneau et les débuts de la scolastique réformée*. Ginebra: Droz, 1976.

<sup>214</sup> Grafton, *Commerce with the classics*, p. 206.

marco. Frente a los intentos loables de autores como Emilio Blanco<sup>215</sup>, tanto la variedad de obras que incorporan esta versión sintética y universalista del conocimiento como la inestabilidad terminológica de la propia edad moderna, hacen de este intento una labor casi imposible. Sólo de los preliminares al *Tácito español* de Álamos de Barrientos (aprobaciones incluidas) se obtiene una nube de conceptos que incluye, indiferenciadamente los de «máxima», «sentencia», «preceptos», «reglas», «advertimientos», «principios» y «aforismos». Otra cuestión que ha sido debatida es el origen y las relaciones del término con la medicina hipocrática, en parte porque, como ya he analizado, Álamos de Barrientos hacía explícita esa relación en los preliminares a su *Tácito español*<sup>216</sup>. En mi opinión, la característica que destaca más prominentemente por encima de las variaciones del género es una tendencia a la universalización de lo singular, un efecto del aislamiento y la reorganización a la que se someten los que en origen eran extractos de lectura. Depurados con los recursos retóricos manejados en la época y desprovistos de su anterior contexto, esos extractos se convertían en sentencias: las tablas poéticas de Francisco Cascales, condensando partes de la tradición retórica clásica, así lo exponían<sup>217</sup>, y así funcionan los aforismos de Álamos<sup>218</sup>.

Sería erróneo pensar que los libros de política de la edad moderna quedaron confinados en los límites de este género por muchas que sean sus variantes: tanto como lo sería confinarlos en los límites del tratado o de la exposición doctrinal. Los libros que identificamos con el pensamiento político de finales del siglo XVI y la primera mitad del XVII, presentan relaciones más abiertas entre la lectura y la escritura. Son obras de una invención que nos resulta paradójica, puesto que tiene sus orígenes en la mirada

---

<sup>215</sup> Blanco, «Aforismos políticos». Ver también Alberto Blecua, «La littérature apophtegmatique en Espagne», en Agustín Redondo (ed.), *L'humanisme dans les Lettres espagnoles*, París: J. Vrin, 1979. [XIX Colloque international d'études humanistes, Tours 5-17 julio, 1976.]

<sup>216</sup> Stackelberg, «Zur Bedeutungsgeschichte des Wortes *Aphorismus*».

<sup>217</sup> «La sentencia pues segun el mismo Philosopho es un dicho de cosas universales, no limitadas del tiempo, lugar y personas, ni tampoco de todas las cosas generales, sino de aquellas, en quien consisten las acciones humanas, las quales pertenecen a las costumbres y a la comun opinion de los hombres, y a los casos que mas de ordinario suceden, no reduciendo las Sentencias a particular ninguno, que tocando en particular, dejan de ser Sentencias», Antonio García Berrio, *Introducción a la Poética clasicista: Cascales*. Barcelona: Planeta, 1975, p. 187. Las *Tablas poéticas* se publicaron por primera vez en Murcia: Luis Beros, 1614.

<sup>218</sup> Álamos de Barrientos parte de una afirmación particular de Tácito, por ejemplo la del comienzo de la historias, que dice: «<sup>E</sup> Mas antes que escriba las cosas determinadas, me parece bien traer a la memoria, qual era el estado de la ciudad, qual el animo de los exercitos, en que disposicion estaban las Provincias, que avia en toda la redondez de la tierra, fuerte, y gallardo, ò enfermo y flaco». El aforismo que completa el texto elimina toda referencia particular y promueve explícitamente formulaciones generales «E 12. El que ha de escribir los sucessos de una monarquia, ha de referir primero el estado della, y de todas sus provincias y dependientes, por amistad, ò enemistad, para que se entienda la causa dellas», Álamos de Barrientos, *Tacito español*, pp. 612-613.



atrás, en la reutilización de materiales preexistentes, y esto se traduce en un tipo de libro que no se ajusta exactamente a un desarrollo progresivo y lineal de las ideas que contiene, a la vez que se refleja en las disposiciones formales de algunos libros. En este sentido no debe olvidarse que en ocasiones, en la traducción o adaptación, se limaron las características originales (tanto de disposición física como de organización interna) de la obra adaptada: un ejemplo paradigmático de ello es la forma de tratado que adquiere la traducción española de las *Políticas* de Lipsio<sup>219</sup>.

Casi tan abundantes como las obras estructuradas de acuerdo con el modelo de los aforismos los comentarios, línea por línea, a obras previas. Este tipo de libros (bastante habituales en la recepción de Tácito) hacen arrancar la reflexión propia a partir de la observación y el comentario de sucesos pasados o ejemplos similares que se encuentran en la obra comentada. Su disposición tipográfica suele ser menos ágil que la de las obras de aforismos numerado, y en ocasiones cada uno de los comentarios llega a convertirse en una amplia digresión que hace perder la referencia del texto de origen. El ritmo y la progresión temática que ya tiene la obra objeto de comentario impide por lo general establecer una ordenación temática propia, pues el comentario tiene que ir adaptándose a las cuestiones que suscita el texto comentado. Al igual que ocurría con el tipo anterior, estas obras se extienden por toda Europa, en una cadena de circulación y reutilización constante. Carlo Pasquale (en 1581) y Annibale Scoto (en 1589), analizados más arriba, y Scipione Ammirato (en 1590)<sup>220</sup> inauguran este tipo de comentario, que perdurará hasta bien avanzado el siglo XVII. No resulta casual que estas obras estén dispuestas en forma de comentarios a pie de página al texto latino — caso de Pasquale<sup>221</sup>— o incluyan índices que permiten recuperar tanto los lugares de Tácito sometidos a escrutinio como las materias que se abordan en los discursos que los

---

<sup>219</sup> Lipsio, *Los seis libros de las políticas*. La obra también había sido modificada con la vuelta de Lipsio a la órbita del catolicismo, ver Antonio Truyol y Serra, «Nota sobre la versión expurgada de la Política de Lipsio», *Estudios de filosofía del derecho y ciencia jurídica en memoria y homenaje al catedrático don Luis Legaz y Lacambra (1906-1980)*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales; Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, 1985, Vol. 2, pp. 773-778.

<sup>220</sup> Ammirato, *Discorsi del signor Scipione Ammirato sopra Cornelio Tacito*. La obra original se publicó en Florencia por Filippo Giunti, 1590 y fue reeditada en Brescia por la Compagnia Bresciana en 1599 antes de ser traducido al francés y ampliada: Scipione Ammirato, *Discours politiques et militaires sur Corneille Tacite [...] traduits par Laurens Melliet*. Lyon: Claude Morillon, 1619, reeditado en Scipione Ammirato, *Discours politiques et militaires sur Corneille Tacite [...] traduits par Laurens Melliet*. Lyon: Antoine Chard, 1628.

<sup>221</sup> Los comentarios de Pasquale (anunciados con letras minúsculas en el cuerpo del texto de Tácito) ocupan, en letra cursiva y de cuerpo algo menor que el texto, el pie de las páginas. En los márgenes externos (con llamadas numeradas) se ofrecen referencias cruzadas, comentarios eruditos y distintas lecturas y enmiendas al texto latino, Tácito, *Ab excessu divi Augusti Annalium libri quatuor priores, et in hos observationes Caroli Paschalii Cuneatis*.

acompañan<sup>222</sup>. En este movimiento a escala europea, posiblemente los últimos exponentes importantes fueron Christopher Forstner<sup>223</sup> Amelot de la Houssaie<sup>224</sup> y Juan Alfonso de Lancina<sup>225</sup>. Este formato tan característico de la recepción de Tácito, tampoco se reduce estrictamente al comentario de obras clásicas, como lo demuestran los *Aphorismos y exemplos politicos y militares sacados de la primera Decada de Iuan de Barros* de Alvia de Castro<sup>226</sup>. También aparecen pronto variantes como *El gobernador christiano*, que mezclan características propias del comentario con una mayor libertad creadora y que tuvieron tanto éxito editorial como continuadores<sup>227</sup>.

Analizando el modo en que los textos de Tácito quedan repartidos por estos formatos salta a la vista la importancia de las disposiciones formales, los instrumentos de búsqueda y organización (índices, referencias cruzadas, llamadas), y las posibilidades del género en la recepción. El hecho de que el vehículo de la recepción de Tácito «alterase» los resultados no sólo explica cómo se recibió este autor en la edad moderna, sino que nos pone en la pista de ciertos condicionamientos materiales del pensamiento político de la época. Destaca, por ejemplo, la importancia de la intervención de la lectura en la obtención y el procesamiento del conocimiento político. De acuerdo con los métodos empleados en estas obras, el campo de la política aparece generado por una actividad interpretativa infinita, a pesar de estar generada y limitada al análisis de obras escritas con anterioridad. El acento creativo (si este término es el correcto) de la invención recae sobre una vertiente descubridora, observadora, recuperadora y comentarista de obras ya escritas.

En este capítulo he tratado de contextualizar un amplio número de usos de los textos de Tácito, repartidos a lo largo de obras de variado carácter y materializados en distintas formas y disposiciones materiales. A través de este recorrido he ido creando una imagen relativamente compleja del proceso de recepción de Tácito, privilegiando la variedad sobre la interpretación unívoca del fenómeno y mostrando la gran cantidad de

---

<sup>222</sup> La portada de Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii*, indica que se incluye un índice de las cosas insignes, mientras que la de Ammirato, *Discorsi del signor Scipione Ammirato sopra Cornelio Tacito*, dice: «con due tavole. Una de' discorsi e luoghi di Cornelio ... L'altra delle cose più notabili».

<sup>223</sup> Christoph Forstner, *Christophori Forstneri In XVI libros Annalium, (quatenus extant) C. [aji] Cornelii Taciti notae*. Francofurti: Johannes Beyerus, 1662.

<sup>224</sup> Abraham-Nicolas Amelot de la Houssaye, *Tibère. Discours politiques sur Tacite*. Amsterdam: heritiers de Daniel Elzevir, 1683; Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite*.

<sup>225</sup> Lancina, *Commentarios politicos*. A mediados de siglo XVII, se publicó en España Mur, *Tiberio ilustrado*.

<sup>226</sup> Alvia de Castro, *Aphorismos y exemplos politicos y militares*.

<sup>227</sup> El título completo de la obra de Márquez es *El gobernador Christiano deducido de las vidas de Moysen, y Iosue, principes del pueblo de Dios*. En una línea similar, Fuertes y Biota, *Vida de Moysen*.

hibridaciones posibles y las diferentes localizaciones en que pueden encontrarse muestras de esa recepción. La revalorización de la historia, tanto como arma de los reyes y reinos como como forma de conocimiento, constituye no obstante una guía imprescindible para comprender la entrada de Tácito en el pensamiento político de la época de Felipe II y Felipe III. De hecho, muchas de las posibilidades innovadoras abiertas en el cambio del siglo XVI al XVII se basaban en esa revalorización y en el desarrollo de los caminos intelectuales que ofrecían las prácticas de lectura y organización del conocimiento utilizadas por entonces. En la última parte del capítulo he tratado de mostrar, paralelamente, la importancia de atender a estos fundamentos y a las distintas disposiciones formales y variaciones de género para investigar la historia del pensamiento político moderno. Los dos capítulos siguientes constituyen un intento de contrastar las múltiples recepciones ya abordadas con lo ocurrido en Francia e Inglaterra durante aproximadamente las mismas fechas, incluyendo las conexiones directas o indirectas, reales e imaginadas, entre estos tres ámbitos geográficos y culturales.



## 6. Libros que venían de Francia

La recepción de Tácito es un fenómeno de alcance europeo y así fue entendido en los propios siglos XVI y XVII<sup>1</sup>. Tras esta imagen general coexisten distintos usos por parte de diversos autores, opiniones favorables y desfavorables, y también algunos usos diferenciales restringidos a territorios específicos. La utilización antirromana de la *Germania* en tierras del Imperio germánico ha sido estudiada por Donald R. Kelley, quien ha indicado como Tácito proporcionó a Andreas Althamer el material y la inspiración «para la resurrección erudita del pasado alemán y para el esfuerzo protestante por purgar la nación germana de la contaminación romanista con vistas a alcanzar lo que los comentaristas de Tácito ensalzaban como *Libertas Germaniae*»<sup>2</sup>. Ciertamente la *Germania* era una fuente de información privilegiada para la historia antigua de esas zonas, y lo mismo que el *Agrícola* en Inglaterra, satisfacía «una cierta vanidad nacional» —en palabras de Kenneth Schellhase— que explica el uso temprano de estas obras<sup>3</sup>. En los Países Bajos y al fuego de la revuelta contra el dominio español se forjó una interpretación mítica a partir de la Batavia de las fuentes clásicas y la lucha de los Batavos por la defensa de su libertad frente al Imperio romano. Esta elaboración llegaría a su máximo esplendor con la conocida obra de Hugo Grocio acerca de la república holandesa<sup>4</sup>, pero se originó a fines del siglo XV y recibió un impulso fundamental con el redescubrimiento y la recepción de la *Germania*. El propio Justo Lipsio, como he mostrado en el capítulo 3, colaboró en la reelaboración y transmisión del mito, obra de los humanistas del siglo XVI<sup>5</sup>.

Las imágenes de la recepción de Tácito en aquella época suelen pasar por alto estos usos particulares, y centrarse en la expansión del autor latino a lo largo de diversos territorios. Desde España, o más bien desde la *República literaria* de Diego Saavedra

---

<sup>1</sup> También lo han visto así historiadores como Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos», p. 73: «El tacitismo político español es parte de un fenómeno europeo más amplio antes que un movimiento separado e independiente».

<sup>2</sup> Kelley, «Tacitus noster», p. 154.

<sup>3</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 104.

<sup>4</sup> Hugo Grocio, *Liber de Antiquitate Reipublicae Batavae*. Lugduni Batavorum (Leiden): Ex Officina Plantiniana Raphelengii, 1610.

<sup>5</sup> Martin van Gelderen, «The Machiavellian moment and the Dutch revolt», en Gisela Bock, Quentin Skinner y Mauricio Viroli (eds.), *Machiavelli and Republicanism*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990, p. 215n. refiere a I. Schöffner, «The Batavian myth during the sixteenth and seventeenth centuries», en J. S. Bromley, E. H. Kossmann (eds.), *Britain and the Netherlands*, vol. 5: *Some political mythologies*. La Haya, 1975, pp. 78-101. La publicación de una serie de estudios sobre la historia de los Batavos en la década de 1580 permitió que este fuese un tema activo en la revuelta posterior. Dos ejemplos de la extensión de esta cuestión son el nombre latino adoptado por Leiden (*Lugdunum Batavorum*) o la fundación de Batavia en Asia.

Fajardo, se imaginaba a unos censores especializados por materias que ejercían un férreo control sobre los libros que accedían a la ciudad. De entre la multitud de libros que acudía a la utópica república, Saavedra diferenciaba uno con una particular procedencia geográfica: «De las partes septentrionales, y tambien de Francia, y Italia venian caminando reguas de libros de Politica, y razon de estado, aforismos diversos, comentarios sobre Cornelio Tacito, y sobre las republicas de Platon, y Aristoteles»<sup>6</sup>. Antes de mediados del siglo XVII, existía por lo tanto una categoría específica de obras de «politica y razon de estado» (separadas de la historia y las humanidades), una materia novedosa en la clasificación más tradicional de los saberes y que se identificaba con un género particular de libros, con algunos autores determinados y con ciertos lugares<sup>7</sup>.

Otros autores españoles demostraban un parecido conocimiento del panorama bibliográfico italiano y francés. Pedro Ponce de León, quien en su mencionada *Censura* vinculaba las traducciones de Tácito al vernáculo con la «política» como crisol de todos los males contemporáneos, tampoco dudaba en situar geográficamente sus orígenes y desarrollo en Francia e Italia:

Y por no hacer largos discursos, dirame alguno, que este libro no anda impresso en Italiano? en Francia no corre traduzido en aquella lengua vulgar? Concedo de buena gana, que si; pero pregunto, Italia que tiene mas que perder en razon de Politica? Francia que exemplos nos ha dado, que imitar? En que parte de Italia imprimio Gorgio [sic] Dati Florentino la primera traduccion? En Venecia. quien fue el Autor que publico en Francia la primera traduccion? No quiso jamas decir su nombre. Que principios ha tenido Francia en sus heregias[?] La Politica. porque no se destierra, ò a lo menos se intenta? Por la Politica. que ha hecho a Venecia negar algunas vezes la obediencia al Papa? Y desterrar de aquel estado las Religiones? La Politica<sup>8</sup>

Una imagen muy semejante puede apreciarse, con mayor o menor precisión

---

<sup>6</sup> Saavedra Fajardo, *Republica literaria*, p. 34.

<sup>7</sup> Saavedra introduce un guiño a su obra en este punto: «algo me encogi temiendo aquel rigor, en mis Empresas Polyticas, aunque las havia consultado con la piedad, y con la razon, y justicia», Ibid, p. 36. Saavedra compuso la *Republica literaria* antes que las *Empresas*, pero la reescribió posteriormente, cuestiones que Vicente García Diego detalla en la introducción a Saavedra Fajardo, *Republica literaria*.

<sup>8</sup> Ponce de León, *Censura*, fol. 187v. Más localizaciones de esta misma cuestión: «destos exemplos varios, y copiosos, mas poderosos a persuadir que las palabras, se sacan los preceptos perniciosos, con que se entretexe la politica, y se enciende aquel fuego que arde en Flandes, Escocia, Francia, y Italia» (fol. 186v).

bibliográfica, en autores como Ribadeneyra o Jerónimo Gracián de la Madre de Dios<sup>9</sup>. En consonancia, se instituían censuras reales e imaginarias para controlar esta distribución, en línea con el argumento de que «el modo mas unico, para destruir un Reyno es sembrarlo de vicios, y sectas estrangeras»<sup>10</sup>. Las obras de Cayo Cornelio Tácito, asociadas habitualmente a la difusión europea de estos libros políticos, destacan, sin embargo, por haber saltado todas esas barreras.

La expansión editorial de las ediciones lipsianas es un buen indicativo de la dimensión europea de la recepción de Tácito, pero también se conocían en los distintos países europeos las traducciones que circulaban en otros idiomas. Al igual que algunos autores españoles conocían las traducciones francesas e italianas, autores franceses como Ithier Hobier indicaban conocer las traducciones italianas y las españolas de «Sueyro y Alamos, que han escrito al mismo tiempo elogiándose el uno al otro, una virtud bien rara entre nosotros; y tras ellos Don Carlos Coloma, Consejero de estado de España, Gobernador de Cambray y del país de Cambresis»<sup>11</sup>. La traducción italiana de Girolamo Canini incluía, además de la ya mencionada traducción de los aforismos de Álamos de Barrientos, una comparación entre diversos pasajes de otras cuatro traducciones: una anónima italiana, la de Giorgio Dati, la española de Álamos y la francesa de Étienne de la Planché y Claude Fauchet<sup>12</sup>. La monumental edición francesa de finales del siglo XVII, concebida para la educación y «uso del Delfín» incluyó una nómina sintética de traducciones previas en Francia, Inglaterra, España, Italia y Alemania en la que se calificaba a Álamos de Barrientos como «preceptor del rey español Felipe IV»<sup>13</sup>. Por esas mismas fechas, Nicolás Abraham Amelot de la Houssaie imprimía una revisión crítica de las traducciones y comentarios que habían compuesto diversos autores franceses, italianos y españoles<sup>14</sup>.

---

<sup>9</sup> La lista de Jerónimo Gracián incluye al «Emperador Tiberio Cesar: el Historiador Cornelio Tacito: un Juan Bodino en su libro que el intitula Methodus Historiae, y en otro llamado Demonomania, y en un otro intitulado De Republica. Y Philippo Morneo, en el libro que escribió de veritate Christianae Religionis: y un soldado Calvinista llamado Mons de la Nove en sus discursos Politicos y Militares: y otro llamado Mons de Plessis. Pero quien mas de proposito, y con mayor daño de la Christiandad ha escrito desta maldita doctrina, fue un Secretario del Duque de Florencia, llamado Nicolao Machiavelo, en tres libros que haze de la Institucion del Principe. Por laqual causa, muchos llaman Machiavelistas a estos Atheistas politicos», Gracián de la Madre de Dios, *Diez lamentaciones*, «Lamentación séptima».

<sup>10</sup> Ponce de León, *Censura*, fol. 188v.

<sup>11</sup> Cayo Cornelio Tácito, *De la Vie d'Agricola, son beau-père*. París: Jean Camusat, 1639, «Preface du traducteur». En realidad, es sólo Álamos quien elogia a Sueyro, lo que indica que Hobier podría conocer la existencia de la traducción de Sueyro únicamente a través de la de Álamos.

<sup>12</sup> Tácito, *Opere* (1620).

<sup>13</sup> Tácito, *Opera. Interpretatione perpetua* (1682-1687), vol. 1, «Versiones qui praecellunt».

<sup>14</sup> Amelot de la Houssaie, *La morale de Tacite*, «Critique de divers auteurs modernes qui ont traduit ou commenté les oeuvres de Tacite».

En cuanto a la dispersión de la nueva disciplina política, el estudioso inglés Gabriel Harvey describía a finales del siglo XVI la aparición en Inglaterra del tipo de libros de los que hablaba Saavedra. Según su testimonio, sobre las mesas de los eruditos ingleses había aparecido —en una proporción de diez contra uno—, un nuevo tipo de libros de política que procedía del extranjero y especialmente de Francia e Italia<sup>15</sup>. Esta misma identificación temática y geográfica reaparecerá en 1612 en un ensayo de Francis Bacon «Sobre el consejo», en el que se indicaba que «ante estos inconvenientes [del Consejo], la doctrina de Italia y la práctica de Francia, han introducido los Consejos de gabinete, un remedio peor que la enfermedad»<sup>16</sup>. A mediados de siglo XVII, el traductor francés Nicolas Perrot d'Ablancourt, ofrece una imagen de la recepción de Tácito según la cual el autor latino no sólo había sido traducido en toda lengua y estimado por todos los pueblos, sino que era «quien ha engendrado toda la política de España y de Italia»<sup>17</sup>. De igual manera, la visión crítica sobre la irreligiosa política europea que aparece en las quejas de Saavedra Fajardo, Ponce de León o Gracián de la Madre de Dios no necesitó esperar a las acusaciones de d'Ablancourt para ser contestada. Ya a finales del siglo XVI había quienes concebían esas críticas de los hispanos contra el resto de naciones europeas en sentido contrario y si desde la península se concebían como extranjeras las maldades atribuidas a la política, textos como la *Apología* de Guillermo de Orange, caracterizaban a los españoles como «estudiosos de Maquiavelo»<sup>18</sup>.

En este capítulo expondré algunos de los elementos más relevantes de la recepción de Tácito en Francia, tratando de resaltar al máximo las conexiones,

---

<sup>15</sup> Edward John Long Scott (ed.), *Gabriel Harvey, Letter-Book*, en *Camden Society*, new series, vol. 33 (Londres, 1884), pp. 78-79, citado en Edwin B. Benjamin, «The king of Brobdingnag and secrets of state»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 18, n.º. 4, (1957), p. 574.

<sup>16</sup> Francis Bacon, *Essaies. Religious meditations*. Londres: for Iohn Iaggard, 1612, II, 10, sign. K2v.

<sup>17</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Annales de Tacite. Premiere partie. Contenant le regne de Tibere*. París: Augustin Courbé, 1650, «Dedicatoria a Richelieu».

<sup>18</sup> William I de Orange, *The apologie or defence of the most noble Prince William, by the grace of God, Prince of Orange...: against the proclamation and edict, published by the King of Spaine, by which he proscribeth the saide lorde prince, whereby shall appeare the sclaunders and false accusations contened in the said proscription, which is annexed to the end of this apologie / presented to my lords the Estates Generall of the Lowe Countrie, together with the said proclamation or prescription ; printed in French and in all other languages*. Delft, 1581, sign. G3v: «Y no obstante estos estudiosos (*schollers*) de Maquiavelo, deslumbrarán nuestros ojos con doradas muestras de lealtad, fidelidad, clemencia natural y este tipo de palabras gloriosas y doradas, mientras que no tienen sin embargo dificultad en jugar con los juramentos que toman y con las palabras que dan». La crítica parece haber tenido éxito, pues en 1587 Willem Verheyden acusaba al duque de Parma de seguir las enseñanzas de Maquiavelo en su *Nootelijcke consideratien die alle goede liefhebbers des Vaderlandts behooren rijpelijk te overweghen opten voorgeslaghen Tractate van Peys met den Spaengarden*, 1587, citado en Gelderen, «The Machiavellian moment and the Dutch revolt», p. 214.



semejanzas y diferencias entre la recepción de Tácito por parte de los autores franceses y los casos español e inglés. El primer apartado muestra la importancia de la revalorización de la historia como forma de conocimiento a la hora de entender las particularidades prácticas de la recepción de Tácito y contextualizarlas en un panorama intelectual amplio. El *Methodus* de Jean Bodin es un texto privilegiado para observar esa conjunción, y, por supuesto, un arte histórica de relevancia europea. El segundo apartado ofrece un recorrido por los distintos usos de los textos de Tácito en Francia durante el siglo XVII y su papel en los debates más relevantes sobre el valor de la historia. Describo también las principales ediciones y traducciones del clásico, los distintos usos del texto que «fomentan» y el modo en que se insertaron en el panorama literario francés de estos momentos.

## 6.1 Un método para la historia

El *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* de Jean Bodin (1566), no era un libro cualquiera en el que se podía encontrar de pasada un retrato y una recomendación de Tácito, sino un ejemplo sólido y temprano de la recepción del autor latino. El *Methodus* era ante todo una *ars historica*, su objetivo general era «enseñar cómo recoger las flores de la historia y sacar de ellas los frutos más dulces»<sup>19</sup>, y como ha señalado Antony Grafton para este género, ofrecía, «en tanto que disciplina hermenéutica, un conjunto de normas para lectores de historia críticos antes que un conjunto de cánones para verdaderos escritores»<sup>20</sup>. El *Methodus* contenía una definición de la historia y sus principales cualidades, de sus posibles usos, de los distintos tipos de historias que existían y de la sucesión de los tiempos y los historiadores que componían en corpus clásico y moderno. Junto a estas indicaciones y recomendaciones, Bodin incluyó también un conjunto de técnicas de lectura y aprovechamiento de la historia en el libro tercero, «De locis historiarum recte instituendis», en el que se equiparaba el método de los lugares comunes con las prácticas para un correcto aprovechamiento de la historia.

Bodin manejaba un entendimiento amplio de la historia como una forma de conocimiento que podía abarcar el dominio de lo humano, lo divino y lo natural<sup>21</sup> y

---

<sup>19</sup> Bodin, «Methodus», p. 273, «Dedicatoria a Jean Tessier»

<sup>20</sup> Grafton, *What was history?*, p. 68. Bodin expresa este giro en su prefacio, cuando pregunta si aquellos que «antes que él habían escrito libros sobre la manera de componer la historia» no harían mejor «invitándolos a leerlos e imitarlos, más que disertar sobre la forma de los exordios, los desarrollos y el valor de las palabras y la frases», Bodin, «Methodus», p. 280.

<sup>21</sup> Sobre la historia como «género epistémico» y no simplemente literario ver Pomata y Siraisi, *Historia*, «Introducción».

sugiere, consecuentemente, que se reserve un libro de anotaciones separado para cada una de estas ramas de la historia (pero sólo se detuvo a explicar, al igual que en secciones anteriores, el dedicado a la historia humana)<sup>22</sup>. Según Bodin, este libro de anotaciones debía subdividirse en diferentes capítulos, encabezados por una palabra clave que indicase su temática. Siguiendo la división aristotélica de ética, económica y política que Bodin emplea en otras ocasiones y las asociaciones de contrarios que se recomendaban en algunos libros de lugares comunes, los ejemplos de capítulos propuestos pertenecen sucesivamente al dominio de lo moral (la oscuridad o nobleza de nacimiento, la vida y la muerte, etc.); al de la vida doméstica (el amor y el odio, la vecindad y el parentesco...); y al de la disciplina civil (la autoridad suprema, el poder real y la tiranía, el estado popular y su corrupción demagógica, etc). Una vez que se había preparado este libro no había más que remitir todo aquello que se encontrara en la lectura de la historia a uno de los capítulos previamente confeccionados. Al mismo tiempo que se trasportaba la anotación al cuaderno de lugares comunes, Bodin sugería que se añadiese en el margen del propio libro empleado una mención, en letras mayúsculas, de los deseos, dichos y hechos (por ejemplo, C.H. para consejo honesto o C.D.U. para consejo deshonesto pero útil)<sup>23</sup>.

Jean Bodin no planteó sólo un aprovechamiento directo de los materiales así organizados, sino que albergaba también un proyecto de mayor calado: el uso de la historia para Bodin iba más allá del consejo particular o de la guía de conducta para el individuo. Tal y como admitía en la dedicatoria, Bodin en realidad se había visto «obligado» a reflexionar sobre la historia y sus métodos «casi involuntariamente y a pesar de la preparación de una obra mucho más importante sobre las leyes»<sup>24</sup>. En este sentido Kenneth Schellhase ha apuntado que el *Methodus* es realmente «un estudio de la política en la historia» en el que Bodin «persigue descubrir los principios de gobierno para la creación de las leyes necesarias»<sup>25</sup>. Es precisamente al comienzo del sexto libro donde Jean Bodin deja claro la importancia de la historia en su proyecto más general de

---

<sup>22</sup> Ann Blair ha estudiado otra obra de Bodin, el *Universae naturae Theatrum* explicando su relación con el proyecto de libro de lugares comunes naturales que aparece implícitamente en el *Methodus*, Blair, «Humanist methods»; Ann Blair, *The theater of nature. Jean Bodin and Renaissance science*. Princeton: Princeton University Press, 1997.

<sup>23</sup> Bodin, «Methodus», pp. 290-291.

<sup>24</sup> Ibid, p. 273, «Dedicatoria a Jean Tessier».

<sup>25</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 110. Poco antes ha establecido la siguiente comparación: «el de Bodin es un tratado político cimentado en la historia; el de Patrizi un tratado historiográfico en el que la finalidad política se introduce meramente para completar la definición de la historia explicando su utilidad» (p. 109).

reconstruir o redescubrir los principios con los que crear una «constitución perfecta», sin ocultar que este esfuerzo nace de una preocupación de corte filosófico<sup>26</sup>.

Sobrepasando la dinámica del consejo y la deliberación sobre un determinado asunto, más allá de una norma general aplicable a la conducta de los asuntos humanos, lo que Bodin busca es reconstruir el armazón de la mejor organización política posible. Algunas piezas de esa arquitectura general se encuentran repartidas en las narrativas de ciertos historiadores (Tácito entre ellos), pero el impulso y la dirección están marcadas por Platón, que recomendaba «recolectar todo el corpus de leyes y costumbres de todos los estados» y por Aristóteles en la medida en que pudo llevar a buen puerto este proyecto<sup>27</sup>. Bodin propuso, por tanto, una relectura completa de los historiadores y los filósofos de la antigüedad y en cierto modo igualaba el tipo de enseñanzas que proporciona la historia y las que suministra la filosofía. Al contrario de lo que ocurrirá en muchas formulaciones posteriores, Bodin no diferenció entre preceptos y ejemplos, lo mismo que no estaba preocupado por proporcionar consejos exitosos o encontrar posibles soluciones ante las múltiples situaciones a las que se puede enfrentar un gobernante. Bodin estaba ocupado en definir las características fundamentales (la

---

<sup>26</sup> Bodin, «Methodus», p. 349: «Puesto que la mayor parte de la historia está consagrada a explicar la constitución (*status*) y los cambios de las repúblicas, se sigue de aquí que conviene exponer brevemente los comienzos, las condiciones y el fin de los imperios para mejor comprender la historia (*ad consummatam historiarum rationem*). [...] todo lo que la lectura de las historias nos enseña de los comienzos, del crecimiento, de la prosperidad, del declive y la ruina de las ciudades es tan necesario a los particulares y a las sociedades que Aristóteles señalaba que no había nada más eficaz para fundar y conservar las ciudades que estar instruido en la ciencia del gobierno (*reipublicae moderandae scientia*) [...]. Es cierto que Platón no creía en la existencia de una ciencia del gobierno (*reipublicae gerendae scientia*), o la juzgaba demasiado difícil para que pudiera ser aprehendida. Por esta razón recomienda, a quienes desean establecer una constitución y fundar una ciudad sobre bases sólidas, seguir un método consistente en recolectar todo el corpus de leyes y costumbres de todos los estados y, tras haberlas comparado entre sí, componer la mejor constitución posible a partir de ellas. Y parece que Aristóteles se esforzó, tanto como de él dependía, de seguir este consejo, pero sin lograr el éxito. Tras Aristóteles, Polibio, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Dión [Casio], Tácito (por no mencionar a aquellos cuyas obras han desaparecido) nos han dejado, esparcidas en sus historias muchas reflexiones tan brillantes como profundas sobre el gobierno de los estados»

<sup>27</sup> Bodin completa su argumentación exponiendo las faltas que encuentra en los autores modernos respecto al cumplimiento de este proyecto: «Maquiavelo, el primero que en nuestra opinión ha escrito sobre este tema tras aproximadamente doce siglos de barbarie universal, produjo máximas que están en boca de todos, y sin duda habría llegado a exponer numerosos puntos con mayor veracidad y comprensión si hubiera unido a la experiencia el conocimiento de los filósofos y los historiadores de la antigüedad. [...] Tras él vinieron Patrizi, Tomás Moro, Robert l'Anglois, Garimberti, quienes han escrito mucho, con seriedad y abundancia, sobre la modificación de costumbres, la salud de los pueblos, la educación del príncipe, la consolidación de las leyes pero que apenas han hablado del estado (*status*) de los imperios y nada de sus transformaciones (*conversionibus*). No han tocado tampoco lo que Aristóteles denomina preceptos (*σοφισματα, seu κρυφια*) o Tácito llama secretos del imperio (*arcana imperii*). Algunos nos han puesto delante de los ojos, bajo color de historia, simples descripciones de estados sin ninguna explicación [...].», Ibid.

constitución, el *status*) de las organizaciones políticas y sus modificaciones en el tiempo.

¿Cuál era el papel de Tácito en este proyecto? Bodin vinculaba los *arcana imperii* con Tácito (en igualdad de condiciones con los *sophismata* de Aristóteles) y estos constituían un tipo de conocimiento fundamental, más allá de la superficie de las simples descripciones. Bodin ya los había asociado con Tácito al elogiar la obra de Dión Casio, «el único que ha penetrado lo que Tácito llama los secretos del imperio»<sup>28</sup>. Para Kenneth Schellhase no hay dudas de que Tácito es el autor preferido de Bodin, por su precisión y por su capacidad para comprender los modos de actuar de los príncipes y los *arcana imperii*<sup>29</sup>. Para Jacob Soll Tácito «emerge como la principal inspiración de Bodin», fundamentalmente por sus cualidades estilísticas<sup>30</sup>. Aunque Bodin no ofrece una definición clara de lo que entiende por *arcana imperii*, sí sugiere que este es el tipo de materias que se tratan en un «consejo secreto o restringido», compuesto por los cuatro o cinco hombres que gozan de toda la confianza del príncipe<sup>31</sup>. Más allá de esta cuestión, Bodin cita a Tácito en numerosos puntos del *Methodus*, hace un retrato detenido de su obra y su figura en el libro cuarto, y supo apreciar toda una amplia serie de cualidades en Tácito, si bien su idea sobre las características ideales de la historia está construida mediante las aportaciones de otro buen número de autores. No me parece tan claro, sin embargo, que Tácito tuviera un peso fundamental en la configuración del proyecto general del *Methodus* tal y como aparece expresado al comienzo del libro sexto.

Cuando Bodin se detiene en el libro cuarto a analizar la historia de Roma transmitida por Tácito lo primero que destaca de ella es su detalle. Al concentrarse en

---

<sup>28</sup> Ibid, p. 305.

<sup>29</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 114: «Si la experiencia permitía a un jurista entender mejor la historia, la experiencia permitía a un historiador escribirla mejor. El tipo más apropiado de experiencia era la que comprendía los modos de actuar de los príncipes y los *arcana imperii*. Por estas razones Tácito era para Bodin el mejor de los historiadores antiguos». Schellhase también señala que «para Bodin, el estudio de la historia es por tanto el estudio del gobierno y el estudio del gobierno es el estudio de la ley. Pero la historia sigue siendo el punto de partida y dado que la historia se encuentra en los escritos de los historiadores, es esencial que sean evaluados de acuerdo con la precisión con la que registran los hechos. Esta es la razón por la que Bodin encuentra a Tácito superior a todos los demás» (p. 116).

<sup>30</sup> Jacob Soll, «Empirical history and the transformation of political criticism in France from Bodin to Bayle»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 64, n.º. 2, (2003), p. 300. Las dos citas con que Soll apoya esta afirmación se encuentran en la presentación que Bodin hace del estilo de Tácito en el libro cuarto. La primera es la frase «*oratio arguta & prudentiae plena*»; la segunda aparece en la defensa frente a las críticas de Alciato: «Es cierto que debido a su manera ruda de hablar Tácito es habitualmente repudiado por los que prefieren los bocados más ligeros de los gramáticos frente a los informes más serios de quienes han pasado toda su vida en los asuntos públicos».

<sup>31</sup> Bodin, «*Methodus*», p. 380.

un solo siglo, Tácito pudo «analizar con dedicación los acontecimientos más ordinarios o más mínimos tan bien como los más importantes»<sup>32</sup>. Bodin utiliza las palabras del propio Tácito (*An. IV, 32-33*) para ejemplificar esta cuestión<sup>33</sup>. El otro elemento esencial en su retrato es la caracterización de Tácito como hombre de acción, participante en el gobierno de su propia época:

Esto no le impide describir con el mayor de los cuidados todas las guerras de aquel tiempo, en las cuales tomó de hecho una parte activa cuando no las dirigió. Para la época que sigue a la batalla de Actium no hay otro escritor que haya tratado más a fondo las cuestiones militares o internas de la república (*militarem aut forensem rationes*). Brilló largo tiempo en los cargos civiles y militares y aprovechó su proconsulado en Germania inferior para anotar las costumbres, las instituciones y los ritos de los germanos con tal método que los germanos le deben toda su historia antigua. Supo en fin merecer aquella gloria más alta de ser reivindicado como ancestro por el emperador Tácito Augusto [...] que llenó todas las bibliotecas con las obras de Tácito, aunque aún esto fue insuficiente para que se nos transmitiesen intactas<sup>34</sup>.

Un tercer aspecto que Bodin aprecia en Tácito es su estilo, su «discurso lleno de agudeza y de prudencia (*oratio arguta & prudentiae plena*)». Para ilustrar esta cuestión Bodin ofrece cuatro ejemplos de la sentenciosidad de Tácito, uno de ellos proveniente de Suetonio<sup>35</sup>, y remata su elogioso retrato aclarando que «ningún autor me parece más importante para el magistrado o el juez»<sup>36</sup>.

Tras esta parte más expositiva Bodin se detiene largamente para defender a Tácito frente a algunos de sus críticos. En primer lugar defiende su estilo ante las

---

<sup>32</sup> Ibid, p. 306.

<sup>33</sup> Ibid: «En el libro IV declara de hecho que no describirá las guerras, ni los asedios, ni las operaciones militares, ni las luchas del pueblo y los patricios y que su trabajo no tendrá gloria pero sí utilidad [cita, con pequeñas modificaciones, de *Ann. IV, 32*]; un poco más abajo añade que se propuso reunir en su relato las órdenes crueles, la perpétua delación, las amistades engañosas y la pérdida de los inocentes [cita, con ligerísimas adaptaciones, de *Ann. IV, 33*].»

<sup>34</sup> Ibid. Por el modo en que transmite la anécdota sobre la colocación de Tácito en las bibliotecas del imperio Bodin pudo tener acceso a Tácito, *Libri quinque noviter inventi* (Roma, 1515), «Dedicatoria a León X»: «Imperatorem Tacitum Qui eum inter suos progenitores annumerari gloriosum duxerit: Qui illius Historias quot annis multis voluminibus transcribendas per Bibliothecas disseminandas imperarit, quo pluribus munimentis, pluribus diuturnitatem gentili suo custodiret».

<sup>35</sup> Bodin, «Methodus», p. 307. atribuye a Tácito unas palabras del emperador Vitelio que se encuentran en Cayo Suetonio Tránsito, *Vidas de los doce césares*. 2 vols. Madrid: Gredos, 1992, *Vitelio*, X: «*optime olere occisum hostem et melius civem*». Los otros tres ejemplos de Bodin también pretenden demostrar el estilo sentencioso de Tácito.

<sup>36</sup> Bodin, «Methodus», p. 307.

críticas de Alciato<sup>37</sup>. En segundo, justifica el juicio que Tácito hizo de los cristianos en algunos puntos de su obra para protegerlo de las acusaciones de impiedad de Tertuliano y Orosio recogidas por Budé<sup>38</sup>. Finalmente, justifica algunos errores menores y ciertos deslices provocados por una ignorancia que no afectaba al valor de conjunto de sus obras<sup>39</sup>. En su conjunto, el retrato de Bodin se convirtió en un punto importante de mediación en la recepción de Tácito: la presentación de Tácito como personaje activo en su propia época se transmitió, como indicaré más abajo, en varias traducciones francesas; autores como Montaigne llegaron al autor latino a través de Bodin; y la defensa de Tácito frente a Orosio o Tertuliano se discutió incluso en España. En mi opinión, esta presentación no puede competir en importancia con la de Lipsio, pero para Schellhase, en cambio, «la reevaluación de Tácito por parte de Bodin constituye uno de los momentos más significativos de la historia de Tácito en el pensamiento político renacentista. Alargada y completada por otros, conduciría finalmente a la “razón de estado”»<sup>40</sup>. Considero que Bodin tenía claro cuál era el tipo de historia del que extraer conocimientos válidos para la fundamentación teórica del gobierno. A la hora de reconocer esas mejores historias intervenían criterios de veracidad, imparcialidad, documentación, profundización en las causas y exposición de los fundamentos del gobierno y las leyes que Bodin considera fundamentales para poder sacar provecho de la historia, pero aunque Tácito encarnaba algunas de esas cualidades, el valor que Jean Bodin atribuía a la historia quedaba por encima de su apreciación de un autor determinado.

El uso de Tácito por parte de Bodin es relativamente temprano en comparación con la situación en España o Inglaterra, pero no es sorprendente si consideramos que el país Galo contó con ediciones latinas de los textos de Tácito muy anteriores a las de Lipsio (concretamente en 1542 y 1551)<sup>41</sup>. Ejemplo de esta recepción temprana son

---

<sup>37</sup> Bodin explicita su conocimiento de la presentación de Alciato poco después: «Pero estoy atormentado e importunado por las objeciones de ciertos autores, que no sería necesario refutar si no tuvieran una gran autoridad. Así Alciato, en su epístola a Paulo Giovio, osa tratar de “campo de espinas” esta historia casi divina: en efecto, su rudeza aleja a quienes prefieren las bagatelas más frívolas de los gramáticos a los relatos más graves de quienes han consumido su vida al servicio de la república», Ibid. Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 111, señala como Bodin hace uso de Alciato para construir su retrato de Tácito y da máxima importancia al hecho de que Bodin omite las recomendaciones de quietud y resignación en el tratamiento de los príncipes efectuadas por Alciato.

<sup>38</sup> Esta cuestión ya la he tratado en el capítulo 4.

<sup>39</sup> Bodin, «Methodus», p. 307.

<sup>40</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 111.

<sup>41</sup> Tácito, *Ab excessu Augusti Annalium libri sedecim*, reeditada posteriormente: Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti... Ab excessu Augusti annalium libri sedecim*. Lugduni [Lyon]: Sébastien Gryphius, 1551. Además de las ciudades italianas de Roma, Venecia y Milán, el otro lugar en el que se imprimieron

también la lectura de Tácito por parte de Jean Passerat, cuyas anotaciones manuscritas se conservan en los anchos y relativamente blancos márgenes de una edición de 1533<sup>42</sup>. En la colección de manuscritos de los hermanos Dupuy, ávidos recolectores de *adversaria*, anotaciones y demás muestras de lectura de los más destacados eruditos europeos, se conservan las realizadas (posiblemente por las fechas en que se publicó el *Methodus*) por el canciller Michel de l'Hôpital<sup>43</sup>. Richard Tuck ha indicado que el fracaso del programa de reconciliación entre los diversos grupos religiosos promovido por l'Hôpital en la década anterior dio paso, con el estallido de las guerras de religión, a la utilización de Tácito para interpretar la nueva realidad política de la década de 1570<sup>44</sup>. Esta tarea hay que vincularla al grupo de inmigrantes italianos de la corte francesa cuyo centro era el florentino Jacopo Corbinelli; un círculo de lectores de Maquiavelo, Guicciardini y Tácito de cuyas sobremesas nocturnas con el rey Enrique III ofreció Henrico-Caterina Davila el siguiente testimonio:

Y para dirigir más regladamente el hilo de su diseño, juntando la teoría con la práctica, todos los días después de la cena [Enrique III] se encontraba con Baccio de Bene y Giacopo Corbinelli, florentinos, conocedores extraordinarios de las letras griegas y latinas, y hacía que le leyeran a Polibio y Cornelio Tácito, y mucho más a menudo los *Discursos* y *El príncipe* de Maquiavelo; y excitado por estas lecturas, se dejaba llevar mucho más por sus propios secretos<sup>45</sup>

Esta imagen nos habla de una lectura dirigida (dos estudiosos facilitan al rey el acceso a los autores clásicos y modernos) y activa (persigue una aplicación política

---

ediciones latinas con anterioridad a las de Lipsio fue Basilea Cayo Cornelio Tácito, *De moribus & populis germaniae libellus. Cum commentariolo vetera Germaniae populorum[m] vocabula paucis explicata[m]*. Basilea, 1519; Tácito, *Annalium ab excessu Augusti* (Basilea, 1533); Tácito, *Ab excessu Augusti siue Historiae Augustae libri sedecim* (Basilea, 1544).

<sup>42</sup> Tácito, *Annalium ab excessu Augusti* (Basilea, 1533), [BNF RES-J-299], que lleva en la portada la indicación latina «Exemplar passeratii manu notatum».

<sup>43</sup> Pierre (1582-1651) y Jacques Dupuy (1591-1656). BNF, DUPUY Mss. 491, «Lettres, harangues, notes et minutes, en grande partie autographes, du chancelier Michel de l'Hospital», fols. 83-121. Esta colección también incluye las anotaciones a Tácito de Joseph Scaliger, Hugo Grocio y el propio Augustin Dupuy: BNF, DUPUY Mss. 395 n° 78, «Emendationes in Tacitum ex libro Jos. Scaligeri»; BNF, DUPUY Mss. 583, n° 5, «Emendationes Hug. Grotii ad Cornelium Tacitum»; y BNF, DUPUY Mss. 897, *Recueil d'extraits relatifs à divers sujets. De la main d'Augustin Dupuy*, n° 4 y 21.

<sup>44</sup> Tuck, *Philosophy and government*, p. 43, insiste en que «destacaron en ello los italianos vinculados con Francia, y recibió un tratamiento sistemático en la década de 1580, no tanto en el contexto de la caótica monarquía francesa sino más bien en tres exitosos estados absolutistas italianos: Saboya, el ducado de Toscana y los Estados Pontificios».

<sup>45</sup> Henrico-Caterina Davila, *Dell'istoria delle guerre civili di Francia*, 1579, pp. 480-481, citado en Ibid, p. 41 y en Toffanin, *Machiavelli e il "Tacitismo"*, p. 130.

directa). En la defensa de la matanza de san Bartolomé compuesta en 1572 por Guy de Pibrac, amigo de Corbinelli, se confirma —como indica Tuck— el uso de estos eruditos por parte del rey: «los consejeros más expertos del rey le aconsejaron que debían aplicarse remedios extensos y extremos a las enfermedades más extensas y peligrosas»<sup>46</sup>. En 1576, Corbinelli se encargó de dar por primera vez a la luz uno de los manuscritos de los *Ricordi* de Guicciardini. Dedicados a Catalina de Medici, estaban ilustrados con copiosas notas extraídas de Tácito, Maquiavelo, Tucídides y Polibio, lo que parece demostrar el uso conjunto de estos autores para interpretar situaciones más cercanas al presente<sup>47</sup>. Volveré a insistir en el uso de hombres de letras para producir lecturas más profundas y especializadas en el capítulo siguiente, al hilo de los testimonios mejor documentados de Gabriel Harvey y de los eruditos empleados por Essex en Inglaterra. En cuanto al uso político directo de la historia de Tácito, cabe añadir que éste es particularmente temprano en el revuelto contexto político francés de las décadas de 1570 y 1580. Además de la utilización mencionada, esta agitación permitió el desarrollo en paralelo de distintos usos de Tácito, especialmente en las filas de los hugonotes. Donald Kelley ha mostrado que François Hotman uso su lectura de la *Germania* para demostrar el originario carácter electivo de la monarquía francesa<sup>48</sup>. En su *Francogallia*, Hotman, que también cita en varias ocasiones el *Agrícola*<sup>49</sup> y muestra haber leído al menos parte de los *Anales*, encontraba en *Agrícola* VII la prueba de una institución que todavía era mantenida por daneses, alemanes, polacos y suecos y que juzgaba como la solución más sabia y saludable<sup>50</sup>.

En la década de 1580, el estudio de la recepción de Tácito en Francia tiene que detenerse obligatoriamente en el particular uso que Montaigne hizo del clásico, pues ilustra las prácticas que modelaron aquella recepción y las posibilidades de reutilización que ofrecían los textos de Tácito. Michel de Montaigne se refirió explícitamente a su lectura de Tácito en el ensayo titulado «De l'art de conférer» (III, 8), aparecido por primera vez en 1588:

---

<sup>46</sup> Tuck, *Philosophy and government*, p. 41, añade que «Corbinelli expresó su envidia ante el modo en que Pibrac había logrado imitar el estilo de Tácito».

<sup>47</sup> *Ibid*, p. 42.

<sup>48</sup> Kelley, «Tacitus noster», p. 159. A esta cuestión se dedica el capítulo 6, François Hotman, *Francogallia*. Colonia: Jean Bertulf, 1576, pp. 66-67.

<sup>49</sup> Al comienzo del capítulo 3 se señala que hubo un tiempo en que los Galos eran tan virtuosos, y que «Tácito atribuye en su vida de *Agrícola* la pérdida de su señalado valor a la pérdida de su libertad: “Gallos in bellis floruisse accepimus, mox segnitie cum otio intravit, amissa virtute pariter ac libertate” [*Agrícola*, XI]», Hotman, *Francogallia*, p. 33. Naturalmente otras de las fuentes principales de Hotman son César, Polibio, Amiano y Estrabon, Hotman, *Francogallia*, p. 13.

<sup>50</sup> *Ibid*, p. 67.



Acabo de leer de corrido la historia de Tácito (algo que apenas me ocurre, pues hace veinte años que no me dispongo para la lectura una hora seguida) y lo he hecho por sugerencia de un gentilhomme muy estimado por Francia [...] No conozco ningún otro autor que mezcle tanta consideración de costumbres y de inclinaciones particulares en un registro público. Y a mí me parece, al contrario de lo que le parece a él, que pudiendo seguir especialmente las vidas de los emperadores de su tiempo (tan diversas y extremas en todo tipo de formas) y tantas acciones notables (que señaladamente produjo su crueldad en sus súbditos) tenía en ello un tema más fuerte y atractivo sobre el que narrar y discurrir que si hubiera tenido que hablar sobre las batallas y las agitaciones universales. Habitualmente encuentro estéril esto de correr por encima de esas bellas muertes, como si se temiera molestarnos por su multitud y largueza<sup>51</sup>

Al afirmar que «acaba de leer» a Tácito, Montaigne nos descubre que había tomado de una segunda mano las citas que aparecían en las anteriores versiones de sus *Ensayos* (1580-1587). El asunto es bastante revelador para mi propósito, pues Montaigne revela la importancia real de las mediaciones en la recepción del latino. En cuanto al uso de los materiales obtenidos una vez que leyó a Tácito directamente, Montaigne actualizó activamente los juicios que había recibido: su atención se fijó especialmente en esas «*belles mortes*», un aspecto particular de la narrativa de Tácito que se convertiría en un nuevo centro explicativo.

Montaigne dice haber llegado a la lectura de Tácito por mediación de un amigo de identidad desconocida<sup>52</sup>, pero había leído y compartió en buena parte el juicio que Bodin había hecho en el *Methodus*, obra que sirvió de mediadora entre Montaigne y el historiador latino. Montaigne tenía la costumbre de incluir juicios sobre los autores que leía una vez acabados sus libros, juicios manuscritos que colocaba al final de los ejemplares de su propiedad<sup>53</sup> y debían asemejarse al juicio general sobre Tácito

---

<sup>51</sup> Michel de Montaigne, *Les Essais de Michel seigneur de Montaigne, édition nouvelle trouvée après le décès de l'auteur, revue et augmentée par luy d'un tiers plus qu'aux précédentes impressions*. París: Abel L'Angelier, 1595, p. 108.

<sup>52</sup> Podría parecer Bodin, pero esto no cuadra demasiado con lo que dice Montaigne sobre ese «gentilhomme tan estimado por Francia: tanto por su propio valor como por una suerte constante de suficiencia y bondad que se ve en los muchos hermanos que son», Ibid.

<sup>53</sup> Esta práctica se describe en Ibid, «Des Livres» (II, 10), vol. 2, p. 269: «Para socorrer un poco la a la traición de mi memoria y a su defecto (tan extremado que me ha ocurrido más de una vez el tomar entre las manos algún libro que creía reciente y desconocido por mí, y que había leído cuidadosamente algunos años antes y manchurreado de notas) tengo desde hace tiempo costumbre de añadir al final de cada libro (me refiero a aquellos que no quiero utilizar más que una vez), en el momento en que acabo de leerlo, el

incorporado a «De l'art de confèrer»<sup>54</sup>. Tras las palabras anteriormente citadas, este retrato continuaba con una valoración general en la que también aparecían ecos de la caracterización de Lipsio. La mezcla de la presentación de Bodin con la del flamenco resulta en un Tácito con nuevos rasgos, propios de Montaigne:

Esta forma de historia es la más útil. Los movimientos públicos dependen más de la conducta de la fortuna, los privados de la nuestra. Es más un juicio que una deducción de historia. Hay más preceptos que recuentos de hechos. No es un libro para leer, sino un libro para estudiar y aprender. Está tan lleno de sentencias que las hay buenas y malas. Es un semillero de discursos éticos y políticos, para la provisión y adorno de aquellos que tienen algún rango en el manejo del mundo. Juzga siempre con razones sólidas y vigorosas, de manera puntiaguda y sutil, siguiendo el estilo afectado de su siglo: les gustaba tanto inflarse que, allí donde no encontraban la punta y la sutilidad en las cosas, la tomaban de las palabras. No se separa mucho de la escritura de Séneca; me parece más carnoso, Séneca más agudo. Su servicio es más apropiado para un estado enfermo y atormentado, como el nuestro en el presente: se diría a menudo que nos pinta y nos agarra. Aquellos que dudan de su fe se acusan ampliamente de quererlo mal por otras cuestiones<sup>55</sup>

Montaigne está utilizando la caracterización de las obras de Tácito como semillero o seminario (*pepinière*) que aparecía en las notas a las *Políticas*, mientras que las referencias a lo calamitoso de la edad y a la similitud de las épocas (repartidas por la carta a Plantino y la dedicatoria a los caballeros de los Países Bajos) se reutilizan para señalar la valía de Tácito en la convulsa Francia en la *Montaigne vive*<sup>56</sup>. Las referencias al estilo y la sentenciosidad de Tácito resultan habituales y difíciles de atribuir a una lectura concreta; la comparación con Séneca es sin duda propia y peculiar de Montaigne. La defensa frente a las acusaciones de infidelidad, aquí lo mismo que en otros puntos de los *Ensayos*, proviene de Bodin<sup>57</sup>.

---

juicio que he sacado de él en general, con el fin de que esto me represente al menos el aire y la idea general que había concebido del autor al leerlo. Deseo transcribir aquí algunas de esas anotaciones».

<sup>54</sup> Una prueba de ello es que el juicio de Tácito de III, 8 interrumpe abruptamente la temática del ensayo en que aparece, y la indicación final que dice «He aquí lo que la memoria me presenta de modo general y bastante inseguro», *Ibid*, lib. 3, p. 110.

<sup>55</sup> *Ibid*, lib. 3, p. 108.

<sup>56</sup> Esta influencia de Lipsio en el juicio que Montaigne hace de Tácito debió ser, según Pierre Villey, paralela a la lectura directa de la década de 1580; Pierre Villey, *Sources et évolution des Essais*. 2 vols. Osnabrück: Zeller, 1976, vol. 2, p. 525 citado en Stackelberg, *Tacitus in der Romania*, p. 165.

<sup>57</sup> Se rastrea el uso de citas provenientes del *Methodus* en Villey, *Sources et évolution des Essais*, vol. 1, p. 347 y vol. 2, pp. 20 y ss.

Pierre Villey analizó los componentes con los que se formaron los ensayos de Montaigne en un estudio detallado, que sirve para trazar la procedencia de las citas de Tácito de las primeras versiones de los ensayos<sup>58</sup>. Como ya he indicado, con anterioridad a 1580 sólo es posible asegurar que Montaigne había leído directamente el *Diálogo de los oradores* y el *Agrícola* (Villey añade además que estas obras, que aparecen citadas en la edición de los *Ensayos* de 1580 debieron leerse en torno a 1578 o 1579 porque aparecen en los que fueron compuestos más tardíamente)<sup>59</sup>. En cuanto a los *Anales* y las *Historias*, Montaigne debió leerlos con posterioridad a 1580 (Villey sugiere la fecha de 1586), con lo que todas las referencias anteriores a esa fecha serían de segunda mano<sup>60</sup>. Según Villey no existen en los ensayos préstamos o posibles referencias a la *Germania* atribuibles con seguridad a una lectura directa, siendo el único caso una cita reutilizada a partir de las *Políticas* de Justo Lipsio<sup>61</sup>. Jürgen von Stackelberg completó estas tesis al dedicar una buena serie de páginas a discutir el ejemplo que más dudas planteaba a Villey en lo tocante a la lectura directa de Tácito por parte de Montaigne con anterioridad a 1580. Se trata del pasaje señalado en el que se narra la muerte de Séneca y de su mujer Paulina, abordado por Montaigne en «Tres buenas esposas» (II, 35) y por Tácito en *Anales* XV, 60-65. Para Stackelberg no es posible decidir si Montaigne estaba haciendo uso de una fuente secundaria<sup>62</sup> o utilizaba una traducción directa para su argumento<sup>63</sup>.

Villey de modo general y Stackelberg más específicamente ayudan a resolver un problema de mayor calado: el peso específico que pudo tener Tácito en el desarrollo del pensamiento de Montaigne. Los resultados los resumió Stackelberg al dividir en tres categorías a los autores que leyó Montaigne. Un primer grupo lo ocuparían Séneca y Plutarco, aquellos que ayudaron a formar su «estructura intelectual». La segunda categoría incorporaría a Sexto Empírico y a Erasmo, «que a partir de un punto determinado fueron lo suficientemente influyentes como para llevar más allá la crisis en su desarrollo intelectual»<sup>64</sup>. En tercer lugar se encuentra Tácito y los innumerables

---

<sup>58</sup> Ibid, vol. 1, pp. 250-253.

<sup>59</sup> Ibid, vol. 1, p. 253.

<sup>60</sup> Montaigne no se ayudó de una traducción francesa según Ibid, vol. 1, p. 253

<sup>61</sup> Ibid, vol. 1, p. 253.

<sup>62</sup> Una *Vida de Séneca* que aparecía en la edición contemporánea de las obras de ese autor, de la que ni Villey ni Stackelberg dan referencias concretas.

<sup>63</sup> Stackelberg, *Tacitus in der Romania*, p. 184.

<sup>64</sup> Ibid. Refiriendo a la opinión de Villey, *Sources et évolution des Essais*, vol. 2, pp. 151 y 213 y ss.

autores que enriquecieron a Montaigne «pero no modificaron la orientación intelectual del ensayista»<sup>65</sup>.

Independientemente del peso de Tácito en la evolución del pensamiento de Montaigne, el caso de los *Essays* ilumina algunas particularidades interesantes respecto a la recepción de Tácito. En la parte heredada, que consiste fundamentalmente en los juicios previos de Bodin y Lipsio sobre el latino, Montaigne descubre la omnipresencia de estas mediaciones en el proceso de recepción. En la parte de lectura directa demuestra que frente a esas constricciones heredadas, el sentido de los textos de Tácito también debía enfrentarse a la libertad del lector. Michel de Montaigne, por ejemplo, heredó de Bodin la defensa de Tácito como adalid de la religión oficial romana, pero le dio un giro propio a esta cuestión, poniendo en relación el maltrecho estado en que se recuperaron los textos de Tácito con el exceso de celo de los cristianos frente a las letras paganas, y concluyendo que «a pesar de que su pariente el emperador Tácito llenó mediante ordenanzas expresas todas las bibliotecas del mundo con su obra ni un solo ejemplar entero ha podido escapar a la curiosa búsqueda de aquellos que deseaban abolirlo por cinco o seis vanas frases contrarias a nuestra creencia»<sup>66</sup>. Realmente Montaigne no está citando aquí a Tácito, sino que recurrió de un modo laxo al juicio que había leído en Bodin y lo atrajo al tema del ensayo, que era la libertad de conciencia.

Montaigne ofrece otros ejemplos en los que el sentido del texto de Tácito se desplaza no sólo respecto al original, sino también respecto al uso propuesto por Bodin: ejemplos de como podía circular una cita fuera de su contexto original y de la flexibilidad con que la *inventio* de un tercero la podía hacer desembocar en un argumento imprevisto. Entre los cuatro ejemplos con los que Bodin ejemplificaba la agudeza estilística de Tácito se contaba una «máxima» calificada como «de profundidad inigualable»: «Todo gran escarmiento tiene algo de inicuo, pues se compensa el daño de unos pocos con el bien común»<sup>67</sup>. Montaigne sin duda se apropió de la sentencia en su

---

<sup>65</sup> Stackelberg, *Tacitus in der Romania*, p. 185. Stackelberg añade además que Tácito está ausente en dos de las temáticas en las cuales podría haber influido el pensamiento de Montaigne: el escepticismo y el conservadurismo.

<sup>66</sup> Montaigne, *Essays, édition nouvelle trouvée après le décès de l'auteur*, p. 443, «De la liberté de conscience» (II, 19). Ver Bodin, «Methodus», p. 307.

<sup>67</sup> Epigramático final de *An.* XIV, 44: «habet aliquid ex iniquo omne magnum exemplum quod contra singulos utilitate publica rependitur». Citado en Bodin, «Methodus», p. 307, que continúa la frase señalando «Platón había empleado una fórmula cercana: “aquellos que pretenden eliminar todo daño de las leyes intentan cortarle la cabeza a la hidra”».

lectura de Bodin y seguramente la debió procesar para su posterior uso<sup>68</sup>. Cuando reaparece en «Nous ne goustons rien de pur» (II, 20)<sup>69</sup>, la frase ya no expone la agudeza de Tácito, sino que sirve para argumentar sobre la presencia en estado «mixto» de todas las condiciones y sentimientos de los hombres: incluso la justicia incorpora ciertos puntos injustos<sup>70</sup>.

Montaigne llevó a cabo una lectura «habitual» de Tácito<sup>71</sup>, pero destaca también por el uso de citas mucho menos habituales, como algunas provenientes del *Diálogo de los oradores*. El rasgo más original de su lectura de Tácito fue la conversión de sus textos en una sucesión de *belles mortes*<sup>72</sup>. Con ello, Montaigne nos demuestra que al lector le era posible poner la vista en unos personajes y pasajes del texto frente a otros; que podía elegir entre varios de los «significados» presentes en las obras de Tácito y quedarse, como en este caso, con una panorámica estoica de las mismas<sup>73</sup>. Los extractos de lectura obtenidos en esta búsqueda de *belles mortes* quedaron posteriormente distribuidos en argumentaciones de distinto tipo. Schellhase ha señalado que en la edición de 1588 se añadieron 5 ejemplos de estas muertes estoicas a los ensayos previamente publicados de los libros I y II<sup>74</sup>, mientras que en la edición póstuma de 1595 aparecen otros cinco ejemplos más, todos ellos atribuibles a Tácito exclusivamente<sup>75</sup>. A las muertes de Séneca y su mujer Paulina, se añadieron las de Epicaris (*An. XV, 52*)<sup>76</sup>, las de Plaucio Silvano (*An. IV, 22*), Ostorio Escápula (*An.*

---

<sup>68</sup> Montaigne, *Essais, édition nouvelle trouvée après le décès de l'auteur*, p. 447.

<sup>69</sup> Esta reutilización ha sido señalada por Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 129.

<sup>70</sup> Schellhase, *Ibid.*, interpreta ambos usos del siguiente modo: «[Montaigne] hace la cita sin las intenciones prácticas y concretas de Bodin. La coloca de hecho en un contexto completamente diferente [...] propone un argumento filosófico, no legal». En mi opinión debe tenerse en cuenta que Bodin utiliza la frase tanto por su contenido como por su estilo, que es lo que en última medida quiere ilustrar.

<sup>71</sup> Un ejemplo, señalado por *Ibid.*, es la cita de *Agricola XIV* que aparece en *Ensayos II, 24* «De la grandeur romaine»: «Todos los reinos que Augusto conquistó por derecho de guerra, se los devolvió a quienes los habían perdido o los regaló a extranjeros. Sobre este asunto Tácito, hablando del rey de Inglaterra Cogiduno, nos hace sentir este poder infinito con un trazo maravilloso: Los romanos (dice) habían acostumbrado desde tiempos muy antiguos a dejar a los reyes que habían superado la posesión de sus reinos bajo su autoridad, así tenían a los reyes mismos como útiles de la servidumbre; *Ut haberent instrumenta servitutis et reges*». Tras la cita Montaigne establece un paralelo con la situación presente del rey de Hungría bajo el dominio del sultán turco.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 128-129, identifica estos usos en *Ensayos I, 26* y *II, 17*.

<sup>73</sup> Esta lectura no fue sin embargo única. Seneca, Sorano o Lucio Arruncio eran los personajes que según Robert Johnson, *Essaies, or, rather imperfect offers*. Londres: John Windet for John Barnes, 1601. debían llamar nuestra atención en la lectura de la obra de Tácito (ver 7.1).

<sup>74</sup> Una proporción considerable de las trece citas o reminiscencias de Tácito que fueron incorporadas a los libros I y II en la edición de 1588; Villey, *Sources et évolution des Essais*, vol. 1, p. 415.

<sup>75</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 129.

<sup>76</sup> Montaigne, *Essais, édition nouvelle trouvée après le décès de l'auteur*, «Defence de Seneque et de Plutarque» (II, 32)

XVI, 15), y el intento fallido de Albucila (*An. VI, 47-48*)<sup>77</sup>. En 1580, el ensayo sobre «Las costumbres de la isla de Cea» (II, 3) señalaba hacia el final que «la historia está llena de aquellos que en mil maneras han cambiado por la muerte una vida penosa». En 1588 Montaigne añadió tras esta afirmación una buena serie de ejemplos de suicidios provenientes de las lecturas (no sólo de Tácito) que había hecho en el intervalo de tiempo<sup>78</sup>. A través de esta remodelación del ensayo sobre la isla de Cea se advierte que Montaigne no sólo había quedado asombrado por esta temática tal y como se encontraba en Tácito, sino que su lectura se acompañó de algún método de clasificación de la información para su posterior uso<sup>79</sup>. De hecho, Ann Blair ha indicado que la copiosidad de los *Essays* se explica precisamente porque su autor iba añadiendo ejemplos procedentes de lecturas sistematizadas en las sucesivas revisiones sin eliminar ninguno de los ya empleados<sup>80</sup>.

En la misma década en la que Montaigne leía a Tácito de corrido apareció la primera traducción francesa, cuya inmediata acogida hizo necesarias tres ediciones en tan sólo tres años: en 1582 en formato folio, reeditada al año siguiente de su aparición en cuarto y nuevamente en 1584 en octavo<sup>81</sup>. Francia destaca por lo temprano de sus traducciones vernáculas (sólo pueden rivalizar con ella las italianas) y también sobresale respecto a los demás países europeos por el número de de las que vieron la luz a lo largo de los siglos XVI y XVII pues, como informa Jacob Soll, entre 1582 y 1694 se publicaron sesenta y tres ediciones de no menos de 15 traducciones distintas<sup>82</sup>. Más allá

---

<sup>77</sup> Ibid, «De juger de la mort d'autrui» (II, 13). Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 130, señala que «la valía de estos individuos no tenía importancia para Montaigne: un jovencuelo licenciado como Albucila, un general como Orosio, imbuído del antiguo coraje romano, y un hombre como Silvano —que estaba siendo juzgado por haber arrojado a su mujer por la ventana— eran todos ellos, por haberse quitado la vida cuando lo consideraron necesario, ejemplos igual de buenos para él».

<sup>78</sup> Las muertes añadidas cuya procedencia debe rastrearse hasta los *Annales* de Tácito fueron las de Lucio Arruncio (VI, 48); Granio Silvano (XV, 71), Sextilia, la esposa de Mamerco Escauro (VI, 29); Paxaea, la esposa de Pomponio Labeo (VI, 29); y Cocceio Nerva (VI, 26), según Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 130.

<sup>79</sup> Francis Goyet ha señalado que Montaigne «asignaba sus ejemplos a rúbricas temáticas con mucho cuidado, revisando a menudo la distribución de los mismos en lecturas posteriores» Francis Goyet, «A propos de 'ces pastissages de lieux communs' (le rôle des notes de lecture dans la genèse des Essais)»; en *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, vol. 5-6 (1986), citado en Blair, «Reading strategies», p. 101.

<sup>80</sup> Blair, «Reading strategies», p. 101.

<sup>81</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus*. París: Abel l'Angelier, 1582; Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus*. París: Abel l'Angelier, 1584. La edición en cuarto de 1583, que no existe en la BNF, la cita Antoine-Alexandre Barbier, *Dictionnaire des ouvrages anonymes*, (4 vols.). París: P. Daffis, 1872-1879, vol. 3 pp. 695-696 y también el editor-impresor Abel Langelier en Tácito, *Les Oeuvres* (París, 1584), «L'imprimeur au lecteur»

<sup>82</sup> Soll, «Empirical history», p. 305.

de lo que ilumina la comparación con otros países es difícil, como ocurre habitualmente, extraer conclusiones certeras sobre el significado de estos ritmos editoriales.

El título de la traducción de 1582 señala confusamente que las obras de Tácito que contiene el volumen han sido «nuevamente puestas en francés»<sup>83</sup>. Parece ser que una vez comenzada su obra el anónimo traductor —Claude Fauchet— se había dado cuenta de que ya existía una traducción francesa de los primeros libros de los *Anales* (esta sería por lo tanto la traducción antigua, obra de Étienne de la Planche, y la suya la «nueva» que indica el título). Las explicaciones del impresor francés Abel Langelier revelan que, como ocurrió en el caso español, la traducción de Tácito circuló en manuscrito antes de su publicación impresa, que los traductores tenían conocimiento los unos de los otros y una viva imagen del ambiente de espera intelectual que se respiraba antes de esta publicación:

De todos modos, el primer libro de los *Anales* que ahora imprimo es suyo [del traductor anónimo]. Habiendo comenzado con él, supo que el señor Étienne de la Planche se le había adelantado en la traducción de los cinco o seis primeros, y los pasó, siguiendo alegremente con el undécimo y hasta el decimosexto, junto al resto, pero más tranquilo después de haber sido advertido de que otros trabajaban sobre este mismo tema. Finalmente, para despertar a estos otros, y tras haber esperado ocho años (tal y como muchos saben) a que uno o dos nos hicieran parte de sus trabajos, dejó correr los libros once, doce, trece, catorce, quince y dieciséis, esperando contentar a quienes ya no podían soportar tales deseos [de ver la traducción francesa]. Pero apenas se había publicado este tercio de Tácito [se refiere a la circulación manuscrita de los libros XI-XVI] cuando un hombre muy sabio dijo que no era posible hacer hablar francés bien a un caballero latino tan pomposo. Este mismo había frecuentado a Tácito extensamente y pensaba conocer aún mejor las fuerzas de nuestro traductor; no quería ni siquiera que emplearas tu dinero en esta mercancía, a no ser que fuera latina. He aquí lo que reciben como recompensa de sus penas quienes intentan representar a un personaje extraño y difícil. Esta es la razón (en mi opinión) por la que nuestro traductor, ya subido al patíbulo y comprometido por haber publicado una parte de este autor, en el momento en que se dio cuenta que no le quedaba otro medio para evitar (como dijo) una vergüenza

---

<sup>83</sup> El título completo de la portada de 1582 es *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, chevalier Romain. À sçavoir : les Annales et Histoires des choses advenues en l'Empire de Rome depuis le trespas d'Auguste ; l'Assiete de Germanie, les meurs et noms des anciens peuples de ce pays ; la Vie d'Agricola, où est traitée la conqueste et description du pays jadis appelé Bretagne, et maintenant Angleterre et Escoce. Le tout nouvellement mis en françois, avec quelques annotations nécessaires pour l'intelligence des mots les plus remarquables.*

más grande, se enmascara ahora, se oculta y calla su nombre, condenando el primero su obra<sup>84</sup>

Más allá de las (verdaderas o falsas) tensiones intelectuales, no queda duda de que el texto se vendió con rapidez. El mismo Abel Langelier informaba en 1584 del buen ritmo de ventas de la traducción, «tan bien recibida que me ha sido necesario llegar hasta esta tercera edición» y trataba de convencer al nuevo traductor (Fauchet) de hacer público su nombre:

Todo lo que haya querido decir al nuevo traductor de Cornelio Tácito para persuadirle de que su trabajo era estimado; que la venta de las primeras copias distribuidas en menos de siete u ocho meses, le podían asegurar el modo en que Francia estaba afamada de la lectura de este historiador, y mostrarle que su estudio había complacido a mucha gente<sup>85</sup>

Se mezclan aquí estrategia editorial y una recepción aparentemente explosiva con los tópicos respecto al estilo difícil de Tácito y sus problemas para traducirlo en francés. Junto a ello se aprecia la modestia o el deseo de permanecer en la sombra del traductor, que se corresponde bien con el tópico desprecio de la publicidad que proporcionaba la imprenta. ¿Pudo este silencio estar realmente motivado por el rechazo de Fauchet de su propia traducción? ¿Existe alguna posibilidad de que se viese sorprendido por el sentido que se otorgaba a una obra que él había traducido con un ánimo fundamentalmente didáctico? Esa es en parte la impresión que transmiten las anotaciones de su traducción de Tácito.

Los preliminares de esta edición, quizá por su carácter anónimo, no contienen ni los habituales retratos de Tácito, ni ningún otro indicio sobre el valor que el traductor adscribía a la obra. No sabemos si Claude Fauchet aprobaba o no el juicio de Lipsio, ni qué representaban para él los textos de Tácito. Sí conocemos que para llevar a cabo su traducción se había valido de una edición lipsiana, pues en una anotación reconoció

---

<sup>84</sup> Ibid, «L'imprimeur au lecteur». En la p. 42 el impresor vuelve a intervenir para aclarar que ahí empieza la traducción antigua de Étienne de la Planche (libros II al VI modernos). En el privilegio del final también se menciona que este libro consiste en una traducción antigua y otra moderna. La identificación del traductor anónimo de los libros I y XI-XVI y de las *Historias* como Claude Fauchet se hace de acuerdo a lo que se dice en Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre [...] avec plusieurs suppléments requis à la suite de l'Histoire et Annotations*. París: Claude Cramoisy, 1627, «Au lecteur».

<sup>85</sup> Tácito, *Les Oeuvres* (París, 1584), «L'imprimeur au lecteur»



haber seguido la mayor parte de las correcciones del flamenco, al que alaba como hicieron casi constantemente los traductores castellanos<sup>86</sup>. A falta de mayores indicaciones en los preliminares los diecinueve folios de anotaciones sobre los libros I y XI-XVI que Fauchet añadió a su traducción que permiten hacerse idea de su posicionamiento ante el texto de Tácito<sup>87</sup>. Es el contenido de estas notas lo que permite calificar esta traducción como de vocación didáctica, ya que en ellas se pasan completamente por alto la práctica totalidad de los aspectos más controvertidos del texto de Tácito y nada indica en ellas que el traductor contemplara su posible perfil político. La de Fauchet parece en gran medida una traducción ajena al debate y las interpretaciones políticas que, conviene recordar, comenzaban a florecer con fuerza por estos mismos momentos. Lipsio había indicado la semejanza entre ambos «tiempos», la sentenciosidad y el valor de Tácito para aquellos cercanos al gobierno, pero las anotaciones de Fauchet parecen concebir como único público receptor a una juventud que está acercándose a los clásicos. Esa orientación se hace explícita en algunas anotaciones que hablan del «reenvío» o a la búsqueda de información completa sobre determinados sucesos o personajes a través del corpus clásico:

Línea 8. Lucius Brutus. Tendrán la ocasión para expulsar los reyes fuera de Roma, y el origen del consulado en el libro 2 de la primera Década de T. Livio; o en la vida de Publicola escrita por Plutarco. No obstante, estando la mayoría de los buenos libros griegos y latinos traducidos en francés, nuestra gente se debe acostumbrar a verlos cuando se les reenvía a ellos. Esto servirá para refrescar su memoria. Porque me parece que es cultivar la estupidez de la juventud el ponerle todo en la mano sin ningún reenvío<sup>88</sup>

---

<sup>86</sup> Tácito, *Les Oeuvres* (París, 1582), «Anotaciones». El traductor indica al respecto: «También quiero advertirte que he seguido mayoritariamente las correcciones latinas de Justo Lipsio, como aquel más curioso y limpio de todos aquellos que han tocado a nuestro Tácito» y que ha utilizado la edición impresa por Plantino en 1581 (esto es, la segunda edición lipsiana). No obstante, en las notas se cita a algunos estudiosos distintos de Lipsio: «Fu. 7. li. 20. Cherusces. *Altamer sçavant Allemant, pense ce soient ceux de Misnie & Turinge. // Cathes, le mesme dit que ce sont ceux de Carzenelbogen*». Ver el capítulo 7 la consideración de Lipsio como «príncipe de los críticos» por parte de Degory Wheare y el 4 para los traductores españoles.

<sup>87</sup> *Ibid.*, «Anotaciones». Al inicio de este material el traductor declaró: «me he visto obligado a hacer este pequeño comentario, tanto para explicar muchos hechos de la historia de este autor como para dar razón de varias palabras que he traducido de un modo diferente al que debe hacerse a primera vista. Podría hacer uno más grande con el tiempo, si tuviera más tiempo de ocio. Mientras tanto te ayudarás de este de aquí».

<sup>88</sup> *Ibid.*, «Anotaciones». Otra anotación similar, también referente a *An. I, 1*: «Línea 18. La ocasión del poder de Pompeyo, Craso y César se encuentra también en Apiano y en las vidas de estos tres señores escritas por Plutarco. Las de Antonio, Augusto y Lépido en la vida de Antonio escrita también por el dicho Plutarco y en Dión, sel cual debe leerse desde el libro 45 hasta el 56 si quiere entenderse el primer

Además de transmitir una idea del texto de Tácito que tiende a colocarlo como uno más del corpus de textos clásicos a través de los que acceder a la historia romana, el traductor también explica algunas de sus opciones a la hora de verter el original al francés. En alguno de estos casos la anotación explica la cristianización o la mejora moral del texto traducido, lo que refuerza el sabor educativo de esta traducción. En otros, como el que citaré a continuación, se aprecia un diálogo entre el traductor y una voz crítica con su trabajo (la del «hombre muy sabio» al que refería Abel l'Angelier en el prefacio):

Li. 13 Con dinero y sensualidades. He pensado que *stupro* se podía traducir dulcemente así, sin descubrir de otro modo o más abiertamente estas inmundicias. Lo mismo he hecho con *molitiem corporis* donde no he querido decir más que *impudicidad de su persona*. No me hubiera parado en este punto, si no hubiera sido porque sé bien que alguno me ha acusado de que no había entendido lo que el autor quería decir<sup>89</sup>

Las anotaciones, impresas de modo independiente al texto (no siguen la paginación del resto de la obra), eran el lugar perfecto para poder defenderse ante las críticas recibidas. A través de estos pequeños resquicios se comprende bien que las traducciones eran parte de un contexto intelectual en el que se debatía sobre la interpretación del latino, y de hecho Fauchet aprovechó la tercera edición (en 1584) para volver a defender su traducción, aclarando punzantemente al final de la anotación antes comentada: «Estoy contento de que él entienda este pasaje mejor que yo»<sup>90</sup>. Al igual que las anotaciones testimonian una cierta guía para el sentido de la obra, tanto en lo cristiano como en lo erudito, y una apreciable vocación didáctica, la disposición del texto muestra un esfuerzo por optimizar su accesibilidad gracias a la división del mismo en capítulos y a la confección de un índice. El paso del latín al francés implicó estrategias de señalización del texto, que fue troceado en partes más pequeñas y fáciles de identificar por el título que recogía la temática principal del pasaje. Los títulos de los diferentes fragmentos se colocaron formando un resumen al inicio de cada libro y servían también

---

capítulo de nuestro autor. En resumen, para obtener buen provecho de Tácito, y saber que dejó sin decir, se debe aprender de Dión y Suetonio.

<sup>89</sup> Ibid, «Anotaciones». Se refiere al pasaje de *An. XI, 2*: «acusándolo Suilio de haber corrompido a los soldados, a los que alegaba que con dinero y deshonestidades se tenía ganados para toda clase de infamias, luego de adulterio con Popea, y por último de ser un afeminado» [Traducción de Jose Luis Moralejo].

<sup>90</sup> Tácito, *Les Oeuvres* (París, 1584), «Anotaciones».

para confeccionar el índice de la obra. Habitualmente resulta imposible juzgar si esta tarea se debe únicamente al editor o impresor, pero en este caso sabemos que la división en capítulos fue iniciativa de Claude Fauchet, teniendo que ser remedado por el impresor para los libros que éste no había traducido (II al VI)<sup>91</sup>.

En 1599 apareció una nueva traducción de las obras de Tácito al francés, también anónima y firmada bajo las siglas P. D. B<sup>92</sup>. Quince años después de la primera «explosión» editorial, esta edición se merece el adjetivo de nueva a pesar de que reproducía el texto de Claude Fauchet y Étienne de la Planche<sup>93</sup>. Era novedosa por las nuevas posibilidades de interpretación del texto que se añadían en ella. El prólogo demuestra —con todas las prevenciones que se quieran frente al carácter retórico de esta presentación— que las virtudes de la historia y del propio Tácito habían sido repetidamente escuchadas en Francia a la altura del cambio del siglo XVI al XVII. El anónimo autor renunció a alabar la historia porque «no sabría aportar nada nuevo, ni nada mío», porque temía que alguien le dijera que «quiero mostrar que el sol es claro y luminoso». Tampoco quiso alabar a Tácito, «historiador excelente entre todos los otros» porque tenía miedo «de que me den la misma respuesta que dio Antalcidas a un maestro de retórica que había hecho un elogio de Hércules: “¿Y quién hay, que lo critique?”»<sup>94</sup>. Su presentación de Tácito hace justicia a estas afirmaciones, añadiendo a las indicaciones lipsianas algunos ángulos más cortesanos:

Pues no hay no diré ya páginas, sino frases o incluso líneas, en las que no tengamos mucho que aprender, y que no podamos referir y comparar con las historias de nuestro tiempo, existiendo allí un reencuentro de cosas similares. Pues vemos en él la corte de los reyes y príncipes, su vida privada, sus consejos y deliberaciones, sus acciones y órdenes. Encontraremos aquí adulaciones y acusaciones, vicios no desconocidos en este siglo. Por otra parte, su manera de hablar es grave, unida a la elegancia, prefiriendo

---

<sup>91</sup> Para mantener una cierta coherencia entre las dos traducciones Abel Langelier dice que «con mi autoridad he dividido en capítulos los libros II, III, IIII, y V [Que incluía el VI moderno] traducidos por el dicho De la Planche, para tu comodidad, lector, que lo recibirás de buen grado si te place», Tácito, *Les Oeuvres* (París, 1582), p. 42.

<sup>92</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, chevalier Romain*. París: Marc Orry, 1599. [Traducción de P.D.B.]

<sup>93</sup> Ibid, «Preface aux lecteurs»: «Mas en lo tocante a esta nueva edición os diré que en ningún caso he querido tocar la versión y traducción que muchos personajes doctos y sabios habían hecho, los cuales han hecho en este punto mucho mérito de la lengua y nación francesas».

<sup>94</sup> Ibid, «Preface aux lecteurs».

antes dejar en suspenso el espíritu de los lectores que aburrirlos con largas e inútiles narraciones, como han hecho muchos otros<sup>95</sup>

El carácter novedoso de la edición de P.D.B. residía fundamentalmente en los distintos añadidos que completaban el texto de Tácito. Estos consistían por una parte en actuaciones editoriales que pudieran parecer más modestas, como los muy amplios resúmenes colocados al comienzo de cada capítulo y cada libro, pero que servían para «aliviar la memoria de algunos» y al propósito más general de proporcionar un todo «agradable» y «hacer un servicio» a quienes buscaban conocer la historia antigua<sup>96</sup>. La edición destaca en segundo lugar por sus anotaciones, en las que descansaba el verdadero trabajo llevado a cabo para esta publicación y respecto a las cuales el anónimo P.D.B. indicaba que

si veo que estas primeras anotaciones os han sido agradables, intentaré daros en una segunda edición los Comentarios enteros y perfectos. [...] Vuelvo a las notas de las que me he servido tras cada anotación: I. L. significa Iustus Lipsius; A. S. Annibal Scotus; C. P. Claudius Paschalis. En cuanto a otras en las que aparece una B. es aquello que ha sido añadido de nuevo por el traductor de las anotaciones, y que no ha sido tratado por ninguno de los otros<sup>97</sup>

Ni siquiera era necesario modificar el texto de la traducción ya disponible para sacar a la luz toda la interpretación política que había sido obviada en las anteriores ediciones de 1582, 1583 y 1584. Bastaba con la incorporación de las notas de Lipsio (independientemente de si estas tocaban o no cuestiones políticas), los comentarios de Scoto (1589), Paschali (1581) y del anónimo P. D. B. para ofrecer un acceso al texto casi contrario al que se suponía en las ediciones precedentes<sup>98</sup>.

---

<sup>95</sup> Ibid, «Preface aux lecteurs».

<sup>96</sup> Ibid, «Preface aux lecteurs». Además de lo señalado respecto a la división en capítulos de la edición de 1582, he mostrado algunos ejemplos de marcas editoriales que ayudaban a la construcción del sentido del texto en el capítulo 4 (respecto a las apostillas marginales en general y a los índices de la traducción de Carlos Coloma en particular).

<sup>97</sup> Ibid, «Preface aux lecteurs».

<sup>98</sup> Ver al respecto la afirmación de Lipsio recogida en 3.1. Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii*; Tácito, *Ab excessu divi Augusti Annalium libri quatuor priores, et in hos observationes Caroli Paschalii Cuneatis*.

## 6.2 Tácito absolutista

La Francia salida de las guerras civiles suele contemplarse como un preludio de la Francia que se convertirá en paradigma del absolutismo hacia mediados del siglo XVII y en ese medio siglo de cambios en el pensamiento político la recepción de Tácito se ha identificado habitualmente con un giro racionalista y absolutista. En este panorama de arranque de siglo *De la sagesse* de Pierre Charron (1601) representaba, de acuerdo con J. H. M. Salmon, «el punto de llegada de la transformación de la filosofía moral»<sup>99</sup>. Dicho cambio no se explicaba únicamente por las convulsiones que habían supuesto las guerras de religión, ni por el impacto de las mismas en los autores franceses, sino que hundía sus raíces en la «destrucción de la unidad del programa humanista» y en el «avance de nuevas teorías sobre la política y la historia»<sup>100</sup>. La transformación consistiría en el reemplazo de la sabiduría por la prudencia, ahora la reina de todas las virtudes<sup>101</sup>: por una prudencia que Salmon califica de «tacitista»<sup>102</sup>. En lo tocante a la recepción de Tácito resulta sin embargo difícil, como ha señalado el propio Salmon, trazar una línea bien definida entre los textos del latino y las intenciones de Charron: «muchas referencias de este tipo jugaban con rapidez y soltura con los textos que pretendían estar citando y los nombres de Tácito, Séneca y Cicerón de los márgenes del libro de Charron no implican necesariamente un reflejo justo de lo que aquellos autores habían escrito realmente»<sup>103</sup>. Stackelberg ha complicado la cuestión al señalar la multiplicidad de usos que parecen cumplir las citas de Tácito en el *De la sagesse*, pues si se observa una concentración de citas (en forma de máximas o aforismos) en los capítulos 2, 3 y 4 del tercer libro —que tratan respectivamente «De la provision des choses necessaires au soustien et à la conservation du Prince et de l'estat», «De la prudence politique» y «De l'action et du gouvernement du Prince»—, también aparecen éstas en otros puntos del texto en los que surge lo que Stackelberg denomina un «Tácito

---

<sup>99</sup> Salmon, «Cicero and Tacitus in sixteenth-century France», p. 330. Marco Tulio Cicerón, *A panoplie of epistles, or, a looking glasse for the vnlearned*. Londres: [H. Middleton] for Ralph Newberie, 1571.

<sup>100</sup> Salmon, «Cicero and Tacitus in sixteenth-century France», pp. 330-331.

<sup>101</sup> Ibid, p. 330. Cuando Salmon señala que Charron cita a Cicerón para apoyar este punto y sigue su distinción entre prudencia privada y pública, soluciona la cuestión señalando que «en realidad Tácito y Séneca dictaban la manera en que Charron interpretó a Cicerón».

<sup>102</sup> Ibid, pp. 330-331: «Es innegable que la emergencia de la prudencia tacitista y la reinterpretación de Cicerón debían mucho al triunfo del compromiso *politique* y al mútuo agotamiento de los fanáticos católicos y protestantes. La desilusión tuvo como resultado el triunfo de la menos virtuosa de las virtudes. La prudencia, el arte de la particularidad y la disimulación, hizo emergencia tanto en su versión pública como en la privada, para proteger los arcana del estado absolutista o bien para apoyar al ciudadano en la fortaleza de la mente individual».

<sup>103</sup> Ibid.

contrarreformista»<sup>104</sup>. En cualquier caso, el cambio se luchaba en el campo de la reevaluación del conocimiento que podía aportar la historia para la comprensión de los asuntos humanos.

Con la entrada del siglo XVII Francia sigue destacando —a juzgar por la actividad editorial— por el dinamismo en la recepción de Tácito. París es, junto a Fráncfort<sup>105</sup>, uno de esos pocos lugares en los que en el siglo XVII se imprimen ediciones latinas de los textos de Tácito frente al dominio del mercado de las prensas de Plantino en Amberes y, posteriormente, de las ediciones ezelvirianas. En 1606 apareció en París una edición de las obras de Tácito cuyos gastos compartieron tres editores<sup>106</sup> y que seguía el texto establecido por Lipsio en 1600<sup>107</sup>. Existía por esas fechas cierta demanda del texto, puesto que en 1608 apareció una nueva edición con las notas de Lipsio a pie de página, un considerable número de comentarios y extensos índices<sup>108</sup>. Completa el panorama de publicaciones de esta primera década del siglo XVII la reedición, en 1610, de la traducción francesa que había aparecido en 1599 bajo las siglas P. D. B.<sup>109</sup>. En este momento se sumó al panorama editorial de la capital francesa una obra con vocación de antídoto: el Polibio de Isaac Casaubon<sup>110</sup>. Esta obra permite seguir mejor incluso que las ediciones de 1606 y 1608, la problemática en torno a la recepción de Tácito, los usos que se debían dar a las enseñanzas obtenidas de la historia y los límites del conocimiento humano en los asuntos de gobierno.

Los orígenes del Polibio de Casaubon se remontan, como indicó Albert Martin, a mediados de la década de 1590. En 1594, Casaubon —por entonces profesor de griego

---

<sup>104</sup> Stackelberg, *Tacitus in der Romania*, pp. 186-188.

<sup>105</sup> En Fráncfort apareció en 1607 la importante edición de Grüter, Tácito, *Opera quae exstant, ex recognitione Jani Gruteri*.

<sup>106</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant*. París: Ioannem Gesselin, 1606; Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant*. París: Nicolaum Buon, 1606; Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant*. París: Marcum Orry, 1606. A pesar de que en la portada de estas obras cambien los nombres de los impresores, algunas erratas y otras marcas en las páginas muestran que la impresión fue común. Algunos ejemplares conservados (es el caso de BNF J-3599) encuadernan en un mismo volumen las distintas partes del libro pero impresas bajo los tres nombres citados.

<sup>107</sup> No lo he comprobado detenidamente, confiando en lo que sugiere en el título de las ediciones francesas. La edición reproducida sería Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant. Iustus Lipsius postremum recensuit. Additi Commentarii meliores plenioresque, cum curis secundis. Accessit seorsim C. Velleius Paterculus cum eiusdem Lipsi auctioribus notis*. Antverpiae: Ex officina plantiniana, apud Ioannem Moretum, 1600.

<sup>108</sup> Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti et C. Velleii Paterculi scripta quae extant: Recognita, emaculata: Additique comentarii copiosissimi; & notae non antea editae...* París: Petri Chevalier, 1608.

<sup>109</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Les oeuvres de C. Cornelius Tacitus et Velleius Paterculus*. 2 vols. París: Jean Gesselin, 1610. Antoine-Alexandre Barbier, *Dictionnaire des ouvrages anonymes*. 4 vols. París: P. Daffis, 1872-1879. atribuye esta edición a Jean Baudoin.

<sup>110</sup> Polibio, *Historiarum libri qui supersunt*. París: Hyeronimum Drovardvm, 1609.

en Ginebra— escribió a su amigo Jacques Bongars criticando el tratado *De militia romana* de Lipsio y señalando sus renovadas expectativas de completar sus trabajos sobre Polibio (labor que Casaubon había anunciado públicamente durante sus lecciones antes de que apareciese el *De militia* de Lipsio)<sup>111</sup>. En 1595, en la dedicatoria de su edición de Suetonio a su amigo Philippe Canaye Defresnes, Casaubon indicó sin embargo que la edición de Polibio se retrasaba por motivos que no dependían de él<sup>112</sup>. Pasarían más de diez años antes de que Casaubon volviera a trabajar seriamente sobre Polibio, en el transcurso de los cuales Casaubon regresó a Francia (a Montpellier en 1596) y se instaló finalmente en París (en torno a 1598)<sup>113</sup>. En ese mismo lapso de tiempo el proyecto de edición original se transformó: la obra iría acompañada de una traducción latina del original griego y, especialmente, de unas anotaciones. El 31 de agosto de 1605, Casaubon escribía a Joseph Scaliger: «la traducción supone un gran trabajo, las anotaciones, sin comparación, uno mucho mayor. Estoy decidido a mostrar en ellas, quitando casi todo lo que pertenece a la gramática, el uso de la *scientia civilis* en la lectura de la historia. En definitiva, si no me equivoco este será un libro de este tiempo»<sup>114</sup>. Casaubon ofrece así una imagen extraordinariamente vívida de lo que estaba en juego con la recepción de los historiadores clásicos a comienzos del siglo XVII: la gramática cedía terreno ante la conexión entre las historias y la ciencia civil. La edición de Polibio, como lo había sido de modo más o menos voluntario o explícito la de Tácito por parte de Lipsio, sobrepasaba el círculo del lenguaje y trazaba líneas hacia la esfera de lo público. Casaubon deja ver que su trabajo fue más allá del de un editor, que una edición era más que un trabajo textual y que los comentarios y anotaciones generaban significados que prolongaban los textos editados.

Cuando en 1609 se acabó de imprimir la edición de Polibio con su correspondiente traducción latina, Casaubon completó el libro con un largo prefacio de

---

<sup>111</sup> La fortuna de esta obra de Lipsio y los rasgos generales de la recepción de Polibio son objeto de comentario en Arnaldo Momigliano, «Polybius' reappearance in western Europe», *Essays in ancient and modern historiography*, Middletown (Conneticut): Wesleyan University Press, 1977.

<sup>112</sup> Albert Martin, «L'éditio de Polybe d'Isaac Casaubon (1594-1609)»; en *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, vol. 10, n.º. 1, (1890), pp. 4-5.

<sup>113</sup> Los avatares biográficos de Casaubon y del proyecto los relata Martin, *Ibid.*, a partir de su epistolario: Isaac Casaubon, *Isaaci Casauboni epistolae, infertis ad easdem responsionibus ...praeter trecentas ineditas epistolas, Isaaci Casauboni vita ... item, merici Casauboni, I. F. epistolae ... curante Theodoro Janson ab Almelveen*. Rotterdam: CasParís Fritsch et Michaelis Böhm, 1709 y de su diario personal John Rusell (ed.), *Ephemerides Isaaci Casauboni, cum prefatione et notis*, 2 vols. Oxford, 1850.

<sup>114</sup> Casaubon, *Epistolae*, carta 464, citada en Martin, «L'éditio de Polybe d'Isaac Casaubon», pp. 30-31. Casaubon había comenzado a redactar estos comentarios ese mismo año de 1605 pero completó únicamente los del primer libro. El Polibio de Casaubon apareció finalmente sin los comentarios, que según Martin fueron publicados póstumamente en 1617 (*Ibid*, p. 31).

más de cuarenta grandes folios en el que describía su empresa y dedicaba la obra al que había sido su principal patrón y valedor, Enrique IV. La historia de este prefacio, relatada en sus detalles por Albert Martin, es un ejemplo elocuente de las dificultades a la hora de trazar conexiones entre las propuestas teóricas y la aprobación o refrendo práctico por parte del patrono. Por extensión, es un ejemplo de la fragilidad con que una propuesta intelectual, incluso aunque fuese obra de uno de los filólogos con mayor renombre de Francia (y aceptada al más alto patronazgo), podía llegar a configurar el entendimiento de la política, tanto de cara al público como en sus aspectos de «programa oficial» de la monarquía francesa.

Casaubon presentó su obra al Canciller Brulart de Sillery, amigo de éste desde sus tiempos como diplomático en Ginebra, quien en la cena del primer día del año de 1609 le indicó que podía esperar que el rey aceptara la dedicatoria del Polibio. Tras un intento fallido de encontrarse con el rey en el Louvre en septiembre, Casaubon pudo por fin presentarle la obra en Fontainebleau el mes de octubre, pero las expectativas depositadas por el estudioso se vieron en principio defraudadas. La actitud del rey demuestra, como indiqué, las dificultades para establecer vínculos entre un prefacio teórico como este y la actividad cotidiana de gobierno o el pensamiento político del gobernante. Enrique IV sabía suficiente latín para entender la dedicatoria, y sin duda debió ser consciente de la importancia que revestía el hecho de ser dedicatario de la misma. De hecho, parece que aprobaba personalmente la obra: al menos la apoyó hasta el punto de recompensar generosamente a Isaac Casaubon (que en ese momento cambió por completo su primera impresión) y de agradecer personalmente al duque de Urbino el préstamo de un manuscrito que Casaubon había utilizado para su edición<sup>115</sup>. La propuesta también iba dirigida a un público que iba más allá de las relaciones de patronazgo. Una etapa esencial de la extensión hacia ese público más amplio era la presentación de la misma a los integrantes de la república de las letras y los primeros ejemplares finalizados se enviaron, en consonancia con una práctica largamente establecida, a los correspondientes más cercanos de Casaubon, comenzando por Jans Grüter<sup>116</sup>.

Casaubon dio comienzo a su prefacio argumentando acerca del conocimiento histórico y su relación con la sabiduría y la prudencia. Tal como le había comunicado a

---

<sup>115</sup> Todo este relato sigue a Martin, «L'édición de Polybe d'Isaac Casaubon».

<sup>116</sup> Cabe recordar que Grüter acaba de dar a luz su Tácito, *Opera quae exstant, ex recognitione Jani Gruteri*.



Scaliger en la carta antes citada, este era el debate en el que un libro se podía concebir como «de esta época»: las *Políticas* de Lipsio, primer rival intelectual del francés, y el modo en de Charron abordó el tema a *De la sagesse* así lo demostraban. A la hora de expresar su postura, la sensibilidad protestante de Casaubon le hizo coincidir con algunos de los temores expresados por los autores católicos españoles del capítulo anterior, pues desde la primera frase del prefacio se aprecia que su principal objetivo es la defensa de una determinada visión providencialista de la historia<sup>117</sup>. Los otros dos temas más importantes serán la defensa que Casaubon hace de su propia altura intelectual y su trabajo como filólogo y una propuesta para reconfigurar la relación entre el conocimiento histórico y el dominio de lo público. La oposición a Tácito, como mostró algo más adelante, resultaba instrumental para lograr esos objetivos. Casaubon intentó igualmente llevar a cabo una reprogramación del corpus de obras de la antigüedad, haciendo un recorrido por la historia de la recuperación de los clásicos desde los primeros papas humanistas, señalando el olvido en el que había caído Polibio (y sus cualidades filosóficas), y reclamando finalmente una versión griega del renacimiento, no dominada por la copia romana y más elevada filosóficamente.

Casaubon reitera las tradicionales expresiones sobre el valor didáctico de la historia, la capacidad formativa y trasformativa de este conocimiento —capaz de convertir a un idiota en un hombre capaz de gobernar tanto los asuntos políticos como los militares<sup>118</sup>— y la utilidad de los ejemplos para mover a los hombres, pero lo que realmente le ocupa en los primeros compases es explicar el programa marcado por su primera definición de la historia:

Esta [la historia], si nos basamos en la sentencia de los autores más destacados, es un género literario en cuyo estudio se pueden adquirir fácilmente tanto la Sabiduría como la Prudencia. Puesto que la sabiduría es aquello que nos hace reconocer doctamente la voluntad (*numen*) de Dios; contemplar sus obras; admirar, venerar y reverenciar el poder infinito unido a una justicia y bondad parejas, la sabiduría levanta del suelo al hombre imbuido del sentimiento de piedad y lo eleva por encima de los cielos. La

---

<sup>117</sup> «Sapientes olim viri, domine, quum uno omnes ore memoriam rerum gestarum laudibus in caelum certatim ferrent; eò venère demum, ut dicerent, conditores historicorum monumentorum divinae providentiae ministros in terris agere», Polibio, *Historiarum libri qui supersunt*, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. aii r. Bradford, «Stuart absolutism», p. 128, juzgó a Casaubon como «el portavoz más efectivo de la reacción antitacitiana».

<sup>118</sup> Polibio, *Historiarum libri qui supersunt*, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. aii r: «porrò autem Historiam, vim naturamque eam habere, ut homines antea rudes atque idiotas, (ipso enim verbo hoc utuntur) ad capessendos honores, & res sive domi sive militiae gerendas, idoneos praestare valeat».

prudencia en verdad es la que establece una discriminación entre lo bueno y lo malo, lo útil y lo dañoso, lo saludable y lo que conduce a la ruina. Sin ella no puede discernirse ciertamente ninguna virtud [...] La prudencia es, por último, el ojo de la inteligencia y el alma de la política, de aquella reina de todas las disciplinas humanas<sup>119</sup>

El reemplazo de la sabiduría por la prudencia del que hablaba J. H. M. Salmon al comentar la obra de Charron, no tenía lugar en Casaubon, capaz de integrar ambas bajo el dominio de la historia, reformulando su valor dentro de un paradigma providencialista. Colocándose en el debate del momento Casaubon admitía que la historia, como repetían todos los autores, proporcionaba un conocimiento imprescindible al hombre, pero ofrecía su propia versión a este respecto. Para nuestro autor, la historia «nos habla de las variedades de la fortuna en todas las naciones, así antiguas como recientes; es un testigo fiel de la fragilidad de la condición humana, más débil que el vidrio; y una imagen verdadera de la vida del hombre, expuesta a tantos casos como errores»<sup>120</sup>. Más que reglas o preceptos, más que comparaciones entre distintas épocas, la historia ofrecía variedad, mutabilidad, fragilidad, ocasiones y errores. Era un lugar en el que advertir, más que comprender, las obras de un Dios inmortal: «verdaderamente pues, la historia es madre de la sabiduría. Verdaderamente son los historiadores ministros de la divina providencia, escritores de una obra, de la que Dios es creador, escribas y, como si dijéramos, actuarios de los juicios, de los que Dios es actor»<sup>121</sup>.

Como si no estuviera escribiendo realmente un prefacio, sino un verdadero tratado sobre la historia, Casaubon situó a Polibio en la habitual sucesión de todos los

---

<sup>119</sup> Ibid, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. aii r: «Ita, si praestantissimorum auctorum stamus sententia, unum hoc literarum est genus, cuius studio Sapientia simul parabilis, & Prudentia: duo felicitatis, quae summa potest homini nato privatim aut publicè contingere, sola, eaque certissima, instrumenta. Sapientia siquidem est, quae DEI OPT. MAX. numen docte agnoscere, opera contemplari, potentiam infinitam pari iustitia & bonitate iuctam, mirari, venerari, revereri: quae hominem sensu pietatis imbutum humo attollit, & supra caelos evehit. Prudentia verò est, quae inter bona malaque, utilia & noxia, salutaria & exitiosa, statuit discrimen: sine qua ne intelligi quidem ulla virtus potest: nihil anim adeo bonum, quod ubi haec abest, non vertat male; nihil adeo malum, quod si haec adsit, non cedat bono: sola quippe in quolibet rerum habitu servata servat. Prudentia denique oculus est mentis, anima Politicae, reginae illius omnium humanarum disciplinarum».

<sup>120</sup> Ibid, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. a ii v: «huiuscemodi Fortuna varietates omnis monium gentium, quà vetus, quà recens loquitur historia; humana conditionis hoc est, fragilitatis plus quàm vitreae, testis fidelis; & vita hominum, tot casibus quot errotibus obnoxiae, imago vera».

<sup>121</sup> Ibid, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. a ii v- iii r: «Est profectò DEUS, qui dicta factaque mortalium videt, observat; muneratur, ulciscitur. Verè igitur Sapientiae mater Historia: vere ministri divina providentia historici: operum quippe scriptores, quorum Deus est factor: iudiciorum scribae, ut sic dicam, & actuarii, quorum Deus est auctor»

escritores «que provienen de la antigüedad»<sup>122</sup>; una esta panorámica de historiadores griegos y latinos en la que destaca por su longitud y profundidad la comparación, nada fortuita, entre Polibio y Tácito. Con buena retórica Casaubon empieza mostrándose comprensivo con Cornelio Tácito, del que afirmaba que «si la fortuna no le hubiera privado de un tema digno de sus facultades podría haber igualado a cualquiera de los más excelentes historiadores griegos y latinos, pero en cuanto a los tiempos que describió, especialmente en sus *Anales*, no hubo otros más sujetos a repugnantes vicios ni más enemigos o estériles en virtudes»<sup>123</sup>. Poco después Casaubon adopta un tono más tajante y polémico, señalando que «querer comparar la Historia de Polibio con las obritas (*libellos*)» de Tácito no sería alabar a Tácito, sino divulgar clara y abiertamente una ligereza de juicio». No resultaban comparables, no ya los escritores entre sí, de los cuales «uno fue un filósofo insigne y un hombre de acciones muy destacadas; el otro, como Romano, ajeno a cualquier filosofía, y cuyas acciones o hechos públicos no son en ningún caso dignas de memoria», sino tampoco las materias de las que trataron uno y otro. Polibio «nos describe la misma flor de la virtud romana y como si dijéramos lo mejor de lo mejor de su república»; por sus historias desfilan los Régulos, los Escipiones con sus Laelios, los Fabio Máximos, Marcelos, Paulo Emilios, Flaminios, Metelos, Mummios y otros héroes semejantes, cuyos hechos, tanto domésticos como militares se encontraban entre los más altos de los que se conservaba memoria. En sus historias se veían «las provincias, naciones y reinos a los que el nombre del Imperio romano llegaba con dificultad anexionadas al imperio en una asombrosa brevedad de tiempo; ejemplos de fe, de fortaleza, de justicia y de mentes altas y generosas, hasta tal punto insignes que procuró que por delante de su excepcionalidad se transmitiera a la posteridad la fidelidad de los hechos»<sup>124</sup>. En cambio, por la historia de Tácito desfilaban los Tiberios, Calígulas, Claudios, Neronos y Vitelios que «no son hombres, sino monstruos de la naturaleza»<sup>125</sup> y, continúa Casaubon,

múltiples servilismos y las más repugnantes muestras de obediencia del pueblo. En cuanto a los senadores, unos que captan la gracia del príncipe mediante adulaciones;

---

<sup>122</sup> Ibid, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. o r. Una exposición del valor y usos de la historia seguida de un repaso de los historiadores más importantes es en efecto el esquema básico de muchas *artes historicae*.

<sup>123</sup> Ibid, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. oii r.

<sup>124</sup> Ibid, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. oii r.

<sup>125</sup> Resulta interesante comparar la lista de personajes «ejemplares» propuesta aquí con las ya mencionadas de Montaigne y Robert Johnson (ver 7.1.), que ponían el acento neoestoico los personajes de Tácito en los que destacaba el aprendizaje a partir de la adversidad.

otros dominados por la crueldad, bien esclavos de las maldades, o bien inclinados hacia el crimen; otros, en fin, ejerciendo ínfimas delaciones y la ruina de todo lo mejor por la acumulación de calumnias [...] Se describen con grandísimo detalle los crímenes de los príncipes, su voluptuosidad, incestos abominables, envenenamientos dignos de lamento, parricidios; las traiciones mutuas de los cortesanos (*aulicorum*), sus incriminaciones, conspiraciones y artes similares. Cosas cuyo conocimiento no puede ser tan fructuoso como pernicioso es su ejemplo<sup>126</sup>

En realidad, la suerte de Tácito lo había colocado en una dura condición, pues no había tenido más opción que quedar callado o escribir sobre este tipo de cosas. Para Casaubon se podía perdonar al autor latino, pues el núcleo del problema lo constituían sus intérpretes:

Podemos excusar fácilmente a Tácito, pero juzgamos que no se puede excusar a aquellos que anteponen a este autor a todos los demás historiadores, proclaman que debe ser leído asiduamente por los hombres de estado (*politicis hominibus*), y que únicamente de Tácito deben obtener normas (*documenta*) para el gobierno los príncipes y los consejeros de los príncipes. Si queremos exponer lo absurdo de esta sentencia, lo probaremos con facilidad, puesto que aquellos que así opinan, o bien acusan a los príncipes de estos días de tiranía, o bien parece que quieren enseñarles los principios de la tiranía. ¿Qué puede, en efecto, ser más pernicioso, especialmente para un joven, que la lectura de esos Anales? Pues si los buenos ejemplos enseñan si se presentan a menudo ante los ojos, aunque nosotros no lo notemos, así los malos los malos dañan, pues poco a poco van introduciéndose en nuestro ánimo, y obtienen el mismo efecto de los preceptos que se leen o escuchan con frecuencia<sup>127</sup>

Casaubon reafirma el valor didáctico y ejemplar de la historia: su preocupación especial por ese «joven» es significativa a este respecto. Le preocupa el mero contacto, la lenta infiltración de maldad que considera consustancial a la lectura de los *Anales* (la lista de personajes monstruosos confeccionada antes indica que Casaubon piensa sobre todo en esta obra)<sup>128</sup>. Su crítica se extiende magistralmente a la interpretación de Tácito

---

<sup>126</sup> Polibio, *Historiarum libri qui supersunt*, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. oii r.

<sup>127</sup> Ibid, «Dedicatoria a Enrique IV», sign. oii v- oiii r.

<sup>128</sup> Este mismo temor frente a una lenta corrupción mental lo expresará Pedro Ponce de León: «quien leyere este libro, y no fuere sobre si, no se con que violencia secreta, inclinando tambien la misma naturaleza, perdaera el horror a la crueldad, y el miedo al vicio, corriendo mas peligro qualquiera ingenio noble, por ser mas combatido de las perturbaciones. De manera que si una vez se dexa llevar el animo

y a su aplicación política, que Casaubon remata con una denuncia de la tiranía que busca eliminar toda posibilidad de aplicación política de Tácito. Las armas retóricas de Casaubon nos obligan a admitir implícitamente un sentido siempre perverso de las obras de Cayo Cornelio Tácito, que bien se usan para acusar de tiranía o bien para enseñarla<sup>129</sup>. La solidez de la propuesta de Casaubon la colocaba con fuerza en el debate contemporáneo, pero su fortuna quedó truncada por el asesinato de Enrique IV al año siguiente. Isaac Casaubon, temiendo quizá el desarrollo de los acontecimientos, abandonó Francia e hizo buenas las llamadas que desde Inglaterra le venía haciendo Jacobo I, con quien también compartiría su idea acerca de la historia y su juicio respecto a Cayo Cornelio Tácito (ver capítulo 7).

A partir del reinado de Luis XIII y bajo la égida de Richelieu, autores como Étienne Thuau han localizado una *tendencia* a la interpretación absolutista de Tácito<sup>130</sup>. Thuau maneja tesis muy similares a las de Maravall para el tacitismo español y señalaba que, para los teóricos del absolutismo, «el autor de los *Annales* les aporta un método de pensamiento: complementa la eficacia de la razón natural interrogando sobre la realidad política»<sup>131</sup>. Según Thuau, no obstante, había que diferenciar al Tácito histórico del autor «autoritario y racionalista» que construye la recepción francesa del siglo XVII: «alejado del Tácito histórico, el Tácito del siglo XVII se acerca con fuerza a Maquiavelo. En efecto, los hombres del siglo XVII tienden a modelar al autor de los *Annales* a partir del de *El príncipe* y la sutilidad que le prestan es propiamente “florentina”»<sup>132</sup>. El mayor riesgo de la exposición de Thuau pasa por la identificación demasiado rígida de un «racionalismo latente» situado en un campo estanco y

---

destos suavísimos simulacros de la Gentilidad en mil maneras corripidos, vendra a estimar lo passado, y a despreciar lo presente, confundiendo su imaginacion en estas profundísimas tinieblas: de manera que le sería dificultoso despues abrir los ojos a la luz», Ponce de León, *Censura*, fols. 174v-175r.

<sup>129</sup> Respecto a esta cuestión el juicio de Ponce de León es sin embargo muy diferente. Considerándolo como una especie de defensor de la libertad antigua de la república, Ponce señala que a Tácito «el amor que siempre le tira de la libertad de la patria, le mueve a hazer odioso el imperio de uno solo y mucho mas el nombre de Real», *Ibid*, fol. 171r.

<sup>130</sup> Thuau, *Raison d'État et pensée politique*, p. 44: «Sin pretender enunciar una regla absoluta puede decirse que en el siglo XVII Tácito tiende a ser visto como el apologista de la monarquía absoluta [...] Es por ello que, bajo el reinado de Luis XIII, la admiración de Tácito tiende a ir de la mano con la admiración por Richelieu».

<sup>131</sup> *Ibid*, p. 53. Para Maravall, *Teoría del Estado*, p. 380, «Tácito es, sencillamente la razón natural, inquiriendo con aguda inteligencia en la realidad política».

<sup>132</sup> Thuau, *Raison d'État et pensée politique*, p. 53. Para Thuau «esta aproximación estaba por otra parte justificada. Las obras de Tácito y Maquiavelo aparecen como complementarias. El autor de *El príncipe* dejaba insatisfecha la curiosidad de los estatistas, puesto que no había estudiado el Imperio romano y es el historiador de los césares el que, convenientemente interpretado, permitía llenar esta laguna. Sus obras hacían posible un estudio completo del estado» (p. 54).

contrapuesto al de otros «escritores cristianos»<sup>133</sup>; por colocar de un lado la recepción de Tácito y de otro a «los admiradores de Tito Livio y Lucano» para los que Tácito era un «abogado de la tiranía»<sup>134</sup>. En todo caso, es cierto que a partir de este momento se aprecia un acercamiento de la monarquía francesa a Tácito, o intentos por acercar a este autor a la monarquía (es difícil juzgar la dirección del movimiento). Esto parece algo evidente a la luz del panorama editorial del reinado de Luis XIII, durante el cual no sólo el rey, sino su hermano el duque de Orléans, su madre María de Medicis y su esposa Ana de Austria se convertirán en dedicatarios de traducciones o comentarios de las obras de Tácito. Dejando de lado la dedicatoria de Lipsio a Maximiliano II, el caso francés es único en este aspecto: en ningún otro lugar encontramos traducciones de Tácito dedicadas a miembros de la realeza. Ante estas pruebas, Jacob Soll no ha dudado en afirmar que Tácito «se convirtió en el historiador clásico oficial de Francia»<sup>135</sup>. A continuación expondré la forma en que esas ediciones situaron a Tácito en la órbita de la monarquía francesa, pero también trataré de mostrar que esta sintonía no llegó a oscurecer completamente otros usos de las obras de Tácito, ni implicaba una única interpretación del latino.

En 1613, bajo la regencia de María de Medicis, apareció un comentario sobre Tácito a cargo de François de Colomby<sup>136</sup>. Sus *Observations* eran reflexiones de un lector provocadas por el texto en primera instancia, con poca elaboración erudita y en general bastante vagas, de las que surgían aquí y allá disgresiones no demasiado novedosas<sup>137</sup>. En la dedicatoria a la regente María de Medicis se evocaba la paz y la estabilidad del estado<sup>138</sup>, se destacaba el valor la historia y se proponía que esta debía formar parte del programa educativo del joven Luis XIII. Al igual que estaba ocurriendo

---

<sup>133</sup> Ibid.

<sup>134</sup> Ibid, p. 44.

<sup>135</sup> Jacob Soll, *Publishing the prince: history, reading, and the birth of political criticism*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2005, p. 39. Ver todo el apartado, pp. 34-40, titulado «La tradición lipsiana y el tacitismo real francés».

<sup>136</sup> François de Carrigny sieur du Colomby, *Observations politiques, topographiques et historiques sur Tacite*. París: Antoyne Estienne, 1613. Thuau, *Raison d'État et pensée politique*. refiere a este personaje como François de Carrigny, pero en la portada de esta obra se le denomina François de Cauvigny, sieur de Colomby.

<sup>137</sup> Colomby, *Observations*, pp. 113-115, para la disgresión sobre el mausoleo de Augusto.

<sup>138</sup> Ibid, «Dedicatoria a la reina regente». La regente enseñaba al joven rey a «mantener la paz», mientras que ella misma merecía «alabanza por vuestra prudencia para conservar este reino durante su minoría». Las alabanzas proseguían señalando que «Jamás había sido Francia tan feliz, la iglesia más floreciente, la justicia más soberana, la inocencia más asegurada, la malicia más severamente castigada, la virtud más literalmente recompensada». Estableciendo un paralelo fundamental entre texto y presente «se puede decir ahora de vuestra regencia aquello que en aquella ocasión se decía del reino de Augusto *El descanso del pueblo se conserva por la justicia, la amistad de los enemigos se mantiene con la modestia* [Adaptación de An. I, 9: «*ius apud civis, modestiam apud socios*»]».

en la monarquía hispánica el saber histórico entraba en estos momentos en el proyecto educativo de los más altos responsables del reino y Colomby hacía hincapié en la especial necesidad de historia que podía tener un rey tan joven. El rasgo más sorprendente de la dedicatoria es la dulzura en la recomendación de Tácito, el autor de historias profanas «más recomendable para los asuntos de Estado», que «enriquece y deleita el espíritu con las bellas cosas que narra. Forma el juicio con las fuertes razones que alega y enseña al príncipe a vivir bien con la alabanza de las virtudes y la condena de los vicios»<sup>139</sup>. A juzgar solamente por esta declaración parecería que todas las voces críticas se habían diluido.

Tres años después, en 1616, Rodolphe le Maistre añadió su *Tibère françois* al número de traducciones francesas de Tácito<sup>140</sup>. La obra, una traducción de los seis primeros libros de los *Anales*, estaba dedicada al joven Luis XIII (que contaba con quince años de edad), pero había sido, según Le Maistre, un encargo del mismo Enrique IV al que Casaubon le dedicó su Polibio. Esta afirmación plantea nuevas dudas sobre el apoyo del fallecido monarca al programa de Casaubon y parece hablar de un rey que navegaba entre las diversas maneras de entender la historia existentes en aquellos momentos. Le Maistre reafirmaba nuevamente el potencial didáctico de la historia, presentada como parte esencial del programa educativo y de la actuación misma de la monarquía:

Señor, la historia es la academia de los reyes en la que aprenden a conquistar las coronas, manejar los cetros y conservar los estados, un medio presentado en otra ocasión a vuestra majestad en mi *Institution du prince* con el examen ordinario de las acciones para llevaros a lo más alto de la percepción. Enrique el grande, padre de vuestra majestad, alimentado bajo la disciplina del tiempo y la experiencia, no ignoraba nada de los asuntos del mundo, sobrepasando a todos los demás reyes de nuestra memoria en *Prudencia* y bondad de juicio no menos que en valor. Estuvo tan entregado en todo caso a la historia que tuvo la curiosidad de hacer preparar para su uso y el vuestro el Luis XI por el señor Matthieu su historiógrafo, honorable para las más bellas plumas de estos tiempos y de encargarme también algún tiempo después probar por mi parte si *Tácito*, tan estimado entre todos los escritores, se podría ver bien vestido a la francesa, para que la conversación con él nos pudiera resultar más familiar<sup>141</sup>

---

<sup>139</sup> Ibid, «Dedicatoria a la reina regente».

<sup>140</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Le Tibère françois, ou les Six premiers livres des Annales*. Paris: Robert Estienne, 1616.

<sup>141</sup> Ibid, «Dedicatoria al rey».

Le Maistre justificaba haber traducido únicamente la una parte de los *Anales* por las grandes ocupaciones de su cargo y recurría al tópico para exhortar a otros autores a continuar o mejorar su obra. Era una de esas figuras que han llamado la atención a Peter Burke en tanto que intelectuales híbridos que encarnan la metáfora orgánica y médica con la que se representa la política, pues los cargos que le servían de excusa para presentar una traducción incompleta eran los de «Consejero, médico ordinario del rey y primer médico de los infantes de Francia»<sup>142</sup>. No obstante, aunque aunó en su figura medicina y política en sus ediciones de Tácito no hay ningún signo de comparación o contacto entre ambos ámbitos, al contrario de lo que ocurría en la obra del médico italiano Filippo Cavriana<sup>143</sup>. Poco importaba este carácter parcial de la traducción, en cualquier caso, para el sentido general que Le Maistre le quería imprimir, pues en la dedicatoria se señalaba sin ambages que en estos primeros libros se encontraba el reino entero de Tiberio «Patrón singular de vigilancia y providencia (*praevoyance*) en el manejo de un gran imperio»<sup>144</sup>. La presentación que Le Maistre hace de la historia Tácito es de inspiración, una vez más, lipsiana, pero su interpretación del gobierno de Tiberio era más original<sup>145</sup>. Resultaba habitual calificar la historia de Tácito como llena de máximas<sup>146</sup>, pero no lo era tanto echar a un lado los evidentes vicios personales de Tiberio, que lo hacían un dudoso ejemplo de gobernante.

Otros tres años después, en 1619, se reimprimía la traducción de 1599 y 1610, con algunos suplementos que engrosaron nuevamente el volumen<sup>147</sup>. Algunos de los nuevos materiales para contextualizar e interpretar la obra de Tácito procedían directamente de las ediciones de Lipsio, como el árbol genealógico de la casa de Augusto o los índices, pero otros eran fruto del trabajo de Jean Baudoin, que aparece ahora como responsable de la edición. Se cumplía así parcialmente ese deseo de ofrecer unos comentarios más completos expresado en 1599 por el anónimo P. D. B al añadirse a las notas selectas de Lipsio, Scoto y Paschali otras notas adicionales a los *Anales* e *Historias* y una traducción de parte de la obra de Scipione Ammirato. Esta edición (no

---

<sup>142</sup> Cargos de la portada de Cayo Cornelio Tácito, *La Vie et l'empire de S. Galba*. París: A. Pacard, 1619.

<sup>143</sup> Burke, «Tacitism, scepticism, and reason of state», p. 482.

<sup>144</sup> Tácito, *Le Tibère françois*, «Dedicatoria al rey».

<sup>145</sup> Es en su mayor parte una paráfrasis de Tácito, *Opera omnia qua exstant* (Amberes, 1581), «Dedicatoria a los caballeros de los Países Bajos».

<sup>146</sup> Tácito, *Le Tibère françois*, «Dedicatoria al rey»: «Historia (digo) que enseña el bien para seguirlo y el mal para guardarse de él, llena además de máximas de estado, que bien parecen oráculos para la instrucción de los reyes y de quienes llevan el timón de los gobiernos».

<sup>147</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus et Velleius Paterculus, avec des Discours politiques tirez des principales maximes de l'auteur*. París: Jean Richer, 1619.



dirigida a un miembro de la realeza) la dedicó Baudoin al baile de Sillery, aprovechando la ocasión para caracterizar la lectura de la historia por parte de personajes destacados en el gobierno y que se rodeaban del ambiente intelectual más adecuado a su cargo:

La favorable acogida que hacéis a los hombres de letras les obliga a devolveros lo que os deben, tanto más cuanto que su virtud no es reconocida hoy día sino por un número muy pequeño de personas. Asimismo, no es propio más que a los hombres de vuestro mérito el amar a quienes aman los libros, cuya lectura —principalmente la de los historiadores— os resulta un entretenimiento tan familiar que sus escritos son las delicias que más apreciáis. Pero entre tantos excelentes autores, la inclinación y la experiencia que tenéis en los negocios del estado os hace estimar a Tácito y es por ello que me he asegurado, Señor, de ofreceros la traducción que he puesto nuevamente a punto e ilustrado con anotaciones<sup>148</sup>

La obra de Ammirato integrada parcialmente en esta nueva edición fue objeto también de una traducción independiente por parte de Laurens Melliet en este mismo año<sup>149</sup>. También en 1619 Rodolphe le Maistre, sacaba a la luz una traducción parcial de las *Historias* bajo el título de *La vie et l'empire de Galba*<sup>150</sup>. La obrita iba dirigida al duque de Orléans quien, según Le Maistre, podría ver en ella «que la felicidad de un príncipe es bien débil si no está fundada sobre la virtud»<sup>151</sup>. Moviéndose con soltura en las redes del patronazgo Le Maistre concibió esta traducción como una especie de «adelanto editorial» y rogaba que se esperase a «la obra entera de las Historias de este autor lleno de instrucciones y máximas de estado para la inteligencia de todos los asuntos militares y políticos, y por tanto de gran utilidad para los reyes y príncipes»<sup>152</sup>.

---

<sup>148</sup> Ibid, Dedicatoria «A Monseigneur Le Baillif de Sillery, Chevalier de l'ordre de saint Jean de Jerusalem, Commandeur de Troye, & Conseiller du Roy en ses Conseils d'Etat & Privé». Jean Baudoin indica que su traducción la ha «preparado a partir de la de un hombre que lo entendía mejor que yo» y se ha «contentado con hacerle hablar nuestra lengua lo más claramente que me ha sido posible». Otra indicación aclara que su trabajo consistió propiamente en las nuevas anotaciones y la traducción de la obra de Amirato, pues Baudoin ruega que el lector «me excuse si en mis anotaciones no he traducido la mayor parte de las inscripciones latinas, pues no tendrían gracia en nuestra lengua, ni tampoco los pasajes de Tácito insertos en los Discursos Políticos. Los he sacado del italiano de Scipion Ammirato, gran hombre de estado, y no he puesto más que los principales, de los cuales he recortado muchas cosas que en Francia no tenemos por máximas».

<sup>149</sup> Ammirato, *Discours politiques et militaires sur Corneille Tacite* (Lyon, 1619). La obra se había publicado originariamente en Venecia: Filippo Giunti, 1590. En una edición posterior de 1628 Melliet desautorizará esta impresión, lo que obliga a juzgar con cautela su dedicatoria —también fuera del patronazgo regio— a Jean de Sulx.

<sup>150</sup> Tácito, *La Vie et l'empire de S. Galba*.

<sup>151</sup> Ibid, «Dedicatoria a Monseigneur frere unique du Roy»

<sup>152</sup> Ibid, «Dedicatoria a Monseigneur frere unique du Roy»

Una década después se aprecia nuevamente otro punto en el que se concentran las ediciones de Tácito. En 1628, vuelve a imprimirse la traducción atribuida a Baudoin con las máximas de Ammirato<sup>153</sup> y, lo mismo que ocurrió a finales de la década anterior, esta reedición coincide con la de los discursos de Ammirato que había traducido Laurens Melliet<sup>154</sup>. En 1627 Le Maistre daba a luz la edición completa de Tácito que le permitió actualizar la relación de patronazgo establecida en el avance sobre Galba de 1619<sup>155</sup>. Tal y como había prometido entonces, la nueva obra se dedicaba al hermano del rey, Gaston de Orléans, revalidando o haciendo visible una relación que debía gozar de buena salud<sup>156</sup>. Los grabados que iluminaban esta edición de 1627 reforzaban visualmente la relación de patronazgo y la pertenencia simbólica de la obra al patrón<sup>157</sup>. Siguiendo el uso de muchas ediciones de la edad moderna el frontispicio se marcó con el escudo armas del dedicatario: bajo un cortinaje de flores de lis aparecían las armas reales de Francia, acompañadas de dos figuras femeninas que simbolizaban la el poder de la monarquía francesa y la victoria militar<sup>158</sup>. Se incluyó además un retrato de cuerpo entero del dedicatario vestido con armadura y obra del mismo Michael Lasne que grabó el frontispicio.

Le Maistre repetía en la dedicatoria que su traducción había nacido por orden de Enrique IV, aunque en esta ocasión añadía un detalle interesante a la anécdota, quizá atribuible al tiempo transcurrido, quizá a una impresión verdadera. Enrique IV quería a Tácito en francés, pero no comprendía a los comentaristas que entorpecían la recepción del autor latino: «considerando el exceso, demasiado afectado, de lenguaje vano y los

<sup>153</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres [...] avec des Discours politiques tirez des principales maximes de l'auteur [por Scipion Ammirato]*. París: E. Richer, 1628.

<sup>154</sup> Ammirato, *Discours politiques et militaires sur Corneille Tacite* (Lyon, 1628).

<sup>155</sup> En 1619 había prometido ofrecer las historias completas. Este volumen se compone de la traducción de las historias y de la traducción del *Tibère françois* de 1616, utilizando para los libros XI al XVI de los *Anales* «la antigua traducción de Claude Fauchet, primer presidente de las monedas», Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre*, «Al lector» (ver arriba nota 83).

<sup>156</sup> Ibid.

<sup>157</sup> En cuanto a la pertenencia real, en biblioteca de Gaston de Orléans había un ejemplar de esta edición [BNF RES-J-1580] y otro de la edición Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Corneille Tacite, traduites de latin en françois*. París: La Veuve Jean Camusat et Pierre Petit, 1644. [BNF RES-J-315.]

<sup>158</sup> A la izquierda del escudo de armas real aparece, sobre un pedestal, una representación femenina con el torso desnudo, casco y un faldellín romano sobre una túnica más larga que recoge con la mano derecha. En mano izquierda sostiene una figura de la victoria alada y con una palma en las manos y mira hacia el escudo de armas regio. A sus pies (el izquierdo, avanzado, calza una sandalia) aparecen Rómulo y Remo mamando de una loba. La figura de la derecha es de otra mujer. Lleva el pelo suelto y viste una dalmática adornada de armiño en cuello y en los bordes y decorada toda ella con flores de lis. Mira igualmente hacia el escudo de armas y sostiene en una mano una esfera decorada con flores de lis y en la otra una vara de mando con un remate en forma de flor de lis. Bajo ambas figuras se extiende una franja con restos de armas, algunas visiblemente romanas. El título de la obra aparece en un cuadro situado bajo el escudo de armas real.

inútiles discursos de la mayoría de los autores, no abordaba, como más problemática que deleitosa o aprovechable, su lectura por esta razón. Asombrándose, decía el, que este Tácito tan estimado por encima de todos los demás escritores no hubiera aún encontrado un pluma francesa para volverlo inteligible»<sup>159</sup>. La descripción de los contenidos de la obra de Tácito con la que prosigue la dedicatoria parece compuesta de memoria, atendiendo a la belleza de la epístola antes que a la precisión, pero introduce cuestiones interesantes. Para defender la valía de esta obra, el paisaje de guerras, juicios, conspiraciones, sediciones y motines de las obras de Tácito queda ahora matizado con «infinitos ejemplos de constancia, de fidelidad, de prudencia, de modestia, de probidad, de clemencia y otras virtudes señaladas, para la instrucción de toda calidad de personas»<sup>160</sup>.

Los trazos lipsianos de la dedicatoria quedaban muy difuminados (eran más definidos, como señalé, en la presentación del *Tibère françois*) pero en el prefacio al lector aparecía ahora con claridad el juicio de Bodin sobre Tácito. Le Maistre utilizaba a Bodin para subrayar la importancia de la carrera pública de Tácito y defenderlo frente a las críticas de padres de la iglesia como Tertuliano<sup>161</sup>. Esta edición destacaba también por incluir varios suplementos a la historia, que según Le Maistre servirían para que al menos pudiera seguirse el «hilo de la historia»<sup>162</sup>. Con anterioridad a Le Maistre, Henry Savile había completado el hueco entre el final de los *Anales* y el principio de las *Historias* (de Nerón a Galba), y Álamos de Barrientos había proyectado rellenar el del corte del libro V de *Anales* (la caída de Sejano)<sup>163</sup>. Los numerosos suplementos de Le Maistre no ofrecen por lo general más que indicaciones sobre los acontecimientos más señalados y están compuestos en un lenguaje que intenta imitar al de Tácito en la brevedad de las frases y cargados de interpretaciones estereotipadas. Sejano aparece como privado ambicioso que se ve finalmente sometido a los rigores de la fortuna y Nerón como ejemplo de tirano.

Rodolphe le Maistre volvió a la carga en 1636 con la que sería su edición definitiva de Tácito, concebida ahora como un producto de lujo. Los amplios folios bien

---

<sup>159</sup> Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre*, «A monseigneur, le duc d'Orléans Fils de France, et frere unique du roy».

<sup>160</sup> Ibid, «A monseigneur, le duc d'Orléans Fils de France, et frere unique du roy».

<sup>161</sup> Ibid, «Al lector».

<sup>162</sup> Ibid, «Al lector». Le Maistre especifica que las lagunas del texto constituyen una «pérdida extremadamente dañosa para el público, por el ejemplo de virtudes singulares de Tito, Nerva y Trajano, ocupación deleitosa de su vejez», en referencia a la indicación que el propio Tácito había hecho sobre sus intenciones de escribir la historia de estos príncipes en *Historias* I. 1.

<sup>163</sup> Para Savile, ver 7.1. La intención de Álamos la comenté en el capítulo 4.

cuidados estaban llenos no sólo de suplementos sino de numerosos y bellos grabados, que hacen sobresalir esta edición frente a cualquier otra producida en Francia<sup>164</sup>. Se conservaba la dedicatoria a Orléans con pequeños cambios de índole estilística y se añadió otra nueva al propio Luis XIII. Además del escudo de armas regio se incluyeron nuevos retratos del rey y su hermano, hechos especialmente para esta edición, y una serie de grabados representado a los distintos emperadores romanos. Estos últimos aparecían intercalados en el punto en que comenzaba cada uno de sus gobiernos y se acompañaron de unos cuartetos que describían al personaje representado. La galería de retratos de emperadores y el juicio subsiguiente en versos, permiten en cierto modo leer el texto de esta edición en clave de repertorio de gobernantes virtuosos o maliciosos<sup>165</sup>. De Augusto se dice «Todo el reposo que un pueblo obediente // puede esperar de un jefe alegre y justo // Y todos los bienes de un estado floreciente // fueron los frutos del imperio de Augusto»<sup>166</sup>; De Tiberio «Tiberio experto en los asuntos públicos // Se hizo estimar, pero no se le amó // y este defecto nació, de no haber puesto juntos // el arte de bien vivir y los secretos políticos»<sup>167</sup>. Frente a esta consideración de Tiberio (a quien, conviene recordar, Le Maistre había elogiado en todas las ediciones anteriores), Calígula, Nerón y Vitelio son calificados claramente como tiranos. A Domiciano se le considera un «traidor cruel, insolente y lúbrico», Claudio es menospreciado y sólo Vespasiano y Trajano (quizá también Nerva, en menor grado) son elogiados abiertamente<sup>168</sup>.

La densa recepción francesa durante el reinado de Luis XIII también incluye dos ediciones muy particulares, que deben contarse como intentos de desactivación del texto de Tácito y sirven de ligero contrapunto a la asociación entre el autor latino y la realeza de Francia. La edición de la traducción castellana de Carlos Coloma en 1629 (analizada

<sup>164</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre Augmentée des six derniers livres des Annales, de Suppléments & Annotations, & enrichie de plusieurs Figures*. París: Jacques Dugast, 1636.

<sup>165</sup> Puede ser interesante comparar esta galería de retratos con la que aparece en Antonio Vasconcellos, *Anacephalaeoses id est Summa capita actorum Regum Lusitaniae. Auctore P. Antonio Vasconcellio Societatis Iesu; accenserunt Epigrammata in singulos reges ab insigni poeta Emmanuele Pimenta eiusdem societatis; et illorum effigies ad viuum expressae, curâ & sumptibus Emmanuelis Sueyro...* Antverpiae: apud Petrum & Ioannem Belleros 1621. Renné de Ceriziers, *Le Tacite français, ou le sommaire de l'histoire de France. Avec les réflexions chrétiens et politiques sur la vie des rois de France*. 2 vols. París: Charles Angot, 1658, aprovechó el nombre de Tácito para titular su sucesión de reyes franceses, reproduciendo el entendimiento de la obra de Tácito como una sucesión de gobiernos. Antes de recibir este título de conjunto su obra había consistido simplemente en retratos particulares como Renné de Ceriziers, *Réflexions chrétiens et politiques sur la vie des rois Henry le Grand, Louys le Iuste*. París: La Veuve Iean Camusat, 1642.

<sup>166</sup> Tácito, *Les Oeuvres, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre* (París, 1636), p. 2.

<sup>167</sup> *Ibid*, p. 6.

<sup>168</sup> *Ibid*. El resto de retratos en las pp. 190, 206, 258, 376, 389, 446, 511, 578, 586, 588 y 593.

en el capítulo 4) trataba de contrarrestar la interpretación de Tácito guiando al lector mediante apostillas marginales bien situadas, pero en el caso de las dos obras que analizaré a continuación, la reinterpretación de Tácito se hace a partir de la publicación separada de dos de sus obras menores, el *Diálogo* y la *Vida de Agrícola*. La traducción francesa del *Diálogo de los oradores* aparecida en 1630 contaba con un prefacio compuesto por un anónimo amigo que publica la versión, también anónima, del traductor<sup>169</sup>. El elogio de la obra se hace en los términos más elevados, señalando que «si estos excelentes hombres [Amiot y Vignère, traductores de Plutarco y Tito Livio al francés] no hubieran convertido en glorioso el trabajo de la traducción, el autor de esta que yo te ofrezco me forzaría a estimarlo así, y toda Francia estaría en deuda con él por el rico regalo que hoy le hace»<sup>170</sup>. Reproduciendo en gran medida la temática de la propia obra aquí traducida, el objetivo principal del prefacio consiste en defender la elocuencia francesa y la formación basada en los antiguos frente a la corrupción de costumbres del presente. A pesar de que este diálogo va más allá de la recepción de Tácito (toca a la querrela de antiguos y modernos), contiene algunas reflexiones que merece la pena destacar. El miedo al contagio a través de las traducciones y otros contactos con países vecinos es en este prefacio muy similar al de los autores españoles aludidos al comienzo de este capítulo:

Pues si no puedo sorprenderme lo bastante del poco juicio de quienes han escogido los escritos bárbaros para traducirlos en nuestra lengua, me cuesta soportar la impunidad con la que nuestro siglo sufre las traducciones de tantos libros abominables, que al describir crímenes extranjeros con todo el aparejo que puede hacerlos agradables, nos dan ganas de probarlos. Admito que la comunicación que hemos tenido con nuestros vecinos, sea por las guerras o con el comercio, nos ha ayudado mucho a desprendernos de nuestra antigua virtud, pero la corrupción no sería tan general y la imprudencia no hubiera llegado hasta este punto —en el que se hace pasar el lujo por galantería, el desdén de la honestidad y de las más santas leyes de la naturaleza por sabiduría, la traición por prudencia, y el ateísmo por fuerza de espíritu— si los desgraciados profesores de todos estos sacrilegios no hubieran encontrado entre nosotros a intérpretes que los explicasen a todo el mundo<sup>171</sup>

---

<sup>169</sup> Cayo Cornelio Tácito, *Des causes de la corruption de l'éloquence*. París: Charles Chappelain, 1630. Una nota del catálogo de la BNF indica que la obra fue traducida por Louis Giry, y que el pseudónimo de Philandre con el que se firma el prefacio corresponde a Antoine Godeau.

<sup>170</sup> Ibid, «Preface».

<sup>171</sup> Ibid, «Preface».

Esas prevenciones no podían ser casuales, pero tampoco el *Diálogo* permitía ir mucho más lejos en este aspecto.

Algo más pudo hacer Itier Hobier en la obrita que, dirigida a Henry de Mesmes, tituló *De la Vie d'Agricola, son beau-père*<sup>172</sup>. La razón por la que Hobier había seleccionado el *Agrícola* queda expuesta con toda claridad en la dedicatoria, en la que éste indica que ha tomado la obra que consideraba sería más agradable a de Mesmes y «la vida más virtuosa e ilustre de las que ha escrito [Tácito]»<sup>173</sup>. El traductor no puede sustraerse a estas alturas de siglo a reconocer el alcance europeo de la recepción de Tácito, algo de lo que habla «la multitud de versiones que se han hecho en diversas lenguas»<sup>174</sup>, pero la multitud de versiones venía a demostrar, tal como haría el propio Hobier con su traducción, que el autor latino «se puede manejar de más de una manera»<sup>175</sup>. También existían varios métodos de lectura del clásico, todos los cuales «tienden a un mismo fin, que es mostrar que para conocer bien a un buen autor hace falta leerlo no sólo una vez, sino repasarlo a menudo y detenerse en él para recoger el fruto»<sup>176</sup>.

La clave para comprender la orientación que Hobier busca dar a Tácito está en descubrir los verdaderos destinatarios de la obra, que son los dos hijos del traductor<sup>177</sup>. El tono empleado sería por lo tanto «suficientemente honesto como para ser excusado, sobre todo por quienes sepan que no he podido imaginar otro más inocente y más agradable para mi inclinación dentro del ocio al que me veo reducido»<sup>178</sup>. Hobier quiso traducir en definitiva a un Tácito «inocente», que proporcionara fundamentalmente un modelo de conducta ejemplar y que incidía como pocos en esas pocas ideas sobre su postura política que Tácito deja traslucir al comienzo y al final del *Agrícola*. Añadiendo algunos acentos neoestoicos, Hobier consideraba que esta obra servía para apreciar cómo Agrícola «ha observado bajo los unos y los otros esto que Tácito estima tan loable como difícil: cambiar según el espíritu de aquellos que dominan y acomodarse a las épocas sin herir su honor ni su consciencia. Es en suma el modelo de un perfecto

---

<sup>172</sup> Tácito, *De la Vie d'Agricola*.

<sup>173</sup> Ibid, «Dedicatoria a Henry de Mesmes».

<sup>174</sup> Ibid, «Preface du traducteur».

<sup>175</sup> Ibid, «Preface du traducteur». A entender de Hobier «no sólo en nuestra lengua ha sido traducido muchas veces, sino más incluso en la italiana y la española».

<sup>176</sup> Ibid, «Preface du traducteur».

<sup>177</sup> Ibid, «Preface du traducteur»: «espero que esta traducción sea útil a mis dos hijos, al estudio y a la edad, de los cuales me parece que veo renovarse mi juventud y mis primeros estudios».

<sup>178</sup> Ibid, «Preface du traducteur».

ministro de estado, que no enseña menos la ciencia de obedecer bien que la de ordenar, ninguna de las cuales es ni menos rara ni menos necesaria»<sup>179</sup>

Las particularidades de las traducciones de Nicolás Perrot d'Ablancourt, uno de los más destacados de los traductores franceses de la época de Luis XIII<sup>180</sup>, obligan a tratarlas también por separado. Lo mismo que Hobier, d'Ablancourt no podía pasar ya por alto, en su dedicatoria al cardenal Richelieu, la densidad de una recepción que se había convertido por sí misma en un motivo de reflexión:

Es el oráculo de la política desde hace quince siglos; se ha traducido a todas las lenguas; es estimado por todos los pueblos. Se han hecho sentencias de todas sus líneas, misterios de todas sus palabras; y si juntáramos todos los libros que se han hecho para aclararlo o admirarlo, con ellos de podría hacer una gran biblioteca. Es él quien ha engendrado toda la política de España y de Italia<sup>181</sup>

La traducción de Perrot d'Ablancourt fue publicada por Jean Camusat en 1640 (mediante la iniciativa conjunta de tres impresores)<sup>182</sup>, pero la obra irrumpió en el mercado editorial con fuerza renovada justo a mediados del siglo XVII, marcando un cierto punto de inflexión en la recepción de Tácito en Francia. Destacan en su presentación del autor latino al lector algunos trazos que no habían aparecido hasta entonces:

la obra maestra de Tácito y la vida de un gran político, que es la parte en la que sobresale nuestro autor. El resto de su historia podía haber sido compuesto tanto por otro como por él, y no faltaban en Roma declamadores para pintar los vicios de Calígula, la estupidez de Claudio y las crueldades de Nerón. Pero para escribir la vida de un príncipe como Tiberio hacía falta un historiador como Tácito, que pudiera desenredar todas las intrigas del gabinete, asignar las verdaderas causas a los acontecimientos y discernir el pretexto y la apariencia de la verdad<sup>183</sup>

---

<sup>179</sup> Ibid, «Preface du traducteur».

<sup>180</sup> Ver Guillerm, «Les belles infidèles»; Roger Zuber, *Les "Belles infidèles" et la formation du goût classique: Perrot d'Ablancourt et Guez de Balzac*. París: Armand Colin, 1968.

<sup>181</sup> Tácito, *Annales de Tacite. Première partie* (París, 1650), «Dedicatoria a Richelieu».

<sup>182</sup> Ibid; Cayo Cornelio Tácito, *Annales de Tacite. Seconde partie. Contenant les Regnes de Claudius & de Neron*. París: Chez La Veuve Jean Camusat & Pierre le Petit, 1651. En el privilegio de la obra se indica que Ablancourt ha cedido su derecho de privilegio a la Viuda de Jean Camusat, Agustin Courbé y Pierre le Petit, «tras el acuerdo hecho entre ellos».

<sup>183</sup> Tácito, *Annales de Tacite. Première partie* (París, 1650), «Al lector».

El retrato es realmente jugoso y aunque existen precedentes a la hora de distinguir los *Anales* del resto de la obra de Tácito sorprende la claridad con que Perrot d'Ablancourt efectúa el corte<sup>184</sup>. En los seis primeros libros de los *Anales* había, según él, un Tácito que no podía ser sustituido por ningún otro escritor: era éste el Tácito que más fácilmente se asimilaba a un moderno cortesano. Su historia del reinado de Tiberio, era la descripción de la vida de un gran político —en este punto d'Ablancourt retoma la caracterización que había establecido Le Maistre— y que se asemejaba a una parcela concreta del presente: la del gabinete. Con estas palabras d'Ablancourt demostró su profunda comprensión de la recepción de Tácito, pero no se limitó a la depuración de viejos tópicos, sino que decantó la esencia del latino haciéndola desembocar en recipientes nuevos. A pesar de la versión afiladamente política y cortesana del Tácito que presenta Nicolas Perrot d'Ablancourt, sus intereses y su actuación respecto al texto va a caminar por otros derroteros. La herramienta que proporcionará a Tácito un nuevo aroma será un novedoso estilo de traducción, dominio en que d'Ablancourt destaca tanto por sus reflexiones teóricas como por su práctica.

El patronazgo del cardenal Richelieu iba más allá de una relación personalizada con d'Ablancourt; más allá de agradecer, confirmar y reforzar una relación de servicio particular, el traductor había buscado en su dedicatoria «satisfacer de alguna manera al honor que me ha hecho de darme una plaza en su academia»<sup>185</sup>. La nueva traducción se adscribía a ese entramado complejo en el que se jugaban las relaciones entre las letras francesas y el poder político, en un entorno de «actores sociales cuya identidad estaba definida por una actividad específica: la producción y publicación de escritos de formas diversas, cuyo ensamblaje, al tiempo simbólico y pedagógico, consituirá más tarde el monumento imaginario llamado literatura»<sup>186</sup>. En la misma dedicatoria a Richelieu, d'Ablancourt se disculpó, tópicamente, por presentarle un libro que en realidad era «la paga de otro, pues no encuentro en mí con qué pagar» y añadió la consideración de que «Tácito es tan grande y admirable que aún cuando le haya quitado una parte de sus gracias y casi toda su fuerza no deja de conservar, en el estado en que está, majestuosidad y grandeza»<sup>187</sup>. Puede considerarse esta última frase como una nueva disculpa marcada por el tópico de la humildad; Nicolas Abraham Amelot de la Houssaie

---

<sup>184</sup> Baste recordar traducciones parciales como la de Herrera, *Los cinco primeros libros de los Anales* o el *Tibère françois* de Le Maistre. Las ediciones salmantinas de comienzos del XVII también se circunscribían a esta parte de la obra.

<sup>185</sup> Tácito, *Annales de Tacite. Premiere partie* (París, 1650), «Dedicatoria a Richelieu».

<sup>186</sup> Christian Jouhaud, *Les pouvoirs de la littérature. Histoire d'un paradoxe*. París: Gallimard, 2000, p. 9.

<sup>187</sup> Tácito, *Annales de Tacite. Premiere partie* (París, 1650), «Dedicatoria a Richelieu».



(cuya interpretación de Tácito analizaré más abajo) quiso sin embargo interpretarla literalmente. Según Amelot, para perfeccionar la traducción de d'Ablancourt habría que

suprimir en mil lugares pensamientos que son suyos y poner en su lugar todos los de Tácito, que ha recortado mal a propósito o que ha traducido tan mal que este autor parece tan pálido en francés como suculento es en latín. Así las cosas, no puedo comprender como el señor Goudeau, obispo de Vence, quiso decir que “d'Ablancourt a retirado a Tácito todas sus espinas” y que la libertad “con la cual ha traducido sus obras, les ha aportado luz junto con la belleza”; antes al contrario ha espesado las tinieblas al hacer muy a menudo hablar a Tácito de otro modo a cómo pensaba. [...] En cualquier caso, compartiría de buen grado el juicio de que este traductor le ha retirado todas las espinas a su autor, siempre que él estuviera de acuerdo conmigo en que junto con las espinas le ha retirado también las rosas, pues su versión está casi completamente desnuda de esas sentencias y máximas de estado que se encuentran en cada frase del original<sup>188</sup>

La crítica de Amelot de la Houssaie puede ser interesada, pero no cabe duda de que el paso que había dado d'Ablancourt iba más allá de los usos habituales en la época. Cabe recordar a este respecto, las indicaciones sobre la traducción que se daban en el prefacio de *Las causas de la corrupción de l'eloquence* de 1630. Allí, tras justificar la traducción «elocuente» y más libre de esa obra de Tácito se señalaba que esto no hubiera sido posible en una historia, precisamente lo que estaba haciendo Nicolas Perrot d'Ablancourt<sup>189</sup>.

D'Ablancourt explica las características peculiares de su traducción en su epístola al lector, en la que se trasluce una cierta sustitución de la fuerza política de la narración de Tácito por una nueva grandeza de características más literarias. Perrot d'Ablancourt señala que el latino es difícil no ya de traducir, sino de entender pues «a

---

<sup>188</sup> Ibid, «Preface».

<sup>189</sup> Tácito, *Des causes de la corruption de l'eloquence*, «Preface»: «Pues como este Diálogo está lleno de arengas en las que la elocuencia aparece con tanta fuerza y majestuosidad que se ve que habla por ella misma, [el traductor] estaba sin duda obligado a tener más cuidado con la dulzura de los nombres, para representar todos sus movimientos y a cuidarse de no sustraerle las figuras que lo embellecen y los excelentes trazos de espíritu con los que está enriquecido, algo que no se podía haber hechos si hubiera observado otra conducta en su traducción. Aquellos que la condenarán tendrían razón si trabajase sobre una historia fiel, en la que no debe cambiarse nada, sea en la forma de la narracion, sea en el juicio que el escritor hace sobre los consejos y los acontecimientos de los asuntos públicos, puesto que es ella [la historia] quien enseña valerosamente a los príncipes para distinguir entre los buenos y los malos consejos que se le ofrecen y la que los instruye en las personas de otros, estimo que alterar sus verdades no es un crimen menor que violar un sepulcro, corromper un testamento o envenenar las fuentes de una ciudad».

menudo considera las cosas con un cierto desvío extranjero», «a veces deja imperfectas sus narraciones» y «acostumbra a mezclar en una misma frase y a veces en una misma expresión, pensamientos diversos que no tienen relación uno con otro»<sup>190</sup>. Ante estas dificultades se hace necesaria la intervención del traductor, que argumenta que aquellas faltas que pudieran interpretarse como defectos suyos no se juzgarán con tanta indulgencia como las del original latino. Era conveniente por lo tanto actuar «como en las obras que pulimos, para poder expresar el resto sin chocar con las delicadezas de nuestra lengua y lo justo del razonamiento»<sup>191</sup>. Una vez preparado el paisaje de este modo (debe advertirse que en ningún momento se hace elogio de las duras características del estilo de Tácito, sino que solamente se señalan sus dificultades), d’Ablancourt pasa a defender las libertades que considera necesario tomarse a la hora de traducir:

puesto que no traduzco un pasaje, sino un libro en el que todas las partes deben estar unidas conjuntamente y como fundidas en un mismo cuerpo. Además, la diversidad entre las lenguas es tan grande (tanto en la construcción y la forma de las frases, como en las figuras y otros adornos) que es totalmente necesario cambiar de aire y de cara si uno no quiere hacer un cuerpo tan monstruoso como el de las traducciones ordinarias, que o bien son mortecinas y languidecientes o confusas y enmarañadas, sin orden ni concierto. Debemos estar alerta para no hacer perder la gracia a nuestro autor por un exceso de escrúpulos y para no serle, por no faltarle a la fe en alguna ocasión, infieles del todo.

Esta defensa se basa, como puede verse, en el respeto a un todo armónico que no había hecho aparición hasta entonces. Perrot d’Ablancourt propone, con una metáfora en la que se opone el cuerpo bello al monstruoso (la más habitual, junto a la música, para referir a la armonía), un sentido de conjunto para una obra en la que otros traductores habían visto únicamente un almacén de sentencias apiladas una detrás de la otra. En los capítulos 1 y 2 he mostrado las técnicas y los efectos de ese troceado del texto original, que ya habían encontrado alguna oposición en voces como la de Johannes Kepler<sup>192</sup>, pero ahora la defensa de la obra como conjunto no sólo se plantea como una protección

---

<sup>190</sup> Tácito, *Annales de Tacite. Premiere partie* (París, 1650), «Preface».

<sup>191</sup> Ibid, «Preface».

<sup>192</sup> Ver 1.2.2.

del sentido del texto ante los procedimientos de reutilización, sino en función de unas cualidades que me atrevería a denominar literarias.

Para d'Ablancourt, todas estas consideraciones, se deben tener en cuenta «principalmente cuando hacemos una obra que debe tener el lugar del original, y que no trabajamos para hacer que los jóvenes entiendan el griego o el latín»<sup>193</sup>. La traducción se plantea ahora como sustitución completa del original, dejando de lado las posibles comparaciones entre lengua de origen y de destino que promovían muchas de las traducciones anteriores en apostillas marginales, glosarios o explicación de los términos latinos más complejos de traducir. Desaparecen junto a ellas las consideraciones didácticas de algunas traducciones y surge con fuerza un entendimiento artístico de la labor del traductor:

Pues sabemos que las expresiones valerosas no son en absoluto exactas, porque la puntualidad (*justesse*) es enemiga de la grandeza, como se ve en la pintura y la escritura, pero la valentía (*hardiesse*) del trazo suple sus defectos, y son consideradas más bellas de esta manera que si fuesen regulares<sup>194</sup>

Una vez expuesta esta concepción de la traducción y, por extensión, de la obra que se traduce, Perrot d'Ablancourt no duda en afirmar que esto «hace que las mejores traducciones parezcan las menos fieles».

La recepción francesa de Tácito siguió bien activa en esta segunda mitad del siglo XVII y nos pone en contacto con un repertorio muy extenso de usos e interpretaciones del autor latino, algunas de las cuales no tienen un equivalente evidente en el resto de Europa. Entre 1682 y 1687, apareció en cuatro volúmenes una edición con vocación de definitiva, una edición latina a cargo de Julian Pichon, y que se definía como «ilustrada con notas e interpretación perpetua» y se concibió «para el uso del serenísimo Delfín»<sup>195</sup>. Por esas mismas fechas, Nicolas Abraham Amelot de la Houssaye daba a luz los frutos de una peculiar lectura de Tácito, que servirá para completar el panorama que estoy trazando en este capítulo. La obra de Amelot de la Houssaye, que florece tras una pequeña carrera como diplomático, primero en Lisboa y posteriormente en Venecia hasta 1668, consistió especialmente en la edición y traducción al francés de obras extranjeras. Son fruto de su actividad intelectual una

---

<sup>193</sup> Tácito, *Annales de Tacite. Premiere partie* (París, 1650), «Preface».

<sup>194</sup> Ibid, «Preface».

<sup>195</sup> Tácito, *Opera. Interpretatione perpetua* (1682-1687).

historia del gobierno de Venecia (1676); una traducción y comentario de la historia del Concilio de Trento elaborada por Paolo Sarpi (1683) y un tratado del mismo sobre los beneficios eclesiásticos; *El príncipe* de Maquiavelo (1683); el *Oráculo manual y arte de prudencia* de Baltasar Gracián, bajo el título francés de *L'Homme de cour* (1684), y comentarios sobre las *Memoires de la minorité de Louis XIV* y las *Reflexions, sentences et maximes morales* de La Rochefoucauld<sup>196</sup>. A la mayoría de estas ediciones Amelot les añadió prefacios, comentarios, compilaciones de textos semejantes, glosarios e índices, dotándolas de un marcado cuño editorial propio pero el rasgo más interesante de toda su producción es, como señala Jacob Soll, que «para Amelot, los escritores que tradujo estaban vinculados entre sí por un rasgo común: su deuda con Tácito»<sup>197</sup>.

Tres obras sobre el propio Tácito completan la producción de Amelot: *Tibère. Discours politiques sour Tacite* (1683), *La morale de Tacite. De la flaterie* (1686) y *Tacite* (1690), que con sus numerosas ediciones en pocos años dominaron el panorama editorial francés de finales del siglo XVII<sup>198</sup>. El *Tibère* se coloca formalmente en la tradición de comentaristas como Cavriana o Ammirato<sup>199</sup>, pues en sus páginas se dispone un fragmento latino, su traducción y un comentario extenso —un discurso— sobre el mismo. Esta disposición formal genera una relación compleja entre el original y el comentario. Dispuestos en múltiples capas de distinta significación, los materiales que pueden encontrarse en la obra representan el paso de la lectura a la anotación y el procesamiento de los extractos para formar una obra distinta. Así se lo explica Amelot al lector cuando trata de describir los contenidos de su *Tibère*:

Pues si sólo consideras el título, o el texto de los capítulos, es una pura traducción de un número de pasajes de Tácito; si miras el contenido de los propios capítulos, es un comentario político e histórico sobre sus obras; si observas que Tiberio es siempre el sujeto principal de cada capítulo, es en parte una historia y en parte examen de su reino [...] Pero si adviertes que el fondo de la materia concierne a todos los príncipes en general, no es ya el reino de Tiberio, sino el arte de reinar. Si examinas finalmente las instrucciones y las máximas de estado que están repartidas por todo el cuerpo de la obra

---

<sup>196</sup> Soll, «Amelot de la Houssaye (1634-1706) Annotates Tacitus», p. 172.

<sup>197</sup> Ibid.

<sup>198</sup> Ibid, p. 173. La única traducción con la que compartió mercado entre 1680 y 1700, señala Soll, fue la de Perrot d'Ablancourt.

<sup>199</sup> Amelot de la Houssaye, *Tibère*, «Preface».

encontrarás que es un resumen y como un elixir de todas las obras de Tácito mas que un comentario sobre los seis primeros libros de sus *Anales*<sup>200</sup>

*La morale de Tacite* sigue aproximadamente el mismo esquema, con la diferencia de que el comentario (a partir de extractos de *Anales* e *Historias*) se reduce ahora a la temática única de la adulación<sup>201</sup>. También difiere esta obra de la anterior en que los extractos latinos seleccionados se ilustran con dos traducciones, la de Amelot y la de Ablancourt, que es duramente criticada en el prefacio que cité más arriba. Soll recuerda que estas críticas hacia Perrot d'Ablancourt suscitaron la violenta respuesta de su sobrino Fremont d'Ablancourt, titulada *Perrot d'Ablancourt vengé, ou Amelot de La Houssaie convaincu de ne pas parler français et d'expliquer mal le latin* (Amsterdam, 1686) y que fueron las acusaciones sobre su deficiente latín lo que llevó a Amelot a traducir de nuevo los seis primeros libros de los *Anales* al completo<sup>202</sup>.

Haciendo buen uso de sus habilidades como prologuista, editor y comentarista Amelot fue uno de los críticos con un conocimiento más amplio sobre la recepción de Tácito en su propia época. Ciertamente este no es un testimonio del todo neutral, pues Amelot de la Houssaye es quizá de los pocos autores que cumplen con el retrato de una política como fin en sí misma. Su análisis y edición de *El príncipe* materializa una lectura paralela de las obras de Tácito y Maquiavelo que, si bien ha sido sugerida como tesis general, en ningún otro lugar se encuentra tan a las claras como en la actividad intelectual de Amelot. Jacob Soll ha descubierto la copia de Tácito anotada por el propio Amelot, que a través de sus marcas y anotaciones marginales permite conocer mejor su método de lectura y el modo en que Tácito se colocó en el centro de su labor intelectual y su interpretación de la política.

Como analista contemporáneo de la fama de Tácito, Amelot tenía un amplio conocimiento sobre las «miles de gentes» que habían trabajado sobre él y un criterio definido a la hora de discernir entre ellos, tal y como demuestra en el prefacio de su *Tibère*:

Unos lo han traducido, otros lo han comentado. Algunos han parafraseado su texto a causa de su oscuridad y algunos otros han sacado su jugo y miga, es decir, las

---

<sup>200</sup> Ibid, «Preface».

<sup>201</sup> Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite*.

<sup>202</sup> Soll, «Amelot de la Houssaye (1634-1706) Annotates Tacitus», p. 175. Soll indica que no por ello estuvieron menos acompañados de comentarios y anotaciones (hasta el punto de constituir el setenta por ciento del libro).

sentencias, los aforismos, los apotegmas y los axiomas políticos, en los que es tan fértil como estéril en palabras. Sus traductores le han hecho hablar todas las lenguas, bien o mal según lo hayan entendido bien o mal. De sus comentaristas unos, como gramáticos, no han examinado más que su latín y las formas de hablar, que son todas extraordinarias. Los otros, como políticos, sin detenerse en su frase ni su dicción se han dedicado a penetrar los misterios y los secretos del arte de gobernar, del cual es maestro y oráculo universal desde hace quince siglos<sup>203</sup>

La dicotomía de Amelot simplifica los sucesivos niveles de lectura y aprovechamiento de la historia que planteaban, por ejemplo, Baltasar de Céspedes o Degory Wheare. Amelot obvia cualquier lugar intermedio (comentarios eruditos sobre las costumbres, las monedas, los ritos, etc.) y distingue únicamente entre una interpretación estilística (denominada con cierto desprecio gramática) y una apreciación política, que para Amelot era la única que merecía la pena. Con este criterio se compuso la extensa «Crítica de diversos autores modernos que han traducido o comentado las obras de Tácito con los juicios que han hecho de su estilo y su moral» con que Amelot prologó *La morale de Tacite*<sup>204</sup>. Como he indicado, en los prefacios a las distintas obras en torno a Tácito era habitual referir a otros comentaristas y traductores y establecer un retrato del autor y una presentación del texto, pero el prólogo de Amelot se distingue de esos usos por su longitud y por su carácter de crítica. Sobrepasa los moldes acostumbrados y permite constatar que hacia el final del siglo XVII la interpretación de Tácito incluye no sólo la interpretación de sus obras sino también la de sus múltiples comentaristas. Amelot constata que la recepción del autor latino no ha consistido únicamente en la interpretación de sus textos sino también en la interpretación de dichas interpretaciones. El retrato de Tácito se ha formado mediante una acumulación de retratos.

En lo que respecta al modo en que Amelot leyó a Tácito, éste consistía principalmente en la fragmentación del texto y la creación de una compacta red de referencias cruzadas, lo que lo preparaban para su posterior reutilización. Jacob Soll ha demostrado los vínculos entre el sistema de anotaciones marginales del ejemplar latino propiedad de Amelot y su edición de *El príncipe* de Maquiavelo<sup>205</sup>, señalando los efectos que estas prácticas tenían sobre los textos interpretados, pero merece la pena advertir algunas otras indicaciones que Amelot nos proporciona sobre la lectura.

---

<sup>203</sup> Amelot de la Houssaye, *Tibère*, «Preface».

<sup>204</sup> Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite*.

<sup>205</sup> Soll, «Amelot de la Houssaye (1634-1706) Annotates Tacitus».

Destaca especialmente la admisión de una lectura selectiva de determinadas obras. De la edición de Carlos Coloma Amelot admite, por ejemplo, que sólo ha leído las arengas. También habla de una lectura selectiva para sus propias obras, esa lectura a partir del índice o lectura temática que indiqué en el capítulo 5. En su epístola a los lectores del *Tibère* Amelot considera que «Muchas gentes, en mi opinión, no leerán más que ciertos pasajes, que tendrán curiosidad o necesidad de ver», y para permitir ese acceso parcial al texto la obra contaba con un índice de capítulos y una «Tabla de las principales máximas políticas y morales contenidas en este comentario». El índice, situado al comienzo del libro contenía todo el reinado de Tiberio mientras que la tabla «marca todo lo que concierne a los príncipes en general, a sus sujetos, a sus ministros y a sus cortesanos»<sup>206</sup>. En ella no se recogían simples entradas de índice, sino máximas con sentido propio, con una selección temática reducida y que condensan el sentido del texto en unos pocos temas<sup>207</sup>. En un sentido parecido trabajaban la «recapitulación de las sentencias y máximas de Tácito en torno a la adulación», los «preceptos de Tácito para los príncipes contra la adulación» y las «sentencias y preceptos de Plinio el joven para los príncipes y cortesanos» que ofrecían, junto al índice de materias, otra forma de leer *La morale de Tacite*<sup>208</sup>. En *Tibère* además del índice en el que se podían aprovechar las máximas procedentes del comentario, Amelot también indicaba otra forma de aprovechar la obra: «al lector le será fácil encontrar las otras máximas, sentencias o aforismos recorriendo los márgenes, en los que observará que todos los pasajes latinos, sean de Tácito, de Plinio o de otros autores, están marcados por las letras del alfabeto y las notas francesas con estrellas a fin de que quienes no entienden el latín o que no se preocuparán por leerlo, no detengan su mirada más que en estas estrellas, sin ser distraídos por la multitud de las letras»<sup>209</sup>.

Junto a su conocimiento de la recepción previa, y a las particularidades de su método de lectura, Amelot destaca, como he señalado, por su apreciación de la política como un dominio de conocimientos por derecho propio. Sus obras sobre Tácito no siempre abordan de modo explícito esta cuestión, pero puede apreciarse en ellas la oposición a la mezcla de citas procedentes de las sagradas escrituras o los padres de la

<sup>206</sup> Amelot de la Houssaye, *Tibère*.

<sup>207</sup> Los temas singularizados son «Affliction, Ambition & modestie, Astrologie, Avarice & liberalité, Autorité, Beauté, Bienfaits, Clémence & cruauté, Colère, Crimes, Crime d'Etat, ou de Leze-Majesté, Curiosité, Dissimulation, Ennemies, Favoris, Femmes, Guerre & paix, Loix, Peuple, Princes, Réformation, Religion, Sujets, Traîtres», Ibid.

<sup>208</sup> Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite*, pp. 241, 245 y 248. El índice de materias únicamente remite a los príncipes, reyes y gobernantes antiguos y modernos citados en la obra.

<sup>209</sup> Amelot de la Houssaye, *Tibère*.

Iglesia en ese dominio de la política, una oposición que hace frente a intentos de síntesis como el de Diego Saavedra Fajardo en su remodelación de la segunda edición (1642) de la *Idea de un príncipe político cristiano*<sup>210</sup>. En el prefacio a *Tibère* Amelot dice que no ha citado «la Santa Escritura más que seis o siete veces como máximo, tanto para no mezclar lo sagrado con lo profano, que no hacen una buena mezcla juntos, como porque la política moderna no concuerda apenas con la de los reyes de Israel y de Judea»<sup>211</sup>.

La comprensión que Amelot tenía de la política se aprecia en una adición al prefacio de su primera edición de *Tibère*, un texto especialmente ilustrativo, tanto de la lectura de Tácito por parte de Amelot como de su propia comprensión de la política y la razón de estado. La adición apenas consta de dos páginas, con las que Amelot pretende dar una respuesta a quienes le preguntan por el significado exacto de «razón de estado»<sup>212</sup>. En ella se aprecia nítidamente el modo en que, mediante el troceado de las citas del latino y su aproximación al presente, Amelot logra reelaborar e integrarlos en una definición de la política del siglo XVII. La primera frase es suficientemente significativa: «Salustio, primer ministro de Tiberio, decía, que la razón de Estado era un derecho inseparable de la soberanía, en virtud del cual el Príncipe no tenía que rendir ninguna cuenta de sus voluntades<sup>a</sup>»<sup>213</sup>. La presentación de este personaje como primer ministro de Tiberio en virtud de la habitual aproximación entre el presente y la narrativa

---

<sup>210</sup>Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*. Sobre esta cuestión, Sagrario López Poza (ed.), *Diego Saavedra Fajardo. Empresas políticas*. Madrid: Cátedra, 1999, pp. 92-93 aclara que la edición de Milán de 1642 «se eliminaban 89 citas textuales de Tácito (aunque algunas se camuflaron en el nuevo texto añadido diluidas entre las palabras de Saavedra y sin declarar la fuente) y se prescinde de pasajes con comentarios políticos comprometidos (especialmente en relación con el conde-duque de Olivares)» así como «se añaden 475 citas y exempla procedentes de la Biblia (las 72 citas bíblicas de la primera edición se convierten en 547)». Amelot de la Houssaye, *Tibère*, «Preface»: «recuerdo haber oído a gentes de estado de gran cerebro que Saavedra hubiera hecho mejor en dejar su libro del Príncipe tal como estaba en la primera edición, y no retocarlo para sembrar en él, como ha hecho en la segunda, una leyenda de ejemplos y de pasajes de la Escritura, que pueden hacer que su obra sea tomada por un comentario de la Biblia tanto como por una obra política».

<sup>211</sup> Amelot de la Houssaye, *Tibère*, «Preface». Esta misma distinción reaparece en Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite*, «Critique», respecto a Virgilio Malvezzi, quien «demuestra mucha erudición, pero ha arruinado su trabajo a fuerza de citar la Escritura y los Padres, que no tienen gran relación con Tácito ni con la política moderna».

<sup>212</sup> Amelot de la Houssaye, *Tibère*. Esta adición desaparece del prefacio en las ediciones del año siguiente (1684).

<sup>213</sup> La letra volada indica la referencia al pasaje «Eam condicionem esse imperandi, ut non aliter ratio constet, quàm si uni (ou nulli) reddatur. Tac. An. I [6]», que Amelot funde en su frase «Saluste, premier Ministre de Tibère, disoit, que la Raison-d'Etat étoit un Droit inséparable de la Souveraineté, en vertu duquel le Prince n'avoit point de compte á rendre de ses volontés» Ibid, «Preface». El pasaje completo en la traducción de José Luis Moralejo dice: «Cuando lo supo Salustio Crispo, que estaba en el secreto [por la muerte de Agripa Póstumo] —él había enviado al tribuno la orden escrita—, temiendo verse bajo una acusación igualmente peligrosa ya mintiera, ya declarara la verdad, advirtió a Livia que no debían divulgarse los secretos de la casa, los consejos de los amigos ni los servicios de los soldados, ni Tiberio quebrantar la fuerza del principado remitiendo todo al senado, por ser la condición del imperio el que no haya otras cuentas que las que se dan a uno solo», Tácito, *Anales. Libros I-VI* (ed. Moralejo).



de Tácito es comprensible, pero no cabe duda de que Amelot pone en su boca muchas palabras más de las que realmente había dicho<sup>214</sup>. La reintegración del pasaje en un contexto totalmente nuevo no sólo funde la frase de Tácito con un lenguaje moderno de «soberanía» y del «derecho inseparable del príncipe», sino que proporciona una definición tacitiana de razón de estado. Para lograr que Tácito complete esta definición Amelot vuelve a construir el segundo elemento de su definición, el secreto y la ocultación frente a un pueblo ignorante, con nuevos recortes de los *Anales* e *Historias*. En tercer lugar, Amelot introduce la relación entre bien público y daño particular a partir de la cita ya usada por Bodin en el *Methodus* y después reutilizada por Montaigne<sup>215</sup>. Finalmente, y tras construir su definición, Amelot se enfrenta a las críticas:

Todo esto muestra que la razón de Estado, según la Doctrina de Tácito, no es nada más alejado de lo que el vulgo juzga de ella, esto es, que es algo totalmente contrario a las leyes divinas e humanas, a la conciencia, a la justicia y a las buenas costumbres. En lugar de esto es verdaderamente un arte, que no tiene por propósito sino el descanso y la felicidad de los pueblos, sin el cual la forma de gobierno de los estados sería siempre vacilante. Admito de buena gana que la razón de estado deroga el derecho común, o como dicen otros el derecho civil : *Minui jura*, decía Tiberio, *quotiens gliscat potestas*. Pero debe admitirse recíprocamente que esta derogación o contravención no ha sido introducida ni está siendo usada por los príncipes, que para un bien mayor, que es la conservación o el engrandecimiento del estado, cuyo interés es casi siempre incompatible con el de los particulares<sup>216</sup>

El desenlace resulta acorde a algunos principios del absolutismo monárquico, pero lo que aquí quizá más importa es la pequeña aposición que lo encabeza: «según la Doctrina de Tácito». Creo que queda suficientemente claro que sólo con un hábil empleo de las herramientas intelectuales de las que disponía Amelot podía llevarse a cabo la transformación de unos recortes procedentes de distintos puntos en una doctrina

---

<sup>214</sup> En *An.* II, 40 Tácito da noticia de la muerte de Salustio Crispo y describe su poder informal, asimilable al de los privados del XVII (ver a este respecto una anotación de Henri Savile sobre esta misma temática en 7.1, nota 90).

<sup>215</sup> En *An.* XIV, 44. Amelot de la Houssaye, *Tibère*, «Preface». Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 217, señala que Robert Dallington también empleó este pasaje en sus *Aphorismes civil and military* (1613) e indica que era un «punto de referencia sobresaliente para quienes argumentaban que Tácito era un apóstol de la razón de estado».

<sup>216</sup> Amelot de la Houssaye, *Tibère*, «Preface». La cita de Tiberio proviene de *An.* III, 69: «se menguarían los derechos aumentando los poderes».

unitaria. En lo que resta de texto Amelot vuelve a incidir en dibujar la política como un dominio separado, no sólo de otras consideraciones, sino también de la propia razón de estado: «hay una gran diferencia entre la Política y la Razón de Estado, que no es propiamente más que una parte de la primera. La política es un uso en todo tiempo, mientras que la Razón de Estado, no lo es más que en ciertos momentos en los que se trata de salvar el estado, la vida o la autoridad del príncipe con cierto acto extraordinario. La política gira sobre principios que son comunes a todos los estados y la Razón de Estado sobre principios particulares, de suerte que cada Estado tiene su Razón de Estado»<sup>217</sup>.

La densa recepción de Tácito en la Francia de los siglos XVI y XVII nos devuelve nuevamente una imagen compleja de un fenómeno con muchas caras. El caso francés destaca, junto con la situación en Italia, por lo temprano de la utilización de Tácito para explicar y actuar en el dominio de la política, pero también permite iluminar dos de los contextos fundamentales que había sugerido al estudiar la situación en España. Con Bodin se aprecia que a partir de finales del siglo XVI la historia ocupa un lugar central en la reflexión sobre los asuntos humanos, tanto como proveedora de materiales básicos como por el valor que se le atribuye al conocimiento desarrollado en una forma histórica. Los testimonios analizados refuerzan la idea de que la recepción de Tácito debe comprenderse en el seno de una dinámica de debate en la que se mezclan las consideraciones sobre las posibilidades epistemológicas de la historia. Por último, he tratado de mostrar que la cercanía de la monarquía francesa a la recepción de Tácito en el siglo XVII no impidió la aparición de otras posibilidades de interpretación del clásico. Al contrario que en el capítulo anterior, en este he descrito un arco temporal mayor de esta recepción para mostrar también su adaptación a nuevas sensibilidades estéticas como las de Perrot d'Ablancourt y la aparición de un entendimiento crítico de la historia y de la labor de análisis del mundo político como el de Amelot de la Houssaye.

---

<sup>217</sup> Ibid, «Preface».

## 7. Tácito en Inglaterra

En sus *Essais* de 1601 Robert Johnson denunciaba el malicioso comportamiento político de los españoles con la misma vehemencia con la que éstos acusaron de impiedad y herejía al norte de Europa:

Los españoles son sutiles, envuelven sus designios en un secreto cerrado, expresándose con seguridad en sus palabras, pero manteniendo separadas sus intenciones bajo una fingida expresión de amistad; traicionan la inocencia de sus amigos, son de malicia infinita y se dejan llevar por esta pasión de tal modo que la mayoría de las veces ejecutan una venganza muy por encima de la naturaleza de la ofensa: en el momento no dan ninguna apariencia de ello, pero esperando la oportunidad mucho redoblan el golpe<sup>1</sup>

El lenguaje utilizado, que a estas alturas de siglo se podría haber intercambiado para describir las acciones y el carácter de Tiberio, caracterizaba a los españoles como maestros del engaño y las prácticas políticas más depravadas. Por otra parte, el texto concordaba bien con el sentimiento de amenaza —real en ocasiones— que representaba la monarquía hispana para los soberanos de las islas británicas, y que contribuyó a generar una interpretación de la pretendida religiosidad hispana como disimulación y maquiavelismo.

Algunos años después, y aumentando en intensidad al hilo de las negociaciones para el denominado *Spanish match* de la década de 1620, la peligrosidad que se atribuía a las aspiraciones hispanas de universalismo monárquico llegó a producir imágenes de la política española a caballo entre la sátira y lo fabuloso como las que encontramos en la obra *Vox populi*, atribuida a Thomas Scott. En ella, las noticias, supuestamente reales, sobre la toma de decisiones de índole política en la monarquía hispana se acompañaban de representaciones de unos consejos o «parlamento español» presidido secretamente por el demonio y el papa (fig. 11B)<sup>2</sup>. La

---

<sup>1</sup> Johnson, *Essaies*, sign. D6v.

<sup>2</sup> Publicada originalmente en 1620 la obra estaba concebida como un informe «verdadero» de la reunión de Gondomar con el consejo de Estado español en 1618, Thomas Scott, *Vox populi. Or newes from Spayne, translated according to the Spanish coppie. Which may serve to forewarn both England andd the United Provinces how farre to trust to Spanish pretences*. S. l: s. n, 1620. Se reeditó Thomas Scott, *An experimental discoverie of Spanish practises or the covnsell of a well-wishing souldier, for the good of his Prince and State*. S. l: s. n, 1623. y se hizo una segunda parte en la que se incluyeron los grabados de la fig. 11 A y B, Thomas Scott, *The second part of Vox Populi, or Gondomar appearing in*

diplomacia española fue asimismo blanco de las críticas, concentradas especialmente en la figura de Diego Sarmiento de Acuña. Durante su primera embajada en Inglaterra (1613-1618) Acuña había leído a Tácito en un volumen que le había dejado Alonso de Velasco (el anterior embajador) y con el que declaró pasar «muy buenos ratos»<sup>3</sup>. Con su segunda embajada, entre 1620 y 1622, el conde de Gondomar supo labrarse una reputación que lo convirtió en paradigma del «Maquiavelo español»<sup>4</sup>. Transformado en personaje dramático (simplificado e identificado por sus características silla agujereada y literilla), fue satirizado en *A game at chess*, la obra con la que Thomas Middleton logró suscitar las protestas del entonces embajador extraordinario, Carlos Coloma, ante lo que consideraba una representación «de la crueldad de España, de la falsedad de los españoles y todo esto tan individuo que ni aun a las perssonas reales excluyeron»<sup>5</sup>.

En la misma línea crítica se movía el traductor de los *Ragguagli di Parnaso*, quien en su dedicatoria al rey señalaba que había puesto la obra en inglés motivado por «la calurosa bienvenida que estos *Ragguaglio*es de Boccalini habían encontrado recientemente entre los franceses y en las cortes de otros príncipes que sospechan del creciente poder de la casa de Austria»<sup>6</sup>. Una selección adecuada de los capítulos originales acentuaba la orientación crítica contra la política española, que compartía páginas con la oposición a Tácito y a quienes de él hacían una enseña política. Estas críticas de la década de 1620 coincidían también con la creciente oposición a Tácito

---

*the likeness of Matchiavell in a Spanish Parliament, wherein are discovered his treacherous & subtile practises to the ruine as well of England as the Netherlandes. Faithfully translated out of the Spanish copie by a well-willer to England and Holland.* Goricom [Londres]: s. n, 1624.

<sup>3</sup> Diego Sarmiento de Acuña, [*Copia de carta de Diego Sarmiento de Acuña a Joan Hurtado de Mendoza, Secretario de S. M.*] (Londres, 22-X-1613), 1613. [BPR II/2618.], fol. 19v.

<sup>4</sup> Así se lo denominaba en la portada de Scott, *The second part of Vox Populi*.

<sup>5</sup> Carlos Coloma, [*Carta al Conde Duque de Olivares (20 de Agosto de 1624) sobre A game at chess, de Thomas Middleton*], 1624, en Thomas Middleton, *Una partida de ajedrez*. Murcia: Universidad de Murcia, 1983, pp. 169-172 [Traducción, introducción y notas de Ángel Luis Pujante; Prólogo de Gonzalo Torrente Ballester]. La copia conservada en AGS, Estado, Registro de Cartas, 375, fue publicada en Edward M. Wilson y Olga Turner, «The spanish protest against *A game at chess*», en *Modern Language Review*, nº 44 (1949), pp. 476-482. Coloma explica en esta carta que el Conde de Gondomar estaba «traído cassi al bivo, al teatro en su literilla y sentándose en su silla agujereada» (p. 170). Sobre las reacciones de contemporáneos ingleses a la obra ver los testimonios existentes en T. H. Howard-Hill (ed.) *A game at chess*. Manchester: The Revels Plays, 1993.

<sup>6</sup> Trajano Boccalini, *The new-found politicke. Disclosing the secret natures and dispositions as well of priuate persons as of statesmen and courtiers*. Londres: [Eliot's Court Press] for Francis Williams, 1626, «Dedicatoria al rey». Este volumen había sido reconcebido como algo más que una traducción de Boccalini, como se desprende del propio subtítulo de la obra: «Con numerosos y excelentes *caveats* y reglas adecuadas para ser observadas por aquellos príncipes y estados de la cristiandad, tanto protestantes como papistas, que tienen razones para desconfiar de los designios del rey de España, como se hará evidente por el discurso, que aquí se adjunta, del duque de Hernia, pronunciado en el consejo de España».

en Inglaterra, una oposición que no puede sin embargo ocultar la intensidad con que fue leído el autor clásico desde el último cuarto del siglo XVI<sup>7</sup>. El ejemplo de William Drake muestra que Tácito continuó siendo leído en Inglaterra bien entrado el siglo XVII y (esto es lo significativo) que algunos de los intérpretes españoles se empleaban para desentrañar el significado de sus textos, pues Drake, además de colocar a Saavedra Fajardo —junto a Botero, Bacon y Lipsio— en el grupo de los comentaristas más incisivos, empleaba la obra de Álamos de Barrientos para leer al autor latino<sup>8</sup>.

### 7.1 La historia aplicada a la realidad del siglo XVI

La «introducción» de Tácito y los primeros contactos de Inglaterra con el neoestoicismo europeo han sido atribuidos a Philip Sidney, sus familiares y su círculo de conocidos<sup>9</sup>. En el análisis que Debora Shuger ha hecho de la *Arcadia* de Philip Sidney, ha localizado un cierto número de pasajes posiblemente inspirados por Tácito y ha caracterizado el escepticismo histórico de Sidney como típicamente taciteano<sup>10</sup>. Blair Worden también ha señalado los contactos de los Sidney con Tácito, y ha mostrado como algunas de estas ideas se transmitieron no sólo entre las distintas generaciones de las familias de la nobleza y la *gentry* sino también entre grupos de familias (Sidneys, Neviles y Chaloners)<sup>11</sup>. Un ejemplo de esta temprana asociación de los Sidney con la obra de Tácito lo constituye la publicación en Londres, en 1585, de una traducción de la *Vita di Giulio Agricola* por el italiano Giovanni Maria Manelli<sup>12</sup>. En el seno de la cascada de elocuencia laudatoria de su dedicatoria, Manelli promueve

---

<sup>7</sup> Como era de esperar, esto se traduce en la existencia de ejemplares anotados. La CUL conserva cuatro según las indicaciones de Sherman, *John Dee*. Alston, *Books with manuscript*, indica la existencia de notas en 14 ejemplares (en inglés, latín, italiano, francés y español) conservados en la BL.

<sup>8</sup> Sharpe, *Reading revolutions*, pp. 184-185.

<sup>9</sup> Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 205: «El contacto con el neoestoicismo europeo empezó con Sir Philip Sidney y su círculo. Sidney mantenía correspondencia con Lipsio [...]. Un amigo más íntimo y antiguo era Philippe Duplessis-Mornay, consejero de Enrique de Navarra». F. J. Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history»; en *Huntington Library Quarterly*, vol. 50, n.º 1, (1987), p. 9, sintetiza la visión tradicional que alinea a Sidney en el partido «puritano», opuesto a España y al catolicismo y que proponía una implicación activa de Inglaterra en las guerras de la contrarreforma y la ayuda a los protestantes en el extranjero.

<sup>10</sup> En mi opinión Shuger da demasiada importancia al escepticismo que, según ella, «permea todas los escritos de Tácito», Shuger, «Castigating Livy», pp. 542-543. De acuerdo con Shuger la inspiración taciteana de ciertos pasajes de la *Arcadia* de Sidney también ha sido destacada por Stephen Greenblatt, «Sidney's *Arcadia* and the mixed mode», en Arthur Kinney (ed.), *Essential articles for the study of Sir Philip Sidney*. Hamden, CT, 1986, p. 354.

<sup>11</sup> Blair Worden, «Classical republicanism and the puritan revolution», en Hugh Lloyd-Jones, Valerie Pearl y Blair Worden (eds.), *History & imagination: essays in honour of H. R. Trevor-Roper*, Londres: Gerald Duck, 1981, p. 188.

<sup>12</sup> Cayo Cornelio Tácito, *La vita di Giulio Agricola*. Londres: Gouanni [sic] Wolfio, 1585.

públicamente la existencia de una particular asociación de la familia Sidney con Tácito y, tras haber mencionado a Philip Sidney —padre del dedicatario— y a dos de sus tíos, escribe que «en cuanto a Cornelio Tácito me pareció hacerle demasiado si lo alejase de la protección de los señores Sidney, que penetran singularmente, y entienden la prudencia con que él ha escrito»<sup>13</sup>. El ejemplar de Tácito anotado por Robert Sidney que se conserva entre los fondos de la British Library aparece como una prueba directa de la atenta lectura de Tácito por su parte<sup>14</sup>.

Este interés por Tácito se asoció, de acuerdo con el uso habitual de la época, a las recomendaciones de la lectura de la historia. Así se desprende al menos de las largas cartas que Philip Sidney escribió a su hermano menor con la ocasión de los viajes continentales<sup>15</sup>. Philip le sugería a su hermano que consultase a Jean Bodin en lo tocante al método histórico, mientras que para los «asuntos políticos» le recomendaba a Dión Casio «en la búsqueda de los secretos del gobierno» y a Tácito por «la concisa apertura del veneno de la maldad»<sup>16</sup>. En la misma carta Philip hacía recomendaciones para el aprovechamiento y la organización de los frutos obtenidos en esas lecturas:

Pero lo que deseo aquí es que cuando leas cualquiera de estas cosas lo lleves directamente a su encabezamiento (*heade*), no sólo de qué arte, sino empleando tus subdivisiones lógicas, al siguiente miembro y parcela de dicho arte. Así —como en una tabla llena con las ingeniosas palabras de las que Tácito está lleno, las sentencias (en que destaca Livio) o las similitudes (en las que destaca Plutarco)— acumula directamente todo en el lugar correcto de este almacén, bien como “militar”, o más

---

<sup>13</sup> Ibid, «Dedicatoria a Robert Sidney».

<sup>14</sup> Según el catálogo de la BL, están realizadas sobre un ejemplar de *C. Cornelii Taciti Opera quæ exstant, ex J. Lipsii editione ultima: et cum ejusdem ad ea omnia commentariis ... Scripta et addita ab eodem singulis libris breviarum, etc.* Antverpiæ: apud C. Plantinum, 1585. [Signatura C.142.e.13.] Da noticia de esta procedencia Sherman, *John Dee*, p. 261.

<sup>15</sup> De acuerdo con Shuger, «Castigating Livy», p. 542, esta carta estaría fechada en octubre de 1580.

<sup>16</sup> Citado en Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history», p. 10. Benjamin, «Bacon and Tacitus», p. 109, menciona esta misma carta y señala que Philip aconsejó a su hermano que advirtiera y anotase las «ingeniosas (*wittie*) palabras de las que Tácito está repleto». La carta puede encontrarse en A. Feuillerat (ed.), *The complete works of sir Philip Sidney*. Cambridge: Cambridge University Press, 1923, vol. III, pp. 131-132. Worden, «Classical republicanism and the puritan revolution», p. 187, menciona la existencia de unas «gigantescas notas manuscritas» sobre temas históricos, tanto de Philip Sidney como del segundo conde, Robert. Se conservan en el Record Office del Condado de Kent, en Maidstone (De Lisle Mss. ZI/1, ZI/9 y Z9).

especialmente como “militar defensivo”, o más particularmente “defensivo por fortificación”, y almacenalo así. Haz lo mismo en las cuestiones políticas<sup>17</sup>

Otra de las sugerencias consiste en el empleo de una persona experta para ayudarse en la lectura de la historia, tal y como había hecho el mismo Philip Sidney al servirse de las enseñanzas de Gabriel Harvey<sup>18</sup>. Philip recomendaba así a su hermano que si necesitaba ayuda para reducir sus lecturas a una tabla de memoria (*table of remembrance*), acudiera a «Mr. Savell», su tutor y acompañante en el viaje, y que no era otro sino el joven miembro del Merton College de Oxford que traduciría a Tácito una década después<sup>19</sup>.

Aproximadamente por estas mismas fechas puede constatarse en Gran Bretaña lo que al comienzo del capítulo 6 denominé como recepción particular a un determinado territorio. Uno de los mejores exponentes de esta incorporación de Tácito adaptada a unos intereses no compartidos en otros lugares es la *Britannia* de William Camden<sup>20</sup>. En esta obra, Camden sigue el ejemplo de Raphael Holinshed al utilizar (sin mencionar la procedencia) las secciones del *Agrícola* dedicadas a describir las tribus antiguas de Gran Bretaña<sup>21</sup> y también consultó el juicio sobre otras tribus bárbaras que aparecía en la *Germania*, aunque sin establecer comparaciones<sup>22</sup>. Kenneth C. Schellhase ha caracterizado el uso de Tácito en la obra de Camden como «mecánico» y motivado por la satisfacción de un «estrecho interés étnico», juzgando que «si el *Agrícola* y la *Germania* no hubieran sido gratificantes para una cierta vanidad nacional, es improbable que hubieran sido muy utilizadas por los historiadores, tanto en Inglaterra como en Alemania»<sup>23</sup>.

La recepción inglesa no destaca en cualquier caso por estos usos particulares del *Agrícola* ni por las habituales recomendaciones de lectura de la historia, que pueden compararse con las cartas o avisos sobre los estudios (del que ofrecí algún

---

<sup>17</sup> Carta del 15 de octubre de 1580, A. Feuillerat (ed.), *The complete works of sir Philip Sidney*. Cambridge: Cambridge University Press, 1962, vol. III, pp. 131-132, citada en Grafton, *What was history?*, p. 216.

<sup>18</sup> Jardine y Grafton, «Studied for action», pp. 36-37.

<sup>19</sup> Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history», p. 10.

<sup>20</sup> William Camden, *Britannia*. Londres: Radulphum Newbery, 1586; William Camden, *Britannia*. Londres: [Eliot's Court Press] per Radulphum Newbery, 1587.

<sup>21</sup> Raphael Holinshed, *The first and second volumes of Chronicles comprising 1 The description and historie of England, 2 The description and historie of Ireland, 3 The description and historie of Scotland*. Londres: at the expenses of Iohn Harison, George Bishop, Rafe Newberie, Henrie Denham, and Thomas VVoodcocke. Printed [by Henry Denham], 1587.

<sup>22</sup> Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*, p. 104.

<sup>23</sup> *Ibid.*

ejemplo español en el capítulo 5). En Inglaterra resulta sorprendente la extraordinaria precisión con que se puede documentar la conexión entre figuras destacadas de la nobleza con importantes responsabilidades políticas y ciertos grupos de intelectuales. Quizá debido al tipo de información preservada, quizá a la profundidad con que se ha estudiado, en Inglaterra se ha delineado la figura de un «facilitador», como el que Philip Sidney veía en Henry Savile<sup>24</sup>. Si al trasluz del epistolario de Herrera se vislumbraba una labor de consejo directo a partir del aprovechamiento de las historias, en Inglaterra se han conservado y estudiado ejemplos en los que esta colaboración se define con toda precisión. Al igual que Sidney había recomendado el empleo de Savile, una carta de Essex muestra como su amigo Fulke Greville se proponía ir a Cambridge y reclutar para su servicio «un estudioso de tu gusto para que viva contigo y otros dos o tres que se queden en la universidad y recolecten (*gather*) para ti»<sup>25</sup>. La conexión entre formas de leer historia y el aprovechamiento o la aplicación real para la actividad política y la interpretación del presente, no era una cuestión meramente teórica: en Inglaterra el caso de Robert Devereux, Conde de Essex, expone el modo en que esta aplicación práctica de la historia tuvo lugar con una claridad que apenas podemos entrever en otros lugares.

En 1591 aparecía en Oxford la primera traducción de Tácito al inglés: llevaba el título *The ende of Nero and beginning of Galba. Fower bookes of the Histories of Cornelius Tacitus. The life of Agricola*. La dedicatoria estaba dirigida a la reina Isabel, por la «gran estima en la que su Majestad muy valiosamente tiene esta historia»<sup>26</sup>. Savile también elogiaba las composiciones originales y las traducciones de historias de Isabel I, pues consideraba que, en razón de la posición de la intérprete, la historia se convertía en especialmente valiosa:

---

<sup>24</sup> Savile había sido tutor de Robert Sidney, Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history», p. 12. Por ello es denominado «antiguo profesor de los Sidney» en Paul E. J. Hammer, «The use of scholarship: The secretariat of Robert Devereux, second Earl of Essex, c. 1585-1601»; en *English Historical Review*, vol. 190, n.º. 430, (1994), p. 44. En David Womersley, «Sir Henry Savile's translation of Tacitus and the political interpretation of Elizabethan texts»; en *Review of English Studies (New Series)*, vol. 42 (1991), pp. 329-330, se señala que Philip Sidney admiraba a «este excelente hombre».

<sup>25</sup> Paul E. J. Hammer, «The Earl of Essex, Fulke Greville and the employment of scholars»; en *Studies in Philology*, vol. 91, n.º. 2, (1994). Algunos años antes de esta carta Greville había hecho precisamente esto al contratar a John Coke como consejero en materias académicas. Este artículo de Hammer analiza también una carta (transcrita y traducida en el apéndice) de Lionel Sharpe, un «intermediario» y cazatalentos», y plantea una simbiosis entre los posibles patronos (que utilizaban el talento de los estudiosos para su propio aprendizaje intelectual) y sus «empleados» académicos (que deseaban hacer uso de sus logros en la universidad para encontrar una vía de acceso a las recompensas de la vida en la corte).

<sup>26</sup> Tácito, *The ende of Nero*, «To her most sacred Maiestie», sign. ¶2r.



así como las grandes acciones de los príncipes son el sujeto de las historias, así las historias compuestas o enmendadas por los príncipes son no sólo el mejor patrón (*patterne*) y regla de las grandes acciones, sino también los registros más naturales de ellas, siendo los escritores personas del mismo grado y de proporcional importancia (*conceit*) a las de los agentes<sup>27</sup>

Pese a la original consideración de Savile acerca de del punto de vista privilegiado de la soberana, que le permitía subrayar el valor de la historia como «patrón y regla», esta dedicatoria no ha sido considerada tan importante como el prefacio a los lectores, en la que se desvela el verdadero contexto intelectual en el que cobraba sentido esta traducción.

Este prefacio no fue compuesto por el mismo Savile, siendo los interrogantes sobre su autoría unas de las razones por las que ha llamado la atención, pues aunque esta firmado con las siglas A. B, el dramaturgo Ben Jonson juzgaba que había sido compuesto por el propio Essex<sup>28</sup>. Su contenido confirma la vigencia de la historia como forma de conocimiento que permite actuar en el mundo propia (aunque no exclusiva) del círculo de Essex, y expone algunos de los valores que habitualmente se atribuían a la narrativa de Tácito:

No hay tesoro que enriquezca tanto la mente del hombre como el aprendizaje (*learning*); no hay aprendizaje tan próspero para la dirección de la vida del hombre como la historia; no hay historia (hablo sólo de las profanas) que merezca tanto la pena leer como la de Tácito. [...] En cuanto a la historia, y puesto que se nos enseña más pronto con el ejemplo que con el precepto, ¿qué estudio puede aprovecharnos tanto como éste que nos ofrece patrones, así para seguir como para huir de ellos, de los mejores y los peores hombres de todos los estados, países y tiempos que ha habido? En cuanto a Tácito puedo decir sin parcialidad, que ha escrito la máxima

---

<sup>27</sup> Ibid, «To her most sacred Maiestie», sign. ¶2v.

<sup>28</sup> La afirmación de Jonson está en «Conversations with William Drummond of Hawthornden», en *Ben Jonson*, C. H. Herford y Percy Simpson (eds.). Oxford: Oxford University Press, 1925, vol. 1, p. 142, citado en Bradford, «Stuart absolutism», p. 153. En ese mismo lugar Bradford aclara que «En realidad no hay ninguna razón para atribuir este prefacio ni a Anthony Bacon ni a su hermano Francis, otro de los candidatos a su autoría preferidos» Paul E. J. Hammer, *The polarisation of Elizabethan politics: the political career of Robert Devereux, 2<sup>nd</sup> Earl of Essex, 1585-1597*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999, p. 308, señala que «aunque la obra estaba dedicada a Isabel, sus contenidos manaban claramente del estudio con Essex». En mi opinión, la conexión entre Savile y Essex debía ser perfectamente visible para sus contemporáneos y el hecho de que el prefacio sea del propio Essex o de otro hombre de su «círculo» no resultaría apenas sorprendente.

materia con el mejor concepto (*conceit*) en menor número de palabras que ningún otro historiógrafo antiguo o moderno. Pero es duro. *Difficilia quae pulchra*: la segunda lectura te complacerá más que la primera, la tercera más que la segunda<sup>29</sup>

Además de ofrecer estas indicaciones generales sobre el aprovechamiento de la historia, sobre el autor y sobre el modo en que se debía leer la obra que se estaba presentado, el prefacio resume esquemáticamente los contenidos del libro. De hecho, más que resumirlos, este prefacio «presenta» o «sugiere» los contenidos de las *Historias*:

En estos cuatro libros de la historia verás todos los misterios de un estado desgarrado y en declinación: el imperio usurpado, los príncipes asesinados, el pueblo agitado, los soldados tumultuosos, nada ilegal para aquel que tenía el poder y nada más inseguro que ser seguramente inocente. En Galba debes aprender que un buen príncipe gobernado por ministros malvados es tan peligroso como si él mismo fuese malvado. Por Otón, que la fortuna de un hombre impetuoso es *torrenti similis*, se eleva en un instante y cae en un momento. Por Vitelio, que quien no tiene virtud nunca puede ser feliz, pues por su propia bajeza perderá todo aquello que bien la fortuna o el trabajo de otros hombres le han otorgado. Por Vespasiano, que en los tumultos civiles, tanto la paciencia avisada como la oportunidad bien aprovechada son las únicas armas que ofrecen ventaja<sup>30</sup>

El párrafo es pequeño y está modelado sin duda sobre la propia presentación que Tácito hace en *Historias*, II, 2, pero proporciona unas sólidas guías de lectura. En él se advierte al lector de que el texto de las *Historias* ha de permitirle ver los secretos de un estado, los *arcana imperii*, y se indica que esta es una época de declinación, un término con el que en la época se refiere al fin del ciclo vital de los estados e imperios y que ayuda a colocar la lectura en este dominio. Esta es una indicación bastante curiosa, porque la temática de las *Historias* no refiere al cambio entre la República y el Imperio, ni al final del Imperio romano —puntos más evidentes de declinación—, aunque sí al periodo de inestabilidad y guerras civiles que precede al reinado más estable de Trajano. En términos comparativos, también resulta particular esta imagen de edad calamitosa por cuanto se construye sin hacer referencia a emperadores como

---

<sup>29</sup> Tácito, *The ende of Nero*, sign ¶3r.

<sup>30</sup> *Ibid*, sign ¶3r.

Tiberio o Nerón; sin referir en definitiva a los *Anales*, más habitualmente utilizados para sacar lecciones de corrupción en el gobierno y vicio en los gobernantes. El diccionario político con el que se está traduciendo la temática del texto en este prefacio asoma también señaladamente en la enumeración de «lecciones» que deben sacarse de cada uno de los cuatro emperadores. Los problemas derivados del paradigma del buen rey y el mal ministro, que el lector debe aprender en Galba, nos remiten a una temática recurrente en la edad moderna. En los tres casos restantes no se fuerza menos al lector a extraer una enseñanza breve, una norma nacida de la historia.

Esta orientación abre las puertas hacia una lectura del presente a partir de las claves obtenidas en el texto. Puesto que dicha apertura puede llegar a ser peligrosa, el prefacio concluye con un intento de control, oponiendo un presente idílico a la temática y el pasado del texto: «Si te desagradan sus guerras darás las gracias por tu propia paz; si te horrorizan sus tiranías, ama y reverencia a tu propio príncipe, sabio, justo y excelente. Si detestas su anarquía, reconoce tu feliz gobierno y da gracias a Dios por aquella bajo la que Inglaterra disfruta de tantos beneficios como miserias sufrió Roma bajo su mayor tirano»<sup>31</sup>. Este juego de espejos no oculta, sin embargo, que la operación interpretativa podía funcionar en sentido contrario.

Independientemente de si fue o no el propio Essex quien redactó el prefacio de la traducción de Savile, la conexión entre ambos hombres está plenamente demostrada, y también se dispone de algunas pruebas de la lectura de Tácito por parte de Essex (ayudado, quizás, por los conocimientos del mismo Henry Savile). David Womersley ha indicado que fue Savile quien (desde su puesto de *Warden* del Merton College de Oxford) recomendó a Henry Cuffe para convertirse en secretario de Essex; que en 1595 Essex apoyó a Savile en para convertirse en preboste de Eton y que tras el alzamiento de Essex en febrero de 1601 Savile fue detenido temporalmente<sup>32</sup>. Los vínculos de Savile con Essex, son la expresión de lo que Hammer ha denominado el «empleo de estudiosos» por parte de un Robert Devereux que, «como muchos de su generación», «salió de la universidad con la creencia de que el saber de los estudiosos tenía un valor práctico directo»<sup>33</sup>. La historia de la traducción de Savile corre por

---

<sup>31</sup> Ibid, sign ¶3v.

<sup>32</sup> Womersley, «Sir Henry Savile's translation of Tacitus», p. 316, también señala que en la *Apología* manuscrita de Essex a Anthony Bacon, Essex testimonia su amistad con «el muy erudito, y verdaderamente honesto Mr. Savile».

<sup>33</sup> Hammer, «The use of scholarship», p. 43.

tanto paralela a la del patronazgo intelectual de Essex (que ha sido reconstruida por Paul Hammer con gran precisión). No obstante, a la hora de exponer la solidez de estas conexiones es necesario tener en cuenta las prevenciones hechas por Womersley y por el propio Hammer. Para el primero, hay que ser cuidadosos ante el anacronismo que puede suponer considerar el círculo de Essex «como si fuera de hecho un partido político que operaba como una unidad coherente, tenía un personal estable y estaba comprometido con ciertos fines políticos bien definidos y entendidos ampliamente»<sup>34</sup>. Paul Hammer ha precisado, en segundo lugar, la diferencia entre los secretarios de Essex y otra multitud de figuras afines: «ejercer el puesto de secretario no sólo requería que un hombre realizara las tareas asociadas a un trabajo de secretario, sino también que se le reconociera por estar pagado o mantenido por su señor por esta capacidad específica»<sup>35</sup>.

Essex creía, de acuerdo con la teoría de aplicación de la historia de la época, que «las normas y patrones de la política (*pollecy*) se aprenden tanto a partir de las historias griegas y romanas como a partir de los estados existentes hoy día»<sup>36</sup>. Consecuentemente, al mismo tiempo que armaba un servicio de informadores en el extranjero que le administraba las noticias de los estados presentes<sup>37</sup>, Essex se volcaba en la lectura de los clásicos y llegó a escribir un «cuaderno de papel» con sus propias anotaciones sobre Cornelio Tácito<sup>38</sup>. Si bien esta actividad lectora no resulta del todo sorprendente, sí es fascinante el modo en que el uso de estudiosos ayudó a configurar la imagen pública del conde. En su intento por suceder a Lord Burghley como consejero principal de Isabel I, dice Hammer, «Essex no sólo busco hacerse

---

<sup>34</sup> Womersley, «Sir Henry Savile's translation of Tacitus», p. 332. Para ejemplificar la «porosidad» de estos agrupamientos Womersley trae el ejemplo del apoyo de Burghley (el supuesto antagonista de Essex) a Henry Savile y a su hermano John Savile.

<sup>35</sup> Hammer, «The use of scholarship», p. 29. En la p. 35 se precisa, por ejemplo, que Anthony Bacon no era secretario de Essex, sino, tal y como reconocían ambos, un «amigo especial».

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 43. La cita de Essex proviene de unas «Instructions to [Robert] Naunton when Essex sent him to study with Antonio Pérez in France». Essex también conocía el procedimiento práctico: «para ayudarte a recordar debes usar la escritura o la meditación, o ambas; con escritura quiero decir elaborar notas y resúmenes de aquello que recordarás», carta de Essex a Rutland, en J. Spedding (ed.), *The letters and life of Francis Bacon, including all his occasional works*. Londres, 1861-1874, vol. 2, p. 13, citada en Hammer, *The polarisation of Elizabethan politics*, p. 308n.

<sup>37</sup> En este servicio desempeñó un papel Antonio Pérez tras su huida de la península; ver Gustav Ungerer, *A Spaniard in Elizabethan England: the correspondence of Antonio Pérez's exile*. 2 vols. Londres: Tamesis, 1974/1976.

<sup>38</sup> Hammer, «The use of scholarship», p. 43. Las anotaciones no han sido encontradas, pero se sabe de su existencia por una nota de Henry Lord Cobham (agrio enemigo de Essex) a Robert Cotton en enero de 1603, en la que solicitaba que le prestase «un cuaderno de papel con las anotaciones de Cornelio Tácito de mi señor Essex» (BL, Cotton Ms Vespasian, fol. 290<sup>r</sup>), todo esto aparece en Hammer, *The polarisation of Elizabethan politics*, p. 308n.

notablemente bien informado, sino también ganar reputación como un hombre de juicio grave y sobrio. Uno de los medios por los que trató de proyectar tal imagen fue asociándose públicamente con el saber. Este esfuerzo tenía, a su vez, dos componentes básicos: el uso de la erudición con propósitos políticos y el establecimiento de Essex como patrón de estudiosos»<sup>39</sup>. El mismo hecho de emplear a hombres como Smith, Henry Cuffe y Temple, insiste Hammer, «constituía una relevante declaración pública», pues con la elección de quienes estaban entre los hombres más brillantes del reino Essex «no sólo sugería que podía hacerse con sirvientes de tan altamente cualificados, sino que sus ocupaciones necesitaban realmente de ellos»<sup>40</sup>. Se trataba, en cierto modo, de representar públicamente y obtener beneficios de la teoría que relacionaba la historia con la formación de reglas para las actividades políticas.

La reputación de Essex entre los eruditos y escritores no nacía exclusivamente de su asociación con hombres como Savile, sino que estaba basada en un amplio y activo patronazgo por parte del Conde. Paul Hammer ha mostrado que Essex promovía su reputación con cartas como la dirigida al Conde de Rutland, que había sido compuesta por uno o varios de sus secretarios y hecha circular en manuscrito y cuya temática eran nuevamente las recomendaciones para los viajes. Fruto del apoyo y la colaboración con estos estudiosos, Essex también recibía por escrito investigaciones académicas sobre algunos temas y, muy significativamente, consejos y recomendaciones en conversaciones con expertos o en «tutorías» privadas sobre alguna materia<sup>41</sup>. En cuanto a este segundo tipo de sesiones, Hammer considera que «consistían en la exposición de uno o más textos a la luz de un problema específico» y que «casi con seguridad, Savile, abordó ciertos pasajes de Tácito con Essex de esta manera»<sup>42</sup>.

En la traducción de Savile, y especialmente en sus anotaciones y en tres textos suplementarios, pueden apreciarse también las conexiones con los intereses o inquietudes de Essex. Tal y como indica su propio título, la obra no comenzaba con un texto traducido de Tácito, sino con un «suplemento» histórico compuesto por el mismo Henry Savile para cubrir el hueco de algo más de dos años que Tácito había dejado sin tratar desde el final de los *Anales* al comienzo de las *Historias*. Los otros

---

<sup>39</sup> Hammer, «The use of scholarship», p. 44.

<sup>40</sup> Ibid.

<sup>41</sup> Todo este párrafo está basado en el análisis de Ibid, pp. 46-49.

<sup>42</sup> Ibid, p. 49.

dos textos complementarios que el libro incluía eran un tratado explicativo del ejército romano y una disquisición erudita sobre un pasaje de Polibio<sup>43</sup>. Resulta tentador, pero arriesgado, pensar que las extensas anotaciones con que Savile acompaña su traducción pueden corresponder directamente con una lectura tutorizada dirigida a Essex (algo que Hammer sugiere en cierta medida).

El suplemento con el que Savile daba comienzo al volumen se titulaba *The ende of Nero and the beginning of Galba*, y el lector lo encontraba situado, como dije, antes de la traducción propiamente dicha de las *Historias*. La idea de rellenar los huecos de las obras de Tácito, era propia de una concepción del corpus de obras históricas (clásicas, pero también modernas) como un registro general del tiempo compuesto por una secuencia de distintos fragmentos. Este tipo de suplemento no resultaba por lo tanto extraño en aquella época: William Fulbecke publicó en 1601 una historia que pretendía cubrir el hueco historiográfico entre las *Décadas* de Livio y los *Anales* de Tácito<sup>44</sup>, y Álamos de Barrientos declaraba, en el corte del quinto libro de los *Anales*, que «un tiempo pense añadir en estos Anales lo que destos años escribe Dion, y los demas autores de aquel siglo a imitacion, ya que no a semejança del estilo de Tacito»<sup>45</sup>. Como también he indicado, Rodolphe le Maistre utilizará este mismo tipo de suplementos para completar las lagunas del texto de Tácito en las sucesivas ediciones de sus traducciones francesas<sup>46</sup>. También estaban claras las fuentes que permitían llevar a cabo la operación de completar la narrativa de Tácito: eran fundamentalmente Suetonio y Dión Casio los autores que servían para establecer

---

<sup>43</sup> *A view of certaine militar matters, for the better understanding of ancient Roman histories*, pp. 49-75; *The explication of a place in Polybius, with a defence of the common copie against certaine learned men, wherein also the reason of the militar stipend is declared*, pp. 75-77, en Tácito, *The ende of Nero*. También se incluyó una «bibliografía», en la que se indicaban las ediciones de los clásicos empleadas en las anotaciones y que se citaban por la página de dichas ediciones.

<sup>44</sup> William Fulbecke, *An historicall collection of the continuall factions, tumults, and massacres of the Romans and Italians*. Londres: [By R. Field] for VVilliam Ponsonby, 1601. El título completo de la obra es: *An historicall collection of the continuall factions, tumults, and massacres of the Romans and Italians during the space of one hundred and twentie yeeres next before the peaceable empire of Augustus Caesar Selected and deriued out of the best writers and reporters of these accidents, and reduced into the forme of one entire historie, handled in three bookes. Beginning where the historie of T. Liuius doth end, and ending where Cornelius Tacitus doth begin*. La segunda edición de esta obra lleva por título *An abridgement, or rather, a bridge of Roman histories to passe the neerest way from Titus Liuius to Cornelius Tacitus. Under which (in three bookes) as it were through three arches, for the space of sixe score yeeres, the fame and fortune of the Romans ebbs and flowes*. By William Fulbecke. Londres: T. E[ast] for Richard More, 1608.

<sup>45</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 256.

<sup>46</sup> Tácito, *Le Tibère françois*; Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre*; Tácito, *Les Oeuvres, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre*, ver capítulo 6.

comparaciones y referencias cruzadas con la narrativa de Tácito (como hemos visto aparecer repetidamente en anotaciones marginales y notas de lectura)<sup>47</sup>.

Analizando inteligentemente los pasajes de *The ende of Nero and the beginning of Galba* en los que Savile escribe sin tener apoyo de ninguna fuente clásica Womersley ha destacado dos elementos fundamentales: la conexión de Savile con las teorías de la resistencia frente al tirano (expresada en el elogio de Vindice, primero en rebelarse contra Nerón<sup>48</sup>) y la concepción maquiaveliana de la virtud política, expresada en el juicio de Nerón por parte de Savile, quien, además de usar un lenguaje con resonancias maquiavelianas, dejó de lado las atrocidades morales que habían sido la clave para enjuiciar a Nerón y las sustituyó por consideraciones de su ineficacia política<sup>49</sup>. La yuxtaposición de estas dos posturas aparentemente incompatibles se explica, según Womersley, por los contactos y la «afiliación» de Savile con el pensamiento hugonote francés y más específicamente por la distinción entre la resistencia del súbdito y la del magistrado en su oficio que se hace en *Vindiciae contra tyrannos*<sup>50</sup>. Más allá de esta reconstrucción, Womersley subraya que el suplemento de Savile conectaba con la actuación política *real* de Essex a principios de la década de 1590 en la revaloración de las magistraturas militares: «Essex no sólo buscó engrandecerse a través de los cargos militares [...]. Buscó engrandecer el oficio militar en si mismo: incrementar su peso político a través del virtuosismo de su propio *self-fashioning* militar»<sup>51</sup>. Womersley utiliza aquí la expresión de Stephen Greenblatt<sup>52</sup> para sugerir algo similar a lo que Hammer había señalado respecto al uso de estudiosos: que Essex no sólo obtenía guías de actuación de los clásicos, sino que éstas también le servían para construirse una imagen pública<sup>53</sup>. Por otra parte, F. J. Levy ha señalado las inclinaciones bélicas de Essex y su defensa activa del

---

<sup>47</sup> Respecto a las fuentes empleadas por Savile en su suplemento Womersley, «Sir Henry Savile's translation of Tacitus», p. 315, señala que estas fueron las vidas de Nerón y Galba de Suetonio, la vida de Galba de Plutarco y Dión Casio (especialmente el libro LXIII), pero que algunas cuestiones de detalle provienen del compilador Zonaras.

<sup>48</sup> Ibid. El pasaje se introduce, como dice Womersley, como «monumento» tras la relación del suicidio de Vindice, Tácito, *The ende of Nero*, pp. 6-7.

<sup>49</sup> Womersley, «Sir Henry Savile's translation of Tacitus», pp. 323-325.

<sup>50</sup> Ibid, pp. 329-330.

<sup>51</sup> Ibid, p. 341.

<sup>52</sup> Stephen J. Greenblatt, *Renaissance self-fashioning. From More to Shakespeare*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1984.

<sup>53</sup> Womersley ha señalado también que no fue casual que la dedicatoria de Greenwey comparara a Essex con «Vespasiano, el brillante comandante que asumió el más alto oficio político romano», Womersley, «Sir Henry Savile's translation of Tacitus», p. 342.

protestantismo fuera de las fronteras inglesas<sup>54</sup>; una caracterización genérica bajo la que el *Tratado sobre el arte militar romano* que Savile incorpora a su traducción cobra unos matices muy interesantes. En este sentido, Paul Hammer no tiene dudas de que «Essex hizo claramente uso del amplio rango de conocimientos de Savile para avanzar en sus propios estudios» y sugiere, más concretamente, que «las notas de Savile sobre las prácticas militares romanas pudieron servir de ayuda en los intentos del conde para reformar las fuerzas de combate inglesas»<sup>55</sup>.

La colaboración con Essex determinaba por tanto algunas de las características editoriales y promovía ciertas interpretaciones para el texto de Tácito, pero el libro en el que se publicaba la traducción de Savile era también un producto diseñado para un público más amplio. El aspecto físico del texto en esta primera traducción inglesa estaba marcado editorialmente de acuerdo con los usos más habituales de la edad moderna: cada libro está dividido en secciones (con un criterio propio de esta edición) y se encabeza con una breve frase que resume el contenido de la sección y facilita la comprensión del texto. Se marcan, con una línea de comillas en el margen, los distintos discursos directos que Tácito introduce en la narración. Pequeñas letras voladas hacen referencia a las apostillas marginales, mientras que las llamadas a las anotaciones de Savile, colocadas al final de la obra, se indican con cifras (en el margen interno, a la altura de línea correspondiente se vuelve a repetir el número de llamada de la anotación). En el cuerpo del texto aparecen ocasionalmente asteriscos, que refieren igualmente a apostillas marginales (fig. 12 y 13).

Los contenidos de estas apostillas marginales son de varios tipos: algunas indican el año de la fundación de Roma con el que se corresponde el texto, en el que las referencias cronológicas se dan por años consulares; otras establecen el particular puente entre pasado y presente que se constituye cuando se ofrecen equivalentes para las cantidades monetarias latinas<sup>56</sup>; las llamadas por asteriscos indican el término latino original al que corresponde la traducción ofrecida en el texto y en ocasiones para sugerir lecturas del texto latino<sup>57</sup>. Algunas de estas apostillas marginales sirven

---

<sup>54</sup> Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history», p. 11.

<sup>55</sup> Hammer, «The use of scholarship», pp. 44-45.

<sup>56</sup> Este uso aparece en las pp. 9 y 17 de *The ende of Nero and the beginning of Galba*. Sobre estos particulares ver 3.1.

<sup>57</sup> Suelen afectar las traducciones de cargos, como en Tácito, *The ende of Nero*, p. 9, fig. 13: «Provost of the city» refiere a *Praefectus urbis*. En ocasiones aclaran traducciones que pudieran enmascarar la referencia cultural original, como el texto de la p. 3, «the base people noseled uppe in the \*Race and Theatres [...]», que se acompaña de la apostilla marginal «\*Circo ac Theatris». Esta cuestión ya la he



para aclarar el texto, o proporcionar referentes imprescindibles para su comprensión<sup>58</sup>, pero las más extensas suelen ser referencias cruzadas a otros autores que abordan la misma temática, incluyendo reenvíos a otras partes de la obra de Tácito (que Savile, a juzgar por las interrelaciones que estableció, debía conocer con profundidad). En la primera página de las *Historias*, por poner un ejemplo que salta de inmediato a la vista, Savile señala tres conexiones temáticas con el comienzo de los *Anales* mediante el empleo de apostillas marginales<sup>59</sup>. En ellas, y poniendo en práctica técnicas de lectura características del momento, Savile vincula los comentarios sobre la escritura de la historia en tiempo de los emperadores; el problema de una historia poco fidedigna (por el miedo y la adulación o por el odio y el desprecio); e identifica, finalmente, el comentario sobre la transmisión de la soberanía a una sola persona que aparecen en este punto con las temáticas similares que se encuentran en *Anales* I, 9<sup>60</sup>.

Independientemente de si fueron fruto de una lectura tutelada dirigida a Essex o no, las anotaciones que acompañaban al texto constituyeron una guía interpretativa para todo lector potencial de aquella traducción, además de ser un testimonio del sentido y las conexiones que la lectura de Tácito provocaba al erudito Henry Savile.

---

abordado, con las traducciones al castellano, en 3.1. Un ejemplo de otra lectura del texto latino en p. 17.

<sup>58</sup> En *Ibid*, p. 2, el texto «A worke I take here in hande containing sundry changes, boudie battails, vioolent mutinees, <sup>a</sup> a peace full of cruelty and perill: <sup>b</sup> foure Emperors slaine with sword, <sup>c</sup> three civil warres [...]» se acompaña así de tres apostillas: «<sup>a</sup> Chiefly referred to *Domitians* time», «<sup>b</sup> Galba, Otho, Vitellius, Domitian», «<sup>c</sup> The first betweene *Otho* and *Vitellius*. The second between *Vitellius* & *Vespasian*. The third of *L. Antonius* against *Domitian*». Las dos últimas apostillas provienen de las ediciones lipsianas, Tácito, *Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit* (1598), p. 452. Estas ayudas a la comprensión del texto en ocasiones introducen frases en latín, lo que, por un lado aclara, pero por otro restringe la comprensión para quienes no conociesen dicha lengua. Por ejemplo en p. 16 (*Hist*, 1, 26) el texto dice «for in steede of Otho some other man should be offred to the <sup>b</sup> Panonniand German souldiers» y la apostilla «<sup>b</sup> For before he had said that *multii è Germania & Illyrico electi* remained at home».

<sup>59</sup> Como ocurría en el caso de las apostillas marginales de la traducción de Antonio de Herrera analizada en el capítulo 4, el contenido de las apostillas de esta edición, especialmente aquellas más significativas, parece ser por sí mismo una prueba para atribuírselas a Savile, aunque no es posible descartar completamente que algunas fueran obra de correctores o impresor.

<sup>60</sup> Tácito, *The ende of Nero*, p. 1: «For the ancient story of the people of Rome, for <sup>a</sup> seven [sic] hundreth and twenty yeares after the Cittie was foundend, <sup>2</sup> manie excellent men have delivererd, with no lesse eloquence then libertie of speech: but when as after the battaile at Actium, the whole souverainetie, as it was <sup>b</sup> meete for the peace of the state, was conferred upon one, those whorthy wits were no moe to found, and withall the truth of the story was diversely weakened: partly <sup>3</sup> because having no more part in the state they were ignoraunt of publike affaires; and partly beeing led away with a lust to <sup>c</sup> flatter the Princes, or again to deface them». Este texto se acompaña de las siguientes apostillas marginales: «<sup>a</sup> Tac. Ann. 1 [1] *veteris populi Romani prospera vel adversa claris scriptoribus memorata sunt: temporibusque Augusti dicendis non defuere decora ingenia, donec gliscente adulatione deterrerentur*»; «<sup>b</sup> Tac. 1 [9] Ann. p. 220 [sic] *non aliud discordantis patriae remedium fuisse quam ab uno regetur*»; «<sup>c</sup> *Tiberii Gaique et Claudii ac Neronis res florentibus ipsis ob metum falsae, postquam occiderant recentibus odiis compositae sunt. Tac. 1 Ann.*» Esta última es en realidad la continuación de la frase citada en la primera apostilla y una muestra del modo en que se puede llegar a seccionar el texto original.

En la edición de 1591, estas anotaciones están situadas tras el texto de las *Historias* y del *Agrícola* (en las ediciones posteriores se colocan al final de cada sección), y constituyen extensas disquisiciones (su densidad disminuye ligeramente a lo largo que avanzan las *Historias*) de carácter erudito y con numerosas referencias a textos clásicos, muchos de ellos en griego. Una característica destacada y general de estas anotaciones es su notable independencia, cuando no su oposición, frente a las notas que Lipsio había compuesto para su edición de las *Historias*<sup>61</sup>. Savile utilizó la primera edición lipsiana del texto de Tácito (1574) —lo reconoce implícitamente con la «bibliografía» que indica las ediciones de las que se sirve en sus notas<sup>62</sup>—, pero las temáticas abordadas y su tratamiento son propias del erudito inglés en la práctica totalidad de los casos. Seis ejemplos, cinco del primer libro de las *Historias* y uno proveniente del *Agrícola* serán suficientes para caracterizar, al menos en sus rasgos más destacados, la lectura depositada por Henry Savile en esta edición.

Al comienzo de las *Historias* Savile tradujo *divus Nerva* por «el príncipe Nerva, de sagrada memoria», pero el calificativo «divus» escondía uno de esos ritos y costumbres de «obligada explicación» de acuerdo con la teoría de la lectura de la época y se acompañó de una anotación<sup>63</sup>. Esta anotación, bien que convencional, demuestra los amplios conocimientos de su autor, que la convirtió en algo semejante a un pequeño tratado sobre esta cuestión<sup>64</sup>. Además de por su extensión la anotación destaca por el modo en que el presente del traductor aparece en ella: «las ceremonias de esta *apotheosis* o canonización, al ser en parte conformes a los usos de algunos países en nuestros tiempos, las expondré aquí brevemente a partir de Herodiano y otros, al menos en sus puntos principales»<sup>65</sup>. En concreto, el paralelo se desata cuando

---

<sup>61</sup> Savile refuta por ejemplo la corrección hecha por Lipsio al texto corrupto de *Historias* I, 2 «*Britannia perdomita: & statim missa cohorte in Sarmatarum ac Suevorum gentes*» argumentando en base a la historia británica y ofreciendo una lectura distinta del latín.

<sup>62</sup> Además de ello puede observarse que las apostillas marginales al texto de la p. 2 «<sup>b</sup> foure Emperors slaine with sword, <sup>c</sup> three civil warres [...]», que dicen, respectivamente «<sup>b</sup> Galba, Otho, Vitellius, Domitian» y «<sup>c</sup> The first betweene *Otho* and *Vitellius*. The second between *Vitellius* & *Vespasian*. The third of *L. Antonius* against *Domitian*» proceden de las ediciones lipsianas, que ofrecen las mismas explicaciones, Tácito, *Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit* (1598), p. 452.

<sup>63</sup> Se trataba en efecto de esas «historias, fábulas, antigüedades» que formaban parte del análisis gramático de Céspedes, «Del uso y ejercicio de la rhetorica», p. 359. (Ver 1.2.1) o de las «costumbres antiguas, todos sus ritos, ceremonias y solemnidades» que había que explicar en la lectura filológica de Degory Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*. Londres: M. Flesher for Charles Brome, 1685, p. 322. (Ver más abajo, nota 204).

<sup>64</sup> Savile rastrea esta costumbre o ceremonia desde sus inicios hasta señalar que «también muchos de los Emperadores Cristianos preservaron de este modo la memoria de sus padres y predecesores», Tácito, *The ende of Nero*, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 3. Hay que advertir que al nota se abstiene juzgar este residuo tan claramente pagano.

<sup>65</sup> *Ibid*, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 2.

Savile comenta que el cuerpo del príncipe muerto se colocaba a la entrada del palacio, siendo esta consideración la que lleva a introducir una apostilla a la propia anotación, que dice: «En nuestros tiempos, tras la muerte de Carlos en Francia, su imagen descansaba en una rica cama en atuendo triunfal, con la corona en la cabeza y el collar de la orden en torno a su cuello, y durante cuarenta días se sirvieron el banquete de la cena y la comida de la noche con todas las ceremonias acostumbradas»<sup>66</sup>. Una vez más (ya señalé la cuestión de las comparaciones explícitas con el presente en la traducción de Herrera, capítulo 4.2) se demuestra que la sensibilidad lectora de la edad moderna integraba los textos históricos como una parte del conocimiento del mundo. En Savile, esta comparación destaca además por la cautela con la que se introduce —se indica que estas ceremonias son *en parte* conformes al presente—, lo que demuestra por un lado el criterio sobrio con el que se efectúa el paralelismo al mismo tiempo que la naturalidad con que éste parece surgir.

La anotación anterior es fruto de una práctica de lectura atenta al más mínimo detalle. Este trabajo pormenorizado sobre el texto hace que por una parte se comenten repetidamente (por distintos lectores, traductores y comentaristas) determinadas cuestiones claves, pero por otra lo abre constantemente a nuevas interpretaciones. El comentario exhaustivo desencadena en esas ocasiones un texto paralelo, una ramificación parcialmente construida o identificada por determinados intereses particulares (eso que Juan de Guzmán denominaría como «codicia de saber»)<sup>67</sup>. Mi segundo ejemplo de las anotaciones de Savile se refiere a las notas 6 y 7 de la traducción del *Agrícola*, que son precisamente un ejemplo de los intereses geométricos y astronómicos de Henry Savile<sup>68</sup>. En la primera se discuten las indicaciones sobre la forma de la isla de Gran Bretaña<sup>69</sup>. En la segunda, Savile critica a Tácito porque, dejando ver que no comprende la forma «esférica» del planeta, habla de «las partes extremas y planas»<sup>70</sup>. Savile podía, como mostraré más adelante pasar por alto ciertas nociones paganas en Tácito, pero no dudaba aquí en distanciarse de lo que consideraba «nociones muy vulgares en tan gran hombre»<sup>71</sup>. Aprovecha este

---

<sup>66</sup> Ibid, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 2, apostilla marginal c.

<sup>67</sup> Guzmán, *Primera parte de la Retórica*, p. 199, citado en 1.2.1.

<sup>68</sup> Henry Savile o su hermano Thomas fundaron cátedras de astronomía y geometría en Oxford en 1619 según la información de Sharpe, «The foundation of the Chairs of History», p. 208 y 210.

<sup>69</sup> Tácito, *The ende of Nero*, «Annotations upon the life of Agricola», p. 45. Las anotaciones están numeradas incorrectamente como 11 y 12. Pasaje original en *Agrícola*, 10.

<sup>70</sup> Ibid, «Annotations upon the life of Agricola», p. 45. Pasaje original en *Agrícola*, 12.

<sup>71</sup> Ibid, «Annotations upon the life of Agricola», p. 45.

mismo punto para ironizar sobre un «Panegirista» que, «como si Tácito nos hubiera suministrado aquí materia digna de imitación, ha hecho el esfuerzo de asumir este elevado punto de saber *ad verbum* en su discurso»<sup>72</sup>, separándose así tanto del pasaje vulgar como de interpretaciones excesivas, propias de un panegirista más que de un estudioso capaz de ver puntos débiles del texto y hacer valer sus conocimientos por encima de la admiración profesada a Tácito.

En *Historias* I, 4 Tácito daba una indicación sobre el desarrollo de este primer libro, en la que señalaba que «antes de dar forma a mi proyecto, me parece oportuno recordar cuál era la situación de la Capital, cuál el espíritu del ejército, cuál el estado de las provincias, qué estaba sano en el mundo y qué enfermo, para que se conozcan no sólo los avatares y acontecimientos, que a menudo son resultado del azar, sino también sus razones y causas»<sup>73</sup>. Esta frase, y en especial sus últimas palabras, se convirtieron pronto en objeto de comentario habitual para anotadores y comentaristas. Ya Lipsio, advirtiendo la ambigüedad del pasaje, consideró que no tenía sentido que Tácito remitiera a las razones y causas de las cosas si realmente consideraba que los casos y acontecimientos eran fortuitos y propuso una curiosa corrección, que consistía en introducir una negación en la frase —no son fortuitos— «para acercarla al asunto y a la verdad, si no al pensamiento de Tácito»<sup>74</sup>. Savile prefirió por su parte corregir a Lipsio, demostrando, como mínimo, su independencia en la construcción del sentido del texto y un criterio propio frente a las ambigüedades que éste contenía. Savile respetó el texto, que tradujo «de tal modo que veamos las razones y causas de las cosas, no solo los acontecimientos desnudos, que por lo común están gobernados por la fortuna»<sup>75</sup>, pero discutió con soltura la frase de Tácito en la anotación, mostrando su incoherencia y proponiendo un sentido corregido en él que encontraba una gran valía teórica.

En principio, Savile aprueba lo que Tácito parece querer estar diciendo en este punto y señala que «la distinción de una historia no consiste en informar de eventos desnudos, sino en descubrir las causas de esos eventos, sin las cuales el lector no

---

<sup>72</sup> Ibid, «Annotations upon the life of Agricola», p. 45.

<sup>73</sup> Tácito, *Historias*. [Traducción de Juan Luis Conde.]

<sup>74</sup> *Historias* I, 4: «ut non modo casus eventusque rerum, qui plerumque fortuiti sunt, sed ratio etiam causaeque noscantur». La anotación de Lipsio en Tácito, *Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit* (1598), p. 455: «Ulcus híc, nisi fallor, etsi tectum. Si enim casus eventusque verum fortuiti, quomodo remittis me ad causas? Aut cur ubique tam multus tu, tam serius in iis explicandis? Censeo immissâ negatione scribendum, qui plerumque haud fortuiti sunt: ad rem & ad verum certè, si non ad Taciti mentem».

<sup>75</sup> Tácito, *The ende of Nero*, p. 3.

puede obtener mas que un pequeño beneficio, como de un simple libro de registro»<sup>76</sup>. A la hora de desplegar una serie de citas con las que apoyar esta argumentación, Savile comienza con el mejor exponente de esta concepción histórica (un lugar repetidamente invocado del tercer libro de las *Historias* de Polibio<sup>77</sup>), pero deja muestra de su erudición con otras tres citas (una de Aulo Gelio<sup>78</sup> y dos de Dionisio de Halicarnaso<sup>79</sup>). Para concluir Savile señala que «en este lugar Tácito está ofreciéndonos un teorema de la historia, en la que sin controversia fue excelente — que un historiógrafo debe dar a conocer los consejos y las causas— y otro natural, en el que no estuvo tan agraciado: que *eventus plerumque sunt fortuiti*; esto es, que o bien no tienen causas, o no tienen causas que puedan descubrirse»<sup>80</sup>. Como se desprende de la lectura de esta anotación, en realidad no era exactamente Tácito el que ofrecía esa teoría de la historia. Del mismo modo que en muchas ocasiones Tácito era recomendado en el seno de una serie más amplia de historiadores, tampoco sus valores teóricos eran absolutamente exclusivos. Como muestra la anotación de Savile el texto de Tácito, modificado convenientemente, se unía a otros, entre los que destaca Polibio, para dar lugar a una construcción teórica acerca de las características y el valor de la historia tan propia de la edad moderna como del pasaje de Tácito que la había suscitado.

---

<sup>76</sup> Ibid, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 5.

<sup>77</sup> El lugar de Polibio (*Historias*, III, 31, 12-13) dice: «Ya que si se suprime de la historia el porqué, el cómo, el gracias a quién sucedió lo que sucedió y si el resultado fue lógico, lo que queda es un ejercicio, pero no una lección. De momento deleita, pero es totalmente inútil para el futuro», Polibio, *Historias*. 3 vols. Madrid: Gredos, 1981. [Introducción general de Gonzalo Cruz Andreotti; traducción y notas de Manuel Balasch Recort.] Es significativo que Álamos utilice la misma cita de Polibio (*Historias*, III, 31, 12) reforzando una argumentación que hace a partir del mismo texto de Tácito (*Historias* I, 3) en Álamos de Barrientos, *Tacito español*, «Dedicatoria al duque de Lerma».

<sup>78</sup> «Limitarse a decir bajo qué cónsul comenzó tal guerra, cuáles fueron los acontecimientos, cuál fue su fin, quién recibió los honores del triunfo, sin hablar de los decretos que dio el Senado durante este tiempo, de las leyes y de los plebiscitos, sin describir nada de la política que dirigió los acontecimientos, esto es narrar cuentos para niños, no es escribir la historia». Aulo Gelio, *Noches áticas*. Madrid: Perlado, Paéz y C<sup>a</sup>, 1921, libro V, 18. [Traducción de Francisco Navarro y Calvo] Como indica Savile, Gelio está refiriendo aquí palabras de Sempronio Aselión.

<sup>79</sup> La primera en V, 56: «para los lectores de historias no es de suficiente provecho conocer sólo el desenlace de los acontecimientos, sino que todos piden que se les narren las causas de lo sucedido, cómo se desarrollaron los hechos, las intenciones de los protagonistas y los acontecimientos que acompañaron a lo sucedido», Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma*. 4 vols. Madrid: Gredos, 1984. [Traducción y notas de Almudena Alonso y Carmen Seco.]

<sup>80</sup> Savile entiende teorema en un sentido lógico —no equiparable a otros términos como preceptos o reglas— y analiza la frase de Tácito de acuerdo con esa concepción, llegando a la conclusión de que Tácito «parece que vio muy de cerca en lo que respecta a la división de los conceptos, pero en la síntesis no miró tan bien, juntando de una manera algo extraña dos nociones contrarias». Tácito, *The ende of Nero*, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 5.

Puesto que en esta frase de Tácito resonaba una concepción de la historia que se adecuaba perfectamente a los intereses de la época, sus palabras se convirtieron, como ya dije, en objeto de comentario por otros autores, como los españoles Antonio de Toledo y Baltasar Álamos de Barrientos<sup>81</sup>. En contraste con la relativa oposición y la extrañeza mostrada por Savile, Álamos de Barrientos ofrecía una traducción en la que (mediante un intercalado en el texto) expandía el propio original, alejaba sus ambigüedades y lo redondeaba con una consideración habitual —tanto en Tácito como en el siglo XVII— sobre el conocimiento del vulgo. El texto quedaba así: «para que no solamente se entiendan los casos, y sucesos de las cosas, que las mas vezes [a opinion del vulgo] son obras de fortuna, y casuales, sino que tambien se conozcan las causas, y razon dellos»<sup>82</sup>. La hipercorrección parece casi natural en un Álamos que mantiene mucha menor distancia crítica que Savile respecto a Tácito. Además de proponer esta versión mejorada, Álamos completa su propia teoría de la historia en el aforismo correspondiente, que señala que se deben conocer causas y razones para «cobrar prudencia en nuestras acciones»<sup>83</sup>.

En cuarto lugar quiero comentar el modo en que Savile abordó el tratamiento de la gentilidad de Tácito y las frases más comprometidas del texto. La traducción de Savile no debe enfrentarse a los pasajes de *Anales* XV, 44 ni de *Historias* V, 4 en los que (como he detallado en el capítulo 4.2) se concentraban recurrentemente las críticas efectuadas desde una óptica cristiana. No obstante, en *Historias* I, 3 Tácito deja caer una frase que rechinaba en muchos oídos cristianos de la edad moderna y que Henry Savile evitó juzgar por referencia a su presente: «non esse deis curae securitatem nostram, esse ultionem». En su anotación Savile compara estratégicamente la afirmación de Tácito con un punto de Plinio en su *Panegírico*, en el que, según Savile éste atribuye a los dioses «cualidades tanto para salvarnos del daño como para vengarnos cuando se nos daña, portando un concepto más reverente de ellos que el que su compañero Tácito parece tener en este y en algunos otros lugares más»<sup>84</sup>. Savile cita dos de esos «otros lugares», en los que sin duda Tácito

---

<sup>81</sup> He analizado el uso de esta frase por Antonio de Toledo y Baltasar Álamos de Barrientos en 5.1.

<sup>82</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, pp. 614-615. En ocasiones como esta, las frases entre corchetes que Álamos emplea a lo largo de su traducción (ver capítulo 4.3, nota 152) generan un sentido «correcto» para un texto ambiguo o contradictorio.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 614, aforismo 13: «F. 13. En las historias es necessario, que se entiendan las causas de los sucessos, y no los accidentes solos, que a opinion del vulgo son obras del caso, y de la fortuna, para cobrar prudencia en nuestras acciones».

<sup>84</sup> Cayo Plinio Segundo, *Panegírico*, 35: «[El divino Tito] en la nobleza de su ánimo tomó medidas para nuestra seguridad y necesidad de venganza, y por ello fue situado entre los dioses».

muestra un señalado desprecio por la providencia y una profunda desconfianza en la acción de los dioses<sup>85</sup>, pero que notablemente no son *Anales* XV, 44 ni *Historias* V, 4 y concluye: «y aún en algunos otros lugares más deja caer en ocasiones frases religiosas, colocándose a sí mismo como en un dudoso equilibrio entre la rudeza de Polibio y la superstición de Livio, dos escritores principales de la historia romana»<sup>86</sup>. No cabe duda de que esta contextualización le salva la cara a Tácito: la historia de Roma es obra de escritores profanos, en los que aparecen consideraciones religiosas supersticiosas y carentes de tacto, lo mismo —sugiere Savile implícitamente— que ocurre en Tácito. Como mostré en 4.2 Boccacini y Quevedo advirtieron el modo en que Lipsio trataba de salvar este mismo pasaje de Tácito. Tampoco a Savile le pasó desapercibida la estrategia de Justo Lipsio y en la segunda edición de su traducción en 1598 incorporó (sin referir a Lipsio) los versos de Lucano que éste había utilizado para «justificar» a Tácito<sup>87</sup>.

Mi quinto ejemplo de las anotaciones de Savile vuelve a constituirlo una irrupción del presente en la interpretación de un pasaje, pero ahora en la forma de una lectura más claramente política. En *Historias* I, 2 Tácito describe el preocupante estado de los asuntos romanos y refiere a la concesión de cargos a los delatores, cargos que en algunos casos fueron sustituidos por lo que Savile traduce como «confianza interna» (*inward credit*; en el original *interior potentia*)<sup>88</sup>. A partir de ahí, su anotación demuestra que la frase ha hecho saltar el resorte de un tema muy habitual en la comprensión política de estos momentos:

Esta era la confianza de Mecenas con Augusto, y de Salustio Crispo quien, como informa Tácito *Aunque tenía abierto el camino hacia los honores, siguiendo el ejemplo de Mecenas sobrepasó en poder a muchos de los que habían obtenido el*

---

<sup>85</sup> Savile refiere a *Anales* XIV, 12: «Se produjeron también prodigios tan repetidos como vanos: una mujer parió una serpiente, y otra fue fulminada por un rayo cuando yacía con su marido; además se oscureció repentinamente el sol y cayeron rayos en las catorce regiones de Roma. Pero todo ello ocurrió tan sin intervención de los dioses que Nerón aún prolongó por muchos años su imperio y sus crímenes»; y a *An.* XVI, 33: «despojado de todos sus bienes [Casio Asclepiodoro] y condenado al exilio, fue una buena prueba de la indiferencia de los dioses ante los buenos y malos ejemplos». Traducciones de José Luis Moralejo, Tácito, *Anales. Libros XI-XVI*.

<sup>86</sup> Tácito, *The end of Nero*, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 5.

<sup>87</sup> Cayo Cornelio Tácito, *The end of Nero and beginning of Galba. Four books of the Histories of Cornelius Tacitus. The life of Agricola. The second edition*. Londres: [Edm. Bolland, for Bonham and John Norton], 1598, p. 5, anotación 23, apostilla h. Como se recordará (4.2, nota 78), la nota de Lipsio en este punto utilizaba los versos de Lucano *Felix Roma quidem, civesque habitura superbos, // si libertatis superis tam cura placerte, // quam vindicta placet* (*Farsalia*, IV, 807-809) para difuminar la idea en el corpus clásico.

<sup>88</sup> Tácito, *Historias*. [Traducción de Juan Luis Conde.]

*triumfo o el consulado sin gozar de la dignidad senatorial* [Aquí hay una pequeña elipsis que Savile no indica] *en tanto que vivió Mecenas, se le consideró el segundo, y luego el número uno en quien se apoyaban los secretos de los emperadores*. En suma, aquellos que se preocupaban por no cargar con un oficio u honor, pero que aún así gobernaban al príncipe apaciblemente, en cualidad de favoritos o *minions* como son denominados<sup>89</sup>

Esta anotación es un ejemplo peculiar del modo en que se podían obtener enseñanzas a partir de la historia. El resultado final, la enseñanza obtenida o sugerida, se desencadena en un texto escrutado con detenimiento y conectado temáticamente por Savile con otros puntos de la obra de Tácito, pero se acerca al presente con pocas ataduras. El texto provoca, ofrece un paralelo, pero Savile lo materializa y lo recoloca en un esquema significativo para la época con una anotación no muy distinta de aquellas con las que Manuel Sarmiento de Mendoza leyó e identificó «favoritos» a través de distintos textos clásicos (analizadas en el capítulo 2). Un lector contemporáneo puede comprender el paralelo.

Era habitual, ya lo he expuesto, presentar los textos de Tácito como cargados de joyas, frutos o sentencias a través de las que se accedía a un conocimiento específico sobre el mundo. Sin embargo, esta apreciación general se acentuaba de forma especial cuando, como ocurre en *Historias* I, 4, Tácito hablaba explícitamente de los *arcana imperii* y, más aún, del desvelamiento de esos «*secrets of state*»<sup>90</sup>. Este pasaje, que dio origen a la sexta anotación de Savile que comentaré aquí, difícilmente podía pasar desapercibido en la edad moderna (sabemos que después de Savile lo comentaron al menos Álamos de Barrientos, Johannes Kepler y Arnold Clapmarius<sup>91</sup>) pues estaba en buena sintonía con las expectativas de los lectores. Apuntando también en este sentido, el prefacio al lector de la traducción de Savile no había señalado en

---

<sup>89</sup> Tácito, *The ende of Nero*, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 4. Como puede verse, Savile explica el término *interior potentia* mediante una referencia cruzada a *Annales* II, 40 en la que se caracterizaba el poder de Mecenas y Salustio Crispo. Aquí la traducción de José Luis Moralejo, Tácito, *Anales. Libros XI-XVI*.

<sup>90</sup> Tácito, *Historias*. [Traducción de Juan Luis Conde.]: «El final de Nerón, si bien fue acogido con alegría en un primer momento de entusiasmo, había suscitado emociones dispares, no sólo en la Urbe, entre los senadores, el pueblo o la guarnición de la ciudad, sino entre todas las legiones y sus jefes, una vez destapado un arcano del imperio: se podía elegir príncipe fuera de Roma»

<sup>91</sup> Lipsio, sin embargo, no introduce ningún comentario en este punto Tácito, *Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit* (1598), p. 455.



vano que «en estos cuatro libros de la historia verás todos los misterios de un estado desgarrado y en declinación»<sup>92</sup>.

Henry Savile comienza su anotación con una especie de definición, para la que empleó una cita de Dionisio de Halicarnaso que dice «en los asuntos del estado revelar abiertamente el bien que se finge y ocultar el mal que secretamente se intenta», pero después matizó equilibradamente su postura: «sin embargo, los *arcana imperii* son en mi opinión de naturaleza tan variada que difícilmente pueden encerrarse con una definición»<sup>93</sup>. Siguiendo con su anotación, Savile recuperó cinco puntos de los *Anales* en los que Tácito utiliza el término «secretos» del imperio u otros similares, y además de establecer estas correspondencias internas, dio muestras de una precisa lectura filológica o gramática, que posiblemente era la que provocaba sus reticencias a ofrecer una definición unívoca del término<sup>94</sup>. Pese a sus precauciones «gramáticas», Savile no renuncia a comentar pormenorizadamente tres de estos «secretos» que ha identificado en el texto de los *Anales*, lanzándose al juego de descifrarlos. Con su interpretación de *Historias* I, 4, Savile objetivaba la existencia del secreto de estado más allá de su apariencia lingüística, y lo definía como un constituyente material y fundamental de la política:

Es ejemplo de un acto llevado a cabo en un lugar indebido, de lo cual no había habido ningún precedente. En congruencia, un príncipe de Roma debía ser creado en Roma, y el Emperador en la sede del Imperio, y así se había observado siempre. Pero la verdad era, y tanto significaba el secreto, que en esencia no importaba mucho donde fuese creado, con que posteriormente pudiera mantenerse con las armas y con la buena aceptación de los súbditos del imperio. Galba destapó este secreto de estado, y al aprovecharse de él contra Nerón dio ocasión para que otros practicaran lo mismo contra él. [...] Y en general una vez que Galba destapó este secreto, se hicieron más emperadores fuera de Roma que en ella<sup>95</sup>

---

<sup>92</sup> Tácito, *The ende of Nero*, sign ¶3r.

<sup>93</sup> Ibid, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 6.

<sup>94</sup> Tras comentar detenidamente tres pasajes (*Historias* I, 4 y *Anales* II, 36 y II, 59), Savile concluye esta anotación diciendo: «además de estos *imperii*, o *dominationis arcana*, Tácito hace mención de *arcana domus Augusta*, esto es, secretos de la corte, o del palacio y de *secreta imperatorum*». En ambas ocasiones se señala con apostillas marginales la procedencia exacta de estas referencias, *Anales* I, 6 y III, 30 respectivamente. Ibid, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 6.

<sup>95</sup> Ibid, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 6.

Al interpretar que una vez divulgado un secreto su aplicación es constante, Savile demuestra cuan real consideraba este secreto. El estudioso inglés creía que había estado funcionando ocultamente en todo periodo anterior, pues aunque reconoció la ausencia de precedentes —ya en *The ende of Nero* refería al «ejemplo nunca visto de que una provincia podía hacer a un príncipe»<sup>96</sup>—, no contemplaba la posibilidad de una novedad, de una situación propiciada por determinadas circunstancias que no se habían dado anteriormente. La interpretación de Henry Savile ejemplifica el rastreo de un patrón en los acontecimientos políticos —la posibilidad de seguir en la historia un hilo de conocimiento— que se proponía en los preliminares de esta edición.

Anthony Grafton ha comparado la interpretación de Kepler y la de Clapmarius sobre este punto. Para el primero, el pasaje debía leerse en un sentido general e indicaba que el secreto había sido desvelado, y que todo «Obrister» y «Rathsherr» del imperio podía aspirar a alcanzar el poder en las provincias si tenía suficiente poder militar y político<sup>97</sup>. Arnold Clapmarius, sin embargo, infirió que Tácito estaba postulando una ley formal y secreta del Imperio romano, un principio aplicado conscientemente (aunque de modo encubierto) por Augusto y Tiberio y escribió un capítulo sobre la necesidad de que los emperadores fuesen coronados únicamente en sus capitales<sup>98</sup>. Entre ambas interpretaciones hay espacio para una visión más o menos secretista u ocultista de la política y una mayor o menor rigidez formal a la hora de expresar las normas que se derivaban de la historia, pero, al igual que hacía Savile, tanto Kepler como Clapmarius estaban proponiendo guías estables para comprender los acontecimientos políticos y el funcionamiento general de ese mundo.

El aforismo de Álamos a este mismo pasaje atribuía una realidad activa y operativa a los secretos de estado, entendidos de manera estricta como verdaderas normas ocultas y universales: «los secretos con que se sustenta, y conserva una Monarquía, no se deven publicar: porque no se pierda el respeto a los dueños della; qual seria en Imperios de elección que el pueblo, ò soldados conociesen la autoridad, que tienen de quitar, y hazer Principe. *Lib. 2 de los Anal. Afor. 308.*»<sup>99</sup>. Como puede verse, Álamos introduce de su propia cosecha la idea del sustento o conservación mediante el secreto, una crítica a la publicación de estos secretos y una reflexión sobre el respeto antes de particularizar acerca de los «imperios de elección». Además

---

<sup>96</sup> Ibid, *The ende of Nero and the beginning of Galba*, p. 3.

<sup>97</sup> Grafton, *Commerce with the classics*, p. 208.

<sup>98</sup> Ibid.

<sup>99</sup> Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 613.

de ello, la referencia cruzada, guía al lector a otro aforismo en el que se repiten los mismos temas (a pesar de nacer de un texto original bien diferente, en *An.* II, 36): «Todos los Señoríos tienen algunos secretos para su conservacion, que es bien se guarden; sin que el vulgo sepa la razon dellos; por la mucha autoridad que con esto perderian. *Lib. 1 de las Hist. Afor. 15*»<sup>100</sup>. Savile había evitado, en el primer caso, ofrecer una norma general como la de Álamos, pero el comentario a *Anales* II, 35 es de orden parecido al de Álamos, aunque poniendo algunos temas diferentes sobre la mesa: «El secreto es, en un país en que la rebelión puede poner en peligro al estado, nunca aguantar que tengan acceso los hombres de grandes casas o con gran crédito entre el vulgo. En este lugar, como puede verse, se alude a las secretas verdades tras las apariencias en materias de estado, pues la masa del pueblo se guía y gobierna más por ceremonias y espectáculos (*shewes*) que por la sustancia en cuestión»<sup>101</sup>.

La edición de Savile, vehículo fundamental y casi exclusivo de la recepción vernácula en Inglaterra, se vio completada en 1598 por la traducción de los *Anales* y la *Germania* de la mano de Richard Greenway. La humildad tópica de Greenway sobre su traducción, que consideraba «oscurecida en gran medida respecto a lo que en principio fue y muy umbría respecto a la Historia ya en nuestra lengua»<sup>102</sup>, fue tomada al pie de la letra por Ben Jonson que consideraba que estaba «hecha de un modo ignorante»<sup>103</sup>. Lo cierto es que, al contrario que la de Savile, densamente anotada, esta traducción no se acompañó de comentario o nota alguno por parte del

<sup>100</sup> Ibid, p. 113.

<sup>101</sup> Tácito, *The ende of Nero*, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 6. El texto al que refieren estos dos últimos comentarios (*Anales* II, 36) es: «Augusto, entre otros misterios de su dominación [*Arcana dominationis*], había hecho caso aparte de Egipto, prohibiendo entrar en él a los senadores o caballeros romanos ilustres sin su permiso, a fin de que no pudiera amenazar con el hambre a Italia uno que se apoderara de la provincia, en la que, teniendo las llaves de la tierra y del mar, se puede resistir con una pequeña guarnición a ejércitos ingentes» [Traducción de José Luis Moralejo]. El otro ejemplo de secreto que discute Savile en sus anotaciones también se trata de modo similar, estableciendo una regla genérica sobre la vida de la corte: «Tacito. Annal. 2. [36] *Galo propuso que las elecciones para las magistraturas fueran para cinco años* [Elipsis del texto en la nota de Savile] *No había duda de que la moción trataba de calar hondo, probando las secretas intenciones del poder [arcana imperii]*. El secreto de estado aquí contenido era que mientras la esperanza de honor o ventaja es el único medio soberano en la corte para retener en diligencia y la debida devoción a los pretendientes (*suiters*) y sirvientes, avanzar a muchos a un tiempo era convertir a muchos en camareros (*wayters*) relajados y conducir al resto a la desesperación muchos años antes de tiempo»; Tácito, *The ende of Nero*, «Annotations upon the first book of the Histories», p. 6.

<sup>102</sup> Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: [Arn. Hatfield, for Bonham and Iohn Norton], 1598, «Dedicatoria a Essex». Greenway también emplea la mayor parte de su «Preface to the reader» para establecer su *ethos* y justificar los posibles puntos flacos de su traducción.

<sup>103</sup> «Conversations with William Drummond of Hawthornden», en *Ben Jonson*, C. H. Herford y Percy Simpson (eds.). Oxford: Oxford University Press, 1925, vol. 1, p. 149. Citado en Bradford, «Stuart absolutism», pp. 134-135n. En cambio Jonson volcó sus elogios sobre Savile, en el que se atrevía a ver el alma de Tácito, en Jonson, *The workes*, pp. 796-797, Epigrama XCV, «To Sir Henrie Savile».

traductor y presentaba el texto prácticamente desnudo<sup>104</sup>. La nueva traducción de Tácito al inglés se completaba, eso sí, con una nueva dedicatoria. Estaba destinada, como tal vez era de esperar, al conde de Essex, para quien según se indicaba era bien conocida «la valía de este autor». La dedicatoria incluía también una argumentación sobre la historia en general y sobre Tácito en particular en la que se recordaban y reformulaban algunas de las consideraciones prototípicas:

Pues si la historia es el tesoro de los tiempos pasados, así como una guía, como una imagen del estado presente del hombre y un patrón vivo y verdadero de las cosas por venir y, como algunos la denominan, la maestra (*work-mistresse*) de la experiencia, que es la madre de la prudencia, Tácito puede con buen derecho aspirar a la primera plaza entre los mejores [historiadores]. Para aquellos que lo leen a menudo y juiciosamente no hay ninguno de juicio más firme para la instrucción de la vida en todas las épocas, sin ceder nada ante los mejores filósofos: sin tener palabra que no esté cargada de materia, utilizó, como él mismo dijo de Galba, una *imperatoria brevitare*, que aunque engendra dificultades, implica gran gravedad<sup>105</sup>

Greenway ofrecía así una definición de la historia prudencial (ese conocimiento que permite ligar pasado, presente y futuro), una historia que complementa o tutela la experiencia y produce una guía, una imagen o un patrón para la acción del hombre prudente. Tácito era caracterizado, una vez más, por su estilo, del que se extrapolaban otras cualidades, y nuevamente se sugería una lectura atenta y continuada en el tiempo. Destaca finalmente que Tácito no fuese comparado a los mejores historiadores sino a los mejores filósofos, probablemente el argumento más original de Greenway<sup>106</sup>. La dedicatoria de Greenway se completa describiendo la obra de

---

<sup>104</sup> Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus*. Hay algunas apostillas marginales, que se emplean del modo acostumbrado en la época para traducir las monedas latinas a sus equivalentes ingleses (en la p. 4, por ejemplo, las del testamento de Augusto que comenté en el capítulo 4) y se marcan con comillas en el margen los discursos directos que aparecen en el texto. En algunas más elaboradas se utiliza el trabajo previo de Savile, al que se remite: «\*Principia, the place in the camp where the standard and ensignes are pitched. Sav. in mar. lib. 1 cap. 7» (p. 25).

<sup>105</sup> Ibid, «Dedicatoria a Essex».

<sup>106</sup> J. H. M. Salmon considera que el tipo de lecciones que Greenway decía extraer de la historia diferían de las de Savile en tanto en cuanto éstas eran más un «patrón invariable o una regla general», mientras que las Savile «estaba más proximo a la creencia de Guicciardini de que cada evento histórico era único y que antes de ser aplicada toda máxima debía modificarse de acuerdo con las circunstancias actuales», pero esto es difícil de justificar atendiendo a los prólogos y dedicatorias de ambos traductores. Aunque consideraba también que la prudencia neostoica implicaba un énfasis en lo particular, Salmon también consideraba significativo que Tácito hubiera asumido el estatus de un

Tácito como un espejo que «representa en vivos colores el valor (*provesse*), la magnanimidad y el consejo; no sólo valiosos personajes de épocas pasadas y lejanas, sino también las honorables virtudes de vuestra señoría». Al solicitar la protección de la obra Greenwey consideraba la recepción de Tácito como una transmisión de arriba a abajo de sus obras, pues no dudaba de que si Essex «salvaguardaba» su traducción, otros «se mirarán en él y a los mejores les gustará y lo aprobarán, pues aquí abajo recibimos luz u oscuridad desde arriba»<sup>107</sup>.

Un retrato menos prototípico, y que muestra nuevos ángulos de la recepción inglesa (más allá de las dedicatorias de las traducciones) se encuentra en el ensayo de William Cornwallis «On essays and books», en el que criticaba a quienes rechazaban a Tácito por la temática que abordaba en sus obras o lo comentaban equivocadamente, quitándole su fuerza. Para Cornwallis era necesario insistir en que Tácito

Es mas sabio que seguro, pero esto no es culpa suya, pues del mismo modo que no se debe culpar al pintor aunque su pintura sea mal parecida si así lo era su patrón, Tácito no tiene un pensamiento malvado porque Tiberio fuera un tirano, Claudio un bobo y Nerón un vicioso. No obstante, nunca existió un autor tan sabio y tan mal manejado por sus comentadores. Allí donde, estoy seguro, su significado era aún sabio, algunos de estos lo han espolvoreado con tanta moralidad que han convertido su jugo en una variedad tan pequeña de buen uso como “tener cuidado de mi, buen pueblo”, o, de un modo más educado, como las criaturas parlantes de Esopo, que llevan moralejas atadas a sus rabos. El resto lo han dejado tal como lo encontraron, sin hacerle confesar nada, así que no han hecho mas bien que sacarlo del fango para aquellos que aman el oro, pues quien busca sus sentencias entre sus páginas corre el riesgo de quedar enfangado<sup>108</sup>

Las dos primeras traducciones inglesas muestran las particulares conexiones particulares entre la recepción de Tácito en Inglaterra en las dos últimas décadas del siglo XVI y la actuación política del Conde de Essex. También ofrecen un ejemplo más general de la lectura de Tácito en la edad moderna, con paralelos claros respecto

---

filósofo, Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 211. En el capítulo 6 he analizado la oposición entre filósofos e romanos con la que Casaubon hacía sobresalir a Polibio frente a Tácito.

<sup>107</sup> Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus*, «Dedicatoria a Essex».

<sup>108</sup> William Cornwallis, *Essayes*. Londres: Printed [by S. Stafford and R. Read] for Edmund Mattes, 1600-1601, «Of essays and books». El texto se reelaboró para ser publicado nuevamente en 1610, que es el que he consultado en *Quotidiana*, editado por Patrick Madden: [http://essays.quotidiana.org/cornwallis/essays\\_and\\_books/](http://essays.quotidiana.org/cornwallis/essays_and_books/) [Consulta del 1 de septiembre de 2009].

a las ediciones españolas y francesas en lo tocante al diálogo entre el pasado y el presente del texto y a su aplicación política. El ensayo de Cornwallis demuestra que la recepción de Tácito era, como en otras partes de Europa, problemática. El autor latino necesitaba defensas por la temática abordada en sus obras, pero también estaba sometida a debate la interpretación y el trabajo que habían hecho los comentaristas previos. En una perspectiva más amplia se advierte que la recepción de Tácito en Inglaterra también coincide con una revalorización del conocimiento histórico aplicado a la realidad de los asuntos humanos. El producto de esta dinámica de revalorización ha sido descrito por F. J. Levy como «historia política»: «una nueva forma de escritura histórica cuyas características habituales fueron un estilo lacónico y epigramático, una condensación radical de la materia tratada y, lo más importante, la insistencia en que el propósito de escribir historia era enseñar sabiduría política a los hombres»<sup>109</sup>. Levy completaba esta definición llamando la atención, en primer lugar, sobre las conexiones entre poetas y dramaturgos, que «habían preparado el camino para este nuevo método de contemplar el pasado, al menos en términos de estilo y tersura»<sup>110</sup>.

Levy también caracterizaba el desplazamiento que suponía, respecto a un paradigma providencialista, este renovado interés por la historia. Para él, «el entusiasmo por la política significó que [los historiadores] buscasen las causas de los acontecimientos. Al igual que sus predecesores, aceptaban la providencia como causa última de todo lo que ocurre, pero miraban detrás (o debajo) de la providencia en busca de las causas secundarias»<sup>111</sup>. En la perspectiva amplia con que Levy interpretaba el pensamiento político, esto significaba básicamente que «el mundo sublunar aún estaba [1625] dividido entre los poderes de la razón y la fortuna y la providencia, pero el dominio de la razón se iba extendiendo gradualmente a expensas de los otros»<sup>112</sup>. Al contrario que otros intérpretes de la evolución política del siglo XVII, que enfatizan la oposición entre un paradigma providencialista y el surgimiento de una interpretación del mundo en una escala humana, Levy ha indicado que en la escritura de la historia inglesa del siglo XVII «nadie negaba la preeminencia de las causas primeras; en lugar de ello, simplemente se asumía que en un universo racional Dios actuaba racionalmente, y por tanto las operaciones de la causa primera podían

---

<sup>109</sup> Levy, *Tudor political thought*, p. 257.

<sup>110</sup> Ibid.

<sup>111</sup> Ibid, p. 237.

<sup>112</sup> Ibid, p. 287.

tomarse como una precondition pero ignorarse a todos los demás efectos»<sup>113</sup>. En Francia y España se podían identificar también dinámicas de hibridación y búsquedas de compromiso, pero quizá la solución que presentaba Levy era característica de Inglaterra. Una explicación similar sobre esta reestructuración del saber histórico, también construida para un contexto fundamentalmente inglés, la ofrecía Edwin B. Benjamin, según el cual en el renacimiento «se trató de desarrollar un patrón que incluyera la operación de las causas segundas tanto como la de las primeras»<sup>114</sup>.

En lo que resta de este apartado quiero abordar el debate acerca de los límites del conocimiento histórico y las conexiones entre historia y política a partir de un ensayo teórico sobre la historia de Robert Johnson, publicado en 1601. Este es un observatorio privilegiado para apreciar cómo en este debate se reformularon las definiciones clásicas (construidas a partir de citas de Cicerón y otros) y los usos tradicionalmente asignados a la historia y como intervino en todo ello la valoración de los textos de Tácito. La nueva definición de historia de Johnson decía así:

La historia es la mezcla de provecho y deleite, el aderezo de estudios más serios, la informante de los casos juzgados por evento (*cases adiudged by euent*), el interludio de nuestras ocasiones (*haps*), la imagen de nuestra fortuna presente, la compendiosa directora de nuestros negocios, con la cual el valor se acelera, el juicio madura y se pondera la resolución [...] En esta observación de advertir causas y efectos, consejos y sucesos, semejanzas entre naturaleza y naturaleza, acción y acción, fortuna y fortuna se obtiene una sabiduría que nos enseña a deliberar con madurez de juicio, a perseverar en las cosas deliberadas, a ejecutar con prontitud, a soportar las inconveniencias, a evitar la adversidad, a moderar la prosperidad y a conocer las escrituras, pero de una manera tal que ni la superstición nos convierta en vanos miedosos, ni la negligencia provoque que seamos presuntuosos con despecho<sup>115</sup>.

---

<sup>113</sup> Ibid.

<sup>114</sup> Edwin B. Benjamin, «Fame, poetry, and the order of history in the literature of the English Renaissance»; en *Studies in the Renaissance*, vol. 6 (1959), p. 76. Benjamin ejemplifica esta mixtura con unas palabras de Edmund Bolton en *Hypercritica* (c. 1618) que analizo con detalle en el siguiente apartado de este capítulo y Benjamin señalaba también otra oposición interesante entre dos tipos de «caracterización» en la historia renacentista: «uno, asociado con la historia Florentina o “política”, entendía que la personalidad era únicamente importante como factor de la causación política», el otro, que había detallado, conllevaba «el esfuerzo de estudiar la personalidad como un fin en sí mismo, como parte de la deuda de los historiadores con la Fama y la posteridad» (Ibid, p. 79).

<sup>115</sup> Johnson, *Essaies*, sign. C8v-D1r.

La historia ofrece conocimiento, dice Johnson, gracias a la observación y la anotación de causas y efectos; no por sí sola, sino mediante al procedimiento de observación que proporcionaban las prácticas de lectura de la época<sup>116</sup>. En esta definición también se aprecia que Johnson plantea las aplicaciones prácticas de ese tipo de conocimiento desde una óptica neoestoica, que refiere antes al plano ético del individuo que a la dimensión política de la realidad: la historia es útil para la acción práctica, pero entendida como la superación de dificultades y la toma de distancia respecto a adversidades y fortunas. Aparece finalmente el elemento más llamativo de la definición: la labor de reflexión sobre la historia sirve para establecer una nueva relación interpretativa con la Biblia, ofreciéndonos un conocimiento práctico que permite navegar entre los extremos del miedo irreflexivo y de la interpretación soberbia de los designios (por definición inalcanzables) de la providencia. A pesar de que la relación subvierte el orden de autoridades más tradicional, es innegable que Johnson busca alcanzar el equilibrio que identificaban Levy y Benajmin. Tampoco resulta difícil ver que esta reelaboración híbrida del conocimiento que puede proporcionar la historia es la que había provocado muchas de las polémicas sobre los usos de la historia y sobre los límites del conocimiento que de ella se podía derivar analizados en capítulos anteriores.

Otro elemento fundamental de la definición de historia de Johnson es el intento de reunificar dos vertientes aparentemente incompatibles de los estudios: el provecho y el placer<sup>117</sup>. En esta referencia a la división del tiempo entre los asuntos prácticos y el ocio hay un eco de un debate más amplio sobre la reconfiguración de identidades nobiliarias y, en el caso inglés, a la modificación de la sociabilidad del *gentleman*<sup>118</sup>. El ensayo de Johnson conecta por tanto en este punto con las

---

<sup>116</sup> El verbo empleado por Johnson («By this observation of noting causes and events [...]») remite al «notare» que utilizaba Lipsio en su dedicatoria a los caballeros batavos y a la práctica de la anotación de libros. Ver 3.1.

<sup>117</sup> Francis Bacon había expresado esta problemática utilizando una división tripartita —«los estudios sirven de pasatiempo, para el adorno y para las habilidades»— y advirtiendo que si bien el «el principal uso como pasatiempo es el retiro y la privacidad», «emplear demasiado tiempo en ellos es pereza». Bacon, *Essayes. Meditationes sacrae* (1597). En las recomendaciones de Juan de Silva que comenté en el capítulo 5 la relación era tan problemática como aquí, pero se solucionaba por vía de la ocultación y no por la de la integración: «aunque llegádeses a saber mucho destas cosas a hazer caso dellas ni a mostrar que tratáis con libros, porque peor es parecer letrado que dexar de serlo», Bouza Álvarez, *Imagen y propaganda*, apéndice 3, *Instrucción de Juan de Vega a su hijo adicionada por el conde de Portalegre* (1592), p. 229.

<sup>118</sup> «A la altura de finales del siglo XVI la idea de que los *gentlemen* no necesitaban saber más que de materias cortesanas y deportes estaba más que muerta. Los retoños de las familias nobles se abrieron camino hacia las universidades y las *Inns of court*, y de ahí buen número de ellos marchó a través de Europa en el Grand Tour», Levy, *Tudor political thought*, p. 245.



anteriormente mencionadas cartas de Essex al conde de Rutland sobre el viaje, una de las actividades más destacadas de esta nueva «formación» de la nobleza. En una de ellas, Essex (o aquella persona de su círculo que fue el autor material) exhortaba a que Rutland persiguiera «ese conocimiento civil que te hará hacerte bien por ti mismo y hacer bien a otros» y que debía buscarse «con el estudio, la conversación y la observación». Entre los libros que debían ser objeto de estudio el primer lugar lo ocupaban las historias «puesto que son las que mejor te instruirán en materias morales, militares y políticas, y con las que madurarás y asentarás tu juicio». Essex también advertía, como posteriormente hizo Johnson, de la necesidad de aprender la «coherencia entre causas y efectos, consejos y sucesos, y la proporción y semejanza entre naturaleza y naturaleza, fuerza y fuerza, acción y acción, estado y estado, tiempos pasados y tiempos presentes»<sup>119</sup>.

En el resto del ensayo Johnson abandona en gran medida esta aproximación general y se dedica casi en exclusiva a discutir las cualidades de la historia de Tácito, abandonando las múltiples facetas de la historia que había mencionado en su primera definición. Tras indicar que existe un tipo de historias deleitosas o llenas de virtud y otro de historias laberínticas, del engaño y la disimulación<sup>120</sup>, Johnson afirma preferir a Tácito entre todos los escritores de este segundo tipo de historia<sup>121</sup>. Con una formulación llamativa Johnson indicaba que la historia de Tácito servía «antes para no ser viciosos que para ser extremadamente virtuosos»<sup>122</sup>, una interpretación polémica que obligó a Johnson a defenderla negando que «el conocimiento del mal induzca y lleve a los hombres a ese efecto». Su preferencia por Tácito se explicaba con una argumentación claramente neoestoica, construida a partir de un aprovechamiento del *middle path* tacitano y de una lectura seleccionada, ya que para Robert Johnson, la «conversación en Tácito» debía encaminarse hacia figuras como la de Séneca, Sorano o Lucio Arruncio, «hombres de virtudes admirables en un gobierno

---

<sup>119</sup> J. Spedding (ed.), *The letters and life of Francis Bacon, including all his occasional works*. Londres, 1861-1874, vol. 2, pp. 11, 12 y 14 respectivamente, citado en Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history», pp. 14-15. Adviértase que Johnson copia casi literalmente esta última frase en su ensayo.

<sup>120</sup> Johnson, *Essaies*, sign. D2r-v.

<sup>121</sup> Al exponer los contenidos de la historia de Tácito, Robert Johnson reutiliza algunas expresiones del «prefacio de A. B. al lector», ofreciendo una nueva muestra del papel de los prefacios y otras guías editoriales en la cadena de mediaciones en el sentido del clásico. Las expresiones reutilizadas son «los misterios de un estado desgarrado y en declinación» y «nada mas inseguro que ser seguramente inocente», *Ibid*, sign. D2v.

<sup>122</sup> *Ibid*, sign. D2r.

tan corrupto»<sup>123</sup>. Los problemas que acosaron a estos personajes, «no son problemas (*mischiefes*) más que para una mente vulgar», pues «a pesar de que estuvieron oprimidos, aún así se mantuvieron por encima, gobernadores de la necesidad, y más bien dirigieron las vejaciones que obedecerlas»<sup>124</sup>. A pesar de todo ello, la defensa no ignora (casi presupone) los peligros de la interpretación vulgar de Tácito; los mismos —y con el mismo lenguaje de «veneno»— que aparecerán en la *Censura* de Ponce de León:

[Las] mentes corruptas también pueden sorber veneno de las flores más saludables y, armadas con algunas posiciones peligrosas sacadas del tesoro de los libros, pueden dañar con mayor fuerza, llevando a cabo sus perjudiciales propósitos más subrepticamente, como el veneno entremezclado con el mejor vino<sup>125</sup>

A pesar de la multitud de admiradores que Tácito cosechó en la edad moderna, la presentación de Johnson contiene un elemento casi único al valorar a Tácito como referente teórico para la escritura de la historia<sup>126</sup>. Para Johnson, «en Tácito hay tres elementos que se requieren en una historia perfecta: el primero la verdad para relatar sinceramente sin tener ninguna cosa *haustum ex vano*; el segundo, la explicación al descubrir no sólo los resultados (*sequels*) de las cosas, sino también las causas y las razones; en tercer lugar el juicio para distinguir las cosas y aprobar las mejores y desmontar las contrarias»<sup>127</sup>. Esta poco habitual alabanza de las características historiográficas de la obra de Tácito incluye, lo mismo que ocurría en la anotación de Savile comentada en tercer lugar, una muestra de la necesaria convivencia con otros elementos teóricos, pues la excelencia en veracidad de Tácito no está refrendada aquí por una cita obtenida en su obra —el *sine ira et studio* hubiera sido muy apropiado—, sino con una de Tito Livio, supuestamente el modelo al que Tácito está sustituyendo<sup>128</sup>.

---

<sup>123</sup> Ibid, sign. D3r.

<sup>124</sup> Ibid, sign. D3v.

<sup>125</sup> Ibid, sign. D3v-D4r.

<sup>126</sup> Como ya indiqué Bodin, a lo largo del *Methodus*, valoraba muchas de estas mismas cualidades más teóricas (es decir, más allá del estilo y el contenido de enseñanzas políticas), pero no refería a Tácito como un teórico de la historia. El punto de comparación serían las tres leyes históricas planteadas por Cicerón en *De oratore*.

<sup>127</sup> Johnson, *Essaies*, sign. D4r-D4v.

<sup>128</sup> Me refiero al «*haustum ex vano*». Tito Livio, *Ab urbe condita*, XXII, 7, 4. «Extraída de la nada» o, en la traducción de José Antonio Villar Vidal «exageración falta de base», Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*. 8 vols. Madrid: Gredos, 1990. [Introducción general de Ángel Sierra,

Hacia su final, el ensayo se despega de las consideraciones pormenorizadas en torno a Tácito y vuelve a referir a la historia en sentido más amplio. En estas reflexiones finales, Johnson trata nuevamente de colocar en equilibrio toda la serie de matices con los que debate sobre el uso del conocimiento obtenido en la historia. En un extremo del espectro se situarían aquellos que proponen una aplicación más directa, una relación estrecha entre historia y presente. Johnson incorpora las críticas de quienes se oponen a esta aplicación del conocimiento histórico para tratar de llegar a un balance:

Al hacer uso de este conocimiento de la historia, no debemos convencernos a nosotros mismos acerca de que los resultados (*sequels*) de alguna cosa se desenvolverán justo de acuerdo con un caso similar de la historia, sino que debemos determinar al respecto, como algo que podría llegar a resolverse de otro modo. Pues el ejemplo sólo da forma a una similitud y si gobernamos nuestros consejos por él, deben darse una concurrencia de las mismas razones, no sólo en general, sino también en las particularidades. Al hacer juicios de la historia, y al aplicarla consideradamente a nuestros intereses presentes, debemos tener en cuenta en especial la disposición de los agentes, y señalar con diligencia el modo en que está afectada su mente, que es la base menos engañosa para formarse una opinión. Pues sin esta ponderación y conocimiento de las cualidades de las naciones con las que nos encontramos al leer, un hombre es incapaz de hacer ninguna comparación apropiada entre el particular presente y el ejemplo de lo anterior<sup>129</sup>

La historia servía para interpretar el presente, pero exigía cautela al intérprete que establecía esos vínculos; no se debían considerar solamente las semejanzas, sino también las posibilidades de que las cosas se desarrollaran de otro modo. Era necesario que los paralelos tuvieran en cuenta las particularidades y no sólo la superficie general; había que recurrir a un análisis más allá de la apariencia, a un conocimiento de esos afectos de las mentes humanas y de las naciones (esos mismos a los que referirá Álamos de Barrientos). Todo este conocimiento dependía, no se olvide, de lo encontrado *al leer* historias.

---

traducción y notas de José Antonio Villar Vidal.] La hibridación teórica que se demuestra este extracto, se pierde en elaboraciones posteriores como en Brathwait, *The Schollers Medley*, p. 67, en la que se reutiliza el pasaje pero el *haustum ex vano* se atribuye al propio Tácito, citado en Lilly Bess Campbell, *Shakespeare's history. Mirrors of Elizabethan policy*. Londres: Routledge, 2005.

<sup>129</sup> Johnson, *Essaies*, sign. D4v-D5r.

Johnson se mostraba convencido de poder asentar un conocimiento firme del mundo a partir de la historia, pero necesitaba defender esta idea en varios flancos débiles. La recepción de Tácito en Inglaterra estaba también atravesada, en el caso de Johnson esto es literal, por un debate teórico sobre la validez de la historia y su aplicación al presente. Este mismo año de 1601 en que se publicaron sus ensayos, la caída de Essex ejemplificó para algunos los errores a los que había conducido, en el terreno puramente político, esta aplicación de la historia al presente. En cuanto a los textos de Tácito aparecerán cada vez más posturas contrarias y florecerá un debate que, si bien llevará en ocasiones hacia esa postura de equilibrio que caracterizaba la historia política tal y como la definió Levy, no por ello dejó de ser enconado. En el siguiente apartado analizo el desarrollo de esta controversia durante el reinado de Jacobo I y Carlos I, y apunto la ruptura en la relación epistemológica entre la historia y la política que se puede apreciar en la obra de Thomas Hobbes.

## 7.2 Contrapesos y apunte de una ruptura

En el paso del siglo XVI al XVII, en la bisagra de la sucesión del Isabel I por Jacobo I, dos obras de teatro sirven para comprender la mezcolanza entre política e historia, entre lectura del pasado e interpretación del presente. La recepción de Tácito ocurre paralelamente en medio de esa mezcla que se advierte en la *First Part of the Life and Reign of King Henry IV* John Hayward (publicada en 1599) y en el *Sejanus, his fall* de Ben Jonson, representada por vez primera en 1603 y publicada en 1605 y 1616<sup>130</sup>. El teatro histórico no bebía de unas fuentes teóricas distintas a las ya comentadas, pero su representación lo convertía en un medio especialmente peligroso. Los personajes del pasado, aparecían presentes, de carne y hueso, sobre la escena y hacían especialmente fácil lo que Henry Wotton consideraba que un político debía hacer cuando leía una historia, esto es, «encontrar los caracteres de los personajes y aplicarlos a algunos de la corte en la que vive, que servirán tanto para confirmar su memoria como para dar amplitud y material para la conjetura y la invención. Un amigo para contrastar las lecturas juntos es de lo más necesario»<sup>131</sup>.

---

<sup>130</sup> John Hayward, *The first part of the life and raigne of king Henrie the IIII*. Londres: [E. Allde and T. Judson for] Iohn Woolfe, 1599; Ben Jonson, *Seianus, his fall*. Londres: G. Eld, for Thomas Thorpe, 1605. y en Jonson, *The workes*.

<sup>131</sup> Logan Pearsall Smith (ed.), *The life and letters of Sir Henry Wotton*. 2 vols. Oxford, 1907, vol. 2, p. 494, citado en Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history», p. 1. Wotton entra al servicio de Essex antes de las navidades de 1594, después de haber viajado durante varios años por el continente europeo, Hammer, «The use of scholarship», p. 28.

La obra de Hayward, dedicada a Essex, suscitó las sospechas de Isabel I que «tenía una buena opinión de que existía traición en ella», pero Francis Bacon (preguntado por el asunto por la propia Isabel) consideraba que la pieza no contenía traición, aunque sí el delito de un «robo muy aparente» por parte de su autor, que «había tomado la mayoría de las frases de Cornelio Tácito, las había traducido al inglés y las había puesto en su texto»<sup>132</sup>. La obra fue utilizada también por Sir Robert Cecil y Sir Edward Coke para tratar de demostrar que la conspiración había sido premeditada, tomando los discursos de Hayward como pruebas de las intenciones de los conspiradores<sup>133</sup>. En el contexto de sospecha tras la rebelión, la deposición del rey Ricardo II —predecesor de Enrique IV que era figura de la reina Isabel<sup>134</sup>— suscitaba paralelos incontrolables con la situación presente, como demuestra el hecho de que justo antes de la rebelión fuese representada la obra que William Shakespeare había compuesto sobre el mismo tema<sup>135</sup>.

El *Sejano* de Ben Jonson estaba compuesto en torno a un personaje histórico que en la edad moderna despertó inevitablemente paralelos con la figura del privado. Por su capacidad de evocación, o por la afilada suspicacia del momento, la obra también levantó sospechas tras su estreno y Jonson tuvo que negar cualquier correspondencia con los acontecimientos ingleses cuando fue llamado ante el consejo real (*Privy Council*) e interrogado por Henry Howard, hijo del Conde de Northampton<sup>136</sup>. Esto pudo provocar que Jonson eliminara ciertos pasajes de la obra<sup>137</sup> y seguramente animó a Jonson a establecer un preciso sistema de referencias marginales que permitían comprobar la veracidad de los hechos de la obra y anclarla a esa representación del pasado en la que estaba más segura<sup>138</sup>. Jonson señalaba que

---

<sup>132</sup> Francis Bacon, *Sir Francis Bacon his apologie, in certaine imputations concerning the late Earle of Essex*. Londres: [Richard Field] for Felix Norton, 1604, pp. 36-37. La anécdota reaparece en Francis Bacon, *Apophthegmes new and old*. Londres: [J. Haviland] for Hanna Barret, and Richard Whittaker, 1625, pp. 76-78.

<sup>133</sup> Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 211.

<sup>134</sup> La propia reina se contaba entre quienes establecían el paralelo, Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history», p. 2.

<sup>135</sup> Ibid. Malcom Smuts, «Court-centred politics and the uses of Roman historians, c. 1590-1630», en Peter Lake y Kevin M. Sharpe (eds.), *Culture and politics in Early Stuart England*, Londres: Macmillan, 1994, p. 22n, duda sobre si el *Richard II* representado fue el de Shakespeare.

<sup>136</sup> Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 219.

<sup>137</sup> Así lo considera Albert Tricomi, *Anticourt drama in England 1603-1642*. Charlottesville: University Press of Virginia, 1989, p. 74. Jonson, *Seianus*, «Al lector» dice únicamente este libro «no es el mismo que fue representado en la escena pública, en el que una segunda pluma tenía una buena parte» y que no ha querido usurpar la obra de ese «genio».

<sup>138</sup> Jonson, *Seianus*. Una edición comentada, que reproduce con fidelidad la de 1605, es la de Henry de Vocht, Ben Jonson, *Seianus, his fall*. Lovaina: Librairie Univerisitaire (Ch. Uytpruyst), 1935. [Edición del volumen en cuarto de 1605, con comentarios de Henry de Vocht.]

estas citas (incluidas a la hora de la publicación del texto en 1604) podían parecer demasiado afectadas, y que él mismo las aborrecía, pero que las había introducido únicamente «para mostrar mi integridad en la historia (*story*), y salvarme a mí mismo de esos torturadores comunes que todo lo llevan al potro, cuyas narices son como las de los puercos, constantemente echando a perder y pudriendo los jardines de las musas»<sup>139</sup>.

Las dos obras teatrales y sus respectivas fortunas ejemplifican la extensión de la interpretación histórica volcada sobre el presente y nos ponen en contacto con otros canales de la recepción de los textos de Tácito por otros canales. Los contenidos y personajes (nunca mejor dicho) de las obras de Tácito cambiaban de recipiente, se hacían accesibles a un público potencialmente más numeroso, y se sometían a nuevas interpretaciones. A la hora de esta popularización (no me refiero sólo a los receptores populares, sino en primer lugar a la mediación de los dramaturgos) se mantenían diferencias entre el *Sejano* de Jonson, que otorgaba un papel de observadores y jueces a algunos senadores que, como Cremucio Cordo, denunciaban la deriva tiránica y el control de los asuntos públicos por parte de Sejano y recordaban la antigua libertad republicana y el Sejano simplemente malicioso de otras como *The stately tragedy of Claudius Tiberius Nero*, pero se afilaban las interpretaciones políticas laberínticas, facilitadas por las libertades que ofrecía el género dramático. Resulta difícil juzgar los efectos y el alcance de esta difusión en Inglaterra, pero parece un hecho significativo que a la altura de 1636 se pueda hablar, como ha indicado Alan Bradford, de un «ciclo de obras» de temática tacitiana<sup>140</sup>. No calificaría esta recepción de Tácito en el teatro inglés de única, pero me cuesta establecer los términos de comparación con la popularización teatral y literaria española de la que traté en el capítulo 3.

Resulta más fácil comparar el ritmo con el que se reimprimen las obras de Tácito en inglés con los casos del francés y el español. La traducción de Savile de los

---

<sup>139</sup> Jonson, *Seianus*, «Al lector». Anthony Grafton, *The footnote. A curious history*. Londres: Faber and Faber, 2003, p. 145. señala que Jonson «construyó una robusta valla de autoridades para proteger su vulnerable texto». Las apostillas marginales eruditas también sirvieron, indudablemente, para desplegar una demostración de las habilidades históricas de Jonson, que por otra parte se veía obligado a abordar la extensa laguna del libro V de los *Anales*. Bradford, «Stuart absolutism», pp. 134-135, considera las semejanzas entre este suplemento y el de Savile en *The ende of Nero and the beginning of Galba*.

<sup>140</sup> Bradford, «Stuart absolutism», p. 135. Se refiere a Thomas May, *Tragedy of Julia Agrippina, Empress of Rome*. Londres: Richard Hudgkinsonne for Thomas Walkly, 1639; Nathanael Richards, *The tragedy of Messallina the Roman emperesse*. Londres: Tho. Cotes for Daniel Frere, 1640; *The tragedie of Claudius Tiberius Nero*. Londres: [Edward Alde] for Francis Burton, 1607; *The tragedy of Nero, newly written*. Londres: Augustine Mathewes, and Iohn Norton, for Thomas Iones, 1624. Bradford señala que la ausencia de una tragedia sobre Calígula, que tendría que basarse en la narrativa de Suetonio, demuestra que estas obras eran de inspiración tacitiana (p. 135n).

cuatro primeros libros de las *Historias*, los suplementos y la traducción de los *Anales* de Richard Greenwey se reimprimieron en Londres en 1604, 1612, 1622 y 1640<sup>141</sup>. En la segunda mitad del siglo sólo apareció una nueva edición, que incorporaba unas notas procedentes de los trabajos de Amelot de la Houssaie<sup>142</sup>. Se aprecia, por lo tanto, un ritmo menos elevado que en Francia, pero una recepción más sostenida y una «demanda» de más largo plazo que la más explosiva y puntual demanda hispana. David Womersley considera que «el conocimiento sobre el comercio librario en los siglos XVI y XVII y en particular sobre la periodicidad de las ediciones es tan pobre que impide comentar con ninguna precisión la popularidad de la traducción de Savile», pero establece ciertas comparaciones «biblionométricas» dentro de la propia Inglaterra<sup>143</sup>. En el siglo XVI hubo algunas traducciones (como la de *De officiis* de Cicerón por Nicholas Grimald) que fueron reimpresas más veces y más frecuentemente que la de Savile, pero en el siglo XVII únicamente una obra (*The Famous and Memorable Workes of Josephus*, traducida por Thomas Lodge) fue reimpresa con más frecuencia que Tácito y solamente dos (la citada de Lodge y *The Historie of Quintus Curtius*, por John Brende) fueron reimpresas mayor número de veces. Por contraste, señala Womersley, «el *Livio* de Holland sólo tuvo dos ediciones y el *Cesar* de Golding únicamente tres»<sup>144</sup>.

Si resulta una indudable particularidad de las ediciones inglesas frente a las de Francia o España el que todas sean «idénticas» hasta muy finales del siglo XVII. Exceptuando la edición de 1698, todas ellas mantuvieron un complicado orden, fruto de los avatares de su primera publicación: primero la traducción de Greenwey, es decir los *Anales* y la *Germania* y posteriormente la de Savile, que se mantuvo como una obra autónoma, con su dedicatoria, epístola y paginación propias, así como indicaciones sucesivas (en la portada) de segunda (1598), tercera, cuarta, quinta y sexta edición. La *Germania* quedó por lo tanto interpuesta entre el final de los *Anales*

---

<sup>141</sup> Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: [Arnold Hatfield for Iohn Norton], 1604; Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: Arnold Hatfield for Iohn Norton, 1612; Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: Iohn Bill, 1622; Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: I[ohn] L[egat] for Richard Whitaker, 1640.

<sup>142</sup> Cayo Cornelio Tácito, *The annals and history of Cornelius Tacitus his account of the antient Germans, and the life of Agricola made English by several hands ; with the political reflections and historical notes of Monsieur Amelot De La Houssay and the learned Sir Henry Savile*. Londres: Matthew Gillyflower, 1698.

<sup>143</sup> Womersley, «Sir Henry Savile's translation of Tacitus», pp. 313-314.

<sup>144</sup> Ibid.

y el suplemento de Savile a las *Historias* de las que nunca llegó a traducirse el quinto libro. Esta forma material estable de las traducciones de Tácito (quizá debida a las peculiaridades del mercado editorial inglés, con mayor control de la competencia) contrasta claramente con la variedad de traductores y comentaristas del caso español y, especialmente, del francés.

Durante más de cuarenta años en Inglaterra circuló únicamente la traducción vinculada a la figura del conde de Essex, que aparecía —y seguiría apareciendo tras su caída— como dedicatario de la obra. El giro de la fortuna que pudo presenciarse tras su intento de rebelión marcó sin embargo un punto de inflexión en la recepción de Tácito, y generó turbulencias apreciables en el entramado intelectual que Essex había formado al tiempo que expuso al debate el programa de lectura histórica de la realidad política coetánea. No conviene exagerar, no obstante, los términos de la oposición a Tácito en Inglaterra en el siglo XVII (oposición que comparte muchos rasgos con la que el clásico encontró en otros puntos de Europa), ni confundir esta oposición a Tácito con la persecución de personajes próximos a Essex tras su caída.

En lo que respectaba al programa intelectual en sentido más amplio, la caída del conde supuso un importante revés para la práctica de interpretar la realidad apoyándose en las lecciones de la historia, pues si Francis Bacon advertía solamente un error, una lectura incorrecta por parte de Essex, otros como Isaac Casaubon, aprovechaban la caída de Essex para probar los límites de esta forma de conocimiento. En su *Apología* de 1604 —reacción inmediata al cambio de situación—, Bacon siguió defendiendo la utilización de la historia como guía para seguir determinados cursos de acción, a la vez que argumentaba haber advertido a Essex sobre los peligros que encerraba su acción militar en Irlanda:

Recuerdo que también me levanté ante la dificultad de la acción, poniendo delante de él [Essex], a partir de las historias, que los irlandeses eran un enemigo tal como los antiguos Galos, Britones o Germanos, y que veíamos como los Romanos (a pesar de que tenían tal disciplina para gobernar a sus soldados, y tales donativos para motivarlos, y el mundo entero en cierto modo para reclutarlos) cuando tenían que tratar con enemigos que únicamente situaban su felicidad en la libertad, y en lo afilado de su espada, y que tenían ventajas naturales y de los elementos de los bosques y pantanos y la dureza de los cuerpos, siempre encontraban las manos llenas de ellos. Por lo tanto concluí que ir con tanta expectación como con la que él fue, y



no poder contestarla debido a lo enrevesado de la empresa, disminuiría poderosamente su reputación<sup>145</sup>

Bacon no especifica que esas historias que leía con Essex fuesen las de Tácito, pero el lenguaje que emplea, especialmente en la descripción de los bárbaros es muy semejante al de *Agrícola* o la *Germania*. La lectura de historias aparece una vez más representada como una actividad, y el tipo de conocimiento que éstas ofrecían como de una calidad tal que *conducía a una conclusión* sobre la actuación en la realidad política, la de desaconsejar la arriesgada empresa de, permítaseme, *Hibernia*. La aplicación de la historia de Tácito para la comprensión o preparación de campañas militares, se asemeja, por otra parte, a las ya comentadas apostillas marginales de la traducción de Antonio de Herrera y al presentismo militar de la Coloma cuando habla de los Países Bajos.

Isaac Casaubon, quien tras la muerte de Enrique IV en Francia consideró finalmente las llamadas de Jacobo I para trasladarse a Inglaterra, nos ha dejado una opinión complementaria, en la que critica la mala utilización e interpretación de los clásicos por parte de Essex:

Nota que así como el doctor formado en los libros del que leemos en Galeno y Aristóteles y el piloto de barco entrenado en los libros son muy peligrosos, así lo es, totalmente, el político entrenado en los libros (*politicus e libro*). El caso del conde de Essex es un ejemplo trágico de esto. Cuando este hombre, noble en otros aspectos, se encontraba en un estado de incertidumbre, un erudito que posteriormente fue ahorcado le dio un consejo en palabras de Lucano. El lema era de este cariz: tú que no has encontrado amigos como individuo privado, los encontrarás una vez que tomes las armas. Ese verso condenó a Essex<sup>146</sup>

Esta segunda crítica desautorizaba parcialmente el método y explícitamente a los consejeros eruditos que ayudaban a extraer lecciones políticas de los clásicos, reflejando el debate al que se vio sometida la historia como forma de conocimiento durante el reinado de Jacobo I<sup>147</sup>. Como en otros lugares, en la Inglaterra del siglo

---

<sup>145</sup> Bacon, *Apologie*, pp. 23-24.

<sup>146</sup> Bodleian Ms. Casaubon 28, fol. 127r, citado en Jardine y Grafton, «Studied for action», p. 75.

<sup>147</sup> Salmon, «Stoicism and Roman example», pp. 212 y ss. Ofrece ejemplos de personajes que permanecieron fieles a Tácito tras el desastre, pero considero que esta manera de ver las cosas exagera la vinculación entre el clásico y el conde. Lo que consiguieron esos personajes fue mantenerse en los

XVII la recepción de Tácito navegó un mar de tensiones entre los defensores de su valía para aprehender la realidad y quienes limitaban las pretensiones de obtener conocimiento a partir de su historia.

Como partícipe en esta recepción, Francis Bacon adornó algunas partes de su obra con citas de Tácito, discutió algunos de sus principales valores y citó al latino para apoyar su argumentación sobre diversas materias. J. H. M. Salmon, para quien Bacon es uno de esos personajes que continuaron siendo tacitianos tras la caída de Essex, indica que Bacon citó abundantemente a Tácito en los *Ensayos*<sup>148</sup>, en el *Advancement of learning*, y en los discursos en el primer parlamento de Jacobo I (1610)<sup>149</sup> y en sus cartas suplicatorias al rey de 1612 y 1616<sup>150</sup>. Edwin B. Benjamin también ha analizado la presencia de Tácito en Francis Bacon, señalando además las conexiones entre el estilo de Cornelio Tácito y el desarrollo del género y estilo aforismático en Bacon<sup>151</sup>. Efectivamente, en obras como los *Ensayos*, Bacon demostró familiaridad con el autor latino, incorporando algunos ejemplos procedentes de sus textos y mezclando máximas de Tácito a sus propias frases entrecortadas y fragmentarias, pero las citas de Tácito no son tantas como podría deducirse de la lectura de los ensayos sobre la disimulación y sobre la sedición que aparecen en la versión final de los *Ensayos* de 1625<sup>152</sup>. Edwin Benjamin tenía sin duda razón cuando señalaba que al citar a Tácito Bacon «demostraba estar al día, e incluso avanzado,

---

círculos intelectuales y continuar su carrera tras la caída de las redes de patronazgo y el soporte que ofrecía Essex.

<sup>148</sup> Ibid, p. 212, señala que «Bacon citó a Tácito a menudo, especialmente en los titulados “Of simulation and dissimulation” y “Of sedition and troubles”». Estos ensayos aparecen por vez primera en Francis Bacon, *The Essayes or Counsels, ciuill and morall, of Francis Lo. Verulam, Viscount St. Alban. Newly written*. Londres: Iohn Haviand for Hanna Barret, 1625, VI y XV.

<sup>149</sup> Buscando una comparación entre el presente británico y la situación del imperio bajo Nerva y Trajano, capaces de aunar «imperio y libertad» (*Agrícola*, III). Esta cita la había utilizado Bacon ya en Francis Bacon, *The twoo bookes of Francis Bacon. Of the proficiencie and aduancement of learning, diuine and humane*. Londres: [Thomas Purfoot and Thomas Creede] for Henrie Tomes, 1605, lib. 1, fol. 33r. Tenney ha mostrado el intento reconciliador de Bacon con esta cita y como este mismo lema fue utilizado en 1625 por Sir Heneage Finch en consideración por el recién coronado Carlos I, Mary F. Tenney, «Tacitus in the politics of early Stuart England»; en *Classical Journal*, vol. 37, nº. 3, (1941), p. 156.

<sup>150</sup> Con el objetivo de conseguir cargos públicos Bacon utilizó dos citas de Tácito para adornar sus peticiones, ver Tenney, «Tacitus in the politics of early Stuart England», pp. 155-156.

<sup>151</sup> Benjamin, «Bacon and Tacitus».

<sup>152</sup> He localizado once menciones a Tácito en el texto de 1625 publicado en Project Gutenberg <http://www.gutenberg.org/dirs/etext96/ebacn10.txt> [Acceso 1 de septiembre de 2009], seis de las cuales provienen de los dos ensayos citados. No obstante, también he comprobado que entre la edición de 1612 y la de 1625 desaparecieron algunas citas de Tácito, como las dos del ensayo «Of empire», Bacon, *Essaies. Religious meditations*. II, 9, sign. 17v e 18r.

pero era posiblemente menos original y revolucionario que cuando abogaba por el estudio de la ciencia natural»<sup>153</sup>.

En el *Advancement of learning* (publicado por vez primera en 1605)<sup>154</sup>, Bacon utilizó a Tácito para comparar la elocuencia de Jacobo I con la de Augusto<sup>155</sup>, para alabar la silenciosa presencia de los hombres de estudio apartados del estado y la vista de los hombres<sup>156</sup>, y para ilustrar la felicidad que se experimenta bajo el dominio de los príncipes sabios<sup>157</sup>. Además de los anclajes y adornos que Tácito ofrece a Bacon para sus distintos argumentos, la obra del latino también le sirvió para ejemplificar ciertas características y virtudes de la historia. En la sección del libro II dedicada a la historia, se diferencia entre las «vidas», las relaciones particulares y una «historia de los tiempos» compuesta a partir de estas relaciones particulares para obtener un «jardín pleno y estatal»<sup>158</sup>. En la narrativa de Tácito, según Bacon, se acopla a esta visión general «otra partición de la historia», que consiste en «Anales y Jornales, adecuando los primeros a las materias de estado y estos últimos a actos y accidentes de un carácter menor»<sup>159</sup>. En otro pasaje, Bacon contrapone la historia de Tácito a la de Suetonio, indicando que las acciones de Nerón y Claudio no se leen tan extrañas en las historias del primero porque aparecen con «las circunstancias de tiempos, desencadenantes (*inducements*) y ocasiones», mientras que en el segundo parecen más monstruosas e increíbles, puesto que están «recopiladas en títulos y manojos, y no en el orden de los tiempos»<sup>160</sup>.

En el *Advancement*, además de utilizar a Tácito de los distintos modos ya indicados, Bacon dibujaba también un esquema del debate sobre los límites del conocimiento político. Sus esfuerzos se encaminaron a sistematizar, para poderlas refutar posteriormente, las supuestas «desgracias que el saber (*learning*) recibe de los políticos (*Politiques*)»:

---

<sup>153</sup> Benjamin, «Bacon and Tacitus», p. 102.

<sup>154</sup> Bacon, *Of the proficiencie and aduancement of learning*. Más indicaciones sobre el uso de Tácito en esta obra en Benjamin, «Bacon and Tacitus».

<sup>155</sup> Bacon, *Of the proficiencie and aduancement of learning*, lib. 1, fol. 2r. El mismo elogio, dirigido también Jacobo I, fue reutilizado en 1607 por James Cleland, en su *Propaedeia, or the institution of a young noble man*, y por el arzobispo John Williams en los funerales del primer estuardo. Ambos ejemplos en Tenney, «Tacitus in the politics of early Stuart England», p. 157.

<sup>156</sup> Bacon, *Of the proficiencie and aduancement of learning*, lib. 1, fol. 13r.

<sup>157</sup> Ibid, lib. 1, fol. 33r. Esta misma cita es la que utilizaría Bacon en el parlamento de 1610 al que me he referido antes.

<sup>158</sup> Tácito ha aparecido poco antes nombrado como parte de la lista de historiadores cuyas obras permiten obtener una visión completa de la historia romana, Ibid, lib. 2, fol. 12v.

<sup>159</sup> Ibid, lib. 2, fol. 14r-v.

<sup>160</sup> Ibid, lib. 2, fol. 35v. Algo parecido expresaba Bodin en Bodin, «Methodus», p. 307, ver capítulo 6, nota 42.

Que el saber ablanda las mentes de los hombres y los hace menos aptos para el honor y el ejercicio de las armas; que equivoca y pervierte las disposiciones de los hombres en materias de gobierno y policía; que los hace demasiado curiosos e irresueltos por la variedad de las lecturas, o demasiado perentorios y positivos por lo estricto de las reglas y los axiomas, o demasiado inmoderados y generales por razón de la grandeza de los ejemplos, o demasiado incompatibles y diferentes de estos tiempos, por razón de la disimilitud de los ejemplos; o al menos, que desvía los esfuerzos de los hombres de la acción y los negocios y los conduce al amor del ocio y la privacidad; y que introduce en los estados una relajación de la disciplina, en tanto que cualquier hombre está más dispuesto a discutir que a obedecer y ejecutar<sup>161</sup>

El primero de los argumentos expuestos refleja la tradicional oposición entre armas y letras. Los dos últimos se elaboran sobre temáticas prácticamente igual de tópicos, como son la oposición entre ocio y acción y la relajación de costumbres. El más largo, en el centro, afecta de lleno a la obtención de ejemplos y guías de acción a través de la lectura de las historias. Las críticas aquí expuestas por Bacon se añaden a la oposición entre causas primeras y segundas, y demuestran la madurez, o el grado de reflexividad que estaba alcanzando el método de aplicación de la historia a la realidad política.

Es posible rastrear algunas de las oposiciones dibujadas por Bacon en la recepción de Tácito en la Inglaterra de la primera mitad del siglo XVII, que se aparece como un juego de contrapesos. Esta recepción ha sido bien estudiada por la historiografía desde un primer artículo de Mary F. Tenney, quien señalaba los roles variados que tuvo Tácito en el periodo: «servía como guía para el éxito en la corte, se convirtió en consejero de la teoría del derecho divino y no obstante daba apoyo al parlamento y al pueblo y reivindicaba el tiranicidio»<sup>162</sup>. J. H. M. Salmon analizó la recepción de Cayo Cornelio Tácito conjuntamente con la de Séneca, que ofrecía como resultado un «movimiento ético y político que dio color a las percepciones contemporáneas de la corte de Jacobo I»<sup>163</sup>, en un artículo claramente influido por las tesis de Gerhard Oestreich sobre la expansión del neostoicismo como ideología estatal de la edad moderna<sup>164</sup>, pero que las cuestionaba profundamente, señalando que

---

<sup>161</sup> Bacon, *Of the proficiencie and advancement of learning*, lib. 1, fols. 6v-7r.

<sup>162</sup> Tenney, «Tacitus in the politics of early Stuart England», p. 155.

<sup>163</sup> Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 199.

<sup>164</sup> Se refiere a Gerhard Oestreich, *Neostoicism and the early modern state*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982.

en Inglaterra «Séneca y Tácito se convirtieron en figuras de culto para muchos escritores en la franja de la política cortesana, pero algunos en el centro del poder, incluyendo al propio rey, sospechaban de quienes adaptaban el mensaje neoestoico para sus propios fines»<sup>165</sup>. Alan T. Bradford, por su parte, había elaborado poco antes una panorámica complementaria que se centró en los numerosos testimonios críticos con el autor latino y trató de reconstruir el «debate sobre si debían leerse sus obras (especialmente los *Anales*) y por qué, como y quienes debían hacerlo»<sup>166</sup>. Más recientemente, Malcolm Smuts ha ofrecido una nueva panorámica de la recepción del autor latino<sup>167</sup>.

La lista de autores que Salmon vincula a posiciones neoestoicas incluye a Cornwallis, Robert Johnson y Bacon, ya tratados, y a Robert Dallington, Thomas Gainsford, Joseph Hall y Thomas Lodge. De estos últimos, Thomas Gainsford dejó un manuscrito titulado *Observations of state and military affairs, for the most part collected out of Cornelius Tacitus*<sup>168</sup> en el que trataba materias contemporáneas bajo el pretexto de un comentario de Tácito, en una nueva muestra de la conexión entre presente y pasado. En la dedicatoria de sus *Aphorismes civil and military* al príncipe Carlos, Dallington reelaboró la oposición entre preceptos y ejemplos, indicando como ejemplos al hermano y el padre del rey y presentando su obra como un «epítome» de preceptos, que según Dallington podían obtenerse tanto de «aquellos que merecidamente tienen un lugar en vuestro servicio, además de otros que encontrarás en los autores aprobados»<sup>169</sup>. Esta obra destaca más por su compleja organización que por la recepción de Tácito o Séneca o porque deambule por una «cuidadosa ruta entre el cinismo y el principio moral»<sup>170</sup>. Los *Aphorismes*, están compuestos por una máxima y una serie sucesiva de citas latinas que la confirman o la desarrollan (con la indicación de los autores de las que proceden el margen). Todo ello se «ilustra» finalmente con un segmento de la historia de Guicciardini, dando lugar a una obra para unos lectores hoy desaparecidos. La linealidad desaparece frente a la sucesión de

---

<sup>165</sup> Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 202.

<sup>166</sup> Bradford, «Stuart absolutism».

<sup>167</sup> Smuts, «Court-centred politics».

<sup>168</sup> Huntington Library Ms. EL 6857, citado en Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 216. Aunque esta fechado en 1612 Salmon considera que la dedicatoria a Sir Thomas Egerton, en la que aparece como «caballero» sugiere que debió componerse al comienzo del reinado de Jacobo, puesto que este personaje se convirtió en Canciller y Barón de Ellesmere en 1604.

<sup>169</sup> Robert Dallington, *Aphorismes civill and militarie*. Londres: [R. Field] for Edward Blount, 1613, «Dedicatoria».

<sup>170</sup> Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 216.

extractos de lectura sobre temas diferentes y, sobre todo, frente a la forzada reflexión a la que obligan los muy diversos fragmentos que acompañan cada aforismo. Gainsford explicaba esta disposición al lector, preciándose de que su método no era vulgar, «pues aunque los libros de discursos civiles están llenos de axiomas, los filósofos de pruebas y los historiadores de casos, difícilmente los encontrarás todos combinados en un mismo acompañamiento»<sup>171</sup>.

De entre las filas de quienes se oponían a Tácito destaca especialmente el juicio de Edmund Bolton en su *Hypercritica*, compuesta hacia 1618, pero no publicada hasta el el siglo siguiente<sup>172</sup>. Bolton comienza señalando que

La mayoría de los paganos en sus historias dejan fuera la parte de la providencia divina en las acciones de los hombres. Entre ellos el copioso Livio parece el más religioso, y consecuentemente el mejor de ellos, así como Cornelio Tácito (por no decirlo llanamente y ofender a sus admiradores) es o el más irreligioso o está entre los que más lo son y es por lo tanto el menos valioso para ser honorablemente un consejero de gabinete para cualquier hombre que aprecie la piedad ante los poderes divinos<sup>173</sup>

Más interesante que el repetido argumento acerca de la irreligiosidad, es que Bolton utilice el prefacio del Polibio de Casaubon para apoyar su argumentación, así como los *Ragguagli* de Boccacini. Con ello, Bolton demuestra la rapidez con la que ha accedido a estas críticas —aparecidas respectivamente nueve y seis años antes— y el carácter europeo de la recepción del autor latino, y de los diferentes y polémicos retratos que de él se hicieron. Los dos puntos de referencia con los que Bolton construye su crítica debieron estar también muy presentes en la propia corte de Jacobo I. Boccacini envió como regalo, en agosto de 1612, sus recientemente publicados *Ragguagli*<sup>174</sup> a este soberano y un extracto del diario de Isaac Casaubon señala que, en una conversación habida en noviembre de 1610, el rey afirmó que «estaban equivocados» aquellos que «pensaban que era el único historiador que era un maestro de la sabiduría política», mostrándose encantado al saber que Casaubon era

---

<sup>171</sup> Dallington, *Aphorismes civill and militarie*, «Al lector».

<sup>172</sup> Fue impresa por primera vez en 1722 en Oxford, con el título *Hypercritica: or a rule of judgement for writing or reading our history's*.

<sup>173</sup> Edmund Bolton, «Hypercritica», en Joseph Haslewood (ed.), *Ancient critical essays upon English poets and poesy*, Londres: Harding and Wright for Robert Triphook, 1815, p. 224.

<sup>174</sup> Bradford, «Stuart absolutism», p. 138.

exactamente de su misma opinión (tal y como había indicado en el prefacio a su recentísima edición de Polibio<sup>175</sup>).

Puede que Bolton prefiriera a Livio antes que a Tácito, pero trató igualmente de buscar un equilibrio entre una historia dejada en manos de los humanos y aquella de los «autores cristianos» que «para su comodidad mezclaron las razones de los acontecimientos, refiriendo resumidamente todas las causas a la voluntad de Dios de un modo inmediato», y que «por lo general han olvidado informar a sus lectores de los medios ordinarios del manejo de los asuntos humanos, y, con ello, mutilado sus narraciones»<sup>176</sup>. Frente al tópico clerical que, como señala Blair Worden, igualaba el ateísmo «con el no reconocimiento de las acciones de la providencia y con la incapacidad o el rechazo para mirar más allá de las causas segundas»<sup>177</sup>, autores críticos con Tácito como Bolton también vislumbraban la posibilidad de llegar a un equilibrio en la incorporación del conocimiento histórico al conocimiento de los asuntos humanos.

Alan Bradford ofrece algunos otros ejemplos del escenario, cargado con similares tensiones, vivido durante el reinado de Carlos I. Tomando parte en el debate, la dedicatoria de la traducción inglesa de los *Ragguagli* hecha por William Vaughan criticaba —la denuncia había sido tratada por Bacon— como era la experiencia y no «la admonición de un erudito contemplativo» lo que enseñaba a los príncipes<sup>178</sup>. El segundo ejemplo aducido por Bradford procede de la obra *An apologie of the power and providence of God in the government of the world*, en la que George Hakewill se quejaba de que Tácito «no contento con meras relaciones añade de su parte conjeturas, animadversiones e interpretaciones de acciones, saboreando en ocasiones la distracción, en ocasiones la adulación. En su mayor parte de un modo que mejor se adaptan a su servicio, para hacer espacio a la demostración de su ingenio con sus observaciones políticas y preceptos»<sup>179</sup>. Un tercer ejemplo,

---

<sup>175</sup> John Rusell (ed.), *Ephemerides Isaaci Casauboni, cum prefatione et notis*, 2 vols. Oxford, 1850, vol. 2, p. 786. Transcrito en Mellor (ed.), *Tacitus. The classical heritage*, p. 115. Este testimonio contrasta con la opinión de Albert Martin quien consideró que las conversaciones que ocupaban a Casaubon y Jacobo I eran fundamentalmente teológicas y que tuvieron como resultado alejar a Casaubon por completo de la filología, Martin, «L'éditition de Polybe d'Isaac Casaubon», pp. 38-39.

<sup>176</sup> Bolton, «Hypercritica», pp. 224-225.

<sup>177</sup> Blair Worden, «Providence and politics in Cromwellian England»; en *Past and Present*, vol. 109 (1985), p. 66.

<sup>178</sup> Boccacini, *The new-found politicke*, «Dedicatoria al rey».

<sup>179</sup> George Hakewill, *An apologie of the power and providence of God in the government of the world*. Oxford: John Lichfield and William Turner, 1627, p. 235, citado en Bradford, «Stuart absolutism», p. 131.

traído en este caso por Salmon, habla de lo peligroso que podía llegar a ser, en ocasiones, la búsqueda en la historia de paralelos con el presente. El 10 de mayo de 1626 Sir John Eliot pronunció en el parlamento un discurso en el que calificaba al duque de Buckingham como Sejano que acabaría por llevarle a la cárcel<sup>180</sup>. La figura del «favorito» de Tiberio, que ya había sido empleada por Ben Jonson en 1603 y había causado similares problemas con la justicia a su autor, se reactualizaba a finales década de 1620, gracias también a las dos traducciones al inglés de la obra del historiógrafo francés Pierre Matthieu sobre este mismo personaje<sup>181</sup>.

Hacia finales de la década de 1620, las discusiones acerca de los usos de la historia se trasladaron en Inglaterra a las universidades, en el marco de un desarrollo que conduciría a la expresión institucional de la historia como disciplina en forma de cátedras en Oxford y Cambridge. Un año después de lo acontecido a John Eliot, en 1627, Isaac Dorislaus se enfrentó así a la reacción oficial ante su interpretación de Tácito en la universidad de Cambridge<sup>182</sup>. Tras dos lecturas, el 7 y 12 de diciembre de 1627, llegó a la universidad una orden procedente del rey para que Dorislaus dejara de leer a Tácito. Sus lecturas habían versado en torno a los dos tipos de gobierno monárquico, el legal y el tiránico, y en su curso Dorislaus habló de los límites de la autoridad del gobernante, de los derechos que el pueblo retenía y de la habitual cuestión de la resistencia. También comentó de la institución del consulado por parte de Bruto, refiriéndose a ello como la obra de un libertador, y estableció un paralelo con el presente que le valió la posterior denuncia. En línea con una vía de interpretación holandesa, Dorislaus equiparó la caída del primer gobierno monárquico romano con la resistencia del pueblo holandés para defender sus derechos y tradiciones y oponerse al arbitrario gobierno de los Países Bajos por parte del rey español<sup>183</sup>. La carta de denuncia de Mathew Wren, decano de Peterhouse, a William

---

<sup>180</sup> El texto ha sido editado en Mellor (ed.), *Tacitus. The classical heritage*, pp. 121 y ss. Eliot volvió a la carga poco después y acabaría muriendo en la cárcel, Tenney, «Tacitus in the politics of early Stuart England», p. 160.

<sup>181</sup> Salmon, «Stoicism and Roman example», p. 225.

<sup>182</sup> Este incidente ha sido objeto de tres artículos: P. Alessandra Maccioni y Marco Mostert, «Isaac Dorislaus (1595-1649): the career of a Dutch scholar in England»; en *Transactions of the Cambridge Bibliographical Society*, vol. 8, n.º. 4, (1984), Sharpe, «The foundation of the Chairs of History», y Ronald Mellor, «Tacitus, academic politics, and regicide in the reign of Charles I: the tragedy of Dr. Isaac Dorislaus»; en *International Journal of the Classical Tradition*, vol. 11 (2004).

<sup>183</sup> El texto de las lecturas, en la versión reproducida para acompañar de denuncia, se conserva en el Public Record Office de Londres, SP 16 86 No. 871 y ha sido editado en Mellor (ed.), *Tacitus. The classical heritage*, pp. 118-121. Sharpe, «The foundation of the Chairs of History», p. 222n, da la signatura SP 16/86/88. Hay que recordar que Lipsio había sugerido los paralelos entre la situación de Holanda y los acontecimientos narrados por Tácito, como detallé en el capítulo 3. Para el perfil político



Laud, obispo de Bath y Wells y figura ascendente en la corte, incluía su propia opinión sobre las lecturas, que encontraba alarmantes en dos aspectos: aunque Dorislaus decía preferir la monarquía a otras formas de gobierno «parecía no reconocer más derecho a los reinos que el de la sumisión voluntaria de los pueblos que había sido el *principium constitutionem*» y sus lecturas contenían «pasajes tan peligrosos (pues así podían tomarse) y tan aplicables a las expectativas de estos tiempos viles»<sup>184</sup>.

A juzgar por los testimonios de la época bastó una frase de Tácito, nueve palabras, para rellenar el tiempo de dos lecturas. La polémica se había desatado por la facilidad con que Dorislaus estableció paralelos presentes con el cambio de la forma de gobierno en Roma de la monarquía antigua al consulado y por la igual facilidad con que Wren había establecido paralelos implícitos respecto al gobierno de Inglaterra. El valor que se concedía al estudio de la historia quedaba claro no sólo por la polémica, sino por el mismo «lugar» en el que esta había surgido: Dorislaus era el primer lector de la cátedra de historia instituida por Fulke Greville, Lord Brooke, ese mismo año de 1627. Kevin Sharpe ha señalado que Greville había demostrado interés por los historiadores desde la década de 1590 y su patronazgo de Samuel Daniel, Francis Bacon y John Speed<sup>185</sup>. La dotación del puesto de historia en Cambridge por parte de Greville puede leerse por lo tanto como la cristalización de un programa de aprovechamiento de este conocimiento y como la consolidación de unas prácticas de lectura de la historia. Los intentos habidos entre 1624 y 1627 para contratar a Gerardus Joannes Vossius, profesor de cronología de la universidad de Leiden y autor de una importante *Ars historica* el año anterior<sup>186</sup>, demuestran la implicación de Greville y su consejero personal, John Coke, en el proyecto.

---

de Dorislaus y, sobre todo, para su posterior actividad como embajador de la república cromwelliana, ver Maccioni y Mostert, «Isaac Dorislaus».

<sup>184</sup> Sharpe, «The foundation of the Chairs of History», pp. 221-222. Sharpe recoge también la versión de Samuel Ward, consultado para el caso, y que exonera a Dorislaus de los cargos en una carta de 1628 en la que dice que las lecturas versaron sobre la conversión de la realeza romana al consulado y que «tomó la ocasión para discurrir sobre el poder del pueblo bajo los reyes, y desembocó en la reclamación de los holandeses para retener sus libertades contra las violencias de España. En conclusión, algunos concibieron que habló demasiado a favor de la defensa de las libertades del pueblo, a pesar de que habló con gran moderación y exceptuando las monarquías como la nuestra, en la que el pueblo ha rendido su derecho al rey, no habiendo en realidad una justa excepción que pudiera tomarse contra él» (p. 222).

<sup>185</sup> Ibid, p. 219.

<sup>186</sup> Gerardus Joannes Vossius, *Ars historica sive Liber de historices & Historiae Natura Historiae que scribendae praeceptis*. Ludguni Batavorum (Leiden), 1623.

En Oxford, Degory Wheare se estrenaba por las mismas fechas como «Primo historiarum praelectore publico»<sup>187</sup> con una lectura sobre el *Orden y método de leer historias*. El puesto había sido creado en 1622 por el historiador William Camden, autor de *Britannia* en los tiempos de Isabel I y (más recientemente) de una primera parte de los *Anales* del reino de esta soberana, maestro de Robert Cotton y hombre de importantes contactos en la corte<sup>188</sup>. Si bien las lecturas de Wheare fueron menos llamativas que las de Dorislaus, esta cátedra no estuvo tampoco exenta de controversias. Al poco tiempo de su fundación la universidad presionaba para que Wheare leyera un historiador eclesiástico, lo que provocó que Camden aclarase que «debía leer una historia civil, y hacer de ella las observaciones que puedan ser más útiles y provechosas para los jóvenes estudiantes de la universidad para dirigirles e instruirles en el conocimiento de la historia, la antigüedad y los hechos del pasado»<sup>189</sup>.

Al contrario de lo que ocurrió con las lecturas de Dorislaus, las de Wheare se prolongaron en el tiempo y fueron publicadas en 1623 y en una versión ampliada en 1637 (posteriormente traducida al inglés y ampliada de nuevo en 1685). En esa publicación Wheare ratificaba el afán didáctico que Camden había querido para su fundación, refiriendo a las necesidades de los «jóvenes universitarios» a los que se destinaba la obra<sup>190</sup>. El autor elegido para las lecturas, Lucio Anneo Floro, era a todas luces mucho menos controvertido que Tácito al tiempo que el segundo historiador más editado en la segunda mitad del siglo XVII<sup>191</sup>. A pesar de que en el *Epítome* de Floro sólo suele apreciarse un mero valor didáctico del resumen, Sharpe sugiere que su elección pudo basarse en otras razones. La amplia panorámica y la estructura de la narración permitían ver un todo orgánico en desarrollo, el análisis de los vicios y virtudes y la inserción de breves biografías de líderes virtuosos permitían, según Sharpe, que Wheare se detuviera «para extraer la aplicación de su texto [de Floro] a

---

<sup>187</sup> Según la indicación de la portada de Degory Wheare, *De ratione et methodo legendi historias*. Londres, 1623. En la portada de Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*, se le denominaba «Camden reader of history in Oxford».

<sup>188</sup> Para Camden en este contexto ver Sharpe, «The foundation of the Chairs of History», pp. 214-216.

<sup>189</sup> Ms. Bodelian 241 (sin paginar), jan 6 1622/23, citado en *Ibid*, p. 212.

<sup>190</sup> «La impresión anterior está agotada desde hace muchos años, y a pesar de ello muchos la siguen buscando con gran fervor, y por lo tanto sería muy aceptable una nueva edición, y muy útil también, para los jóvenes estudiantes sin ninguna duda»; «sería una gran ayuda para los jóvenes estudiantes de la universidad y todos los amantes de la historia», Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*, «Antelogium or, The introductory oration, made by the Author the 17<sup>th</sup> of October, 1635», pp. 2 y 5-6. En se explica que este texto lo constituyen unas «praelectiones» dirigidas a la «Iuventuti Academicae» antes de leer sobre un autor específico Wheare, *De ratione et methodo legendi historias*, «Dedicatoria a William Camden».

<sup>191</sup> Burke, «A survey».

su propia época» y que «expusiera sus axiomas y preceptos a los jóvenes caballeros de Oxford con cuyas acciones y virtud podía detenerse en Inglaterra el proceso de declive»<sup>192</sup>.

Wheare estableció una definición que contemplaba tres fines para la historia: la preservación de la «memoria de las acciones particulares»; «que a partir de los particulares puedan deducirse, y confirmarse, preceptos generales»; y finalmente que «con ellos seamos mejor instruídos para vivir bien y felizmente»<sup>193</sup>. En sus palabras se aprecia la combinación de consideraciones más tópicas —la cuestión de la historia como guía para el buen vivir se remata refiriendo al *historia magistra vitae* de Cicerón y con una cita de Tito Livio— con las teorías de la aplicabilidad de la historia al presente, que están expresadas en los términos propios del siglo XVII y remiten a un tipo de razonamiento que incluye la «deducción» y «confirmación» de preceptos generales.

Como indicó en el título de su obra, Wheare abordó primero el *orden* en el que se ha de leer la historia (expresado por medio de una sucesión de autores y obras) y en segundo lugar el *método* que debía seguirse en esta lectura. La primera parte está organizada, pues, como un «repertorio» que permite seguir en progresión cronológica los avatares históricos de la humanidad y lleva a alcanzar una visión de conjunto de la misma (esta parte será el objeto de las ampliaciones posteriores, en las que se añadirá una consideración detallada de los principales historiadores griegos y latinos)<sup>194</sup>. Cuando en esta sucesión llega la hora de enjuiciar a Tácito, Wheare lo califica como un historiador «de mucho y agudo juicio», pero en lugar de construir una opinión propia señala que «los críticos dicen que tuvo una manera de escribir nueva, concisa y sentenciosa, pero varían en lo que respecta al uso y la utilidad de su historia, o más bien se pelean unos con otros»<sup>195</sup>.

Wheare evita así pronunciarse, prefiriendo reproducir el debate de otros críticos sobre la figura de Tácito. En lugar de seguir las indicaciones de alguno de sus

---

<sup>192</sup> Sharpe, «The foundation of the Chairs of History», p. 218.

<sup>193</sup> Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*, p. 14.

<sup>194</sup> En el «Antelogium» pronunciado en 1635 se habla repetidamente de una versión ampliada y corregida, que sería publicada en 1637. Otras ampliaciones y modificaciones de la obra demuestran el efecto de las presiones para completar las lecturas con historia eclesiástica, que ocupa una buena parte de la edición de 1685, en la que también se introducen un buen número de reflexiones favorables a una interpretación providencialista de la historia, seguramente a bastante distancia del proyecto originario de Camden.

<sup>195</sup> *Ibid.*, p. 105. En reconocimiento a su papel fundamental en la recepción de Tácito Justo Lipsio es calificado como «el príncipe de los críticos».

partidarios o detractores, Weare se limita a presentarnos la oposición que se aprecia entre los «mediadores» en la recepción del latino. Para ello, Wheare emplea la evidente dedicatoria a Maximiliano II (a la cabeza de todas las ediciones lipsianas) y también la menos accesible dedicatoria a los caballeros batavos (que era un preliminar a los comentarios sobre los *Anales*). También utiliza, aunque presentándola como una parte de la dedicatoria a Maximiliano II, la descripción del estilo de Tácito que Lipsio introdujo en las notas a los *Politicorum libri sex*<sup>196</sup>. A este juicio le opone la opinión expresada por Casaubon en el prefacio a la edición de Polibio de 1609 que he comentado en el capítulo 6<sup>197</sup>.

En la segunda y tercera partes de *The method and order* Wheare aborda las cuestiones de *método* de leer la historia en dos sentidos diferentes. La segunda parte refiere al «momento» en que se debe estudiar historia, entendido como la disposición mental o conocimiento previo del que denomina «lector competente» de historias. Esta sección se abre con una cita de Aristóteles sobre la incapacidad de los hombres jóvenes para estudiar o entender la filosofía moral y se articula como una discusión entre la prioridad del aprendizaje a través de preceptos (éticos, económicos y políticos) o mediante ejemplos (en este contexto equivalentes a la lectura de historias)<sup>198</sup>. En la tercera parte el método de lectura de la historia se concibe en un sentido eminentemente práctico<sup>199</sup>. Para Wheare la Historia es «un tesoro de muchas y muy diferentes cosas buenas: y así en la historia encontrarás algunas cosas que se dirigen hacia el incremento del saber, otras de la prudencia; podrás observar otras cosas que se dirigen a la mejora del lenguaje y que contribuyen al perfeccionamiento

---

<sup>196</sup> Las dos primeras procedencias se señalan en apostillas marginales impresas, pero la frase «*to conclude, he is a wonderfull Writer, and does most seriously doe, what he seems not to make his business at all, for it is not onely a History, but a Garden and Seminary of Precepts*» (Ibid. ) no procede de la dedicatoria a Maximiliano II, sino que es una traducción de «*Mirabilis omnino scriptor, et qui serio hoc ipsum agit, quod non agit. Nec enim Historia solum est, sed velut hortus et seminarium praeceptorum*», Justo Lipsio, *Politicorum sive civilis doctrinae libri sex, qui ad Principatum maximè spectant. Additae Noate auctiores, tum & De una religione liber*. Lugduni Batavorum (Leyden): Ioanis Maire, 1634, comentarios al cap. 9 del primer libro, p. 16 de los comentarios.

<sup>197</sup> Wheare también cita la opinión de Christophorus Colerus, (Ibid, pp. 106-107).

<sup>198</sup> Ibid, pp. 297-317. Nuevamente, Wheare construye gran parte de la discusión oponiendo las opiniones de Bartholomeus Kekermann y Gerhard Johannes Vossius.

<sup>199</sup> El título de esta sección es «Del modo de recolectar los frutos de la historia, o de la utilidad de leer historias», Ibid, p. 319. Wheare, *De ratione et methodo legendi historias*, pp. 1-2. indica que el objetivo de esta tercera parte es mostrar «*viam colligendi fructus, eosque tanquam in Cella promptuaria aptè disponendi*».

de la facultad de hablar bien; y por último, otras cosas que se dirigen a la buena formación de la vida y a pulir las costumbres»<sup>200</sup>

Existe por lo tanto un interés «filológico» en la historia (cuestiones de estilo y pureza y amplitud de la lengua), pero también deben observarse en su lectura las cuestiones tocantes a ritos y costumbres, a la sucesión cronológica de monarquías y otras cosas admirables «leídas con cierto grado de asombro». Deben apreciarse asimismo todas las materias de orden «filosófico», como lo son

todas las palabras, acciones y consejos, o casos de cosas con los que la historia tan ampliamente provee a quien la lee, que pueden ser una suerte de guías para el gobierno y la regulación de las vidas de los hombres, en público y en privado, en la paz y en la guerra. Observaciones en las que no se deben descuidar los caracteres de los hombres, pues si una relación clara de los consejos y los sucesos de las cosas aumenta, y confirma la política y la prudencia civil, así las buenas descripciones de las personas son un tipo de guías, y al irse imprimiendo en nuestras mentes con frecuencia, provocan que recordemos a aquellos a quienes debemos parecernos, y a aquellos a los que no<sup>201</sup>

Wheare explica que los «frutos» obtenidos en ese «tesoro» de la historia no son sólo objetivos teóricos, sino que se entienden en un sentido material, de ahí que se denominen *excerpta*:

Estas cosas, digo, deben ser observadas al leer, extractadas o transcritas, y dispuestas en orden en ciertos lugares comunes, los títulos de los cuales, leídos con frecuencia, podrán ayudar, agitar y encender nuestras frías y desvanecidas memorias igual que si fueran un tipo de imágenes de cera (como expresó un sabio autor). A partir de ellos podremos, cuando lo requiera la ocasión, aprovisionarnos con consejos saludables y una infinita variedad de ejemplos similares o disímiles, parecidos o diferentes; podremos percibir claramente lo que debe hacerse, o no hacerse, ser dicho o callado;

---

<sup>200</sup> Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*, pp. 321-322. La versión latina decía «Apud Historicos alia sunt quae ad doctrinam magis saciunt, alia quae ad prudentiam; alia quae linguam formant, & dicendi facultatem perficiunt, aut rerum antiquarum notitiam conferunt; alia verò quae ad vitam potius instituendam, & ad mores effigendos conducunt» Wheare, *De ratione et methodo legendi historias*, p. 20.

<sup>201</sup> Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*, p. 323. La versión latina es más reducida y no incluye el aviso sobre la observación de los caracteres de las personas: «Sub Philosophicis autem, (ut compendio dicamus) ea complectimur omnia, sive dicta, sive facta, sive consilia, quae sui cultoribus affatim ministrat Historia, ut documenta sint ad institutionem vitae humanae, publicae & privatae, toga vel sago», Wheare, *De ratione et methodo legendi historias*, p. 21.

y a partir de aquí podremos prever los sucesos de las cosas, percibir sus causas, y al recordar los males pasados, proveer remedios para aquellos que se nos avecinan<sup>202</sup>

En la secuencia de actividades concebida por Wheare se suceden sin ningún parón, sin entender que sean cuestiones pertenecientes a diferentes órdenes, la lectura (como observación, como actividad detenida y rigurosa), la extractación de materiales, la ordenación de éstos, y su posterior recuperación como guías (*monitors, documenta*) para la vida.

El método de los lugares comunes ya había sido vinculado directamente con la historia por Jean Bodin en el *Methodus*<sup>203</sup>, pero la obra de Wheare resulta interesante porque también proporciona extensos ejemplos en los que se clarifica el tipo de cuestiones que deben observarse en la historia, tanto en un examen «filológico» como en las consideraciones filosóficas o políticas<sup>204</sup>. Wheare ejemplificó esto con algunos pasajes de Veleyo Patérculo y con otro de Tácito (*An.* III, 65), discurriendo primero como lo harían los «filólogos» o «gramáticos»<sup>205</sup> y señalando posteriormente que

A partir del lugar de Tácito citado más arriba el estudioso de la prudencia civil puede obtener (*elicere*) este aforismo; Allí donde la libertad prístina está desaparecida, y la fidelidad sometida servilmente a los obsequios, todos los magnates y también muchos hombres que actuaban por preceptos, hacen un concurso de adulación, Y así como se da la contención en las palabras, así se finge un designio extraño para todos los hechos<sup>206</sup>

Wheare repite con pocos cambios la conexión constante entre lectura y aprovechamiento de lo leído, caracterizando la lectura como una actividad práctica,

---

<sup>202</sup> Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*, pp. 323-324.

<sup>203</sup> Ver 6.1. En Grey Brydges Chandon, *Horae subsecivae*. Londres: Edward Blount, 1620, hay un ensayo titulado «Of reading histories», pp. 216-217.

<sup>204</sup> Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*, p. 331. En la p. 333 Wheare vuelve a señalar «y de aquí pueden elevarse algunas consideraciones *políticas*, que por el presente voy a omitir» (todas las cursivas son originales). Nada de esto aparece sin embargo en la edición latina de 1623.

<sup>205</sup> *Ibid.*, p. 338.

<sup>206</sup> Wheare, *De ratione et methodo legendi historias*, p. 27: «Ex suprà citato *Taciti* loco, prudentiae civilis studiosus hunc elicere potest Aphorismum, viz. Ubi libertas pristina est extincta, & fides in obsequium servile submissa, plerique omnes etiam Magnates viri in pr[a]eceptis aguntur, adulandi fit certamen, & una est contentio dicta & facta omnia ad alienum fingere arbitrium. Aulicus Politicus hunc: Viri clarissimi, quorum verba & vultus Princeps diligentissimè observat, eaque saepiùs in crimen detorquet, promptis in illum obsequiis dignitatem suam protegere opus habent». Esta reflexión se eliminó por algún motivo en las ediciones posteriores, quizá en vista de los problemas que había supuesto la interpretación de Tácito en sentido político para otros autores.

reglada por una serie de técnicas y procedimientos y que tiene vocación de aplicación real. En constante actualización, esta teoría contaba a estas alturas con ejemplos ilustres, entre los que Wheare destacó las obras de Lipsio, Jean Chokier (identificado como discípulo de Lipsio) y Robert Dallington<sup>207</sup>.

Los usos de Tácito en esta primera mitad de siglo se correspondían con lo que Wheare y muchos otros definían como la función y el modo de emplear la historia y como he mostrado en otros capítulos, una parte esencial de ese método consistía en la reutilización de las citas y sugerencias obtenidas en la lectura para nuevos y variados fines, que se multiplicaron aún más gracias a las distintas orientaciones y lecciones políticas que pueden apreciarse en la narrativa de Tácito. De modo paralelo, y al igual que ocurría en Francia e Inglaterra, este método de aplicación política se enfrentaba a las críticas de quienes se oponían a la consideración en términos exclusivamente humanos de los acontecimientos políticos. Aparentemente, ambas opciones se mantuvieron en una constante oposición, que he tratado de describir a grandes rasgos, pero no consiguieron en ningún momento llegar a anularse. Quiero concluir este capítulo introduciendo una reflexión sobre la posible ruptura de ese «equilibrio» a partir del rechazo de la argumentación histórica y basada en lugares comunes que se aprecia en algunos puntos de la obra de Thomas Hobbes.

En su traducción de las *Guerras del Peloponeso* de Tucídides, publicada en 1629, Thomas Hobbes recordaba al fallecido William Cavendish, su primer patrón, y elogiaba su relación con las letras como elemento fundamental de su persona, tanto pública como privada:

su propio estudio lo concedía, en su mayor parte, a ese tipo de saber que más merece las preocupaciones y las horas de las grandes personas: la historia y la ciencia civil (*civill knowledge*). Y no se dirigía a la ostentación de sus lecturas, sino al gobierno de su vida y del bien público. Pues leía de tal modo que el conocimiento que adquiría con el estudio lo digería con el juicio y lo convertía en sabiduría y habilidad para beneficiar a su país<sup>208</sup>

---

<sup>207</sup> Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*, p. 343. El texto de 1623 no incluye esta reflexión. La obra de Lipsio es naturalmente los *Politicorum libri sex*, la de Dallington los *Aphorismes* citados más arriba y, finalmente, se refiere a Jean Chokier de Surlet, *Thesaurus politicorum aphorismorum*. Maguntiae, 1613.

<sup>208</sup> Tucídides, *Eight bookes of the Peloponnesian Warre*. Londres: Imprinted [at Eliot's Court Press] for Hen: Seile, 1629, «Dedicatoria»

En estas palabras se aprecia una imagen ideal del aprovechamiento de los conocimientos obtenidos en la lectura para el dominio de uno mismo y el bien público, una imagen ideal de la formación y el comportamiento de quien estaba encargado de los asuntos públicos —como la que se construyó Essex— y un testimonio del ambiente en el que se desarrolló la más temprana carrera de Thomas Hobbes. En un principio, nada diferenciaba a Hobbes de otros de los autores de aquellos momentos.

Entre los pocos escritos de Hobbes en esta primera época de su carrera destaca también un comentario sobre el comienzo de los *Anales* aparecido en 1620 en un volumen titulado *Horae subsecivae*<sup>209</sup>. La obra, publicada con el nombre de Grey Bridges, Lord Chandos, había sido atribuida alternativamente a Bridges y a Gilbert o William Cavendish (hijos del primer conde de Devonshire, William Cavendish) hasta que Leo Strauss sugirió en 1936 la autoría (o la decisiva influencia) de Hobbes, secretario y tutor de los Cavendish entre 1608 y 1628 y nuevamente a partir de 1631<sup>210</sup>. Más recientemente, ha sido confirmada la autoría de Hobbes sobre tres de los 16 ensayos o discursos que componen la obra<sup>211</sup>. En sintonía con su contexto intelectual, en estos años Hobbes había fijado su vista en las historias clásicas en busca de enseñanzas políticas. En su presentación, necesariamente elogiosa, de Tucídides, Hobbes revelaba la vigencia de esta clave interpretativa y mostraba su interés por estas cuestiones al calificar a Tucídides como «el historiógrafo más político que nunca haya escrito» por su capacidad para hacer vivir al espectador de su historia las experiencias directamente, sin necesidad de mezclar en su historia reflexiones políticas que cortan esta vivencia directa<sup>212</sup>. Frente a esta elección más original y fundada en criterios menos comunes, Hobbes había elegido algunos años

---

<sup>209</sup> Chandon, *Horae subsecivae*.

<sup>210</sup> Leo Strauss, *The political philosophy of Hobbes. Its basis and its genesis*. Chicago: The University of Chicago Press, 2005, p. xii n. La posición y labores de Hobbes con los Cavendish en Skinner, *Reason and rhetoric*, pp. 217-224.

<sup>211</sup> La confirmación es fruto del trabajo de un grupo de estudios de la Brigham Young University, basado en parte en el análisis lingüístico informático. Unas breves indicaciones sobre la metodología y los resultados en Noel B. Reynolds, «Statistical wordprinting», en Thomas Hobbes, *Three discourses: a critical modern edition of newly identified work of the young Hobbes*. Chicago: The University of Chicago Press, 1995, pp. 157-162. [Edición e introducción de Noel B. Reynolds y Arlene W. Saxonhouse.] Tuck, «Hobbes and Tacitus», señala la indicación originaria de Strauss y parece enzarzarse en un debate de prioridades sobre el redescubrimiento. Los tres discursos atribuidos a Hobbes se titulan *A discourse of lawes*, *A discourse of Rome* y *A discourse upon the beginnigng of Tacitus*, aunque Tuck sigue planteando dudas sobre la autoría del primero de ellos.

<sup>212</sup> Tucídides, *Eight bookes of the Peloponnesian Warre*, «Al lector»



antes, posiblemente en la década de 1610<sup>213</sup>, comentar al autor más en boga de la época, que no era otro que Tácito.

El comentario de Hobbes es igual en su forma a muchos de otros comentarios sobre Tácito —breve pasaje seguido de amplia explicación—, desarrolla posiciones tradicionales en defensa de la monarquía e incorpora tonos maquiavélicos a la explicación de Tácito<sup>214</sup>. En su análisis Richard Tuck concluyó que «en 1620 Hobbes era un tacitista absolutamente auténtico, que utilizaba precisamente los mismos argumentos sobre los peligros de la guerra civil y los modos en que un príncipe podía manipular a una multitud poco de fiar que repetían constantemente todos los tacitistas de Europa»<sup>215</sup>. La visión que Hobbes tenía entonces de la monarquía se aprecia con claridad en el comentario de la primera frase de los *Anales*, tan breve que deja espacio libre para casi todo tipo de interpretación sobre el desarrollo institucional de Roma. En sentido contrario al de Dorislaus, Hobbes comentó, por ejemplo, que la «libertad» instituida por Bruto tuvo origen en un acto privado difícil de soportar por la naturaleza apasionada del hombre, mientras que «la razón y la religión nos enseñan a soportar el yugo»<sup>216</sup>. Sobre las dictaduras (el siguiente elemento de la frase) Hobbes consideró que «tendrían ahora autoridad como un rey absoluto, y por entonces no más que la de un rey de una obra de teatro»<sup>217</sup>. Los tonos maquiavelianos se advierten cuando Hobbes indica no comprender las razones por las que no duraron los gobiernos de Cina y Sulla «pues a pesar de que la violencia no puede ser duradera, los efectos de la misma sí, y aquello que se toma de modo violento puede ser después poseído en quietud y de modo constante»; y también cuando se juzga que César prevaleció frente a Pompeyo y Craso porque «supo que la República era femenina y que cedería antes a la violencia que a la adulación y en consecuencia la asaltó con todo su poder y la conquistó»<sup>218</sup>. Hobbes seguramente mantuvo muchas de sus ideas

---

<sup>213</sup> Strauss propone esta fecha en base a la aparición en las *Horae subcesivae* de elementos de la edición de 1612 de los *Ensayos* de Bacon, Strauss, *The political philosophy of Hobbes*, p. xii n.

<sup>214</sup> Arlene W. Saxonhouse considera único este comentario porque Hobbes decidió concentrarse en *Annales* I, 1-4, pero esto no desentona con la tradición de comentarios parciales (o interrumpidos por cualquier motivo) de la época. Arlene W. Saxonhouse, «Hobbes and the beginnings of modern political thought» en Hobbes, *Three discourses*, pp. 123-154, cita en p. 128. Como señala Tuck, «Hobbes and Tacitus», p. 103, «la mayoría de los comentarios eran incompletos», y esto simplemente convierte al de Hobbes en «su propia relación de la caída de una república y el ascenso de un príncipe exitoso».

<sup>215</sup> El ejemplo que aduce Tuck para confirmar esta afirmación es el del ensayo «On seditions and troubles» de Bacon, *The Essayes or Counsels*.

<sup>216</sup> Chandon, *Horae subsecivae*, p. 229. Hobbes precisa que por lo tanto «no es el gobierno [monárquico] sino el abuso lo que hace que la alteración sea denominada Libertad».

<sup>217</sup> *Ibid.*, p. 230.

<sup>218</sup> *Ibid.*, pp. 235 y 237.

acerca de la monarquía y el gobierno popular hasta los años de *Behemoth*, pero no estoy tan seguro de que, como señala Richard Tuck, el tacitismo de Hobbes se preservará hasta sus obras finales. El ascenso al poder de Cromwell en *Behemoth*, que Tuck considera que ésta modelada sobre la carrera de Augusto, no lo está tanto<sup>219</sup> y en esta narración de las guerras civiles inglesas de la década de 1640, al igual que en muchas de sus obras, resulta bastante más significativo el muy escaso empleo de citas por parte de Hobbes, ya sean de Tácito, ya de otros autores clásicos. En *Behemoth*, además, se aprecia una señalada desconfianza ante el saber político que esgrimen los «caballeros» instruidos en las universidades en los clásicos y en las técnicas de argumentación de herencia humanista<sup>220</sup>.

El comentario sobre el inicio de los *Anales* de Tácito, lo mismo que la cita de la dedicatoria de su Tucídides, indican que Hobbes, obviamente, había sido instruido en la teoría del aprovechamiento de la historia característica del momento. De hecho, entre los ensayos que componen las *Horae subcesivae* hay uno dedicado a la lectura de la historia, en el que se encuentra una vez más una versión del método de lectura y extractación por lugares comunes ya conocido<sup>221</sup>. No obstante, un punto candente en la interpretación de Hobbes ha consistido en dilucidar la relación entre su formación humanista y el posterior desarrollo de su obra, identificado con el desarrollo de la modernidad, en el que se abandonarían, entre otras cosas, versiones del aprovechamiento de la historia como las que se apreciaban en su comentario sobre Tácito. La pregunta que surge es, por tanto, si a través de su obra puede apreciarse una «ruptura» en las prácticas intelectuales y las formas de argumentación que venían sustentando la recepción del clásico. Frente a la oposición entre fe y razón, habitualmente empleada para explicar el esquema general del debate político en el siglo XVII, la interpretación de Hobbes ha descubierto una oposición nueva: la oposición entre la elocuencia, los métodos de lectura, las formas de argumentación

---

<sup>219</sup> Tuck, «Hobbes and Tacitus», p. 103. En la p. 109 Tuck refiere a un paralelo explícito entre la figura de Augusto y la de Cromwell en *Behemoth*, que no he logrado encontrar. El relato del ascenso al poder de Cromwell en Thomas Hobbes, *Behemoth or an Epitome of the civil wars of England from the year 1640-1660*. Londres: s. n, 1679, p. 254, no contiene ningún paralelo con Augusto ni con la historia romana.

<sup>220</sup> Hobbes, *Behemoth*, pp. 30-31 y 75.

<sup>221</sup> Tuck, «Hobbes and Tacitus», pp. 216-217: «Aquel que lee como si estuviera haciendo una apuesta, aunque nunca pierda una sólo palabra, perderá casi toda la sustancia, mientras que el lector estudioso e insistente lee más tal vez que cien de los otros. Otra ayuda necesaria consiste en referir aquellas cosas dignas de observación a algunos títulos y a los lugares comunes por escrito, para que así puedan buscarse de nuevo más fácilmente cuando se tenga ocasión de usarlos. En este caso, el método de cada uno habitualmente es el que mejor sirve al provecho propio, y diversos hombres tienen diversos métodos».

aprendidas en la teoría retórica y las formas de argumentación y pensamiento científico propias de aquella modernidad<sup>222</sup>.

Si en la primera oposición el «tacitismo» como doctrina se definía por su modernidad, su racionalismo y su realismo, en esta segunda no puede sino aparecer como antiguo. El primero, cuando no el único, en señalar esta devaluación de la utilización de Tácito como autoridad frente a los métodos científicos modernos fue Peter Burke, para el que el tacitismo estaba condenado con el asalto a las «autoridades» y la aparición de un empirismo real, con el paso de una política moralizada a otra científica<sup>223</sup>. El juego de oposiciones puede seguirse con facilidad comparando la dedicatoria de Hobbes a sus *Elements of philosophy the first section, concerning body* (1656) y la dedicatoria a Lerma del *Tácito español* de Álamos de Barrientos. En la primera se encuentra una conocida afirmación en la que Thomas Hobbes se reclama como fundador de la ciencia política<sup>224</sup>: «la filosofía natural no es por lo tanto sino joven, pero la filosofía civil es mucho más joven, pues no es más antigua [...] que mi propio libro *De Cive*. ¿Mas cómo? ¿No hubo filósofos naturales ni civiles entre los antiguos griegos? Hubo hombres así llamados»<sup>225</sup>. En la segunda, Álamos presume: «yo habré dado principio a esta manera de ciencia en nuestra nación»<sup>226</sup>.

Ninguna de las dos citas sirve para resumir ni el pensamiento, ni el «compromiso» científico, ni las prácticas argumentales de sus respectivos autores,

---

<sup>222</sup> Mis conocimientos me permiten localizar únicamente tres posturas en la interpretación de Hobbes en este punto. Leo Strauss, definió una «base moral» en el humanismo de Hobbes que no podía verse empañado por la presentación cientifista adoptada posteriormente, Strauss, *The political philosophy of Hobbes*. Para Tuck hay que tener en cuenta que el humanismo de Hobbes era de segunda generación, nutrido del escepticismo y de la visión compleja de la realidad política que había construido la discusión en torno a la razón de Estado. Esta progresión consiste uno de los argumentos principales de Tuck, *Philosophy and government*. Quentin Skinner ha descubierto un Hobbes perfectamente conocedor de los métodos humanísticos y del poder de la retórica que trata de contrarrestarlos con una presentación científica de la política, antes de volver a ensayar la mezcla perfecta entre razón y elocuencia en el *Leviathan*, Skinner, *Reason and rhetoric*.

<sup>223</sup> Burke, «Tacitism», p. 168. Tanto en el capítulo 5.2 como en el 8.3 matizo la oposición dicotómica que empleo en este punto para clarificar los distintos tipos de modernidad y racionalidad que se atribuyen a la política.

<sup>224</sup> Skinner, *Reason and rhetoric*, p. 298: «Sería por tanto legítimo decir, como [Hobbes] añade en una exhibición frecuentemente citada, que el estudio científico de la política es “no más viejo ... que mi propia obra *De Cive*”». Perez Zagorin, «Clarendon and Hobbes»; en *Journal of Modern History*, vol. 57, nº. 4, (1985), p. 610n: «Hobbes se comparaba con los iniciadores Copérnico, Galileo y Harvey, y reclamó haber fundado la filosofía civil o ciencia política en su tratado *De Cive*».

<sup>225</sup> Thomas Hobbes, *Elements of philosophy the first section, concerning body [De Corpore]*. Londres: Printed by R. & W. Leybourn for Andrew Crooke, 1656, «Dedicatoria a William Cavendish».

<sup>226</sup> Álamos de Barrientos, *Tácito español*, «Discurso para la inteligencia de los aforismos». Cabe recordar que Álamos afirmaba, como he analizado en 5.2, que «Ciencia es la del gobierno y Estado; y su escuela tiene; que es la experiencia particular; y la lección de Historias, que constituye la universal».

pues la validez de la comparación nace precisamente del carácter retórico de los textos dedicatorios en los que aparecen. No deja de ser significativo que Álamos refiriera a la «astrología» de Ptolomeo y a la medicina de Hipócrates, mientras que la ciencia con la que Hobbes adornó su prefacio consistía en la «astronomía», cuyos comienzos (excepcionalmente las observaciones) no debían situarse antes de Copérnico; la «filosofía natural universal (el conocimiento de la naturaleza del movimiento)», en la que destacaba Galileo (y más recientemente Johannes Kepler, Pierre Gassendi y Marin Mersenne) y la «ciencia del cuerpo del hombre», «la parte más provechosa de la ciencia natural», «descubierta sagazmente por nuestro compatriota el doctor Harvey»<sup>227</sup>. Las diferencias entre los dos textos no se deben únicamente, como podría parecer, a la distancia en el tiempo y al desarrollo diferencial de la revolución científica, sino que remiten a fundamentos intelectuales distintos. En su *Survey* del peligroso *Leviathan*, Edward Hyde Lord Clarendon criticaba en 1676 que Hobbes hubiera inventado un gobierno imaginario con las reglas de la aritmética y la geometría en lugar de haber buscado una guía en la historia inglesa, la tradición y la experiencia para derivar de ellas las normas de la práctica y el conocimiento político<sup>228</sup>.

Este apunte de ruptura ilumina retrospectivamente muchas de las cuestiones fundamentales que pone sobre la mesa el estudio de la recepción de Tácito en el pensamiento político de esta época. En este capítulo he vuelto a insistir en la importancia de comprender las prácticas de lectura de la historia y los métodos de organización del conocimiento para entender los constreñimientos y posibilidades del pensamiento político de aquella época. El estudio pormenorizado de la traducción de Savile vuelve a recordar que, lo mismo que ocurría en Francia o España, los textos de Tácito estuvieron sometidos a una serie de mediaciones irremediables con las que se modificaba constantemente su sentido. El caso inglés destaca además por revelar dos cuestiones importantes que eran más difíciles de seguir en Francia o España. Me refiero al carácter eminentemente práctico de la lectura de la historia y a su materialización en redes de patronazgo y actuaciones efectivas en el campo político. Una parte de la actividad política consistía, como he mostrado, en el empleo de

---

<sup>227</sup> Hobbes, *Elements of philosophy [De Corpore]*, «Dedicatoria a William Cavendish»

<sup>228</sup> Edward Hyde Clarendon, *A brief view and survey of the dangerous and pernicious errors to church and state, in Mr. Hobbes's book, entitled Leviathan*. Oxford: Printed at the Theater, 1676. La oposición fue analizada por Zagorin, «Clarendon and Hobbes». Tenney, «Tacitus in the politics of early Stuart England», pp. 162-163, ha indicado el uso de Tácito por parte de Clarendon en su *History of the Rebellion*.

eruditos expertos en la interpretación de la historia y en la materialización de la lectura como guía práctica de acción. En Inglaterra, la revalorización de la historia tuvo una expresión específica con su institucionalización como materia universitaria.

Los modos de creación de pensamiento político observados en los tres últimos capítulos nos remiten a lecturas hoy desaparecidas y las formas materiales y los géneros en los que se expresaba ese pensamiento obligan a reflexionar sobre la distancia respecto a nuestras propias convenciones. Se ha podido apreciar igualmente que los eruditos y expertos, dada su necesaria inserción en las redes de patronazgo y la competencia por una posición social, no sólo definieron la política mediante una actividad teórica, sino también con la defensa de su valía como intérpretes, de la relevancia de sus habilidades textuales, y de la necesidad de su propia existencia. Todas estas cuestiones aparecen aquí y allá a lo largo de los capítulos 5, 6 y 7, y consituyen a su vez el motivo de reflexión para el próximo y último capítulo, en el que quiero volver a contextualizar la recepción de Tácito para apuntar qué nos descubre sobre la naturaleza del pensamiento político de la edad moderna.



## 8. El lugar de la política

Si mi primer capítulo comenzaba con el análisis de la recepción de Tácito con el escrutinio a corta distancia de las anotaciones marginales de un lector, a la hora del cierre quiero proponer una óptica casi contraria. Para contemplar desde lejos el fenómeno, la noción de «lugar» permite colocar los libros de Tácito y los diversos formatos de comentario sobre (o en torno a) sus obras en relación con otros saberes de la época y atribuirles un valor relativo. También permite pensar en la acción política y, especialmente, en la transformación del texto clásico en guía para el presente, en relación con un contexto general: situarlo en un espacio físico de relaciones de poder y toma de decisiones sobre el que se proyectan imágenes convencionales de la disciplina política y de sus participantes.

En el primer apartado de este capítulo trataré de reconstruir el lugar que debieron ocupar las ediciones de Tácito y sus comentarios en las bibliotecas de la edad moderna. Naturalmente, este no será un estudio detallado al estilo de una historia del libro, sino que se centrará en descubrir los rasgos más generales que permitían su clasificación en uno u otro lugar de aquellas bibliotecas. Como mostraré, la política y la historia ocuparon lugares no sólo diferentes de los que hoy podríamos otorgarles, sino variables, cambiantes al hilo de la evolución de esas disciplinas como tales. En el segundo apartado, trato de comprobar el lugar en el que los libros de política podían adquirir sentido práctico. Analizo en este caso las representaciones —las imágenes— de la disciplina y sus practicantes y sitúo el papel del libro en esos espacios dedicados al análisis de los asuntos humanos.

En un tercer sentido, más abstracto, la recepción de Tácito ocupa un «lugar» en nuestra manera de entender qué constituye el pensamiento político. Las prácticas textuales y a los objetos materiales que han sido analizados a lo largo de este trabajo pueden situarse respecto a lo que se considera un pensamiento calificado de «racional» o «moderno». A partir de ahí puede considerarse la evolución histórica del pensamiento político tanto desde el punto de vista de sus contenidos, de las temáticas y problemas que aborda, como desde el punto de vista de sus fundamentos prácticos, de los modos en que fue escrito y las técnicas con las que fue concebido. Como señalé al concluir el capítulo anterior, resulta al menos necesario tener en cuenta hasta qué punto el pensamiento político de la edad moderna estaba construido, según denunció Hobbes, a partir de textos clásicos y defendido esencialmente con las polisémicas armas de la

retórica humanista. Compuestos desde otros fundamentos argumentativos, resulta difícil encontrar un lugar a esos textos de pensamiento político que no reduzca sus múltiples matices y peculiaridades, sus rasgos más marcadamente históricos.

## 8.1 Bibliotecas y fronteras disciplinarias

Las clasificaciones por materias empleadas en distintos catálogos de bibliotecas de la edad moderna han sido interpretadas como un reflejo de las concepciones mentales del mundo de quienes elaboraron y utilizaron esos catálogos. Fernando Bouza ha advertido, en sentido complementario, de los peligros de «actualismo» que encierra el análisis de las bibliotecas en términos propios de las divisiones disciplinares que habitualmente se manejan hoy día, pues al fin y al cabo no debe olvidarse que «las *series* de disciplinas altomodernas pueden ser la génesis de lo que después conoceremos, pero responden autónomamente a un orden irrepetible y exclusivo que corremos el riesgo de no entender si le imponemos el que es el nuestro, pero no el suyo»<sup>1</sup>.

Gracias a catálogos y descripciones de bibliotecas, a repertorios imaginarios y bibliotecas portátiles, es posible disponer de una clave o *ratio* de las bibliotecas de entonces para comprender los lugares relativos que ocupaban disciplinas que, incluso llevando el mismo nombre con que hoy designamos determinados ámbitos de conocimiento, eran propias de aquella época, tanto por sus propios contenidos como por su relación y posición relativa con el resto de saberes. Julio Caro Baroja fue quizá uno de los primeros en darse cuenta del valor intrínseco que tenían estas clasificaciones, y señaló la importancia de los índices de la *Biblioteca nova* de Nicolás Antonio y las posiciones relativas que en ellos ocupaban la teología y lo literario<sup>2</sup>. Bartolomé Clavero construyó buena parte de su argumento acerca de la «situación» de la disciplina familiar u *oeconomica* en la edad moderna a partir de esos mismos índices por los que Antonio repartía las distintas obras clasificadas, señalando de paso las diferencias disciplinares entre nuestra economía y aquella<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca*, p. 125.

<sup>2</sup> Julio Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Akal, 1978, pp. 603-615: «Porque claro es que en su misma concepción de las divisiones en disciplinas y en el orden que les da hay ya un principio revelador de la importancia de lo teológico y desprecio a lo literario que hoy se considera lo mejor; la poesía y la novela van, así, en cola significativa» (p. 603). Esta referencia del uso pionero de los índices de Nicolás Anotnio se la debo a Julio A. Pardos. Nicolás Antonio, *Biblioteca hispana nueva*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1999. [Traducción de la edición de Francisco Pérez Bayer, Madrid: viuda y herederos de don Joaquín Ibarra, impresor real, 1788. Edición dirigida por Miguel Matilla Martínez.]

<sup>3</sup> Bartolomé Clavero, «Beati dictum: derecho de linaje, economía de familia y cultura de orden»; en *Anuario de historia del derecho español*, vol. LXIII-LXIV (1993).



En este apartado trato de descubrir el lugar que ocupaban los libros de Tácito en ese orden de las bibliotecas. Tan importante como esto lo es el mostrar la situación relativa del apartado de obras históricas en el conjunto de la biblioteca y, finalmente, mostrar el lugar que ocupó esa política construida a partir de la lectura de la historia. Los índices de Antonio servían bien a los estudios mencionados, pero no resultan demasiado significativos para situar la recepción de Tácito. Las de Antonio son dos bibliotecas «hispanas», lo que afecta al modo en que se veían clasificadas en su seno las obras clásicas; además, una de ellas es «nueva» y la otra «antigua», pero ninguna «clásica», lo que vuelve a distorsionar el lugar de los autores griegos y latinos en el conjunto de estos repertorios. Resulta mucho más interesante la aparición de apartados específicos para la materia política en estos índices que, como han señalado Baroja o Clavero reservan un lugar principal y destacado para las materias teológicas (12 de 23 epígrafes, colocados en primer lugar y distinguidos jerárquicamente del resto). La «política» queda dividida en dos epígrafes distintos, el destinado a las materias «jurídicas, político-legales» y el de las materias propiamente «políticas»<sup>4</sup>.

La división de Nicolás Antonio, salida a la luz en la última década del siglo XVII, es al mismo tiempo signo de los desarrollos disciplinares que se habían introducido en ese siglo y signo de una división más tradicional. Aunque cada catálogo refleja en buena medida los usos que se preveían para los libros recogidos en la biblioteca que clasificaba, puede tal vez identificarse esa división «tradicional» con los catálogos de las bibliotecas de colegios jesuitas como el de san Diego de Alcalá, recogidos a la hora de la expulsión de la compañía en el siglo XVIII. En ellos la teología sigue presidiendo la lista de materias, mientras que la política quedaba simplemente incluida bajo la rúbrica general de letras humanas<sup>5</sup>. Quizá conviene aclarar que esto no quiere decir que aquellas bibliotecas no contaran con ejemplares de obras políticas, sino que los usos previstos idealmente para ellas no hacían necesario especificar una clasificación para tales ejemplares<sup>6</sup>. Otros catálogos de bibliotecas conventuales conservados en la Biblioteca Nacional de Madrid —relacionados seguramente con la desamortización de Mendizábal y la entrada de los correspondientes fondos bibliográficos de esas instituciones en la Biblioteca Nacional— también exageran la

---

<sup>4</sup> Antonio, *Biblioteca hispana nueva*, tomo II, índice VII de materias.

<sup>5</sup> *Catálogo de la librería de san Diego de Alcalá*. [BNM Mss. 17830.] El inventario más completo, en el curso del cual debió recogerse el catálogo de la biblioteca está en *Inventario de libros y efectos del Colegio de Alcalá, 1767-1774*. [BNM Mss. 17794.]

<sup>6</sup> *Catálogo de la librería de san Diego de Alcalá*. incluye, por ejemplo las obras de Bodin, Mariana, Juan Márquez, Johannes Chokier y Saavedra Fajardo en la lista de libros de «letras humanas».

división de Antonio entre teología y el resto de materias, que, con excepción de la filosofía, quedan a menudo aparcadas en clases de libros «varios»<sup>7</sup>.

Un problema añadido de estas divisiones «tradicionales» es que los catálogos que las recogen son necesariamente lentos ante las innovaciones disciplinarias y poco receptivos, o rígidos, frente a las reclasificaciones y a la aparición de nuevos dominios<sup>8</sup>. Algunas otras bibliotecas y su estructura de clasificación son, sin embargo, el reflejo de los desarrollos más significativos de la edad moderna, como es el caso de la recogida por Felipe IV en el Alcázar de Madrid, de la que se conserva un catálogo confeccionado en 1637 y buena parte de los ejemplares (hoy integrados indiferenciadamente en la Biblioteca Nacional de Madrid)<sup>9</sup>. La de Felipe IV no fue una librería cualquiera, sino una muy peculiar, en la que destacan la ausencia de la teología y las materias relacionadas con la religión y la ausencia de las obras latinas, sustituidas completamente por traducciones al vernáculo<sup>10</sup>. Fernando Bouza, por comparación con la de El Escorial, ha considerado que ésta biblioteca «cumplía una función menos representativa, más utilitaria y placentera»<sup>11</sup>. En cierto modo se podría considerar, por tanto, representativa del gusto y las evoluciones disciplinares acontecidas durante las primeras décadas del siglo XVII. Junto a las ausencias ya indicadas<sup>12</sup>, destaca el lugar extremadamente amplio que se ha reservado a la historia en esta biblioteca, en concordancia con la importancia que se atribuía a este tipo de conocimiento a la hora de

---

<sup>7</sup> *Catálogo de una biblioteca conventual de Franciscanos*, S. XVII. [BNM Mss. 3521.] Los índices están en los fols. 109r y ss. y 130r y ss.

<sup>8</sup> Algunas sugerencias preliminares, pero mucho menos de lo que promete el título, en Giovanni Muto, «Classificazioni e generi: dai libri di “Gobierno y Estado” ai “Livres Politiques”», en Maria Luisa López Vidriero y Pedro M. Cátedra (eds.), *El libro antiguo español IV. Coleccionismo y bibliotecas : (siglos XV-XVIII)*, Salamanca: Universidad de Salamanca; Patrimonio Nacional; Sociedad Española de Historia del Libro, 1998.

<sup>9</sup> *Índice de los libros que tiene su Magestad en la Torre Alta deste Alcázar de Madrid*, 1637. [BNM Mss. 18791.] Los libros están encuadernados en un pergamino blanco de aspecto pulido. La tapa y la contratapa aparecen adornadas con un doble filete rectangular dorado y en el lomo se conserva la signatura antigua (la del catálogo de 1637). Las bibliotecas del Alcázar han sido estudiadas por Elena de Santiago Páez, «Las bibliotecas del Alcázar en tiempos de los Austrias», en Fernando Checa (ed.), *El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la corte de los Reyes de España (Exposición)*, Madrid: Nerea-Comunidad de Madrid, 1994. La de Felipe IV en concreto ha sido objeto de un estudio monográfico por parte de Fernando Bouza Álvarez, *El libro y el cetro: la biblioteca de Felipe IV en la Torre Alta del Alcázar de Madrid*. Salamanca: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2005, quien incluye un índice de signaturas de libros localizados en la BNM.

<sup>10</sup> Frente al papel prominente de la teología en otras clasificaciones, aquí sólo ocupa el epígrafe 35 sobre 40: «Teología positiva, y moral», *Índice de los libros que tiene su Magestad en la Torre Alta deste Alcázar de Madrid*, fol. 2v.

<sup>11</sup> Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca*, p. 131. La misma cuestión en Bouza Álvarez, *El libro y el cetro*, p. 15

<sup>12</sup> Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca*, p. 131. Añade a las ya mencionadas la «débil presencia de obras de Derecho –sólo están las imprescindibles leyes de reinos, pero no así la inundación doctrinal tan característica de otras librerías de su tiempo y, qué dirían los letrados, las *Instituta* aparecen en una versión romanceada».

manejar los asuntos del mundo. De los cuarenta apartados que se describían en el índice de materias del catálogo, 16 estaban reservados a libros de historia, desde la más universal hasta la biografía de personajes señalados, pasando por las historias nacionales y regionales que se suponían de mayor interés para el monarca hispano<sup>13</sup>.

La biblioteca, como ha señalado Fernando Bouza, era *escena* particular para el príncipe<sup>14</sup>. Como propietario de la biblioteca, Felipe IV aparecía, según lo que sus libros pretendían decir de él, como un monarca con amplísimos conocimientos históricos — una base fundamental para lograr el éxito en la actuación política—, pero también se dibujaba, mediante otras materias, como un monarca culto en los dominios de la poesía o la música<sup>15</sup>. El catálogo incluía asimismo otras materias más técnicas como la artillería, la fortificación, la cosmografía, la geografía y la esfera, y un apartado dedicado a los títulos de «Gobierno y estado». La impresión que deja esta última categoría es la de representar, por estricta yuxtaposición en ocasiones, esas tendencias a la hibridación que ya he señalado para el reinado de Felipe III, pero que sin duda alcanzan su cima en el de su sucesor. Para Fernando Bouza, para quien la biblioteca ofrece, en definitiva, un «interesante perfil con el que contrastar la teoría y la práctica de Felipe IV como barroco príncipe político-cristiano» y como señala este autor, en esta categoría conviven en aparente armonía Furió, Bodin, Botero, Malvezzi, Maquiavelo, Lipsio, Pérez, Tomás de Aquino, Bellarmino, o Ribadeneyra<sup>16</sup>. Naturalmente, un examen del catálogo de la biblioteca de Felipe IV en el Alcázar conduce al poco sorprendente resultado de encontrar las traducciones castellanas de Tácito almacenadas entre obras de historia, no entre las de contenido político<sup>17</sup>.

Puede que en ocasiones se separaran las ediciones latinas de sus traducciones en clasificaciones diferentes, pero por mucho que la edad moderna hiciera de las obras de Tácito un objeto privilegiado de atención política, estas ocupaban su lugar junto al resto de historias clásicas. Sólo los comentarios, discursos y otras elaboraciones posteriores

---

<sup>13</sup> *Índice de los libros que tiene su Magestad en la Torre Alta deste Alcázar de Madrid*, fol. 2r.

<sup>14</sup> Bouza Álvarez, *El libro y el cetro*, p. 147, incluye un interesante comentario sobre el cambio de escenario tras la caída de Olivares, pasando el rey de la librería al despacho.

<sup>15</sup> Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca*, p. 131: «Por último, esta biblioteca de la Torre Alta responde a las expectativas de encontrar un monarca culto, interesado por el arte y la música, así como por la literatura de su tiempo, destacando las rimas poéticas y las muchas obras de recreación que se encierran tras ese “Libros varios de diversas lenguas”».

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> Las obras de Tácito que aparecen en este catálogo se reducen a tres traducciones castellanas: La de Carlos Coloma, la de Álamos de Barrientos y la de Manuel Sueyro, que tienen, respectivamente, las signaturas III.8, L.11 y III.9.

conseguían entrar en la categoría de política<sup>18</sup>. El inventario de la biblioteca de Lorenzo Ramírez de Prado, elaborado con motivo de la venta de sus numerosísimos libros, no deja lugar a dudas a este respecto. Este inventario estaba dividido en cuatro clases (con subdivisiones internas que no detallaré aquí al completo): la primera era la de los libros «De Eclesiasticos, y letras Sagradas» la categoría que encabeza habitualmente la gran mayoría de las bibliotecas de cierta entidad; la segunda, «De Iuristas», que incluye un apartado específico dedicado a los libros «Políticos, y Iuridico Politicos, Economicos, y Epistolas familiares sobre essas materias»; la tercera clase es la de «De artes liberales» y en ella se encuentran clasificados todos los libros de «letras humanas» y erudición y toda una serie de disciplinas desde la poesía a la medicina, pasando por la filosofía moral y natural, la astrología, la náutica y las matemáticas y dejando solo el hueco significativo que viene a ocupar la cuarta clase del inventario, aquella de los libros «Historias Universales, y Particulares, Sacras y Profanas, de todas lenguas, y naciones, Anales, y Genealogias»<sup>19</sup>. A excepción de una edición de Tácito que se clasificó como parte de unas obras completas de Lipsio (y se colocó por tanto entre los libros de letras humanas), las restantes dieciocho ediciones y traducciones del clásico (en español, francés e italiano) se encuentran clasificadas en la cuarta clase de libros, esa hipertrofiada sección dedicada a la historia. En esa misma clase cuarta aparecen inventariados además varios comentarios y libros de anotaciones sobre Tácito, que no han sido separados de las obras del latino y colocados en el apartado de erudición de la clase tercera.

La colocación de los libros de Tácito dentro de los libros de historia no puede calificarse más que como evidente, pero precisamente por ello resulta más significativa la elaboración política a partir de los mismos. Si no había dudas a la hora de clasificarlos como lo que más claramente son, resulta por tanto necesario comprender el método de transformación de esas obras en material apto para la comprensión y la actuación política. Posiblemente, la clave reside en advertir el papel que ocupa la historia dentro de estas clasificaciones, pues en los dos ejemplos anteriores se aprecia que está desplazando a otras disciplinas. En términos físicos o numéricos, los libros de historia

---

<sup>18</sup> Por ejemplo, Charles Sorel coloca los discursos de Ammirato traducidos por Melliet —Ammirato, *Discours politiques et militaires sur Corneille Tacite* (Lyon, 1619)— y la edición de Baudoin con los discursos del mismo Ammirato —Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus et Velleius Paterculus, avec des Discours politiques* (París, 1619)— entre las obras de política. Charles Sorel, *La bibliothèque française*. París: Compagnie des libraires du Palais, 1664, p. 61.

<sup>19</sup> *Inventario de la librería del señor D. Lorenzo Ramírez de Prado*, 1661. [S.l., s.a.] Hay una edición moderna, realizada por Joaquín de Entrambasaguas, *La biblioteca de Ramírez de Prado*. Madrid: CSIC, Instituto “Nicolás Antonio”, 1943.

predominaban en las bibliotecas —sin duda peculiares, como toda biblioteca— de Felipe IV o Ramírez de Prado. La importancia de la historia en las «bibliotecas», más allá de estas dos pertenecientes a un rey y a un importante embajador, erudito y bibliófilo, no es más que un pequeño síntoma de una cuestión que desborda los límites de la biblioteca y remite al valor relativo atribuido a esta forma de conocimiento y a su papel en relación con otras disciplinas. En los capítulos 5, 6 y 7 he mostrado la revalorización de la historia en cuanto conocimiento de los asuntos humanos y guía para su conducción, pero la historia, como ha puesto recientemente de manifiesto un volumen colectivo editado recientemente por Gianna Pomata y Nancy Siraisi, era una forma de conocimiento en un sentido mucho más amplio<sup>20</sup>.

Las clasificaciones bibliotecarias no son suficientemente profundas para describir una estructura intelectual en que sobresale, como señalan Pomata y Siraisi, la «ubicuidad de la *historia* en el conocimiento de la edad moderna: el hecho de que apareciera en un lugar prominente en un amplio conjunto de disciplinas que iban desde los estudios de los anticuarios y la historia civil hasta la medicina y la filosofía natural»<sup>21</sup>. Las editoras también nos recuerdan que no fue hasta el cambio entre el siglo XIX y el XX cuando la historia adquirió una renovada fundamentación epistemológica —en relación con la paralela conceptualización de las ciencias naturales— y una genealogía que la separaba radicalmente de cualquier posible relación con éstas<sup>22</sup>. El resultado de ese cambio fue la asunción de que la historia humanística era en esencia un género literario y no epistémico, mientras que, como había demostrado Arno Seifert, en la edad moderna «historia» indicaba primordialmente un *modus cognoscendi*, una categoría cognitiva<sup>23</sup>. Esta cuestión la retomaré en el tercer apartado de este capítulo, pero quiero señalar aquí uno de los hallazgos de esta obra de Pomata y Siraisi. Una parte considerable de los estudios que componen el libro dirigen su atención no sólo a los cambios conceptuales, sino a las prácticas intelectuales de la edad moderna, lo que permite descubrir «cuán cuestionables y toscamente anacrónicas son los límites intelectuales que en ocasiones se proyectan sobre la cultura de la edad moderna»<sup>24</sup>.

---

<sup>20</sup> Pomata y Siraisi, *Historia*.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 1.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>23</sup> *Ibid.* La obra de Seifert sobre la que se basan las editoras en este punto de su argumentación es Arno Seifert, *Cognitio historica: die Geschichte als Namengeberin der frühneuzeitlichen Empirie*. Berlín: Duncker & Humblot, 1976. Para la historia conceptual del término «historia» conviene remitir también a Koselleck, *historia/Historia*. [La obra es un extracto de la voz del diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe*].

<sup>24</sup> Pomata y Siraisi, *Historia*, p. 6.

Para tratar de recuperar, como venía haciendo, una idea de las fronteras disciplinares de la edad moderna quizá sea mejor abandonar los catálogos de las bibliotecas que realmente existieron y buscar en otros, más locuaces, de bibliotecas portátiles o imaginarias<sup>25</sup>. En la edad moderna, la biblioteca fue figura del mundo, elemento de representación del estatus de su propietario y objeto de elaboraciones teóricas por parte de muy destacados autores y, paralelamente, el género de descripciones de bibliotecas ideales fue practicado por autores muy importantes de la época, como Justo Lipsio o Gabriel Naudé<sup>26</sup>.

En su *Advis pour dresser une bibliothèque* (1627), Gabriel Naudé no se detiene demasiado en elaborar un orden razonado, una hilazón de categorías bajo alguna lógica, y de hecho critica varias «bibliotecas» u ordenaciones basadas en categorías ingeniosas, demasiado amplias o demasiado estrechas<sup>27</sup>. El orden es sin duda importante para Naudé, tanto en un sentido práctico de búsqueda y recuperación de los libros como por motivos teóricos. Por ello critica la colocación «lineal» de la biblioteca Ambrosiana, que obliga a encontrar los libros a través de un catálogo<sup>28</sup>, y por ello precisa que el orden es lo que diferencia una biblioteca de una masa de libros, lo mismo que un conjunto de hombres se diferencia de un ejército o un montón de materiales de construcción de un palacio<sup>29</sup>. En lo que refiere a las delimitaciones disciplinares Naudé se decanta por un orden sencillo, pues para él «el mejor es siempre aquel que es el más fácil, el menos intrincado, el más natural, y que sigue las disciplinas de teología, medicina, jurisprudencia, historia, filosofía, matemáticas, humanidades y otras»<sup>30</sup>. En esta división «tradicional» Naudé no prevé un lugar específico para la política, una novedad que tratará en una obra destinada exclusivamente a esa cuestión, su *Bibliographia politica*. Para Naudé, la preocupación por el orden está más bien

---

<sup>25</sup> Ver Roger Chartier, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 1994, cap. 3 «Bibliotecas sin muros».

<sup>26</sup> Justo Lipsio, *De bibliothecis syntagma*. Antverpiae: Ex officina Plantiniana apud Ioannem Moretum, 1602; Gabriel Naudé, *Advis pour dresser une bibliothèque*. París: Aux Amateurs de Livres, 1990. [Edición facsímil a partir de la de 1644. Precedida de *L'Advis, manifeste de la bibliothèque érudite* por Claude Jolly ]

<sup>27</sup> Naudé, *Advis*, pp. 129-130. Critica la disposición en cien bufetes de la Croix du Maine en su *Bibliothèque françoise* y a Camile en su *Theatre*, así como la división tripartita de Jean Mabun en moral, ciencias y devoción.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 137. Y a todas aquellas en las que los libros «están revuletos y colocados indiferentemente según el orden de los volúmenes y las cifras, y distinguidos únicamente en un catálogo en el que cada ejemplar se encuentra bajo el nombre de su autor».

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 128.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 131. A esto deben añadirse las subdivisiones propias de cada una de estas áreas, y unas ciertas reglas que exigen colocar primero los libros más generales y después los que tratan puntos más concretos, agrupar los comentaristas, etc.

relacionada con la calidad de los libros que deben contener la biblioteca, con lo que no debe faltar en ella. En el capítulo dedicado a esta cuestión, el que será bibliotecario del cardenal Mazarino expresa la necesidad de mantener una visión amplia de los libros existentes, una atención a las materias básicas, tales como los autores clásicos y sus mejores comentaristas, la teología y sus elementos más importantes y también una atención a las materias novedosas y propias de la época, a las doctrinas heréticas y las controversias más recientes, a las materias más desconocidas, etc<sup>31</sup>.

En España, Francisco de Araoz publicó en 1631 su *De bene disponenda bibliotheca*, especialmente interesante para comprender el desarrollo de la disciplina política<sup>32</sup>. La obra de Araoz está dedicada a Lorenzo Ramírez de Prado y dispone idealmente los libros a lo largo de quince categorías diferentes<sup>33</sup>. La primera categoría se ocupa de las palabras «calígrafos, diccionarios y gramáticos» y la segunda de las cosas (*res y verba*), que son fundamentalmente «libros de lugares comunes»<sup>34</sup>. Tras el aprovisionamiento básico siguen las tres categorías relacionadas de la retórica, la historia, la poesía. La aportación más original de Araoz consiste en estas cinco primeras divisiones, organizadas de acuerdo con las necesidades a las que se enfrentaría cualquiera que tuviera que componer una obra nueva. Este principio organizativo lo desvela Araoz al señalar que «los retóricos vienen detrás de los diccionarios de palabras y de cosas con razón, puesto que en éstos se basa todo sermón y oración y la Retórica y sus figuras y adornos tiene, con su ayuda, suficiente materia y el campo de la Elocuencia se hace fértil y plácido»<sup>35</sup>. Las categorías sexta y séptima comprenden las matemáticas (geómetras, músicos, aritméticos y astrólogos) y la naturaleza (filósofos de filosofía natural, doctores en medicina, agricultores y cocineros). La octava categoría está dedicada a «Los Filósofos Morales que regulan la vida y enseñan las

---

<sup>31</sup> Ibid, cap. 4 «De la calidad y condición que deben tener».

<sup>32</sup> Francisco de Araoz, *De bene disponenda bibliotheca, ad meliorem cognitionem loci & materiae, qualitatisque librorum, litteratis perutile opusculum*, 1631. Hay una edición moderna, Francisco de Araoz, *De bene disponenda bibliotheca*. Madrid: Instituto de España; Biblioteca Nacional, 1992. Antecesor de las «bibliotecas» de Nicolás Antonio fue Tomás Tamayo de Vargas, *Junta de libros*, c. 1624. [BNM Mss. 9752-9753.] Hay una edición crítica moderna, Tomás Tamayo de Vargas, *Junta de libros, la mayor que España ha visto en la lengua castellana*, Madrid: Iberoamericana; Fráncfort am Main: Vervuert, 2007. [Edición crítica e introducción de Belén Álvarez García.]

<sup>33</sup> Araoz, *De bene disponenda bibliotheca*, p. 35, «Dedicatoria a Lorenzo Ramírez de Prado»: «La gracia que me concediste de poder ver tu completa y selecta Biblioteca fue la causa de que yo, a mi vez, te enseñara algunas Categorías que había ideado y descubierto tiempo atrás para ordenar mi propia Bibliotequita, buscando a la vez las razones de congruencia y utilidad».

<sup>34</sup> Ibid, p. 46. A saber, «La Polyanthea novísima» (alguna edición revisada de la obra de Domenicus Nanus Mirabellius, ver al respecto capítulo 2, nota 159) «La Biblioteca de Posevino» citada anteriormente y «La Oficina de Testor y otros» (Johannes Ravisius Textor). Esta categoría también incluye, tras los libros de lugares comunes, «los que escriben de aquello que sirve para entender a otros autores».

<sup>35</sup> Ibid, p. 50.

costumbres»<sup>36</sup>. La novena, relacionada estrechamente con la anterior está dedicada a «políticos» y «juristas»<sup>37</sup>. Esa misma progresión de la ética a la política se encuentra también en la *Bibliothèque française* de Charles Sorel (1664), que coloca este segundo tipo de libros «tras las instrucciones de la moral y la vida civil, para instruirse enteramente en la política y ser capaz de juzgar las cosas del mundo»<sup>38</sup>. Las cinco categorías restantes, una parte importante del total, están relacionadas con materias religiosas de diverso orden<sup>39</sup>.

En las explicaciones sobre la naturaleza y el contenido de la novena categoría, Araoz indica, en primer lugar, la conexión con la categoría anterior, esa «doctrina insegura e informe sobre las virtudes morales, que viene de tradición desde los Filósofos antiguos» y que es la que aplican posteriormente —de ahí la relación— tanto los políticos como los creadores de las leyes<sup>40</sup>. En cuanto a los políticos en sí mismos, Araoz indica que a éstos, si son realmente tales, se les debería llamar Jurisprudentes, puesto que «realmente son prudentes si no se apartan de la exacta observancia de las leyes divinas y humanas»<sup>41</sup>. Una vez hecha esa precisión, que es en realidad una toma de posición en el debate sobre los límites de la razón de estado, Francisco de Araoz indica finalmente que los políticos son quienes

no solamente juzgan los asuntos, sino que los enseñan y dirigen, teniendo en cuenta la naturaleza de los tiempos, de las cosas, de las costumbres y de las personas, sus cualidades y posición, la historia de los hechos pasados, atendiendo no sólo a la razón de las leyes, sino a la conveniencia del decoro y la utilidad<sup>42</sup>

Con esta definición Araoz construye las fronteras de la disciplina a través de una serie de atribuciones que asigna a sus «participantes». Expresado en forma teórica, el saber del político incluye el conocimiento de las distintas circunstancias, las diferencias entre

---

<sup>36</sup> Ibid, p. 73. Las formas o «medios» que incluye Araoz en esta categoría son los de «la palabra», «las fábulas morales», «los jeroglíficos», «emblemas», «símbolos» y «proverbios».

<sup>37</sup> Ibid, p. 75.

<sup>38</sup> Sorel, *La bibliothèque française*, p. 59.

<sup>39</sup> La décima categoría (p. 79) comprende «canonistas» y «sumistas»; la undécima (p. 83) «escritores de cualquier materia de las que pertenecen a los cursos de artes» y «teólogos eclesiásticos»; la duodécima (p. 85) «la sagrada escritura y sus comentarios», «traducciones», «comentarios» y «predicaciones»; la decimotercera (p. 88) a los «historiadores eclesiásticos»; la decimocuarta (p. 92) a «padres y doctores de la iglesia» y «escritores sobre cualquier doctrina piadosa»; y la decimoquinta (p. 96) a «poetas espirituales», «libros de recitación» y «libros de ritos sagrados».

<sup>40</sup> Araoz, *De bene disponenda bibliotheca*, p. 76.

<sup>41</sup> Ibid. La relación entre una y otra materia se repetiría posteriormente en el ya comentado inventario de la librería de Ramírez de Prado.

<sup>42</sup> Ibid.



épocas, las personas y la historia. Cabe preguntar entonces quién o quiénes serían aquellos que cabrían en esa definición. Araoz no ofrece una respuesta, pero da una lista de libros que caen en esta categoría, y que definen un grupo de «expertos» o «intelectuales» asociados con el dominio al mismo tiempo que varios tipos de libros que encajan en el género.

Me interesa subrayar aquí los efectos que tiene esta definición disciplinar, y que logra identificar un campo, sus participantes, unos modos de hacer y unos tipos de libros que «son» políticos. Todas estas cuestiones, variables, se definen al mismo tiempo y, lo que no es menos importante, con la participación imprescindible de aquellos mismos que constituyen el campo disciplinar. En este sentido, los libros de política están cargados del quehacer de sus autores, es decir, representan la labor de sus actores. Están además definiendo un espacio nuevo, un hueco disciplinar que posiblemente no se había abierto con anterioridad. El espacio de la política se define al mismo tiempo y con los mismos gestos con los que se escriben los libros que integran esta clase. El intelectual que escribe estos libros tiene que defender al unísono el valor del conocimiento que contienen, su papel en la generación de este conocimiento y su posición en la esfera de toma de decisiones de gobierno.

## **8.2 Imágenes de la disciplina y del practicante**

Las imágenes más habituales de la política de la edad moderna están construidas con palabras, a través de las definiciones y precisiones que diversos autores de la época incluyeron en sus obras. Pero aunque la mayor parte de la evolución de la disciplina política se haya estudiado en el terreno de lo lingüístico, en la edad moderna la disciplina también contó con una cierta serie de representaciones en imágenes, un campo iconográfico en el que se hace visible la naturaleza de la disciplina política y que ha sido mucho menos atendido por los historiadores (al menos por los historiadores del pensamiento político). En este apartado quiero prestar atención a dos tipos de fuentes distintas. En primer lugar analizaré las representaciones de la política y de la actividad del intelectual tal y como aparecen dibujadas, o grabadas en los frontispicios de numerosas obras de carácter político. En segundo, comentaré las imágenes de los propios autores de los libros a partir de los grabados con que se ilustraban sus obras. Para completar esta cuestión me ayudaré de otros testimonios en los que se vislumbran las opiniones y expectativas que circulaban en la época sobre la figura y el trabajo de esos intelectuales.

El frontispicio grabado de la edad moderna es la entrada a la obra. Constituye el equivalente al conjunto del diseño con que hoy se adornan las cubiertas de los libros, pero se caracteriza por tener una mayor consistencia narrativa que las cubiertas actuales. Más que una mera sugerencia o metáfora del contenido de la obra, contenía con relativa frecuencia un programa explicativo de la misma. Pierre Civil ha destacado elocuentemente la importancia de estas introducciones visuales, subrayando que «las portadas grabadas y las ilustraciones, cuando las hay, son partes intrínsecas de la edición, elementos esenciales que condicionaron su proceso de recepción y que, si bien de forma variable, orientaron su lectura y predeterminaron parte de su significado»<sup>43</sup>. El carácter narrativo y la importancia que se atribuía a el frontispicio queda demostrado, por otra parte, con algunos ejemplos de prefacios y prólogos al lector en los que se dedican un buen número de páginas a explicar precisamente la imagen que encabeza la obra, a traducir en palabras esa primera impresión que se ha colocado al frente del libro<sup>44</sup>.

Margery Corbett y Ronald Lightbow han insistido en que la autoría temática de los frontispicios debe atribuirse a los propios autores de los libros, recordando que en los frontispicios «el contraste existente entre la invención erudita y la rutinaria factura artesana ofrece la prueba más clara de algo que los contemporáneos sabían bien, aunque nosotros hayamos olvidado; esto es, que en estos diseños nos enfrentamos con la vanidad del autor, representado al frente de su libro en símbolos visuales que había elegido él mismo como los emblemas que mejor se le ajustaban»<sup>45</sup>. Separados de esta autoría originaria y colocados en el seno de la historia del grabado y de los grabadores que firman estas portadas decoradas, estos frontispicios han quedado sin embargo alejados de la consideración de los estudiosos que comentan los libros con los que forman un conjunto, demasiado concentrados en materias textuales. En ocasiones más afortunadas, autores como Mark Morford han analizando el importantísimo papel del frontispicio en la presentación pública de una obra; en este caso, las obras de Séneca editadas por Lipsio en 1605. El retrato de Séneca que ilustraba esa primera edición, algo genérico y falto de carácter, dejó a Justo Lipsio profundamente insatisfecho, pues

---

<sup>43</sup> Pierre Civil, «Libro y poder real. Sobre algunos frontispicios de la primera mitad del siglo XVII», en Pedro M. Cátedra, Agustín Redondo y María Luisa López Vidriero (eds.), *El libro antiguo español V. El escrito en el Siglo de Oro: prácticas y representaciones*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1998, p. 70.

<sup>44</sup> Explica el programa iconográfico del frontispicio Araoz, *De bene disponenda bibliotheca*.

<sup>45</sup> Margery Corbett y Ronald Lightbow, *The comely frontispiece: the emblematic title page in England 1550-1660*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1979, p. 1. Los autores también señalan que el frontispicio es la expresión de las ideas de los autores mediante un segundo lenguaje.

consideraba que no estaba a la altura de los ideales ni la fuerza de las obras del filósofo (ni de sus propios comentarios). Como ha señalado Morford, esta no era una cuestión menor, y tras la muerte de Lipsio, sería Peter Paul Rubens —su amigo íntimo— quien se encargaría de remediar la pobreza del frontispicio. Así, la edición póstuma de 1615 luciría un dibujo procedente de un busto de Séneca comprado por el propio Rubens en Roma, mucho más fiel al original y apropiado para incluirlo en la portada<sup>46</sup>.

En las páginas que siguen me detendré a analizar en detalle el frontispicio del *Tácito español* de Álamos de Barrientos, que hasta el momento no ha sido atendido por ninguno de los numerosos autores que han tratado esta obra<sup>47</sup>. Esta será la puerta de entrada para considerar esa imagen de la política como disciplina que persigo reconstruir en este apartado y me dará paso para comentar las sorprendentes semejanzas entre una escena del frontispicio de Álamos y la ilustración de la portada de una edición de la *Bibliographia politica* de Gabriel Naudé. Antes de llegar a una reflexión final sobre las imágenes de los autores e intelectuales que construyeron estos libros de política señalaré también el papel de los libros, en ocasiones de Tácito, en esas mismas portadas. Todas ellas son imágenes ricamente cargadas de sentidos y que constituyeron el primer contacto entre el lector y la obra, singularizando la edición frente a otros libros coetáneos, y llamaban la atención sobre los contenidos de la obra al tiempo que dirigían la lectura que aún estaba por hacerse.

El concierto firmado el 7 de mayo de 1611 entre Álamos y los libreros Luis Sánchez y Juan Hasrey planeaba originariamente que la obra se imprimiría en dos volúmenes a costa de los dichos impresores, quienes además habrían de «cortar é cortarán á su costa las estampas que fueren necesarias para los dichos libros, todo á su costa»<sup>48</sup>. Es posible por lo tanto que fueran estos impresores libreros quienes encargasen a un cierto Tomás van Vinnem dibujar las figuras del frontispicio, que serían grabadas por un desconocido cuya identidad permanece oculta tras las siglas «AB»<sup>49</sup>. En cuanto a

---

<sup>46</sup> Morford, *Stoics and neostoics*, pp. 9-10. Morford plantea la siguiente pregunta para ilustrar el disgusto de Lipsio: «¿con un reclamo tan inepto, qué lector se sentiría atraído por el texto de Séneca? (p. 10).

<sup>47</sup> Maravall, *Teoría del Estado*, p. 68, describe de memoria de una parte de este frontispicio para subrayar «la aceptación de la Historia por nuestros escritores políticos»: «En uno de los varios emblemas que decoran la portada de la obra de Alamos se representa el Consejo por una reunión de seis varones respetables, cada uno de los cuales lleva en la mano un libro, uno de ellos la Sagrada Biblia, y los otros cinco: Tucídides, Polibio, Tito Livio, Salustio y Tácito».

<sup>48</sup> Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña*, pp. 304-306, vol. 2.

<sup>49</sup> En el frontispicio se lee «To: va. Vinnem inveni; AB fecit» (el nombre de Tomás, la conjetura que parece más razonable, lo deduzco de las iniciales). De este dibujante, quien por lo que sugiere su apellido debía ser originario de los Países Bajos, no se conocen otras obras ni se tiene noticia alguna de su biografía. Los diccionarios de artistas hacen referencia a una familia de pintores y grabadores holandeses

la invención de las imágenes no hay dudas de que éstas deben atribuirse a Álamos, tal y como él mismo aclara en su dedicatoria al duque de Lerma:

formè para el principio desta obra unos hieroglificos, significadoras [sic] de lo necessario de la conservacion del Reyno; en que no hay pensamiento, ni palabra, que no sea sacada de los escritos de Tácito. Y de la misma suerte se podrian formar otros para las demas cosas de la vida, y gobierno y direccion della<sup>50</sup>

Cabe precisar finalmente que por «Jeroglífico» hemos de entender no sólo los lemas que se ven en el frontispicio, sino también las imágenes allí representadas. Es cierto que Sebastián de Covarrubias limita su definición del término a la acepción de «escritura esculpida» de los egipcios<sup>51</sup>, pero en obras como *De bene disponenda bibliotheca*, de Francisco de Araoz, se comprueba el uso de esta palabra para referir a la totalidad de las imágenes y lemas que aparecen en el frontispicio.

El tema general del frontispicio de la obra de Álamos era, como se indicaba en la dedicatoria, la conservación del reino. En sintonía, el lema principal de toda la imagen, situado en un lugar central justo sobre el espacio en que se enmarca el título del libro define la imagen como un «Altar de la conservación del reino»<sup>52</sup>. El frontispicio queda descrito como un lugar que puede asemejarse, por sus fines «didácticos», a los retablos colocados tras los altares de las iglesias y, al igual que estos, está dividido en nueve escenas (dispuestas en tres franjas horizontales), las cuales tienen tanto un sentido propio como colaboran a la totalidad de significado del frontispicio (fig. 14).

La franja superior está compuesta por tres cuadros en los que se han representado los principios que gobiernan el principado, que son «*Rectores Principatus*». En el primer cuadro, en la esquina superior izquierda, aparecen dos

---

apellidados «van der Vinne», pero todos ellos nacidos con posterioridad a la fecha en que se grabó este frontispicio. E. Bénézit, *Dictionnaire critique et documentaire des peintres, sculpteurs, dessinateurs et graveurs de tous les temps et de tous les pays par un groupe d'écrivains spécialistes français et étrangers. Nouvelle Édition entièrement refondue sous la direction de Jaques Busse*. París: Gründ, 1999; *Saur Allgemeines Künstlerlexicon. Bio-bibliographischer Index A-Z*. Múnich y Leipzig: K. G. Saur, 2000. Obras dedicadas específicamente al grabado en España, como las de Elena Páez Ríos *et al*, *Los Austrias. Grabados de la Biblioteca Nacional*. Madrid: Biblioteca Nacional; Julio Ollero, 1993, o Blanca García Vega, *El grabado del libro español, siglos XV-XVI-XVII (aportación a su estudio con los fondos de las bibliotecas de Valladolid)*. 2 vols. Valladolid: Institución Cultural Simancas; Diputación Provincial de Valladolid, 1984, no ofrecen tampoco mayores informaciones a este respecto. Agradezco a María Cruz de Carlos su ayuda con estas cuestiones.

<sup>50</sup> Álamos de Barrientos, *Tácito español*, «Dedicatoria a Lerma».

<sup>51</sup> Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*, s. v.

<sup>52</sup> El lema dice «Conservationi Regni Sacrum». La denominación de frontispicios retablo se encuentra en García Vega, *El grabado del libro español*.

figuras, una de ellas la justicia, representada con sus atributos característicos, la balanza y la espada y acompañada del lema «No se debe pensar en la dominación y en los siervos, sino en la gobernación y los ciudadanos, buscando denodadamente practicar la justicia y la clemencia»<sup>53</sup>. Blanca García Vega ha identificado la otra figura de esta imagen con la victoria por la palmera que abraza con el brazo derecho. La mano izquierda de la figura no parece sin embargo reposar sobre un «globo del mundo que descansa en un pedestal pequeño»<sup>54</sup>, tal como ella sugiere, sino en el puño de una espada envainada. El lema que acompaña a esta figura dice: «es una desgracia para el Príncipe ser superado en valor (*virtus*)», lo cual hace pensar en que la virtud aquí referida sea el valor militar, la capacidad de conducir a la victoria.

La virtud que ocupa el cuadro medio de esta franja superior —no identificada por García Vega— es la piedad, piedra angular de un principado cristiano y que se distingue jerárquicamente de las otras virtudes por aparecer en solitario y en lugar central. Está representada por una mujer que porta una cruz pastoral en la derecha y un sahumero en la izquierda, con el corazón encendido en el pecho (y situado en el lado derecho). A esta virtud le acompaña el lema: «El dominio de un soberano impío es caduco»<sup>55</sup>. Las dos virtudes restantes, en la imagen del cuadro superior derecho, son la liberalidad y la prudencia. La liberalidad, con espadas y armas cortas a sus pies, porta una corona abierta de tres picos y una rama de olivo en la mano izquierda y va arrojando monedas con la derecha. Esta figura, no obstante, también pudiera hacer pensar en la clemencia, especialmente si atendemos al lema que tiene debajo de sí: «No siempre satisfecho con el castigo, sino más a menudo con la penitencia (arrepentimiento)»<sup>56</sup>. La prudencia porta un espejo que le permite al mismo tiempo ver el futuro y lo pasado mientras habita el presente y un lema que simboliza la capacidad de juicio: «Distinguir lo que es honesto de lo malo, lo útil de lo dañino»<sup>57</sup>.

---

<sup>53</sup> El texto latino dice «Non dominationem et servos sed rectorem et cives cogitandum Clementiam et Iustitia[m] capesse[n]do. 12 Anal». Está adaptado ligeramente de *An.* XII, 11 y refiere a un discurso de Claudio en el senado a Meherdates —allí presente— diciéndole que no debía pensar en un déspota y sus esclavos, sino en un gobernador (*rector*) entre ciudadanos.

<sup>54</sup> García Vega, *El grabado del libro español*, vol. 2, p. 389.

<sup>55</sup> «Prophani Principis Imperium caducum. 14 Annal». Este lema lo crea Álamos a partir de un pasaje de *An.* XIV, 2 en el que Agripina, deseando mantener su influencia, se ofrece sexualmente a su propio hijo, Nerón. Séneca busca entonces la ayuda de una sirvienta, Acte, quien le dice a Nerón que «el incesto era evidente y que los soldados nunca soportaran el dominio de un soberano impío (*nec toleranturos milites profani principis imperium*)».

<sup>56</sup> «Non poena semper, sed saepius penitentia contentus. in Agricola». *Agricola*, 19.

<sup>57</sup> «Honesta ad deterioribus, utilia ab noxiis discernit. 4. hist». El pasaje, incorrectamente identificado en el frontispicio, no es de las *Historias* sino que se encuentra en *An.* IV, 33.

En la primera altura del frontispicio se desarrolla por lo tanto un campo programático en el que se proponen la piedad, el valor militar, la justicia, la liberalidad y la prudencia como guías del gobierno público. El catálogo de principios rectores tiene paralelos, por ejemplo, en la *Política* de Justo Lipsio, cuyos primeros dos libros proponen la piedad, la prudencia, la justicia y la clemencia (junto a otras virtudes) como esenciales al príncipe<sup>58</sup>. El programa iconográfico no es muy sorprendente, pero sí el modo en que Álamos de Barrientos «encaja» las citas de Tácito para reforzar la presencia de cada una de las virtudes de esta franja superior. En la dedicatoria a Lerma, Álamos decía que todos los elementos del frontispicio los había encontrado en los textos de Tácito, pero la adaptación sufrida por estos sugiere que son más bien esos extractos de texto los que se encajan al esquema, propio del XVII, que Álamos ha diseñado.

La franja central del frontispicio la ocupa una arquitectura con cuatro columnas y un espacio central en el que descansa el cuadro reservado para el título de la obra. Entre las dos columnas de la izquierda aparece una imagen que puede ser interpretada como una alegoría de la historia, aunque su representación no es muy clara. La figura, de pelo largo suelto y ojos alzados hacia el cielo, porta en su mano izquierda un libro abierto al que señala con la derecha y en cuyas páginas contiene la frase: «es mayor el sentido que las palabras»<sup>59</sup>. A sus pies, en concordancia con esta identificación, se encuentra el lema «mucho se aprende de lo que les ha sucedido a otros»<sup>60</sup>. En el texto original de Tácito esta frase estaba a continuación de la que acompañaba a la imagen de la prudencia colocada en la franja superior, lo que demuestra la inacabable segmentación a la que Álamos es capaz de someter al texto latino para generar el mensaje del frontispicio. Ambas se encuentran aproximadamente en la mitad del cuarto libro de los *Anales*, un punto en el que Tácito introduce una extensa reflexión sobre la utilidad de su propia obra y explica por qué presta atención a un determinado tipo de sucesos en ella<sup>61</sup>. Este excursus parece haber llamado especialmente la atención de Álamos, quien empleó otros extractos del mismo en los preliminares de su obra (dos

---

<sup>58</sup> Lipsio, *Politicorum siue civilis doctrinae*; Lipsio, *Los seis libros de las políticas*.

<sup>59</sup> «Sensu magis quam verbo», que refiere a la característica brevedad que se atribuye a los textos de Tácito.

<sup>60</sup> «Plures aliorum eventis docentur. 4 Annal» Este pasaje está en *An. IV*, 33.

<sup>61</sup> *An. IV*, 32-33. La traducción de *IV*, 33 por Baltasar Álamos de Barrientos dice: «[...] assi agora aviendose mudado el estado de la ciudad, y reduzidose la Republica, y poderio Romano, a que no pueda estar, sino debaxo del Imperio, y obediencia de uno solo, será a proposito entender, juntar, escribir, y dexar en memoria para la decendencia estas tales cosas tocantes al gobierno de Monarca]. Porque pocos son los que por su prudencia conocen, y diferencian las cosas honestas de las malas, y las provechosas de las dañosas; muchos los que se enseñan con los acontecimientos y sucessos de otros», Álamos de Barrientos, *Tácito español*, pp. 215-216.

veces en la dedicatoria al duque de Lerma y otras dos en el «Discurso para la inteligencia de los aforismos»).

En el cuadro de título del centro de la imagen se lee: «*Tacito español ilustrado con aforismos, por Don Baltasar Alamos de Barrientos. Dirigido a Don Francisco Gomez de Sandoval y Rojas Duque de Lerma Marques de Denia &c. Con privilegio. En Madrid por Luis Sanchez, a su costa, y de Juan Hasrey. Año M. DC. XIII*». Algunos de los ejemplares que se conservan muestran que ese cuadro de título fue alterado, seguramente para hacer resaltar que el libro iba dedicado a Lerma. En el ejemplar con la signatura J-1016 de la Biblioteca Nacional de Francia o en el de signatura 3/50959 de la española, puede verse en segundo plano muy atenuado que el texto original en lugar de referir a Lerma debió consistir en una descripción de los contenidos del volumen<sup>62</sup>. Entre las columnas de la izquierda en esta segunda franja aparece una figura de un «doctor» u hombre de letras que está en posición de orador, con la mano derecha alzada y el índice extendido. En la otra mano sostiene una filacteria que dice: «ni siervo, ni señor» y a sus pies aparece el texto «Los peores emperadores aman la dominación sin límites, de igual modo que los más nobles gustan de una cierta libertad»<sup>63</sup>. Blanca García Vega identifica esta figura con el propio Tácito, aunque no existen razones precisas —aparte de las obvias— para ello<sup>64</sup>. Si se trata efectivamente del autor latino, éste se nos aparece con vestuario contemporáneo, vivo y dando lecciones en el mismo momento en el que el lector del siglo XVII abría la obra. Tal vez se le podría haber presentado con los atributos de caballero romano, pero se escogió dibujarlo en su vertiente de «hombre de letras», con lo que se reforzó la idea de la participación activa del letrado (aún cuando no se tratara de Tácito) en la conservación del reino.

Los últimos tres cuadros, en la franja inferior, los ocupan imágenes que, según los lemas con la letra de cuerpo mayor, refieren a la «seguridad del príncipe» (la imagen central) y a los hombres que hacen egregio el principado (las dos de los laterales). Frente al resto de imágenes del frontispicio, que representan conceptos abstractos, estos dos cuadros incluyen las dos únicas representaciones para las que existen referentes reales: el consejo y el campo de batalla. En el medio de la franja inferior aparece la imagen de un rey sentado en un trono colocado bajo un palio y elevado por tres

---

<sup>62</sup> En los ejemplares señalados puede leerse el final del texto original, que dice «[...] de la materia y el uso de los aforismos. En Madrid a costa de Luis Sanchez y Juan Hasrey. 1614».

<sup>63</sup> En la mano «neq[ue] servus neq[ue] dominus» y, a sus pies: «Pessimus Imperatoribus sine fine dominatio, quamvis egregiis modus libertatis placet.4 Hist.», un extracto de *Historias* 4, 8.

<sup>64</sup> García Vega, *El grabado del libro español*, vol. 2, p. 389.

escalones del resto de la sala. Porta una corona abierta de tres picos y sostiene un haz de flechas o rayos en la mano izquierda, mientras que con la derecha arroja unas flores a unas figuras infantiles o asexuadas. Por la izquierda un ángel le ofrece una antorcha. Todo se acompaña con el texto «se debe buscar ser amado por sus súbditos tanto como temido de sus enemigos», muy interesante políticamente, pues proviene de un punto en el que Tácito habla de un rey nuevo entre los Partos, asesinado en sus años jóvenes pero que hubiera sido un príncipe ilustre si «hubiera buscado ser amado por sus súbditos tanto como temido de sus enemigos»<sup>65</sup>. Como es sabido, tanto el discurso sobre el «príncipe nuevo» como la dicotomía amor/temor entre el príncipe y sus súbditos fueron temas recurrentes del pensamiento político de la época.

En el cuadro de la esquina inferior derecha se aprecia un capitán del ejército que porta una vara de mando en su mano derecha. Este personaje ejerce su autoridad desde una colina que domina la vista del asalto a una ciudad fortificada. Entre él y la ciudad puede observarse un grupo de arcabuceros con el arma al hombro en primer plano, y un campamento militar y toda una serie de unidades formadas en cuadrado, con lanzas en alto; al fondo aparecen, finalmente, las murallas de la ciudad. Tres citas adaptadas de Tácito completan el mensaje. Las dos primeras, situadas sobre la escena, dicen respectivamente «El coraje [sea] de los soldados: dejadme a mí el consejo (*consilium*) y que guíe vuestro valor (*virtus*)» y «[los ejércitos son] un adorno en tiempos de paz, una defensa en los de guerra»<sup>66</sup>. Se retoma, por lo tanto la temática del consejo (aparecida en la primera imagen de esta franja, cuyo comentario he dejado para el final) y la de la paz y vuelve a destacarse la figura intermedia del consejero, distinguiendo entre el puro valor militar o el coraje y la conducción del mismo mediante el consejo o planificación. Debajo de la imagen se dice «Con ellos, los consejos más honestos se hacen sólidos (*robur*) y sin ellos por nobles que sean, son inválidos», poniendo de manifiesto la relación entre la realidad práctica de la guerra y el consejo<sup>67</sup>.

---

<sup>65</sup> «Claritudo Regum perinde amore apud populo:ares quam metu apud hostes quaritur. 11 Annal». La frase está adaptada de *An.* XI, 10 con un cambio en el tiempo verbal que tiene un efecto similar al del lema de la imagen anterior. Un texto particular toma así aspecto de máxima universal.

<sup>66</sup> «Militibus animus: mihi consilium et virtutis vestrae regimen relinquit. 1 Hist.» está adaptado de una arenga pronunciada por el emperador Otón en *Hist.* I, 84. «In pace decus in Bello praesidium de mor. Germ» aparece en *Germania* 13, de donde saco la parte elidida en el lema del frontispicio: «estar rodeado de un gran cuerpo de soldados con picas, entre los germanos es un adorno en tiempos de paz, una defensa en los de guerra».

<sup>67</sup> «Apud hos omne honestis consiliis robur, et sine his, quamvis egregia, invalida sunt. 1 hist» está en *Hist.* I, 38.



La imagen de la esquina inferior izquierda es la más interesante para mi propósito, porque muestra una concepción gráfica del lugar de la política (fig. 15). En la imagen aparecen dos caballeros, con cuello de lechuguilla y sombrero (el de la derecha con plumas) y calzas hasta las rodillas, sentados a derecha e izquierda de una mesa que preside en el centro un «doctor», con bonete y cuello iguales al «letrado» identificado con Tácito de la franja anterior. Este personaje está inmerso en la tarea de aconsejar a los caballeros que le acompañan, y al igual que ocurría con el «letrado», sus manos están representadas con un gesto que «congela» a los personajes implicados en el momento de hablar: es el momento de la *actio*<sup>68</sup>. El gesto del doctor es grave, apropiado a un consejero que está dando sugerencias para un curso concreto de acción. En el espacio en que se desarrolla el consejo, el erudito que preside dispone a tal efecto de cinco libros abiertos sobre la mesa, identificados como «Biblia Sacra», «Titus Livius», «Tacitus», «Thucydides» y «Polybius». Los libros, que representan un texto concreto pero también simbolizan a las autoridades que los han compuesto y que los identifican, están dispuestos en dos filas. En la superior se alinean la Biblia, Livio y Tácito (que está colocado en un plano ligeramente superior y en diagonal respecto a los otros dos); en la inferior Tucídides se sitúa bajo la Biblia y Livio, mientras que el Polibio queda entre Livio y Tácito, dejando un hueco en el centro. Nada casualmente, las manos del doctor se dirigen con claridad hacia el libro que porta la identificación de «Tacitus».

Toda la escena está presidida por una frase de Tiberio al Senado en torno al gobierno del cónsul Silano en Asia, que dice «No es posible que el conocimiento (*scientia*) del príncipe lo alcance todo»<sup>69</sup>. Este lema subraya que al príncipe le es necesario rodearse de consejeros capaces de interpretar a los autores necesarios para la acción, una idea que se repite en el lema inferior, que indica que «se logra más con el consejo que con la fuerza»<sup>70</sup>. Esta última frase, de la que Álamos de Barrientos ha modificado el tiempo verbal creando una expresión de universalidad mayor, resuena con fuerza contra las fechas de su publicación. Es difícil no contrastarla con el eco de la

---

<sup>68</sup> Sobre la cuestión de la gestualidad hay unas páginas pioneras de Michael Baxandall, *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento. Arte y experiencia en el Quattrocento*. Barcelona: Gustavo Gili, 1984, pp. 78-95. cap. II.6, «El cuerpo y su lenguaje».

<sup>69</sup> *An.* III, 69.

<sup>70</sup> «Plura consilio, quam vi, perficiuntur. 2 Annal»: «consejo» y «fuerza» son los términos con los que traduce Álamos, Álamos de Barrientos, *Tacito español*, p. 87. ; Moralejo utiliza «cálculo» en lugar de «consejo», Tácito, *Anales. Libros I-VI*, p. 142. Esta frase, proveniente de *Anales* II, 26 es en realidad un préstamo de Livio, como señala Syme, *Tacitus*, p. 733, vol. 2. Alain M. Gowing, «Tacitus and the client kings»; en *Transactions of the American Philological Association (1974-)*, vol. 120 (1990), pp. 324, n. 332, señala además que tal vez sea un modo proverbial de juzgar la actitud de Tiberio, repetida ante Fraates en *Anales* 6, 32 y encuentra adaptaciones de la expresión en Veleyo Patérculo y en Suetonio.

situación política de la monarquía en los Países Bajos, e incluso resultaría tentador pensar que con ella se nos quiere hacer buscar el pasaje del cual ha sido extractada: tras un periodo de victorias y reveses contra los pobladores de una región del norte del imperio y con una petición de paz o el fin de la guerra a la vista para la próxima campaña, Tiberio aconseja a Germánico volver a Roma, porque en ocasiones —le dice en una carta, recordándole su propia experiencia— «he logrado más con el consejo que con la fuerza». No obstante, sería exagerado pretender unir esta frase exclusivamente a aquel contexto. Más aún si observamos que este mismo «plura consilio, quam vi» reaparece en la empresa 84 de la *Idea de un príncipe político cristiano* de Diego Saavedra Fajardo, quien aconsejaba: «[...] válgase más el príncipe de la industria que de la fuerza, más del consejo que del brazo, más de la pluma que de la espada; porque intentarlo todo con el poder es loca empresa de gigantes, cumulando montes sobre montes»<sup>71</sup>. Lo que sí queda claro, tanto por la figura del doctor que aparecía anteriormente como por esta escena de consejo, es que Álamos se cuida de poner el acento en la importancia de la labor del consejero para la conservación del reino.

Las técnicas intelectuales de lectura que presumiblemente serían aplicadas en la imagen del consejo ya las he descrito suficientemente, pero la escena misma nos ofrece una entrada en el espacio en el que se producía esa labor. El encuentro cara a cara entre el doctor y los dos militares es lo más parecido que podemos encontrar a una representación de las lecturas nocturnas de Tácito y otros autores por parte de Enrique III de Francia o del trabajo de los intelectuales que rodearon a Essex en Inglaterra. En este espacio del consejo se desarrolla la carrera personal del «doctor» o erudito que encabeza la lectura e interpretación de los textos y en él cobra sentido hablar de una «ciencia de gobierno». De hecho, las comparaciones con la medicina y la astrología con las que Álamos entroncaba su trabajo intelectual pueden interpretarse también como una referencia a dos ciencias que no sólo consisten en la prognosis sino que son también «ciencias de consejo». En el espacio de la escena puede presumirse una relación construida bajo patrones similares a los que N. D. Jewson utiliza para describir la medicina «de pie de cama» de la edad moderna, en la que el médico debía ganarse «los

---

<sup>71</sup> Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*. He consultado la edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes [<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=1060>] (acceso el 23 de marzo de 2009), hecha a partir de *Empresas políticas*, 2 vols. Madrid: Editora Nacional, 1976. Saavedra Fajardo declaraba en su epístola al lector que había «procurado tejer esta tela con los estambres políticos de Cornelio Tácito». Para las modificaciones entre la primera y segunda edición de las empresas ver la edición de Sagrario López Poza (ed.), *Diego Saavedra Fajardo. Empresas políticas*. Madrid: Cátedra, 1999, pp. 92-93.

favores de su patrón demostrando su validez personal y profesional en el contexto de una relación cara a cara primaria»<sup>72</sup>. Las referencias al consejo permiten situar a ese erudito, como un profesor privilegiado, dotado de las habilidades necesarias para acomodar sus observaciones a las situaciones reales a las que refieren las imágenes.

El espacio de la política representado en el *Tácito español* reaparece con sorprendentes similitudes en el frontispicio de una edición alemana de 1673 de la *Bibliographia politica* de Naudé (fig. 16)<sup>73</sup>. Toda la escena se desarrolla en esta ocasión tras un telón o cortinaje que ha sido abierto y ha quedado recogido en la esquina superior derecha de la imagen, recursos que simbolizan la entrada del espectador en un ámbito concebido como reservado, en el lugar en que se desarrollaban los consejos privados y en el que se podía tener quizá acceso a los arcanos del gobierno. La escena a la que se accedido, fundamentalmente la misma escena de deliberación en torno a una mesa que aparecía en Álamos de Barrientos, se desarrolla en una sala que está un poco más decorada que la del *Tácito español*. Dejando de lado una posible interpretación simbólica de la columna que se ve al fondo, hay que señalar al menos que este elemento arquitectónico es indicativo de la riqueza del edificio en que está ocurriendo la reunión. En las paredes de la sala se observan también estanterías repletas de libros de gran formato que, ocupando un plano secundario respecto a la acción de la mesa, remiten al mensaje erudito que se está generando en la sala.

En torno a la mesa se sientan, de izquierda a derecha, cuatro personajes. El primero de ellos, colocado en un plano adelantado (está sentado en un cubo junto a la mesa, en la parte izquierda de la imagen y mirando directamente hacia el lector), se identifica claramente con el «sabio» o «doctor» por su vestimenta. Lleva una capa, medias y botines con tacón, y viste todo de negro con un cuello blanco ancho doblado hacia el pecho, no lleva sombrero y muestra el pelo largo cayéndole sobre los hombros. Cerca de él, sobre la mesa, se sitúa un libro. Sus manos, también congeladas en el momento de la acción, apuntan simultáneamente con los dedos índices extendidos al suelo y al cielo, seguramente para indicar la «universalidad» de su conocimiento y la practicidad de sus enseñanzas. El segundo y el tercero son dos reyes o emperadores, que de acuerdo con el simbolismo de sus coronas cerradas tienen un poder perfecto. Están

---

<sup>72</sup> N. D. Jewson, «The disappearance of the sick-man from medical cosmology, 1770-1870»; en *Sociology*, vol. 10, nº. 2, (1976), pp. 232-233. Jewson también indica que «el poder político y económico de los patronos aseguraba que retenían el control fundamental sobre los investigadores médicos y el proceso de producción del conocimiento médico», lo que remite a la integración de la política en la estructura de patronazgo emanada de los personajes más poderosos.

<sup>73</sup> Gabriel Naudé, *Bibliographia politica*. Francfort: s. n., 1673.

situados tras la mesa, que no deja ver sus vestiduras más allá de las capas o túnicas en las que se envuelven. Ambos tienen una mano sobre la propia mesa, con el dedo índice extendido señalándola o tocándola, y el que está situado más a la derecha de la imagen parece interpelar al sabio sobre algún punto concreto. El cuarto personaje es un militar o caballero, que lleva un tocado de plumas en un sombrero que se asemeja a un casco y está también envuelto en una túnica o capa. Porta una vara de mando en la mano derecha que sobresale, como todo su brazo, por debajo de su vestimenta, y lleva botas altas. Sentado en una silla alta a la izquierda, su mirada parece dirigirse al espectador, aunque quizá esté también interrogando al sabio.

La importancia del consejo en la teoría política de estos momentos es relativamente bien conocida por la historia del pensamiento político. En muchas de las obras del siglo XVII esta labor cobra el mismo papel central que tiene, por poner un ejemplo, en la lamentación séptima de Jerónimo Gracián de la Madre de Dios:

el buen Principe ha de gobernar su persona y estado con consejo de los mas sabios, y ancianos, y obedecer los buenos consejos y avisos de los buenos Principes, y Reyes de sus Antecesores, ymitando su buena vida. Mas el mal Principe sigue su proprio parecer: y como de ordinario nace el parecer del proprio amor, y de las passiones, a quien estan sujetos los Principes, (tambien como los vassallos,) de aqui es que el Principe que no admite ni sigue el parecer de sus tribunales y Consejos, ni gusta de Consejeros, siempre yerra<sup>74</sup>

De acuerdo con este marco general, era en el espacio descrito por las representaciones anteriores donde el consejero jugaba hacía valer las habilidades textuales e interpretativas que le permitían aplicar los textos clásicos a la realidad. Naturalmente, no debe pensarse en las imágenes de los frontispicios como representaciones reales del consejo, sino más bien como una defensa del papel del consejero y un intento de definición de su espacio natural y disciplinar. Como ya he sugerido y al contrario de lo que las imágenes de los frontispicios pueden hacer ver, la situación del consejero y la validez de sus conocimientos no dependían primordialmente de él, sino que eran parte de la lógica y de los favores de su patrono. Lisa Jardine y Anthony Grafton han señalado las dificultades intrínsecas de esta posición, así como los errores de los

---

<sup>74</sup> Gracián de la Madre de Dios, *Diez lamentaciones*. [Ed. digital citada]

consejeros y la mala reputación que se les adscribía en ocasiones<sup>75</sup>. Profundizando en las ideas de su pionero artículo sobre las lecturas de Gabriel Harvey, Grafton indicaba que estos hombres, cuyos avisos tenían algunas veces consecuencias desastrosas, «leían menos para su enriquecimiento privado que para el consumo público, basando su autoridad e influencia en su defensa de que hacían enseñar lecciones modernas a los textos antiguos»<sup>76</sup>.

Grafton ha descrito a estos consejeros políticos como unos personajes «tan alegres en la derrota como sus compañeros los que miraban a las estrellas, los astrólogos», quienes no tomaban en cuenta «las muchas ocasiones en las que los acontecimientos contradecían sus predicciones»<sup>77</sup>. Las pretensiones de estos consejeros contaron con la oposición de algunos de los más doctos humanistas de la época y autores como Francisco de Quevedo satirizaron estas imágenes del espacio de deliberación en el que el político podía hacer valer sus conocimientos y habilidades. En *La fortuna con seso y la hora de todos*, compuesta entre 1635 y 1636 y publicada por primera vez en 1650, Quevedo nos introduce en una escena parecida a las de los frontispicios ya comentados, pero que pone del revés la pretendida importancia de esas situaciones<sup>78</sup>. La acción se sitúa una vez más en torno a la mesa de un potentado, después de comer, pero ahora los consejeros se han tornado en meros aduladores:

A cada disparate y necesidad que decía, se desatinaban en los encarecimientos y alabanzas los circunstantes. Unos decían: “¡Admirable discurso!” Otros: “No hay más que decir. ¡Grandes y preciosísimas palabras!” y un lisonjero, que procuraba pujarles a los otros la adulación mintiendo de puntillas, dijo: —Oyéndote ha desfallecido pasmada la admiración y la doctrina. El tal señor, encantusado y dando dos ronquidos, parteros de ahito, con promesas de vómito, derramó con zollipo estas palabras: —Afligido me tiene la pérdida de las dos naves mías. [...] [Finalmente uno] añadió que “aquesta pérdida había de ser su remedio”. Y luego empezó a granizarle de aforismos y autores, ensartando a Tácito y a Salustio, a Polibio y Tucídides, embutiendo las grandes pérdidas de los romanos y griegos y otra gran cáfila de dislates<sup>79</sup>

---

<sup>75</sup> Jardine y Grafton, «Studied for action».

<sup>76</sup> Grafton, «Kepler as a reader», p. 566.

<sup>77</sup> Grafton, *Commerce with the classics*, p. 205.

<sup>78</sup> Quevedo, *Obras completas*. La datación de la obra en p. 253.

<sup>79</sup> *Ibid*, pp. 263-264.

La deliberación cabal queda viciada por la relación de poder entre el potentado y sus consejeros, que no hacen sino ganarse un lugar a su lado. Ante la dinámica de consulta que provoca la alusión a la pérdida de las naves en la realidad del potentado destaca la figura de un consejero empeñado a toda costa en encajar esta situación en el corpus clásico. Y Quevedo no podía describir con más y mejor ironía su quehacer.

En Inglaterra, Henry Peacham también incluyó un libro de Tácito en el frontispicio de su obra *The compleat gentleman*, publicada en 1622 (fig. 17). El lugar que ocupa este libro es distinto al del espacio del consejo que ya hemos descrito, pero dirige nuestra atención hacia el papel del libro en la formación del noble en particular y de los destinados a la acción pública en general. El motivo esencial de la portada de Peacham es, como señalan Margery Corbett y Ronald Lightbow, la «necesaria conjunción de nobleza y conocimiento», cuyas representaciones ocupan respectivamente la mitad izquierda y derecha de la imagen<sup>80</sup>. Las armas son los adornos exteriores de la nobleza, como señala el *putto* alado que lleva el lema «extra», mientras que el conocimiento, que Peacham defiende en su texto en términos que recuerdan a la constante necesidad de consejo<sup>81</sup>, constituye el adorno interno, «intus», de la mente. Ese conocimiento está representado en los varios objetos que aparecen bajo el *putto* de la derecha, que simbolizan las varias artes que el caballero debe conocer: la música (flauta dulce o de pico, o chirimía), la pintura (paleta y pinceles), la geometría (indicada con la regla y el cartabón y útil para la inspección de propiedades inmobiliarias, para la construcción y, sobre todo, en el dominio militar<sup>82</sup>) y, naturalmente, el conocimiento de la historia y la moral.

En esa misma esquina aparecen representados tres libros, con las indicaciones «Plutarch», «Thucyd:» y «Tacitus», tres de los autores que Peacham ha recomendado en el capítulo 6 («Sobre el estilo al hablar, al escribir y en la lectura de la historia»). En ese lugar Peacham calificaba a Tácito como «el príncipe de los historiadores», destacando que era «tan copioso en una placentera brevedad, cada frase lleva consigo una especie de elevado estado y majestad, como las que deben proceder (creo yo) de la boca de la grandeza y el mando; retirado en el sentido, profundo, y no asequible para el lector

---

<sup>80</sup> Corbett y Lightbow, *The comely frontispiece*, p. 165.

<sup>81</sup> Peacham, *The compleat gentleman*, p. 20: «Pues el saber (*learning*) unido al temor de Dios es una guía tan fiel que sin ella los príncipes no hacen más que afrontar sin convicción (como dice Crisóstomo) sus asuntos más importantes; son ciegos a la prudencia, ignorantes en conocimientos, rudos y bárbaros en las costumbres y el vivir», citado en Corbett y Lightbow, *The comely frontispiece*, p. 167.

<sup>82</sup> Peacham, *The compleat gentleman*, p. 77, citado en Corbett y Lightbow, *The comely frontispiece*, p. 169.

ordinario»<sup>83</sup>. De acuerdo con los calificativos que Peacham da a los dos autores restantes, los tres libros son ejemplos de un autor que escribe una «historia universal» (Tácito), otra «particular» (Tucídides) y de un autor que contenía un tesoro de consejos y ejemplos de conducta noble. La particular disposición del libro de Plutarco por encima de los otros dos sugiere, como indican Corbett y Lightbow la especial importancia que Peacham atribuía a este autor<sup>84</sup>. En su conjunto, la imagen de la esquina superior derecha es la expresión gráfica de esas recomendaciones educativas en las que tan habitualmente solía aparecer, junto a otros historiadores, la figura de Tácito. El libro —el conocimiento que proporciona— es un elemento fundamental en la mezcla de conocimiento y nobleza que capacita para la acción en el mundo.

Una idea muy semejante a la de Peacham es la que transmite el retrato de Felipe III que aparece en el centro del frontispicio de *El embajador* de Juan de Vera y Figueroa, y representa al monarca en un encuentro entre las armas y los libros<sup>85</sup>. El intenso debate sobre la relación apropiada entre armas y letras o, simplemente, sobre la necesidad y la extensión de la educación del príncipe se expresa aquí visualmente haciendo coincidir ambos atributos regios en una misma imagen<sup>86</sup>. En una escena de interior, indicada de nuevo con un cortinaje abierto que deja ver una columna, se ve al soberano representado con todos los atributos militares, vistiendo armadura, espuelas, espada y bastón de mando y deposita con su mano izquierda un casco adornado con plumas sobre una pila de tres libros colocados encima de una mesa (fig. 18). Los volúmenes que sirven de base al casco están bien identificados, portando el primero de ellos la indicación «Commines», en referencia al historiador francés quizá más frecuentemente alabado en los tratados sobre la escritura de la historia, desde el *Methodus* de Bodin en adelante<sup>87</sup>. El segundo dice «Gov xpiano» y el tercero «Polit

<sup>83</sup> Peacham, *The compleat gentleman*, pp. 46-47, citado en Corbett y Lightbow, *The comely frontispiece*, p. 169.

<sup>84</sup> Corbett y Lightbow, *The comely frontispiece*, p. 170.

<sup>85</sup> Juan de Vera y Figueroa, *El embajador*. Sevilla: Francisco de Lyra, 1620. El grabador de este frontispicio fue Alardo de Popma. Se conserva una copia exenta en BNM IH/2947/16.

<sup>86</sup> Esta cuestión la trata, a partir del reinado de Felipe IV, Bouza, *El libro y el cetro*, pp. 29-38.

<sup>87</sup> En cuanto a la obra de la que pudiera tratarse Elena Páez Ríos, Elena de Santiago Páez, Fernando Bouza Álvarez, Juan Manuel Magariños y Pilar Vinatea, *Los Austrias. Grabados de la Biblioteca Nacional*. Madrid: Biblioteca Nacional; Julio Ollero, 1993, p. 205 sugieren las *Memoires*. Para los emblemas que rodean la figura del rey esta obra propone la siguiente interpretación: «La monarquía, representada por el escudo real, se apoya en sus súbditos, en este caso las armas del autor, que lleva el lema ALTA SECURITAS. Los pequeños emblemas de la izquierda son, de arriba abajo: la cruz y el cáliz, con el lema AD OBEDIENDUM FIDEI (obedeciendo a la Fe); un freno y un bocado de caballo en tierra y la mano que las dirige desde el suelo alude a que el pueblo es como un caballo desbocado que necesita unas riendas que lo gobiernen: IN MAXILIS POPULORUM (lleva las riendas de los pueblos); el templo de la paz y de la guerra con la cabeza de Jano bifronte y las puertas cerradas: FRUCTUS IUSTICIAE (la

xpana» y seguramente están representado las obras de Juan Márquez, *El gobernador cristiano* (1612), y el *Tratado de republica y policia christiana* (1615) de Juan de Santa María. La historia y los preceptos políticos, en esa versión hibridada que comenté en el capítulo 5, comparten así la escena con los atributos militares del monarca, remitiendo a una dualidad semejante a la de Peacham. Ambos frontispicios sugieren la idea de que el conocimiento libresco era «visible», y por tanto representable, en la figura de los nobles y los monarcas. Las obras de carácter político ocupaban así un lugar, además de en los consejos, en la imagen de los propios protagonistas del gobierno de los asuntos mundanos. En el caso del retrato de Felipe III los libros aparecen además en la parte realista de la escena, no en los emblemas que significan las virtudes del príncipe, lo que refuerza el carácter material de estos atributos de la persona regia.

Tras lo dicho hasta aquí cabe ahora describir los retratos de los propios autores de obras de carácter político e histórico, en los que los libros también ocupan habitualmente un lugar destacado. Por razones obvias: los ejemplares que acompañan a las representaciones de muchos autores de la edad moderna, son un símbolo de la actividad del retratado. Junto a este atributo, indicativo de su pertenencia al mundo de las letras, el motivo de las armas y la nobleza es también habitual en las representaciones de intelectuales que analizaré a continuación. Estas son las de Mateo Alemán; Emanuel Sueyro y Carlos Coloma (ambos traductores de Tácito, pero el segundo retratado sin el propósito de adornar una obra) y Lorenzo Ramírez de Prado. Como mostraré, estos retratos ofrecen algunas claves importantes para comprender el desarrollo de la política como dominio disciplinar, puesto que nos adentran en el terreno de la autopercepción de aquellos escritores, pero, naturalmente, no todos los autores se retrataban en sus obras. Esto obliga a plantearse cuáles son los motivos que generan un retrato, por qué un autor elige un determinado momento y obra para costearse un grabado que lo represente. A modo de respuesta preliminar indicaré que en los casos aquí considerados, el retrato es una especie de certificación visual de un estatus que, normalmente, sólo se ha alcanzado tras una carrera intelectual más o menos extensa.

---

paz es el fruto de la justicia); un elefante rodeado de corderos: CUM INOCENTIBUS INOCENS (Inocente con los inocentes) aludiendo a que el elefante, el más poderoso de los animales es tierno con los más indefensos. En el lado derecho: la espada cruzada con la rama de laurel: OBVIAVERUNT SIBI (alegoría de la templanza); un yugo sobre el mar: IMPERIUM PELAGI (con el yugo domina los mares y une los continentes); un columna, símbolo del poder real es el fiel de la balanza que equilibra la guerra (el casco), el comercio (el barco), las ciencias (el libro), la agricultura (el arado y la azada): IN LOCO FIDELI (en el lugar del fiel); la última hace alusión al sol que ilumina la roca herida por los rayos: OCVLIS SUPER BORUM».



Suele estar asimismo motivado por un cambio de estatus más que ser una representación del intelectual en su quehacer más diario.

El más interesante de los retratos es sin duda el que Mateo Alemán incluyó en varias de las ediciones de su *Guzmán de Alfarache*. De esta representación se conservan dos versiones, una más tosca en madera y un grabado calcográfico firmado por Pedro Perret, uno de los grabadores más destacados entre los que trabajaron en España a finales del siglo XVI. Las versiones realizadas a partir de la plancha en madera se encuentran en las ediciones impresas en Madrid por los herederos de Juan Íñiguez Lequerica en 1600 y en Sevilla por Juan de León en 1602, mientras que la edición de Madrid impresa por Várez de Castro en 1599 presenta el retrato realizado a partir del cobre. Raymond Foulché-Delbosc señaló que las ediciones con el retrato eran precisamente aquellas que habían contado con el consentimiento del propio autor, que las autorizaba con las planchas que guardaba en su poder y le acompañaban en sus viajes<sup>88</sup>. De este último grabado también se conserva una copia exenta en la BNM (fig. 19)<sup>89</sup>.

Alemán está vestido ricamente, con cuellos y puños de lechuguilla, la capa sobre su hombro izquierdo y recogida en ese mismo brazo. Mira de frente al lector, al que guía con un gesto del dedo índice de la mano derecha hacia el emblema de la esquina superior derecha. La mano izquierda está apoyada sobre un libro cerrado ricamente encuadernado —se aprecian filetes presuntamente dorados sobre la tapa y cierres metálicos—, en cuyo corte dice: «Cor. Ta.», Cornelio Tácito. Bajo el libro hay un cartapacio que se cierra con un largo cordel que nace de un orificio en la tapa del cartapacio. Las esquinas están señaladas con lo que a todas luces parecen estrellas de David, simples estrellas en la xilografía, y que realmente no sé como deberían interpretarse. El emblema de la derecha nos presenta una araña que está a punto de picar al áspid que descansa o duerme bajo ella, y una filacteria con el lema «Ab insidiis non est prudentia». Jeremy Robbins ha señalado que este *motto* fue traducido y glosado en el seno de la novela por Alemán como «No hay prudencia que resista al engaño. Es

---

<sup>88</sup> José María Micó, «El texto de la Primera parte de Guzmán de Alfarache», en *Hispanic Review*, nº 57, 1 (1989), p. 1. Hay algunas ediciones de la obra con otros grabados para la portada y algunas escenas del texto, como es el caso de Mateo Alemán, *Primera parte de la vida del pícaro Guzman de Alfarache*. Barcelona: Emprenta de Gabriel Graells, y Giraldo Dotil, a costa de Hieronymo Genoues, 1599.

<sup>89</sup> Pedro Perret, *Retrato de Mateo Alemán*, 1599 [BNM IH/213/1] La firma del autor, en el lateral de la mesa, dice: “P. Perret scalp. Re: fe. 99”.

disparate pensar que pueda el prudente prevenir a quien le acecha»<sup>90</sup>. Según Robbins Alemán estaba probablemente refiriendo a la «ubicuidad del engaño» (pues esto representa el ardid de la araña dejándose caer sobre su presa) y a la «impotencia de la prudencia para discernirlo» (la prudencia estaría simbolizada aquí por la serpiente)<sup>91</sup>. Equilibra y completa la composición, en el otro ángulo de la imagen, un escudo de armas, posiblemente falso<sup>92</sup>.

El intento de presentarse como un personaje noble es sin duda llamativo, pero para mi propósito lo más sorprendente de este retrato es que Alemán ha decidido presentarse como intérprete de Tácito, como especialista en descubrir los engaños y astucias a los que remite en el emblema situado sobre sus hombros. Con tal elección, Alemán pone de manifiesto que a la altura de 1599 esos atributos eran lo suficientemente valiosos como para hacer gravitar sobre ellos la propia identidad o, al menos, la imagen pública que se quería proyectar. Su confianza en la implícita lectura de Tácito y en el trabajo intelectual al que aluden el cartapacio y el emblema eran las armas visuales con las que defendía su personaje. Michel Cavillac ha señalado que Alemán, por pícaro interpuesto, y al igual que otros como Herrera, Mariana o Cellorigo «reivindicaba el derecho de las élites ciudadanas a hacer oír la voz de la razón en la “república de hombres encantados” en que se había convertido España»<sup>93</sup>. Ese era el gesto de un personaje que se definía a sí mismo como estadista y que defendía su posible papel público, su valía intelectual y su capacidad como intérprete con las «armas» incluidas su retrato. El volumen de Tácito también serviría, según indica nuevamente Cavillac, para indicar al lector «la clave ideológica de la fábula»<sup>94</sup>.

El segundo de los retratos que quiero comentar es el que Emanuel Sueyro incluyó en la edición de sus *Anales de Flandes* (fig. 20A)<sup>95</sup>. El dibujo original corrió a cargo de Peter Paul Rubens, cuyas iniciales se conservan en algunas de las copias de este retrato, que fue grabado posteriormente por Pieter de Jode<sup>96</sup>. Sueyro está

---

<sup>90</sup> Jeremy Robbins, «The arts of perception: the epistemological mentality of the Spanish Baroque, 1580-1720»; en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 82, n.º. 8, (2005), p. 111.

<sup>91</sup> Ibid.

<sup>92</sup> Así lo creen Francisco Rico (ed.), *Mateo Alemán. Guzmán de Alfarache*. Barcelona: Planeta, 1983, pp. 915 y 941 y B. Brancaforte (ed.) *Mateo Alemán. Guzmán de Alfarache*. Madrid: Cátedra, 1979, pp. 15 y 38.

<sup>93</sup> Cavillac, *Gueux et marchands*, p. 443.

<sup>94</sup> Ibid, p. 444.

<sup>95</sup> Sueyro, *Anales de Flandes*.

<sup>96</sup> La autoría de Rubens en F. W. H. Hollstein, *Dutch and flemishetchings, engravings and woodcuts ca. 1450-1700*. Amsterdam: Meno Hertzberger, v. 9, p. 207 y J. G. van Gelder «Rubens Marginalia III», en *The Burlington Magazine*, n.º 122 (1980), pp. 164-168. La firma de Jode aparece en la esquina inferior

representado como caballero de la Orden de Cristo, una distinción que había obtenido en 1617 de Felipe III, y viste una reluciente con armadura y el colgante de la orden en el pecho<sup>97</sup>. Su mano izquierda descansa en la empuñadura de una espada, mientras que la palma de la mano derecha se apoya sobre un libro abierto. El gesto recuerda a un juramento, pero el libro, cuyas letras son simples trazos, con un aire a caracteres hebreos, no puede identificarse con seguridad. En la misma mesa en la que descansa el libro hay un casco con penacho de plumas y al fondo de la sala se descubren un par de ricos cortinajes. En la esquina superior izquierda están las armas de Sueyro como señor de Voerde (Voorde), coronadas por una filacteria con el lema «in scuto salus». A este respecto Miguel Ángel Echevarría ha señalado que este título, prueba de su nobleza, era «un escudo poderoso que le ampara ante la sociedad» y, presumiblemente, «un seguro de su tranquilidad»<sup>98</sup>.

El retrato fue concebido para decorar la más rica y conmemorativa de las obras de Sueyro pero deja de lado cualquier referencia a su labor intelectual. En la dedicatoria a Felipe IV, Sueyro utiliza el tópico del servicio al rey para presentar la obra, no menos tópicamente, como fruto del tiempo que «sobró de los veynte años, que continuamente hé empleado en cosas mas importantes, que V. Mag<sup>d</sup>. se sirve de encargarme»<sup>99</sup>. Lo interesante del caso es que los numerosísimos poemas en alabanza de Sueyro que se incluyen en los preliminares dibujan exactamente la otra mitad del retrato, aquella que no aparece en la imagen. Muchos de estos poemas se recuerdan los anteriores trabajos de Sueyro como hombre de letras y muy especialmente las traducciones de Tácito y a través de ellos conocemos las excelentes conexiones de Sueyro con importantes universidades y colegios jesuitas de su Portugal de origen (Coimbra y Évora) y con destacados humanistas y escritores flamencos y españoles. Entre los flamencos cabe destacar el poema de Jean-Gaspard Gervart, que dedica una primera estrofa a alabar las traducciones al español de Tácito y Salustio Crispo y acaba comparando los *Anales de Flandes* a la obra de Philippe de Commynes, Jerónimo Zurita y Francesco

---

derecha, mientras que copias como la del Rijksmuseum de Amsterdam incluyen también a la izquierda las iniciales de Rubens y la referencia a su labor como dibujante del retrato.

<sup>97</sup> Como indica por lo demás la mención en la base del retrato «EMANUEL SUEIRO EQUES MILITIAE DNI NRI IESU CHRISTI &c. AEtat. an. XXXVII.»

<sup>98</sup> Echevarría Bacigalupe, *La diplomacia secreta*, p. 187. Este autor señala también que además de pertenecer a la Orden de Cristo, a la que pertenecían muchos comerciantes judíos (entre ellos su padre, Sueyro gozaba desde 1617 de la cualidad de hidalgo de la Casa de Portugal, lo que lo debió alejar progresivamente del mundo de los negocios.

<sup>99</sup> Sueyro, *Anales de Flandes*, «Dedicatoria a Felipe IV»

Guicciardini<sup>100</sup>. Esta conexión entre Sueyro y Gervart, amigo cercano de Rubens, es por otro lado la clave para comprender por qué fue Rubens quien se encargó del dibujo original<sup>101</sup>. Entre los españoles destacan Vicente Mariner y Lope de Vega, que alaba a Sueyro en los términos siguientes: «Divino Emanuel, gloria de Luso, // Calle Tacito ya, calle Polibio, // Con Historia mas grave y mas ilustre: // Que el cielo vivo ingenio te dispueso, // Para que fueses Lusitano Libio, // Gloria de España, y de Germania ilustre»<sup>102</sup>

A pesar de que la obra de Sueyro representaba el culmen de una carrera intelectual bastante nutrida y a pesar de que la importancia de su obra quedaba respaldada con los muy notables apoyos ya señalados, en términos visuales Sueyro colocó la nobleza y los títulos por delante de la carrera intelectual. Exactamente el mismo caso presenta el retrato de Carlos Coloma por Anton van Dyck (fig. 20B)<sup>103</sup>. Este retrato contrasta más si cabe porque no fue concebido para acompañar a ninguna obra y omite cualquier referencia iconográfica, no necesaria, a la actividad literaria del personaje, sin duda mucho menos importante para representarle que sus atributos militares. Los retratos que se conservan de Lorenzo Ramírez de Prado (dos de ellos incluidos en sus obras) son en cambio ejemplos de representaciones del intelectual en tanto que intelectual.

El primero de ellos, realizado cuando Ramírez de Prado contaba con veintiséis años de edad, ilustra las páginas de su *Pentecontarchos* (1612) y fue obra de Hans Baptiste Collaert (fig. 21)<sup>104</sup>. En la poco grácil representación el atributo que más destacadamente caracteriza a Ramírez de Prado es el libro que sostiene con la mano izquierda y que, de acuerdo con lo que sugiere la colocación de los dedos, está dispuesto para ser leído en ese mismo momento. El segundo de los retratos forma parte de

---

<sup>100</sup> «Augusti TACITUS scriptor clarissimus aevi, // Et Latîâ CRISPUS primus in Historiâ, // Eloquii splendore tui, generose SUERE, // Clariùs Hispanè jam didicêre loqui»; «Gallia COMMINIUS, SURITAS Tarraco jactet; // Et GUICIARDINOS Italia terra suos: // Belgica te meritò tantis scriptoribus aequat, // Séque tui celebrem gaudet honore styli: // Quippe simul TACITI pondus, Geniusque SALUSTI, // Mixta operi spirant, docte SUERE, tuo.»

<sup>101</sup> Elizabeth McGrath, «Rubens's arch of the mint», en *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, nº 37 (1974), pp. 191-217, señala la colaboración entre Gevartius y Rubens se puede seguir principalmente en la confección del programa iconográfico y textual de la entrada triunfal que quedaría recogida en el volumen *Pompa introitus honori Serenissimi Principis Ferdinandi Austriaci Hispaniarum infantis ... a S. P. Q. Antverp[iae] decreta et adornata: ... 15 kal. maii ann. 1635*. Antverpiae, Meursius, 1642.

<sup>102</sup> Sueyro, *Anales de Flandes*.

<sup>103</sup> La indicación de dibujante y grabador de este retrato dice «Paul Pontius sculp. Ant. van Dyck pinxit Cum priuilegio» [BNM IH/2149/1]

<sup>104</sup> Lorenzo Ramírez de Prado, *Pentecontarchos sive quinquaginta militum ductor*. Amberes: Ioannem Keerbegium, 1612. Un ejemplar exento de este retrato en BNM IH/7619/1.

*Consejo y consejero de príncipes*<sup>105</sup> y fue realizado por el ya mencionado Pedro Perret el mismo año de 1617 en que se publicó la obra (una traducción parcial del *Thesaurus politicorum aphorismorum* de Jean Chokier). Ramírez de Prado aparece enmarcado en una orla situada sobre un gran pedestal cuadrado y sostenida por un *putto*<sup>106</sup>. Sobrevolando toda la imagen una filacteria indica el tema general escogido para la representación, que es «buen ministro en la paz y la guerra». Para transmitir este mensaje la figura de Ramírez de Prado se acompaña de representaciones de la paz y la guerra a ambos lados del pedestal. La paz es una mujer coronada de laurel que sostiene un cornucopia con el brazo derecho y un haz de espigas con la mano izquierda. A sus pies se aprecia la imagen de una paloma con una ramita de olivo en el pico y sobre ella el lema «sabiduría en la paz». A la derecha del pedestal un soldado vestido con armadura y un casco con penacho de plumas representa la guerra. La figura sostiene una larga lanza con su mano derecha y se apoya con la izquierda en un escudo. A sus pies se ve un gallo y encima en una filacteria «valor (*virtus*) en la guerra». Joaquín de Entrambasaguas juzgó que el retrato se hizo sobre otro o era una representación convencional sin referente real<sup>107</sup>.

Se conserva un tercer retrato de Ramírez de Prado, elaborado en 1649 por P. H. Fluyters y que presenta el mismo esquema que el retrato de Mateo Alemán ya comentado (fig. 22). Este tercer retrato no fue incluido en ninguna obra publicada y muestra a Ramírez de Prado con el hábito de caballero de Santiago, con el cuello reformado característico de la época de Felipe IV y apoyando la mano izquierda sobre un libro cerrado. La combinación de cargos públicos<sup>108</sup> y actividad intelectual, de

<sup>105</sup> Ramírez de Prado, *Consejo y consejero de príncipes*. Esta obra incluye otros tres grabados: un frontispicio arquitectónico con un rico mensaje emblemático; un escudo de las armas del duque de Lerma realizado por Pedro Perret y un emblema de los Ramírez de Prado.

<sup>106</sup> El pedestal contiene un gran cuadro de texto que dice: «Sigo el intento del autor// solamente en la TRADUCION; i con// mis DISCURSOS descubro mas las Acciones acertadas del PRINCIPE, // i Prudencia de sus CONSEJEROS. // Luego que lo mandò V. E: presumi poderlo hazer. Ofrezco, no pequeño// DON, sino la gran MERCED, // que recibi, obligando à V. E. con sus// mismos BENEFICIOS; à mis servicios// imposible, de su GRANDEZA EFETO i// MERECIMIENTO. // Don Lorenço Ramirez de Prado»

<sup>107</sup> Joaquín de Entrambasaguas, *Una familia de ingenios: los Ramírez de Prado*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1943, pp. 89-90. [Instituto Antonio de Nebrija. Revista de Filología Española, anejo 26.]

<sup>108</sup> La inscripción bajo la imagen indica cuáles eran los oficios en los que se empleaba Ramírez de Prado por entonces: «EFFIGIE S DOMINI DON LAURENTI RAMIRES DE PRADO EQUITIS ORDINIS S. JACOBI PHILIPPO IV HISP. REGI CATHOLICO À CONSILIS IN SUPREMO ET REGIO CASTELLAE NEC-NON IN SANCTAE CRUZIATAE ADSESSU SENATORIS, APUD LUDOVICUM XIII GALLIAR REGEM CHRISTIANISSIMUM EX-LEGATI». Bajo la inscripción aparece el dístico «Ora viri referunt, quae corde Arcana recondit // Solus habet clavem qui dare clausa potest»

nobleza y valía humanística, se refuerza con el escudo de armas de la esquina superior izquierda y el emblema de la derecha. Este consiste en una mano que arroja tres dados, con el lema «ut cumque». La escena está enmarcada en una orla sostenida por dos figuras; a la izquierda, una figura masculina joven con la mano izquierda alzada hacia el cielo y el dedo índice extendido representa la verdad; a la derecha la envidia está representada por medio de una figura andrógina, vieja, con los cabellos largos despeinados y serpientes en la cabeza. El emblema ya había aparecido con anterioridad en un grabado de mejor factura, incluido en *Consejo y consejero de príncipes* y en una obra de su hermano Alfonso Ramírez de Prado<sup>109</sup>. La reutilización del emblema apunta hacia una identificación del intelectual con el mismo acto del consejo, convertido en divisa personal (e, incluso, familiar). Los dados, representación del azar están dibujados en el momento de caer, congelados en un punto en el que el resultado aún es incierto puesto que de los tres sólo uno descansa sobre el plano mientras los otros dos permanecen en la mano o vuelan por el aire. El lema «ut cumque» (como quiera que sea) remite al momento de indeterminación que se está presenciando. El lema, que no aparece en el retrato de 1649 pero sí en las otras dos versiones de esta imagen, aclara que la verdad y la envidia son las dos amenazas a la hora de seguir un consejo<sup>110</sup>.

El experto político<sup>111</sup>, contaba con los libros como armas para su representación. Eran su atributo más característico y simbolizaban su capacidad para activar los conocimientos librescos y aplicarlos al mundo de los asuntos humanos. Eran la expresión del valor social que se trataba de atribuir a las técnicas de lectura, almacenamiento y aplicación de los textos históricos a la realidad política. Ese «valor social» de la actividad intelectual se aprecia también con claridad en la proyección que, en el plano de la colaboración e intercambio intelectual, tuvo la actividad de recopilación lectora. Si los libros eran el «símbolo» de estos personajes, el intercambio de lugares pudo llegar a servir como un medio de relación social tal vez equivalente al del intercambio de obras impresas o manuscritas, tal y como demuestra el caso del estudiante florentino Girolamo da Sommaia y Lorenzo Ramírez de Prado cuando ambos eran estudiantes en Salamanca<sup>112</sup>. Los lugares comunes prestados eran una muestra de

---

<sup>109</sup> Alonso Ramírez de Prado, *Gnomae legales ethico-politicae*. Madrid: Luis Sanchez, 1623.

<sup>110</sup> El lema dice: «Dextro sive cadit, Laevo seu TESSERA jactu, CONSILIIIS paret Casus uter que minor».

<sup>111</sup> El término es sin duda problemático, pero bastante útil. Fernández Santamaría, *Razón de estado y política*, p. 159, ya sugería que la aparición de una «versión especulativa del saber político» daba lugar a la «aparición de un tipo de experto nuevo: el teórico de la política».

<sup>112</sup> Haley (ed.), *Diario de un estudiante de Salamanca*, p. 78.

amistad y un vehículo de relaciones sociales de la misma importancia que, por ejemplo, el préstamo de libros o el regalo de una medalla.

Las colecciones de lugares comunes, y la habilidad para construirlas, eran por otro lado parte de la identificación social de quienes las compilaban, especialmente en el momento en que estos individuos las ponían en uso y se presentaban como consejeros o autores. Tal y como Marjorie Swan ha argumentado, «una colección humanista de dichos, recolectada de autoritativos clásicos era una forma de capital cultural que testificaba sobre la erudición del propietario y, consecuentemente, sobre sus credenciales como consejero político»<sup>113</sup>. Más aún, señala Swan, este modo de «interrelación entre el sujeto individual y un grupo social más amplio se extendía al ámbito político, puesto que el gobernante sabio, reuniría como consejeros a un grupo de hombres singulares; a una colección de coleccionistas de textos»<sup>114</sup>. Como muestran las imágenes que he analizado, los libros y sus intérpretes más destacados eran un factor esencial para definir el espacio en que se debía desarrollar la política.

### 8.3 Política y racionalidad

La «razón» era (y posiblemente sigue siéndolo) la capacidad que diferencia al hombre de los animales y, según Sebastián de Covarrubias, aquello que le valía su calificación de «racional». Otras acepciones del término lo definían como «el concepto declarado por palabras», mientras que «razonar» se definía como «hablar concertadamente»<sup>115</sup>. Probablemente ni siquiera es necesario recurrir a esta definición de época para argumentar que todas las obras comentadas en los anteriores capítulos, independientemente del uso que hicieron de los textos de Tácito, eran fruto de un pensamiento racional. Las obras que proponían la validez de Tácito para interpretar la realidad política, lo mismo que aquellos textos en los que se señalaba la existencia de

---

<sup>113</sup> Marjorie Swann, *Curiosities and texts. The culture of collecting in early modern England*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2001, p. 154. Poco antes Swann precisa que «El método de lectura y escritura del cuaderno humanista impulsó nuevos conceptos en la relación entre textualidad, recolección e identidad. La *copia* retórica estaba largamente asociada con nociones de abundancia material y las descripciones del método del cuaderno en el siglo XVI enfatizan el aspecto físico de la colección de dichos del lector, imaginando a menudo los fragmentos textuales cosechados como un tesoro de joyas o un almacén de ladrillos. Este impulso de concebir los dichos *como* objetos materiales llevó a algunos escritores a abogar por la exhibición de los dichos *en* objetos materiales» (p. 153).

<sup>114</sup> Ibid. Parte del argumento de Swann está basado en Mary Thomas Crane, *Framing authority. Sayings, self, and society in sixteenth-century England*. Princeton: Princeton University Press, 1993, que no he podido consultar.

<sup>115</sup> Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*, s. v.

una esfera inalcanzable al conocimiento humano en la que se regía el desarrollo de los acontecimientos políticos, eran todos ellos exactamente igual de racionales<sup>116</sup>.

Esta consideración es necesaria, aún a riesgo de recordar lo obvio, en tanto que buena parte de historia del pensamiento político de la edad moderna ha operado bajo la presuposición de un enfrentamiento entre unas posturas antiguas o tradicionales y otras que incorporan novedades, asignado implícitamente a cada una de ellas dos campos contrapuestos: el de los valores teológicos y el de los presupuestos modernos o racionalizadores. Como desarrollé en la introducción, el análisis de la recepción de Tácito no ha quedado al margen de esta lógica subterránea según la cual los autores que hacían uso del latino estaban alineados del lado de los «realistas» o de los defensores de una política científica. Todo apunta a que fue Friedrich Meinecke el que sentó los presupuestos fundamentales de esta lógica de avance del racionalismo que ha impregnado gran parte de los estudios sobre la razón de estado y, por extensión, los de la recepción de Tácito<sup>117</sup>. Michel Senellart ha resumido la tesis principal de Meinecke señalando que de acuerdo con el autor alemán fue la idea de la razón de estado, nacida del genio de Maquiavelo «la que hizo posibles los progresos del historicismo contra las doctrinas del derecho natural, abriendo así la vía a un conocimiento racional de los mecanismos del poder»<sup>118</sup>.

Al respecto de esta interpretación general del desarrollo político de la edad moderna, un cierto problema reside en el significado —que se tiende a considerar evidente— del término racionalismo, pues, ¿qué debe considerarse un conocimiento racional en el campo de la política? Esta cuestión no ha pasado desapercibido a la historia del pensamiento político moderno y ha abierto numerosas brechas en la definición de ese «conocimiento racional». Michel Senellart ha señalado, por ejemplo, la contradicción interna y los peligros de teleologismo implícitos en cualquier lógica de «avance del racionalismo», indicando que «a partir del momento en que juntamos lo racional con lo histórico, la misma noción de racionalización se torna problemática. ¿Acaso esta noción no remite implícitamente a una razón que se sostendrá, en sí misma, fuera de la historia? A menos que queramos recaer en la ilusión universalista es necesario por tanto preguntarse qué tipos de racionalidad recubre esta

---

<sup>116</sup> Puede ser interesante recordar el trabajo de interpretación de mensajes providenciales que describe Worden, «Providence and politics».

<sup>117</sup> Friedrich Meinecke, *L'idée de la Raison d'État dans l'Histoire des temps modernes*. Ginebra: Droz, 1973.

<sup>118</sup> Michel Senellart, *Machiavélisme et raison d'État*. París: Presses Universitaires de France, 1989, p. 6.



racionalización»<sup>119</sup>. El propio pensamiento político del siglo XX ha contado también con importantes reevaluaciones del significado del racionalismo en la política. Desde una postura conservadora, Michael Oakeshott ha denunciado, por ejemplo, los límites y los efectos perversos de la aplicación de principios supuestamente racionalistas o científicos a la política<sup>120</sup>. Una crítica que desencadena preguntas como ¿de qué modo es posible cuantificar la racionalidad de los principios de gobierno, o de las ideas políticas? O, ¿hay una manera racional de decidir cuál es la mejor manera de gobierno o la mejor actuación posible en el dominio de lo público?

Este problema de definir qué constituye una política racional afecta, como vengo indicando, al lugar que ocuparon los comentarios sobre Tácito y de las obras políticas basadas en su recepción. En los capítulos anteriores, especialmente en los capítulos 5, 6 y 7, he mostrado que un análisis detallado de los múltiples usos del clásico hace difícil sostener una estricta oposición entre racionalismo y tradicionalismo, y muestra un gran número de prácticas híbridas y desarrollos que no responden a este esquema. La imposibilidad de encontrar un lugar para el pensamiento político moderno en una oposición tan básica también viene siendo señalada desde hace tiempo, especialmente en lo que toca a la confrontación entre providencialismo y realismo político (entre pensamiento teológico y racionalidad política). Michel Senellart ha destacado las evidentes posibilidades creativas del «cristianismo», rechazando presentarlo como «la negación de la política» y tratándolo «como el agente de una *transformación* lenta pero poderosa de la economía temporal»<sup>121</sup>. Senellart se preguntó también si no debíamos «postular una *productividad* del cristianismo, incluso a través de sus formas más negadoras, para tratar de comprender, en términos de *interacción*, y no simplemente de oposición las relaciones entre las esferas “del estado” (*étatique*) y “religiosa”»<sup>122</sup>. La obra de Robert Bireley ha analizado precisamente esa capacidad creativa y de adaptación a la realidad política del pensamiento contrarreformista, demostrando las múltiples posibilidades de manejar los asuntos políticos que se proponían desde el catolicismo<sup>123</sup>.

---

<sup>119</sup> Ibid, p. 11. El propósito concreto de Senellart en este artículo es mostrar como «bajo el concepto de razón de estado se confrontan, desde el siglo XVI, dos formas distintas de racionalidad, una guerrera y otra económica» (p. 11).

<sup>120</sup> Michael Oakeshott, *Rationalism in politics and other essays*. Indianápolis: Liberty Press, 1991.

<sup>121</sup> Michel Senellart, *Les arts de gouverner: du régime médiéval au concept de gouvernement*. París: Seuil, 1995, p. 15.

<sup>122</sup> Ibid.

<sup>123</sup> Robert Bireley, *The counter-reformation prince: anti-machiavellism or catholic statecraft in early modern Europe*. Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, 1990; Robert Bireley, *The*

El marco en que se desarrollaban las discusiones sobre los límites de la política y las posibilidades del conocimiento humano de esta disciplina también ha sido caracterizado desde antiguo en términos que matizan muy significativamente la idea de racionalismo. En el capítulo 7 ya mostré cómo F. J. Levy contextualizaba el desarrollo de una historia política en un marco de relaciones que oscilaban entre la fortuna, la prudencia y la providencia divina<sup>124</sup>. John G. A. Pocock ha descrito brillantemente el utillaje intelectual de la edad moderna, que se caracterizaba por carecer «de medios para explicar la sucesión de particulares en el tiempo social y político»<sup>125</sup>. Todos los intentos de explicación de los acontecimientos particulares, según señala Pocock, habían de quedar en algún punto entre los dos polos de la experiencia y la gracia<sup>126</sup>. Esas respuestas estaban repartidas a lo largo de un rango de posibilidades que iba desde el lenguaje de la experiencia, la prudencia y los *arcana imperii* hasta el de la gracia y las virtudes, pasando por otros tres intermedios: el de la providencia (la fortuna anudada con la fe), el de la fortuna (una providencia particular, desligada de la fe), y, por último, el de la escatología revelada, que aúna providencia y lenguaje profético<sup>127</sup>. Como he tratado de mostrar, la recepción de Tácito muestra precisamente las múltiples posibilidades de uso de sus textos al tiempo que la solidez de estos marcos explicativos.

Teniendo en cuenta los matices y límites ya señalados cabe preguntarse, no obstante, qué grado de racionalidad implicaba leer un texto, extractarlo, ordenarlo por rúbricas temáticas y aplicarlo para construir una nueva argumentación o como guía para la acción. Hay varias maneras de contestar a esta pregunta y una de ellas es la que utilizaba implícitamente Hobbes, quien (como mostré en el capítulo anterior) criticaba el uso retórico de los textos clásicos y, en general, las formas de argumentación heredadas de la retórica humanista. Hobbes intentó, como se aprecia fundamentalmente en *De cive*<sup>128</sup>, construir los fundamentos para una verdadera filosofía política sistemática que se alejase de las prácticas de lectura y argumentación que se empleaban en su época. Mi estudio de la recepción de Tácito ha pretendido mostrar esos

---

*refashioning of catholicism, 1450-1700. A reassessment of the counter Reformation.* Houndmills (Basingtoke): Macmillan, 1999.

<sup>124</sup> Levy, *Tudor political thought*.

<sup>125</sup> Pocock, *The machiavelian moment*, p. 48.

<sup>126</sup> Los mismos polos, aunque con menor atención al rango de modalidades de pensamiento que englobaban son los que utilizaba Maravall, *Teoría del Estado*.

<sup>127</sup> Pocock, *The machiavelian moment*, p. 48. Para comprender las dificultades que encierra de por sí el término prudencia ver Aubenque, *La prudence*.

<sup>128</sup> Thomas Hobbes, *Philosophicall rudiments concerning government and society [De Cive]*. Londres: Printed by J.G. for R. Royston, 1651. Thomas Hobbes, *De Cive. Elementos filosóficos sobre el ciudadano*. Madrid: Alianza, 2000.

fundamentos epistemológicos de la política que Hobbes criticaba, y que no se descubren tanto por referencia a los contenidos de los textos de Tácito como por el lugar que ocuparon las prácticas con los que se interpretaron y su relación con las formas de argumentación científicas de la edad moderna<sup>129</sup>.

Peter Burke calificó el tacitismo como «un procedimiento de lo menos científico o empírico; las generalizaciones se tomaban de libros y no de la observación»<sup>130</sup>, pero numerosos estudios han matizado también la oposición clásica entre observación directa y conocimiento libresco<sup>131</sup>. Ann Blair ha mostrado la relación entre esos dos polos, señalando la enorme extensión disciplinar del método de lectura y obtención de extractos de textos (*ars excerpendi*, lo denomina). Analizando el *Universae naturae theatrum* de Jean Bodin (1596), Blair ha demostrado que Bodin «utilizaba el libro de lugares comunes como un arsenal de “factoides”, pedacitos de conocimiento que divorciaba de su contexto original para acomodarlos a sus propósitos» y que también recolectó información procedente de la experiencia personal directa, igualando la información tradicional a la de orígenes más recientes, la libresca a la observada directamente<sup>132</sup>. En su estudio del *Theatrum humanae vitae*, de Theodor Zwinger, Blair ha señalado que los *exempla* ordenados bajo categorías temáticas constituyen «“hechos” textuales, pequeños segmentos o pepitas de texto separados intencionadamente de los contextos en los que aparecían originariamente»<sup>133</sup>.

Los estudios de Ann Blair forman parte de una corriente de reevaluación de temas históricos como el nacimiento del empirismo, de la objetividad y del concepto de «hecho» que han mostrado la importancia del sustrato formativo de las prácticas

---

<sup>129</sup> Esto le da la vuelta a la afirmación de Tierno Galván «la problemática que se construyó sobre si política es arte o ciencia a partir de la lectura del clásico romano», independizando el desarrollo de una y otra cuestión, Tierno Galván, «El tacitismo», p. 24.

<sup>130</sup> Burke, «Tacitism», p. 168.

<sup>131</sup> Pomata y Siraisi, *Historia*, p. 17, precisan que «este aparato filológico y anticuario ha sido considerado principalmente como un handicap, un filtro teórico opresivamente constrictor, que limitaba y distorsionaba la observación. Indudablemente, esto fue así en algunos casos, pero también hay pruebas de lo contrario; pruebas, concretamente, de que la sofisticación lingüística y la tremenda familiaridad con los textos antiguos que constituyen el sello del aprendizaje humanista podían ser encauzados hacia las metas cognitivas de la observación directa con el fin de complementarlas o incluso mejorarlas».

<sup>132</sup> Blair, «Humanist methods», p. 545. Ver también Blair, *The theater of nature*.

<sup>133</sup> Ann Blair, «Historia in Zwinger's *Theatrum humanae vitae*», en Gianna Pomata y Nancy G. Siraisi (eds.), *Historia. Empiricism and erudition in early modern Europe*, Cambridge (Massachusetts): MIT Press, 2005, p. 285. Walter Ong había señalado que «La “inducción” resultaba fomentada, sutil pero realmente mediante desarrollos en el seno de la tradición de los lugares comunes apoyados tipográficamente. Las unidades no eran observaciones individuales de experimentos, sino trozos de texto», Walter J. Ong, «Commonplace rhapsody: Ravisius Textor, Zwinger and Shakespeare», en Robert R. Bolgar (ed.), *Classical influences on European culture, A. D. 1500-1700*, Cambridge: Cambridge University Press, 1976, citado en Blair, «Historia in Zwinger's *Theatrum*», p. 283.

intelectuales humanistas en esos desarrollos<sup>134</sup>. La recepción de Tácito, en lo que respecta a sus procedimientos intelectuales, participó, de modo más o menos detallado, en esta reconfiguración de los límites y las herramientas conceptuales del conocimiento humano. Barbara Shapiro ha identificado esta reconfiguración con la ruptura, en el siglo XVII (y tanto en las ciencias naturales como en la historia o el derecho), de la oposición entre «ciencia, conocimiento, certeza y filosofía de una parte y opinión, probabilidad, apariencia y retórica de otra», algo que supuso replantearse una familia de conceptos (certitud, demostración, probabilidad, prueba, cuestión de hecho, hipótesis y conjetura) relacionados con cuestiones fundamentales acerca de la naturaleza de la verdad y la habilidad humana para aprehenderla<sup>135</sup>. Ni el contenido de los textos de Tácito ni el significado que adquirieron en el siglo XVII se amoldan fácilmente a una consideración sobre la racionalidad de la política que pudo nacer a partir de ellos. Las prácticas intelectuales con las que fueron leídos y procesados esos textos hablan, sin embargo, de la importancia de la historia como modo de conocimiento, del papel del método de los lugares comunes para la creación de categorías de interpretación de la realidad y de la variedad formal de la política en esa época. Como he tratado de mostrar, resulta más apropiado intentar descubrir la racionalidad propia de esas prácticas con las que se llevó a cabo la recepción de Tácito que tratar de asignar un lugar a los productos finales de esta recepción —comentarios, discursos y argumentaciones a partir de sus textos— en nuestras concepciones de lo que constituye un pensamiento político racional.

---

<sup>134</sup> Además de Pomata y Siraisi, *Historia*. pueden destacarse, por ejemplo, el número de *Quaderni Storici* dedicado a los «Hechos», a la «historia de la evidencia empírica» (coordinado por Simona Cerruti y Gianna Pomata y en el que Lorraine Daston discutía sobre la construcción del dato en la edad moderna, Lorraine Daston, «Perché i fatti sono brevi?»; en *Quaderni storici*, vol. 108, n.º. 3, (2001), pp. 745-770; y al número de *Journal of the History of Ideas* en el que Ann Blair y Anthony Grafton se proponían reevaluar las relaciones entre humanismo y ciencia, Ann Blair y Anthony Grafton, «Reassessing humanism and science»; en *Journal of the History of Ideas*, vol. 53, n.º. 4, (1992). También es interesante la consideración de Grafton en *Defenders of the text*, p. 2: «Los ensayos que siguen a continuación fueron escritos en momentos diferentes y para audiencias diferentes, pero atacan un único dogma general, el formulado a finales del siglo XVI y principios del XVII por abogados de la Nueva Ciencia tales como Francis Bacon y René Descartes. Estos hombres realzaron la autoridad de su empresa denigrando la historia de la cultura occidental antes de su propio tiempo». Grafton señala además que aunque estos «profetas del nuevo mundo intelectual [Bacon y Descartes] contemplaron el método de sus predecesores con particular desdén» ellos mismos eran deudores de ese método textual que consideraban estéril.

<sup>135</sup> Barbara J. Shapiro, *Probability and certainty in seventeenth-century England: a study of the relationship between natural science, religion, history, law and literature*. Princeton: Princeton University Press, 1983, p. 3. Trabajando también sobre la historia de la objetividad Peter Dear ha indicado que «lo “objetivo” como una dimensión del conocimiento arraigada en las cosas y su capacidad de ser conocidas en el siglo XVII pasó a ser reemplazado por una categoría negativa, caracterizada por la ausencia de rasgos considerados como inapropiados para el conocimiento válido», Peter Dear, «From truth to disinterestedness in the seventeenth century»; en *Social Studies of Science*, vol. 22, n.º. 4, (1992), p. 627. Sobre el surgimiento de la objetividad ver también Julie Robin Solomon, *Objectivity in the making. Francis Bacon and the politics of inquiry*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1998.

Con el recorrido realizado en este capítulo he tratado de situar nuestra comprensión del pensamiento político en la edad moderna en tres contextos que complementan el análisis realizado en los capítulos anteriores. El lugar de los libros de historia y de política en las bibliotecas arroja cierta luz sobre su relación con otras de las parcelas en las que se dividía conceptualmente el mundo de la edad moderna. El análisis de bibliotecas realmente existentes, permite comprender los cambios en las categorías de clasificación y las distintas funciones de estas disciplinas de acuerdo con la época y las expectativas de sus propietarios y organizadores. Las imágenes del consejo, del libro de política y de los intelectuales nos remiten al mundo de las prácticas o, más bien, a la relación de continuada dependencia entre los límites cotidianos de la disciplina (los espacios en los que se practicaba, la defensa del trabajo intelectual, la importancia otorgada al libro y al conocimiento, etc.) y su expresión en obras de pensamiento. Finalmente, he tratado de mostrar hasta qué punto un fenómeno como la recepción de Tácito puede matizar algunas de las categorías con las que concebimos la evolución histórica del pensamiento político. Todas estas consideraciones forman parte de una contextualización lejana, pero muy reveladora de lo que supuso en los siglos XVI y XVII la recepción de Cayo Cornelio Tácito.



«*Le premier qui revint de Germanie avec des culottes fut Alienus Caenia.*  
Tacite (cité dans le *Dictionnaire des Sciences Medicales*)»  
Gustave Flaubert, *L'Album sottisier et le dictionnaire des idées reçues* (1881)

## Conclusiones

La cita de Flaubert sobre esta línea indica la desactivación de los principales fundamentos de la recepción de Tácito en la edad moderna. En sí mismo, el fragmento rescatado de las obras de Tácito —que no es una cita exacta sino probablemente inventada o deformada por la transmisión hasta el punto de hacerla irreconocible— destaca por la poca importancia de su contenido. Apenas es posible encontrarle una utilidad, lo mismo que resulta difícil encontrar el por qué de su recolección. Las cosas empeoran cuando esa cita obtenida de segunda mano, a través de un previo diccionario médico, es reordenada por Flaubert para su diccionario. El efecto crítico apunta hacia la cadena de transmisión de «ideas recibidas» (e idioteces) y al conocimiento vacío que de ello resulta. La ironía ataca sin restricciones al *procedimiento* de recolección que está en la base de esta recopilación y de cualquier otro libro de lugares comunes.

Se mantiene hasta nuestros días un cierto sentido de la ejemplaridad de la historia, pero se han esfumado las prácticas interpretativas de la edad moderna, las formas en que se lee el clásico han cambiado y el estatus epistemológico de esta actividad se ha alterado con esos cambios. Lo que ha desaparecido notablemente ha sido el procedimiento por el que Tácito «hablaba» en la realidad política del siglo XVII. El fin de la interpretación de Tácito en los términos empleados en el siglo XVII se solapa en realidad con el fin de las *artes historicae*, la teoría y método de lectura de la historia en que se sustentaba el valor de las enseñanzas de los clásicos para interpretar la realidad política. Este fin es difícil de datar, no corresponde con un acontecimiento singular o con una publicación concreta, y es una especie de muerte contra los propios principios del arte. Como ha señalado Anthony Grafton, que sitúa un punto de inflexión a fines del siglo XVIII, en parte, también «el *ars historica* se derrumbó desde dentro casi antes de que recibiera una forma canónica, pues la presión ejercida sobre él por los lectores que trataban hacer de trabajar los textos se hizo demasiado fuerte para las rudas pero efectivas herramientas, métodos y marcos de referencia que sus autores habían improvisado cuando construían el género, en su mayor parte provenientes de almacenes pedagógicos ya existentes»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Grafton, *What was history?*, p. 229.

Los textos de Tácito permanecen a nuestro alcance, pero la desaparición de las prácticas y fundamentos intelectuales que he descrito a lo largo de estas páginas ha abierto una brecha entre nuestra posible lectura y las de la edad moderna, un hueco que esta investigación ha tratado de llenar de sentido. Gracias al redescubrimiento del lector desde posturas inicialmente teóricas, se ha desarrollado una historia de la lectura que ha ido descubriendo a lectores reales y testimonios físicos de la lectura. En tanto que actividad, la lectura ha dejado sus restos materiales en libros y otros artilugios del pasado. Sorprendentemente muchas de estas marcas están aguardando a quien las interprete, fijadas sobre libros y cuadernos de la época. Mi investigación me ha llevado a la constatación de que, a pesar de las dificultades, existe un campo documental de importancia e interés en lo que se refiere a anotaciones marginales y cuadernos de lugares comunes.

He estudiado la recepción «física» de Tácito no sólo a través de esas fuentes, sino también con un análisis de las distintas ediciones y traducciones de su texto desde un punto de vista material. He explotado así las posibilidades que ofrecen al historiador los privilegios, aprobaciones, erratas, prefacios y otros «paratextos» y la información que proporcionan algunos frontispicios. También he prestado anotación a otros textos de acompañamiento menos considerados habitualmente, como índices, glosarios, apéndices de distinto tipo, tablas de contenidos o lugares comunes, apostillas marginales, anotaciones y comentarios. He hecho asimismo algunas consideraciones sobre la disposición de las páginas y sobre otros elementos tipográficos. Una constatación similar a la que anteriormente he hecho respecto a las anotaciones marginales es la cantidad de «cosas» a las que puede mirarse y la cantidad de ayudas a la interpretación que pueden pasarse por alto.

Al igual que ocurre con la descripción de anotaciones marginales y otros rastros de lectura, un análisis de este tipo requiere minuciosidad. La atención prestada a cosas sin apariencia de importantes me ha conducido en algunas ocasiones a los confines de la descripción microhistórica, entendida como un análisis a una escala que desvela cosas invisibles a otros niveles<sup>2</sup>. No obstante, el nivel de detalle al que puede llevarse la descripción material de los libros es tan grande que resulta incompatible con la

---

<sup>2</sup> Giovanni Levi, «On microhistory», en Peter Burke, *New perspectives on historical writing*. Oxford: Polity Press, 1992.



descripción de un fenómeno como la recepción de Tácito<sup>3</sup>. En este trabajo he mostrado las posibilidades que ofrece combinar una mirada más detallada sobre los libros y las lecturas del pensamiento político de la edad moderna con otra mirada más amplia, con la que he tratado de contextualizar el uso de Tácito en el discurso de la época. Acerca de las posibilidades que ofrece esta doble atención Ann Blair sostiene que para el historiador cultural una cuestión aparentemente tan de detalle como es la toma de notas de lectura «puede arrojar luz sobre las expectativas culturales y las prácticas materiales que son representativas de un contexto histórico particular y en el que puede mostrarse que los métodos de anotación contribuyen a dar forma a los modos de pensamiento y argumentación característicos de ese medio»<sup>4</sup>.

Al no restringir la búsqueda a los lugares más habituales he conseguido identificar usos de Tácito que habían pasado desapercibidos hasta ahora, en parte por falta de más trabajos historiográficos sobre el tema, pero también en gran medida por el tipo de aproximación con que se ha abordado la recepción de Tácito. En cualquier caso estoy convencido de que no resultará difícil ir encontrando nuevos testimonios de la recepción de Tácito en autores distintos de los reflejados en estas páginas, citas y usos del clásico repartidos por obras de diverso carácter. Sería igualmente posible, e incluso necesario —dado el carácter europeo del fenómeno—, extender las comparaciones a otros ámbitos territoriales, entre los que no deberían faltar Italia, Alemania o Portugal. Probablemente pudieran encontrarse también algunas nuevas ediciones, traducciones, comentarios y libros de aforismos sobre Tácito, tanto impresos como manuscritos y nuevos testimonios del empleo de sus obras para interpretar la realidad política coetánea. En lo que he denominado «popularización» de Tácito, una categoría siempre difícil de acotar, he tratado de recoger algunos de esos usos más imprevistos, pero no menos indicativos de la recepción del clásico en la edad moderna. Su aparición en el teatro y la literatura, su uso por parte de personajes populares, la depuración de los personajes históricos en estereotipos y otras cuestiones relacionadas seguramente puedan ofrecer muchas nuevas indicaciones sobre la presencia de Tácito (en todos los significados) en la cultura de la edad moderna.

En esta investigación he ampliado el campo de búsqueda de testimonios de la recepción de Tácito partiendo de la idea de que este fenómeno no debe circunscribirse a

---

<sup>3</sup> No me refiero únicamente a una perspectiva de bibliografía material, sino al nivel de detalle al que llegan estudios de historia de la literatura como el de Francisco Rico, *El texto del "Quijote": preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2005.

<sup>4</sup> Blair, «Note taking», p. 89.

la interpretación del contenido de sus textos. He pretendido mostrar, en cambio, que para comprender el uso de Tácito en el pensamiento político de la época es imprescindible establecer un cierto contraste con distintas manifestaciones culturales del momento. En particular he tratado de mostrar la importancia de comprender la formación retórica y los métodos de lectura de tradición humanista para entender el modo en que se concibieron y organizaron las obras de pensamiento político en torno a los textos del autor clásico. Sin lugar a duda, este movimiento de ampliación parte de una inspiración teórica, pero se ha visto retroalimentado por los resultados de la búsqueda (como he señalado, sorprendentemente satisfactoria) de diversos testimonios de la recepción de Cayo Cornelio Tácito.

Un movimiento similar de ampliación lo proporciona el esfuerzo comparativo que está presente en esta tesis, especialmente en su segunda mitad. La recepción de los textos de Tácito es un fenómeno a nivel europeo y aunque en ocasiones ha sido estudiada en un marco amplio (Schellhase, Stackelberg...) no siempre se ha sacado partido a las posibles comparaciones. En mi caso, el primer resultado de esa comparación ha consistido en mostrar los diferentes grados de atención que ha recibido a nivel historiográfico el estudio de la recepción de Tácito en España, Francia o Inglaterra. Algunas de estas diferencias se explican por el tipo de documentación conservada y el nivel de precisión que puede alcanzarse en cada caso, pero sorprendentemente la recepción francesa aparece al mismo tiempo como mucho más intensa que la de Inglaterra o España y mucho menos estudiada por los historiadores, exceptuando los esfuerzos de Jacob Soll.

He mostrado asimismo las diferencias de ritmo en la recepción —más temprana en Francia que en España o Inglaterra— y algunos usos restringidos a un territorio concreto —destaca el caso de la *Germania*, prácticamente ausente en España—. No obstante, los resultados de mi comparación tienden a señalar un número mucho mayor de semejanzas que de diferencias entre los tres ámbitos estudiados. La más notable de ellas se refiere al marco de referencia en el que constantemente se enmarca la recepción de la historia latina narrada por Tácito. He expuesto cómo en los tres casos es imprescindible ligar la lectura de Tácito a la revalorización de la historia como modelo de conocimiento para la acción política, y la comparación ha mostrado también una gran semejanza en las recomendaciones educativas de la época. Bodin, Mariana, Álamos, Wheare o Johnson compartían buena parte de los presupuestos que colocaban la historia entre las prioridades de aprendizaje para el dominio de lo político. La segunda gran

similitud que surge de la comparación entre los tres ámbitos afecta al carácter polémico de la recepción de Tácito. No se encuentra ningún caso en que estén ausentes las voces críticas y además se observa un gran parecido en los distintos tipos de acusaciones que se vierten contra Tácito. La cuestión de la impiedad del autor y de la validez de los historiadores paganos en general aparece constantemente, lo mismo que las consideraciones acerca del contenido moral de los escritos de Tácito. En un plano distinto, el debate afecta, como he mostrado con repetidos ejemplos, a las distintas concepciones sobre la capacidad humana para comprender el desarrollo y el manejo de los acontecimientos políticos.

Además de establecer las mencionadas comparaciones he tratado también de mostrar algunas «conexiones» entre esos tres ámbitos. El carácter general de la recepción del autor latino no se comprende, por ejemplo, sin una referencia al debate sobre el estilo de Tácito de finales del siglo XVI o a la mediación de las ediciones lipsianas. He mostrado asimismo cómo los argumentos a favor y en contra del clásico saltaban de un lugar a otro gracias a la circulación de libros y a la conciencia del carácter «europeo» del propio fenómeno de la recepción. También he detectado, a través de interesantes acusaciones cruzadas, la presencia de un entendimiento general de la definición de los límites de la actuación política. Estos cruces de acusaciones son en gran medida un reflejo de los debates sobre el valor de Tácito y de la historia. Su carácter es habitualmente más extremado porque no dan lugar a la creación de posturas híbridas, sino que se mantienen como armas en una confrontación que refleja las tensiones entre los distintos poderes europeos.

Implícitamente, la comparación que he llevado a cabo contrarresta en algo el desequilibrio en el peso que tiene la monarquía española en la historiografía europea, cuya elevada participación en el discurrir evenemencial no se corresponde con la menor atención que ha recibido por parte de la historia del pensamiento político<sup>5</sup>. Jean-Frédéric Schaub ha indicado recientemente las conexiones entre el pensamiento político francés y el español, señalando igualmente los huecos que existen en la comprensión del pensamiento político europeo si se excluye de su desarrollo a la monarquía hispánica<sup>6</sup>. No es este el lugar para abrir un viejo debate sobre la modernidad o la decadencia de la España de los Austrias menores, pero creo que los casos a los que he prestado atención

---

<sup>5</sup> Robbins, «The arts of perception», pp. 2-3.

<sup>6</sup> Jean-Frédéric Schaub, *La France espagnole. Les racines hispaniques de l'absolutisme français*. París: Seuil, 2003.

ponen de manifiesto que se debe contrarrestar la tendencia de los hispanistas, señalada por Jeremy Robbins, «a leer a los escritores españoles en ningún contexto distinto de uno estrechamente español»<sup>7</sup>.

No me cabe duda de que la interpretación de la recepción de Tácito que he propuesto en esta tesis cuestiona la solidez de algunas certezas. En cierto modo esta era una labor fácil, puesto que a menudo las he asaltado con nuevas preguntas para las que no siempre estaban preparadas. Desde la introducción, por ejemplo, he puesto en duda la capacidad de un término como «tacitismo» para describir el uso político de Tácito en la edad moderna. Este abandono pretendía cuestionar la solidez de una interpretación ideológica de los textos de Tácito y mostrar las definiciones contradictorias del término. Mi investigación no recupera esa unidad perdida, sino que más bien se dedica a dar cuenta de una recepción diseminada en múltiples usos y que resulta casi imposible de seguir o clasificar. He de reconocer que mi perspectiva hace en ocasiones difícil establecer un diálogo con muchos de los estudios existentes sobre el tacitismo y un ejemplo claro de esta disonancia está en el modo en que mi tesis contesta a la pregunta que más repetidamente se me ha hecho a lo largo de esta investigación: ¿por qué se eligió a Tácito? ¿por qué sobre estos textos y no sobre otros?

La respuesta que he ofrecido parte de cuestionar esa especificidad. Soy consciente de que este es en realidad un modo de no responder a la interrogación inicial, pero compensa el efecto de prestar una atención demasiado exclusiva a la recepción de Tácito. Tácito se utilizó para interpretar la realidad política de la edad moderna, pero en muchas ocasiones sus obras eran parte de una lista de historiadores (y no historiadores) que se aprovechaban para los mismos fines. Jessica Winston se planteó el problema de la recepción de Séneca en la Inglaterra isabelina de un modo semejante y concluía que las similitudes entre los temas tratados en su obra y los de la propia época no bastaban para explicar una preocupación por Séneca, puesto que muchas de estas cuestiones aparecían en otros textos clásicos y habían sido importantes antes de la recepción de Séneca en Inglaterra<sup>8</sup>. No quiero decir con esto que la recepción de Tácito deba menospreciarse como si se tratara exclusivamente de una moda, pero parte de su popularidad tal vez pueda explicarse en esos términos (así parece indicarlo el hecho de que la intensidad de la recepción crezca de modo casi geométrico durante los siglos XVI

---

<sup>7</sup> Robbins, «The arts of perception», p. 5.

<sup>8</sup> Winston, «Seneca in Elizabethan England», pp. 36 y 41. Winston no duda en preguntarse «¿Qué era tan importante sobre “Séneca en sí mismo”?».

y XVII). La importancia de Tácito en la edad moderna no puede explicarse únicamente por referencia al personaje o al contenido de sus obras, sino que debe buscarse en el desarrollo de un sentido práctico y teórico de la disciplina política. El auge de su recepción está ligado a las valoraciones de los expertos, a la representación de los consejeros y al propio desarrollo disciplinar de la política.

En esta tesis, especialmente en su segunda parte, he ofrecido una visión del papel de los estudiosos y eruditos en el dominio de lo político y su necesaria inmersión en las redes de patronazgo y poder en las que se jugaba el acceso a las esferas de decisión práctica, el desarrollo de su carrera personal y su valoración social. Por una parte he tratado de contextualizar las traducciones, ediciones y comentarios sobre Tácito en el seno de las carreras de aquellos que dieron a luz esas obras y sus esfuerzos por hacer buenas sus bazas con los mejores patronos. Por otra, he mostrado el grado de colaboración entre estos expertos y los personajes más directamente encargados de la gestión de los asuntos públicos. Finalmente, he señalado cómo esto afecta a la configuración del campo disciplinar de la política. En un nivel teórico, Jeremy Robbins ha señalado que «muchos de los escritos políticos barrocos tienen una cualidad autorreflexiva, pues los teóricos tratan de delinear una posición epistemológica que justifique la teoría y los preceptos dados, y así los legitime al asegurar su eficacia y aplicabilidad universales»<sup>9</sup>. Este esfuerzo se complementó con prácticas que permitían defender la necesidad de la disciplina, definir —incluso visualmente— su espacio y sus características y poner en valor la figura de sus expertos.

Esta tesis también se aleja en ocasiones de un posible diálogo con otras historias del pensamiento político por la atención que he prestado a las características formales de las obras estudiadas. Con esta decisión he intentado resaltar las dificultades que existen a la hora de comprender los libros y los modos de razonamiento de la edad moderna. En mi opinión, algunos de aquellos libros resultan muy difíciles de comprender si no se tienen en cuenta las peculiaridades que los singularizan, las lecturas que previeron y los usos a los que pudieron ser sometidos. Al investigar el lugar que ocupan los comentarios de Tácito y los discursos a partir de su obra, así como el lugar que ocupan sus citas en los textos de la edad moderna se advierte un efecto de distorsión sobre lo que idealmente constituiría un «tratado político» e, incluso «una teoría del estado». La recepción de Tácito demuestra que no es fácil asimilar los textos políticos

---

<sup>9</sup> Robbins, «The arts of perception», p. 65.

de la edad moderna a nuestra concepción de teoría política por dos razones: porque no son parte de un pensamiento sistemático, y porque en muchas ocasiones están planteados como un repertorio de posibles soluciones prácticas a situaciones reales, no como un intento de describir la política en sí misma.

La sistematicidad podía ser remplazada sin problemas por la amplitud (*copia*), por una acumulación de materiales que pretende cubrir todo un espectro de situaciones posibles, no ofrecer una aproximación teórica a la naturaleza de la política. Esto supuso que se desdibujó en muchas ocasiones el armazón teórico a favor de una multiplicidad de significados disponibles, una cuestión que ha sido abordada en el campo de los estudios literarios. Como ha señalado Marion Trousdale los literatos de la época de Isabel I «seguían a los primeros humanistas y una continuada tradición retórica al preguntar no cómo separar la idea de la estructura que le da cuerpo sino cómo extraer los lugares comunes del relato»<sup>10</sup>. La peculiar forma de almacenamiento de conocimientos de la edad moderna, ya sea en un texto de naturaleza política o en otro que hoy consideraríamos de tipo literario, va contra la sistematicidad en el tratamiento de una materia determinada. Trousdale sugiere considerar que en la edad moderna la estructura no está comprometida en la creación de un significado único y que «cuando pueden extraerse muchas verdades de una historia —no como diferentes niveles de un significado único, sino como un almacenaje acumulativo— existe una noción diferente de significado y se concede un valor diferente a la forma»<sup>11</sup>. Posiblemente no sea necesario insistir en que un fundamento esencial para comprender el género de la política del siglo XVI y XVII debe buscarse en las prácticas de los lectores de aquel entonces. Puede servir de recordatorio la consideración que Bacon hizo en 1605 sobre los libros de «historia rumiada», esa «forma de escritura que han usado algunos hombres profundos y sabios y que contiene una historia fragmentada de aquellas acciones consideradas dignas de memoria junto con discursos políticos y observaciones sobre ellas, no incorporadas a la historia, sino separadas y como la parte principal de su intento»<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> Marion Trousdale, «A possible renaissance view of form»; en *Journal of English Literary History* (*ELH*), vol. 40, n.º. 2, (1973), p. 198.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 201.

<sup>12</sup> Bacon, *Of the proficiencie and aduancement of learning*, fol. 15. La cita continúa: «Esta clase de historia rumiada (*ruminated*) creo que es más adecuado colocarla entre los libros de política, pues el verdadero oficio de la historia es representar los eventos mismos junto con los consejos y dejar las observaciones y las conclusiones sobre ellos a la libertad y las facultades del juicio de cada uno».

Los «motivos de reflexión» del último capítulo de esta tesis han perseguido en primer lugar plantear dudas acerca de la existencia histórica de un «pensamiento político» con las mismas funciones y objetivos que hoy en día. Por esta razón he tratado de mostrar algunos retazos del desarrollo disciplinar de la política en la edad moderna, que además de pasar «de política a razón de estado» se desarrolla como espacio de conocimientos. Frente a una concepción de la política como algo permanente, la recepción de Tácito deja traslucir una configuración de la política particular a esa época. No se trata del nacimiento de una disciplina sino una cristalización propia y seguramente exclusiva de aquella época, limitada por las propias bases epistemológicas sobre las que se asentó y que en parte auguraban su próxima transformación.

He insistido también en las cautelas con que deben aplicarse calificativos como racionalismo y el grado en el que estos ocultan las características propias del pensamiento político moderno. Digo haber «insistido» porque considero que en gran medida este tipo de consideraciones son las que han marcado los desarrollos más interesantes de la historia del pensamiento político en los últimos tres decenios. He apuntado también algunos campos en los que me parece que este esfuerzo por historizar la política puede ofrecer frutos más interesantes en un futuro, y me he referido específicamente al lugar cambiante de la política en la organización de las bibliotecas y a sus representaciones visuales. Pienso que son fragmentos de un proyecto que consistiría en trazar una historia de la representación de la política como disciplina y como conjunto de prácticas, a lo largo de los siglos, al modo en que Erich Auerbach lo hizo con la representación de la realidad. Este mismo proyecto consistiría también en analizar los modos en que la disciplina política se convierte en un «pensamiento de segundo grado» al modo en que, según R. G. Collingwood, la filosofía de la historia lo es respecto a la historia<sup>13</sup>. La sensación de extrañeza que deja la recepción de Tácito en la edad moderna sugiere que embarcarse en ese proyecto puede tener aún un sentido presente.

---

<sup>13</sup> Erich Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de cultura económica, 2006 [1946]; Robin George Collingwood, *The idea of history*. Oxford: Oxford University Press, 1946.





## Figuras



magistratum vocabule. iuniores post Astiacam  
 victoriam, etiam senes pleriq; inter bella ciuili na-  
 ti. quoru[m] quatuor; reliquis, qui Remp. vidisset; Igi-  
 tur verso ciuitatis statu, nihil vsquam prisci &  
 integri moris: omnis exuta aequalitate iussa prin-  
 cipis asperitare, nulla in praesens formidine, dum  
 Augustus aetate validus, seq; & domum, & pacem  
 susceperat. Postquam prosecta iam senectus, aegro  
 & corpore fatigabatur, aderatq; finis, & spes no-  
 uae: pauci bona libertatis incassum disserere, aegro  
 bellum patreserē, alij cupere, pars multo maxima  
 imminētis dominos variis rumoribus disserabant:  
 truxem Agrippam, & ignominia accensum, non  
 aetate, neq; rerum experientia tanta molli parem.  
 Tiberium Neronem maturum annis, spectatum  
 bello: sed veterē atq; inusta Claudia familiae su-  
 perbia, multaq; iudicia senectae, quamquam pre-  
 mantur, erumpere. Hunc & prima ab infantia  
 eductum in domo regnatrice, congestos iuueni con-  
 sulatus, triumphos: ne ijs quidem annis, quibus  
 Rhodi specie secessus exsulem egerit, aliquid quam  
 iram & simulationem, & secretas libidines medi-  
 tatum: accedere matrem muliebri impotentia, ser-  
 uendum feminam, duobusq; insuper adolescentibus,  
 qui Remp. interim premant, quandoq; distrahant.  
 Hac atq; talia agitantibus, grauescere valetudo  
 Augusti: & quaedam scelus vxoris suspectabant.  
 Quippe rumor incesseerat, paucos ante menses, Au-  
 gustum

gustum electis consijs, & comite pro Fabio Ma-  
 ximo Planasiam vetum, ad visendum Agrip-  
 pam: multas illic vtrinque lacrymas, & seg-  
 na caritatis, spemq; ex eo fore vt iuuenis pe-  
 naibus aui redderet. Quod Maximum vxor  
 ri Martiae aperuisse, illam Linuae C. Nauium  
 id Caesar. Neque multo post, extincto Maximo,  
 dubium an quæsta morte, auditos in funere eius  
 Martiae gemitus semet incusantis, quod caussa exi-  
 tiij marito fuisset. Vt tunc se ea res habuit, vix  
 dum ingressus Illyricum Tiberius, properis matris  
 litteris accititur. neque satis compertum est, spi-  
 rantem adhuc Augustum apud urbem Nolam,  
 an exanimem repperit. acerbis namque custodijs  
 domum, & vias sepeferat Licina, letique interdum  
 nuntij vulgabantur, donec prouisis quæ tempus  
 morebat, simul excessisse Augustum, & rerum  
 potiri Neronem fama eadem tulit. Primum  
 facinus nonni principatus fuit, Postum Agrip-  
 pine cades: quem ignarum inermumq; que, quam-  
 hil de ea re Tiberius apud senatum disseruit.  
 patris iussa simulabat, quibus prescripisset tri-  
 buno custodiæ adposito, ne contaretur Agrip-  
 pam morte adscere, quandoocunque ipse supre-  
 mum diem expleuisset. Multa sine dubio, se-  
 uaque Augustus de moribus adolescentis que-  
 ritus, vt exilium eius senatus consulto sanc-  
 retur,

Fig. 1. Página anotada de Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu augusti libri sex*. Salamanca: Artus Taberniel, 1603. [BNM 2/55533.]

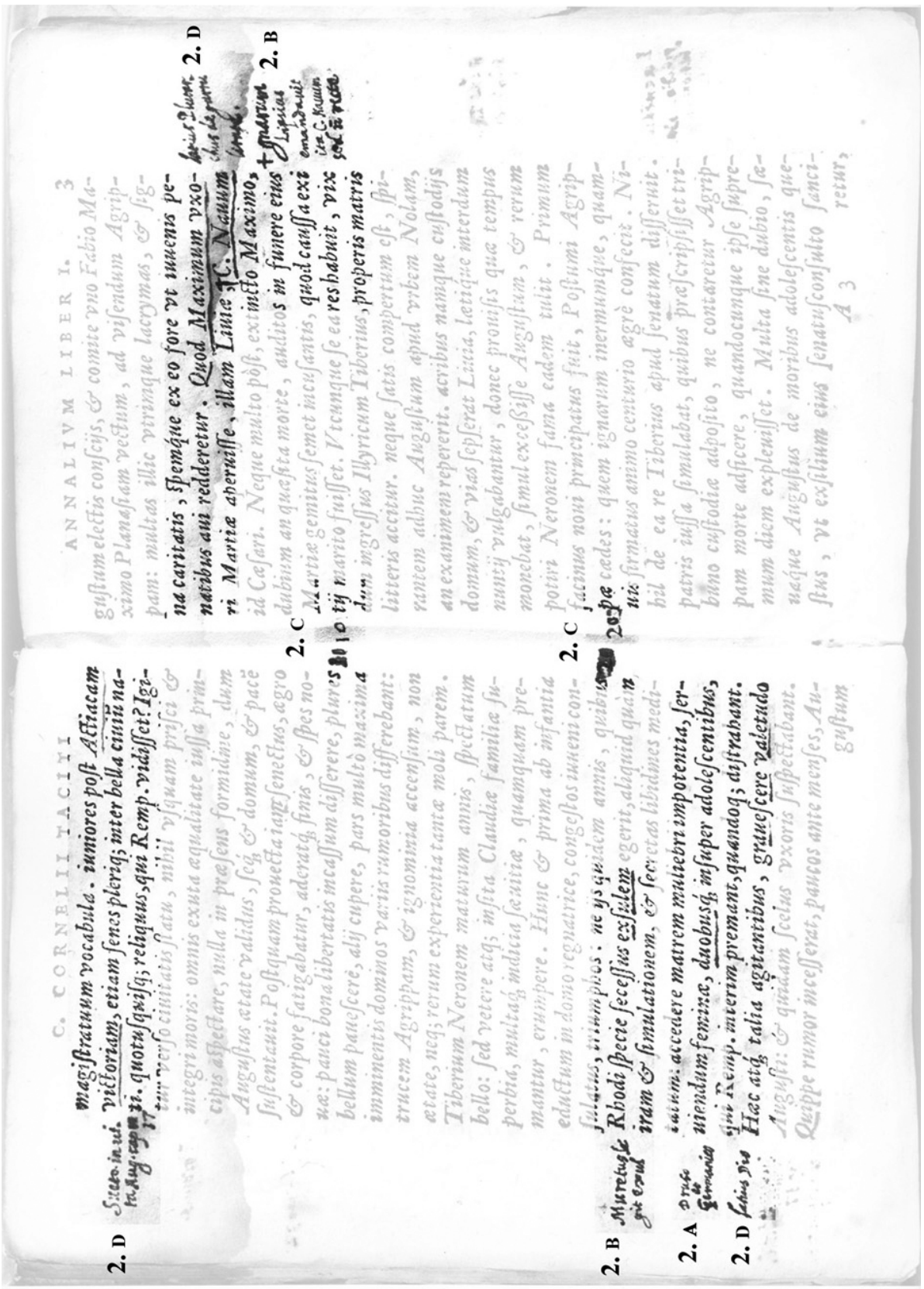


Fig. 2.A, Aclaración de un lugar corrupto a partir de la labor de Justo Lipsio. 2.B, Enmendaciones del texto latino (lectura de Marc-Antoine Muret y rechazo de la propuesta por Lipsio, respectivamente). 2.C, Numeración de las líneas para facilitar las referencias cruzadas. 2.D, referencias a Suetonio, Dión Casio y Plutarco. Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu augusti libri sex*. Salamanca: Artus Taberniel, 1603. [BNM 2/55533.]

disimum quemq; & seditioni promptum ferro in-  
vadant. Tunc signo inter se dato, irruunt con-  
tubernia, trucidant ignavos: nullo, nisi consijs,  
noscente quod cedis initium, quis finis. Diversa  
omnium, que vnumquam accidere, civitium armorū  
facies: non praelio, non aduersis è castris, sed isdem  
è cubilibus, quos simul vescentis dies, simul quie-  
tos nox habuerat, discedunt in partes, ingerunt te-  
la. clamor, vulnera, sanguis palam: causa in oc-  
culto. cetera fors regit: & quidam bonorum cesi.  
postquā intellecto in quos sciretur, pessimi quoq;  
arma raperant, neq; legatus, aut tribunus mode-  
rator adfuit, permissa vulgo licentia, atq; vltio,  
& satietas. Mox ingressus castra Germanicus, no-  
medicinam illud plurimis cum lacrymis, sed cladē  
adpellans, cremari corpora iubet. Truces etiā tum  
animos cupido inuolat eundi in hostem, piaculum  
furoris: nec aliter posse placari commilitonū ma-  
nes, quā si pectoribus impijs honesta vulnera ac-  
cepissent. Sequitur ardorem militum Caesar, iun-  
ctosq; ponte transmittit duodecim milia e legionibus  
sex, & viginti socias cohortes, octo equitum alas,  
quarū ea seditione interuentu multum fuit. Iunio

neq; procul Germani agitabant, dum iustitio ob a bello occasione  
amissum Augustum, post discordijs atinemer. At in supra pag 57  
Romanus agmine propeo suam Castra limitēq;  
à Tiberio captrum scandit. castra in limite locats  
frontē ac tergū valido; latera, concacibus munitis.  
C 3 Inde

3.A

non omittite caput rerum, neq; se remq; publicam  
in casum dare. Multa quippe & diuersa agebāt:  
validior per Germaniam exercitus, propior apud  
Pannoniam: in Galliarum opibus subnixus, hic  
Italia imminens. quos igitur anteferet? ac ne  
postpositi, contumeliā menderentur. At per si-  
lios pariter adiri, maiestate salua, cui maior è lon-  
gino reuerentia: simul adolecentibus excusatū,  
quodam ad patrem reuicere: resistētisq; Germani-  
co, aut Druso, posse à se mitigari vel infringi: 10  
quod aliud subsidium si imperatorem spreuissent?  
Ceterū vt iam iamq; iturus legit comites, con-  
quisiuit impedimēta, adornauit naues. mox hiemē,  
aut negoria varē caussatus, primò prudentes, dein  
vulgum, diuissimè prouincias fessellit. At Germa-  
nicus quamquam contracto exercitu, & parata in  
defectores vltione, dandum adhuc spatium ratus,  
si recenti exemplo sibi ipsi consulerent, præmittit  
litteras ad Cæciam, venire se valida manu, ac ni  
supplicium in malos presumant, vsurum promiss- 20  
sua cade. Eas Cæcina aquiliferis signiferisq; &  
quod maximè castrorum sincerum erat, occultē  
recitat: vtq; cunctos infamia, seippos morti exi-  
mant hortatur. nam in pace caussas & merita spe-  
ctari, vbi bellum ingruat, innocentes ac noxios  
iuxta cadere. Illi, tentatis quos idoneos rebantur  
postquam maiorem legionum partem in officio vi-  
dent, de sententia legati, statunt tempus, quo se  
disi-

3.A

3.B

3.B

Fig. 3.A, Referencias cruzadas a otros puntos del texto. 3.B, Sentencias marcadas con el término griego *gnome*. Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu augusti libri sex*. Salamanca: Artus Taberniel, 1603. [BNM 2/55533.]

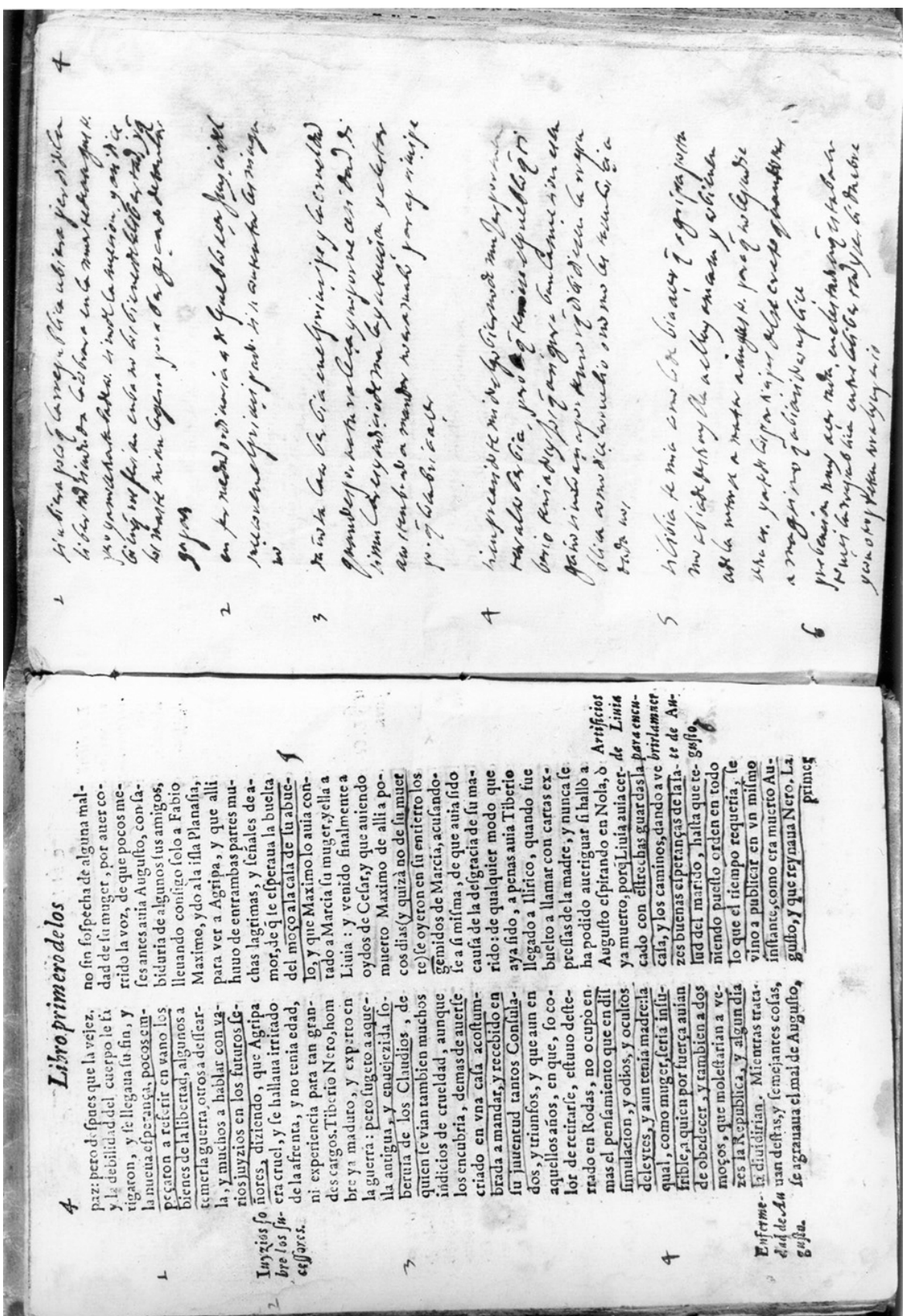


Fig. 4. Anotaciones en páginas intercaladas en el impreso; texto subrayado y con llamadas a las notas manuscritas. Cayo Cornelio Tácito, *Las Obras de C. Cornelio Tacito. Traduzidas de latin en castellano por Emanuel Sueyro [...]*. Madrid: Viuda de Alonso Martín, a costa de Domingo Gonçalez, 1614. [BNM 3/65081.]







# P. CORNELII TACITI

AB EXCESSV DIVI AVGVSTI ANNALIVM

LIBER PRIMVS



RBEM ROMAM à principio reges habuere. Libertatem, & Consulatam L. Brutus instituit. Dictaturæ ad tempus sumebatur: neq; Decemviralis potestas ultra bienniū, neq; Tribunorum militum consulare ius diu ualuit. Non Cinna, non Sullæ longa dominatio. & Pompeij Cras sicq; potentia cito in Cæsarem: Lepidi, atq; Antonij arma in Augustum cessere, qui cuncta discordijs civilibus fessa, nomine principis sub Imperium accepit. Sed ueteris populi Rom. prospera uel aduersa claris scriptoribus memorata sunt: temporibusq; Augusti dicēdis non defuere decora ingenia, donec gliscente adulatione deterrerentur. Tiberij, Caij, & Claudij, ac Neronis res, florentibus ipsis ob metum falsæ, postquam occiderant recentibus odijs compositæ sunt. Inde cōsiliū mihi pauca de Augusto, & extrema tradere: mox Tiberij principatum, & cætera sine ira, & studio, quorum causas procul habeo. Postquā Bruto, & Cassio cæsis, nulla iam publica arma, Pompeius apud Siciliam oppressus, exutoq; Lepido, interfecto Antonio, ne Iulianis quidē partibus, nisi Cæsar dux reliquus, posito Triumviri nomine, Consulem se ferens, & ad tuendam plebem tribunitio iure contentum: ubi militem donis, populum annona, cunctos dulcedine otij pellexit, insurgere paulatim, munia Senatus, magistratuum, legum, in se trahere, nullo aduersante: cum ferocissimi per acies, aut proscriptione cecidissent: cæteri nobiliū, quanto quis seruitio promptior, opibus & honoribus extollerentur, ac nouis ex rebus aucti, tuta & præsentia, q̄ uetera, & periculosa mallent. Neq; prouinciæ illū rerum statum abnuebāt, suspecto Senatus populiq; imperio ob certamina potentium, & avaritiam magistratuum, inualido legum auxilio: quæ ui, ambitu, postremo pecunia turbabatur. <sup>o. ciuic.</sup> Cæterum Augustus subsidia dominationi Claudium Marcellum, sororis filium admodum adulescentem, Pontificatu & curuli ædilitate: M. Agrippam ignobilem loco, bonum militia & uictoriæ socium, geminatis consulatibus extulit: mox defuncto Marcello generū sumpsit: Tiberiū Neronem, & Claudiu Drusum priuignos imperatorijs nominibus auxit, integra etiam dum domo sua: nam genitos Agrippa Caium ac Lucium in familiā Cæsarium induxerat: necdum posita puerili prætexta principes iuuentutis appellari, destinare consules specie recusantis flagrantissime cupiuerat. Ut Agrippa uita concessit, L. Cæsarem euntem ad Hispanienses exercitus, Caium re-



Augustus

Suetonig c 64.  
Cui filiaz inlia in mari  
monius dederat  
huic de die nuptiū filiaz  
inlia post obitū marcelli  
Et agrippæ filios ex alia  
ra marcellæ genitos  
genuit agrippa tres  
ex inlia filios. Caius  
Lucius. Et agrippæ

a meantem

Suetonig Scig narrat c 65.



Fig. 6. Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti, equitis romani Annalium ab excessu Augusti*. Basilea, 1533, p. 1. [BNM R/19360]. Amplios márgenes en blanco con apenas una apostilla marginal y texto impreso sin apenas interrupciones. Las anotaciones corresponden con los subrayados del texto.



Et dat causas magis tempora augusti fuerunt oia tranquilla  
 si qui illis temporibus vici meliores vite statim non expectant fuerunt  
 nos immores nati sunt post victoriam actiacam seneca inter civilia  
 bella quo tempore vixerat laboriose et cum ingenti periculo contenti  
 et tempore augusti quicquid debebant vici meliores si liberius non expectant

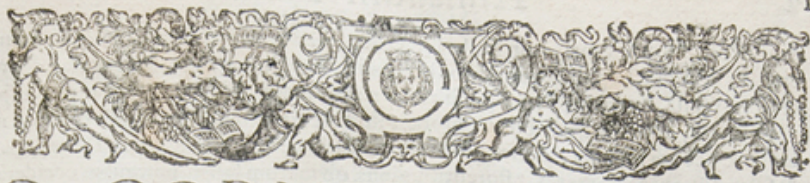
P. CORNELII TACITI

meantem Armenia, & uulnere inualidum, mors fato propera, uel nouer-  
 cae Liuiæ dolus abstulit, Drusoq; pridē extincto, Nero solus è priuignis  
 erat, illuc cuncta uergere: filius, collega imperij, confors tribunitiæ potesta-  
 tis adsumitur, omnisq; per exercitus ostentatur, non obscuris ut antea ma-  
 tris artibus, sed palam hortatu. nam senem Augustū deuinxerat adeo, uti  
 nepotem unicū Agrippam Posthumum in insulam Planasiam proijceret,  
 rudem sanè bonarum artium, & robore corporis stolidè ferocem, nullius  
 tamen flagitij compertum. At hercule Germanicum Druso ortum, octo  
 apud Rhenum legionibus imposuit, adscitq; per adoptionem à Tiberio  
 iussit, quanq; esset in domo Tiberij filius iuuenis, sed quo pluribus monu-  
 mentis insisteret. Bellum ea tempestate nullum, nisi aduersus Germanos  
 supererat, abolendæ magis infamiæ ob amissum cum Quintilio Varo ex-  
 ercitus, quàm cupidine proferēdi imperij, aut dignū ob præmium. Domi-  
 res tranquillæ, eadem magistratum uocabula. iuniores post Actiacam  
 uictoriam, etiã senes pleriq; inter bella ciuiū nati, quotus quisq; reliquus,  
 qui rempub. uidisset: Igitur uerso ciuitatis statu, nihil usq; prisca & integri-  
 moris, omnis exuta æqualitate iussa principis aspectare, nulla in præsens  
 formidine dum Augustus ætate ualidus, seq; & domum, & pacem susten-  
 tauit. Postquam prouecta iam senectus ægro & corpore fatigabatur, ad-  
 eratq; finis & spes nouæ, pauci bona libertatis in casum disserere, plures  
 bellum pauescere, alij cupere: pars multo maxima imminentis dominos  
 uarijs rumoribus differebant. trucem Agrippam, & ignominia accensum,  
 non ætate, neq; rerum experiētia tantæ moli parem. Tiberium Neronem  
 maturum annis, spectatū bello: sed uetere atq; insita Claudie familiæ su-  
 perbia: multa q; indicia sauitiæ, quanq; prematur, erumpere: hunc & pri-  
 ma ab infantia eductum in domo regnatrice, cōgestos iuueni consulatus,  
 triumphos: ne ijs quidē annis, quibus Rhodi specie secessus exulē egerit,  
 aliquid quàm iram, & simulationem, & secretas libidines meditatam: acce-  
 dere matrem muliebri impotentia, seruiendū fœminæ, duobusq; insuper  
 adulescentibus, qui rempub. interim premant, quandoq; distrahant.  
 Hæc atq; talia agitantibus, grauescere ualitudo Augusti, & quidam scelus  
 uxoris suspectabant. Quippe rumor incefferat, paucos ante menses, Augu-  
 stum electis cōsentijs, & comite uno Fabio Maximo Planasiam uectum, ad-  
 uisendum Agrippam: multas illinc utrinq; lachrymas, & signa charitatis,  
 spemq; ex eo fore, ut iuuenis penatibus aui redderetur. Quod Maximum  
 uxori Martiæ aperuisse, illam Liuiæ, C. Nauum id Cæsari. Neq; multo  
 post, extincto Maximo (dubiū an quæsita morte) auditos in funere eius  
 Martiæ gemitus semet incusantis, quod causa exitij marito fuisset. Vtūq;  
 se ea res habuit, uixdum ingressus Illyricum Tiberius, properis matris lite-  
 ris accitur. neq; satis compertum est, spirantem adhuc Augustum apud ur-  
 bem Nolam, an exanimem repererit. acribus nanq; custodijs domum, &  
 uias

omnes.  
 Suetonius in Agrippa Post  
 Suetonius seposui humus  
 de refert.  
 Germanicus  
 Drusij filij a Tiberio  
 adscitq; in successione  
 imperij aucti Augusti.  
 qd multos amovet ut solent  
 alij eius respub. capiunt  
 quocumq;  
 X  
 i. NERO  
 consuetudo inter adiectum  
 et substantiam.  
 Tiberius  
 filij Liuiæ priuignus au-  
 gusti.  
 Suetonius c. 10  
 ualitudo  
 Augusti Agrippa inuisit  
 Fabio Maximo.  
 mole mortuus est Aug-  
 ustus

Fig. 7. Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti, equitis romani Annalium ab excessu Augusti*. Basilea, 1533, p. 2. [BNM R/19360] Las anotaciones marginales manuscritas completan los márgenes blancos del texto desnudo. Contienen enmendaciones y sugerencias para completar el sentido del texto.





# C. CORNELII TACITI AB EXCESSV DIVI AVGVSTI ANNALIVM LIBER PRIMVS.



BREVIARIVM LIBRI.

**A**UGVSTVS Nola mortem obit. Tiberius succedit, tardè & cupidinem dissimulans. Pannonicas legiones tres grauis seditio incessit. ea, misso Druso Tib. F. agrè componitur. Idem in Germaniâ inferiore motus. qui confedit, non sine sanguine & cæde. Germanicus Caesar in hostem ducit: eaque expeditione Marsi, Tubantes, Bruçteri, Vsiptes vastati aut casti. Julia Augusti F. Rhegij vitam finijt. Sodales in honorem Augusti, & ludi Augustalia instituti. Germanicus iterum Rhenum transmittit, in Chattos ducit. agros, domos, homines, vastat, vrit, cædit. Segestes obsidione Arminij liberatur. Ob hæc Imperator consalutatus. Bellum deinde in Cheruscos gestum. reliquia Vari & militum lectæ: iisque suprema soluta. Romani in reditu, sub Cæcinâ duce, periclitati tamen hostes prosperâ eruptione fusi, fugati. Maiestatis lex reducta & asperè exercita. Tiberis inundat. Theatralis tumultus est: & per eam causam decreta Patrum expressa ad coercendos histriones. Postremo actum de subducendis Tiberi aquis. eoque nomine querela ciuitatum Italiae & legationes. Hac biennio ferè gesta,

SEX. POMPEIO, ET SEX. APVLEIO COSS.

NERONE CLAVDIO DRVSO CÆSARE, ET C. NORBANO COSS.

**V**RBEM ROMAM à principio reges habuere. Libertatem, & Consulatum L. Brutus instituit. Dictaturæ ad tempus sumebantur: neque Decemviralis potestas + vltra biennium, neque Tribunorum militum consulare ius

*Rei Rom. Hastæ.*

## COMMENTARIVS IVSTI LIPSI.

1. **C. CORNELII TACITI.]** Id verum huic scriptori prænomen adserui. Sidonius lib. IV. ad Polemij epistolâ: Caius Tacitus è maioribus vnus tuis, Vlpianorum temporum consularis. Et ad Leonem: Namque & antiquitatis Caius Cornelius Tacitus Caio Plinio Secundo patria suafisset. Sed & epigraphæ Farnesiani libri, C. Cornelij Taciti Romanas historias scribentis ex his qui reperiuntur liber primus. Publij prænomen quod in libro tritius, à casu aut à vulgo est. Mihi autem in ipso aditu testari placet, Odi profanum vulgus & arceo.

2. **ANNALIVM LIBER.]** Bene Rhenanus, qui hanc inscriptionem adserit, etiam contra libros. In quibus plerisq. est, Actorum diurnalium, vel, vt in Vencro, Actiõnum diurnalium. Qui tamen titulus non accepto referendus alicui imperito. Vnde enim illi in mentem sus-

serit Acta, vel Diurna? sed cuiuspiam antiquioris aui, qui Taciti Annales non ineptissime comparauit cum Actis vrbis. Quem tamen refellit ipse Tacitus libro XIII. Nerone II. L. Pisone Coss. pauca memoria digna euenerè, nisi cui lubeat laudandis fundamentis & trabibus volumina implere: cum ex dignitate Populi Rom. repertum sit, res illustres Annalibus, talia diurnis vrbis Actis mandare. Alibi: Nemo Annales nostros cum scripturâ eorum contenderit. Irèmq: Ni destinatum mihi foret suum quæque in annum referre. Etiam Iordanes in rebus Gothicus, Cornelium hunc citat, Annalium scriptorem.

3. **DICTATURÆ AD TEMPVS.]** Quas diuturnas primus Sulla fecit, Caesar perpetuas. Et hic gradus ad Principatum: quo præfatio ista dicit.

4. **VLTVA BIENNIVM.]** Ita accipio, quasi dicat, huius multo vltra biennium. Nam exacte si putas, reuera

Fig. 8. Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti et C. Velleii Paterculi scripta quae extant...* París: Petri Chevalier, 1608, p. 1. [BNM 2/9794] El texto de Tácito ocupa sólo tres líneas en mitad de la página, rodeado de los comentarios y el resumen de Lipsio, en claro contraste con la «soledad» del texto de 1533, p. 1 (fig. 6).



Ad Augustum. Qui primus princeps dicitur. \* Populi Romani.

Materia hinc scriptio: A Tiberio ad Galbam.

Artes & via Augusti ad imperium.

Varij, quos successores designavit. Marcellus:

diu valuit. Non Cinnae, non Sullae longa dominatio. & Pompeij Crassique potentia, citò in Caesarem; Lepidi, atque Antonij arma, in Augustum cessere. qui cuncta discordiis civilibus fessa, & nomine Principis sub imperium accepit. Sed 6 veteris \* reip. prospera vel aduersa, claris scriptoribus memorata sunt: temporibusque Augusti dicendis non defuere decora ingenia, donec glifcente adulatione 7 detererentur. 8 Tiberij, Caijque & Claudij, ac Neronis res, 9 florentibus ipsis, ob metum falsa; postquam occiderant, recentibus odiis compositae sunt. Inde consilium mihi pauca de Augusto, & extrema tradere: mox Tiberij principatum, & cetera: sine ira, & studio, quorum causas procul habeo. Postquam Bruto & Cassio caesis, nulla iam 10 publica arma; Pompeius 11 apud Siciliam oppressus, 12 exutoque Lepido, interfecto Antonio, ne Iulianis quidem partibus, nisi Caesar dux reliquis: posito Triumviri nomine, Consullem se ferens, & ad tuendam plebem Tribunicio iure contentum; 13 ubi militem donis, populum anno-na, cunctos dulcedine otij pellexit; insurgere paullatim, munia Senatus, magistratum, legum in se trahere, nullo aduersante: cum ferocissimi per acies, aut proscriptione cecidissent, ceteri nobilium, quanto quis seruitio promptior, opibus & honoribus extollerentur: ac nouis ex rebus aucti, tuta & praesentia, quam vetera & periculosa mallent. Neque prouinciae illum rerum statum abnuebant, suspecto Senatus populi que imperio ob 14 certamina potentium, & 15 auaritiam magistratum: inualido legum auxilio, quae vi, ambitu, postremo pecuniâ turbabantur. Ceterum Augustus subsidia dominationi 16 Claudium Marcellum, fororis filium admodum adolescentem, Pontificatu &

Ultra biennium Decemviri imperium tenuere. Linius & Fastos vide. Nec tamen Varronis adferitur, ultra triennium, sufficienti. Nam id includat triennium eos imperasse, quod contra est, & non nisi supra biennium aliquot menses.

5. NOMINE PRINCIPIS.] Non ergo tam celebre tunc Imperatoris nomen, ea quidem notatione. Et Augusto visum istud Principis, minuende inuidia: quia etiam olim Princeps Senatus. Quod exemplum non dubie secutus. Noster infra: Non regno tamen neque dictatura, sed Principis nomine constitutum tempulicam. Ouidius de Augusto ad Remulum:

Tu domini nomen, Principis ille tenet.

Dio de Tiberio: ἀρχηγετον τῆς γερμανίας ἔργον ἀρχαίων, ἀνομάζοντο ἔτι παλαιὰς γὰρ ἐλεγείας ὅτι δεσποτῆς ἢ τῶν δουλεύον, ἀποκρίπτον δὲ τῶν κρατιωτέρων, τῶν δὲ διὰ λοιπῶν ἀρχηγετον εἶμι: Princeps autem Senatus, ritu pilco, dicebatur, & ipse sapē aiebat, Dominum se seruorum esse, Imperatorem militum, Principem ceterorum. nec temere aliter Tacitus appellat. Inde Principatus, & Principium etiam pro imperio, Suetonij cap. xxxi. Augusti Principium, clade Varianā; Tiberij, ruinā spectaculorum memorabile factum. Ita opt. liber, & puto sincerē. Tertullianus quidem receptam eam significationem fuisse ostendit, aduersus Hermogenem: Possunt & aliter, inquit, principium interpretari, non abs re tamen. Nam & in Graeco principij vocabulum quod est ἀρχή, non tantum ordinatum sed & potestatum capit principatum. Vnde & ἀρχοντες dicuntur principes. Ergo secundum hanc quoque significationem, Principium pro potestate & principatu sumetur. Sed & Glossae Graecae distincte ἀρχή, τὸ ἀρχαίωμα, exordium. & deinde ἀρχή, imperium, magistratium, praesidatus, principium.

6. VETERIS REIP.] Ita Vetrano placitum, traiectionis notis, quae vulgo, p. r.

7. DETERERENTUR.] Ita recte, non detererentur, Tacitus lib. ii. Histor. Siquid ardoris ac ferociae miles habuit, popinis & comestrationibus & principis imitatione deteritur. Horatius pari mensura: ----- Culpā deterit ingenij.

8. TIBERII CAIQVE.] Fines designat intra quos huius libri. qui attingunt quattuor domitaxat principes. Vt vel hinc liquet Historias seorsum scriptas, sineque Annalium fuisse in fine Neronis.

9. FLORENTIBVS IPSIS.] Itaque verissima scriptio de Principibus, cum iam esse desierunt. Quod Arrianus in rebus Alexandri pro argumento habet, fideliter eas à Ptolemaeo & Aristobulo tradidas, ὅτι τελευτηώτος ἡδὲ Ἀλεξάνδρου συγγράφουσι, ὅτι αὐτοῖς ἢ πρὸ ἀνάγκης ἢ ὁμοῦς ἔαλλας π, ἢ ἐς συνήθειαν, συγγράφουσι, ἀπὸ τῶν: quod mortuo iam Alexandro scripserint, cum necessitas aut praemium aliter aliquid scribendi abesset.

10. PVBICA ARMA.] Senatus populique, pro republica & a republica. Tantum priuata nunc arma, & in propriam potentiam.

11. APVD SICILIAM OPPRESSVS.] Non merchures apud Siciliam. In Asia oppressum eum iuratumque, consentiunt scriptores. de urbe tamen ambigitur. Dio casum Vult & Mιδαίου τῆς Φρυγίας, in Phrygia oppido Midaio. \* Florus & Appianus Mileti, quae Carie adscripta. Sed noster vicium eum saltem intellegit, & copias eius apud Siciliam oppressas. Ita & Florus de eodem: In Siculo freto iuuenis oppressus est.

12. EXVTOQVE LEPIDO.] Eleganter, id est, exarmato, & exercitu spoliato. Nam xx. legiones ea adem.

13. VBI MILITEM DONIS.] Respexit huc Florus cum de eodem Augusto scripsit: Illectis per dona militibus, atque annonae curanda specie vulgo, ceteros haud difficulter subegit.

14. CERTAMINA POTENTIVM.] Factiones in urbe, & tum bella: quae miseris prouincias affligebant.

15. AVARITIAM.] Rapinas & extorsiones Praesidium, in populi imperio dissimulatas, aut inuicem donatas.

16. CLAVDIVM MARCELLVM.] Magnam illam Romae & libertatis spem. De cuius laudibus plenam manu Seneca ad Mariam: Octauia Marcellum amisit, cui & auunculus & socer incumbere coepit, in quem onus imperij reclinarer: (malo, reclinare) adolescentem animo alacrem, ingenio potentem, sed & frugalitatis continentia: quae in illis aut annis

Fig. 9. Cayo Cornelio Tácito, C. Cornelii Taciti et C. Velleii Paterculi scripta quae extant... París: Petri Chevalier, 1608, p. 2. [BNM 2/9794] Los comentarios y apostillas del margen se asemejan, visualmente, al trabajo manuscrito sobre la p. 2 de la edición de 1533 (una «cristalización» de las anotaciones marginales) (fig. 7).



4 Año 767. de la fundación de Roma, yltimo de Augusto

Aforismos.

A. 13.  
El Príncipe nueuaméte elegido siempre suele procurar reducir el Imperio a sucesion.

B. 14.  
El nuevo Príncipe, q̄ cō ayuda y medio de otros particulares ha subido a la suprema grãdeza del Imperio, haze les tãtas mercedes que no las puedan esperar mayores de otro señorio: si esto no basta para hartar su demasiada ambicion, vales disminuyendo el poderio poco a poco, y preuiniedo de nuevos reparos para el sustento del señorio; hijos, parientes, y nuevos amigos; que todos ay an de procurar su duracion.

Lib. 4. de las Hist. afor. 196.

C. 15.  
Al ministro del Príncipe que vale en virtud, y buenas partes de animo para el gouerno publico; y que tiene dada prouea bastante dello, no le ha de ser impedimento, para no llegar al supremo cargo del, la baxeza de su casta.

D. 16.  
El Príncipe para las mercedes q̄ haze a sus ministros, algunas vezes suele no considerar tanto en ellos los trabajos, y valor en la guerra; como los buenos sucesos, fortuna, y prouechos de la victoria.

E. 17.  
Ninguna cosa vale mas, para salir con vna dignidad, que se pretende, que las apariencias de que no se quiere, ni desea; que por esto se haze con el tal mas instancia, para que la reciba, auiendo alguna causa para darsela.

F. 18.  
Gran prudencia será la de vn Príncipe viejo, que no dexare en duda la sucesion, para no dar lugar a las maluadas pretensiones de los Grandes; y no solamente ha de señalar sucesor en vida, pero comunicar cō el parte de los cuidados, para que se acostúbre al buẽ gouerno de los pueblos; y estos, y los Grãdes dellos le reconozcã por señores; y en su vida se acostúbre al miedo, (digo respeto natural,) que se deue al Príncipe, y cō que se conserua su poderio.

Lib. 1. de las Hist. af. 69. Haze junta para dar la sucesion del Imperio. Que era lo q̄ se tenia por vnico remedio de este año.

G. 19. Los Príncipes viejos viuen muy sugetos a sus mugeres hermosas; por la flaqueza de aquella edad, en que no pueden resistir a sus halagos y blanduras, para no hazer a su ruego cosas indignas de su Magestad, y contrarias al bien de su Reyno, y de los suyos.

Lib. de los An. afor. 335.

H. 20. Nunca la sucesion de los señorios, y mas nuevos, ha de estar dependiẽte de la vida de vno solo; porque no se de con esto ocasion a nuevos pensamientos.

y diligencias extraordinarias [ de los ciudadanos ], y al fin con el dinero. <sup>A</sup> Mas Augusto para su sustento, y fortificacion de su señorio, enfalçò <sup>16</sup> a Claudio Marcelo, hijo de su hermana, q̄ aun era muy moço, haciẽdole <sup>17</sup> Põtifice, y <sup>18</sup> Edlecurul: <sup>B</sup> y <sup>19</sup> con dos Consulados, [ el vno tras el otro ], a Marco Agripa, <sup>C</sup> hõbre <sup>20</sup> de baja casta, valeroso en la guerra, <sup>D</sup> y compañero de sus vitorias; y despues de muerto Marcelo le tomò por yerno. <sup>21</sup> Engrãdecio cō el nõbre de Emperadores a Tiberio Nerõ, y a Claudio Druso sus antenados, estando aun entera su casa; porque auia metido en la familia de los Cesares a Cayo, y Lucio, hijos de Agripa. Los quales auia que no auian salido de los terminos de la niñez, auia querido <sup>22</sup> que fuesen llamados Príncipes de la iuuentud; <sup>E</sup> y con muestra, y aparẽcia de que lo reusaua, auia deseado ardentissimamente, <sup>23</sup> que fuesen nombrados por Consules. Luego que Agripa acabò su vida, murieron tãbien Lucio, y Cayo: Lucio Cesar yendo a España a recibir el cargo de los exercitos; <sup>24</sup> Cayo boluiendo de Armenia enfermo de vna herida; [ y ambos ] por su muerte natural apressurada por los hados, o por engaño de Liuiã su madrastra. Y auiedo <sup>F</sup> poco antes muerto Druso; solo Neron quedaua viuo de los antenados de Augusto. A este se boluia todo el fauor, y autoridad del estado. <sup>F</sup> Tomale Augusto por hijo; por cõpañero del Imperio; y comunica cō el la potestad Tribunicia; y de esto se haze ostentaciõ por todos los exercitos; amonestandolo descubiertamente su madre, y no como antes, con artes encubiertas, y nõ entredidas. Porque auia reducido al viejo Augusto, a <sup>G</sup> que le fuesse tan sugeto, que le hizo, que echasse a <sup>25</sup> la isla Planosa a Agripa Postumo su nieto vnico, ignorante realmente de todas las buenas artes, y feroz atontadamente en gallardia de cuerpo; pero de quien no se halla, que jamas huuiesse cometido ninguna maldad. Por otra parte hizo General de ocho legiones alojadas en las riberas del Rin a Germanico hijo de Druso; y mandò a Tiberio, que le prohiçasse, aunque tenia en su casa vn hijo moço; pero [ hijo de Augusto ], <sup>H</sup> para <sup>26</sup> dar mas fuerças, y fundamentos a la sucesion.

Augusto como asõgò su Imperio para los descendientes.

Liuiã mata por engaño a Lucio, y Cayo, hijos de Agripa.

† Neron, y poco que fue dos años antes segun Dio. lib. 55. Tiberio Neron cõpañero de Augusto.

Agripa Postumo, nieto de Augusto en la isla Planosa.

Germanico hijo de Druso, y mandò a Tiberio, que le prohiçasse, aunque tenia en su casa vn hijo moço; pero [ hijo de Augusto ], para dar mas fuerças, y fundamentos a la sucesion.

Fig. 10. Baltasar Álamos de Barrientos, *Tacito español ilustrado con aforismos*. Madrid: Luis Sanchez, 1614, p. 4. Nótese la relación visual y espacial entre el texto de Tácito y los aforismos y apostillas del margen interno, así como las interrupciones en el texto traducido con llamadas (números, letras y cruces) y corchetes.



Fig. 11. A Thomas Scott, *The second part of Vox Populi, or Gondomar appearing in the likeness of Machiavell in a Spanish Parliament*. Goricom [Londres]: s. n, 1624, frontispicio. Gondomar representado con colgante de la orden de Calatrava, espada envainada, sombrero y apoyado en una vara larga y fina. Tras el aparece la silla agujereada usada por Gondomar debido a su fistula. En la esquina superior izquierda hay otra escena de Gondomar transportado en una litera por dos caballos, bajo la cual aparece el lema «Simul complectar omnia» [al mismo tiempo se abarcará todo]. 11. B Ibid, p. 1. «Parlamento español» presidido por el demonio y el papa.

1

# THE FIRST BOOKE

## OF THE HISTORIE OF

### CORNELIUS TACITVS.

I *The Proeme of Tacitus, wherein he professeth simple dealing without partialitie.*

**H**E beginning of my worke shal be at the yeare, when Servius Galba was <sup>1</sup> second time Consull with Titus Vinius. For the ancient story of the people of Rome, for <sup>2</sup> seuen hundreth and twentie yeares after the Cittie was founded, <sup>3</sup> manie excellent men haue deliuered, with no lesse eloquence then libertie of speech: but when as after the battaile at Actium, the whole fouerainetie, as it was <sup>b</sup> meete for the peace of the state, was conferred vpon one, those worthy wits were no more to found, and withall the truth of the story was diuersely <sup>c</sup> weakened: partly because hauing no more part in the state they were ignoraunt of publike affaires; and partly beeing led away with a lust to <sup>c</sup> flatter the Princes, or againe to deface them. So betweene malice of the one side, and awed partiality of the other, small regarde there was taken by either, howe posteritic shoulde be truly enformed. But that endeour, to please and winne thanks, in a writer a man shall easily mislike, hauing in it the foule note of seruility: detracting and enuyous carping, carying a counterfeit shew of libertie, oft findeth a good and gracious audience. Now for Galba, Otho, Vitellius, to me they are as vnknown, for either benefit or wrong I haue found at their handes. My first rising, I will not deny, was vnder Vespasian, my state bettered by Titus, and so further aduanced by Domitian: but they which make profession of the simple trueth, may not say ought of any man for loue, or for hatred. Hereafter, if the gods spare me life, I purpose when I am <sup>d</sup> old, to set downe the story of <sup>+</sup> Prince Nerva of sacred memory, and of the Emperour Traiane, a more plentifull and safe matter to deale in, where a man may thinke what he will, and say what he thinkes: a rare felicity of the time.

*The yeare of the City, 822*

<sup>a</sup> Tac. Ann. 1. *ueteris uel prof. uel aduersa, claris scriptoribus memorata sunt: temporibus, Augusti dicendi non de fuisse decora ingenia, donec glisense adulatione deterreretur.*

<sup>b</sup> Tac. 1. Ann. p. 210. *Non aliquid discordantie parue remedium fuisse, quam ut ab uno regeretur.*

<sup>c</sup> *Tiberij, Caij, et Claudij ac Neronis res, florantibus ipsis: b mecum falsa. postquam occiderant, recensibus odijs composita sunt. Tac. 1. Ann.*

A II A

Fig. 12. Cayo Cornelio Tácito, *The ende of Nero and beginning of Galba. Fower bookes of the Histories of Cornelius Tacitus. The life of Agricola.* Oxford: Ioseph Barnes [and R. Robinson, London] for Richard Wright, 1591. [Traducción de Henry Savile.], p. 1. Arriba: Título de libro y título de sección. Margen exterior: apostilla marginal para datar el texto, tres apostillas con referencias cruzadas a *Anales* I. Margen interno: cifras para referir a las anotaciones situadas al final de la obra.



& Duenius Geminus Prouost of the city, after some speech vsed of his age, <sup>a</sup> he commandeth Pifo Licinianus to be sent for, either vpon his owne choise, or as some haue reported, at the instance of Laco: who cunningly preferred him as a mere stranger to himselfe, whereas indeede they had in Rubellius Plautus house, had long acquaintance together, & the good opinion which went generally of Pifo, gaue credit to his counsel. Pifo was sonne to Marcus Crassus, and Scribonia, nobly borne on both sides; in countenance and presence after the ancient sort, rightly to iudge, seuer; but to them which interpreted al to the worst, seeming too sowe. That quality of his, the more it was by some men, carefull in that behalfe, misdoubted and feared, the better it pleased the man, who was to adopt him. So Galba taking Pifo by the hand, is saied to haue spoken in this manner.

If I should as a priuate man only, by an act of the Curia, and assent of the Priestes, as the maner is, adopt you, it would bee both an honour for me, to take into my family the progenie of Marcus Crassus and Pompey, and a glory for you, to adioine the honorable encrease of the <sup>32</sup> Sulpitian and Lutatian houses to your owne nobility. But now being by the consent of gods and men called to the Empire, I am moued by your rare towardnes, and the loue I beare to my countrey, to offer vnto you, without your trouble, the Princes place, that, for which our auncestors haue contended in armes, which by armes my telfe haue obtained: following herein the example of Augustus, who placed in estate next to himselfe, first Marcellus his sisters son, afterward Agrippa his sonne in lawe, then his daughters sonnes, and lastly his wiues sonne Tiberius Nero. But Augustus, as it seemeth, sought a successour in his family, and I <sup>b</sup> in the common wealth. Not that I lacke some: neare me in bloud, or companions in armes, whom I could respect: but neither did I by ambition attaine to the Empire, & of my iudgement herein may be prooffe, not onely mine owne friendes passed ouer, but yours also. A brother you haue, uoble alike, in yeares before you, wel worthy of this honour, were not you the more woorthy. Your yeares are such, as are settled from the affections of youth, and so spent, as no thing past needeth excuse. Hitherto you haue tasted onely of aduerse fortune: prosperity searcheth more deeply the minde; for miseries are borne with patience, felicity corrupteth. Integrity, friendship, round and free dealing, the principall gifts

<sup>a</sup> Praefectus urbis.  
<sup>b</sup> Sueton. c. 17. somewhat differing from Tacitus writeth, Pifonem repositi & media salustianum turba apprehendit, filiumq, appellans, in castra perduxit.

<sup>c</sup> To this saying alluded, as it may seeme, Dagestaphus master of the horte to Fidenian the Emperor, who being demanded in counsel by his master, what parenter he were best to assume of the Empire, answered ordinarily, *Suum quis habet laudem, si tempus inueniatur.* Marcellus. lib. 6. 26. pag. 1719.

Fig. 13. Cayo Cornelio Tácito, *The ende of Nero and beginning of Galba. Fower bookes of the Histories of Cornelius Tacitus. The life of Agricola.* Oxford: Ioseph Barnes [and R. Robinson, London] for Richard Wright, 1591. [Traducción de Henry Savile.], p. 9. Apostillas marginales: llamada con un asterisco, término latino que se traduce en el cuerpo del texto, comparación entre lo referido por Tácito y Suetonio, explicación de un lugar del texto. Comillas en el margen externo que marcan un discurso directo.

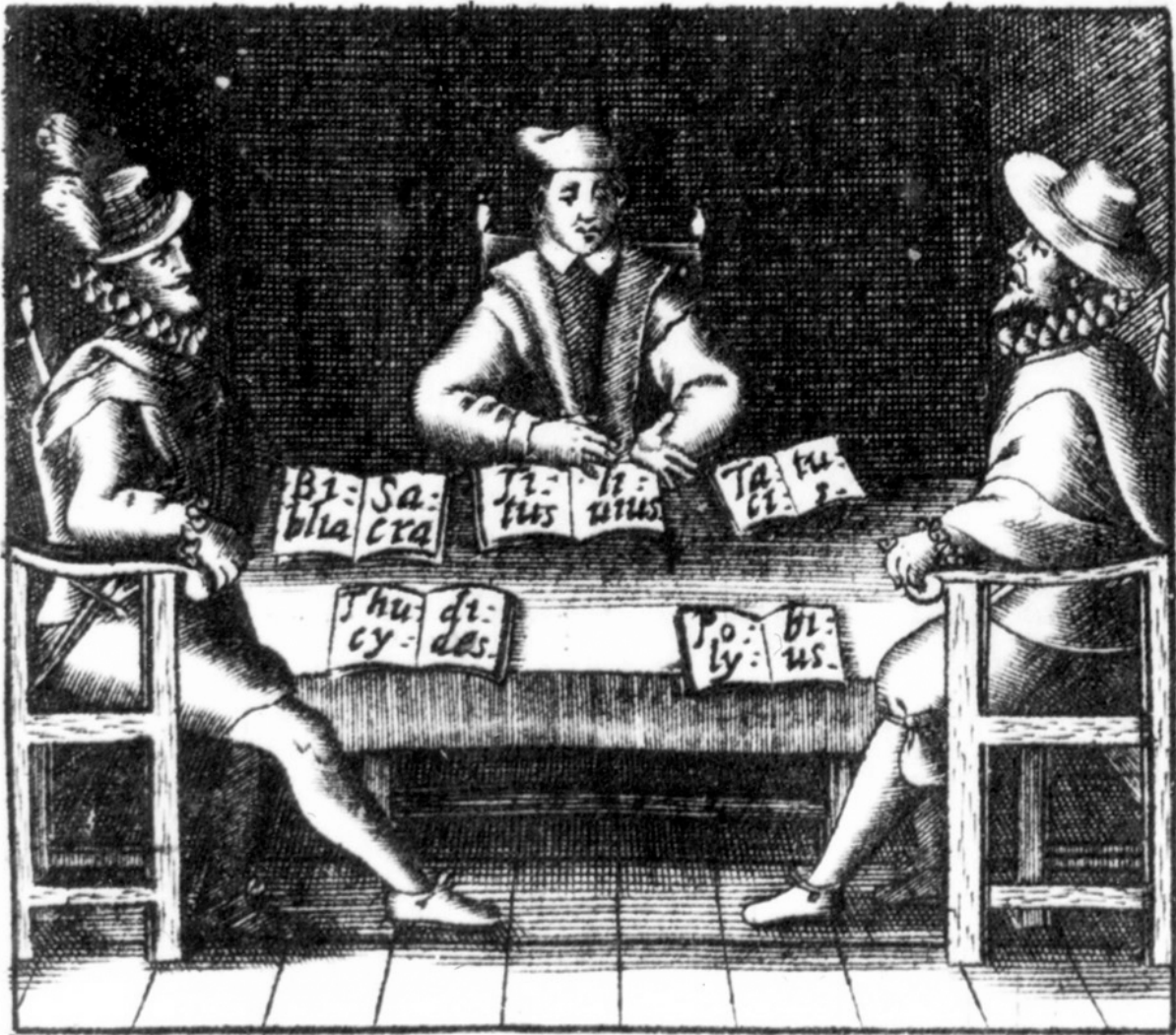


Fig. 14. Baltasar Álamos de Barrientos, *Tácito español ilustrado con aforismos*. Madrid: Luis Sánchez, 1614, frontispicio.



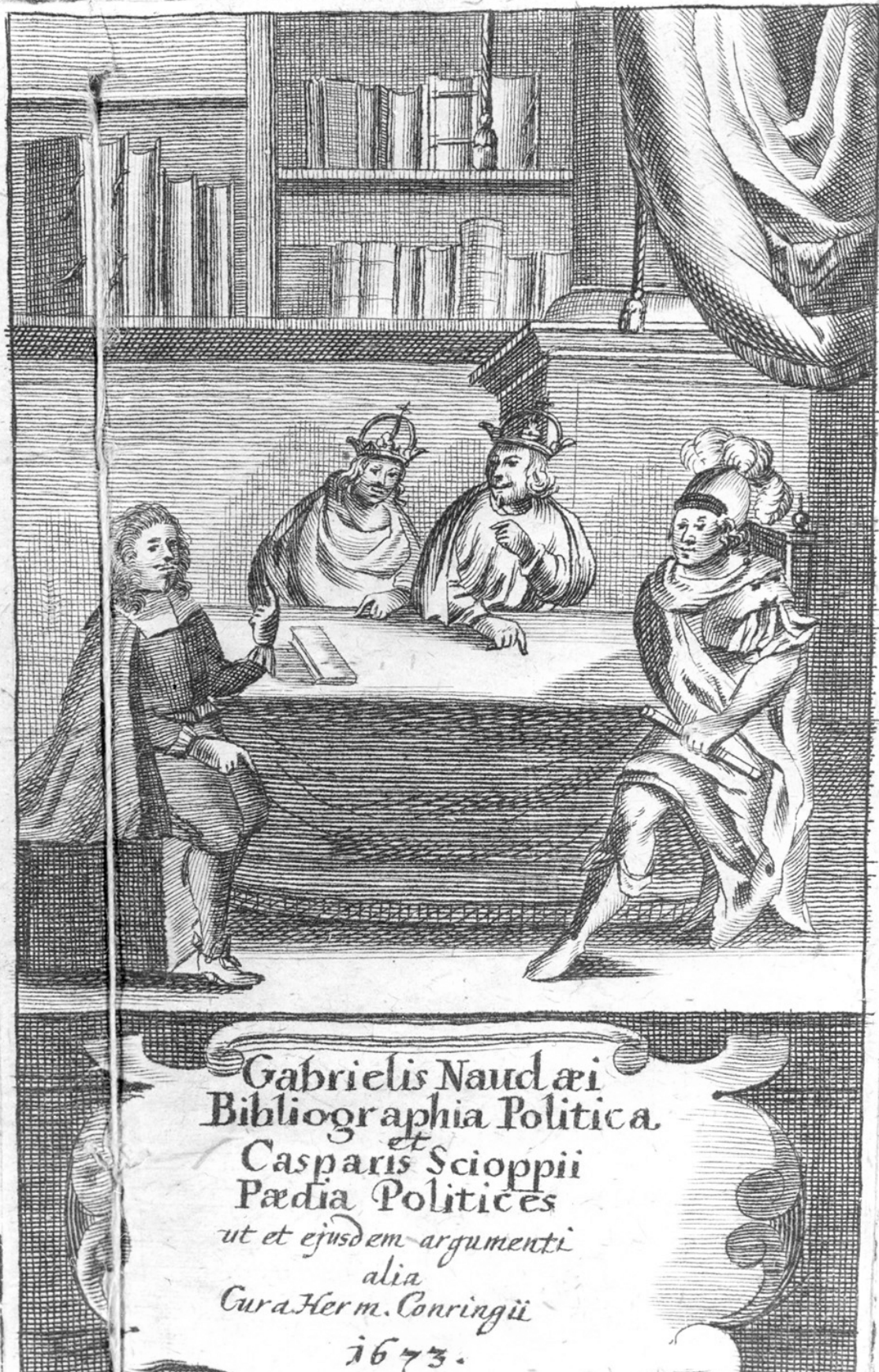
Plures aliorum euentis docentur.  
4. Annal.

Princeps non potest cuncta, sua scientia  
complecti. 3. Annal.



Plura consilio, quam vi,  
perficiuntur. 2. Annal.

Fig. 15 Baltasar Álamos de Barrientos, *Tacito español ilustrado con aforismos*. Madrid: Luis Sanchez, 1614, frontispicio (detalle).



Gabrielis Naudæi  
Bibliographia Politica  
et  
Casparis Scioppii  
Pædia Politicæ  
ut et ejusdem argumenti  
alia  
Cura Herm. Conringii  
1673.

Fig. 16. Gabriel Naudé, *Bibliographia politica*. Francfort: s.n, 1673, frontispicio.



Fig. 17. Henry Peacham, *The compleat gentleman*. Londres: [John Legat] for Francis Constable, 1622, frontispicio.





Fig. 18. Juan de Vera y Figueroa, *El embajador*. Sevilla: Francisco de Lyra, 1620, frontispicio (detalle de la imagen central).



Fig. 19. Retrato de Mateo Alemán incluido en Mateo Alemán, *Primera parte de la vida del pícaro Guzman de Alfarache*. Barcelona: Emprinta de Gabriel Graells, y Giraldo Dotil, a costa de Hieronymo Genoues, 1599. Reproducido a partir de BNM IH/213/1.





Fig. 20A. Retrato de Emanuel Sueyro incluido en Emanuel Sueyro, *Anales de Flandes*. Amberes: Pedro y Juan Beleros, 1624.



Fig. 20B. Anton van Dyck, [Retrato de Carlos Coloma y Jusarte de Melo] Paul Pontius sculp. Ant. van Dyck pinxit Cum privilegio. Reproducción de BNM IH/2149/1.





Fig. 21 Retrato de Lorenzo Ramírez de Prado en *Pentecontarchos sive quinquaginta militum ductor*. Amberes: Ioannem Keerbegium, 1612. Reproducción de BNM IH/7619/1.





Fig. 22. P. H. Fluytiers, *Retrato de Lorenzo Ramírez de Prado*, 1625 [BNM IH/7619/2].



## Índice de figuras

Fig. 1. Páginas anotada de Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu augusti libri sex*. Salamanca: Artus Taberniel, 1603, fols. 2v-3r. [BNM 2/55533.]

Fig. 2. Aclaración de las anotaciones sobre *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu augusti libri sex*. Salamanca: Artus Taberniel, 1603, fols. 2v-3r. [BNM 2/55533.]

Fig. 3. Anotaciones sobre Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu augusti libri sex*. Salamanca: Artus Taberniel, 1603, fols. 18v-19r. [BNM 2/55533.]

Fig. 4. Anotaciones en páginas intercaladas sobre Cayo Cornelio Tácito, *Las Obras de C. Cornelio Tacito. Traduzidas de latin en castellano por Emanuel Sueyro [...]*. Madrid: Viuda de Alonso Martín, a costa de Domingo Gonçalez, 1614. [BNM 3/65081.]

Fig. 5. Cuaderno de lugares comunes de Manuel Sarmiento de Mendoza. Página de la letra «A» en la que destacan las entradas «adulación» y «amor». Las etiquetas de vitela servían para facilitar la búsqueda. BNM, Mss. 6009, fol. 26r.

Fig. 6. Página anotada de Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti, equitis romani Annalium ab excessu Augusti*. Basilea, 1533, p. 1. [BNM R/19360.]

Fig. 7. Página anotada de Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti, equitis romani Annalium ab excessu Augusti*. Basilea, 1533, p. 2. [BNM R/19360.]

Fig. 8. Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti et C. Velleii Paterculi scripta quae extant...* París: Petri Chevalier, 1608, p. 1.

Fig. 9. Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti et C. Velleii Paterculi scripta quae extant...* París: Petri Chevalier, 1608, p. 2.

Fig. 10. Baltasar Álamos de Barrientos, *Tacito español ilustrado con aforismos*. Madrid: Luis Sanchez, 1614, p. 4.

Fig. 11. Thomas Scott, *The second part of Vox Populi, or Gondomar appearing in the likeness of Matchiavell in a Spanish Parliament*. Goricom [Londres]: s. n, 1624, frontispicio y grabado de p. 1.

Fig. 12. Cayo Cornelio Tácito, *The ende of Nero and beginning of Galba. Fower bookes of the Histories of Cornelius Tacitus. The life of Agricola*. Oxford: Ioseph Barnes [and R. Robinson, London] for Richard Wright, 1591. [Traducción de Henry Savile.], p. 1.

Fig. 13. Cayo Cornelio Tácito, *The ende of Nero and beginning of Galba*, p. 9.

Fig. 14. Baltasar Álamos de Barrientos, *Tácito español ilustrado con aforismos*. Madrid: Luis Sánchez, 1614, frontispicio.

Fig. 15. Baltasar Álamos de Barrientos, *Tácito español ilustrado con aforismos*, frontispicio (detalle).

Fig. 16. Gabriel Naudé, *Bibliographia politica*. Fráncfort: s.n, 1673, frontispicio.

Fig. 17. Henry Peacham, *The compleat gentleman*. Londres: [John Legat] for Francis Constable, 1622, frontispicio.

Fig. 18. Juan de Vera y Figueroa, *El embajador*. Sevilla: Francisco de Lyra, 1620, frontispicio (detalle de la imagen central).

Fig. 19. Retrato de Mateo Alemán incluido en su *Primera parte de la vida del picaro Guzman de Alfarache*. Barcelona: Emprenta de Gabriel Graells, y Giraldo Dotil, a costa de Hieronymo Genoues, 1599. [BNM IH/213/1.]

Fig. 20A. Retrato de Emanuel Sueyro incluido en Emanuel Sueyro, *Anales de Flandes*. Amberes: Pedro y Juan Beleros, 1624.

Fig. 20B. Anton van Dyck, *Retrato de Carlos Coloma y Jusarte de Melo* [BNM IH/2149/1.]

Fig. 21 Retrato de Lorenzo Ramírez de Prado en *Pentecontarchos sive quinquaginta militum ductor*. Amberes: Ioannem Keerbegium, 1612.

Fig. 22. P. H. Fluytiers, *Retrato de Lorenzo Ramírez de Prado*, 1625. [BNM IH/7619/2].

## Bibliografía

### 1. Obras de Tácito

- Cayo Cornelio Tácito, *Annalium sex posteriores libri. Historiarum libri quinque. Dialogus de oratoribus claris. De Situ, moribus et populis Germanie libellus aureus*. Venecia: Vindelimum de Spira, 1470.
- Cayo Cornelio Tácito, *Cornelii Taciti Historie Auguste*. Venecia: Filippo Pinzi, 1497.
- Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti Libri quinque noviter inventi atque cum reliquis ejus operibus editi*. Roma: Magistrum Stephanum Guillereti de Lothoringia, 1515. [Signatura BNF RES J- 619.]
- Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti Libri quinque noviter inventi, atque cum reliquis ejus operibus editi*. Mediolani [Milán]: Alessandro Minuziano, 1517.
- Cayo Cornelio Tácito, *De moribus & populis germaniae libellus. Cum commentariolo vetera Germaniae populoru[m] vocabula paucis explicata[m]*. Basilea, 1519.
- Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti, equitis romani Annalium ab excessu Augusti*. Basilea, 1533.
- Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti ... ab excessu Augusti Annalium libri sedecim*. Lugduni [Lyon]: Sébastien Gryphius, 1542.
- Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti Annalium ab excessu Augusti siue Historiae Augustae libri sedecim qui supersunt recogniti per Beatum Rhenanum*. Basileae: in officina Frobeniana: per Hieronymum Frobenium et Nicolaum Episcopium, 1544.
- Cayo Cornelio Tácito, *P. Cornelii Taciti... Ab excessu Augusti annalium libri sedecim*. Lugduni [Lyon]: Sébastien Gryphius, 1551.
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Historiarum et Annalium libri qui exstant*. Amberes: Christophoro Plantino, 1574.
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera omnia qua exstant. I. Lipsius denuo castigavit, & recensuit*. Amberes: Christophorus Plantinus, 1581.
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti, equitis romani Ab excessu divi Augusti Annalium libri quatuor priores, et in hos observationes Caroli Paschalii Cuneatis*. París: Robertum Colombelum in Aldina Bibliotheca, 1581.
- Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus*. París: Abel l'Angelier, 1582. [Traducción de Claude Fauchet y Etienne de la Planche.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus*. París: Abel l'Angelier, 1584. [Traducción de Claude Fauchet y Etienne de la Planche.]
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti opera quae exstant, Ex Iusti Lipsi editione ultima: & cum eiusdem ad ea omnia Commentariis aut Notis. Scripta & addita ab eodem singulis libris Breviaria valdè ad memoria, & Historia lucem*. Amberes: Christophorum Plantinum, 1585.
- Cayo Cornelio Tácito, *La vita di Giulio Agricola*. Londres: Gouanni [sic] Wolfio, 1585. [Traducción de Giovanni Maria Manelli.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Libro Iº de los Anales de C Cornelio Tacito comenzando desde la muerte de Augusto Cessar traducidos en bulgar castellano por Antonio de Toledo*, 1590. [BPR II/1438 (1).]
- Cayo Cornelio Tácito, *The ende of Nero and beginning of Galba. Fower bookes of the Histories of Cornelius Tacitus. The life of Agricola*. Oxford: Ioseph Barnes [and R. Robinson, London] for Richard Wright, 1591. [Traducción de Henry Savile.]
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant. I Lipsius quintum recensuit Seorsim excusi Comentarrii meliores plenioresque, cum Curis*

- Secundis*. Lugduni Batavorum [Leiden]: Ex officina Plantiniana apud Franciscum Raphelengium, 1598.
- Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: [Arn. Hatfield, for Bonham and Iohn Norton], 1598. [Traducción de Richard Greenwey.]
- Cayo Cornelio Tácito, *The ende of Nero and beginning of Galba. Fower bookes of the Histories of Cornelius Tacitus. The life of Agricola. The second edition*. Londres: [Edm. Bollifant, for Bonham and Iohn Norton], 1598. [Traducción de Henry Savile.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, chevalier Romain*. París: Marc Orry, 1599. [Traducción de P.D.B.]
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant. Iustus Lipsius postremum recensuit. Additi Commentarii meliores plenioresque, cum curis secundis. Accessit seorsim C. Velleius Paterculus cum eiusdem Lipsi auctioribus notis*. Antverpiae: Ex officina plantiniana, apud Ioannem Moretum, 1600.
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu augusti libri sex*. Salamanca: Artus Taberniel, 1603. [BNM 2/55533.]
- Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: [Arnold Hatfield for Iohn Norton], 1604. [Traducción de Richard Greenwey.]
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant*. París: Marcum Orry, 1606. [BNF J-3599.]
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera quae exstant, ex recognitione Jani Gruteri, cum indice rerum ac nominum... Accedunt seorsim ad eundem emendatæ, castigatæ, observatæ, notæ... Alciati, Ferreti, Ursini, Merceri, Coleri, Rhenani, Vertranii, Donati, Pichenae, Gruteri*. Francofurti: e collegio Partheniano, sumptibus J. Rhodii, 1607.
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelij Taciti Opera quae extant. Iustus Lipsius postremum recensuit. additi commentarij aucti emendatiquæ ab vltimâ manu. accessit C. Velleius Paterculus cum eiusdem Lipsi auctioribus notis*. Antverpiae: ex officina Plantiniana, apud Ioannem Moretum, 1607.
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti et C. Velleii Paterculi scripta quae extant: Recognita, emaculata: Additiquæ comentarii copiosissimi; & notæ non antea editæ....* París: Petri Chevalier, 1608.
- Cayo Cornelio Tácito, *Les oeuvres de C. Cornelius Tacitus et Velleius Paterculus*, 2 vols. París: Jean Gesselin, 1610. [Traducción de Jean Baudoin.]
- Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: Arnold Hatfield for Iohn Norton, 1612.
- Cayo Cornelio Tácito, *Las obras de Cornelio Tácito traducidas de latin en castellano por Emanuel Sveyro*. Amberes: Herederos de Pedro Belleró, 1613. [Traducción de Emanuel Sueyro.]
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Annalium ab excessu divi Augusti libri duo cum fragmento tertii*. Salamanca: Viuda de Antonio Ramírez, 1614. [BNM 3/13830.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Las Obras de C. Cornelio Tacito. Traduzidas de latin en castellano por Emanuel Sueyro [...]*. Madrid: Viuda de Alonso Martín, a costa de Domingo Gonçalez, 1614. [Traducción de Emanuel Sueyro.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Los cinco primeros libros de los Anales*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1615. [Traducción de Antonio de Herrera]

- Cayo Cornelio Tácito, *Le Tibère françois, ou les Six premiers livres des Annales*. París: Robert Estienne, 1616. [Traducción de Rodolphe Le Maistre.]
- Cayo Cornelio Tácito, *La Vie et l'empire de S. Galba*. París: A. Pacard, 1619. [Traducción de Rodolphe Le Maistre.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Las obras de C. Cornelio Tácito traducidas de latin en castellano por Emanuel Sueyro*. Amberes: Pedro y Juan Bellero, 1619. [Traducción de Emanuel Sueyro.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus et Velleius Paterculus, avec des Discours politiques tirez des principales maximes de l'auteur*. París: Jean Richer, 1619. [Traducción de Jean Baudoin.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Opere di G. Cornelio Tacito : Annali, Historie, Costumi de' Germani e Vita di Agricola, illustrate con... aforismi del Sig. D. Baldassar' Alamo Varianti, trasportati dalla lingua castigliana nella toscana, da D. Girolamo Canini d'Anghiari*. Venecia: Giunti, 1620 [1618].
- Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: Iohn Bill, 1622.
- Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre [...] avec plusieurs suppléments requis à la suite de l'Histoire et Annotations*. París: Claude Cramoisy, 1627. [Traducción de Rodolphe Le Maistre.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres [...] avec des Discours politiques tirez des principales maximes de l'auteur [por Scipion Ammirato]*. París: E. Richer, 1628. [Traducción de Jean Baudoin.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Obras de Caio Cornelio Tacito*. Duay: M[arc] Wyon, 1629. [Traducción de Carlos Coloma.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Des causes de la corruption de l'éloquence*. París: Charles Chappelain, 1630.
- Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Cornelius Tacitus, traduction nouvelle par Rodolphe Le Maistre Augmentée des six derniers livres des Annales, de Suppléments & Annotations, & enrichie de plusieurs Figures*. París: Jacques Dugast, 1636. [Traducción de Rodolphe Le Maistre.]
- Cayo Cornelio Tácito, *De la Vie d'Agricola, son beau-père*. París: Jean Camusat, 1639. [Traducción de Ithier Hobier.]
- Cayo Cornelio Tácito, *The annales of Cornelius Tacitus. The description of Germanie*. Londres: I[ohn] L[egat] for Richard Whitaker, 1640.
- Cayo Cornelio Tácito, *Les Oeuvres de C. Corneille Tacite, traduites de latin en françois*. París: La Veuve Iean Camusat et Pierre Petit, 1644. [Traducción de Achille de Harlay de Chanvalon.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Annales de Tacite. Première partie. Contenant le regne de Tibere*. París: Augustin Courbé, 1650. [Traducción de Nicolas Perrot d'Ablancourt.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Annales de Tacite. Seconde partie. Contenant les Regnes de Claudius & de Neron*. París: Chez La Veuve Iean Camusat & Pierre le Petit, 1651. [Traducción de Nicolas Perrot d'Ablancourt.] [Signatura BNF J-13638.]
- Cayo Cornelio Tácito, *C. Cornelii Taciti Opera. Interpretatione perpetua et notis illustrabit Julianus Pichon Abbas. Jussu Christianissimi Regis in usum Serenissimi Delphini*, 4 vols. París: Viduam Claudii Thiboust et Petrum Esclassan, 1682-1687.
- Cayo Cornelio Tácito, *The annals and history of Cornelius Tacitus his account of the antient Germans, and the life of Agricola made English by several hands ; with*

- the political reflections and historical notes of Monsieur Amelot De La Houssay and the learned Sir Henry Savile.* Londres: Matthew Gillyflower, 1698.
- Cayo Cornelio Tácito, *Las obras completas de Cayo Cornelio Tácito.* 4 vols. Madrid: Imprenta Real, 1794. [Edición de Cayetano Sixto y Joaquín Ezquerro]
- Cayo Cornelio Tácito, *Anales. Libros XI-XVI.* Madrid: Gredos, 1986. [Traducción y notas de José Luis Moralejo.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Anales. Libros I-VI.* Madrid: Gredos, 2002. [Traducción de José Luis Moralejo.] [Introducción, traducción y notas de José Luis Moralejo.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Historias.* Madrid: Cátedra, 2006. [Traducción de Juan Luis Conde.] [Edición de Juan Luis Conde.]
- Cayo Cornelio Tácito, *Anales.* Madrid: Akal, 2007. [Traducción de Beatriz Antón Martínez.] [Edición de Beatriz Antón Martínez.]

## 2. Manuscritos y libros antiguos

- Abecedario de dichos y sentencias de varios autores,* c. 1626. [BNM Mss. 23070.] [Incluye estudio contemporáneo del manuscrito.]
- Diego Agreda, *Lugares comunes de letras humanas: contiene las historias, fabulas, provincias, ciudades, montes, rios, mas famosos, y conocidos del mundo traducido de Toscano en Castellano por Diego Agreda.* Madrid: viuda de Alonso Martín, 1616.
- Diego de Álaba y Viamont, *El perfeto capitan instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artilleria.* Madrid: Pedro Madrugal, 1590.
- Baltasar Álamos de Barrientos, *Aforismos.* [BNM Mss. 948.]
- Baltasar Álamos de Barrientos, *Vida de Julio Agricola escrita por Cayo Cornelio Tácito y traducida por Don Baltasar Alamos de Barrientos,* 1600. [BNM Mss. 17759.]
- Baltasar Álamos de Barrientos, *Tacito español ilustrado con aforismos.* Madrid: Luis Sanchez, 1614.
- Mateo Alemán, *Primera parte de la vida del picaro Guzman de Alfarache.* Barcelona: Emprenta de Gabriel Graells, y Giraldo Dotil, a costa de Hieronymo Genoues, 1599.
- Andreas Althamer, *Commentaria in P. Cornelii Taciti equitis Romani libellum De situ, moribus et populis Germaniae.* Ambergae: Michaelis Forsteri, 1609.
- Fernando Alvia de Castro, *Verdadera razon de estado. Discurso politico.* Lisboa: Pedro Craesbeeck, 1616.
- Fernando Alvia de Castro, *Aphorismos y exemplos politicos y militares sacados de la primera Decada de Iuan de Barros.* Lisboa: Pedro Craesbeeck, 1621.
- Nicolás Antonio, *Biblioteca hispana nueva.* Madrid: Fundación Universitaria Española, 1999 [1696]. [Traducción de la edición de Francisco Pérez Bayer, Madrid: viuda y herederos de don Joaquín Ibarra, impresor real, 1788. Edición dirigida por Miguel Matilla Martínez.]
- Abraham-Nicolas Amelot de la Houssaye, *Tibère. Discours politiques sur Tacite.* Amsterdam: heritiers de Daniel Elzevir, 1683.
- Abraham-Nicolas Amelot de la Houssaye, *La morale de Tacite. De la flaterie.* París: Vve E. Martin y J. Boudot, 1686.
- Scipione Ammirato, *Discorsi del signor Scipione Ammirato sopra Cornelio Tácito.* Venecia: Matthio Valentino, 1607 [1590].
- Scipione Ammirato, *Discours politiques et militaires sur Corneille Tacite [...] traduits par Laurens Melliet.* Lyon: Claude Morillon, 1619. [Traducción de Laurens Melliet.]



- Scipione Ammirato, *Discours politiques et militaires sur Corneille Tacite [...] traduits par Laurens Melliet*. Lyon: Antoine Chard, 1628. [Traducción de Laurens Melliet.]
- Apuntamientos del Dr. Mendieta a los comentarios de Anibale Scoto sobre Tácito*, 1591. [BNM Mss. 1762.]
- Apuntamientos predicables*, s. XVII. [BNM Mss. 5720.]
- Juan de Aranda, *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias*. Sevilla: Iuan de Leon, a costa de Diego Vazquez, 1595.
- Francisco de Araoz, *De bene disponenda bibliotheca, ad meliorem cognitionem loci & materiae, qualitatique librorum, litteratis perutile opusculum*, 1631.
- Francisco de Araoz, *De bene disponenda bibliotheca*. Madrid: Instituto de España; Biblioteca Nacional, 1992 [1631]. [Traducción de Lorenzo Ruiz Fidalgo.] [Presentación de Isabel Fonseca Ruiz, traducción de Lorenzo Ruiz Fidalgo. Edición no venal.]
- Francis Bacon, *Essayes. Meditationes sacrae*. Londres: [John Windet] for Humfrey Hooper, 1597.
- Francis Bacon, *Sir Francis Bacon his apologie, in certaine imputations concerning the late Earle of Essex*. Londres: [Richard Field] for Felix Norton, 1604.
- Francis Bacon, *The twoo bookes of Francis Bacon. Of the proficiencie and aduancement of learning, diuine and humane*. Londres: [Thomas Purfoot and Thomas Creede] for Henrie Tomes, 1605.
- Francis Bacon, *Apophthegmes new and old*. Londres: [J. Haviland] for Hanna Barret, and Richard Whittaker, 1625.
- Francis Bacon, *The Essayes or Counsels, ciuill and morall, of Francis Lo. Verulam, Viscount St. Alban. Newly written*. Londres: Iohn Haviland for Hanna Barret., 1625.
- Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso. Centuria prima*. Venecia: Pietro Farri, 1612.
- Traiano Boccalini, *Ragguagli di Parnaso. Centuria seconda*. Venecia: Giovanni Guerigli, 1617.
- Traiano Boccalini, *De' Raggvagli di Parnaso / Del ... Sig. Traiano Boccalini Romano Centuria Prima [- Centvria seconda - Parte Terza. Nella quale si contengono cinquanta Ragguagli, & vn solenne Conuito fatto in Parnaso, per Girolamo Briani cittadino Modonese]*. In questa Quarta Impresione da molti errori diligentemente espurgata ... Venecia: Giouanni Guerigli, 1624.
- Traiano Boccalini, *The new-found politicke. Disclosing the secret natures and dispositions as well of priuate persons as of statesmen and courtiers*. Londres: [Eliot's Court Press] for Francis Williams, 1626. [Traducción de John Florio y William Vaughan.]
- Traiano Boccalini, *Discursos politicos, y auisos del Parnasso de Traiano Bocalini, Cavallero Romano*. Madrid: Maria de Quiñones, a costa de Pedro Coello, 1634. [Traducción de Fernando Peres de Sousa.]
- Traiano Boccalini, *Avisos de Parnaso de Traiano bocalini, cavallero romano. Primera, y segunda Centuria*. Madrid: Diego Diaz de la Carrera, a costa de Mateo de la Bastida, 1653. [Traducción de Fernando Peres de Sousa.]
- Jean Bodin, «Methodus ad facilem historiarum cognitionem. Méthode pour faciliter la conaissance de l'histoire», en Pierre Mesnard (ed.), *Oeuvres philosophiques de Jean Bodin*. París: Presses Universitaires de France, 1951 [1566].
- Edmund Bolton, «Hypercritica», en Joseph Haslewood (ed.), *Ancient critical essays upon English poets and poesy*. Londres: Harding and Wright for Robert Triphook, 1815 [c. 1618], pp. 223-254.

- Giovanni Botero, *Diez libros de la razon de estado. Con tres libros De las causas de la grandeza, y magnificencia de las ciudades de Iuan Botero*. Madrid: Luys Sanchez, 1593. [Traducción de Antonio de Herrera.]
- Giovanni Botero, *Razon destado con Tres libros de la grandeza de las ciudades*. Burgos: Sebastian de Cañas a costa de Pedro de Ossete y Antonio Cuello, libreros de Valladolid, 1603.
- Richard Brathwait, *The Schollers Medley*. Londres, 1614.
- Luis Cabrera de Córdoba, *Filipe Segundo, Rey de España*. Madrid: Luis Sanchez, 1619.
- Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*. Madrid: J. Martín Alegría, 1857.
- Luis Cabrera de Córdoba, *Laurentina*. El Escorial: La ciudad de Dios, 1975. [Edición, introducción y notas de Lucrecio Pérez Blanco.]
- François de Carrigny sieur du Colomby, *Observations politiques, topographiques et historiques sur Tacite*. París: Antoyne Estienne, 1613.
- Catálogo de la libreria de san Diego de Alcalá*. [BNM Mss. 17830.]
- Catálogo de una biblioteca conventual de Franciscanos, S. XVII*. [BNM Mss. 3521.]
- Renné de Ceriziers, *Réflexions chrétiens et politiques sur la vie des rois Henry le Grand, Louys le Iuste*. París: La Veuve Iean Camusat, 1642.
- Renné de Ceriziers, *Le Tacite français, ou le sommaire de l'histoire de France. Avec les réflexions chrétiens et politiques sur la vie des rois de France, 2 vols*. París: Charles Angot, 1658 [1648].
- Baltasar de Céspedes, «Del uso y exercicio de la rhetorica (1607)», en José Rico Verdú (ed.), *La retórica española de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1973.
- Grey Brydges Chandon, *Horae subsecivae*. Londres: Edward Blount, 1620.
- Jean Chokier de Surlet, *Thesaurus politicorum aphorismorum*. Maguntiae, 1613.  
[Colección de documentos referentes a la canonización de S. Diego de Alcalá, a la formación de la Real Biblioteca del Escorial, adquisición de reliquias, etc, en tiempo de Felipe II], s. XVIII. [BNM Mss. 5734.]
- Carlos Coloma, [Carta al Conde Duque de Olivares (20 de Agosto de 1624) sobre A game at chess, de Thomas Middleton], 1624.
- William Cornwallis, *Essayes*. Londres: Printed [by S. Stafford and R. Read] for Edmund Mattes, 1600-1601.
- Sebastian de Covarrubias Orozco, *Emblemas morales*. Madrid: Luis Sanchez, 1610.
- Sebastian de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Luis Sanchez, 1611.
- Robert Dallington, *Aphorismes civill and militarie*. Londres: [R. Field] for Edward Blount, 1613.
- Lambert Daneau, *Politicorum aphorismorum silva*. Lugduni Batavorum [Leiden]: apud F. Raphelengium, 1591 [1583].
- Discursos sobre los Anales de Cornelio Taçito, en que se contienen diverssas materias de estado, muchas antigüedades, y varias curiosidades de Hystorias divinas y humanas*. [BL MS Add. 28501.]
- Matías Duque, *Flores de dichos y hechos, sacados de varios y diversos autores por el Doctor Mathias Duque, cura propio de la parrochial del Señor san Miguel de la villa de Saldaña*, 1669. [BNM Mss. 9081.]
- Pedro Fernandez Navarrete, *Conservacion de monarquias y discursos politicos sobre la gran consulta que el Consejo hizo al señor rey don Filipe Tercero*. Madrid: Imprenta Real, 1626.

- Emilio Ferretti, *In Cornelii Taciti annalium libros Aemylii Ferretti,... annotatiunculae*. [Thomas Sertinus edidit.]. Lugduni (Lyon): Sebastien Grypius, 1541.
- Christoph Forstner, *Christophori Forstneri In XVI libros Annalium, (quatenus extant) C. [aji] Cornelii Taciti notae*. Francofurti: Johannes Beyerus, 1662.
- Girolamo Frachetta, *Idea del libro de gobierno de estado y de guerra de Geronimo Fraqueta, con los discursos suyos, el uno cerca de la razón de estado, y el otro cerca de la razón de guerra*. [BNM Mss. 10431.] [Foliación original antigua.]
- Girolamo Frachetta, *L'Idea del libro de' gouerni di stato et di guerra di Girolamo Frachetta; con due discorsi, l'vno intorno la ragione di stato, l'altre entorno la ragione di guerra, del medesimo*. Venecia: Damian Zenaro, 1592.
- Girolamo Frachetta, *Il Seminario de governi di stato et di guerra*. Venecia: Evangelista Deuchino, 1613.
- Antonio Fuertes y Biota, *Alma o Aphorismos de Cornelio Tacito*. Amberes: Iacobo Meursio, 1651.
- Antonio Fuertes y Biota, *Vida de Moysen. Parte primera. Glosada con Sentencias, y Aforismos Politicos*. Bruselas: Guilielmo Scheybels, 1657.
- William Fulbecke, *An historicall collection of the continuall factions, tumults, and massacres of the Romans and Italians*. Londres: [By R. Field] for VVilliam Ponsonby, 1601.
- Esteban de Garibay y Zamalloa, *Traza y orden para la chronica del Catholico rey nro señor Don Phelipe el Segundo, y apuntamientos de materias por sus años desde 1527 a 1593*, 1598. [BNM Mss. 1750.]
- Alfonso García Matamoros, *De ratione dicendi libri duo. Los dos libros del arte de hablar*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Fundación Ignacio Larramendi, 2004 [1548]. [Introducción y traducción de Luis Alburquerque García. Es parte de la obra *Retóricas españolas del siglo XVI escritas en latín: edición digital*, Coord. Miguel Ángel Garrido Gallardo.]
- Tomasso Garzoni, *La piazza universale di tutte le professioni del mondo*. Venecia: Pietro María Bertano, 1638 [1585].
- Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, *Diez lamentaciones, del miserable estado de los Atheistas de nuestros tiempos*. Bruselas: Roger Velpio y Huberto Antonio, 1611.
- Juan de Guzmán, *Primera parte de la Retórica*, 2 vols. Pisa: Giardini, 1993 [1589]. [Edición e introducción de Blanca Perriñan.]
- Antonio de Herrera, *Primera parte de las varias epistolas discursos y tractados de Antonio de Herrera a diversos Claros Varones las quales contienen muchas materias utiles para el gobierno Político y militar. Con un elogio de la vida y hechos de el licenciado Xpoval Vaca de Castro del Consejo Supremo y governador de los Reynos del Piru. Dirigidas al Rey nuestro señor Don P[h]ilipe 4º*. [BNM Mss. 1035.]
- Antonio de Herrera, *Primera parte de las varias epístolas discursos y tractados de Antonio de Herrera las quales contienen muchas materias utiles para el gobierno politico y militar*. [BNM Mss. 3011.]
- Antonio de Herrera, *Advertencias qve los Catolicos de Inglaterra escriuieron a los Catolicos de Francia, tocantes a las presentes reboluciones, y cerco de París. Traduzido de lengua Francesa en Castellana por Antonio de Herrera...* Zaragoza: Lorenço de Robles : a costa de Angelo Tabano, 1592.
- Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar oceano [Décadas 1-4]*. Madrid: En la Imprenta Real [por Juan Flamenco], 1601.

- Antonio de Herrera, *Informacion en el hecho y relacion de lo que passo en Milan en las competencias entre las jurisdicciones eclesiasticas y seglar, desde el año de 1595, hasta el de 1598*. Madrid: Luis Sanchez, 1609.
- Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar oceano [Décadas 5-8]*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1615.
- Antonio de Herrera, *Discursos morales, políticos é históricos ineditos de Don Antonio de Herrera*. Madrid: Imprenta de Ruiz, 1804. [Dedicatoria y prólogo por D. Juan Antonio de Zamácola (Juan de Izaga Ocerín).]
- Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, 17 vols, vol. 1. Madrid: Real Academia de la Historia, 1934 [1601-1615]. [Prólogo y notas de Antonio Ballesteros-Beretta.]
- Thomas Hobbes, *Philosophicall rudiments concerning government and society [De Cive]*. Londres: Printed by J.G. for R. Royston, 1651 [1642].
- Thomas Hobbes, *Elements of philosophy the first section, concerning body [De Corpore]*. Londres: Printed by R. & W. Leybourn for Andrew Croke, 1656.
- Thomas Hobbes, *Behemoth or an Epitome of the civil wars of England from the year 1640-1660*. Londres: s. n, 1679.
- François Hotman, *Francogallia*. Colonia: Jean Bertulf, 1576 [1573].
- Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada. Hecha por el rei de España Don Philippe II nuestro señor contrae los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*. Lisboa: Giraldo de la Viña, 1627.
- Índice de los libros que tiene su Magestad en la Torre Alta deste Alcázar de Madrid*, 1637. [BNM Mss. 18791.]
- Inventario de la libreria del señor D. Lorenzo Ramirez de Prado*, 1661. [S.l, s.a.]
- Inventario de libros y efectos del Colegio de Alcalá*, 1767-1774. [BNM Mss. 17794.]
- Robert Johnson, *Essaies, or, rather imperfect offers*. Londres: John Windet for John Barnes, 1601.
- Ben Jonson, *Seianus, his fall*. Londres: G. Elld, for Thomas Thorpe, 1605.
- Ben Jonson, *Seianus, his fall*. Lovaina: Librairie Univerisitaire (Ch. Uytpruyst), 1935 [1605]. [Edición del volumen en cuarto de 1605, con comentarios de Henry de Vocht.]
- Ben Jonson, *The workes of Beniamin Ionson*. Londres: W: Stansby, to be sould by Rich: Meighen, 1616.
- Juan Alfonso de Lancina, *Commentarios politicos a los Anuales de Cayo Vero Cornelio Tacito*. Madrid: Melchor Alvarez, 1687.
- Justo Lipsio, *Iusti Lipsi ad Annales Corn. Taciti liber commentarius sive notae*. Amberes: Christophorus Plantinus, 1581.
- Justo Lipsio, *Politicorum siue civilis doctrinae libri sex*. Londres: Georgii Bishop, 1590 [1589].
- Justo Lipsio, *Los seis libros de las politicas o doctrina civil de Iusto Lipsio*. Madrid: Imprenta Real, a costa de Estevan Borgia, 1604. [Traducción de Bernardino de Mendoza.]
- Lugares comunes sacados de diferentes autores*, s. XVII. [BNM Mss. 1092.]
- Juan de Mariana, *Historia general de España*, 2 vols. Toledo: Pedro Rodriguez, 1601.
- Juan Marquez, *El governador christiano*. Salamanca: Francisco de Cea Tessa, 1612.
- Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, 2 vols. Madrid: Cátedra, 1989 [1540]. [Edición de Antonio Castro.]
- Sancho de Moncada, *Restauración política de España*. Madrid: Luis Sánchez, 1619.

- Michel de Montaigne, *Les Essais de Michel seigneur de Montaigne, édition nouvelle trouvée après le décès de l'auteur, reveüe et augmentée par luy d'un tiers plus qu'aux précédentes impressions*. París: Abel L'Angelier, 1595.
- Luis de Mur, *Tiberio ilustrado con morales y politicos discursos*. Zaragoza: Diego Dormer a costa de Pedro y Tomas Alfay, 1645.
- Eugenio Narbona, *Dotrina politica civil escrita por Aphorismos sacados de la dotrina de los Sabios, y exemplos de la experiencia*. Madrid: Viuda de Cosme Delgado, 1621 [1604].
- Gabriel Naudé, *Bibliographia politica*. Fráncfort: s.n, 1673.
- Gabriel Naudé, *Advis pour dresser une bibliothèque*. París: Aux Amateurs de Livres, 1990 [1627-1644]. [Edición facsímil a partir de la de 1644. Precedida de *L'Advis, manifeste de la bibliothèque érudite* por Claude Jolly.]
- Henry Peacham, *The compleat gentleman fashioning him absolute in the most necessary & commendable qualities concerning minde or bodie that may be required in a noble gentleman*. Londres: [John Legat] for Francis Constable, 1622.
- Juan Antonio Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles...* Madrid: Antonio de Sacha, 1778.
- Gabriel Pérez del Barrio Angulo, *Dirección de secretarios de señores*. Madrid: Alonso Martin de Balboa, 1613.
- Polibio, *Historiarum libri qui supersunt*. París: Hyeronimum Drovardvm, 1609. [Traducción de Isaac Casaubon.]
- Pedro Ponce de León, *Censura sobre los Annales, y Historias de Caio Cornelio Tacito, para consultar, si será bien imprimir en español su traduccion*, c. 1613. [BNM Mss. 13086.]
- Francisco de Quevedo, «España defendida y los tiempos de ahora», en Felicidad Buendía (ed.), *Obras completas*, 2 vols. Madrid: Aguilar, 1974, vol. 1, pp. 548-590. [Edición de Felicidad Buendía.]
- Francisco de Quevedo, *Obras completas*. 6ª ed, 2 vols. Madrid: Aguilar, 1974. [Edición de Felicidad Buendía.]
- Ramillete de Flores o Colección de varias cosas curiosas*, 1593. [BNM Mss. 6001.]
- Alonso Ramírez de Prado, *Gnomae legales ethico-politicae*. Madrid: Luis Sanchez, 1623.
- Lorenzo Ramírez de Prado, *Pentecontarchos sive quinquaginta militum ductor*. Amberes: Ioannem Keerbegium, 1612.
- Lorenzo Ramírez de Prado, *Consejo y consejero de príncipes*. Madrid: Luis Sánchez, 1617.
- Pedro de Ribadeneira, *Tratado de la Religión y virtudes que debe tener el Principe Christiano, para gouernar y conseruar sus Estados. Contra lo que Nicolas Machiauelo y los Politicos deste tiempo enseñan...* Madrid: Pedro Madrigal, a costa de Iuan de Montoya, 1595.
- Diego Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*. Múnich: Nicolao Eurico, 1640.
- Diego Saavedra Fajardo, *Republica literaria. Escriuiola D. Diego de Saabedra y Fajardo; dase a la estampa por D. Iosfph de Salinas*. Alcalá: Maria Fernandez, a costa de Nicolas de Xamares, 1670.
- Diego Saavedra Fajardo, *Republica literaria*. Madrid: Espasa Calpe, 1942. [Edición y notas de Vicente García de Diego.]
- Miguel de Salinas, *Rhetorica en lengua castellana*. Alcalá de Henares: Juan de Brocar, 1541.

- Miguel de Salinas, *Retórica en lengua castellana*. Nápoles: L'Orientale, 1999 [1541]. [Edición, introducción y notas de Encarnación Sánchez García.]
- Melchior Santa Cruz, *Floresta española, de apoteghmas o sentencias*. Bruselas: Rutger Velpius y Hubert Anthoine, 1614 [1574].
- Juan de Santa María, *Tratado de republica y policia christiana para reyes y principes y para a los que en el gouierno tienen sus vezes*. Madrid: Imprenta Real, 1615.
- Modesto Santos (ed.), *Álamos de Barrientos. Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado*. Madrid, Barcelona: Ministerio de Educación y Ciencia y Anthropos, 1990.
- Modesto Santos (ed.), *Antonio Pérez. Suma de preceptos justos, necesarios y provechosos en consejo de estado al rey Felipe III, siendo príncipe. Aforismos sacados de la historia de Publio Cornelio Tácito*. Madrid, Barcelona: Ministerio de Educación y Ciencia, Anthropos, 1991.
- Diego Sarmiento de Acuña, [*Copia de carta de Diego Sarmiento de Acuña a Joan Hurtado de Mendoza, Secretario de S. M.*] (Londres, 22-X-1613), 1613. [BPR II/2618.]
- Manuel Sarmiento de Mendoza, *Codex locorum S.S.* [BNM Mss. 6011.]
- Manuel Sarmiento de Mendoza, [*Cuaderno de lugares comunes y otras anotaciones de lectura*] [BNM Mss. 6009.]
- Manuel Sarmiento de Mendoza, *Declaraciones sobre las Sagradas Escrituras*. [BNM Mss. 6010.]
- Manuel Sarmiento de Mendoza, *Lugares comunes I*. [BNM Mss. 6012.]
- Manuel Sarmiento de Mendoza, *Milicia evangelica para contrastar la idolatria de los gentiles, conquistar almas, derribar la humana prudencia, desterrar la avaricia de ministros*. Madrid: Juan Gonçalez, 1628.
- Manuel Sarmiento de Mendoza, *Papeles varios*, S. XVI-XVII. [BNM Mss. 9307.]
- Annibale Scoto, *In P. Cornelii Taciti Annales, et Historias comentarii ad politicam, & aulicam rationem praecipue spectantes*. Roma: Bartolomeo Grassi, 1589.
- Thomas Scott, *Vox populi. Or newes from Spayne, translated according to the Spanish coppie. Which may serve to forewarn both England andd the United Provinces how farre to trust to Spanish pretences*. S. l: s. n, 1620.
- Thomas Scott, *An experiental discoverie of Spanish practises or the covnsell of a well-wishing souldier, for the good of his Prince and State*. S. l: s. n, 1623.
- Thomas Scott, *The second part of Vox Populi, or Gondomar appearing in the likeness of Matchiavell in a Spanish Parliament, wherein are discovered his treacherous & subtile practises to the ruine as well of England as the Netherlandes. Faithfully translated out of the Spanish copie by a well-willer to England and Holland*. Goricom [Londres]: s. n, 1624. [Indicación en el frontispicio: Printed at Goricom by Ashuerus Janss. 1624.]
- Lucio Anneo Séneca, *Los libros de beneficiis de Lucio Aeneo Seneca a Aebuçio Liberal traducidos por P. Fernández Navarrete*. Madrid: Imprenta del reino, 1629. [Traducción de Pedro Fernandez Navarrete.]
- Sentencias y citas, antiguas y modernas, ordenadas alfabéticamente por asuntos, y con indicación de fuentes*, s. XVIII. [BNM Mss. 9380.]
- Sentenzias de diferentes authores*, S. XVII. [BNM Mss. 12896.]
- Joaquín Setanti, *Frutos de historia*. Barcelona: Lorenzo Déu, 1610.
- Joaquín Setanti, *Aphorismos sacados de la historia de Publio Cornelio Tacito, por el D. Benedicto Aries [sic] Montano, para la conservacion y aumento de las Monarchias, hasta agora no impressos. Y las Centellas de varios conceptos, con los Avisos de Amigo de Don Ioachin Setanti cavallero catalan del habito de*

- Montesa. Dirigido al Illustrissimo y Reverendiss. señor Don Luys Sans, del Consejo de su Magestad, y obispo de Barcelona.* Barcelona: Sebastian Mantevat, a costa de Miguel Manescal, mercader de libros, 1614.
- Joaquín Setanti, *Avisos de amigo*, s. XVII. [BNM Mss. 2535.]
- Charles Sorel, *La bibliothèque française*. París: Compagnie des libraires du Palais, 1664.
- Hernando de Soto, *Emblemas moralizadas*. Madrid: Herederos de Juan Iñiguez de Lequerica, 1599.
- Johann Theodor Sprenger, *Tacitus axiomaticus de principe, ministris et bello, cum sacris exemplis et Thucydide locis congruis sparsim collatus*. Francoforti ad Moenum: Joh[annes] Friderici Weiss, 1658.
- Cristóbal Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias y artes. Parte traducida de Toscano, y parte compuesta por el doctor Cristoval Suarez de Figueroa*. Madrid: Luis Sanchez, 1615.
- Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero: advertencias utilissimas a la vida humana*. Madrid: Luis Sanchez, vendese en la torre de Santa Cruz, 1617.
- Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*. Edición digital preparada por Enrique Suárez Figaredo a partir de la edición de Francisco Rodríguez Marín, de 1913: [http://users.ipfw.edu/jehle/cervante/othertexts/Suarez\\_Figaredo\\_El\\_Pasajero.PDF](http://users.ipfw.edu/jehle/cervante/othertexts/Suarez_Figaredo_El_Pasajero.PDF) <descarga del 28 de febrero de 2007>.
- Emanuel Sueyro, *Anales de Flandes*. Amberes: Pedro y Juan Beleros, 1624.
- Tomás Tamayo de Vargas, *Junta de libros*, c. 1624. [BNM Mss. 9752-9753.]
- Juan Francisco Andrés de Ustarroz y Diego José Dormer, *Progresos de la Historia en el Reyno de Aragon y elogios de Geronimo Zurita su primer coronista*. Zaragoza: Herederos de Diego Dormer, 1680.
- Juan Vázquez de Mármol, *Orden por la cual tengo de poner mis libros. Anotaciones*, S. XVII. [BNM Mss. 9226.]
- Juan Velasco Villanueva, *Cartapacio y memoria de cosas importantes a la disciplina militar traducido de diferentes lenguas por D. Juan de Velasco Villanueva*, 1617. [BNM Mss. 4388.]
- Juan de Vera y Figueroa, *El embajador*. Sevilla: Francisco de Lyra, 1620.
- Gerardus Joannes Vossius, *Ars historica sive Liber de historices & Historiae Natura Historiae que scribendae praceptis*. Ludguni Batavorum (Leiden), 1623.
- Degory Wheare, *De ratione et methodo legendi historias*. Londres, 1623.
- Degory Wheare, *The method and order of reading both civil and ecclesiastical histories*. Londres: M. Flesher for Charles Brome, 1685 [1623]. [Traducción de Edmund Bohun.]
- Johann Wolf, *Artis historicae penus octodecim scriptorum tam veterum quam recentiorum monumentis & inter eos Io. praecipue Bodini libris Methodi historicae sex instructa*. Basilea: Peter Perna, 1579.

### 3. Estudios modernos

- Alberto Alberte González, «Séneca, un conceptista ante litteram», en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, vol. 24, nº. 1, (2004), pp. 5-27.
- José Alcalá Zamora y Queipo de Llano, *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639)*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001 [1975].
- Paul C. Allen, *Philip III and the pax hispanica, 1598-1621. The failure of grand strategy*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2000.
- R. C. Alston, *Books with manuscript. A short title catalogue of books with manuscript notes in the British Library*. Londres: British Library, 1994.

- Gregorio de Andrés, *El Maestro Baltasar de Céspedes humanista salmantino y su Discurso de las letras humanas*. El Escorial: La ciudad de Dios, 1965.
- Gregorio de Andrés, «Catálogo de los manuscritos de la biblioteca del duque de Uceda», en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, vol. 82, n.º 78, (1975), pp. 5-40.
- Gregorio de Andrés, «Los códices del Conde de Miranda en la Biblioteca Nacional», en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, vol. 82 (1979), pp. 611-627.
- Frank R. Ankersmit, «The reality effect in the writing of history; the dynamics of historiographical topology», en *Mededelingen van de Afdeling Letterkunde (Nieuwe Reeks)*, vol. 52, n.º 1, (1989), pp. 5-37. [Koninklijke Akademie van Wetenschappen.]
- Guillermo Antolín P, «La librería del Dr. Juan Páez de Castro», en *La ciudad de Dios*, vol. 114 (1918), pp. 118-225, 485-497.
- Beatriz Antón Martínez, *El Tacitismo en el siglo XVII en España: el proceso de receptio*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1991.
- Beatriz Antón Martínez, «Arcana dominationis nequaquam vulgo sunt efferenda. El problema de la traducción de Tácito al romance en la España del Siglo de Oro», en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, vol. 55, n.º 3, (1993), pp. 603-609.
- Pierre Aubenque, *La prudence chez Aristote*. París: Presses Universitaires de France, 2004 [1963].
- Edward Baker, *La biblioteca de don Quijote*. Madrid: Marcial Pons, 1997.
- Antoine-Alexandre Barbier, *Dictionnaire des ouvrages anonymes*, 4 vols. París: P. Daffis, 1872-1879.
- Xavier Baró i Queralt *La historiografía catalana en el segle del Barroc, 1585-1709*. Tesis inédita, Universitat de Barcelona, 2005.
- Edwin B. Benjamin, «The king of Brobdingnag and secrets of state», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 18, n.º 4, (1957), pp. 572-579.
- Edwin B. Benjamin, «Fame, poetry, and the order of history in the literature of the English Renaissance», en *Studies in the Renaissance*, vol. 6 (1959), pp. 64-84.
- Edwin B. Benjamin, «Bacon and Tacitus», en *Classical Philology*, vol. 60, n.º 2, (1965), pp. 102-110.
- Robert Bireley, *The counter-reformation prince: anti-machiavellism or catholic statecraft in early modern Europe*. Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, 1990.
- Robert Bireley, *The refashioning of catholicism, 1450-1700. A reassessment of the counter Reformation*. Houndmills (Basingtoke): Macmillan, 1999.
- Ann Blair, «Humanist methods in natural philosophy: the commonplace book», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 53, n.º 4, (1992), pp. 541-551.
- Ann Blair, *The theater of nature. Jean Bodin and Renaissance science*. Princeton: Princeton University Press, 1997.
- Ann Blair, «Reading strategies for coping with information overload ca. 1550-1700», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 64, n.º 1, (2003), pp. 11-28.
- Ann Blair, «Note taking as an art of transmission», en *Critical Inquiry*, vol. 31 (2004), pp. 85-107.
- Ann Blair, «Historia in Zwinger's *Theatrum humanae vitae*», en Gianna Pomata y Nancy G. Siraisi (eds.), *Historia. Empiricism and erudition in early modern Europe*. Cambridge (Massachusetts): MIT Press, 2005, pp. 269-296.
- Ann Blair y Anthony Grafton, «Reassessing humanism and science», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 53, n.º 4, (1992), pp. 535-540.



- Emilio Blanco, «Aforismos políticos contra sentencias morales: el caso del siglo XVII», en *Documentos de Trabajo. Grupo de Investigación Nomos, 2005-2006*. Madrid: Universidad Carlos III; Instituto Lucio Anneo Séneca, 2006.
- Mercedes Blanco, *Les rhétoriques de la pointe. Baltasar Gracián et le conceptisme en Europe*. París: Honoré Champion, 1992.
- Alberto Blecua, «La littérature apophtegmatique en Espagne», en Agustín Redondo (ed.), *L'humanisme dans les Lettres espagnoles*. París: J. Vrin, 1979, pp. 119-132. [XIX Colloque international d'études humanistes, Tours 5-17 julio, 1976.]
- Karl Alfred Blüher, *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XII hasta el siglo XVII*. Madrid: Gredos, 1983 [1969]. [Traducción de Juan Conde.]
- Robert R. Bolgar, *The classical heritage and its beneficiaries from the Carolingian age to the end of the Renaissance*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977 [1954].
- Fernando Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta edad moderna (siglos XV-XVII)*. Madrid: Síntesis, 1992.
- Fernando Bouza Álvarez, *Imagen y propaganda. Capítulos de la historia cultural del reinado de Felipe II*. Madrid: Akal, 1998. [Prólogo de Roger Chartier.]
- Fernando Bouza Álvarez, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*. Salamanca: Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 1999.
- Fernando Bouza Álvarez, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*. Madrid: Marcial Pons, 2001.
- Alan T. Bradford, «Stuart absolutism and the “utility” of Tacitus», en *Huntington Library Quarterly*, vol. 46, n.º. 2, (1983), pp. 127-155.
- Harald E. Braun, *Juan de Mariana and early modern Spanish political thought*. Aldershot (Hampshire): Ashgate, 2007.
- C. O. Brink, «Justus Lipsius and the text of Tacitus», en *The Journal of Roman Studies*, vol. 41, n.º. 1-2, (1951), pp. 32-51.
- Peter Burke, «A survey in the popularity of ancient historians, 1450-1700», en *History and Theory*, vol. 5 (1966), pp. 135-152.
- Peter Burke, «Tacitism», en T. A. Dorey (ed.), *Tacitus*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1969, pp. 149-171.
- Peter Burke, *New perspectives on historical writing*. Oxford: Polity Press, 1992 [1991].
- Peter Burke, «Tacitism, scepticism, and reason of state», en J. H. Burns y Mark Goldie (eds.), *The Cambridge history of political thought 1450-1700*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996 [1991], pp. 479-498.
- Peter Burke, «Translating histories», en Peter Burke y R. Po-Chia Hsia (eds.), *Cultural translation in early modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007, pp. 125-141.
- Antonio Castillo Gómez, *Entre la pluma y la pared: una historia social de la escritura en los Siglos de Oro*. Madrid: Akal, 2006.
- Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998.
- Michel Cavillac, *Gueux et marchands dans le Guzmán de Alfarache (1599-1604): roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'Or*. Burdeos: Institut d'Etudes Ibériques et Ibero-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1983.
- Roger Chartier, «Le monde comme représentation», en *Annales ESC*, vol. 6 (1989), pp. 1505-1520.

- Roger Chartier, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa, 1994 [1992]. [Traducción de Viviana Ackerman.]
- Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1994 [1993]. [Traducción de Mauro Armiño.]
- Roger Chartier (ed.), *Histoires de la lecture, un bilan des recherches, actes du colloque des 29 et 30 janvier 1993, París*. París: IMEC; Maison des sciences de l'homme, 1997.
- Roger Chartier (ed.), *Pratiques de la lecture*. París: Payot & Rivages, 2003.
- Maxime Chevalier, *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Turner, 1976.
- María Teresa Cid Vázquez, *Tacitismo y razón de Estado en los comentarios políticos de Juan Alfonso de Lancina*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2002.
- Margery Corbett y Ronald Lightbow, *The comely frontispiece: the emblematic title page in England 1550-1660*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1979.
- Cristian Cortès, *Els Setantí*. Barcelona: Fundació Salvador Vives Casajuana, 1973.
- Antonio Cortijo Ocaña, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo. De Historica Institutione Dialogus. Diálogo de la Enseñanza de la Historia, 1557*. Madrid: Universidad de Alcalá; Diputación de Sevilla, 2000.
- Morris W. Croll, «Attic prose: Lipsius, Montaigne, Bacon», en J. Max Patrick, Robert O. Evans y John M. Wallace (eds.), *“Attic” and Baroque prose style. Essays by Morris W. Croll*. Princeton: Princeton University Press, 1969 [1923], pp. 167-202.
- Morris W. Croll, «“Attic prose” in the seventeenth century», en J. Max Patrick, Robert O. Evans y John M. Wallace (eds.), *“Attic” and Baroque prose style. Essays by Morris W. Croll*. Princeton: Princeton University Press, 1969 [1921], pp. 51-101.
- Morris W. Croll, «Muret and the history of “Attic prose”», en J. Max Patrick, Robert O. Evans y John M. Wallace (eds.), *“Attic” and Baroque prose style. Essays by Morris W. Croll*. Princeton: Princeton University Press, 1969 [1924], pp. 107-165.
- Trevor J. Dadson, *Libros, lecturas y lectores. Estudios sobre las bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*. Madrid: Arco Libros, 1998.
- Robert Darnton, «Readers respond to Rousseau: the fabrication of romantic sensitivity», en *The great cat massacre and other episodes in French cultural history*. Nueva York: Basic Books, 1984.
- Lorraine Daston, «Perché i fatti sono brevi?», en *Quaderni storici*, vol. 108, n.º. 3, (2001), pp. 745-770. [Número monográfico “Fatti: Storie dell’evidenza empirica”, a cargo de Simona Cerruti y Gianna Pomata.]
- Charles Davis, «El tacitismo político español y la metáfora del cuerpo», en Agustín Redondo (ed.), *Le corps comme métaphore dans l’Espagne des XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles*. París: Publications de la Sorbonne, 1992, pp. 31-39.
- Charles Davis, «Baltasar Álamos de Barrientos and the nature of Spanish Tacitism», en Nigel Griffin, Clive Griffin, Eric Southworth y Colin Thompson (eds.), *Culture and society in Habsburg Spain: studies presented to R. W. Truman by his pupils and colleagues on the occasion of his retirement*. Londres: Tamesis, 2001, pp. 57-78.
- Peter Dear, «From truth to disinterestedness in the seventeenth century», en *Social Studies of Science*, vol. 22, n.º. 4, (1992), pp. 619-631.

- Juan Delgado Casado, *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, 2 vols. Madrid: Arco Libros, 1996.
- Léon Dorez, *Catalogue de la collection Dupuy*, 3 vols. París: Ernest Leroux, 1928. [Table alphabétique par S. Solente.]
- Kevin Dunn, *Pretexts of authority. The rhetoric of authorship in the Renaissance preface*. Stanford: Stanford University Press, 1994.
- Umberto Eco, *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen, 1992 [1990]. [Traducción de Helena Lozano.]
- Umberto Eco, «Entre el autor y el texto», en *Interpretación y sobreinterpretación*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997 [1992].
- John H. Elliott, «Self-perception and decline in early seventeenth-century Spain», en *Past and Present*, vol. 74 (1977), pp. 41-61.
- Joaquín de Entrambasaguas, *Una familia de ingenios: los Ramírez de Prado*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1943. [Instituto Antonio de Nebrija. Revista de Filología Española, anejo 26.]
- Manuel F. Escalante, *El pensamiento político de Álamos de Barrientos*. Sevilla: Publicaciones de la Facultad de Derecho, 1967.
- Antonio Espino López, «La biblioteca de don Joaquim Setantí. Las lecturas de un tacitista catalán», en *Bulletin Hispanique*(2001), pp. 43-73.
- Pablo Fernández Albaladejo, *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*. Madrid: Marcial Pons, 2007.
- Diego Fernández, *Primera parte de la historia del Perú*, 2 vols. Madrid: Imprenta de Prudencio Pérez de Velasco, 1913 [1571]. [Edición, prólogo y apéndices de Lucas de Torre.]
- José Antonio Fernández Santamaría, «Reason of State and Statecraft in Spain (1595-1640)», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 41, n.º. 3, (1980), pp. 355-379.
- José Antonio Fernández Santamaría, *Razón de estado y política en el pensamiento español del barroco (1595-1640)*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1986 [1983].
- José Antonio Fernández Santamaría (ed.), *Baltasar Álamos de Barrientos. Aforismos al Tácito español*. 2 vols. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1987.
- Antonio Feros, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*. Madrid: Marcial Pons, 2002 [2000].
- Marc Fumaroli, *L'âge de l'éloquence. Rhétorique et "res literaria" de la Renaissance au seuil de l'époque classique*. Ginebra: Droz, 1980.
- Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos formado con los apuntamientos de don Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco y D. I. Sancho Rayón*, 4 vols. Madrid: Gredos, 1968. [Facsímil de la edición original de Madrid, 1863-1889.]
- Bernardo José García García, *La pax hispanica: política exterior del Duque de Lerma*. Lovaina: Leuven University Press, 1996.
- Eugenio Garin, *Astrology in the Renaissance. The Zodiac of Life*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1983 [1976]. [Traducción de Carolin Jackson y June Allen.] [Traducción revisada por Clare Robertson y el autor.]
- Miguel Ángel Garrido Gallardo (ed.), *Retóricas españolas del siglo XVI escritas en latín: edición digital*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Fundación Ignacio Larramendi, 2004.
- Pascual de Gayangos (ed.), *Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña, Embajador a la Corte de Inglaterra 1613-22*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1869.

- Eusebio Gil (ed.), *El sistema educativo de la Compañía de Jesús. La «Ratio Studiorum»*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1992.
- Carlo Ginzburg, «High and low: the theme of forbidden knowledge in the sixteenth and seventeenth centuries», en *Past and Present*, vol. 73 (1976), pp. 28-41.
- Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik, 1981 [1976]. [Traducción de Francisco Martín y Francisco Cuartero.]
- Agustín González de Amezúa y Mayo, «Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro», en *Opúsculos históricos-literarios*, 2 vols. Madrid: Estades, 1951, vol. 1, pp. 331-373. [Discurso leído en el Instituto de España con ocasión de la Fiesta del Libro Español, 23 de abril de 1946.]
- Ángel González Palencia, *Diego Saavedra Fajardo. Su vida y sus obras*. Madrid: M. Aguilera, 1946.
- Francis Goyet, *Le sublime du «lieu commun». L'invention rhétorique dans l'Antiquité et à la Renaissance*. París: Honoré Champion, 1996.
- Anthony Grafton, «Teacher, text and pupil in the Renaissance class-room: a case study from a Parisian college», en *History of Universities*, vol. 1 (1981), pp. 37-70.
- Anthony Grafton, *Joseph Scalinger. A study in the history of classical scholarship*, 2 vols, vol. 1, Textual criticism and exegesis. Oxford: Clarendon Press, 1983.
- Anthony Grafton, *Defenders of the text. The traditions of scholarship in an age of science, 1450-1800*. Cambridge (Massachusetts) y Londres: Harvard University Press, 1991.
- Anthony Grafton, «Kepler as a reader», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 53, n.º 4, (1992), pp. 561-572.
- Anthony Grafton, *Commerce with the classics: ancient books and renaissance readers*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1997.
- Anthony Grafton, «El lector humanista», en Roger Chartier y Guglielmo Cavallo (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998, pp. 281-328.
- Anthony Grafton, *Cardano's cosmos: the worlds and works of a Renaissance astrologer*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1999.
- Anthony Grafton, *The footnote. A curious history*. Londres: Faber and Faber, 2003 [1997].
- Anthony Grafton, *What was history? The art of history in early modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
- Fray Luis de Granada, *Los seis libros de la retórica eclesiástica*. Barcelona: Imprenta de J. Subirana, 1884 [1576].
- Stephen J. Greenblatt, *Renaissance self-fashioning. From More to Shakespeare*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1984 [1980].
- Stephen J. Greenblatt, «Towards a poetics of culture», en Murray Krieger (ed.), *The aims of representation: subject [text] history*. Nueva York: Columbia University Press, 1987.
- Stephen J. Greenblatt, «What is the history of literature», en *Critical Inquiry*, vol. 23, n.º 3, (1997), pp. 460-481. [Front Lines/Border Posts.]
- Luce Guillermin, «Les belles infidèles, où l'auteur respecté (de Claude de Seyssel à Perrot d'Ablancourt)», en Michel Ballard y Lieven D'Hulst (eds.), *La traduction en France à l'âge classique*. Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion, 1996, pp. 23-42.
- George Haley (ed.), *Diario de un estudiante de Salamanca*. Salamanca: Universidad de Salamanca (Secretariado de Publicaciones), 1977.

- Paul E. J. Hammer, «The Earl of Essex, Fulke Greville and the employment of scholars», en *Studies in Philology*, vol. 91, n.º 2, (1994), pp. 167-180.
- Paul E. J. Hammer, «The use of scholarship: The secretariat of Robert Devereux, second Earl of Essex, c. 1585-1601», en *English Historical Review*, vol. 190, n.º 430, (1994), pp. 26-51.
- Paul E. J. Hammer, *The polarisation of Elizabethan politics: the political career of Robert Devereux, 2<sup>nd</sup> Earl of Essex, 1585-1597*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- Thomas Hobbes, *Three discourses: a critical modern edition of newly identified work of the young Hobbes*. Chicago: The University of Chicago Press, 1995. [Edición e introducción de Noel B. Reynolds y Arlene W. Saxonhouse.]
- Thomas Hobbes, *De Cive. Elementos filosóficos sobre el ciudadano*. Madrid: Alianza, 2000 [1642]. [Traducción de Carlos Mellizo.]
- Carmen Isasi Martínez, «Traducción y retórica. Notas para la historia de la traducción en España en el siglo XVII.», en *Livius*, vol. 10 (1997), pp. 77-89.
- H. J. Jackson, *Marginalia: readers writing in books*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2001.
- Lisa Jardine y Anthony Grafton, «'Studied for action': How Gabriel Harvey read his Livy», en *Past and Present*, vol. 129 (1990), pp. 30-78.
- Hans Robert Jauss, *La historia de la literatura como provocación*. Barcelona: Península, 2000 [1970]. [Traducción de Juan Godo Costa y José Luis Gil Aristu.]
- Christian Jouhaud, *Les pouvoirs de la littérature. Histoire d'un paradoxe*. París: Gallimard, 2000.
- Richard L. Kagan, «Olivares y la educación de la nobleza española», en John H. Elliott y Ángel García Sanz (eds.), *La España del conde duque de Olivares*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1990, pp. 225-247. [Encuentro internacional sobre la España del conde duque de Olivares celebrado en Toro los días 15-18 de Septiembre de 1987.]
- Richard L. Kagan, *El rey recatado: Felipe II, la historia y los cronistas del rey*. Valladolid: Secretariado de publicaciones e intercambio científico, 2004.
- Richard L. Kagan, «Antonio de Herrera y Tordesillas and the 'political turn' in the 'official history' of seventeenth-century Spain», en Chantal Grell (ed.), *Les historiographes en Europe de la fin du moyen Âge à la Révolution* París: Presses Universitaires de Paris-Sorbonne, 2006, pp. 277-296. [Actes du colloque "Les historiographes en Europe de la fin du moyen âge à la Révolution" organisé les 12, 13 et 14 juin 2003.]
- Donald R. Kelley, «*Tacitus noster: The Germania in the Renaissance and Reformation*», en T. J. Luce y A. J. Woodman (eds.), *Tacitus and the tacitean tradition*. Princeton: Princeton University Press, 1993, pp. 152-167.
- Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993 [1979]. [Traducción de Norberto Smilg.]
- Reinhart Koselleck, *historia/Historia*. Madrid: Trotta, 2004 [1975]. [Traducción de Antonio Gómez Ramos.]
- Henry Burrowes Lathrop, *Translations from the classics into English from Caxton to Chapman 1477-1620*. Madison (Wisconsin): The University of Wisconsin Press, 1933. [Número monográfico (n.º 35) de University of Wisconsin Studies in Language and Literature, vol. 58.]
- F. J. Levy, *Tudor political thought*. San Marino (California): The Huntington Library, 1967.

- F. J. Levy, «Hayward, Daniel and the beginnings of politic history», en *Huntington Library Quarterly*, vol. 50, n.º. 1, (1987), pp. 1-34.
- Luisa López Griguera, *La retórica en la España del siglo de oro: teoría y práctica*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994.
- Luisa López Griguera, *Anotaciones de Quevedo a la "Retórica" de Aristóteles: estudio preliminar, edición de las anotaciones de Quevedo a la "Retórica" de Aristóteles en versión paleográfica y moderna con notas*. Salamanca: Gráficas Cervantes, 1998.
- P. Alessandra Maccioni y Marco Mostert, «Isaac Dorislaus (1595-1649): the career of a Dutch scholar in England», en *Transactions of the Cambridge Bibliographical Society*, vol. 8, n.º. 4, (1984), pp. 419-470.
- Sabine MacCormack, *On the wings of time: Rome, the Incas, Spain, and Peru*. Princeton: Princeton University Press, 2007.
- Peter Mack, *Renaissance argument: Valla and Agricola in the traditions of rethoric and dialectic*. Leiden y Nueva York: E. J. Brill, 1993.
- Ian Maclean, *Logic, signs and nature. Learned medicine in the Renaissance*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Gregorio Marañón, *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época*, 2 vols. Madrid: Espasa Calpe, 1947.
- José Antonio Maravall, «La corriente doctrinal del tacitismo político en España», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. 238-240 (1969), pp. 645-667.
- José Antonio Maravall, *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*. 2 ed. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1997 [1944].
- José Antonio Maravall, *La cultura del Barroco*. Barcelona: Ariel, 2000 [1975].
- Juan de Mariana, *La dignidad real y la educación del rey [De rege et regis institutione]*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1981 [1599]. [Edición y estudio preliminar de Luis Sánchez Agesta.]
- Albert Martin, «L'édition de Polybe d'Isaac Casaubon (1594-1609)», en *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, vol. 10, n.º. 1, (1890), pp. 3-43.
- Francis Otto Matthiessen, *Translation, an Elizabethan art*. Cambridge (Massachussets): Harvard University Press, 1931.
- Friedrich Meinecke, *L'idée de la Raison d'État dans l'Histoire des temps modernes*. Ginebra: Droz, 1973 [1924]. [Traducción de Maurice Chevalier.] [Incluye una "Notice sur Meinecke" por Federico Chabod.]
- Ronald Mellor, «Tacitus, academic politics, and regicide in the reign of Charles I: the tragedy of Dr. Isaac Dorislaus», en *International Journal of the Classical Tradition*, vol. 11 (2004), pp. 153-193.
- Ronald Mellor (ed.), *Tacitus. The classical heritage*. Nueva York y Londres: Garland, 1995.
- Clarence M. Mendell, *Tacitus. The man and his work*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1957.
- Marcelino Menéndez Pelayo, «Biblioteca de traductores españoles», en Enrique Sánchez Reyes (ed.), *Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. Vols. 54-57*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952-1953 [1874-1878].
- Arnaldo Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», en *Journal of Roman Studies*, vol. 37 (1947), pp. 91-101.
- Arnaldo Momigliano, «Il Tácito español di B. Alamos de Barrientos e gli Aphorismos di B. Arias Montano», en Arnaldo Momigliano (ed.), *Contributo alla storia*

- degli studi classici*. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1955, vol. 47, pp. 61-66.
- Arnaldo Momigliano, «The first political commentary on Tacitus», en Arnaldo Momigliano (ed.), *Contributo alla storia degli studi classici*. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1955 [1947], vol. 47, pp. 37-59.
- Arnaldo Momigliano, «Polybius' reappearance in western Europe», en *Essays in ancient and modern historiography*. Middletown (Conneticut): Wesleyan University Press, 1977 [1973], pp. 79-98.
- Mark Morford, *Stoics and neostoics: Rubens and the circle of Lipsius*. Princeton: Princeton University Press, 1991.
- Mark Morford, «Tacitean *prudentia* and the doctrines of Justus Lipsius», en T. J. Luce y A. J. Woodman (eds.), *Tacitus and the tacitean tradition*. Princeton: Princeton University Press, 1993, pp. 129-151.
- Ann Moss, *Printed commonplace-books and the structuring of Renaissance thought*. Oxford: Clarendon Press, 1996.
- Ann Moss, «The *Politica* of Justus Lipsius and the commonplace-book», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 59, nº. 3, (1998), pp. 421-436.
- Gerhard Oestreich, *Neostoicism and the early modern state*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982. [Traducción de David McLintock.]
- Walter J. Ong, «Commonplace rhapsody: Ravisius Textor, Zwinger and Shakespeare», en Robert R. Bolgar (ed.), *Classical influences on European culture, A. D. 1500-1700*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976, pp. 91-126. [Proceedings of an international conference held at King's College, Cambridge, April 1974.]
- Cristóbal Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña o descripción de las obras impresas en Madrid*, 3 vols. Madrid: Tipografía de los Huérfanos; Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1891-1907.
- George W. Pigman III, «Versions of imitation in the Renaissance», en *Renaissance Quarterly*, vol. 33, nº. 1, (1980), pp. 1-32.
- John G. A. Pocock, *The Ancient Constitution and the feudal law. A study of English historical thought in the seventeenth century*. Cambridge: Cambridge University Press, 1957.
- John G. A. Pocock, *The machiavelian moment. Florentine political thought and the atlantic republican tradition*. Princeton: Princeton University Press, 2003 [1975].
- Gianna Pomata y Nancy G. Siraisi, *Historia. Empiricism and erudition in early modern Europe*. Cambridge (Massachussets): MIT Press, 2005.
- José Manuel Prieto Bernabé, *Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)*, 2 vols, vol. 1. Mérida: Editora Regional de Extremadura (Junta de Extremadura, Consejería de Cultura), 2004. [Traducción de Valerie Pearl.] [Edición de Juan Pérez Vaca.]
- Helena Puigdomènech, *Maquiavelo en España. Presencia de sus obras en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1988.
- Alejandro Ramírez, *El epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*. Madrid: Castalia, 1967.
- Francisco Rico, *El texto del "Quijote": preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2005.
- José Rico Verdú, *La retórica española de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1973.

- Jeremy Robbins, «The arts of perception: the epistemological mentality of the Spanish Baroque, 1580-1720», en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 82, n.º. 8, (2005). [Número monográfico.]
- Fernando Rodríguez de la Flor, «La literatura simbólica ilustrada y su vinculación a las esferas del poder a comienzos del siglo XVII», en Joan Lluís Palos y Diana Carrió-Invernizzi (eds.), *La Historia Imaginada. Construcciones visuales del pasado en la Edad Moderna*. Barcelona: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2008.
- Antonio Rodríguez Villa, *Ambrosio Spinola. Primer Marques de los Balbases*. Madrid: Fortanet, 1904.
- Lorenzo Ruiz Fidalgo, *La imprenta en Salamanca (1501-1600)*, 3 vols. Madrid: Arco Libros, 1994.
- José Ruyschaert, *Juste Lipse et les Annales de Tacite. Une méthode de critique textuelle au XVI<sup>e</sup> siècle*. Lovaina: Universidad de Lovaina (Bureaux du Recueil), 1949.
- J. H. M. Salmon, «Cicero and Tacitus in sixteenth-century France», en *American Historical Review*, vol. 85, n.º. 2, (1980), pp. 307-331.
- J. H. M. Salmon, *Renaissance and revolt. Essays in the intellectual and social history of early modern France*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- J. H. M. Salmon, «Stoicism and Roman example: Seneca and Tacitus in Jacobean England», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 50, n.º. 2, (1989), pp. 199-225.
- Benito Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española. Ensayo de un examen de conjunto*, 3 vols. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1941-1950.
- José Luis Sánchez Lora, *Arias Montano y el pensamiento político en la corte de Felipe II*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2008.
- Fernando Sánchez Marcos, «La historiografía sobre la Edad Moderna», en José Andrés-Gallego (ed.), *Historia de la historiografía española*. Madrid: Encuentro, 1999, pp. 117-182.
- Francisco Sanmartí Boncompagni, *Tácito en España*. Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1951.
- Elena de Santiago Páez, «Las bibliotecas del Alcázar en tiempos de los Austrias», en Fernando Checa (ed.), *El Real Alcazar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la corte de los Reyes de España (Exposición)*. Madrid: Nerea-Comunidad de Madrid, 1994, pp. 318-343.
- J. W. Saunders, «The stigma of print. A note on the social bases of Tudor poetry», en *Essays in Criticism*, vol. 1 (1951), pp. 139-164.
- Kenneth C. Schellhase, «Tacitus in the political thought of Machiavelli», en *Il Pensiero Politico*, vol. 4, n.º. 3, (1971).
- Kenneth C. Schellhase, *Tacitus in renaissance political thought*. Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1976.
- Sarah Schroth, *The private picture collection of the Duke of Lerma*. Tesis doctoral inédita, New York University, 1990.
- Michel Senellart, *Machiavélisme et raison d'État*. París: Presses Universitaires de France, 1989.
- Michel Senellart, *Les arts de gouverner: du regimen médiéval au concept de gouvernement*. París: Seuil, 1995.
- Barbara J. Shapiro, *Probability and certainty in seventeenth-century England: a study of the relationship between natural science, religion, history, law and literature*. Princeton: Princeton University Press, 1983.



- Kevin M. Sharpe, «The foundation of the Chairs of History at Oxford and Cambridge: an episode in Jacobean politics», en Kevin M. Sharpe (ed.), *Politics and ideas in Early Stuart England*. Londres y Nueva York: Pinter, 1989 [1982], pp. 207-229.
- Kevin M. Sharpe, *Reading revolutions. The politics of reading in early modern England*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2000.
- William Howard Sherman, *John Dee: the politics of reading and writing in the English Renaissance*. Amherst (Massachusetts): University of Massachusetts Press, 1995.
- Debora Shuger, «Castigating Livy: the rape of Lucretia and the old Arcadia», en *Renaissance Quarterly*, vol. 51, n.º 2, (1998), pp. 526-548.
- Harry Sieber, «Clientelismo y mecenazgo: hacia una historia cultural literaria de la corte de Felipe III», en María Cruz García de Enterría y Alicia Cordon Mesa (eds.), *Actas del IV congreso internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO) (Alcalá de Henares, 22-27 de julio de 1996)*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 1998, vol. 1, pp. 95-113.
- Nancy G. Siraisi, «Girolamo Cardano and the art of medical narrative», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 52, n.º 4, (1991), pp. 581-602.
- Nancy G. Siraisi, *The clock and the mirror: Girolamo Cardano and Renaissance medicine*. Princeton: Princeton University Press, 1997.
- Quentin Skinner, «Moral ambiguity and the Renaissance art of eloquence», en *Essays in Criticism*, vol. 44, n.º 4, (1994), pp. 267-292. [F. W. Bateson Memorial Lecture. Oxford, 16 de Febrero de 1994.]
- Quentin Skinner, *Reason and rhetoric in the philosophy of Hobbes*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- William W. E. Slights, «The edifying margins of English Renaissance books», en *Renaissance Quarterly*, vol. 42, n.º 4, (1989), pp. 682-716.
- Logan Pearsall Smith (ed.), *The life and letters of Sir Henry Wotton*. 2 vols. Oxford, 1907.
- Malcom Smuts, «Court-centred politics and the uses of Roman historians, c. 1590-1630», en Peter Lake y Kevin M. Sharpe (eds.), *Culture and politics in Early Stuart England*. Londres: Macmillan, 1994, pp. 21-43.
- Jacob Soll, «Amelot de la Houssaye (1634-1706) Annotates Tacitus», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 61, n.º 2, (2000), pp. 167-187.
- Jacob Soll, «Empirical history and the transformation of political criticism in France from Bodin to Bayle», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 64, n.º 2, (2003), pp. 297-316. [The uses of historical evidence in early modern Europe.]
- Jacob Soll, *Publishing the prince: history, reading, and the birth of political criticism*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2005.
- Jürgen von Stackelberg, *Tacitus in der Romania. Studien zur literarischen Rezeption des Tacitus in Italien und Frankreich*. Tübinga: Max Niemeyer, 1960.
- André Stegmann, «Le Tacitisme: programme pour un nouvel essai de definition», en *Machiavellismo e antimachiavellichi nel cinquecento*. Florencia: Leo S. Olschki, 1969, pp. 117-130. [Actas del congreso celebrado Perugia, 30 sep.-1 oct. 1969. Número especial de *Il Pensiero Politico, Rivista di Storia delle Idee Politiche e Sociale*, vol. 2, n.º 3.]
- Leo Strauss, *The political philosophy of Hobbes. Its basis and its genesis*. Chicago: The University of Chicago Press, 2005 [1936].
- Susan R. Suleiman y Inge Crosman (eds.), *The reader in the text: essays on audience and interpretation*. Princeton: Princeton University Press, 1980.

- Marjorie Swann, *Curiosities and texts. The culture of collecting in early modern England*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2001.
- Ronald Syme, *Tacitus*, 2 vols. Oxford: Oxford University Press, 1958.
- Mary F. Tenney, «Tacitus in the politics of early Stuart England», en *Classical Journal*, vol. 37, nº. 3, (1941), pp. 151-163.
- Étienne Thuau, *Raison d'État et pensée politique à l'époque de Richelieu*. Paris: Armand Colin, 1966.
- Enrique Tierno Galván, «El tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro español», en *Escritos (1950-1960)*. Madrid: Tecnos, 1971 [1947-1948], pp. 11-93.
- Giuseppe Toffanin, *Machiavelli e il "Tacitismo". La "politica storica" al tempo della controriforma*. 2 ed. Nápoles: Guida, 1972 [1921].
- Marion Trousdale, «A possible renaissance view of form», en *Journal of English Literary History (ELH)*, vol. 40, nº. 2, (1973), pp. 179-204.
- Richard Tuck, *Philosophy and government, 1572-1651*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Richard Tuck, «Hobbes and Tacitus», en G. A. J. Rogers y Tom Sorell (eds.), *Hobbes and history*. Londres y Nueva York: Routledge, 2000, pp. 99-111.
- Olga Turner, «Don Carlos Coloma (1566-1637) como historiador», en J. Maluquer de Motes (ed.), *Homenaje a Jaime Vicens Vives*. Barcelona: Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, 1967, pp. 717-731.
- Gustav Ungerer, *A Spaniard in Elizabethan England: the correspondence of Antonio Pérez's exile*, 2 vols. Londres: Tamesis, 1974/1976.
- Miguel Ángel Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*. Madrid: Cátedra, 1994.
- Pierre Villey, *Sources et évolution des Essais*, 2 vols. Osnabrück: Zeller, 1976 [1933].
- Wendy Wall, *The imprint of gender. Authorship and publication in the English Renaissance*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1993.
- J. H. Whitfield, «Livy > Tacitus», en Robert R. Bolgar (ed.), *Classical influences on European culture, A. D. 1500-1700*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976, pp. 281-293. [Proceedings of an international conference held at King's College, Cambridge, April 1974.]
- Jessica Winston, «Seneca in Elizabethan England», en *Renaissance Quarterly*, vol. 59, nº. 1, (2006), pp. 29-58.
- David Womersley, «Sir Henry Savile's translation of Tacitus and the political interpretation of Elizabethan texts», en *Review of English Studies (New Series)*, vol. 42 (1991), pp. 313-342.
- Blair Worden, «Classical republicanism and the puritan revolution», en Hugh Lloyd-Jones, Valerie Pearl y Blair Worden (eds.), *History & imagination: essays in honour of H. R. Trevor-Roper*. Londres: Gerald Duck, 1981, pp. 182-200.
- Richard Yeo, «Ephraim Chambers's Cyclopædia (1728) and the tradition of commonplaces », en *Journal of the History of Ideas*, vol. 57, nº. 1, (1996), pp. 157-175.
- Perez Zagorin, «Clarendon and Hobbes», en *Journal of Modern History*, vol. 57, nº. 4, (1985), pp. 593-616.
- Roger Zuber, *Les "Belles infideles" et la formation du goût classique: Perrot d'Ablancourt et Guez de Balzac*. Paris: Armand Colin, 1968.
- Steven N. Zwicker, «Reading the margins: politics and the habits of appropriation», en Kevin M. Sharpe y Steven N. Zwicker (eds.), *Refiguring revolutions aesthetics*

*and politics from the English revolution to the Romantic revolution.* Berkeley: University of California Press, 1998, pp. 101-116.



